

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

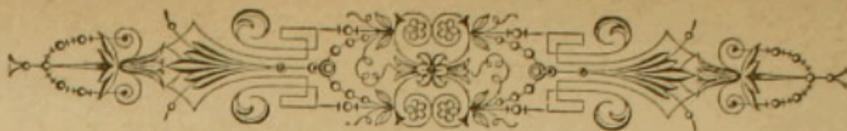
TOMO III



SANTIAGO DE CHILE

OFICINA: CALLE DE HUERFANOS, NUM. 64 A.

—  
1885



## UNA CUESTION NUEVA.

### I

En la mañana del 8 de Febrero de 1879 una luctuosa noticia circulaba esparciendo el espanto entre los pobladores de este puerto.

Se sabía que había ocurrido un espantoso siniestro en el Ferrocarril del Norte.

Al atravesar éste el camino de San Pedro, encontró un coche que conducía hacia una hacienda inmediata, á las señoras doña Micaela Belauzarán de Pellissa, y su sobrina doña Rosalía Belauzarán de Solari.

La última, esposa del conocido y antiguo comerciante don Agustín Solari, era también heredera testamentaria de la primera.

Uno de los médicos, que iban en el convoy, el doctor Ferrari, desmontándose inmediatamente, corrió á prestar su auxilio profesional á las víctimas.

Inútil celo!

Sólo encontró, según lo esponen, un cadáver, y otro ser humano que, á juicio del citado doctor, *vivía todavía*, pero que tenía *una grave herida en el cráneo, de la que hacia protuberancia la masa cerebral.*

Tenía, sin embargo, según ese facultativo, manifestaciones de vida; *respiraba, y tenía calor en el cuerpo.*

## II

Acaba de decirse que una de las fallecidas era heredera testamentaria de la otra.

Inútil es, pues, agregar que hubo juicio, y juicio estrepitoso.

Ese juicio no termina aún, pues solo ahora acaba de fallarse en primera instancia, por el señor Juez Letrado en lo civil.

No teman los lectores de la REVISTA que vaya á darles aquí, siquiera un extracto de ese expediente.

Me limitaré á decir que la sentencia definitiva tiene solo treinta y siete considerandos, que no pecan de laconismo.

Esto, aparte de cinco ó seis autos, y otros tantos informes médico-legales.

El hecho es, que después de una tramitación que dura cinco años; y de una prueba testimonial, en que la chicana forense y no forense, ha hecho lujo de prodigalidad, la justicia declara haber lugar á la demanda y que habiendo sobrevivido doña Rosalía Belauzarán de Solari, á doña Micaela Belauzarán de Pellissa, la primera heredó á la segunda en conformidad al testamento de fojas 13 y por su fallecimiento, trasmitió sus derechos á sus hijos legítimos.

Como se vé, esta cuestión, objeto de un detenido debate que ha durado cinco años, presenta diversos é interesantes puntos de vista á la atención del jurisconsulto, del filósofo y del médico.

No es mi ánimo en este momento, y por otra parte, carezco de tiempo y suficiencia para examinar todos ellos. Temería además inmiscuirme sin título ni derecho alguno en una contienda que deberá llamar en breve la atención de los altos Tribunales de Justicia; sólo sí, me permito llamar la atención de los distinguidos lectores de la REVISTA hacia el punto principal y de derecho que resalta en el juicio de que vengo ocupándome.

## III

Ese punto es el siguiente:

¿Qué se entiende por *vida*, según el Código Civil?

Es sólo la existencia física y material formada de órganos de inteligencia y voluntad, la vida animal en una palabra, ó es el conjunto de facultades de movimientos físicos é intelectuales que constituyen al sér capaz é inteligente?

A mi modo de ver, lo que la ley define por vida es la reunión de la existencia animal y física con la existencia de órganos intelectuales libres y sanos, que permitan al individuo sentir, pensar y obrar con entera conciencia de sí propio y de la responsabilidad de sus actos.

Es verdad que la ley en alguna ocasión llama vida á la existencia de un sér humano no sólo destituido de las facultades de sentir y de pensar, sino aún sin existencia física alguna: tal es el caso del art. 45 del Código Civil en el cual dice lo siguiente:

“La ley protege la vida del que está por nacer. El Juez, en consecuencia, tomará, á petición de cualquiera persona, ó de oficio, todas las providencias que le parezcan convenientes para proteger la existencia del no nacido.”

Y en seguida agrega en el art. 77 lo que sigue:

“Los derechos que se deferirían á la criatura que está en el vientre materno, si hubiese nacido ó viviese, estarán suspensos hasta que el nacimiento se efectúe. Y si el nacimiento constituye un principio de existencia, entrará el recién nacido en el goce de otros derechos como si hubiese existido al tiempo en que se defirieron.”

Pero esta disposición de la ley es, como se ve, especial, privilegiada, de lójica tuición hacia el sér inocente é inermé á quien la ley protege, porque no tiene nadie en el mundo quien lo proteja.

Mas, esa misma ley es la que protejiendo al sér físico en su existencia material priva, sin embargo, á ese sér destituido de razón é inteligencia, de todos los derechos y facultades de que goza el sér inteligente y racional.

Asi se ve que la ley denomina por el art. 1447 absoluta-

mente incapaces á los dementes, los impúberes y los sordomudos que no pueden darse á entender por escrito declarando que sus actos no producen ni aun obligaciones naturales; que, según el art. 1012 impuso ser testigos á todos los que actualmente se hallaren privados de la razón; y que, según el art. 1005, no sólo es incapaz de testar el que se hallare en interdicción por causa de demencia sino también el que actualmente no estuviere en sano juicio por ebriedad ú otra causa, y todo el que de palabra ó por escrito no pudiese espresar su voluntad claramente.

De estas citas y antecedentes, puede deducirse sin violencia que la ley no considera capaz de suceder á otro, ni ejercer acto ni acción civil válida, aquel sér humano que aunque con su vida física íntegra carece, sin embargo, del discernimiento suficiente para ejercer con responsabilidad y voluntad cualquier acto ó mas claro, que la vida física, es decir, el movimiento de los músculos, la circulación de la sangre, el estado anormal de los órganos que constituyen la existencia y la vida material, no basta á los ojos de la ley sin la indispensable ayuda y colaboración de las facultades mentales ó sea de la inteligencia, el discernimiento y la voluntad.

#### IV

En el caso, objeto de la litis, se trata de la aplicación del art. 79 del Código Civil que dice:

“Si por haber perecido dos ó más personas en un mismo acontecimiento, como en un naufragio, incendio, ruina ó batalla, ó por otra causa cualquiera, no pudiese saberse el orden en que han ocurrido sus fallecimientos, se procederá en todos casos como si dichas personas hubiesen perecido en un mismo momento, y ninguna de ellas hubiese sobrevivido á las otras.”

El señor Juez de Letras y el Defensor de Menores de Valparaíso señor Vitalicio Lopez, haciendo á un lado la presunción legal que establece este artículo que es una modificación introducida por nuestro Código y contrario en esta parte á la legislación francesa que establece que en

todo caso las víctimas de un siniestro han muerto á un mismo tiempo y simultáneamente, establecieron la cuestión en esta forma:

Las señoras Belauzarán murieron al mismo tiempo ó una de ellas sobrevivió un espacio de tiempo á la otra.

Este ha sido el eje de la dificultad y el caballo de batalla de los litigantes, puesto que, como lo dice el Juez en su sentencia, acreditado el fallecimiento de la testadora antes que la heredera, ésta última ha podido transmitir á su turno á sus herederos los derechos de que entró en posesión según lo dispuesto por el art. 956 del Código Civil que declara que la herencia ó legado se defiende al heredero ó legatario en el momento de fallecer la persona de cuya sucesión se trata.

En el caso actual, infinitos testigos, incluso algunos facultativos, han espresado que la señora de Solari *espiró* algún tiempo después que la señora de Pellissa y éste ha sido sin duda el antecedente de que parte el señor Juez para declarar al final de su sentencia que la una ha sobrevivido algún tiempo á la otra.

## V

Admítase por un momento que los testigos que afirman supervivencia han dicho la verdad. ¿Constituiría esta supervivencia absolutamente física la condición que impone el art. 962 Código Civil para poder ser capaz de suceder á otra persona? Ese acto como se recuerda exige para ser capaz de suceder se *exista natural y civilmente* al tiempo de suceder.

Ahora bien, en el caso en cuestión, la herida de que falleció la señora de Solari la hacía incapaz de todo discernimiento y por consiguiente de toda existencia natural y civil al tiempo de fallecer su compañera, la señora Belauzarán de Pellissa.

En efecto, según el informe del doctor Ferrari que presenció el estado de las víctimas en los primeros momentos de la catástrofe, la señora heredera ó superviviente tenía una gran herida en el cráneo interesando transversalmente

todo el hueso parietal y parte del temporal derecho. De la herida, agrega el mismo doctor, hace protuberancia la sustancia cerebral y estando así tan herida la pobre señora vivía todavía.

Esta herida en que interesaba la masa cerebral permitía la conciencia de sus actos y daba, por consiguiente, vida intelectual y discernimiento á la esposa del señor Solari, como lo afirman las partes y algunos de los testigos en el juicio de que voy tratando.

## VI

No se necesita de conocimientos profesionales sino de simple buen sentido para afirmar que la muerte moral, la muerte de la inteligencia y del conocimiento, comenzó para la infortunada señora en el momento mismo de recibir el horroroso golpe que destruyó su cráneo y echó afuera la masa cerebral.

En efecto, el hecho de que la señora haya podido, á juicio de algunos testigos de inteligencia vulgar, dar algunos signos de vida no importa ni puede importar otra cosa que una supervivencia del cuerpo á la inteligencia, algo como movimientos automáticos enteramente separados de dirección y voluntad, pero no signos de conocimiento, de reflexión, y ni aún de simple sensibilidad.

Se ha observado ya y aún en Chile mismo, después de la muerte de un individuo muchas funciones vitales persisten aún y se prolongan hasta poco antes de la descomposición y putrefacción cadavérica; se ha visto que la cesación de la circulación y separación de los centros nerviosos no producen absolutamente ni en un momento dado la muerte como sucede en la fulguración.

## VII

La ciencia ha observado estos fenómenos.

En un concurso abierto en París en 1848 y posterior-

mente en 1873 la Academia de Ciencias francesas concedió premio á dos obras de Mr. Bouchut tratando de los signos de la *muerte* y de los medios de no ser enterrado vivo.

Entre nosotros y con ocasión de la muerte del Prebendado Carreño, cuyo cadáver, como se sabe, permaneció insepulto dos dias, conservando aún cierto calor, la elegante é ilustrada pluma de Augusto Orrego Luco trató en un folleto con gran acopio de ciencia y erudición este mismo tema.

Así, pues, desde que la misma ciencia médica, ciencia de aplicación y observación, admite la existencia de movimientos automáticos aún después de la muerte, y desde que dada la naturaleza de la herida y el local en que la recibió la señora de Solari, aceptado lo que afirma la ciencia y los testigos: á saber, que el golpe no sólo había producido una conmoción cerebral incurable, y producido necesariamente, nó ya el trastorno sino la pérdida total de la inteligencia sino que había arrojado fuera toda la masa cerebral ¿cómo aceptar que esa supervivencia puramente material y automática, esa vida puramente física y animal sea y contenga la vida natural y civil que exige el art. 962 del Código Civil la capacidad para testar ó celebrar contratos que niegan á todo sér privado de razón aún momentáneamente, ya para testar el art. 1005, ya para toda clase de contratos el 1447 del Código Civil?

## VIII

He querido simplemente enunciar la cuestión, pensando que ella puede ser tratada con fruto por mis distinguidos compañeros del foro en un terreno más vasto y detenido que estos simples apuntes.

Existiría para hacerlo así un gran estímulo.

El art. 79 del Código Civil resibe con esta sentencia, según creemos, su primera aplicación.

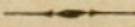
El objeto de él ha sido tratado en una memoria presentada á la Universidad por el distinguido estadista señor don José Victorino Lastarria.

El nombre de tan plecaro predecesor, la importancia y novedad del estudio, las consecuencias ya legales, ya científicas que de este estudio pueden derivarse, obrarán poderosamente en el ánimo de nuestra brillante juventud de jurisprudencia para hacerla tema de sus observaciones.

Este ha sido el único propósito que he tenido en mira al ocupar estas páginas, y que veré con satisfacción realizarse.

JOSÉ JOAQUÍN LARRAÍN Z.

Valparaíso, marzo de 1885.



## A LOS ANDES

---

Mas los sublimes montes caya frente  
A la región etérea se levanta,  
Que ven las tempestades á su planta  
Brillar, rugir, romperse, disiparse;  
Los Andes... las enormes, estupendas  
Moles sentadas sobre bases de oro,  
La tierra con su peso equilibrando,  
Jamás se moverán.

OLMEDO.

### I

Inmensa cordillera que erguida te levantas  
Mostrando en tus portentos de Dios el gran poder,  
Dos grandes continentes se extienden á tus plantas  
Se ve en el firmamento tu frente aparecer.

Sobre tus cimas brilla corona de volcanes  
Cuya radiante lumbre te baña en esplendor;  
Pirámides ardientes que azotan huracanes!  
Lumbreras que ha encendido la mano del Señor!

Tan sólo allá en el Asia los montes Himalaya  
Rivales majestuosos de tu grandeza son,  
Y tú y ellos parecen los altos atalayas  
Que de la tierra entera contemplan la extensión.

De lo alto de tus cumbres cascadas se desatan  
Que bañan con sus aguas tu enorme pedestal,  
Y luego forman lagos en donde se retratan  
Tus montes y tus rocas de pórvido y cristal.

Los robles que sustentas sobre tus anchos hombros  
Pudieran con sus ramas ciudades sombrear,  
Y cuando se derrumban tus rocas en escombros  
Los ejes de la tierra se sienten retemblar.

El humo y los nublados que en tu cabeza flotan  
Parecen cabellera que suelta el aquilón,  
Cuando las tempestades tus cimas encapotan  
Y entonan en desorden los vientos su canción.

Y mientras las tormentas retumban en tus cumbres  
Y el fuego de los rayos sobre tus sienas ves,  
Cual olas borrascosas inmensas muchedumbres  
Se mueven, se levantan, se agitan á tus piés.

¿Talvez de la tormenta el genio poderoso  
Oculta entre tus nieblas su brazo destructor?  
¿Quizá de tus volcanes el trueno pavoroso  
Es de su airado acento el eco atronador?

¿O acaso son las notas que arranca de su lira  
El ángel que Dios hizo de América el guardián,  
Cuando el horrible campo de muerte y luto mira  
En que sus hijos luchan con insensato afán? . . . .

## II

América! esta tierra bendita por el cielo,  
Eterno monumento del genio de Colón;  
Cuán fúnebres recuerdos existen en su suelo!  
Que número de lágrimas se vierte en su extensión!

Los pueblos que han debido crecer sobre los Andes  
Y bajo de sus sombras vivir en santa unión;  
Los pueblos que han debido formar naciones grandes  
Y ser de pueblos libres el inmortal blasón:

Hoy viven entregados á bárbara anarquía,  
La guerra fratricida sus senos desgarró;  
De la discordia el *Genio* vertió su copa impía,  
Y en una vasta hoguera la América encendió.

Los llanos y montañas son campos de batalla,  
El agua de los ríos teñida en sangre vá;  
Las mieses de los campos, las corta la metralla  
Y el humo del combate cubriendo el cielo está.

República se llama la horrible tiranía,  
Se oculta con un nombre la odiosa realidad,  
Las leyes, los derechos, son sólo una ironía,  
Mercedes que un soldado concede por *bondad*.

No puede, no, fundarse jamás la democracia  
Con pueblos que no tengan humana dignidad,  
Con turbas que reciban cadenas como gracia  
Y adoren ignorantes el vicio y la maldad.

Porque ellos sólo saben seguir á algunos hombres  
Y cambian caprichosos de jefe y de señor;  
Y el déspota orgulloso se adorna con los nombres  
De padre de la patria ó gran libertador.

Y el pueblo victorea los bárbaros tiranos  
Que azuzan la discordia con cínica crueldad,  
Imbéciles caudillos, soldados inhumanos,  
Que hipócritas invocan la santa libertad.

La libertad! la virgen magnífica y sagrada,  
El sueño de los pueblos que tienen corazón,  
Ha sido aquí en los Andes mil veces profanada  
Vistiéndose su manto la pérvida ambición.

## III

Acaso allá en los bosques incógnitos, distantes,  
Que forman de los Andes la vasta soledad,  
Allá talvez las tribus de indígenas errantes  
Disfrutarán felices de paz y libertad.

Esas naciones bárbaras escogen en las faldas  
De los lejanos montes un bosque en que vivir;  
Los huesos de sus padres llevan á sus espaldas  
Y aguardan resignados el mismo porvenir.

El arco con las flechas es su único tesoro,  
Su patria los desiertos, ni ley, ni sociedad;  
Descansan á la sombra de un roble ó sicomoro  
Y hasta su sueño arrulla la misma tempestad.

Los ecos del torrente que rueda por las peñas  
Halagan de esas tribus la calma y la quietud;  
Y dueños soberanos de selvas y de breñas  
Pasar miran felices vejez y juventud.

Y en las calladas noches de azules horizontes,  
Cuando de las estrellas se muestra el esplendor,  
El indio entonces sueña con sus queridos montes  
O acaso con la imagen de un inocente amor.

En la alba le despiertan los pájaros cantores  
Que desde la enramada le invitan á marchar,  
El ora unos momentos al Diós de sus mayores  
Y sigue otras florestas más verdes á buscar.

¡Oh! guarda entre tus sombras, inmensa cordillera,  
La vida de las tribus que indómitas estén;  
Protege á la Goajira y á Arauco la guerrera  
Y á las que cruzan libres las selvas del Darién:

Que mientras el salvaje sus flechas suelte al viento  
Y huelle con sus pasos la vasta soledad,  
Se escuchará en los Andes con varonil acento  
El himno de la América,—la voz de libertad!

## IV

Mas ved los otros pueblos del mundo americano:  
Tan sólo ofrecen cuadros de horror y compasión;  
Los llaman sus tiranos "el pueblo soberano",  
Pero atan á sus cuellos coyunda de baldón.

Mirad allá en el norte la tierra mejicana,  
Los restos sólo quedan de un pueblo colosal,  
Ensangrentadas minas que la discordia insana  
Le vende al extranjero con mano criminal.

Colombia la invencible, la cuna de leones,  
Presenta en tres pedazos su altivo pabellón;  
Soldados y tribunos disputan sus jirones  
Y en restos miserables aun ceban su ambición.

Los hijos de los incas están degenerados  
Y sus riquezas juegan con dados al azar;  
Los templos de sus leyes son ferias y mercados  
Y adoran sus tiranos del Sol en el altar.

Sobre Bolivia pesan los odios, las tinieblas;  
El Paraguay se postra de un amo bajo el pié,  
Y abandonada y triste en medio de sus nieblas  
La Patagonia existe sin porvenir ni fe.

Y el Uruguay y el Plata, al confundir sus olas,  
Reunen de dos pueblos la quejumbrosa voz,  
Mientras allá en las pampas la libertad á solas  
Las quejas les dirige de su postrer adiós.

Y entre las dos regiones en que tu sién se encumbra  
Tan sólo dos estrellas despiden su fulgor:  
De Washington y Franklin la patria al norte alumbra,  
Pero hay algunas sombras que empañan su esplendor.

Allí á la raza de Africa la esclavitud oprime  
Y amasa con sus lágrimas del infortunio el pan;  
El desgraciado siervo bajo el azote gime  
Y vive sin derechos el pobre hijo de Cham.

Padrón de vilipendio de la justicia humana  
Y de un altivo pueblo indigno deshonor:  
La raza de los negros es uua raza hermana!  
Los hombres son iguales delante del Criador!

El otro débil astro que lanza algunos rayos  
Adorna con su lumbre de Chile el pabellón;  
Mas ¡ay! sus resplandores se eclipsan con desmayos,  
Que en este hermoso suelo también hay ambición.

## V

Mas ¿no llegará un tiempo que hieran con sus yugos  
Los pueblos á los déspotas que ultrajan la moral?  
¿Serán eternamente juguete de verdugos  
Que harán de las repúblicas sangriento carnaval?

La fuerza será siempre señora de la tierra?  
No imperará en el mundo la ley de la razón?  
¿Los pueblos serán siempre las máquinas de guerra  
Que llevan por doquiera la muerte y destrucción?

Si fuere esta la suerte de todo el nuevo mundo,  
Inflama tus volcanes, montaña colosal;  
Con temblor terrible y estrépito profundo  
Bajo sus lavas hunde la raza criminal

Que se hinchen de tus flancos los senos insondables  
Y broten á torrentes incendio destructor;  
Que bajen de tus cumbres los vientos formidables  
Que tiene encadenados la mano del Señor.

Que déspotas infames y un pueblo vil, perverso,  
Las auras de la América no deben respirar;  
Esclavos hay bastantes en todo el universo  
Y pérfidos tiranos no debes abrigar.

Pero si llega un tiempo que cubra con sus alas  
Tus bellos horizonte el ángel de la paz;  
Si el mundo americano vestido con sus galas  
No abriga ni un esclavo, ni un déspota falaz;

Si al fin todos tus hijos, con lazos fraternales,  
Bajo tus sombras viven en una santa unión,  
Desata de tus sienes las linfas y raudales,  
Fecunda los dos mundos en toda su extensión.

Santiago de Chile, 1860.

ARCESIO ESCOBAR.

# R I M A S

---

## I

### DIÁLOGO

—Si el amor es a las almas  
Lo que a la flor el rocío,  
¿Cómo es que el hombre se queja  
De que el amor es impío?

—Es que las lágrimas, niña,  
Del rocío o del amor,  
Pueden venir desde el cielo,  
Mas . . . !lágrimas siempre son!

## II

## A MARTA

Al entonarte a tí un canto  
No sé, niña, a quien cantar,  
Si a Marte, el dios de la guerra,  
O a tí, la guerra en amar.

Ambos nombres simbolizan  
Con propiedad un combate;  
Por aquel lucha el guerrero,  
Por tí el corazón del vate.

Empero, a tí es imposible,  
No puedo cantarte a tí;  
Si quieres que cante a Marte . . . . .  
A MARTE puedo, eso sí.

## III

## LOS CÍRCULOS DE AGUA

Anillos de cristal que dulcemente  
Ondeais en torno de una flor hermosa  
Y que en mansa y limpísima corriente  
Hallais junto a mis piés temprana fosa.

Yo os contemplo partir—cual de la luna  
Parten los tibios silenciosos rayos—  
Del disco que al caer en la laguna  
Formó la flor con lánguidos desmayos.

Naceis temblando en su alrededor y apenas  
Abrazarla quereis con tierno abrazo,  
Cuando la habeis de abandonar con pena  
Al anillo que forma un nuevo lazo.

---

Y el uno en pos del otro caminando,  
Desde la flor hasta mis piés venís,  
Y todos en la orilla vais tocando,  
Y todos al tocarla os extinguís.

¡Así el humo al contacto de los vientos!  
¡Así la nube por el sol herida!  
¡Así nuestros felices pensamientos!  
¡Así las ilusiones de la vida!

Febrero de 1885.

BERNARDO SOLAR AVARIA.



# LA DIRECCION DE LOS GLOBOS.

(Traducido de LA REVUE DES DEUX MONDES por M. C. T.)

## I

Pedro Montgolfier, acaudalado fabricante de papel en Vidalon-lès-Annonay, tuvo un gran número de hijos, de los cuales no conocemos sino á dos, José y Esteban.

José, el mayor, nacido en 1740, tenía un caracter muy independiente. A los trece años se arrancó del colegio de Tournon para ir á vivir en la orilla del mar. Una vez encontrado, fué puesto nuevamente en el colegio á hacer estudios literarios, á que le obligaban sus padres apesar de que aborrecía la literatura. Por el contrario, estudió con celo y entusiasmo las matemáticas, la física y la química; y cuando abandonó las aulas por segunda vez fué para establecer una fábrica de azul de Prusia y de algunas otras drogas, que él mismo vendía.

Esteban, cinco años menor que su hermano, colegial modelo, moderado en sus costumbres, prometía ser—como lo fué toda su vida—un cumplido caballero, un literato más bien que un sabio.

Fué José quien concibió por primera vez la idea de los globos. De muy diversas maneras se cuenta cómo la concibió.

Hay quienes dicen que fué viendo elevarse en el cielo raso la enagua de la señora Montgolfier, su madre, enagua que se calentaba en un brasero durante el invierno

Esta es una historia sin autenticidad, ideada para dar al descubrimiento un color literario.

Según otros, estando José en Avignon buscaba en el fondo de su imaginación un medio de poder entrar á Gibraltar, sitiado entonces por los ingleses, cuando vió subir por la chimenea, atravesando por el humo, una hoja de papel calentada en el hogar.

Menester es olvidar estas ridículas historias; la verdad es que José Montgolfier, que había estudiado y medido la dilatación de los gases, sabía que el aire suficientemente calentado, llegaba á ser dos veces más liviano y podía elevarse conduciendo su envoltura.

Hizo una pequeña prueba, unido á su hermano Esteban, á quien asoció á su fortuna, y llevó á cabo la experiencia que él mismo ha referido con tanta sencillez como claridad:

“La máquina aerostática, cuya prueba fué hecha ante el pueblo de Vivarais, el juéves 5 de junio de 1783, fué construida con tela doble de papel cosida sobre un enrejado de cordones de cáñamo; era más ó menos de forma esférica y su circunferencia tenía ciento diez piés; un marco de madera la sostenía por abajo. Este marco dejaba libre una abertura para la introducción de los gases interiores que pesaban la mitad menos que el aire exterior en igualdad de volúmenes. La máquina podía elevarse arrastrando un peso de cuatrocientas noventa libras.

“Dos hombres bastaron para armarla y llenarla de gas; pero para sostenerla hubo necesidad de ocho, los que no la soltaron sino á una señal convenida: entonces ascendió con movimiento acelerado, pero menos rápido al fin de su ascensión, hasta la altura de cerca de mil toesas; un viento casi insensible que tocaba la superficie de la tierra le arrastró á mil doscientas toesas del punto de partida; permaneció durante diez minutos en el espacio; la pérdida de gas por las imperfecciones de la máquina, no le permitió permanecer allí durante más tiempo. El viento en el momento de la experiencia era contrario y llovía. La máquina descendió tan reposadamente que no quebró ni las espigas ni las plantas de viñas sobre las cuales descansó.”

## II

Se notará fácilmente que Montgolfier hace creer que había introducido en el globo un gas especial sumamente liviano; no confiesa haber calentado simplemente el aire interior con fuego de paja mezclada con lana, reservándose el beneficio del secreto con la probable intención de sacar partido de su descubrimiento, lo que era tan natural como lógico.

Una experiencia tan bella, tan completa, convertía en realidad un sueño acariciado por todos los hombres desde los tiempos antiguos, jamás realizado, pero siempre proyectado.

Apesar de que en ese tiempo no existían los periódicos, la noticia circuló por Francia entera, y cada cual quiso repetir el experimento.

Existía en ese tiempo en París, un joven profesor, conocido ventajosamente por su asombrosa imaginación, el físico Charles.

Este tuvo la idea, nueva entonces, y de que se ha abusado tanto después, de hacer pagar los gastos del espectáculo á los que quisieran presenciarlo.

Abrió una suscripción pública y comenzó la construcción del globo en el mes de agosto de 1783.

No conocía el gas de que se habían servido los hermanos Montgolfier; pero sí sabía que el químico Priestley había descubierto algunos años antes, el aire inflamable ó hidrógeno que era cinco veces y media menos pesado que el aire.

Sea que creyese que era ese el gas de que se sirvieran los hermanos Montgolfier, ó sea que obedeciese á una inspiración personal, decidió que el globo fuera llenado con hidrógeno.

Era esa una idea que las experiencias posteriores han reconocido feliz y que permitía disminuir considerablemente las dimensiones del globo. El de Charles, lejos de medir ciento diez piés de circunferencia, no tenía más que treinta y ocho, es decir la tercera parte.

La suscripción surtió efecto: Cárlos hizo un globo de seda, bien sólido y bien cosido, globo que se propuso llenar en la plaza de las Victorias, en la oficina de los hermanos Robert.

Encontró en esa operación dificultades casi insubsanales. Si es el hidrógeno el más ligero de los gases, es en cambio el más difícil para mantenerlo encerrado, lo que constituye una propiedad enteramente desconocida en esa edad y que se conoce en la actualidad con el nombre de *exosmosis*.

La operación de llenar el globo principió el día 23, y aún el 25 no estaba concluida. Cada día se pasaba en introducir grandes cantidades de un gas que escapaba por la noche.

Se colocaron en el aparato quinientos quilógramos de fierro y doscientos cincuenta de ácido sulfúrico, y gracias á esta medida, el día 25 á media noche, se condujo el globo medio lleno al Campo de Marte.

Iba extendido sobre una carreta, precedido de gente de á pié y á caballo, alumbrado por antorchas y escoltado por el pueblo que se descubría humildemente al paso del cortejo.

La jornada del 26 fué empleada en terminar los preparativos, y á las cinco, en medio de una multitud inmensa y al estampido del cañón, el aerostático fué abandonado á sí mismo.

Subió rápidamente; entró en una nube, lo que fué saludado con un grito inmenso; bien luego salió para ir más alto y más lejos, y finalmente se perdió en el espacio.

Oímos este relato á Faujas de Saint-Fond, sabio distinguido, profesor del Museo, cuya admiración nos pareció tanto más exagerada, cuanto que era ocasionada por un globo de cuatro metros de alto, cuya fuerza de ascensión, que no pasaba de veinte libras, era apenas capaz de levantar un gato.

Fué á caer á Gonesse; eso no es lo más curioso de su historia. Viendo esa masa informe descansando sobre la tierra, á medio llenar y agitándose á merced del viento, se le tomó por algún animal monstruoso. Se la adhirió á la cola de un caballo y fué por él conducido. El más valiente de los asistentes le disparó dos balazos, y de la herida

escapó algo como un suspiro de diabólico olor..... El globo fué apaleado, pisoteado y, cuando se vino de Paris á recogerlo, sólo se encontraron los restos.

### III

Imposible sería imaginarse el frenesí de admiración que se apoderó del pueblo francés.

El rey quiso ser testigo de una partida de globo.

Se preparó para él, en la corte de Versalles un *montgolfier*, adornado con las figuras de los dioses de la mitología antigua. Era inmenso—cincuenta y siete piés de alto—y apesar de estas enormes dimensiones se llenó rápidamente, se elevó hasta la altura de doscientas ochenta toesas para ir á caer, ocho minutos después, en Vaucresson.

Ese es el primer globo que haya ascendido animales: un cordero, un gallo y un pato, que depositó salvos y sanos en una encrucijada de la selva. El cordero parecía inconsciente del viaje que acababa de emprender é insensible al honor de haberlo llevado á cabo uno de los primeros.

Estas diversas pruebas estaban lejos de contentar la impaciencia y curiosidad del público. Pedia éste—y esperaba de antemano—que el hombre aprovechase de este extraño y maravilloso método de locomoción; y como había dos sistemas rivales que se dividían la opinión—el *montgolfier* con fuego y el globo con hidrógeno—el primero lleno de peligros, pero fácil para llenar, el segundo ofreciendo más seguridades pero menos comodidades, era necesario se hicieran pruebas para decidirse entre ambos.

La Academia de Ciencias se encargó de ello: hizo construir á sus expensas en los jardines del comerciante Reveillon, el *montgolfier* más grande que jamás se haya visto: tenía setenta piés de diámetro y capacidad para seis mil piés cúbicos. Todos los dias y en presencia de un público numeroso, se le hinchaba, en seguida se pesaba su fuerza de ascensión, es decir el peso que podía elevar, y se le dejaba enfriar para repetir las operaciones al dia siguiente.

La maniobra era dirigida por Esteban Montgolfier, quien se hacía ayudar por un joven llamado Pilatre de Rozier.

Este último, nacido en Nancy, había estudiado la física en Reims. Poseía conocimientos científicos bastante extensos; tenía agilidad y atrevimiento poco comunes.

Todos los días subía al globo por una galería, se dejaba ascender primeramente á una débil altura que aumentaba diariamente en presencia del público que lo animaba y á quien le gustaba complacer.

Concluyó por ascender trescientos veinticuatro piés; desde ese punto dominaba á Montmartre, y no cesaba de asegurar que esos viajes no llevaban en sí el menor peligro. Giroud de Villette y más tarde el marqués de Arlandes, mayor de infantería, que habían acompañado á Pilatre, confirmaron sus aseveraciones y le ayudaron en sus empresas.

Todo estaba preparado para llevar á cabo en la atmósfera un viaje en globo libre.

#### IV

El primer viaje tuvo lugar el 17 de Octubre de 1783 en los jardines de La Muette, con gran curiosidad pública.

El rey y Montgolfier mismo estaban anhelantes. Lanzar al aire dos personas en un aparato de madera, con considerable provisión de paja, conduciendo un hogar ardiendo que podía comunicar el fuego á la aérea habitación, era, en efecto, una temeridad digna de castigo.

Costó gran trabajo conseguir el permiso necesario; pero, por fin, consintió el rey con la condición de reemplazar los aeronautas por dos condenados, á quienes se daría la libertad; pero Pilatre no quería ceder ni el honor del peligro ni la gloria que le aportaría á aquel que por primera vez subiese en globo.

El marqués d'Arlandes fué quien arregló todas las dificultades, ofreciéndose él mismo para ser el compañero de Pilatre.

Todo marchó perfectamente; subieron á tres mil piés de altura, atravesaron Paris entero para bajar en seguida en los molinos de Croulebarbe.

El montgolfier había bastado, pues, para conducirlos;

pero si él se caldeaba ligero, se enfriaba más rápidamente aún. Sólo se le mantuvo en el aire gastando gran cantidad de combustible.

La respuesta de Charles á este desafío de Pilatre no se hizo esperar.

Acompañado de Roberto, Charles partió del jardín de las Tullerías con el mismo concurso de espectadores, los mismos cañonazos, el mismo entusiasmo del público. Había perfeccionado su máquina, inventado la lengüeta de cuero para el cañón, el lastre, la barquilla, hecho impermeable la cubierta, acelerado el relleno, llevado, en fin, el arte de la aerostación á un grado que jamás ha sido sobrepasado.

Esa fué una notable ascensión: en dos horas el globo estaba sobre Nesles, á nueve leguas de Paris. En el mismo instante que llegaba el duque de Chartres, que había seguido á los aeronautas al galope de caballo, Roberto descendía del globo; Charles permaneció en la barquilla y el globo, más liviano, emprendió un nuevo viaje. Quiso la casualidad que encontrase dos corrientes contrarias: la primera le alejaba; más, la segunda le trajo al punto de partida.

Desde este experimento, la superioridad de los globos sobre los montgolfiers fué incontrastable.

## V

No tenemos el designio de referir en detalle la historia de las diversas ascensiones que todos han emprendido, desde los sabios, como Proust, Lalande, Guyton de Morveau, hasta los príncipes de noble alcurnia, el duque de Chartres y el conde d'Artois; baste decir que se llegó hasta defender y conquistar un lugar en los globos con pistola en mano, sin preocuparse de los peligros que costaran la vida á un gran número de personas.

Y esto nos trae á la memoria á la señora Blanchard que fué precipitada desde un techo de la calle de Provence una tarde de un dia de fiestas públicas. Su marido que tenia la pretensión de diríjir los globos por un método

ideado por él, estuvo á punto de tener un fin semejante, atravesando el paso de Calais, frente á frente de Boloña. Ya su barquilla tocaba la superficie del mar cuando el viento lo elevó y le condujo felizmente á tierra.

Green, viniendo de Inglaterra también, sin correr tantos peligros, hizo un viaje más largo pero no más agradable. Apesar de la densa oscuridad reconoció las luces de Douvres y de Calais, pero sin atreverse á descender, se mantuvo á voluntad del viento. A media noche estaba en Lieja, cuya iluminación alcanzó á ver también. La noche estaba tan sombría que le parecia ir marchando entre dos paredes de mármol negro: Cuando amaneció, vió una campiña cubierta de nieve, por lo que se creyó en Polonia: no estaba felizmente sino en Hanover.

## VI

Mientras estas experiencias se multiplicaban, se hizo una invención de que debemos decir una palabra; la invención del *paracaidas*.

La antigüedad parece haber conocido este aparato. En tiempo de Alejo Comneno, un sarraceno, cuyos vestidos muy largos estaban sujetos por anillos de acero, se dejó caer desde lo alto de una torre, sin que le sucediera absolutamente nada.

En el siglo XV, Leonardo de Vinci que fué tan buen mecánico como reputado artista, inventó un aparato que designó y describió como sigue, según consta de los manuscritos que se conservan en la biblioteca del Instituto de Francia:

“Si un hombre tiene una tienda de campaña que tenga doce brazas por cada lado y doce también de alto, podria arrojarle desde cualquiera altura sin temor de hacerse daño.”

Apesar de esta aseveración, Leonardo no se atrevió á hacer la prueba, y fué el aeronauta Garnerin quien, perfeccionando el aparato, se atrevió el primero á confiarse al paracaidas.

“El primero brumario á las seis, según el astrónomo

Lalande, el ciudadano Garnerin se elevó en globo en la llanura de Monceaux. Cuando pasó la altura de trescientas cincuenta toesas, cortó la cuerda que unía el paracaídas y su carro con el aerostático; éste último hizo explosión, y el paracaídas en que iba Garnerin descendió con vertiginosa rapidez, hizo un movimiento de oscilación que arrancó un grito de espanto á los espectadores y muchas mujeres se desmayaron. Sin embargo, el ciudadano Garnerin descendió tranquilo; bien luego subió á caballo, volvió á la llanura á recibir las felicitaciones de la multitud y continuó su camino hasta el Instituto Nacional, que, estando en sesión, oyó su relación."

El paracaídas llegó á ser desde entonces una de las diversiones públicas.

La sobrina del inventor, Elisa Garnerin se creó una reputacion en este ejercicio.

La rapidez de la caída es tal que Sivel, en Nápoles, para descender mil ochocientos metros sólo empleó cuarenta y tres minutos.

## VII

Los individuos que habian ayudado á emprender esos trabajos tuvieron muy encontradas suertes.

Los dos hermanos Montgolfier fueron colmados de favores por el rey; su padre fué declarado noble: José recibió la cruz de San Miguel: Esteban una renta de mil francos: 40,000 libras fueron colocadas á su disposición para continuar los experimentos.

Se les debe la invención de un aparato hidráulico, máquina singular que revela una gran facultad de observación y que habria bastado por si sólo para ilustrar sus nombres, si los globos no los hubieran colocado ya bien alto.

José murió en 1810 siendo miembro del Instituto.

Charles llegó á ser uno de los profesores más célebres de su tiempo.

Faujas, el historiador de los globos, se dió á conocer en pos de Buffon y fué uno de los creadores de la geología.

En fin, el más audaz de los tres, aquel que recorrió el

*camino de aire* por vez primera, murió á los 29 años en una ascensión fatal, cuyos detalles no son bien conocidos. Habia tenido la aventurada idea de combinar el montgolfier con el globo con el fin de elevarse ó bajar sin necesidad de tomar en cuenta el lastre, por la sola acción del calor.

Sin hacer caso de los consejos de Charles que le manifestaba lo peligroso que es asociar el hidrógeno al fuego, partió de Boloña el 15 de junio de 1785, á las 7 con intención de atravesar el estrecho. Llevó consigo á uno de sus constructores llamado Romain, y rehusó, apesar de una fuerte suma de dinero, dejar subir al marqués de Maisonfort, porque la experiencia no era muy segura y no queria arriesgarl a vida de otras personas.

Se vió elevarse el globo y avanzar paralelamente al mar. Estaba ya á setecientos metros de altura y cinco quilómetros de la ribera, cuando un viento vino en su contra. Se pretende haber visto egecutar á los viageros movimientos de alarma, mientras que una llama de color violeta asomaba en el cañón de su máquina; después todo cayó, no en el mar como algunos inexactamente lo han referido, sino en la tierra, á trescientos pasos de la orilla, frente á la torre de Croy, no lejos del lugar en que Blanchard, más feliz, habia tocado tierra. Romain respiraba aún; Pilatre habia muerto: acababa de cumplir veintiocho años y seis meses.

El marqués de Maisonfort, milagrosamente escapado de la muerte, ha contado la catástrofe, siendo él quien cumplió las últimas voluntades de las dos víctimas.

## VIII

La dirección de los globos, que Charles creyó posible, no fué solucionada tan pronto. Es un problema complejo que se ha necesitado mucho tiempo para comprenderlo. Todo el mundo ha querido mezclarse en él, sobre todo los ignorantes. Estos creen generalmente que, así como el viento dirige á los buques, pueda también el viento dirigir á los globos, y no se fijan los que hacen esa hipótesis en

que las condiciones no son las mismas, pues los buques tienen un punto de apoyo en las aguas, mientras que los globos carecen de ese apoyo; y no pueden ser, por lo tanto, dirigidos por el efecto solo del viento; que es lo que vamos á tratar de demostrar.

Cuando un globo está sostenido por su cuerda, se vé á ésta oscilar, según los impulsos del viento. Estando así sostenido, resiste á su acción que quiere arrastrarle consigo, y resiste como un árbol, como una casa, como la vela de un buque fondeado. Todo estos obgetos oponen resistencia porque están fijos ó sea porque tienen un *punto de apoyo*: si éste les falta, ceden al viento y lo siguen.

“El globo que habeis visto antes de su partida, flotando al aire con temor de que se rompiera su tafetán aun nuevo, luchando contra los cables que le mantienen cercano á la tierra, á veces elevando á los hombres que trabajan en la barquilla, á veces rechazándolos al suelo con una fuerza tal que parece destrozarse—ese globo, una vez libre, parte y hiende el aire sin sacudirse, sin oscilar. Es el atleta que se quería atar, era indomable, hacía esfuerzos poderosos para desprenderse. Hélo ahora libre: está tranquilo. (*Nadar.*)

Está libre para obedecer al aire que le lleva y para seguir los movimientos que le imprima. Cuando se entrega á su acción, el viento puede ser fuerte ó debil, un huracán ó una brisa; y sin embargo, él aeronauta no lo siente, porque, como juzga de su movimiento por el de las nubes y demás obgetos exteriores á él que, viajando de continuo, guardan sus posiciones relativas, se créé inmóvil con todo lo que le rodea; de la misma manera que nos creemos inmóviles en un wagon ó en buque; tal como creemos estando en la tierra, que nos lleva en su traslación.

El aeronauta vé subir tranquilamente el humo del cigarro, la llama de una vela, vé pender verticalmente las cuerdas del globo, vé en reposo los pliegues de las banderas y los vé también cumplir los movimientos que se les imprima en medio de las tempestades más espantosas: en globo no hay, pues, ni puede haber viento.

No solamente no tenemos conciencia alguna del movimiento que nos lleva, sino que, cuando la vista de la tierra se disipa, no tenemos medio alguno para constatarla.

La brújula, la observación de los astros nos muestran, es verdad, hácia qué lado se encuentran el norte y sur con relación á nosotros; pero de ninguna manera nos dicen hácia qué parte marchamos: creemos estar inmóviles.

Por debajo de las nubes podemos medir el ángulo que forma la línea según la cual huyen los obgetos en sentido contrario al nuestro, con la brújula; ésta es la única observación que se puede hacer, pues por encima de las nubes no podemos cerciorarnos absolutamente de nada.

Ya que el globo sigue el movimiento del aire, ya que el viento, por más potente que sea, no se hace sentir, el aeronauta no puede servirse de él para desviar la dirección en que fatalmente somos conducidos.

Ninguna forma especial del aerostático, ningún aparato, ni timón, ni alas, ni hélice, nada puede alterar esas condiciones y hacer que el globo obedezca al poder del viento, pues éste allí no existe.

## IX

La consecuencia necesaria de esta teoría es que hay necesidad de una fuerza especial para dirigir los globos; es preciso usar un motor que pueda arrastrarlo, de un propulsor que pueda hacerle remontar las corrientes de aire en caso de necesidad.

Cuando se quiere hacer andar un coche es preciso enganchar caballos, un wagon exige una locomotora, un bote bogadores que remen: el pájaro no volaría con solo sus alas, necesario es que produzca la fuerza muscular que las anima; de la misma manera, el globo debe ser guiado por una máquina. Que esta máquina sea un motor hidráulico, á vapor, eléctrico, poco importa en teoría, pero es indispensable que haya una.

Ahora bien, nada seria tener un motor si no supiéramos cómo emplearlo.

Y aquí llega la temible cuestión del punto de apoyo, de la acción y de la reacción.

Pongamos un egemplo: se dispara un cañonazo: la pólvora inflamada produce un humo que se disipa, esa es la

fuerza; arroja la bala, esa es la acción; y la pieza retrocede, es la reacción. La pieza retrocede mas despacio que lo que la bala avanza, porque es más pesada.

Se define también este fenómeno diciendo que la bala toma su punto de apoyo en la pieza.

El agua hace lo mismo: fijándose en un bote se vé que los remos arrojan el agua hácia atrás mientras el bote avanza; y si es un buque con hélice se vé detrás de él una corriente de agua que retrocede con gran fuerza.

El aire obedece á la misma lei; sírve de apoyo.

Y, para concluir si nos fijamos en la barquilla, una hélice cuyo eje sea horizontal y que la hagamos mover, avanzará gracias á la presión que egerce sobre el aire posterior; arrastrará barquilla y globo, y todo se convertirá en un verdadero navío con la sola diferencia de recorrer el aire en lugar de navegar en el agua.

Para completar la semejanza entre los buques y los globos, conviene dar á éstos una forma achatada y proveerlos de un timón, puesto detrás y formado de una tela extendida que se pueda volver á derecha ó izquierda, como un verdadero timón de buque.

Una vez construido así, el globo podrá ser dirijido á voluntad del aeronauta en una atmósfera en calma; pero cuando hay corriente de aire es preciso añadir una última y esencial condición. Cuande el aire está completamente inmóvil, el aereostático no tiene en todas direcciones más que un solo y único impulso, aquel que le dá su motor y que podría llamarse *fuerza propia*. Cuando el aire está ajitado, hai dos: la propia y la que le dá el aire. Si ambas son paralelas y del mismo sentido se juntan; pero si son contrarias pueden suceder los tres casos siguientes:

1º La fuerza propia es superior á la de la corriente: entonces el globo puede marchar en contra del viento;

2º Ambas fuerzas son iguales: se destruyen y el globo permanece inmóvil; y

3º El viento es superior á la fuerza del motor y obliga al globo á retroceder.

La primera condición solo permite avanzar en contra del viento; y como este viento no es constante, pues es á veces nulo, á veces violento, el globo podrá ser dirijido en ciertos dias, y en otros será imposible dirijirlo; dirijible si

el viento es menor que la fuerza propia, indijible si es mayor. La cuestión se reduce simplemente á un resorte de la mecánica: hacer un motor ligero y poderoso.

En resúmen, la resolución del problema exige cuatro condiciones, 1º un motor; 2º una hélice; 3º un tímón; 4º un viento inferior á la fuerza propia.

## X

Conocemos ya la historia de los globos; recorramos ahora las diversas tentativas hechas con el objeto de dirijirlos, tentativas emprendidas desde que se conocieron.

Guyton de Morveau y el duque de Chartres emplearon remos con regular resultado; después Vallet pensó en las aspas de los molinos de viento; hizo disponer cuatro aspas en la parte de adelante de un buque que atravesó un río contra el viento. El doctor von Hecke empleó una *rosca de Arquímedes*, que es una verdadera hélice; pero este nombre, que no era aun conocido, no debia emplearse sino hasta que Sauvage utilizase en los navios este método de locomoción. La idea del doctor Hecke dió buenos resultados.

Un oficial ingeniero, muy distinguido, pasó diez años de su vida en hacer proyectos de construcción de globos. Monge le consideraba como uno de los primeros talentos de su época: se llamaba Meusnier, que fué general y miembro del Instituto, y murió á los cuarenta años en el sitio de Maguncia. De él decia el rey de Prusia:

—“Pierdo un enemigo que me ha hecho mucho mal, pero Francia pierde un gran hombre.”

Los papeles de Meusnier han sido conservados. Conocimos sus planos relativos á la construcción de un globo de ochenta metros de largo y de cuarenta y tres de alto destinado á conducir treinta pasajeros provistos de víveres para sesenta dias.

Este globo debía ser sumamente achatado, tener un tímón y una hélice dirigida por brazos de hombre. Meusnier creia que esa hélice podría imprimirle un andar propio de 1 metro por segundo. Parece que Meusnier no intentaba darle más que un apoyo. En ese tiempo el Doc-

tor von Hecke aseguraba que se encontraban en las alturas corrientes de viento que soplaban en encontradas direcciones, y que bastaba subir hasta encontrar la conveniente.

Admitiendo esta base que nada justificaba, Mensnier había imaginado un procedimiento ingenioso pero impracticable, que le permitiría subir ó bajar con la misma facilidad. Su globo debía tener dos cubiertas: la exterior, fuerte y resistente, completamente cerrada; la interior, más ligera é impermeable, debía contener el hidrógeno; y el intervalo entre ambas, lleno de aire, estaba en comunicación por medio de un tubo con fuelle. Si se quería descender, se introducía aire al intermedio por la presión, lo que aumentaba el peso obligando así al globo á bajar; si se quería ascender se rarificaba, al contrario, el aire de dicho espacio intermedio. De esa manera, sin pérdida de lastre ni de gas, se cambiaba el nivel hasta encontrar la corriente de aire que conviniere. No es necesario refutar semejante procedimiento.

Después de Meusnier es preciso esperar hasta 1842 para encontrar una idea más fecunda. Marey-Monge propuso el empleo de una máquina á vapor, idea sumamente atrevida á causa del peligro de incendio y del peso. En ese tiempo, se avaluaba en 1,000 quilógramos el peso medio de un caballo de vapor con su respectiva provisión de agua y de carbón.

Esa idea no fué ni podía ser admitida en esa época; pero fué presentada de nuevo en 1855 por Henry Giffard, el mismo que debía dar á la industria el precioso inyector que lleva su nombre.

Giffard adoptó la forma achatada de los globos, teniendo estos hélice y timón y una máquina que no pesaba más que á razón de treinta ó cuarenta quilógramos por caballo, que estaba á una alta presión y que tenía una caldera tubular con condensadores para renovar el agua, etc.; y lo más importante es que tenía un hogar interior y una chimenea construida de alto á abajo. Giffard calculó que se necesitarían treinta y siete hombres para hacer un trabajo igual al que hace un caballo de vapor, pesando éste cincuenta veces menos.

Había hecho el plano de un gran globo que habría podido conducir cien personas con los correspondientes víveres

y que habría sido capaz de dar vuelta al mundo en cuarenta y un días. El viaje no habría costado más que noventa y cinco francos por cabeza.

Más, hay gran distancia de un proyecto á su realización.

Cuando Giffard quiso construir un globo en condiciones más cómodas y más modestas, deshiciéronse sus esperanzas. La ascensión se hizo sin ninguna dificultad: la máquina maniobraba perfectamente; pero cuando fué preciso descender, no pudo guardar el equilibrio, cayó de punta, y el globo, estando libre, se perdió. Giffard no se daba por vencido, y creía que con perseverancia conseguiría su fin; pero para conseguirlo le faltó plata.

Despues se distrajo con sus hermosos globos cautivos que hemos tenido oportunidad de ver en Londres y en las Tullerías.

Se comprendió en 1870, durante el sitio de París todo el partido que se podía sacar de los globos libres.

Un gran número de mensajeros arriesgaron su vida y algunos la perdieron, yendo más allá de las líneas prusianas á llevar las noticias de París.

Un sistema de posta aérea se organizó para servir á los particulares, sistema que no fué muy insignificante. Pero si se podía salir fácilmente de las ciudades de esa manera, la entrada era casi imposible; pues había una dificultad inmensa para que, saliendo de un punto lejano y confiándose á las corrientes de aire, pasase el globo precisamente encima de París. Hubo que resignarse con el empleo de palomas viageras, conductoras de las correspondencias reducidas, en el punto de partida, á una dimensión microscópica por la fotografía, y aumentadas, á la llegada, por el procedimiento inverso.

Entonces fué cuando M. Dupuy de Lôme, que nunca se había ocupado de esta parte de la teoría de los globos, se puso á estudiarla, sin prestar atención á los trabajos anteriores, y la resolvió con bastante claridad. Reconoció que era imposible fabricar un globo capaz de luchar contra el viento, que generalmente sopla con violencia; que las circunstancias eran apremiantes; que no había tiempo para hacer estudios completos; pero que se podía imprimir al globo una velocidad lateral suficiente para llegar, por egem-

plo, á Rouen ó á Nantes cuando el viento soplara hacia Cherbourg y que bastaba para esto dar al globo un impulso propio perpendicular á la dirección de las corrientes de aire, á fin de que el aerostático pueda tomar una dirección intermedia.

Abrumado por las necesidades del momento, el gobierno francés ofreció á M. Dupuy de Lôme los fondos necesarios para la realización de su proyecto é impuso, por decirlo así, esta grave responsabilidad á su patriotismo: aceptó el gran físico, se puso inmediatamente á la obra, arregló las condiciones de estabilidad del aparato y resolvió hacer mover su hélice por ocho marinos vigorosos habituados á la maniobra. Hizo un globo en forma de buque para disminuir la resistencia del aire, pero reconoció que para mantenerlo horizontal y estable, era necesario que estuviese siempre lleno, con el fin de evitar el accidente acaecido á Giffard. Pensó entonces en colocar en el interior un globo pequeño lleno de aire, especie de vegiga natatoria, en que se podía introducir y extraer el aire por medio de un ventilador.

Desgraciadamente, y por más diligencias que se hicieran, la máquina no pudo estar terminada antes de la capitulación. Se continuó la construcción empezada y la máquina fué ensayada el 2 de Febrero de 1872. Este ensayo no tenía más que un interés científico, pero interés harto considerable.

El globo se llenó con hidrógeno puro, preparado por la acción del ácido sulfúrico sobre el fierro, y M. Dupuy de Lôme, que no había querido confiar á nadie la dirección del aparato, hizo su ascensión con pésimo tiempo.

Después de haber marchado siguiendo el viento, hizo funcionar la hélice y el timón, cuyo efecto no se hizo esperar; fijó el ege en una dirección perpendicular á la de la corriente de aire y el globo siguió perfectamente el camino diagonal entre las dos fuerzas: la una, la fuerza propia, era de dos metros y cinco decímetros; la otra, la del viento, era de catorce ó quince metros; la desviación calculada debía ser de quince grados, pero se encontró que era solo de doce, lo que era una verificación de la teoría de M. Dupuy de Lôme.

Una vez hecha esta experiencia, todos pudieron ver que

la solución del problema se reducía á armar la máquina de M. Dupuy de Lôme con un motor liviano y poderoso. Existían las máquinas á vapor del general Du Temple, que no pesaban más que tres quilógramos por cada caballo de vapor, cuando los hermanos Tissandier pensaron en un motor que había caído en el más lamentable olvido después de los ingeniosos estudios emprendidos sobre él por el ingeniero Froment.

J. JAMIN.

(Concluirá).



# D. MANUEL JOSE GANDARILLAS

EN EL CONGRESO DE 1825

---

(Fragmentos)

## I

En varias ocasiones lo hemos dicho.

Figuraron en Chile tres hombres mas o ménos homogéneos en carácter y en labor política, contemporáneos que aparecieron alternativamente en la doble era de la independencia y de la descomposicion y reorganizacion de la nacion chilena que necesariamente habia de surgir de la última, los cuales, necesitados hoi dia de concienzudo estudio para ser conocidos, van pasando, sin embargo, de una jeneracion a otra no solo sin el análisis debido sino casi del todo desaperecidos.

Esos tres hombres, en su propia esencia profundamente diversos, pero afines en su época, en su carrera, en su modo de ser personal y político, en su bandera de partido, fueron don Manuel José Gandarillas, don Carlos Rodríguez y don Joaquin Campino.

## II

Cada uno de esos hombres llenó su puesto a su manera, siéndoles comun un signo que pocas veces brilla en la diáfana

bóveda de nuestro firmamento. Hacemos alusion a la independencia de carácter, especie de cinto de *Orion* destacándose en medio de la inmensa nebulosa formada en nuestro clima por los satélites casi invisibles, a fuerza de ser numerosos, que entoldan con su opaco brillo la bóveda celeste. El servilismo político ha sido siempre *la vía lactea* de Chile, y por esto la cabra Amaltea, que fué el presupuesto y la nodriza de Júpiter, ha sido ascendida a la categoría de divinidad pagana y pagadora. . . .

En contraposicion a esa corriente, don Joaquin Campino, fué el mas notable de aquellos tres desconocidos, porqué comprometió su vida en Lima por servir de predecesor a San Martin en la independencia del Perú, y en seguida sirvió desinteresadamente esa misma causa en Santiago como caudillo liberal y primer ministro del jeneral Freire, y todavía mas tarde en Washington donde figuró como el primer enviado diplomático de su patria a la gran república federal del Norte.

Don Cárlos Rodriguez, vino en pos de él como tribuno en los congresos pipiolo de la reorganizacion y mas tarde como ministro del jeneral Prieto, mantúvose fiel a su partido cuando en sus manos cayera, hasta el sacrificio y el destierro en las persecuciones y en la pobreza.

A su turno pero con mayor volubilidad política apareció don Manuel José Gandarillas, el mas violento y el mas indomable de los tres personajes referidos quien de empleado subalterno del cabilde de 1810, ascendió a los mas altos puestos de la judicatura, casi como don Cárlos Rodriguez, que fué miembro de la Corte Suprema y don Joaquin Campino presidente del tribunal de Cuentas.

### III

Los tres hombres políticos ya nombrados fueron insignes carrerinos, especialmente los dos primeros, que siguieron a su jefe al destierro, sufrieron el duro trato de los hospitales de solemnidad de Buenos Aires y la afrenta de los presidios en tierra extraña, ántes que ceder en lo mas mínimo en su jeneroso culto ni en sus comprometi-  
mientos.

No tuvo igual acentuacion personal el espíritu de Campino, no solo porque habia residido fuera del país durante el curso de esos luctuosos sucesos sino por que de suyo fué un tanto desigual en sus afecciones. Esto no obstante, recordamos nosotros quo en el año de su muerte (1858) habiéndole visitado en sus postreros dias, nos hablaba con las lágrimas en los ojos de un libro que fué su última lectura— *El Ostracismo de los Carreras*, por esos dias recientemente publicado.

Los tres tuvieron por consiguiente de comun la aversion al gobierno del jeneral O'Higgins, a su persona y a los de todos sus hombres y secuaces.

Conocido es de todos el famoso jurado a que dió lugar don Cárlos Rodriguez en Lima en 1833 y en el cual trató al proscrito ex-dictador con tan horroroso lenguaje, que no es posible haya sido excedido ni aun en las mas afrentosas celdas de una penitenciaría. "Huacho", "ladron", "facineroso", "asesino", "ebrio consuetudinario", etc.

#### IV

Pero en esto no le fué nunca en zaga su co-partidario Gandarillas. que nunca denominó al director O'Higgins sino el *Huacho* y a sus partidarios los *huachistas*.

Refiérense a esta pasion dominante los documentos que hoi entregamos a la publicidad de LA REVISTA, documentos mas ilustrativos del carácter del último de aquellos personajes que de su época, los cuales empero servirán de algo a los que estudien mas tarde su figura política para darle su verdadero colorido. Son cartas privadas, pero sobre asuntos públicos que forman parte de una interesante coleccion que un amigo nuestro conserva inédita, y cuyas copias íntegras debemos a su fina liberalidad.

La mayor parte de esas cartas fueron dirigidas en los primeros seis meses de 1825 a doña Javiera de Carrera, hermana y heredera de los tres desdichados hermanos que le habia arrebatado el patíbulo, noble e infortunada señora que encontró en los tres hombres de quienes hacemos aquí memoria, jenerosos adictos, fieles despues del cadalso, fie-

les despues de la afrenta, y lo que es mas grande, mas raro y mas meritorio en esta tierra, fieles despues de la miseria que sobreviene a la opulencia.

El doctor Gandarillas, que tal lo era desde la Independencia, defendió, siendo pobre (como lo fué voluntariamente siempre) con el mayor desinterés los confiscados y saqueados intereses de los Carreras y de su hermana sobreviviente; y con este motivo y el de haberse casado uno de sus hermanos (don Juan José Gandarillas) con la única hija de doña Javiera Carrera, su recíproca correspondencia era mui frecuente; y de ella extraemos como características, y simplemente a título ilustrativo del carácter del hombre que las firma, las siguientes cartas que pertenecen a los primeros meses de 1825, época en que en pleno verano hallábase reunido el tumultuoso y tumultuario Congreso de aquel año memorable, a cuyo cuerpo van dirigidas las casi increíbles y verdaderamente brutales invectivas del diputado Gandarillas, con expresiones que hoi no se alcanzarían talvez a comprender, pero que eran, segun dijimos, peculiarísimas de su índole y talvez del parlamentarismo de su época.

Esas dos cartas elejidas de preferencia para revelar al hombre y la política de sus dias, dicen así:

SEÑORA DOÑA JAVIERA DE CARRERA.

San Miguel.

*Santiago, 22 de febrero de 1825.*

“Señora de todo mi aprecio:

“En este momento he tenido la singular complacencia de saber de Ud. y familia, pero con el desagrado de esas señorías y cumplimientos con que Ud. de cierto tiempo a esta parte ha dado en vestir sus cartas. Basta de burlas y hágame el gusto de recobrar su antiguo lenguaje.

“Tiene Ud. razon acerca de lo que me dice de la fragata *Estados Unidos*, porque efectivamente salió despues del triunfo de Ayacucho, y conocí mi equivocacion despues de haber remitido mi anterior.

“Estoi enteramente libre para contraerme a los asuntos de Ud.

“Ayer me he despedido del Congreso, despues de haber sido llamado al órden por la mayor parte de los diputados y alguna algazara de la barra. Se trataba de disolver este cuerpo, y para apoyar este pensamiento me expliqué con toda la acrimonia que me inspiran las circunstancias peligrosas del país. Hice una enumeracion de todos los trabajos del Congreso y de las maniobras inmundas de algunos de sus diputados, y pedia que para cortar las aspiraciones de los malvados, se pusiese al infame *guacho* (1) fuera de la lei. La exaltacion de mis ideas era excesiva, pero hice esfuerzos por moderarme en la locucion; hablé *con toda la groseria de mi impavidez*, y aunque estoi persuadido que el populacho me *sindica*, no me arrepiento porque estoi convencido que un Congreso de brutos y malvados no debe oír otro lenguaje. Ud. sabe tiempo há el desprecio que *hago de esta canalla de mis compatriotas por su vileza y su falta de justicia*, por el espíritu de arruinar al hombre de bien y proteger al perverso, por ese carácter de villanía que les distingue entre los hombres, y no podrá dejar de imaginarse *a que extremo he llegado*.

“El sábado quisieron matar a Campino y a Vera, y los asesinos han declarado que los principales autores de esta maniobra eran Argomedo, Fontecilla y otros que están dentro del Congreso. El dia ántes se habia sabido que a los pueblos se habia distribuido una circular a nombre de este cuerpo para que se aclamase de Director al tunante Prieto (2). El asunto es el mas horrible; se trata de restituir la administracion de sangre que ha devorado al país; el imbécil Carlos (3) halaga a la multitud y el bárbaro Infante le acompaña en la oposicion. Que se destruya el Congreso, orijen de esta espantosa conjuracion! Yo no pude ser dueño de mí. Si no lize el ánimo a morir ayer, fué porque el

(1) El jeneral O'Higgins.

(2) El jeneral don Joaquin Prieto.

(3) Don Carlos Rodriguez, su compañero de destierro en Buenos Aires.

desprecio de esta vil canalla alejaba de mí todo temor; pero resolví a hacerles conocer toda la nulidad de su infatuado orgullo. Perdí capítulo; el Congreso subsiste, continúa la debilidad del Ministerio sobre que tanto he declamado, y al fin Argomedo (1) y demas infames saldrán absueltos por ese cuerpo degradado hasta el exceso. No sé lo que resulte, pero yo temo una explosion ruinosa.

Soy su atento servidor, etc., etc., pero que no me diga "señor."

*Gandarillas.*

SEÑORA DOÑA JAVIERA DE CARRERA.

San Miguel.

*Santiago, marzo 10 de 1825.*

"Señora de todo mi aprecio:

"Al fin volvió Ud. a tratarme con el título que creo no haber perdido, que Ud. conoce bien es así, y que nunca me podrá negar sin injusticia, apesar de los recelos que le quedan por lo que me dice. Querria que Ud. se dignase esplicarme el fundamento de ellos para desvanecerlos, así por lo que incomodan a Ud. como a mí me interesan. Demasiado me conoce Ud., y quizás mas que nadie y debe Ud., por lo mismo, estar cierta que yo no soy capaz de cometer la mas pequeña infidelidad a la amistad mas pura, y si Ud. me apura diré la única que he tenido, que tengo y que ocupa la mayor parte de mi vida. La diferencia de opiniones, la contrariedad de sentimientos y la franqueza misma con que los he expuesto, no es una falta; puede que yo me engañe, pero no trato de engañar y esto mismo cede en mi favor porque en ello acredito que mi

(1) Don José Gregorio, el enérgico tribuno de 1810.

amistad no es de aquellas que por lisonjas manifiestan que son interesadas.

“Pero señora, ya voi componiendo un panejírico, como Carlitos, (1) de mí mismo: voi a otra cosa.

“Estraño mucho que hayan llegado a oído de Ud., por mi párrafo al Congreso, elojios a mi persona, cuando me hallo recargado de toda la execracion. Es eierto que esta vil canalla, este inmundo pueblo y estos animales corrompidos hasta el exceso me llaman poco la atencion, y nada me importa por lo que a mí toca. Sus elojios o vituperios, miéntras yo no haga otra cosa que llenar mis deberes, segun mis alcances; pero cuando estoi persuadido, que nadie ha tenido a bien lo que espuse en el Congreso, no puedo dejar de admirar que haya quien me elojie si no es por pifia.

“En esta tierra el que no es asesino, *rabia por serlo*; y quien no ha robado es porque no ha encontrado qué.

“Cada dia siento mas pertenecer a esta reunion de brutos *chúcaros* y me falta poco para maldecir las relaciones que me obligaron a volver a este pais.”

## VII

Pero el abogado Gandarillas no derramaba toda la bilis de su lenguaje en la antesala del Congreso, porque reservaba parte no pequeña de aquella para verterla en los estrados de los jueces.

Por esto, en carta posterior (fecha 6 de julio de 1825) a su corresponsal de San Miguel, hacienda que fué la residencia constante de la señora Carrera hasta su muerte, ocurrida en 1862, y con motivo de los litijios que a nombre de ella sostenia ante los tribunales, expresábase sobre los majistrados encargados de hacer justicia en la República en los términos siguientes:

“Señora mia, estoi fuera de mí con este asunto, no por la justicia de él que es mui clara, *sino por los jueces*. No hai un hombre en quien ponerlo y yo me desespero al ver

(1) El citado Cárlos Rodriguez, amigo de ambos.

la prevencion por una parte y las talegas de Barros que por otra exponen el resultado.”

## VIII

En esa misma ocasion, que era la de un juicio de vacas de San Miguel sostenido contra el capitalista don Diego Barros, el abogado de la señora Carrera temeroso del éxito por las razones que ántes apuntaba, decia a su cliente que en último caso iria él mismo al fundo de su contendor y “degollaría por sus propias manos las vacas materia del litijio”, exactamente como don Diego Portales escribia en cierta aventura a su corresponsal de Santiago desde la solitaria estancia de Peldegua, que habia tomado en arriendo cerca de Petorca; “que deseaba volverse toro” para ciertos fines que no es posible nombrar. En aquellos tiempos casi todos los hombres públicos de Chile eran bravíos, y por esto habia muchos de ellos que para embestirse usaban cuernos . . . con preferencia a las espadas.

## XI

Esto no obstante, el doctor Gandarillas no se exceptuaba ni así mismo ni de su sarcástica ira ni de su lenguaje terriblemente procaz.

Segun es jeneralmente conocido, en su niñez y jugando, como Gambetta, con una garrocha habia perdido aquel hombre singular un ojo en el colejio, de que provino el apodo chileno con que fué conocido—“el tuerto Gandarillas”, lo cual explica no poco su social encono.

Pues bien, en cierta ocasion respondiendo a la consulta de un amigo (el coronel Garrido) sobre un punto legal relativo a las ricas minas de Arqueros en Coquimbo, decíale en carta que en otra oportunidad hemos publicado estas palabras textuales tan significativas como las que hemos visto dirijia a sus enemigos.—“Yo pienso de esta y de esta manera, y si no fuera así apostaría el ojo que me queda.

## RECUERDOS!.....

---

Del triste despojo helado  
De cada esperanza muerta  
Grato un recuerdo despierta,  
En la tumba del pasado,  
Por el alma conservado  
Para su misma alegría:  
Bien que el cielo nos envía  
Entre penas y dolores,  
Como entre abrojos las flores  
Y entre tinieblas el día.

Mira el anciano con pena  
Las sombras del ataud  
Y un recuerdo de virtud  
De confianza y paz le llena.  
Asi en la noche serena  
La luna apacible avanza  
Y hasta el desgraciado alcanza,  
Como mensaje del cielo,  
Dando al ánimo consuelo  
Y al corazón esperanza.

Doquiera un recuerdo se halla:  
 En el fúnebre tañido  
 De la campana, en el ruido  
 Que entre las sombras se acalla.  
 Al corazón que batalla,  
 Presa de locos anhelos,  
 Son recuerdos sus desvelos,  
 Y hasta un recuerdo palpita  
 En la serena, infinita  
 Bóveda azul de los cielos.....

¡“Recuerdos”!..... repite el mar  
 En su eterno movimiento,  
 ¡“Recuerdos”!..... con blando acento  
 Dice la ola al espirar.....  
 Murmura el aura al pasar  
 Y sus plácidos rumores,  
 De los perdidos amores,  
 Son de recuerdo un suspiro,  
 Que exhala en perpetuo giro  
 Por entre prados y flores.

.....  
 .....

En el viaje del vivir  
 Todo pasa, todo rueda  
 Y sólo el recuerdo queda  
 De un fugitivo existir.....  
 Todo camina á morir,  
 Todo á recordar convida  
 Y, en contínua despedida,  
 Hasta ha querido la suerte  
 Que sea la misma muerte  
 Un recuerdo de la vida.

¡Recuerdos! negros despojos  
Y sombras de lo que fué,  
Fantasmas que el alma vé  
Y que no miran los ojos,  
Que del tiempo á los enojos  
Resistís en la memoria,  
Vosotros seréis la historia  
Adonde á perderse irán,  
Con mis ansias y mi afán,  
Todos mis sueños de gloria! . . . .

CLAUDIO BARROS B.



## MI VIDA DE PENSIONISTA <sup>(1)</sup>

(Conclusion).

Las respuestas a estas cartas no demoraban. Cada dos o tres dias, entre las siete y las ocho de la noche, sonaban en la puerta de calle unos golpes rápidos, apremiantes, como de mensajero que anda de prisa: era el cartero.

—Don Fulano de tal, dice.

—Yo, le contesto.

—Y con ésta me debe seis.

—El 1º cancelaremos. . . . . ¿no hay otra para esta casa?

—Nó. . . . . y sigue a galope.

¿Los demas pensionistas no tenian madres tan cariñosas como la mia? Quizas, pero es que la indolencia de los hijos causa desapego en los padres, y mis compañeros de vivienda poco se acordaban de los suyos.

Con faz sonriente rompía el sóbre de esas deliciosas epístolas, en cuyos rengloncitos *chuecos* a veces se veian los rastros de la trémula emocion de mi madre y las manifestaciones de su miopía prematura: a esta casi ceguera ella achacaba la irregularidad de los perfiles, que a menudo provenia del temblor del corazon que gobernaba la mano. ¿Qué nó? pues ahí va una de sus cartas:

“Hoy me he acordado mucho de tí, hijito (*¡chuecos los perfiles!*), porque vino a verme una amiga que tiene en Santiago un hijo, jóven muy aprovechado, que está al recibirse de médico y que es el único pensar de esa pobre señora,

(1) Véase el número 11 de esta REVISTA.

todo su delirio, como tú lo eres de tu madre (*¡uf! . . . . perversos los renglones!*). Me mostró esa amiga un párrafo de una carta que acababa de recibir de su hijo; en ese párrafo decía de tí unas cosas que me han hecho llorar de gusto y que todavía me tienen lagrimando." (*Aquí la letra se echó a perder a cércen.*) . . . . .

¡Para qué sigo! sepan los que lean estas líneas que trazo con el corazón aflijido: cada vez que ella hacia alusiones a los consuelos y al orgullo que le infundían las buenas noticias que por ajeno conducto de mí le llegaban, o a las esperanzas que fundaba en cada uno de sus hijos, ¡oh! entónces los perfiles se retorcian y los renglones se encabritaban.

¡¡Consuelo de mis noches de penas y aliento de mis desmayos, cofrecito de las cartas de mi madre, delante de mí te tengo; trasciendes a flores en cuyos pétalos reseco dormitan ósculos antiguos y antiguas lágrimas de amor: ¡yo te bendigo!

El año se alargaba de una manera desesperante para mí —se hacen rastra los años cuando los empuja un deseo— pues queria rendir cuanto ántes mis exámenes y que mi madre se estableciera en la capital, lo que habia resuelto para fines de 187. . . .

Ya no veia la hora de retirarme de esa casa donde mi permanencia era por momentos de mas en mas difícil: siempre las mismas disputas, las mismas impertinencias, las mismas nocturnas acechanzas, las mismas parodias de las mismas óperas. Cárlos estaba insoportable; este muchacho, charlatan por naturaleza, se perfeccionaba en su vicio con la asistencia asídua a la Cámara de Diputados; no perdía sesión, ni aun aquellas en que se discutían áridamente los presupuestos en medio de la soledad de las galerías; luego tomó un tonito parlamentario y ciertos modales prosopopéyicos; con el pretextó mas frívolo, el hombre se armaba en brándis o tiraba al discurso.

No sé quién, en mala hora, descubrió en José Francisco aptitudes para escritor; se metió académico en una acade-

mia literaria, y desde entónces se pasó las noches de sol a sol fabricando odas a los padres de la patria y lúgubres endechas a una esquiva doncella de la vecindad.

Establecióse, de consiguiente, cierto mal disimulado antagonismo literario entre Cárlos y José Francisco, que se trataban con los miramientos y réservas de los de un mismo oficio. Ambos tenian ardientes partidarios entre los huéspedes de misea Cármen Roperó, quienes se dividieron en *carlistas* y *panchistas*, y cuando las secretas rivalidades estallaban, las polémicas mas atroces ocurrían entre los caudillos y secuaces de uno y otro bando.

A consecuencia de estas disputas sobrevenían las violentas separaciones de bienes y esos tratamientos corteses que emplea la cólera que pretende de magnánima o de bien educada. De manera que, tras de una borrasca en que habian llovido palabrotas a cual mas insultante o mas canalla, de súbito el silencio aparecía y en medio del silencio, una voz aparentemente reposada, pero de cólera latente, que decía: “Devuélvame la camisa que le presté el Domingo, caballero.—Como nó, señor; y usted me devolverá los dos pesos que le presté el otro día.—Vea, don Diego Antonio, saque todos sus cachivaches de mi pieza.—Y usted, don Juan José, no se meta mas en mi esqueleto.”

¡No se meta mas en mi esqueleto!... Diego Antonio, que habia venido a Santiago so pretexto de estudiar medicina, tenia un esqueleto que llamaba *doña Manuela*, porque diz que era de mujer. Sus compañeros de clase y de vivienda recurrían de vez en cuando a ese esqueleto para practicar en él algunos estudios anatómicos, pero con mas frecuencia lo usaban para consumir las mas horribles profanaciones; nombres inmundos estaban escritos en su osamenta y en las posturas mas violentamente caprichosas y mas desesperadamente obscenas yacia de ordinario ese esqueleto.

En las noches de zambra, cuando ya el licor comenzaba sus estragos, uno de esos mozos se ponía de pié, de repente.—¡A ver! un trago, doña Manuelita, decía—y vaciaba entre las mandíbulas del esqueleto y entre las careajadas de la concurrencia una copa de ponche, que caía sobre la pélvis y se desparramaba sobre el piso; y la pélvis y las

mandíbulas quedaban durante un rato goteando con la execrable bebida.

Yo sé que con el tiempo todo se olvida, ménos los amores puros e infelices del alma; pero junto con los recuerdos amargos de la existencia conservaré siempre la memoria de esos espectáculos atroces.

¡Y despues de esas saturnales! ¿ois cómo se dirijen en patrulla y en puntillas a la puerta de calle, sacan la tranca que casi se les cae y los delata, sofocan la risa de ver burlada la vijilancia de misea Cármen Roperero, y recomiendan a uno que los aguarde en vela, y salen, y a la media cuadra rien a mas y mejor, y despues. . . . despues. . . . muchas mañanas, a la puerta, el cupé del doctor X, especialista en enfermedades venéreas.

Nuestra conducta morijerada y nuestra actitud de mudos pero elocuentes censores de tamaña disipacion y disolucion, nos atrajeron una inquina tan falta de disimulo como de motivos de parte de casi todos esos ociosos y mal nacidos. Una tarde nos provocaron: los vicios que imprimen la palidez y relajan los músculos e idiotizan al individuo, habian inoculado la flaqueza en brazos que no pudieron resistir al empuje de los nuestros, armados con todo el vigor de la juventud y del derecho.

Esa tarde casi se nos muere doña Cármen Roperero. La señora previó que el lance remataria con la separacion de casa de algunos de sus huéspedes. Filiberto y yo fuimos los primeros en notificarle nuestra retirada: la señora se deshizo en lágrimas como una Magdalena; nos dijo que debia al carnicero, al lechero, al *recaudero*; que la época—principios de Agosto—era la ménos propicia para encontrar jóvenes que inmediatamente ocuparan nuestras vacantes; que corria el riesgo de quedarse quién sabe hasta cuándo sin los cincuenta pesos mensuales que Filiberto y yo le pagábamos y que le eran absolutamente indispensables para sus gastos. En seguida nos lleva al rincon semi-oscuro de una pieza y allí, sollozando, nos dice: “Con las piltrafas que arranco a las bocas de estos ogros que me devoran, sépanse ustedes que sostengo una familia que morirá de hambre el dia que le falte mi apoyo: son tres niñas que deshacen sus pulmones cosiendo y una anciana inútil, su madre y hermana mia, a quien cegó la jaqueca, que pronto

me inutilizará también. Nunca habría revelado este secreto de mi vida, pero lo hago a trueque de que ustedes no me abandonen; yo los quiero tanto; son ustedes todo el respeto y el consuelo de mi casa. No se vayan para que no perezca de hambre una familia; si yo no trabajo para mí ni pido para mí; me sacrifico por ellas. . . . .”

—Basta, le interrumpí; me quedo. No permita el cielo que jamás por culpa mía caiga una lágrima de dolor sobre la tierra. Aguantaré, señora.

—Sí, aguantaremos, agregó Filiberto.

—¡Gracias! exclamó doña Carmen Roperó; y ya un tanto repuesta, añadió: ¡este sí que va a ser dolorazo de cabeza!

Poco después, salía en busca de sus consabidos *puchos*.

En obsequio al dolor de esa mujer adopté medidas conciliadoras con mis provocadores, y como las reyertas entre muchachos son de fácil olvido, pronto se restablecieron las relaciones en un pie de respetuosa amistad. Para ello, y a fin de que la armonía no se quebrantara, hice transacciones con mi rigorismo. Hoy les acepté una copa, mañana una invitación a paseo, en seguida esto, después aquello y lo de más allá; en fin, en cada una de esas condescendencias, iba dejando jirones de mi ascetismo y de mi austeridad, con menoscabo de mi buen nombre, de mis estudios, de mi salud y de mi conciencia, que me gritaba en las horas de recojimiento y a veces en medio de las disipaciones: “Te resbalas, Jorje, te resbalas.”

Filiberto seguía mis pasos.

Como si hubiera entrevisto la pendiente en que me deslizaba, en virtud de ese instinto adivinatorio que caracteriza a la mujer, mi madre me escribió anunciándome que talvez anticiparía su viaje fijado para fines del año, merced a ciertos arreglos ventajosos a sus intereses. La noticia me llenó de júbilo; Filiberto la celebró mucho y me comunicó que en ese día le habían notificado un aumento de sueldo y le habían dado una gratificación de cincuenta pesos por merecimientos de sus servicios. “Me compraré una levita, que harta falta me hace, en un almacén de ropa hecha, y mañana nos daremos un banquetito en el restaurante del Santa Lucía; no me diga que nó; déjeme proporcionarme el placer de ese pequeño derroche.”

Filiberto se compró la levita negra mas larga, mas mal hecha, una de las mas ridículas que he visto en mi vida. Yo, que siempre he respetado en materia de trajes las extravagancias de los pobres porque ellas son amenudo imposiciones tiránicas de la necesidad, casi no pude contener la risa delante de la levita del insigne noticiero: éste convino conmigo en que era indispensable hacerle una reforma.

Así, Filiberto con levita y yo con el ánimo á mal traer, nos dirijimos el dia prefijado al café del Santa Lucía.

Era la tarde ménos adecuada para una fiesta de regocijo; tarde de frio, de humedad, de silencio en los árboles desnudos y desmantelamiento en los campos: ni un gorjeo, ni una nota, ni un aroma, ni un alegre panorama.

Dias hay, los dias primaverales, en que la naturaleza se asocia al contento de los hombres y a la mesa del placer se sienta engalanada con manto de verdura, encajes de flores y diadema de luz; esos son los dias que el opulento escoje para sus derroches en grande y sus expansiones bucólicas, porque sabe que la presencia de ese huésped en la mesa del festin lo embellece y poetiza todo y es lo único que reemplaza la ausencia de la mujer; pero el pobre, a quien no es dado elejir horas propicias para su solaz, las disfruta cuándo y cómo se le presentan, y por eso se halla muchas veces con que hasta la naturaleza le niega su participacion en el contento cuando cree haber logrado un instante de regocijo.

De codos sobre la baranda del balcon volante del cerro contemplábamos el paisaje que a nuestros ojos se ofrecia. Reinaba abajo ese vaiven que, al morir el dia, se nota en las grandes ciudades, cunfuso y desatinado vaiven semejante al que se produce en la casa de un enfermo cuando comienza la agonía. Los últimos rayos de un tibio sol de invierno lamian los húmedos techos de la ciudad y en el confin del horizonte se alzaban las brumas de la tarde. Era el momento del crepúsculo en que toma un tinte especial de melancolía todo lo que se eleva, canto, plegaria o tañido; lo que pasa o descende, ave, hoja, nube o recuerdos—nieblas del alma—todo, hasta la misma alegría.

Embargados por la tristeza del paisaje y talvez por el vértigo de la altura, que infunde sobrecojimiento en el co-

razon y quimeras en el espíritu, mi compañero y yo permanecemos mudos un buen rato.

Filiberto rompió el silencio.—¿Nó es verdad, amigo mio, dijo, refiriéndose a la altura en que nos hallábamos, que estoí colocado en una elevada posicion social?

Me sonreí por fuerza, porque columbré la disimulada amargura que en esa frase de buen humor se escondia.—Filiberto, esperemos, repuse; los hombres no son lo que nacen sino lo que se hacen.

Nos dirijimos al restaurante. Antes de la comida, mi compañero me propuso un aperitivo, una copita de bitters o de vermouthe, por ejemplo. Me dió risa, pero la contuve.—Francamente, nó. . . .

Filiberto me cortó la frase.—Señor, dijo al mesonero, sírvanos dos copas de bitters. I adivinando mis escrúpulos económicos—compañero, me dijo, si hai para todo.

—¡Oh! qué ocurrencia, agregué, en un tono que equivalia a decir: ¡las cosas tuyas! que fuera yo a rechazar por lástima a su opulencia!

En una pieza mui mona nos habian aderezado la mesa, a la que nos sentamos con ningunas disposiciones para la alegría, porque esa tarde, como queda dicho, la naturaleza nos negaba resueltamente su participacion en nuestra fiesta: no habia sobre el mantel ni siquiera un ramillete de flores.

—¿Qué vino? preguntó el mozo.

—Urmeneta Carbenet, dos botellas, repuso el anfitrión.

—Filiberto, yo creo que con una. . . .

—Por Dios, amigo, no ponga cortapisas a mis derroches; déjeme dilapidar mis bienes; déjeme darme tono, darme gusto, engañarme a mí mismo y forjarme la ilusion por un momento de que soi rico y de que soi feliz.

Saltó el primer corcho y apuramos la primera copa. Antes de beberla, dije a Filiberto: “Por Ud., el mejor de los hombres, el mas delicado de mis amigos; porque jamas nos separe el destino. . . .” Iba a añadir otra frase, pero sentí un nudo en la garganta. Filiberto, sin mirarme, me dió las gracias con la cabeza: estaba conmovido.

Acto continuo escanció la segunda copa. “¡A la salud de su mamá!” exclamó.

Le pedí la mano y se la estreché con delirio.—Filiberto, dije, pronto mi familia se establecerá en Santiago y mi casa será entónces la casa de Ud., y mi madre, su madre. ¡Salud!

—Pero yo . . . .

—Todo se lo merece Ud., amigo mio. ¡Salud!

Entónces se desató su lengua; me habló con sentimiento y elocuencia de muchas cosas y sobre todo de su porvenir y de mi porvenir que, a su juicio, era envidiable, y de los goces sin número que en su ancianidad disfrutaria mi madre. Yo creo en el vaticinio de ese jóven; sus palabras me embelesan, y entre copa y copa, sueño, deliro, me veo hombre ya, dueño de una posicion brillante, rodeado de una familia que me respeta, de una madre que me bendice, y de una esposa buena y linda a quien todos adoran, a quien yo idolatro y que es el orgullo, el consuelo y el apoyo de mi vida: ¡qué risueñas perspectivas! Vino, vino! Filiberto!

Poco a poco comienza a invadirme una ternura infinita, una ternura verdaderamente maternal, un ansia de querer y de querer a todo el mundo y de abrazar a la humanidad entera para decirle que la amo.

Noto que los sirvientes nos miran con cierta sonrisa maliciosa y que se guiñan el ojo a hurtadillas, como diciéndose: “ya están perdidos.”

A influjo de estos ímpetus altruistas, recuerdo a todos mis benefactores, a las pocas personas a quienes debo una sonrisa; y entre las figuras que desfilan por mi memoria, se destaca la silueta melancólica y sonriente de misea Cármen Roperó.

—¡Por misea Cármen Roperó! exclamo, alzando la copa.

—¡Oh! por supuesto.

Y despues de la copa, comienzo el panejórico de las virtudes de la patrona, unas alabanzas coreadas, nutridas de exclamaciones. Filiberto no me deja concluir mis elojios, los coje por la mitad e inicia otros que interrumpo yo, hasta que a duo entonamos esta epifonema de accion de gracias: “¡oh qué buena la patrona, qué buena la patrona!”

Por una natural asociacion de ideas, se bebe despues por las sobrinas de misea Cármen Roperó, por las excelentes niñas que deshacen sus pulmones cosiendo; y á propósito,

se hace una disertacion tétrica sobre la pobreza de las niñas pobres y sobre los peligros que corre la honestidad de esas jóvenes, mayormente cuando es ciega la persona encargada de velar por ella; en consecuencia, se bebe tambien por la hermana ciega de misa Cármen Roper. ¿Quién falta? ¡ah! los huéspedes de misa Carmelita; tambien se bebe por ellos. Al llegar aquí, hai tregua de copas: ¡se agolpa tanto recuerdo á la mente! pero los disculpamos a todos, a todos los perdonamos: ¡si no son tan malos como parecen! El lance de aquella tarde! pobrecitos! que mal trechos salieron del lance! Nos reimos a carcajadas y el mozo tambien se rie y se fija en una ventana donde hai unas personas que nos aguaitan y que nos han tomado a risa, segun parece.

—¡Mozo! media botella de champaña, dice Filiberto... y yo no le digo nada; ya no entiendo de escrúpulos, y ademas, estoi creyendo rico a Filiberto, como estoi creyendo en mi felicidad y en la bondad del mundo entero.

—¡Mozo! dos cigarros puros, dice Filiberto... y yo no le digo nada; déjelo que pida, señor, déjelo que pida.

—¡Por su mamá! exclama de nuevo Filiberto, poniéndose de pié y alzando la primera copa de champaña.

Me levanto—¡qué tengo en las piernas!—me le acerco, lo abrazo y abrazados como hermanos, bebemos esa copa cuyas burbujas salpican los labios, inundándolos de la frescura y del voluptuoso adormecimiento que infunde el beso matinal de la vírjen que adoramos.

El tiempo avanza; y es prudente que nos retiremos. ¡Cómo se han pasado dos horas sin sentir las! qué delicioso momento! el momento mas feliz de la vida de Filiberto! Este se apoya en mi brazo, y así, cariñosamente unidos, descendemos por las húmedas avenidas del cerro.

Acordamos dar una vuelta por el Pasaje y hácia él nos dirijimos, puro en boca.

Nos colamos del brazete en el Pasaje, mirando los escaparates de los almacenes de lujo con la altivez aristocrática y el menosprecio magnífico de la opulencia. Nuestro andar era grave, soberbio, ministerial y ridículo, si se quiere. Habia un mar de jente y en medio de ese mar nos metimos embarcados en lucubraciones filosóficas de alto bordo.

Las abstracciones de la filosofía y ciertos espirituales adormecimientos inspirados por la vena poética-melancólica, no nos permitieron fijarnos en el efecto que produciríamos en la concurrencia, efecto que me lo imagino desastroso. Mas, para qué digo que me lo imagino, puesto que fué desastroso; y si no, ahí está la historia del *levo*.

Desde nuestra entrada en el Pasaje notamos que una misma voz sonaba incesantemente tras de nosotros y que esa voz articulaba una misma palabra, la palabra *levo*; *levo* arriba, *levo* abajo; el enorme, el gigantesco, el incomensurable *levo*; y luego unas risotadas y un advertir a diestro y siniestro que se fijan en un *levo*. De repente, Filiberto, sin atreverse a volver el rostro y estrechando mi brazo contra su brazo, me dijo a media voz con tono de profunda pena y vergüenza:—"Parece que se rien de mi levita algunos truhanes."—Di vuelta la cara y ví que una risa burlesca se conjeló en los labios de una trahilla de bellacos que nos seguían mostrando con el dedo la levita de mi compañero.—Imbéciles, exclamé, haciendo un ademán agresivo.—¡Qué va a hacer, hombre! tomemos la acera, me dijo Filiberto, y añadió: es necesario rendir justicia a esos truhanes; yo bien sé que mi levita llama la atención; ¿y acaso por lo desarrollada y fornida no tiene más de macho que de hembra?

Aquellos excelentes pillos, todos menores de veinte años, tomaron a risa la levita de mi compañero desde que la vieron destacarse en el horizonte hasta que se perdió en lontananza. Lejos del sitio de la catástrofe, yo oía aun que nos gritaban—el *levo*, el *levo*, el *levo*.

Regresamos a la casa a eso de las nueve de la noche. Los pensionistas, al vernos llegar a nosotros, los puritanos, un si es no es chispos, manifestaron la complacencia del sátiro que contempla el estreno de un aprendiz de sus vicios; mïsea Cármen Roperó disimuló su escándalo, y la vieja cazorra de la Martina, casi se murió de la risa. Al verme tratado como camarada y cómplice de esos bellacos que agraciaban mi desliz y que querían abrazarme, yo, que no era bastante culpable aun para humillármeles, levanté la frente; se me despabiló el espíritu—"nadie me toque," dije—y corrí a mi cuarto a ocultar mi vergüenza.

Ahí, sepultado en las sombras, recordé los triste porme-

nores de esa tarde, mi decadencia paulatina desde días anteriores, mi travesía ridícula y vergonzosa por el Pasaje lleno de jente; me acordé de mi madre, a quien engañaba con mi hipocresía; de la Vírgen, mi madre de los cielos, y entónces, en medio de la oscuridad, dirigí mis ojos hácia el sitio donde pendia su imájen sacrosanta: "Reina de los ángeles y de mi alma, balbuceé llorando, perdóname, protéjeme; yo siempre te amo."

Sofocando entre las almohadas sollozos de compuncion, me quedé dormido.

Tarde, no se a qué hora, una voz piadosa me despertó. El cerebro me *pesaba* como si fuera de plomo; unos calofrios me recorrían como corrientes eléctricas todo el cuerpo y un calor seco me apergaminaba los labios.

—¡Jesus! Ud. tiene mucha fiebre, exclamó Filiberto.

—Abrígueme bien, le repliqué. ¿No tiene por ahí alguna *Pampa* de Buenos Aires o algun *Siglo* de Montevideo?

—Déjese de bromas, que mañana a primera hora llamémos al doctor.

—¡Si no es para tanto!

—¡Ojalá!

Despues, me quedo dormido con sueño fatigoso.

A los primeros resplandores del sol abro los ojos, y la luz del astro me lastima la vista. Misa Carmen Roperó se acerca, me da los buenos días, me toca la frente y el cuello, sale, y oigo que en el pasadizo dice a Filiberto en tono de profundo espanto y apuramiento: "Por Dios, Filiberto, un médico, un médico: ya se lo vuela la fiebre."

Veó que entra con enfática gravedad el doctor X.; me dan mucha risa las ínfulas del médico, que saca su reloj y me toma el pulso . . . . pero como yo debo imprescindiblemente tomar el tren dentro de media hora, tiro de mi brazo y pido un carruaje para dirigirme a la estacion.

Los minutos trascurren y el coche no parece; me echo a correr entónces . . . . pero ¿qué demontres tengo en los piés que no me cunde lo que ando? los pasos salen cortitos aunque procuro darlos mui largos; los trancos se me embotan, como si anduviera sobre una inmensa sábana de copos de algodón o de vellones de lana . . . . ¿Qué es eso? . . . . ¿el tren brama? ¡Ya no alcanzo a tomarlo! Jesus,

¡qué desesperacion! ¡Un carruaje! un carruaje! grito de voz en cuello. Oigo que un transeunte dice: "Delira y será prudente amarrarlo." ¡Ai! no por diosito! tengo que ir a mi casa; hai álguien que está muriéndose en mi casa. . . . mas, tres hombres fornidos, que se parecen mucho a Filiberto, al doctor y a Diego Antonio, me amarran, en medio de una turba de curiosos, que se parecen mucho a los pensionistas de misa Carmen Roperó, y me dejan inmóvil y de espaldas en no sé qué parte.

El sol tuesta mis entrañas; ya me ardo de sed ¡Agua! agua! pido a los transeuntes, que nada me dan; miéntas tanto oigo cerca de mí el murmullo de una corriente helada i cristalina que se escabulle entre árboles sombríos, cuyo blando susurro me enloquece; a intervalos, algunas ráfagas, saturadas con la frescura de esas aguas y de ese bosque, se escurren sobre mis labios como una lijera neblina sobre el cráter calcinado de un volcan.—¡Compasion! agua! agua! digo a los curiosos que se aproximan a mirarme; uno se apiada; ¡qué bueno es este hombre! si se diria que es el mismo Filiberto! Me acerca a los labios un jarrito blanco como la nieve; inútilmente procuro incorporarme; sonriendo, abro mis fauces áridas como el cauce agostado de un desierto; absorbo con ánsias. . . . ¡ah! eso nó! agua fria, bien fria, quiero! El hombre del jarrito traidor se va. . . . un fuego voraz me consume y deliro de sed.

Al fin me escapo i huyo hácia mi casa, siguiendo una línea de ferrocarril, una línea mui pendiente que cierran a ambos lados dos paredes tan altas que tocan el cielo y tan lisas que sobre ellas no podria pararse una mosca. Una locomotora, que ocupa el espacio que media entre las paredes, aparece de súbito tras de mí, corriendo cuesta abajo, ahogándose en humo y devorando las distancias; quiero huir, pero no puedo; quiero escalar las murallas, pero me resbalo como el azogue sobre el mármol.—Me coloco en medio de la línea; grito para que detengan el convoi; pataleo de desesperacion: el mónstruo se agranda, me fascina, enmudezco. . . . el tren me mata y así que pasa, me quedo calladito porque estoi muerto.—Entónces vienen unos trasgos enormes que me hacen morisquetas y se van; y unos niñitos con caras de hombres grandes que me amenazan sentenciosamente con un dedo y se van.

Anochece i me quedo esperando que de un momento a otro me llame a juicio el Señor, que acaba de pasar por el lugar del siniestro y me ha clavado una mirada de reojo. El tiempo trascurre y no me llama; entónces yo, que estoi muerto, pero que sé que no estoi muerto, me levanto y ando y ando; los dias i las noches se suceden y yo sigo andando. . . . . ¿Cuándo se acabará esta línea entre paredes? . . . . . ¿Si vendrá otro tren que me mate de nuevo?

De repente oigo voces amigas del otro lado de una de las paredes; noto mucho trajin; oigo que me nombran y que dicen que ya estoi fuera de peligro. . . . . ¡Dios mio! ¿qué voz es esa? la voz de mi madre? . . . . . Sí, sí, madre mia, exclamo, golpeando la pared, aquí está muriéndose tu hijo: siento un ruido mui grande, como de murallas que se desploman i algo como una fresca brisa que me orea los labios. . . . . Abro los ojos y veo a mi cabecera una mujer, en la misma actitud en que solia sorprender a mi madre cuando me despertaba, anunciándome con un beso las mañanas de mi infancia. En efecto, era ella, pero esta vez no se me presentaba serena y dichosa como antaño sino con un semblante en que se revelaban todas las angustias de una Dolorosa.

—¡Chit! me dice al oido, tragándose las lágrimas; no te aflijas, no hables, hijo de mi alma; ya pasó la crisis y pronto te sacaré de esta casa.

—Sí, madre mia, respondo, sáqueme cuanto ántes de esta casa.

J. RAMON GUTIERREZ M.





# MAL POR BIEN

---

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

---

PERSONAJES.

DOÑA MANUELA, madre de  
ROSITA, prometida de Ramon.  
ROSARIO, sirviente de las anteriores.  
RAMON.  
FRANCISCO, su amigo.  
CÁRLOS, amigo del anterior.  
VALENTIN, sirviente de Ramon.

La accion en Santiago. Año de 1876.

---

## ACTO PRIMERO

---

Una sala con muebles de escritorio. Una mesa para escribir, hácia la derecha, con todo lo necesario. Una mesita, hácia la izquierda en el fondo y un tablero de ajedrez sobre ella. Pendiente del techo, en medio de la sala, una lámpara de gas encendida. Puertas al fondo y a ámbos lados; la de la derecha en último término; en primero la de la izquierda; la del fondo al medio.

## ESCENA PRIMERA.

RAMON, VALENTIN.

RAM. Pues, hombre! . . . Frescos estamos!

VAL. Sí, señor, digo lo mismo. (*Pausa.*)

RAM. ¿Estás seguro?

VAL. Seguro.

RAM. ¿Te habrás engañado!

VAL. Lindo!

Si yo dijera que Ud.

Está que ya pierde el juicio

Con el amor mas notable

Que se viera en amoríos

¿Podría engañarme?

RAM. Vaya . . . .

Eso es sin réplica, chico;

Pero, cuanto a este otro asunto,

Francamente que no atino

En decidirme a creer

O a dudar de lo que has visto.

Entre dudar y creer

Que son opuestos caminos,

Al cabo de la jornada

Encuentro dos precipicios:

Si creo, trocaré en odio

El verdadero cariño

Que a Francisco le profeso;

Si dudo, podrá Francisco

Ser un pérfido y jugar

Un doble juego conmigo:

Finjir amistad sincera

Para engañarme atrevido.  
 Inquieto estaré, si dudo;  
 Si creo, ménos tranquilo . . . .  
 Por esto, en dudar o creer  
 No sé tomar un partido!

VAL. A mi modo de entender  
 O no entender, que es lo mismo,  
 Diré que, si entiendo, entiendo,  
 Y si nó, que no he entendido;  
 Es decir, digo que yo  
 No sé si decir que digo . . . .  
 Con que, señor don Ramon,  
 Explíquese otro poquito.

RAM. Valentin: con la confianza  
 Que te doi, mui atrevido  
 Te has puesto . . . . Y si no mirara  
 Que, desde éramos niños,  
 A mi lado con afecto  
 Fraternal te he mantenido . . . .  
 Valentin, acaso hiciera  
 Un escarmiento contigo.

VAL. Excúseme. (*Pausa.*)

RAM. Lo que acabas  
 De contarme me lo explico  
 Por una equivocacion  
 Disculpable en que has caido:  
 Como era la noche oscura,  
 Encontrando en tu camino  
 A un sujeto que talvez  
 Se habia allá detenido  
 Por mera casualidad,  
 Lo tomaste por Francisco.

VAL. Por vida! . . . . Estoy tan seguro  
 De lo que estos dos han visto . . . . (*Por los ojos.*)

RAM. Francisco, bien lo conozco,

- Es un muchacho mui digno . . . .
- VAL. De andar con él a guantadas  
Diga, señor.
- RAM. Mira, chico;  
Si estuviera enamorado  
Tiempo ha me lo habria dicho;  
Porque toda su confianza  
En Ramon pone Francisco.
- VAL. Tambien lo creo.
- RAM. ¿Y entónces?
- VAL. Entónces . . . . no la ha tenido  
En este caso.
- RAM. ¿Y por qué?
- VAL. Pues es cuento divertido!  
Mire que seria bueno  
Decirle a un individuo  
A guisa de confianza:  
—“Aguza el oido, chico:  
Hago todo lo posible,  
Como que soi tu amigo íntimo,  
Para birlarte la novia;  
Conque así, estás prevenido!”  
Pues oiga Ud., don Ramon,  
Que eso seria magnífico! . . .
- RAM. Soi de tu opinion.
- VAL. ¿Y entónces?
- RAM. Entónces . . . . tú no has tenido  
Presente una circunstancia  
Al hacer tu racionio.
- VAL. ¿Y cuál es ella?
- RAM. Que ignora  
Que yo me caso Francisco.  
Pues, aunque mui amenudo  
Tentaciones me han venido  
De decírselo, no lo hice

Porque he tomado a capricho  
Darle una sorpresa.

VAL.

Bah!

No vale eso tres cominos.  
Dígame Ud. ¿qué sucede  
Si en carbones encendidos  
Se pone un pié?

RAM.

¿A qué viene esto?

VAL.

Ya lo verá Ud.

RAM.

Pues, hijo,

Se hace chicharron el pié.

VAL.

Por tanto, si hubiera dicho  
A una persona cualquiera:  
—“Un pié en el fuego he metido”  
¿Ya sería suficiente  
Para creer a punto fijo  
Que Ud. se habia quemado  
El pié?

RAM.

Es claro!

VAL.

Pues, lo mismo

Ha pasado en el asunto  
Que Ud. secreto ha creído.  
Del casamiento de Ud.  
Nada ha hablado con su amigo;  
Pero él sabe que Ud. va  
Hácia Fulana seguido,  
Que pasea con Fulana,  
Que Fulana tiene un lindo  
Y airoso talle, unos ojos  
Mas temibles que bandidos. . . .  
Y la mujer siendo estopa  
Y el hombre fuego, su amigo,  
Que nada tiene de lerdo  
Y sí mucho de ladino,  
Se habrá dicho en sus adéntros:

—“Casaca quiere este chico”—  
 O:—“Este chico se ha quemado!  
 Pues, señor, he de andar listo  
 En no decirle que tengo  
 Con su futura trapillos!”—  
 ¡Si fuera verdad!

RAM.

VAL.

En fin,

Ultima vez lo repito,  
 En la puerta de la casa  
 De mi ama futura he visto  
 Anoche, lo juraría,  
 A su amigo don Francisco.  
 Con un ente de polleras  
 Conversaba. Su camino  
 Siguió al verme, y con la capa  
 Se cubrió hasta los oídos.

*(Pausa. Ramon se queda por un momento profundamente pensativo).*

RAM.

¡El vendrá esta noche acá!  
 He de ver a punto fijo  
 Si es verdad que me traiciona;  
 Para lo cual es preciso  
 Que tú me ayudes.

VAL.

Con gusto.

RAM.

Quiero tocar un arbitrio  
 Que en este instante me ocurre.  
 Siendo por él sorprendido,  
 Será difícil que pueda  
 De pronto ocultar Francisco  
 Ni su inquietud ni su angustia,  
 Si es traidor i fementido.  
 Y yo leeré en su rostro  
 Como se lee en un libro!  
 Tu cualidad de sonámbulo  
 Será un recurso magnífico

Que eres sonámbulo él sabe  
Y así no tendrá motivo  
De sospecha. Ven acá,  
Voi a ponerte advertido. . . .

*(Váse por la izquierda. Llega la Rosario con manto i paráguas por el fondo.)*

## ESCENA SEGUNDA.

ROSARIO.

Ros. Por lo visto aquí no hai nadie;  
Es un desierto esta casa.  
¡Ai! ¡Jesus, Jesus! . . . Si vengo  
Con las ropas empapadas! *(Se sacude los vestidos.)*  
Como tiene siete mil  
Portillos este paráguas. . .  
De seguro que amanezco  
Con romadizo mañana. . . *(Vuelve a mirar.)*  
Lo dicho: ni don Ramon  
Ni mi Valentin. . . ¡Caramba!  
Pues, señor, no he de llamar  
Hasta que uno de ellos salga. . .  
Estoi que no me sostengo  
En mis piés de fatigada. . . *(Se sienta.)*

## ESCENA TERCERA.

ROSARIO, RAMON, VALENTIN.

- RAM. ¿Quién?
- ROS. Don Ramon. (*Levantándose vivamente.*)
- RAM. La Rosario!
- VAL. (¡Mi novia!)
- RAM. ¿A qué es tu venida?
- ROS. Vengo porque me mandó  
La señora a toda prisa  
Para que entregara a Ud.  
Sin demora esta cartita. (*Le da una.*)
- RAM. ¿Ahora! . . . Está bien . . . (¡Una carta  
Cuando allá estuve en el día! . . .)  
“Ramon: acabo de leer (*Leyendo aparte.*)  
Una carta dirigida  
Por algun desconocido  
A mi querida Rosita,  
Y como se trata en ella  
De asuntos graves, querria . . .”  
(*Sigue para sí. Todo el diálogo entre Valentin  
i la Rosario en voz baja: De cuando en cuando el  
primero tira del vestido a la segunda para llamarle  
la atención.*)
- VAL. Chiquita de mi consuelo!  
Mononito de mi vida! . . .
- ROS. Quita allá . . . (¡Los novios deben  
Pelear una vez al día!)
- VAL. ¿Que ya de mí te olvidaste?
- ROS. ¡Tonto!

- VAL.                           ¿Qué!
- ROS.                           ¡Tonto!
- VAL.                           ¡Pues mira;  
Te digo que no me insultes,  
Porque estoy rabioso!
- ROS.                           ¡Viva!
- RAM.                          Bien, muchacha. Voi a darte  
Para tu ama una misiva.  
*(Se pone a escribir, dándoles las espaldas.)*
- VAL.                          ¿En qué quedamos, muchacha?  
¿Me quieres o no, alma mia?
- ROS.                          Deja, Valentin!  
*(En voz alta para que oiga Ramon.)*
- VAL.                           (¡Jesus!)
- RAM.                          ¿Qué estás haciendo?  
*(Dejando de escribir y volviéndose a medias).*
- VAL.                           Nadita!  
*(Muy avergonzado.)*
- ¡Si... esta mujer... la Rosario  
De melindrosa que es grita...  
RAM.                          Mucha cuenta con lo que haces;  
Y deja en paz a esta niña.  
*(Torna a escribir. La Rosario se rie socarrona-  
mente. Valentin sumamente enojado se va por la  
derecha, lanzándole miradas furiosas y amena-  
zándola con el puño. Pausa. Ramon concluye de  
escribir y mientras está cerrando la carta, sin  
volverse, habla lo que sigue:)*

## ESCENA CUARTA.

RAMON, ROSARIO.

RAM. Acércate acá, muchacha;  
 Voi a darte la respuesta.  
 Y tú, Valentin, acércate,  
 Que yo no quiero contiendas  
 En mi casa, es necesario  
 Que se arreglen bien las cuentas;  
 Pues me parece que ustedes  
 No andan tal como debieran.

*(Se da vuelta para pasar la carta a la Rosario  
 y ve que no está Valentin.)*

Hola! ¿y Valentin?

ROS. Ahora  
 Acaba de irse a la pieza. . . .

RAM. Eres mui traviesa, chica,  
 Con Valentin.

ROS. ¿Yo traviesa?  
*(Con coquetería.)*

Pero, señor don Ramon. . . .

RAM. Rosario, si tú supieras  
 Lo que él te quiere, serías  
 Con él un poco mas buena.

ROS. Pero si no he sido mala. . !

RAM. Sabe Dios qué jugarreta  
 Le has hecho. *(Riéndose.)*

ROS. Ninguna!

RAM. Sí:

Tu cara lo manifiesta. . . .



Me lo ha dicho.

RAM. ¿Quién es ella?

¿Rosita?

ROS. Sí.

RAM. ¡Qué mujeres!

Cuanto saben tanto cuentan!

Y todas son recortadas

Por unas mismas tijeras. . . .

ROS. Doña Rosita, señor,

Es un ángel!

RAM. Sí, es mui buena! (*Con calor.*)

ROS. ¡Y lo quiere tanto!

RAM. ¿Mucho?

ROS. A menudo lo recuerda.

RAM. Y yo a ella.

ROS. Pues, entónces,

Están pagados.

RAM. ¿De véras,

Te lo dijo la Rosita?

ROS. Sí, don Ramon; me profesa

Un gran cariño.

RAM. Por tanto

Tú la querras.

ROS. ¡Si supiera

Cuánto la quiero!

RAM. ¿Encargó

Que a nadie se lo dijeras?

ROS. Sí, señor.

RAM. Y en este asunto

Serás mas dura que piedra

Si algo te preguntan.

ROS. Bueno. . . . (*Turbada.*)

Señor, en esta materia. . . .

Seré muda. . . . (*¡Ai! don Francisco;*

*A Ud. voi a darle cuenta!*

Se lo he prometido! . . . .)

RAM. Vamos

A otra cosa . . . .

ROS. (¡Si supiera  
Que anda un gavilan detras  
De su paloma! . . . .)

RAM. Es mui bella  
La Rosita. ¿No es verdad?

ROS. Sí, señor.

RAM. Cuando la tenga  
Por esposa es menester  
Que tú en nuestra casa seas  
El ama de llaves.

ROS. ¡Vaya!  
Le agradezco la promesa  
Don Ramon.

RAM. Por otra parte,  
Yo te daré algunas telas  
Para que te hagas vestidos,  
Cuando mi boda.

ROS. ¡Otra buena  
Noticia!

RAM. Pero, muchacha,  
Lo mas importante queda  
Por decir.

ROS. Aun queda mas!

RAM. Desde hoy tomo por mi cuenta  
El hacer tu matrimonio  
Con Valentin . . . . ¡Ah, traviesa! . . . .  
(*Riéndose.*)

Parece que esto te gusta  
Mas que todo!

ROS. ¿A mí?  
(*Con gasmoñería.*)

RAM. Me resta

Decirte que a ámbos los doto  
Para celebrar la fiesta.

ROS. ¡Ay! ¡Qué bueno es don Ramon!

RAM. (Dádivas quebrantan peñas.)

ROS. Cómo no habia de querer  
A un hombre de tales prendas  
Mi señorita!

RAM. Mujer,  
No seas tan zalamera!

(Pausa.)

Díme, niña, ¿la Rosita

(Con el tono mas natural.)

Connmigo unirse desea?

Dí la verdad.

(Muy cordialmente.)

ROS. Sí, señor,

Lo ama a Ud. de todas véras!

RAM. ¿Nunca ha tenido amorcillos  
Con otro? Dí con franqueza.

ROS. Nunca, señor, eso nó:  
Doña Rosita es mui séria.

(¡Mas su seriedad no impide  
Que un pollo le ande a las vuéltas!)

RAM. (¡Siento pasos!) Vete, pues;  
La carta no se te pierda.

ROS. Buenas noches, don Ramon.

RAM. Saluda a doña Manuela.

(Vase por la derecha. Luego uparece por ahí  
Valentin, a tiempo que va a salir la Rosario i que  
llega Francisco, quienes se cruzan en la puerta.)

## ESCENA QUINTA.

FRANCISCO, VALENTIN.

ROS. Don Francisco!

*(Al salir).*

FRAN. La Rosario!

*(Al entrar.)*

VAL. ¡(Se conocen! Hai enredo!)

*(Viéndolos.)*

FRAN. ¿Cómo te vá, Valentin?

VAL. Mui bien señor. . . . (¡don zopenco!)

FRAN. Si Ramon se encuentra en casa  
Avisale que lo espero.

VAL. No está, señor don Francisco.

FRAN. Hombre, no puede ser eso;  
Porque quedó de esperarme  
Esta noche, pues tenemos  
Un desafío pendiente.

VAL. ¿Un desafío?

FRAN. Bien sério.

VAL. ¿A florete o a pistola?

FRAN. Nó, hombre, desafío a un juego  
De ajedrez.

VAL. Ya! . . . . Es otra cosa.

FRAN. Valentin, dime: hace tiempo  
Que salió Ramon?

VAL. Media hora.

FRAN. Entonces, hijo, hasta luego.

*(Va a marcharse.)*

VAL. Don Ramon me hizo un encargo.

FRAN. Vamos a ver.

VAL. "Pronto vuelvo"—

Me dijo ántes de salir—

"Si acaso en estos momentos

Llega don Francisco, díle

Que, si no le es mui molesto,

Me espere un instante."

FRAN. Bien.

Entónces aquí lo espero.

*(Se sienta a la mesa dando la espalda al fondo.*

*Valentin queda a la izquierda.)*

(Si Valentin me veria

Anoche en la puerta? Bueno

Será averiguarlo.) Anoche

En la calle de San Diego

Te divisé.

VAL. A mí?

FRAN. Sí, a tí.

VAL. Bien puede ser. . . . ¡Ah! recuerdo

Que anduve como a las nueve

Por esa calle.

FRAN. Mui cierto,

Porque las nueve serian.

VAL. Me estoi cayendo de sueño

*(Bosteza recio.)*

Y si Ud. me lo permite

Me retiraré. . . .

FRAN. Un momento.

¿Tú me viste, Valentin?

VAL. ¿Dónde, señor?

*(Haciéndose el desentendido.)*

FRAN. En San Diego.

VAL. Yo nó, señor.

FRAN. Sin embargo,

Pasé a tu lado.

VAL.

(Embustero.)

*(Ramon sale en puntillas de la derecha, con sombrero i paraguas i se va por el fondo. Miéntras tal hace, Valentin mete ruido con los piés, bosteza ruidosamente i dice:)*

Sin que llegue mi patron

No pasará mucho tiempo.

FRAN.

¿A qué saldria a estas horas

Con tan terrible aguacero?

VAL.

Si Ud. no me necesita. . . .

*(Bostezando.)*

FRAN.

Vete.

VAL.

Me caigo de sueño!

*(Yéndose por la izquierda.)*

## ESCENA SESTA.

FRANCISCO.

FRAN.

Sin duda ha ido a la casa

De Rosita. . . . Oh! qué consuelo

Es amar a una mujer,

Si nos brinda noble afecto!

Sér purísimo cuya alma

Solo vive en los ensueños!

Cuya única esperanza,

Cuyo solo devaneo

Y esclusiva aspiracion

Y constante pensamiento

Son el gozo y la ventura

Del sér amado! . . . ¡Ai de aquéllos

En cuyo pecho se anida  
 Amor que desgarrá el pecho  
 Y en su amada sólo encuentran  
 Indiferencia o desprecio! . . . .  
 Para éstos no hai bién posible,  
 La existencia es un infierno,  
 El mundo es el infórtunio,  
 La vida continuo tedio! . .

*(Pausa. Mucha expresion.)*

¡Si yo olvidara este amor! . .  
 Pero no puedo! . . ¡No puedo! . .

*(Con abatimiento. Llega Ramon por el fondo.)*

## ESCENA SÉPTIMA.

FRANCISCO, RAMON.

RAM. ¡Mucho te he hecho esperar?

FRAN. ¡Ramon! . . Al fin, has llegado . .

*(Saliedo bruscamente de su abatimiento y procurando desechar los pensamientos anteriores.)*

RAM. Cómo te va? *(Se dan la mano.)*

FRAN. Bien . . ¡Y a tí?

RAM. Así . . así . .

FRAN. Encontraba raro  
 Que, habiéndome prometido  
 Esperarme, hayas faltado  
 A tu compromiso.

RAM. Amigo,  
 Encuentro justos tus cargos;  
 Te daré satisfacciones.  
 El desco me ha sobrado



El traidor burló a ese amigo,  
Seduciéndole a su amada!

FRAN. ¡Dios mio!  
(*Mui inmutado, en un arranque primo que no  
ha podido dominar.*)

RAM. ¡Que! . . . (*Mirándolo fijamente.*)

FRAN. ¡Pobre amigo! . . . (*Procurando  
serenarse.*)

RAM. (¡Ah, Francisco! ¡Tú me engañas!) (*Pausa larga.*)

FRAN. ¡Y el ajedrez?  
(*Como sacudiendo sus pensamientos.*)

RAM. Ahí está.

FRAN. Juguemos . . .

RAM. (¡No está sin mancha!)  
(*Por Francisco. Pasa la mesita con el tablero  
y dos sillas. Se sientan uno a cada lado.*)

FRAN. Manos a la obra.

RAM. Empecemos! . . .  
(*Echa las figuras sobre el tablero.*)

¡Cuáles tomas tú? . . . ¡Las blancas  
O las negras? . . . Las que gustes.

FRAN. Me iré con las blancas.

RAM. Vaya.

Yo me armaré con las negras.  
(*Comienzan a armar el juego.*)

(Mejor prueba es la que falta!)

FRAN. ¿Se rifará la salida?

RAM. Si te parece que se haga . . .

FRAN. Como quieras. Cuanto a mí  
Ni me va ni viene nada  
En salir o no salir . . .

RAM. Pues que seas tú quien salga.

FRAN. Allá va.

(*Juegan.*)

RAM. Yo te contesto.

FRAN. Mui bien . . . El caballo salta.

RAM. Adelante el peon . . .

FRAN. Magnífico . . .

No me asusta la jugada.

RAM. Ya veremos si despues

Te asusta.

*(Con intencion.)*

FRAN. ¿Despues? . . . ¡Caramba!

Adelante con mi reina! . . .

RAM. Eso no me importa nada,

Porque te digo: ¡A la reina!

*(Al decir estas últimas palabras levanta mucho la voz y mira al descuido hácia la izquierda.)*

FRAN. ¡Demonio! . . . Es buena jugada! . . .

*(Mui contraido. Valentin aparece en la izquierda, en mangas de camisa, con la mirada fija en la puerta del fondo y señalándola con el brazo estendido. Hace que sueña.)*

## ESCENA OCTAVA.

DICHOS, VALENTIN.

VAL. Allí está . . . no hai duda . . . es él! . . .

FRAN. Hombre, ¿qué hai?

*(Sorprendido.)*

RAM. Hola! . . . (¡Ya empieza!)

*(En toda esta escena Valentin finjirá hablar con uno que cree tener a su lado. Ramon espia-  
rá todos los movimientos de Francisco.)*

VAL. Ya ve usted . . . no lo engañaba . . .

FRAN. ¿Qué quiere?

- RAM. Nada. Es que sueña.  
(*Riéndose con la mayor naturalidad.*)
- FRAN. ¡Ya recuerdo que es sonámbulo!
- VAL. Venga usted... don Ramon... Venga...
- RAM. Voi a hacerlo que despierte.
- FRAN. No, Ramon.
- RAM. Pero, hombre...
- FRAN. Deja...
- RAM. ¿Y si enferma Valentin?
- FRAN. Los sonámbulos no enferman.  
Deja que hable... A ver qué dice.
- RAM. Bien está. (¡Nada recela!)
- FRAN. Parece que piensa en algo  
Que en extremo le molesta.
- RAM. Así parece, en efecto.
- VAL. Que sí... don Francisco... crea...
- FRAN. Me ha nombrado:
- VAL. No me engaño!-...  
Le digo... que es cosa... cierta...
- FRAN. ¿A qué se referirá?
- RAM. No lo sé;  
Hai incoherencia  
En sus palabras.
- FRAN. Achaque  
De sonámbulos!
- VAL. Cualquiera...  
Doña Rosita... no puede...  
Quererlo... Si ella... tan buena...  
Don Francisco es... amigo... íntimo...  
El en su pecho... alimenta...  
Un amor...
- FRAN. ¡Gran Dios! ¡Qué escucho!  
¡Lo dice por mí!  
(*Con suma zozobra.*)
- RAM. (¡Se altera!)

- FRAN. Bueno será... me parece...  
(*Titubeando.*)  
Sí!... ¿Por qué no lo despiertas?...  
Quién sabe!... Puede enfermar!...
- RAM. ¡Los sonámbulos no enferman!...  
Tengo gran curiosidad  
De saber qué es lo que sueña!
- FRAN. Mas, ya es tarde, amigo mio,  
Y hace un frío que penetra...
- VAL. Es dueño... Haga lo que guste...  
Que lo crea... o no lo crea...  
Su amigo... A doña Rosita  
Don Francisco ama y espera...
- FRAN. ¡Gran Dios!  
(*Dando un grito de suprema angustia sin poder contenerse y retrocediendo.*)
- RAM. ¡Francisco!...  
(*Poniéndose súbitamente de pié.*)
- FRAN. ¡Ramon!  
(*Con voz suplicante.*)
- RAM. ¡Es verdad!... ¡Esa sorpresa!...
- ERAN. ¡Oh! Valentin!... Valentin!...  
(*Arrojándose a él y sacudiéndolo desesperadamente para despertarlo.*)
- RAM. ¡Francisco!
- VAL. ¡Ai!  
(*Gritando como si despertara aterrado.*)
- FRAN. ¡Pronto! ¡Despierta!  
¡Dí que todo lo que has dicho  
Era mentira! ¡Sueño era!...
- RAM. Acábase el entremes  
Y comienza la tragedia!  
(*Con tono sombrío.*)  
¡Salga usted de aquí en el acto!
- FRAN. ¡Oh Ramon! ¿Acaso piensas?...

*(Con desesperacion.)*

RAM. ¡Nada! ¡Nada! ¡Todo vínculo

*(Con rabia.)*

Cortado entre los dos queda!

*(Francisco sale apresurado despues de lanzarle una mirada indescriptible de dolor, de sorpresa y de cólera.)*

CAE EL TELON.

ANTONIO ESPÍNEIRA.



# LA DIRECCION DE LOS GLOBOS

---

(Traducido de LA REVUE DES DEUX MONDES por M. C. T.)

(Conclusión).

## XII

Cuando Giroud de Villette subió por primera vez en globo con Pilatre de Rozier, en el jardín de Reveillon, comprendió las ventajas que los globos cautivos podrían prestar á un general de ejército para observar los movimientos del enemigo.

También los comprendió la Convención, y á indicación de Monge decretó la formación de dos compañías de aerostáticos.

Conté, que “tenía todas las artes en la mano, todas las ciencias en la cabeza,” se ocupó en Meudon de construir un globo destinado á la guerra.

La primera dificultad con que tropezó fué la de preparar el hidrógeno, dificultad que resolvió preparándolo por vía seca, ó sea por la acción del vapor de agua sobre el fierro enrojecido.

Había además otra dificultad, la de hacer la envoltura impermeable á ese gas de tanta fuerza de expansión. Resolvió también esta dificultad, inventando un barniz que impedía en absoluto la salida del gas una vez encerrado.

Imaginó, por último, una telegrafía especial que tenía en

constante comunicación al aeronauta con la tierra por medio de signos que formaban un completo alfabeto.

Se sabe que la dirección de estos globos fué confiada á Coutelle, oficial distinguido, que en la batalla de Fleurus, dió á conocer todos los movimientos del ejército enemigo, contribuyendo con mucho al éxito del combate.

Este servicio fué suprimido por Napoleón, que creyó no tener necesidad de él.

Se cuenta que la causa de la supresión fué la siguiente: en la tarde del coronamiento del Emperador, 2 de diciembre de 1804, Garnerín soltó de París un globo iluminado de todos colores que, viajando toda la noche, llegó al día siguiente á Roma, pasó más allá de Saint Pierre y se detuvo a los pies de la tumba de Nerón. Era supersticioso Napoleón, é imaginando allí una profecía, suprimió el uso de los globos militares.

Se ha creído que el de Fleurus fué vendido en remate público, pero personas bien informadas nos dicen que, estando guardado en Metz, cayó en poder del ejército alemán.

Bajo el régimen de la segunda república, la escuela de aerostatación fue restablecida en Chalais, cerca de Meudon, bajo la inmediata dirección del coronel Laussedat; se dedicó con gran celo y entusiasmo al estudio de los globos cautivos y libres, y sobre todo á su aplicación en la guerra.

En esa escuela fué donde los señores Renard y Krebs encontraron todos los materiales necesarios para la construcción de su aerostático, que se asemeja mucho al de sus predecesores. El motor es alimentado por la electricidad, como el de los hermanos Tissandier, con la sola diferencia de obrar con más intensidad; dá al aparato una fuerza propia de cinco metros seis decímetros por segundo, adelante inmenso con que desde el primer momento se pudo marchar en contra del viento.

Es este un bonito resultado, que estaba yá, sin duda, preparado; la dirección de los globos es un problema que se ha resuelto hasta el caso en que la fuerza propia del aire no pase de cinco metros; pero aun no se ha resuelto de un modo general.

Para conseguir esto, será necesario nuevos trabajos, mejores máquinas, lo que no se sabe si se obtendrá.

Pero lo que sí se puede asegurar es que el autor de esas invenciones, que quizás estén cercanas, no empañará jamás la gloria de los señores Renard y Krebs.

### XIII

Ha trascurrido un siglo desde que Montgolfier descubrió los globos; se han emprendido millares de ascensiones y es preciso reconocer que las esperanzas del primer día no han sido aún realizadas.

Los globos han llegado á ser la diversión de muchas personas, la industria de algunas otras; pero el hombre, hasta el presente, no ha podido ó no ha querido emplearlo á sus necesidades, con sólo dos escepciones: el arte de la guerra y las observaciones científicas, de que vamos á hablar.

El primer punto que llama la atención del aeronauta científico es el de saber á cada momento á qué altura se encuentra.

La capa de aire que rodea la tierra está atraída, como todos los cuerpos, por la pesantez; y así como en un edificio los cimientos sostienen su peso, las capas que están en contacto con la tierra reciben la presión de las capas superiores.

Esta presión se mide por el barómetro, que es una especie de balanza formada por un tubo de vidrio de dos ramas separadas por mercurio: la una está vacía; y la otra abierta, pesando el aire sobre el mercurio y haciéndolo subir en la otra rama hasta equilibrar la columna de aire.

La presión del aire es, pues, medida por la altura del barómetro; y el aeronauta reconoce que sube cuando vé bajar la columna de mercurio, y que baja cuando la vé subir.

Gracias á una fórmula teórica dada por Laplace, se mide la altura del globo en un momento dado por la altura del barómetro. Cuando esta altura es de 0<sup>m</sup> 760 nos encontramos á nivel del mar; si baja á 0<sup>m</sup> 600 nos encontramos á dos mil metros de altura más ó menos; y cuando no

es más que de 0<sup>m</sup> 325 se puede decir que el globo ha alcanzado la altura de siete mil metros.

En resumen, se puede decir que el barómetro es la escala en que el aeronauta mide el camino que recorre.

El primer viaje consagrado á las observaciones científicas tuvo lugar en el mes de julio de 1804. Este viaje fué dirigido por el físico inglés Robertson, que partió de Hamburgo con Loëth; duró cinco horas y alcanzaron la altura de 6,831 metros.

En una segunda ascensión, emprendida á instancias de la academia de San Petesburgo, Robertson no se elevó tanto.

No hablaremos más que del primer viaje; y aun de éste hablaremos poco, pues las observaciones que se hicieron se contraron erróneas casi todas.

#### XIV

Una de ellas llamó en alto grado la atención de Laplace y de los miembros más sabios del Instituto. Pretendía Robertson que las oscilaciones de una aguja imantada se alteraban á medida que se elevaba el globo.

La observación, si hubiera sido cierta, habría tenido serias consecuencias; pero como se dudaba de su exactitud, se resolvió hacerla de nuevo; y el Instituto confió esta delicada misión á dos físicos, jóvenes todavía, pero notables ya por sus trabajos, Gay-Lussac y Biot.

Hicieron ambos un viaje, que fué interrumpido por voluntad de Biot, no llegando más que á una pequeña altura.

Un segundo viaje emprendió Gay-Lussac sólo, el 14 de setiembre de 1804. Se elevó desde los jardines del Conservatorio de artes y oficios hasta la altura de 7,016 metros. Hizo con toda calma sus observaciones; y cuando éstas estuvieron concluidas descendió felizmente entre Rouen y Dieppe.

A causa de la sequedad del aire, tuvo una sed poco común; vió que la electricidad era positiva; que la aguja imantada no sufría alteraciones, lo que era contrario á la

aseveración de Robertson; que la temperatura habia bajado hasta nueve grados bajo cero; que la altura barométrica se habia reducido á 0<sup>m</sup> 328; y, por último, observó que la composición del aire se mantenía invariable, tan rico en oxígeno y tan adecuado á la respiración como en la superficie de la tierra.

En el mes de julio de 1850, Barral y Bixio partían del Observatorio. Habían medido su fuerza de ascensión y creían que les llevaría á 12,000 metros. Contaban con la solidez del globo, que lo habia construido el antiguo aeronauta Dupuis-Delcourt. Pero, viejo y un poco usado, se rompió al salir y cayó en una viña de los alrededores. Se le reparó inmediatamente y la prueba se hizo el viernes 24 de julio.

El tiempo era pésimo: llovía y soplaba un fuerte viento, circunstancias que, unidas á la de que el globo no era bien sólido, hacían temer por el éxito.

Principió la partida con vertiginosa rapidez. Bien luego entraron en las nubes y permanecieron envueltos en la bruma que tenía 7,000 metros de espesor. Al salir de ésta, las condiciones cambiaron bruscamente. La temperatura—que se mantenía constante en 9°—bajó con una rapidez increíble hasta el excesivo frío de 39°, acumulándose numerosas agujas de hielo aun en el libro de apuntes. Era este el momento en que las observaciones ofrecían mayor interés. Los viajeros arrojaron todo el lastre, lo que fué una imprudencia, además de ser inútil, pues no pudieron sobrepasar la altura de 7,049 metros, un poco mayor que la que alcanzó Gay-Lussac. El globo, que continuaba dejando escapar el gas por la rotura, principió á descender con tal movimiento que no fué posible contenerlo. La caída que tuvo lugar en la aldea de Peux, fué un verdadero desastre; los viajeros tuvieron la felicidad de salvar todos sus instrumentos, pero no hicieron más que una parte de las observaciones proyectadas.

## XV

En Inglaterra se reconoció desde el primer momento la

importancia de los viajes aereos. En 1852, Mr. Welsh emprendió cuatro ascensiones, llegando en una de ellas hasta la altura de seis mil novecientos ochenta y nueve metros. Un poco más tarde, en 1858, la Asociación Británica, reunida en Leeds, decretó la formación de un Comité de globos compuesto de todos los que, por la naturaleza de sus trabajos, pudieren interesarse en la meteorología. Como director de los viajes, eligió á Mr. Glaisher, del Observatorio de Greenwich, elección que recayó en el hombre más prudente y en el observador más hábil de que se podía disponer. La maquinaria del globo fué hecha por un aeronauta de profesión, Mr. Coxwell.

En Francia, ni el gobierno ni las sociedades científicas imitaron el hermoso ejemplo de Inglaterra. Los globos se abandonaron á la sola iniciativa de algunos hombres de buena voluntad, de valor y desinteresados. Entre estos debemos recordar á Tissandier, á Fonvielle y á Nadar, que tuvo una idea curiosa: hizo construir un inmenso globo, el *Gigante*, de capacidad para seis mil metros cúbicos; por medio de fiestas pomposas quería obtener del público las sumas necesarias para la construcción de máquinas más livianas que el aire. Quiso la desgracia que esta idea no se viese coronada por el éxito: concluyó por una catástrofe. Nadar ha contado cómo tuvo lugar la caída de su globo en un bosque mientras rugía la tempestad, los accidentes á que se vió expuesto y á los cuales milagrosamente escapó.

El primer resultado práctico de estas penosas ascensiones fué el conocimiento de los efectos fisiológicos sobre los seres vivientes en las alturas en que se puede conservar la vida.

Durante los años 1862 y 1863, Mr. Glaisher hizo treinta ascensiones, de las cuales la más notable fué la del 5 de setiembre de 1862. Cuando hubo pasado la altura de siete mil metros, Mr. Glaisher sintió el *mal de las montañas*.

La respiración se le hizo más difícil, los latidos del corazón más frecuentes; el cuerpo entero se hinchaba y bajo la acción de una presión interior se ponía prominente; la cara cambió por completo: los labios más gruesos y negros; la parálisis vino en seguida, teniendo su origen en los brazos, siguiendo después en las piernas; la cabeza se

doblegó; estaba en la imposibilidad de obrar, aun para levantar la mano y poder anatematizar la muerte...; la vista se oscurecía, y aunque el espíritu ejercía fácilmente sus facultades, el cuerpo poco á poco dejaba de vivir. Por fin, el desvanecimiento fué completo y duró trece minutos.

Las últimas observaciones fueron hechas á ocho mil ochocientos treinta y ocho metros después de despertar del desvanecimiento.

Durante este eclipse de la inteligencia, el globo había subido á su altura máxima y comenzaba á descender. Cuál fué esa altura máxima no se ha podido averiguar: cree Mr. Glaisher haber alcanzado once mil metros, de lo que se puede dudar con fundamento; pero sí podemos asegurar que pasó ocho mil ochocientos metros, altura mayor que la que alcanza el Gaourichnaka, la más alta montaña del Népaul y del mundo, y que nadie antes que él había ascendido tanto.

## XVI

Después de estas observaciones, preciosas pero difíciles, se puede asegurar que el hombre no puede pasar el límite medio de ocho mil metros sin perder sus facultades.

Sin embargo, recientes esperiencias hacen esperar que este límite no lo será en no lejano día. M. Paul Bert hizo construir en palastro de fierro un recinto con capacidad para dos hombres; introdujo á estos por una puerta que cerró herméticamente, en seguida; y les observó por ventanas á travez de las cuales podían los hombres comunicarse por escrito con lo exterior. Ese recinto estaba en comunicación con receptáculos, con máquinas especiales para dilatar ó comprimir el aire é introducir otros gases. Se podía cambiar así, á voluntad, las condiciones de vida de los pacientes. Cuando rarificaba el aire—lo que sucede durante las ascensiones—Mr. Bert veía nacer y desarrollarse los mismos fenómenos que acabamos de describir: las mismas causas producían los mismos efectos.

Hizo después otra prueba.

Conservó en el aposento la misma cantidad de oxígeno,

disminuyendo la presión y reduciendo la cantidad de ázoe. Tuvo la satisfacción de reconocer que los animales continuaban viviendo en ese medio bastante rico en aire vital y del cual se disminuía la cantidad de ese gas tan inútil y sin acción que se ha llamado ázoe.

Mr. Bert, que se sometió á la prueba, afirma no haber experimentado absolutamente nada hasta la presión de ciento cincuenta milímetros.

Es preciso, pues, reconocer que no es la falta de presión solamente la que produce tales fenómenos, sino que son producidos muy especialmente por la disminución del oxígeno.

Descando pasar el límite de las ascensiones posibles, dos valientes, Sivel y Crocé Spinelli, emprendieron un viaje el 22 de marzo de 1874, llegando á la altura inmensa de siete mil trescientos veinte metros (7,320) Llevaban consigo vejigas llenas de aire oxigenado, las que principiaron á respirar desde la altura de tres mil seiscientos metros.

La prueba fué satisfactoria. El apetito, el poder de la vista, el vigor general del cuerpo sucedía á la respiración del oxígeno: lo contrario sucedía al respirar el aire normal rarificado en tan altas regiones.

El feliz resultado de esta expedición decidió á Sivel y á Crocé Spinelli, á hacer el viaje que bien caro les costara.

Partieron el 15 de abril de 1875, acompañado de M. Gaston Tissandier, llevando 150 litros de oxígeno, provisión pequeñísima, pues tres personas debían consumir á lo menos ciento cincuenta litros por minuto, lo que les previno M. Bert. Pero, resueltos á desafiar todos los peligros, persistieron en no llevar más cantidad, decidiéndose á no emplear el oxígeno más que en caso de extrema necesidad. Esta decisión imprudente fué lo que causó su pérdida. Cuando quisieron recurrir al remedio no era tiempo: sus brazos estaban paralizados. Habían ascendido más de ocho mil metros. Después de una hora de letárgico sueño, M. Tissandier recuerda haber visto desvanecidos á sus dos amigos queridos en el fondo de la barquilla; algún momento después, Crocé, que había despertado, arrojó todos los instrumentos y las provisiones, sin que se haya podido

saber á que impulso obedeciera. Inmediatamente el globo remontó á una altura desconocida. Cuando descendió, y cuando M. Tissandier hubo despertado de su letargo, sus dos compañeros en el sacrificio estaban sin vida. Sivel tenía negro el rostro, los ojos cerrados, la boca abierta y llena de sangre; Crocé, con los ojos á medio cerrar y con la boca ensangrentada.

Eso es todo lo que se sabe de este lamentable acontecimiento.

La compasión del público por él, se tradujo en una suscripción que pasó de cien mil francos.

Una tumba se erigió á las víctimas.

Nada más hermoso que honrar la desgracia.

Pero preciso es que la opinión no se estravíe.

Sivel y Crocé Spinelli no son, como álguien ha dicho, mártires de la ciencia: han sido víctimas de una temeridad inaudita, pues los peligros que desafiaban les eran conocidos y el remedio no lo emplearon como era debido.

La ciencia nada ganó con su muerte, á no ser la prueba práctica de la imposibilidad de vivir á alturas mayores de ocho mil metros.

## XVII

A la primera mirada que dirija el observador á la atmósfera se siente impresionado por la gran variedad de fenómenos. Sometida al viento que sopla en todas direcciones, parece obedecer á sus caprichos y no seguir ninguna ley determinada; pero el globo vá á prestarnos un medio precioso de ver en qué lugar estamos entre tantas complicaciones.

Mientras que los observatorios de las montañas son lugares escepcionales, rodeados de objetos perturbadores, en donde no se observan los movimientos aéreos sino después de haber sido modificadas las condiciones, los globos son simples testigos sin acción.

Busquemos las leyes—si las hay—de los movimientos aéreos.

Principiemos por la temperatura.

Desde luego, es preciso saber que en este espacio inmenso que se estiende entre el sol y la tierra—cuarenta millones (40.000,000) de leguas—no hay materia alguna ponderable—tal es nuestra opinión—y que la temperatura es allí muy baja.

En efecto, Pouillet ha creído poder avaluarla en— $142^{\circ}$  próximamente; pero ni él ni otros físicos la han medido.

Contentémonos pues, con esta vaga afirmacion: la temperatura es muy baja.

Como á cien leguas de la superficie de la tierra, el aire aparece, muy rarificado en un principio, pero más condensado miéntras más se acerca al suelo, hasta alcanzar la presión de  $0^{\text{m}}.760$ . Esta capa de aire es la que deben atravesar los rayos solares antes de herir nuestra vista.

Estos rayos recorren el vacío sin perder un átomo de su intensidad; pero inmediatamente que entran á la atmósfera, cuya transparencia no es completa, son parcialmente absorvidos por las moléculas de aire, que se calientan con lo emitido por los rayos solares. Esta pérdida ó este calor que gana el aire vá aumentándose á medida que se avanza hácia la superficie. Por otra parte, el suelo, que ha recojido todo el calor que el aire ha dejado pasar, lo envía por un procedimiento inverso de abajo hácia arriba.

Esto se comprueba por el termómetro.

Un termómetro, cuando se le coloca en los límites superiores del aire y á la sombra, marca un frío considerable, el frío del espacio en ese lugar; pero si en la misma altura se le espone á los rayos del sol, recibe de él toda su intensidad, que no ha sido debilitada y sube á un grado considerable.

Mr. Flammarion, á 4,150 metros, ha notado un frío de  $9^{\circ}$  á la sombra, y  $19^{\circ}.3$  al sol: la diferencia era casi igual á  $30^{\circ}$ . Pero en el suelo es muy distinto. Estando los rayos solares muy diseminados en intensidad por las absorciones que ha experimentado y estando, por consiguiente, con más calor el aire, la diferencia entre las temperaturas al sol y á la sombra es mucho menos sensible.

Esto nos enseña que no se debe medir la temperatura al sol, lo que nos daría á conocer el calor emitido por el astro, sino á la sombra, es decir, el calor adquirido por el aire en un momento dado.

## XVIII.

Es evidente que esta absorción parcial del calor solar aumenta al mismo tiempo que la densidad del aire á medida que se acercan las capas al suelo. También lo es que á la inversa, se deben encontrar más y más frías las rejiones que se alcanzan en globo. Es, en efecto, lo que ha sucedido.

Talvez el fenómeno más importante de la meteorología, el más favorable á nuestra existencia, el más admirable de la física del globo, sea el ver conservar á la tierra en un espacio tan enfriado, una temperatura elevada gracias á esa esfera atmosférica que la envuelve.

La antigüedad conocía ese hecho por los viajes en las montañas, por las nieves que eternamente coronan sus más elevados picos.

Habiéndolo confirmado todas las observaciones, será permitido generalizar la teoría de Gay-Lussac y decir con él que la temperatura baja un grado, más ó menos, por cada ciento sesenta metros de elevación. Esto no es, sin embargo, más que un cálculo aproximativo: la verdad es sumamente complicada, como lo ha conocido Mr. Glaisher.

En su primera ascensión, el 12 de enero de 1854, llegó á la altura de 2,000 metros; el termómetro, bajando continuamente, marcó dos grados bajo cero, el aeronauta creyó que seguiría en esta marcha descendente, pero vió con profunda extrañeza que permanecía estacionario durante un momento, lo vió subir en seguida y alcanzar los seis grados sobre cero, conservar esta temperatura extraordinaria hasta los cinco mil metros, y no proseguir su carrera descendente sino más allá de esa altura.

Después de esta observación, la primera en su género, Mr. Glaisher ha encontrado perturbaciones semejantes en todas sus ascensiones.

M. Alluard ha reconocido los mismos cambios de temperatura en las montañas de Dôme.

La más curiosa de todas estas observaciones fué la hecha por Barral y Bixio, que ya hemos mencionado: á los 6,000

metros estaban envueltos en una nube espesa y con una temperatura de  $10^{\circ}$ ; subiendo á 6,500 metros vieron cambiar el tiempo y bajar rápidamente el termómetro, el cual llegó hasta el excesivo frío de  $39^{\circ}$  cuando el globo estuvo á 7,050 metros de altura.

Era la temperatura más baja que hasta entonces se conociera. Pareció tan extraordinaria en esa época que en la Academia de Ciencias, Arago tuvo que insistir sobre la veracidad de las observaciones practicadas.

Ahora no admira á nadie.

Se conoce la causa que produce tal frío: depende especialmente del viento, como vamos á verlo.

## XIX

¿Qué es el viento?

Un cambio de lugar ó un desplazamiento del aire.

¿Qué causa tiene?

Una ruptura del equilibrio atmosférico producida por la desigual temperatura de las diferentes rejiones.

El viento es el más irregular, el más variable de los fenómenos producidos por la temperatura. A una reducida elevación los accidentes todos del terreno modifican su fuerza y su dirección y así cuando en Greenwich la fuerza del viento era de dos metros por segundo, á la altura de siete mil metros aumentaba á quince ó veinte metros.

Los montes son obstáculos que es preciso costear.

En las costas que están bañadas por el mar, más calientes en verano, mas frías en invierno, hay dos clases de vientos: de tierra y de mar.

Pilatre de Rozier fué llevado por el viento con dirección á Inglaterra.

M. Tissandier, partiendo de Calais y siguiendo paralelamente el Canal con la odiosa perspectiva de no salir de esa posición, encontró felizmente un viento contrario que le volvió al punto de partida.

Se vé, pues, que el viento, cerca del suelo, es el juguete de accidentes particulares; pero cuando uno se eleva á considerables alturas, las influencias locales desaparecen y

se encuentran vientos regulares que obedecen á causa generales. Estos son los que deben interesarnos: preciso es buscarlos en globo, lo que hizo Mr. Glaisher.

A la acción del sol se debe su origen; sin ella, el aire tomaría y se mantendría en un equilibrio estable; con ella sufre calentamientos periódicos y como es muy móvil y se necesita poco calor para calentarlo y aun para dilatarlo, basta un día para imprimir á la masa entera de gas que nos rodea un cambio de lugar considerable que diariamente debe renovarse y que es una de las condiciones de la vida material del globo.

Examinemos la célebre teoría que el famoso astrónomo Halley ha propuesto para explicar esos movimientos. En un círculo paralelo al ecuador y vecino á él y cambiando de lugar según las estaciones, el sol está vertical á las doce del día. Es allí donde obra con más intensidad y donde el aire está más caliente y por tanto más ligero, subiendo como si estuviera en un *montgolfier*. Si sube, una nueva cantidad de aire ocupa el lugar que deja; entonces dos corrientes se precipitan á nivel de la tierra, viniendo la una del norte y la otra del medio-día: dos vientos inferiores y regulares que se llaman alicios. Los puntos del globo en que verticalmente caen los rayos solares forman el *anillo de aspiración*. Las corrientes se reúnen al subir, y, como la columna de humo de un volcán, se apartan en seguida cambiando de dirección; unas van al norte, al sur van otras, y prosiguen así su camino. De ahí una circulación continua, que se resume para nuestro hemisferio (1) en un primer viento inferior, boreal, el llamado *alicio* y en un segundo superior, austral, llamado *contra-alicio*. Son muy regulares en la inmediación del anillo, se debilitan poco á poco alejándose de él, su regularidad disminuye y en las alturas elevadas son sensibles á las variaciones atmosféricas que caracterizan á nuestros climas; como toda circulación es necesariamente esférica es preciso que después de una excursión más ó menos larga por el hemisferio norte, el *contra-alicio* vuelva al sur. Es difícil averiguar por qué camino vuelve y cómo se establece la eterna circulación;

(1) Hemisferio norte.

se cree, sin embargo, saberlo y hé aquí cómo pueden suceder las cosas.

## XX

Hemos supuesto para simplificar la cuestión que la tierra está inmóvil; en realidad está animada de un movimiento de rotación que lo ejecuta en 24 horas; y si una corriente de aire partida del norte y dirigida hácia el sur llegase directamente al ecuador vería desfilas ante sí todos los puntos de ese círculo, de occidente á oriente, con una rapidez de próximamente cuatrocientos sesenta (460) metros por segundo. Más para los habitantes del ecuador que se creen inmóviles esa corriente parecerá tener la misma velocidad de 460 metros pero en sentido contrario.

Aunque realmente las cosas no pasan de una manera tal sencilla, resulta sin embargo que el alicio que recorre las costas del Africa tiene una fuerza lateral aparente que lo lleva hácia la América ecuatorial. En este momento es cuando se transforma en contra-alicio que vuelve hácia el norte perdiendo poco á poco su fuerza lateral por la misma razón que la adquiriera; tienden sus esfuerzos á abrirse camino para el este. Entonces costea el golfo de Méjico, recorre la América del Norte, é inclinándose más y más hácia el este, penetra en el Atlántico que atraviesa diagonalmente para abordar finalmente las costas de Europa.

Esta es la marcha del *Gulf-Stream*, de los ciclones y de todas las borrascas, marcha tan bien conocida que se puede anunciar su partida de América y su llegada en un día determinado á un lugar conocido.

Estas corrientes recorren el norte de la Noruega ó el sur de Inglaterra y Calais ó bien Brest ó Coimbra (*collis imbrium*, según las circunstancias locales que, sin alterar el sentido de sus movimientos, modifican un tanto su camino y su lugar de llegada.

Es imposible desconocer á esta teoría el alto grado de veracidad que tiene; pero ¡cuántas influencias olvida, la de los continentes, de los mares, de las montañas, de las llanuras!

Se limita á dar á conocer la existencia de dos familias de corrientes aéreas generales: la una que baja del norte y se inclina al oeste, y la otra que sube del sur y se desvía al oriente.

Se ignora qué camino exacto siguen; se ignora cómo se comportan en los países medios y boreales; se ignora también si estas corrientes son justapuestas ó superpuestas; y se ignora, por último—lo que es más esencial—por qué se suceden alternativamente en un mismo lugar para traer la lluvia ó para dejar brillar el sol.

Se vé que, al dar una esplicación general, Halley ha abierto la puerta á una infinidad de cuestiones que no podrán ser resueltas sino con otras tantas escursiones en las alturas; pero sí debemos reconocer que aún sobre esas cuestiones nos dá preciosos datos: nos enseña, por ejemplo, que la corriente boreal se inclina poco á poco hácia el oeste y el viento austral hácia el este, es decir hácia la derecha en su dirección.

Además debemos á M. Flammarion, como resultado de sus numerosas ascensiones esta preciosa observación; que todos los vientos con que se ha encontrado le han conducido siguiendo curvas pronunciadas hácia su derecha. Por otra parte sabemos que la corriente boreal es siempre seca y la corriente austral siempre húmeda, lo que vamos á ver completando así la historia de la gran circulación aérea.

## XXI

Cuando desciende al sur, tocando la superficie del océano, el alicio se calienta y se carga de vapor de agua; una vez que llega al anillo, en donde el sol está vertical, sube, se enfria y abandona una parte de su vapor que, condensándose, dá lugar á la formación de esas nubes de ordinario tempestuosas, esas lluvias torrenciales tan continuas, cayendo á una hora fija durante las tardes, en un cielo oscurecido llamado por los marinos *pot au noir*. (1)

(1) No conocemos los términos que usen los marinos españoles.

Se puede decirse que el aire ascendiente abandona su mucha humedad y que al fin de su ascensión ha acumulado toda la provisión posible de calor y de vapor. Entonces se dirige á las regiones templadas, cuya temperatura eleva. La corriente austral es la conductora de agua para el hemisferio norte. Siempre que reina esa corriente, viene la lluvia; el alicio norte comienza cuando esa corriente ha cesado ó bien cuando el aire seco ya se dirige al sur, se carga de vapor en lugar de deshacerse de él y se calienta en vez de enfriarse.

Las dos corrientes tienen, pues, caracteres diferentes: se les reconoce por su temperatura y por su humedad. Busquemos cómo medir esta humedad en cualquier momento y en cualquier altura en un globo. Esto exige aun una corta explicación.

Un metro cúbico de aire pesa más ó menos mil trescientos gramos. (1,300). Nunca está seco este aire, pues contiene siempre vapor de agua que es un gas incoloro, como el aire, y casi trasparente. Si contiene mil trescientos miligramos de este vapor, se dirá que su *riqueza higrométrica* es una milésima.

En general, la riqueza higrométrica es la relación del peso del vapor al del aire que lo contiene.

Esta relación es siempre muy pequeña y variable; regularmente no pasa de ocho ó nueve milímetros.

Si tiene muy poco vapor, el aire está seco.

Mientras más vapor tenga, más y más húmedo estará.

La cantidad de vapor de agua en el aire no puede ser ilimitada: tiene un máximun que no puede pasar sin condensarse.

Cuando alcanza este máximun se dice que el aire está *saturado*.

Para alcanzar esta saturación hay necesidad de tanto más vapor cuanto más alta sea la temperatura: si el aire está saturado á 10 grados, deja de estarlo á 20; pero vuelve á la saturación cuando se le baja á los 10 grados.

Si disminuye la temperatura á 5 grados se produce un cambio importante: este vapor, que no puede ser contenido en un espacio muy reducido, se condensa en parte dando lugar á la formación de las nubes, de las lluvias y demás fenómenos acuosos.

En todas sus ascensiones, Mr. Glaisher ha medido las condiciones higrométricas por los instrumentos conocidos. Ha publicado los resultados.

Ellos nos conducen á las conclusiones siguientes:

## XXII

Se reconoció desde un principio que la riqueza higrométrica del aire es la mayor posible al nivel del suelo; era, término medio, de ocho milésimas en las ascensiones emprendidas en las diversas estaciones del año; despues bajaba á medida que aumentaba la altura y á partir de 2,000 metros permanecía casi constante hasta los 7,000 metros, que es el límite posible de las alturas observadas.

El 26 de junio de 1863, Mr. Glaisher se elevó en Wolverton; el tiempo, hermoso por la mañana, fué empeorándose poco á poco hasta que la tempestad se declaró á las doce del dia. La ascensión, que se hacía peligrosa por la fuerza con que soplabá el viento, principió á la una. El globo tuvo que luchar contra la lluvia hasta la altura de 7,140 metros. La riqueza higrométrica era considerable y disminuía continua pero lentamente. En el límite de la ascensión era muy considerable aún. La disminucíon de temperatura era reducida y se limitó en ocho grados bajo cero.

Se había, pues, encontrado regiones calientes y húmedas: se había hallado en la corriente austral.

Más, el 8 de abril del mismo año, Mr. Glaisher encontró circunstancias enteramente opuestas. Despues de atravesar un espacio cubierto de nubes, se habia encontrado navegando en el más lindo cielo azul. La temperatura bajó en este momento de una manera rápida, y la riqueza higrométrica disminuyó tan ligero que fué nula á los 4,000 metros.

En esta elevación no había vapores apreciables en la atmósfera: el globo había viajado en la corriente boreal.

## XXIII

Se sabe por las esperiencias de Tyndall que el vapor de agua se deja atravesar difícilmente por los rayos solares y que rodea la tierra con un manto que recoge el calor durante el día impidiéndole disiparse por la noche.

Tyndall describió á este respecto un cuadro elocuente de los desastres que causaría á Inglaterra una sola noche que el aire estuviera privado del vapor de agua. . . . El excesivo frío del suelo, las corrientes de agua congeladas, toda vejetación suprimida, la vida entera anonadada. . . .

Pues bien, el 18 de abril de 1863, á partir de una mediocre altura, no existía en el aire ningún indicio de vapor de agua.

No hemos oido decir que las desgracias predichas por el eminente físico hayan tenido lugar en la tierra, pero es preciso acordarse que en la primavera se ven reproducir anualmente esas heladas espantosas, que con tanta razón preocupan á los agricultores de todos los países. Claramente se ve su causa, que no es otra que la ausencia del vapor de agua en las regiones elevadas.

Ya que en estas ascensiones se ha podido medir el peso de vapor contenido en todos los puntos de una columna de aire de 7,000 metros de elevación, se podría saber también qué grueso tendría la capa de agua que cubriera al suelo si todo ese vapor se condensase en un momento dado.

Se ha hecho este cálculo y se ha visto que sería de 0.<sup>m</sup>014 en abril, de 23 en junio, de 35 en agosto y así sucesivamente, y que, llegado el invierno, disminuiría.

Por esta razón es que la cantidad de lluvia es máxima en verano y mínima en invierno, (1) que aumenta con la corriente austral y que disminuye con el viento del norte.

## XXIV

El mecanismo de la formación de la lluvia es uno de los más curiosos fenómenos naturales.

(1) Para el hemisferio norte.

Para explicarlo es necesario recordar la célebre observación de Barral y Bixio, que ya conocemos. Después de haber encontrado hasta la altura de 6,000 metros una temperatura de 10 grados bajo cero, vieron bajar rápidamente el termómetro hasta los 39°, congelándose mucho vapor de agua en agujas de hielo que flotaban en el espacio: circunstancias todas que han sido observadas un gran número de veces por Mr. Glaisher.

Hé aquí cómo se las explica.

Las estremidades superiores de la corriente austral irradian calor hácia el espacio y se enfrían; esta operación es precursora de una saturación, de una precipitación de agua que, á esta temperatura se congela en finas agujas cristalinas, las que vieron Barral y Bixio. Caen, en seguida, á las partes inferiores que no están saturadas, y se evaporan de nuevo.

En resumen, cierta cantidad de vapor deja la parte superior de la corriente, que se seca, y se vuelve á las ramas inferiores. Se humedecen éstas entonces y desempeñan el mismo papel que las de arriba.

Este mecanismo se continúa de alto á abajo y se caracteriza por un descenso del agua y por un descenso progresivo del calor, que es reemplazado por el frío, hasta que, llegada al polo, la corriente austral no conserva ni el calor ni el vapor, de que se había provisto en el anillo de aspiración.

## XXV

Lo anterior nos hace comprender los servicios que los globos han prestado y pueden prestar en el porvenir de la meteorología.

Terminando la relación de sus peligrosos viajes, Mr. Glaisher dice que, siendo Inglaterra una isla de muy pequeña extensión, se vió precisado á trasladarse á Francia, patria de los globos, para continuar su obra.

Adjunto de todo corazón mis votos á los suyos, sin esperanzas de verlos cumplidos: es una obra de mucha paciencia y de muchísimo gasto para emprender en el día,

pero que un porvenir no lejano verá acometida con éxito, no hay que dudarlo.

Los globos nos harán conocer las leyes de la electricidad atmosférica, sobre las cuales no sabemos nada.

Nos harán conocer también las variaciones de las corrientes aéreas, sobre las cuales muy poco sabemos ó nada.

¡Cuántos descubrimientos útiles debemos esperar de los globos!

Por otra parte ¡qué terrible parte vá á tocar próximamente á los aerostáticos en el arte de la guerra!

No se puede pensar sin espanto en la triste suerte de los habitantes de una ciudad sitiada sobre la cual arroge un globo una copiosa lluvia de dinamita. . . .

En cuanto a los servicios de transportes ó de viages, me atrevo algunas veces á creer que la humanidad ha esperado mucho de los globos, que la idea de trasladarse en ellos no ha sido más que un fantástico sueño que jamás se cumplirá.

Pero ¿quién puede prever el porvenir de las invenciones humanas cuando comienzan?

En las actuales circunstancias, mejor que nunca, se puede repetir la palabra de Franklin con relación a los globos: Es el niño que acaba de nacer.

J. JAMIN.

De la Academia de Ciencias.



## A LA STA. ELVIRA MONTT.

(POESÍA INÉDITA.)

---

Hace tiempo que una idea  
criminal, absurda, impía,  
de noche como de día  
en mi cerebro golpea.

—Si la vida es la ilusión,  
y agostan este placer  
por una parte el deber  
y por otra la razón;

Cuando la ilusión se acaba  
y el placer va de partida,  
¿no es un castigo la vida,  
y el corazón una traba?

¿No fuera mejor morir  
antes que el tiempo al pasar,  
sin privarnos de anhelar  
nos prive de conseguir?

O, lo diré de una vez,  
pues callarlo me da tedio,  
¿no habrá en la ciencia un remedio  
para curar la vejez?

Tanto y tanto he cavilado  
buscándole en mi magín,  
que ayer exclamé por fin:  
¡Eureka! ya lo he encontrado!

Y lo tengo, á no dudar,  
y existe, pese á quien pese,  
y aunque á tí no te interese  
yo te lo voy á contar.

Ignoro como pasó,  
pero ello es, amiga mía,  
que escribiendo una poesía  
dulce sueño me invadió;

Y de ese sueño en la bruma  
lenta, clara, sin estruendo,  
una imagen fué surgiendo  
como Venus de la espuma.

Era en ella todo breve,  
cuerpo, boca, mano, pié,  
su cara, una rosa thé  
sobre un búcaro de nieve.

Tan cerca de mí se hallaba  
que el perfume de su aliento  
entre las ondas del viento  
yo con deleite aspiraba,

Y su cabellera rubia  
rozándome sin querer  
me daba el mismo placer  
que da á los campos la lluvia.

Cuanto mayor mi alegría  
era, y mas vivo mi anhelo,  
más alejado del suelo  
por instantes me sentía;

Que en aquel goce ideal  
fruto del cerebro loco,  
pesaba lo humano poco  
y mucho lo celestial.

Y ¡cosa extraña! á la vez  
que la imagen se formó  
en fuego se convirtió  
el hielo de mi vejez;

Volviendo á sentir en mí  
duda, temor, confianza,  
dicha, delirio, esperanza . . . .  
todo aquello que perdí.

-----

Hoy el sueño ha concluido  
y la edad sigue su asedio,  
mas tengo fe en el remedio  
y que lo apliques te pido.

—Pues por maravilla rara,  
que explicarte no sabré,  
en la imagen que soñé  
quiso Dios copiar tu cara;

Logre tu dulce amistad  
bálsamo ser de mi pena,  
ya que, como el Sol, serena  
del alma la tempestad;

Y al calor de ese cariño,  
y de esa llama al reflejo,  
revivirán en el viejo  
las ilusiones del niño.

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, Enero de 1885.

---

LA CONTABILIDAD DEL CADALSO  
DE  
LOS CARRERAS EN MENDOZA  
1817-18

UNA DUDA HISTÓRICA ACLARADA I DOCUMENTADA.

(Con un autógrafo)

“Otros traian a la memoria la muerte de los Carreras, sacrificados en un patíbulo en Mendoza mediante la connivencia de las autoridades de este pueblo con las de Chile. Al historiar este suceso, mencionaban la cantidad que se habia hecho pagar al padre, don Ignacio de la Carrera, como salario cobrado por el verdugo de sus hijos. Fusilados éstos en Mendoza, en territorio etxraño, i a virtud de una sentencia pronunciada mediante un proceso informal, se hacia, sin embargo, cubrir en Chile *el importe de los gastos que el verdugo mendocino reclamaba como invertidos en la ejecucion de las víctimas!* El recuerdo de un hecho semejante, de un escándalo que hasta ahora se relata con horror, exasperaba a los reunidos, puesto que les dejaba ver que en el corazon del director se albergaba la venganza sin disfraz ni disimulo. Don Ignacio de la Carrera, anciano ya i gastado por los pesares, habia fallecido a consecuencia de la desgraciada muerte de sus hijos i del cobro inicu que se lé habia hecho.”

(D. SANTA MARÍA.—*Memoria histórica sobre la caída del dictador O'Higgins*).

I

El último suplicio de los hermanos Carrera (el mayor de los dolores que la historia de la República encubre en sus entrañas), hecho atroz, perpetrado en dos intervalos diferentes pero en el propio oprobioso sitio, el primero de los cuales tuvo lugar en Mendoza *cuatro horas* despues de haberse recibido en esa ciudad la noticia oficial de la decisi-

va victoria de Maipo, el 8 de abril de 1818, y el segundo en esa misma ciudad el 4 de setiembre de 1821, cuando acababa de saberse la entrada triunfal del Ejército Libertador en Lima, agrupan en su dramática relacion una série de hechos, ya infames, ya sublimes, que desde su consumacion hasta la hora presente han apasionado a nuestras mas nobles plumas nacionales. Desde el fiel carrerino don Manuel José Gandarillas, que publicó hace cerca de medio siglo en el *Araucano* algunos de los mas notables documentos de aquella doble alevosía, hasta su contemporáneo don Claudio Gay, historiador a contrata, mas frio que imparcial; desde M. L. Amunátegui, que en su justamente famoso libro *La dictadura de O'Higgins*, despertó las primeras lástimas del patíbulo en los ánimos jenerosos de la posteridad, hasta el justificado y concienzudo Barros Arana que, en su *Historia Jeneral de la Independencia*, comprobó todos los hechos, y desde el libro que el que este artículo firma dió a luz hará bien pronto treinta años con el título de *El ostracismo de los Carreras*, hasta la patética relacion que de los últimos momentos de los dos hermanos Carrera (el brigadier don Juan José y el coronel don Luis) publicó en 1882, como testigo presencial de su ejecucion, en su libro titulado *Recuerdos*, don Vicente Pérez Rosales, que por acaso formó, siendo niño, en el cuadro de los tiradores de Mendoza, todos han puesto señalado afan en narrar los pormenores de aquel negro crimen político; en descubrir a sus verdaderos autores, velados todavía por los tiempos y la cobardía de las irresponsabilidades; en vilipendiar a los verdugos; en glorificar a los mártires; en despertar la póstuma piedad de las jeneraciones; en agrupar, por último, enseñanza terrible pero provechosa para futuras edades.

Y en esta obra comun y múltiple han rivalizado los autores ya citados en merecimientos de investigacion y en valentía de justicia para los castigos, no solo los historiadores, y no solo los anticuarios que desenterraron del polvo de la ciudad de la matanza, ántes de caer sobre ella los escombros de un vengador cataclismo, los archivos que evidenciaban los delitos, sino los poetas que cantaron los salmos de la muerte sobre las rescatadas cenizas delos injusticiados; los lejisladores que decretaron las fiestas fúnebres

de su expiación, el drama, en fin, la leyenda, la tradición de los hogares empapando alternativamente, según los recuerdos y los bandos, en lágrimas y en sangre.

“Cubran cipreces fúnebres la escena  
 Del sacrificio atroz—riéguela el llanto  
 De la Nación Chilena,  
 Y desde el trono santo  
 Donde reside el Hacedor Divino  
 Grato perdon descienda al asesino.  
 Mas eternice el jénio de la historia  
 La incorrupta memoria  
 Del que sabe morir como hombre fuerte,  
 Del que marcha a la muerte  
 Sin que le imprima susto.  
 Así muere el honrado y muere el justo,  
 Así, inmolados por venganzas fieras,  
 Murieron en Mendoza los Carreras” (1).

## II

El acuerdo sobre los acontecimientos y sobre los hechos oscuros o culminantes, viles o levantados de ánimo de los hombros que en aquellos luctuosos acontecimientos tuvieron participacion activa de cooperadores o de cómplices, ha quedado de esta manera completo; y si bien es verdad que se ha descubierto posteriormente a las citas que hemos hecho, preciosos documentos íntimos e inéditos que arrojan nueva luz sobre los que fueron víctimas y victimarios, comprobaciones que no ha de tardar mucho el tiempo en iluminar mediante claro arbitrio de la imprenta, puede asegurarse desde ahora que existe una verdadera uniformidad histórica en la manera de apreciar el último suplicio de los Carreras, especialmente de los dos hermanos que fueron sacrificados en abril de 1818, cuando tañían ya ale-

(1) MORA.—Canto fúnebre en las exequias solemnes de los Carreras.—Santiago, 1828.

gres las campanas de Mendoza pregonando el triunfo glorioso que redimió definitivamente a Chile de la España, pero nó de indómitas pasiones.

### III

En medio de esta conviccion y casi unánime acuerdo que hace ya doctrina sobre ciertos acontecimientos, y tráelos aparejados de justicia y fallo memorables, habia quedado pendiente, sin embargo, un punto histórico tan grave como asarozo, sumerjido cual en un pantano de sangre en la media claridad de las incertidumbres del pasado.

Referíase esa duda, no solucionada definitivamente hasta hoi, al hecho imputado por los secuaces de los reos del patíbulo a sus sacrificadores de haber enviado al anciano padre de aquellos, el brigadier don Ignacio de la Carrera, la cuenta de las espensas del cadalso de Mendoza, o en otros términos, disputábase si habia sido o nó posible que los que asesinaron políticamente a los hijos hubieran asesinado aun mas cobardemente al inocente y venerable autor de sus dias.

Muchos y principalmente los que heredaron el ódio a la dictadura semi-argentina del director O'Higgins, lo afirman y lo afirman todavía.

Los secuaces del último lo negaban como una impostura atroz y han perseverado en su tenaz aseveracion hasta el presente.

Pero en medio de los vaivenes humanos, es algo que fortifica la aficion al bien en el pecho de los buenos y edifica aun a los perversos, porque corrije y castiga a la vez que enseña junto con descubrir, el hecho de que campeando la ciencia humana aun a traves de abismos insondables llega el peregrino que la busca a la verdad; y es de esta manera como hoi es cosa ya de sobra averiguada por la confesion reciente de un soldado en su lecho de muerte (revelacion del comandante Maure en Santa Rosa de los Andes) quienes fueron los que mataron a Manuel Rodriguez en la quebrada solitaria de Tiltil, y como nos hallamos hoi nosotros en posesion de un documento auténtico y orijinal

que pone en su última y perentoria evidencia el hecho de inhumana venganza, sobre cuya efectividad o cuya negacion se ha disputado durante mas de sesenta años.

Por esto, y aplazando para mejor ocasion hacer dádiva a la posteridad de los preciosos papeles casi todos íntimos que una buena fortuna, premio acaso merecido de incesante investigacion, ha puesto en nuestras manos, sobre las desdichas y los infortunios de los hermanos Carrera, vamos a consagrar estas líneas exclusivamente a esclarecer y dejar para siempre solucionado el misterio que la historia hasta el presente en vano venia fatigada persiguiendo.

La pieza histórica a que aludimos, y sobre cuya procedencia el sagrado del secreto nos veda por ahora hacer luz, es así mismo demasiado eficaz, y de tal manera concluyente y dirimidora de toda duda, que sobre haberla compulsado personalmente en su legajo auténtico, la hemos hecho autografiar íntegramente, ensayo difícil y nuevo que el arte ha logrado con singularísima felicidad, a fin de que en ningun tiempo se alegue ni engaño ni adulteracion posibles. En este delicado particular el lector juzgará por sí mismo en vista de la pieza que se acompaña al final de este artículo y que hace cerca de tres años reprodujo en sus talleres el hábil litógrafo Brandt.

Por lo que concierne a la hora que corre y encerrándonos estrechamente en nuestro propósito encaminado a la investigacion y esclarecimiento del misterio que perseguimos, nos limitaremos a presentar el importante documento histórico a que hemos hecho alusion y que habrá de servirnos de fallo, con los brevísimos antecedentes que lo esplican. Por ser los últimos mas o ménos conocidos de todos y porque esperamos en próxima ocasion revestirlos de nuevo atributo de grandísimo interes, abreviamos y condensamos las esplicaciones estrictamente necesarias, como sigue:

#### IV

Era la mitad del invierno del año memorable de 1817, el año de Chacabuco; y la victoria que habia devuelto sus hogares y su ventura a la mayor parte de los emigrados

de Rancagua, en suelo argentino, no habia tenido alas de clemencia para abrir las puertas de los Andes a los cuatro hermanos Carrera ni a sus mas fieles partidarios.

Todo lo contrario. Hallábanse aquellos hombres, pros-criptos, errantes, perseguidos, casi menesterosos, en los campos y ciudades de ultra cordillera. La vecina república no habia sido su asilo, sino su cárcel.

Don José Miguel, jefe de la familia, prófugo de Buenos Aires, vivia asilado en Montevideo bajo la proteccion del distinguido jeneral Lecor, gobernador portugues de esa plaza, que se habia apasionado de su jenio; doña Javiera, que ejercia sobre los suyos, por su corazon de mujer, la misma influencia que su hermano por su cabeza, residia en Buenos Aires en casa de alquiler, sin su padre, sin sus hijos, sin su marido que era español, llena de estrecheces y de lágrimas, reducida a las mas humildes labores de su sexo. Sus dos hermanos, Juan José y Luis, célibe el último, separado el otro de su jóven esposa, que era la adoracion ciega de su alma, su culto único, su dicha suprema, la bella y animosa Ana María Cotapos, bel-  
dad de veinte años cuando él habia cumplido apénas la tercera década de su ajitada existencia, compartian con aquella noble señora sus dolores y sus miserias, de suerte que cuando la última para subsistir sin rubores presidia su taller doméstico de cigarros y remendaba con sus manos los rotos atavíos de los suyos, éstos asistian a una fábrica de naipes, que por misericordia habia establecido en Buenos Aires un chileno.

## V

La desesperacion de aquellas almas era intensa, y de ese tedio profundo vaciado como el plomo en sus fuertes pechos, y que el soplo de una mujer apasionada atizaba con su aliento, nació aquel ensueño de volver a ver la patria, de sentarse a la sombra de sus verdes árboles, de contemplar su bóveda azul, de reposar la agoviada frente en el casto seno de la esposa ausente. . . . Ese ensueño de jóvenes valerosos y enamorados que se ha llamado falsa-

mente en la historia "la conspiración de 1817", fué solo un idilio de lejítimo amor en el cansancio letal del destierro.

En cuanto a la forma exterior que se atribuyó por sus enemigos, por sus viles delatores, acaso por ellos mismos sin darse de ello cuenta, cual acontece con ciertos sueños al despertar sobresaltado, bastará recordar que era simplemente locura de tal magnitud, que no se presta a ningún nombre.

Pasar la cordillera; reunirse en la hacienda paterna de San Miguel; ir en grupo a Santiago; echarse sobre O'Higgins y San Martín acechándolos una tarde en el Alto del Puerto junto al Santa Lucía; llevarse robado al jeneralísimo a las montañas de Alhué y al director a su hacienda de las Canteras, y una vez cambiada así la escena como a la luz de una linterna mágica, ocupar los conjurados todos los puntos, tal era la trama, es decir, el delirio.

¿Y podía ser esta obra otra cosa que un ensueño de hombres despiertos?

## VI

En cumplimiento de esos votos, los dos hermanos Carrera, sin dar siquiera el mas leve aviso a su hermano, de quien don Juan José (su primojénito) vivió siempre celoso, pusieron en marcha desde las márgenes del Plata hácia los pasos de los Andes, casi sin propósito, a la ventura y por rumbos diferentes de las Pampas; don Luis acompañado del oficial mercader don Juan Felipe Cárdenas, vía la Rioja, y don Juan José, una semana mas tarde, seguido por un fiel tipógrafo llamado Cosme Alvarez, camino de San Luis.

Tenia lugar esta empresa, que mas que una tentativa política era una fuga, en julio de 1817. Y con el intervalo de una semana los dos hermanos, denunciados vilmente por dos oficiales chilenos que la cobardía hizo delatores, fueron aprehendidos ambos y aherrojados el último en San Luis, tierra de su anterior martirio, bajo el dominio del infame Dupuy, y su hermano menor en la cárcel de Mendoza bajo el poder del sicario infame que a

los dos habia de matar y que su hermano vengador denominó con justicia algo mas tarde:—"el cobarde y afeminado Luzuriaga".

## VII

Al caer en manos de sus perseguidores, los dos hermanos no llevaban consigo y entre ambos mas caudal que unas cuarenta y seis onzas: eran estas las lágrimas y las veladas de su hermana, condensadas en dos puñados de oro. A don Juan José encontráronle en sus bolsillos treinta onzas y a don Luis diez y seis.

Tales eran las finanzas que iban a servir a su patíbulo.

## VIII

Fueron en efecto aquellas dos cantidades secuestradas por sus aprehensores, y sirvieron durante las primeras semanas de la persecucion para pagar los gastos y remuneraciones de su propia captura, convirtiendo así a sus guardianes en asalariados sayones. Y precisamente sobre la inversion de ese dinero versa la cruel demostracion histórica a que el amor de la verdad, cueste lo que cueste, en esta vez nos conduce.

## IX

Entre los adictos al bando carreriano a quienes la previsora saña de la *Lojia Lautarina* radicada en Santiago despues de Chacabuco y que habia tomado por título el nombre de su esterminador, vivia en efecto en pobre condicion en Mendoza el caballero chileno don Manuel Muñoz Urzúa, acompañado de su jóven esposa doña Tomasa Alonso de Gamero, mujer hermosísima, de rostro jentil y esbelto talle, que en mas felices años habia recibido las

primeras tímidas ofrendas de amor correspondido de Luis Carrera, entónces simple adolescente y capitán de artillería, hoi infeliz cautivo en oprobiosa cárcel, albergue de desertores y bandidos.

Ahora bien, la suerte habia confiado a aquellos esposos el gobernador Luzuriaga la administración del corto haber confiscado a sus prisioneros, obligándolos en primer término a pagar jenerosamente, como ejecútalo de ordinario la jente villana con caudal ajeno, las albricias y los afanes de su aprehension.—La justicia convertíase así en cohecho, y la aplicacion de este dinero sagrado porque era de un reo de alta alcurnia que se iba a juzgar por míseros leguleyos, así testualmente en el legajo que aun lo guarda auténtico, dice:

## X

(Hai un sello que en su orla dice así: *Sup. poder execut. de las prov. unidas del Rio d. l. Plata. 1813.*)

Con fecha beinte y nueve de agosto a bisé a Usia que no considerando regular que se gravase la caja del Estado con los gastos que habia ocasionado don Juan José Carrera habia mandado reintegrar en caja de los dineros que se le habian interceptado, las cantidades con que se gratificaron a los oficiales que fueron destinados a barios puntos de mi jurisdiccion con el objeto de aprenderlo; pero como sobre este particular no hubiese tenido contextacion de Usia inferi que aquella mi determinacion no hubiera sido de su aprobacion; con este motivo mandé a este ministerio de hacienda que rebatiese unicamente del dinero interceptado a Carrera las partidas que a este se le habian entregado para los gastos de su subsistencia en la pricion: ahora incluyo a Usia la cuenta que me pide en su nota de seis del corriente.—Dios guarde a Usia muchos años, San Luis beinte y seis de nobiembre de 1817.

VIZENTE DUPUY.

*Cuenta de los gastos echos en la aprension y custodia de Don Juan José de la Carrera. . . . a saver*

	p. <sup>a</sup>	r. <sup>a</sup>	m. <sup>a</sup>
	—	—	—
Por veinte y cinco pesos con que se gratificó a quatro oficiales que salieron a barios puntos de la jurisdiccion. . . . .	25		
Por cuarenta pesos con que se gratificó al oficial que lo apresó don Atanaceo Carvallo. . .	40		
Por treinta y dos pesos dos rreales del haber de quatro soldados que han estado de guardia un mes once dias, a seis pesos por mes a cada uno desde veinticuatro de agosto hasta quatro de octubre inclusive. . . . .	32	—	2
Por diez pesos seis rreales de su prest a un cabo en el espresado tiempo, a ocho pesos por mes. . . . .	10	—	6
Por beinte y siete pesos tres rreales a un teniente que estubo de guardia en el enuncia- ciado tiempo. . . . .	27	—	3
por su sueldo, a beinte pesos por mes. . . . .			
Por trece pesos con que se gratificó al teniente don Juan Pablo Palma, un sarjento y un soldado que lo condujeron a Mendoza, a saber diez pesos al oficial, dos al sarjento y uno al soldado. . . . .	13		
Por seis pesos cinco y medio rreales q' le corresponden de sueldo al teniente Palma en diez dias de ida y buelta, a veinte pesos por mes. . . . .	6	—	5— $\frac{1}{2}$
Por tres pesos dos y medio rreales que debe haver por su sueldo a diez pesos por mes el sarjento en el expresado tiempo. . . . .	3	—	2— $\frac{1}{2}$
Por dos pesos de su sueldo al soldado en dicho tiempo a seis pesos por mes. . . . .	2		

Segun se demuestra asciende esta cuenta a. . . 150—3  
(S. Y.) a ciento sesenta pesos tres reales.

San Luis y nobiembre 24 de 1817.

*Juan Escalante.*

Mendoza, dos de diciembre demil ochocientos diez y siete.—Póngase con la cuenta que acompaña: el escribano hará saver a don Manuel Muñoz Urzua que ponga en la administracion de correos la cantidad de ciento sesenta pesos tres reales del dinero que existe en su poder, perteneciente a don Juan José Carrera para el pago de los gastos causados en *su aprehencion*, custodia y remision, pasándose oficio al administrador dela Estafeta para que en el próximo correo remita esta cantidad a disposicion del teniente gobernador, a quien se dará el abiso correspondiente por contestacion a su oficio de beinte y seis del mes anterior.

LUZURIAGA.

Ante mi

*Cristoval Barcala,*  
(Escribano de Cabildo y Gobierno.)

En tres de diciembre de dicho año notifiqué el anterior auto a don Manuel Muñoz Urzua, doy fe.

*Barcala.*

Mendoza sinco de diciembre de 1817.—Habiendo espuesto verbalmente don Manuel Muñoz Urzua no existir ya en su poder dinero alguno de don Juan José Carrera, hagasele saber que del numerario que espera haga la entrega prebenida en decreto de hoi.

LUZURIAGA.

Ante mi:

*Cristoval Barcala.*

En dicho dia, mes y año hice saber el anterior decreto a don Manuel Muñoz Urzua.

*Barcala.*

Mendoza, *tres de abril* de 1818. Habiendo transcursado mucho tiempo desde que se proveyó el pago que aparece

de este expediente, hagase saber a don Manuel Muñoz Urzua, depositario y encargado de la asistencia de los Carreras que lo verifique en *el día* o dé razon.

LUZURIAGA.

Ante mí,

*Cristoval Barcala,*  
(Escribano de Gobierno.)

Incontinenti hice saber el anterior decreto a don Manuel Muñoz Urzua quien de quedar enterado lo firmó, de que doi fe.

Me doi por notificado.

MUÑOZ.

*Barcala:*

Señor gobernador intendente.—Don Manuel Muñoz y Urzua dice: que no tiene un rreal perteneciente a los Carreras y aun me deven del alcance que les tengo hecho, segun lo manifiesta la cuenta orijinal que en el día de esta fecha he presentado en la secretaria de gobierno.—Mendoza, abril 3 de 1818.

*Manuel Muñoz y Urzua.*

Concuerta este testimonio con los originales de su con-testo que afecto de sacarle se me entregaron en la secretaria de gobierno a dande los debilbi, con el presente, que autorizo de órden verbal del señor gobernador en esta ciudad de Mendoza en 5 dias del mes de enero de 1819.

En testimonio † de verdad.

*Cristoval Barcala,*  
Escribano de Gobierno y Grra.

## XI

Es una circunstancia digna de ser puesta aparte en este cúmulo de infamias y de despojos, la de que la premura

de esta cobranza, descuidada durante ocho meses (que fué lo que duró la cautividad de los Carreras, desde julio de 1817 a abril de 1818) lleve la fecha del 3 *de abril* del último año, esto es, anterior en cinco días a la ejecución de las víctimas a quienes se cobraba con las ansias de la avaricia el precio de su agonía antes de morir. Hai ciertos hombres que se asemejan a las aves de rapiña por cuanto descubren desde léjos los cadáveres por su olor, y de esa índole debía ser el miserable que autorizaba esos apremios en la hora, por él conocida, de la capilla y la matanza.

## XII

Pero no sería esta fúnebre liquidacion la única que el villano gobernador de Mendoza autorizaria a la muerte.

Antes que los condenados al último suplicio se sentaran en el banco, a la manera de los sórdidos facultativos que pasan su cuenta de honorarios ántes que la almohada del moribundo se enfrie bajo su cabeza, así aquel vil personaje enviéles a cobrar en vida la planilla del honorario de los agentes del verdugo, segun esta nueva pieza que de su original copiamos:

## XIII

*PLANILLA de derechos que adeudan los reos don Juan Jose y don Luis Carrera al escribano que firma esta nota como actuario en la causa criminal de dichos reos.*

A saber:

	Ps. Rs.
Por veintitres pesos, derechos de actuacion en el proceso orijinal que se dirijió por este gobierno e intendencia al Supremo Gobierno de Chile. . .	23
Por dos cuerpos en testimonio que de dicha causa orijinal se han copiado por mandato de este citado Gobierno-Intendencia; que ambos por lo escrito, papel y signos, segun nota al fin de dichas copias, importan ciento nueve pesos cuatro reales. . . . .	109 4
Por otro dicho sobre todo lo correspondiente a la <i>represalia</i> de la Balija de Córdova a la Rioja que separadamente se ha mandado testimoniar, segun decreto de este Gobierno, que con lo escrito, papel y signo importa catorce pesos seis rreales. . .	14 6
	147 2

*Hacienden* (sic) las partidas anteriores a la cantidad de siento quarenta y siete pesos dos reales.

Mendoza, beinte y quatrō de enero de mil ochocientos diez y ocho.

*José Antonio Moreno.*

Mendoza, beinte y nueve de enero de mil ochocientos diez y ocho.

Páguese la *importancia* (sic) de esta Cuenta por el depositario de los bienes de don Juan José y Luis Carrera,

que lo es don Manuel Muñoz.—LUZURIAGA.—*Gregorio de la Cerda*, secretario.

Señor Gobernador Intendente:

El depositario de los pocos bienes de don Juan Joeé y don Luis Carrera dice y que están consumidos con exeso los pocos que ha recibido pertenecientes a ellos en su manutencion y otras asistencias con que se les ha suministrado e igualmente en otros gastos que se han hecho por orden superior, pero que con esta fecha escribe a Chile para que se proporcione el pago de que se hace mencion.

Mendoza, enero 31 de 1818.

*Manuel de Muñoz y Urzúa.*

Mendoza, 3 de abril de 1818.—Hágase saver a don Manuel Muñoz Urzúa que mediante a que debe haber recibido numerario de cuenta de los Carrera, cumpla con lo prevenido en el auto anterior o dé' razon.

*Luzuriaga.*

Señor Gobernador intendente:

El depositario de los bienes de don Juan José y don Luis Carrera dice: que segun la cuenta orijinal que he presentado de los gastos que se han hecho en su persona, les salgo alcanzando en la cantidad de ciento secenta y nueve pesos quatro y medio rreales, por consiguiente no tengo un peso perteneciente a ellos ni puedo hacer suplemento alguno de mi peculio.

Mendoza, abril 3 de 1818.

*Manuel de Muñoz y Urzúa.*

#### XIV.

Entretanto, durante el largo cautiverio de los dos infelices reos, su apoderado y guardian Muñoz y Urzúa habia

recibido por su cuenta y para su sustento algun dinero, envió del jeneroso amor que en la distancia vela y llora, jirones del alma y del atavío de la arrogante hermana que jemía en la distancia, ofrenda de la tierna esposa abandonada a su destino, dones del padre valetudinario y empobrecido, cuyas partidas en las heladas cuentas que analizamos de esta manera rezan:

En tres de octubre me entregó el escribano de Gobierno don Cristobal Barcala doscientos treinta y ocho pesos seis rreales para la asistencia de don Juan José Carrera de que firmé recibo.....	238 6 (1).
Id en 8 de nobiembre de 817 recibí de doña Ana María Cotapos doscientos quatro pesos.	204
Id en 20 de febrero de 818 recibí de la misma.....	100
De don Luis tengo recibido por órden del Gobierno diez y seis onzas de oro que son	272
Id doscientos pesos que me mandó su padre.	200
	<hr/>
Suma.....	1014 6

## XV.

Sigue ahora en el legajo de la contabilidad del cadalso de Mendoza la inversion detallada de esas sumas en el calabozo; y como cada una de sus partidas es un dato, una prueba, un dolor, una gota de amargura vertida lentamente en el caliz de aquella larga cautividad en que todo aparece modificado i tasado como en la despensaría de una casa de misericordia, la bebida, el cigarro, el sustento diario, la luz, la lumbre, las camisas de aquellos infelices caudillos que con tan lucido brillo habian peleado las primeras batallas de la independendencia de su patria, vamos a reproducirlas íntegras en seguida, llamando la atencion

(1) Este dinero era el último resto no dilapidado de las 30 onzas confiscadas a don Juan José.

del que esto con justo agravio lea, al hecho de figurar entre ellas diversas partidas en que el déspota villano que hacia los oficios de carcelero, decretando pagos ajenos, defrauda así la racion de pan de sus víctimas.

Ese largo martirologío escrito con números, en pesos, reales y cuartillos, así dice en su monótoma pero revela, dora estencion.

## XVI

*En seis de agosto de ochocientos dies y siete me entregó el señor Gobernador Intendente dies y seis onzas de oro para que asistiese a don Luis Carrera con todo lo necesario para sus alimentos i desde este dia he empesado asistirlo.*

A saver:

Primeramente un peso de sigarros.....	1
Id una tasa de loza y una Bacinica en.....	1 6
Id dos vasos de cristal en cuatro rreales.....	4
Id sinco rreales de una libra de yerba y una de Asucar.....	5
Id un Pantalon de paño azul, todo abotonado y con su echura.....	20 1
Id un peso de sigarros.....	1
Id una libra de azucar tres y medio rreales.....	3½
Id una votella de ron un peso.....	1
Endies del mismo me dió orden el señor gobernador para que assistiese del mismo modo a don Juan Felipe Cardenas y en este dia traté con Pepe le diese de comer a este último, a seis rreales por dia.	
Eneste dia le madé a Cardenas un peso de sigarros.	1
Id doce reales por la compostura de la Baliija de D. Luis.....	1 4
Id un peso de sigarros a Don Luis.....	1
y sinco rreales en yerba y azúcar.....	5
Id un peso de sigarros.....	1
Id a Cardenas un peso de cigarros.....	1

Id al mismo un peso en yerba y azucar.....	1
Id un peso de cigarros a Don Luis.....	1
Id cuatro y medio rreales en yerba y Azucar.....	4½
Id dos pesos en Ron y cigarros.....	2
Id doce rreales a Cárdenas de unos zapatos.....	1 4
Id a don Luis un peso de cigarros.....	1
Id a Cárdenas un peso de cigarros.....	1
Suma.....	40 5

Id a don Luis doce y medio rreales en yerba, asucar y cigarros.....	1 4½
Id una votella de Ron.....	1
Id un peso de cigarros.....	1
Id un peso en yerba y Azucar a Cardenas.....	1
Id treinta y cinco pesos entregados a don Ramon Aycardo por órden del señor Gobernador.....	35
Id trescientos cigarros a Cárdenas por igual órden en dies y ocho rreales.....	2 2
Id dies y seis pesos cuatro rreales que dí a Pepe.....	16 4
Id doce rreales a don Luis, yerba, Asucar y Ron..	1 4
Id doce en cigarros yerba y asucar.....	1 4
Id un peso en cigarros.....	1
Id una votella de Ron.....	1
Id en dos de septiembre entregué a Jacinto Cheves, por órden superior.....	17
Id en el mismo a Tomas Basquez.....	51
Id un peso de cigarros adon Luis.....	1
Id once rreales en azucar y Ron.....	1 3
Id un peso de cigarros.....	1
Id doce rreales en yerba, Asucar y cigarros.....	1 4
Suma.....	176 6½

En seis de septiembre tube orden de asistir a Cosme Albares con todo lo necesario para su alimento y en este dia traté con Pepe le diese de comer a dies pesos al mes y le mandé a Cosme dos pesos en yerba, Asucar, Tabaco y papel.....	2
Id doce rreales en una caldera, mate y vombilla..	1 4
Id una votella de Ron aD Luis.....	1

Id cuatro rreales en yerbay azucar.....	4
Id un peso de sigarros.....	1
Id quatro rreales en yerba y Asucar.....	4
	<hr/>
Suma.....	183 2½

Id una votella de Ron.....	1
Id un peso de sigarros y quatro rreales yerba y azucar.....	1 4
Id a Cosme quatro rreales en yerba y asucar.....	4
Id dos pesos por el labado de Cosme.....	2
Id un peso en sigarros, yerba, asucar a Luis.....	1
Id un peso de sigarros.....	1
Id doce rreales en Ron asucar y yerba.....	1 4
Id un peso de cigarros.....	1
Id quatro pesos de dos meses de labado.....	4
Id doce rreales en sigarros, yerba y asucar.....	1 4
Id doce rreales en id.....	1 4
Id un peso de cigarros, yerbay asucar.....	1
Id un peso de cigarros.....	1
Id doce rreales en id yerbay asucar.....	1 4
Id una votella de Ron.....	1
Id a Cosme tres pesos de un maso de tabaco y uno en plata.....	3
Id quatro rreales en yerba y asucar.....	4
Id dies pesos a Pepe en seis de octubre de el mes.	10
Id cien sigarros abanos a Don Luis, en doce rreales	1 4
Id un peso de sigarros.....	1
Id una votella de Ron.....	1
Id en tres veces dos pesos yerba, Asucar y sigarros.	2
	<hr/>
Suma.....	223 2½

Id dos pesos en sigarros y ron.....	2
Id cuatro rreales en yerba y asucar.....	4
Id un peso en yerba asucar, plata y papel a Cosme.	1
Id a Pepe cinco pesos por la comida de Cosme...	5
Id el veinte tres y de octubre un peso en plata a id.	1
Id doce rreales en yerba y asucar a Luis.....	1 4
	<hr/>
Suma.....	234 2½

Id tres pesos a Pepe por la comida Cosme.....	3
Id un peso a Cosme el dos de noviembre.....	1
Id quatro rreales en yerba y asucar.....	4
Id a don Luis doce rreales en yerba, sigarros y asucar.....	1 4
Id 16 pesos de dos pares de sábanas que le mandé hacer.....	16
Id a Cosme quatro rreales en yerbay asucar.....	4
Id doce y medio rreales en yerba, asucar y ron a don Luis.....	1 4½
Id un peso de sigarros.....	1
Id id id.....	1
Id en dies de Noviembre dos pesos a Cosme para tabaco, papel, yerba y asucar.....	2
Id quatro y medio rreales en yerba y asucar a Luis.....	4½
Id unavotella de ron.....	1
Id un maso de tabaco en tres pesos a Cosme.....	3
Id seis rreales a dicho en dos platos y un cubierto.....	6
Id quatro rreales en yerbay asucar a D. Luis....	4
Id un peso desigarros.....	1
Id quatro y medio rreales en yerbay azucar.....	4½
Id quatro rreales en id a Cosme.....	4
Id seis rreales en sigarros.....	6
Id un peso en plata a Cosme.....	1
Id dos pesos que dí a Pepe para el entero del mes.....	2
Id catoase rreales en Ron y sigarros.....	1 6
Id dos pesos a Cosme en beite y cinco deNoviembre.....	2
Id seis rreales en sigarros a don Luis.....	5
Id quatro pesos que dí porla comida deCosme....	4
Id quatro rreales en yerbay azucar aDLuis.....	4
Suma.....	274

Enochodeoctubre de1817 medió orden el sr gobernadorparaque assitiere deuntado a don JuanJosé Carrera ydesde eete dia le he contribuido con lo siguiente:

Primeramente un peso yerba, Asucar y leña.....	1
Id 18rreales de unacalderay una Bacinica.....	2 2

Id tres pesos que le dí a Pepe por la comida de tres días .....	3
Id 11 pesos que le dí a Correa para que assistiere con la comida a D Juan José .....	12
Id en 28 de octubre le dí otros doce pesos .....	12
Id en el mismo día le mandé un peso sigarros .....	1
Id dos vasos de cristal en quatro reales .....	4
Id a la Ajustina que le hoce de comer diés pesos en 1º de Nobiembre .....	10
Id a la misma en ocho del mismo .....	10
Id el doce del mismo le dí a la Ajustina beinte pesos para pagar mil sigarros una arroba de vino y para que le guarden para votica etc .....	20
Id el 13 de dicho entrégué seis pesos a Pedro Alcántora	
Mardones por la conducion de un loro para Chile que me mandé decir la Ajustina los entregase (1)	6
Id en 21 de dicho le dí a Ajustina .....	10
Id doce pesos de una chaqueta y Pantalón .....	12
Id 7 pesos para un mil de sigarros en 24 .....	7
Id por seis pesos quatro reales de otro pantalón .....	6 4
Id en 1º de diciembre le dí 12 pesos .....	12
Id 16 pesos de dos pares de sábanas .....	16
Id en nuebe de diciembre 15 pesos a la Ajustina ..	15
Suma .....	156 2
Id en 14 de diciembre le dí diés pesos a la Ajustina.	10
Id en 3 de enero le entregué al oficial de guardia don Suarez 15 pesos para que los entregase a la Ajustina .....	15
Id en 9 de enero le entregué a la Ajustina beinte pesos que habia suplido en fines de diciembre porque no bina a llebar dinero .....	20
Id en este mismo día le mandé mil sigarros del Paraguay en siete pesos .....	7
Id en el mismo día quatro pares de medio en .....	6
Id en 14 de enero le dí pesos a la Ajustina .....	10

(1) Este loro último compañero, del enamorado prisionero, debió ser también su último obsequio a su esposa.

Id dos pesos a Cosme para unos zapatos.....	2
Id en 22 enero le dí dies pesos a la Agustina.....	10
Id en 26 le dí otros id.....	10
Id en 6 de febrero le dí.....	12
Id en 11 de id le dí catorse pesos.....	24
Id 18 le dí sinco pesos.....	5
Id en 21 le dí.....	3
Id en 23 le dí quince pesos.....	15
Id 13 pesos seis rreales de once varas de Irlanda a dies rreales vara.....	13 6
Id quatro rreales para yerbay asucaren dies demarzo	4
Por un pesode sigarros.....	1
Id por una votella deron.....	1
Id a Pepe el fondero le entregué quatro pesos, qua- tro rreales deron y sigarros que le habia mandado.	4 4
Yd. le entregué a la Agustina 4 pesos a cuenta de su trabajo.....	4
Yd. 1 peso de cigarros.....	1
Yd. 10 pesos que le dí a Pepe por 15 dias que dió de comer a don Juan José.....	10
Suma.....	331

*Muñoz Urzúa. (1)*

## XVII

No ha llegado todavía el momento de introducir en el finiquito de las cuentas del patíbulo de Mendoza las del

(1) Figuran ademas en el legajos de las cuentas de Mendoza otras planillas del apoderado de los hermanos Carreras que en cierto modo son una repetición de la presente, y por esto no la reproducimos.

Se habrá fijado el lector en que las cuentas que hemos copiado figuran una "Agustina", pobre mujer anónima que siquiera sirvió de cocinera a los infelices Carreras.—El designado con el nombre de "Pepe", era un italiano que el asesino Dupuy hizo fusilar dos años mas tarde en San Luis (febrero de 1819) siendo su propio cocinero: "Pepe" habia sido prisionero de la fragata *Perla* apresada en Valparaiso a principios de 1817.

Por último el Cárdenas que figura es el compañero de Luis Carrera y su denunciante, y Cosme el tipógrafo que fué fiel a don Juan José hasta mas allá del martirio porque habiéndole hecho dar Dupuy 100 azotes en San Luis nada confesó que pudiera dañar a sus jefes.

verdugo; pero el siguiente inventario de los bienes que dejaron los torturados prisioneros de los abominables odios políticos de su tiempo (que ai! pudieron volver!), completan el cuadro de aquel infortunio, en el cual la injente fortuna heredada de sus mayores y el disfruto desordenado y amplio de los tesoros de la nacion que ellos dominaron como señores absolutos, quedó reducida a un triste *medio real*, segun el melancólico registro de su ajuar y moviliario cuya lectura llenará el alma del chileno de indesible amargura y el cual, línea por línea, iten por iten. lágrima por lágrima se hallan dispuesto en esta forma.

### XVIII

Señor gobernador intendente:

El teniente alguacil mayor de ciudad da parte a Usía haber encontrado en el calabozo a donde estuvieron los reos don Juan José y don Luis Carrera las especies siguientes: dos catres uno de pié de cabra con lonjas de zuela y otro con tablillas de madera.—Dos colchones uno de crudo y otro de listado azul—Un hijar chico—Tres sillas de zuela con tachuelas amarillas—Tres mesas—Dos recados de zuela para montar, con todo apero y solo a uno le faltan estribos y al otro carona de lo mismo—Un par espuelas inglesas—Dos pares alforjas—Dos bolsas de crudo—Cuatro *platos de oja de lata* con tapas—Cuatro botellas negras—Tres platos de loza de pedernal—Cuatro basinillas, tres de loza de id y una del Carrascal—Una fuente de id—Un cántaro—Una caldera—Un portabiandas—Dos sestos, uno de Cuyo y uno de Caña—Tres vasos de cristal para vino—Un salero, de id—Un posillo de piedra de pedernal—Uno id de los de pomada—Dos libros chicos para militar—Un alicate—Una escobilla—Dos cuchillos—Un tenedor ingles—Una cuchara chica de platina—Un sello para reloj—Un eslabon—Un mate de pico con bombilla cañita—Tres peines—Dos pares de guantes de lana—Un solo de ante—Un frasquito chico con tinta—Dos palmatorias con sus despabiladeras—*Medio real en plata*—Setenta

y tres atados de cigarros de oja en un cajon—Un candado ingles sin llave—Dos estuches de nabajas que existen en mi poder.

*José Maria Correa de Saa*

Mendoza y abril 13 de 1818

Mendoza, 18 de abril de 1818. Habiendo reclamado el licenciado don Manuel Novoa los bienes que quedaron por muerte de los Carreras, el escribano de gobierno y guerra ante quien hicieron sus últimas disposiciones anotará a continuacion la aplicacion y distribucion de las especies que constan de esta relacion y demas de que hubiesen dispuesto.

*Luzuriaga.*

La mandó y firmó el señor don Toribio de Luzuriaga, coronel mayor, gobernador intendente de esta provincia en el mismo dia de su fecha.

Ante mí.

*Cristoval Barcala*

Escribano de Gobierno y Guerra.

Señor gobernador intendente.—El escribano de gobierno y guerra cumpliendo con el precedente decreto de Usía le hago presente: que el apunte que hice a los Carreras en los últimos momentos de su vida, lo recojió en aquel acto por disposicion de ellos don Manuel Novoa, pero tengo, presente que en dicho apunte nada dispusieron en órden a los muebles que constan de la lista anterior firmada por el teniente alguacil mayor don José María Correa; lo que presencié fué que a dicho don Manuel Novoa le dieron la balija de su ropa con otros muebles que tenia adentro, que no ví los que fueron; así mismo le dijeron los espresados Carreras a Novoa que le darian luego los relojes de bolsillo y en efecto a los pocos dias, despues de aquellos le ví en el bolsillo y aun lo sacó a mi presencia uno de dichos relojes que dijo ser el de don Juan José Carrera, añadiendo que tambien tenia el de don Luis, que hago memoria eran iguales, y no le comprendí en aquellas circunstancias

con que condiciones le habian dejado dichos relojes.—Es cuanto puedo esponer a Usía sobre el particular.

Mendoza y abril 18 de 1818.—*Cristoval Barcala.*

Mendoza y mayo 7 de 1818.—Entréguese al señor don Domingo Guerrero una mesa y unas portabianadas que reclama y son de la propiedad de aquel y puesto constancia de la entrega debuélbase.

LUZURIAGA.

*Cristoval Barcala,*  
Escribano de Gobierno

Recibí de don José María Correa la mesa y portabianadas que espresa la órden que antecede.

*Domingo Guerrero*

Mendoza, julio 20 de 1818.—Sin perjuicio de entregarse algunos de los bienes que constan de esta relacion a los que acrediten su lejitima pertenencia de que solo puede dar razon don Manuel Muñoz y Urzúa, existente en Chile, depositario y parcial de los Carreras, dirjase testimonio al Exmo. Supremo Director de aquel Estado para la inteligencia de los que pueden tener derecho a ellos, acompañándose los cargos que forma la tenencia de San Luis contra los Carreras y los dos escribanos por sus actuaciones y las cuentas que rindió Muñoz del numerario que le mandó entregar este gobierno y se invirtió en la manutencion de los Carreras.

LUZURIAGA

*Cristoval Barcala*  
Escribano de Gobierno

Concuerta con el espediente orijinal de su conteyto que a esecto de sacar este testimonio, se me ha entregado en la secretaría de este Gobierno a donde he devuelto uno y otro y en virtud de lo mandado lo autorizo en esta ciudad de Mendoza en 11 dias de Enero de 1819.

Es testimonio † de verdad.

*Cristoval Barcala,*  
Escribano de Gobierno

## XIX

Hasta aquí la nómina de los tristes despojos del cadalso. Asistamos ahora a su reparto.

En 18 de febrero de 1819 entregué al procurador de San Antonio dos colchones que, constan en la relacion de foja 7 para el uso del hospital, de órden del señor gobernador intendente; y firmó conmigo esta dilijencia dicho P. procurador

JOSE MARIA CORREA DE SAA

*Frai José Antonio del Espiritu Santo*  
(Procurador)

En dicho dia entregué a doña Trinidad Urdínanoa por órden del señor gobernador lo siguiente, que reclamó ser de su propiedad y consta en la misma relacion—Un catre, tres platos de loza de pedernal, cuatro bótellas negras, una tinaja, dos canastillos, dos basos de cristal, y por no saber firmar lo hizo a su ruego conmigo don Vicente Videla.

JOSE MARIA CORREA DE SAA

A ruego de doña Trinidad Urdínanoa  
*Vicente Videla*

En dicho dia por órden del mismo señor gobernador entregué a don Ramon Correa un catre y una silla que constan tambien de la relacion y lo firmó conmigo.

JOSE MARIA CORREA DE SAA

*Ramon Correa*

## XX

Tal fué la triste herencia y la menesterosa distribucion de lo que los dos desdichados hermanos Carreras dejaron

de vacío en su calabozo racion de despojos hechos a los que iban a repartirse sus carnes despues de haberse saciado en su lenta agonía; y en ella a caso debió estimarse como una defraudacion del destino que en su villano partija no hubiera tocado nominativamente a Luzuriaga aquel "medio real" que con mugrientos dedos inventarió el minucioso escribano Barcala como el último tesoro de los reos. . . .

Verdad es que estos hicieron en aquella misma hora, a presencia de ese mismo funcionario y de su jeneroso defensor don Manuel Vasquez de Novoa, un testamento en que consignaron con rasgos varoniles solo sus cuitas y protestas, pieza histórica que habrá de merecer probablemente antes de mucho el honor de una reproduccion autógrafa a fin de dar gráficas formas a la entereza de sus caracteres.

Mas la ocasion propicia de exhibir tan valioso recuerdo no ha llegado aun para la historia; y por esto habremos de poner fin a esta reseña que intencionalmente hemos llamado las *contabilidad del cadalso* (porque lo es) con el documento autografiado que completa la iufamia de estas cobranzas póstumas en que los ejecutores de un anatema político, convertidos en verdaderos *bravos* de Venecia demandan el monto de su paga ajustada de ante mano sobre el cadáver que acaban de inmolar. No olvide el lector a fin de comprender la magnitud del hecho infame y la solucion histórica que de él aquí aparece que en esta cuenta se cobrara al padre los *cuatro pesoe* de estilo, tarifa antigua del verdugo, por haber presenciado el oficial de fé la bárbara ejecucion en el patíbulo de sus dos hijos.

## XXI

*Tasacion de costos que hago de órden verbal del Sr. Gobernador Intendente de esta provincia de los causados en los autos criminales que se les siguió a los Carreras en esta capital y me corresponden por las actuaciones que hice en ellos como escribano de Gobierno. . . . a saber:*

*Actuaciones.*

Por un decreto dos rs. . . . .	—2	} 10—2
Tres autos a cuatro rs. . . . .	1—4	
Una sentencia ocho rs. . . . .	8—	
Una notificacion llana cuatro rs. . . . .	—4	
Dos mas a ocho rs. cada una. . . . .	2—	
Dilijencias de intimacion a otros reos de la misma. . . . .	1—	
DILIJENCIA DE PRESENCIAR LA SENTENCIA Y EJECUCION DE ELLA Y OTRAS INTIMACIONES CUATRO PS. . . . .	4—	} 147 29
Dos testimonios completos de la misma causa uno con 146 foxas y otro con 148 con papel, sello, comision, signos, & . .		
Otros dos con 58 foxas a cuatro rs. . . . .		
Otro de las cuentas de Muñoz en los gastos de los Carreras en 6 foxas de cuentas, signo y papel. . . . .	3—4	
Otro de las cuentas de San Luis, dos foxas, papel, & . . . . .	1—3	
Otro id. de la lista tomada por el teniente alguacil de lo que dejaron los Carreras en la prision, con papel, & . . . . .	1	
Otro de las dilijencias sobre entrega de la balija, ropa que iba en ella y el relox . .	1—2	
Otro sobre el cobro de dicho relox para doña Xaviera Carrera. . . . .	2—4	

Importa la anterior planilla, salvo equibocacion o yerro ciento noventa y cinco pesos siete rs. . . . . Pesos 195—7

Mendoza y marzo 22 de 1819.

*Cristoval Barcala.*

## XXII

Hasta este punto la inícua cobranza de los usufructuarios del banquillo.

Hé aquí ahora la atroz ejecucion de la venganza política, despues de la ejecucion del verdugo, siendo esta última pájina del proceso póstumo de los Carreras la pieza capital de esta relacion histórica encaminada solo a comprobarla y en su redaccion testual que puede comprobarse línea por línea, rasgo por rasgo con el autógrafo que le acompaña, dice así:

Exmo. Señor:

Tengo el honor de acompañar a V. E. la planilla de los derechos de que hace cargo el escribano de Gobierno en la causa seguida a los *criminales* don Juan José y don Luis Carrera, cuya totalidad asciende a ciento noventa y cinco pesos cinco reales, acompañando asi mismo a V. E. tres testimonios, a saver: uno en dos foxas de ciento sesenta pesos tres reales de los gastos que se *causaron en la aprehencion y remicion desde San Luis de don Juan José* a cuyo pago se negó el depocitario don Manuel Muños Ursua por no tener fondos en su poder de dichos reos, como aparece de las mismas diligencias; Otro en seis foxas que comprende las cuentas rendidas por Muños y la Planilla de ciento quarenta y siete pesos dos reales que se deben al Escribano don José Antonio Moreno, cuya cantidad no satisfiso Muños por la misma causa, y otro en dos foxas de los pocos muebles que quedaron por *finamiento de ambos criminales* a fin de que se sirva V. E. disponer que de los bienes y haberes de ellos se abonen los *quatrocientos*

*cinquenta y tres pesos cuatro reales a que ascienden las tres partidas de que se halla en descubierto los interesados y que los que lo sean en ese Estado a los eupresados muebles dispongan de ellos.*

Dios guarde a V. E. muchos años.

Mendoza, 22 de marzo de 1819.

Exmo. Señor.

*Toribio de Luzuriaga.*

Exmo. Señor Supremo Director del Estado de Chile.

### XXIII

Al precedente oficio enviado desde Mendoza a Santiago un año despues de la ejecucion de los Carreras, el director O'Higgins para su oprobio eterno, despues de tantas glorias recojidas por su brazo en los campos de batalla, puso la siguiente horrible providencia que fué a su sabor ejecutada:

*Santiago, marzo 29 de 1819.*

*Acútese recibo y pasen estas diligencias al Alguacil de segundo voto para que exija de don Ignacio de Carrera el PRONTO PAGO DE LOS DERECHOS QUE SE COBRAN.*

O'HIGGINS.

*Echeverria.*

*Santiago, abril 22 de 1819.*

Por recibido y se haga saver a don Ignacio de la Carrera para su cumplimiento.

TRONCOSO.

*Diaz.*

En el mismo dia hise saver el Decreto de la buelta a don Ignacio de la Carrera y firmó de que doy fee.

IGNACIO DE CARRERA.

*Vargas.*

## XXIV

I bien! A ese indecible baldon que enlutará eternamente los anales de la hidalga nacion chilena como el fúnebre crespon que cubre y deshonra las esfijies de los dogos de Venecia que afrentaron con innoble accion a su patria, solo tenemos una apelacion que hacer a la posteridad que sabe hacer justicia y sabe a la vez apiadarse.

Esa apelacion es a la firma del anciano padre de los inmolados caudillos que el artista ha reproducido con profunda fidelidad, como si imitando el cincel del lapidario hubiérala colocado sobre el epitáfio de una tumba, porque esos signos son la espresion de un mundo de agonías, concentrado en una sola pulsacion del alma que sucumbe y del músculo que se estremece. La firma del padre de los tres hermanos de Mendoza puesta en el márjen de esa tira de papel es un drama que aterra hasta el horror, que entenece hasta las lágrimas.

¿Fué por ventura mas cruel la venganza que el poeta ideara para el padre de los siete infantes de Lara?

## XXV

Una última palabra y esta será el epílogo de estos fúnebres recuerdos, pero será tambien su represalia y su enseñanza.

Pocos dias despues de aquella horrorosa ejecucion de un moribundo, don Ignacio de la Carrera seguia a sus sacrificados hijos en la senda de la eternidad que desde lo alto de su suplicio ellos le señalaran.

Pero no se habia cumplido todavía el primer lustro de

la consumacion de aquellas atroces venganzas del éxito y del poderío supremos, cuando el dictador que les pusiera con su firma el ominoso cúmplase, salia espulsado de su patria para no volver jamas a ella sino dentro de la ánfora de las cenizas, altar de todas las espiaciones.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santa Rosa de Colon, abril 8 de 1885.—(67º aniversario del asesinato político de los Carreras en Mendoza el 8 de abril de 1817).



# APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN.)

## I

He tenido últimamente a la vista mas de una obra sobre Alemania, mas de un capítulo sobre Dresden, que contienen numerosas apreciaciones o impresiones de viaje, que imparcialmente considerados me parecen injustificables. Pero esos libros, que no son otra cosa que una sátira continuada y amarga, la crónica de todos los escándalos que sus autores, bien versados en ese terreno, han podido recojer a su paso, son siempre de la misma procedencia.

Los vecinos del otro lado del Rhin necesitan desahogarse un poco con el filo de su pluma y vengar los enormes agravios recibidos, ya que por el momento no les es dado usar de mas efectiva venganza. De allí que casi todos los juicios sean crítica, todas las impresiones de viaje desagradables, todas las comparaciones con su propio país favorables al último, como si él solo hubiera recibido de Dios el monopolio de la hermosura, la riqueza, la intelijencia y la civilizacion; hasta el extremo de que si yo al leer esos libros no hubiera conocido bien el país que ellos pretenden describir, habria debido formarme la idea de que el Imperio Aleman es únicamente un cuartel colosal en cuyo interior hai innumerables tabernas y toneles de cerveza; que en el hai 45 millones de individuos sin mas ambicion que

satisfacer las necesidades del estómago y de los sentidos; que desconocen no solo las ocupaciones nobles del espíritu, sino además las prácticas más elementales de la sociedad, el gusto de la conversacion y de todo trato culto con los semejantes. Habria pensado que los alemanes pertenecian a una raza más pesada que el plomo, más ignorante que las naciones incultas, más petulante que los mismos franceses, sus autores; que sus costumbres y moral, a pretesto de simplicidad y ridícula inocencia, habria alcanzado el mayor grado de depravacion en el mundo; que las lumbreras del jenio y de las artes habian negado por completo su luz a este pueblo, no dejándole otra mision que mendigar los despojos de sus vecinos, sus únicos depositarios.

Pero oportunamente el caso es muy diverso: estoy en situacion de comparar esas apreciaciones con las más propias, y, colocado en un terreno imparcial, puedo en muchos casos descubrir hasta dónde llega la verdad, y dónde comienza la exajeracion o la injuria, porque ésta última jamás hace falta cuando las circunstancias lo permiten.

Mis impresiones de Alemania, y sobretodo de la ciudad en que durante más tiempo me he detenido en ella, son harto diferentes de las de los autores de aquellas obras a que me refiero, como que harto diferente es también el medio al través del cual he observado al país y sus habitantes.

## II

Desde ántes de conocerla tenia Alemania un no sé qué que me atraia; la patria de Gretscher ejercia en mí una especie de influencia oculta, algo que me llamaba a habitar en ella siquiera algun tiempo, a seguir más de cerca el hilo de sus leyendas románticas y poéticas, de esas leyendas desconocidas en otros países, y que son aquí una mezcla de sobrehumano y mitológico con la poesía sencilla de los hábitos domésticos, casi patriarcales.

Las orillas del Rhin habian sido siempre en mi imaginacion las favoritas; aquellas riberas risueñas donde crece vid

en las faldas y en las colinas, a la sombra de destrozadas murallas, únicos restos de la Edad de los señores feudales, de los torneos y de los trovadores. Esas imponentes ruinas de castillos, cada una de sus piedras tiene un recuerdo histórico o fantástico, contrastan extrañamente con los prados fértiles, con los pueblos y aldeas que se reflejan sobre las aguas con sus casitas blancas, sus pintorescos campanarios; y esas alegres campanas que convocan a los vivos no perturban el reposo de los que duermen por siglos bajo las ruinas, aunque sus espíritus vagabundos no dejan de atemorizar a sus habitantes.

Sí, éste era el sitio donde mi imaginación contaba encontrar mas campo para las especulaciones de la mente y de los ensueños, donde parecia concentrarse toda la idealidad alemana, todo el poder de su fantasía profunda y a la vez vaga, indefinida y filosófica, si así puede llamarse; y esas las fuentes donde una alma entusiasta podia penetrarse mejor de la naturaleza sin que nada le perturbase, podia inspirarse en esa contemplación casi divina que le ennoblece alejándole por un instante de las vulgaridades y miserias de la vida.

Pero, a pesar de todo esto, mi visita a estas comarcas de tanto interes no pasó de una rápida ojeada, y aunque tantas veces habia pensado volver despues para una larga permanencia, hube de cambiar de idea, no sé por qué circunstancia, y resolví de repente dirigirme a Dresden, ciudad interesante que tantos extranjeros como yo han elegido para sus estudios. Con la experiencia adquirida en unos pocos meses no creo deber arrepentirme del cambio, porque los atractivos del Rhin en la estacion cruda en que toda vejetación desaparece habrian desaparecido en gran manera, y en los hermosos dias de otoño las riberas del Elba ofrecen paisajes no ménos variados y agradables. Cuando llega el invierno, los árboles perdidas sus hojas, el cielo y la tierra con un reflejo triste de colores opacos, o la nieve que cubre el suelo, y reviste todo de una hermosa y blanca monotonía; la naturaleza es igual en todas partes, y terminan entónces los agrados de los campos y los valles, los bosques y los rios, debiendo cada cual refugiarse la mayor parte del tiempo bajo el amparo y fuego de su habitación. En verdad, no se presta mucho el invierno para

la satisfaccion de algunos de mis deseos, para recorrer los campos y las aldeas vecinas, para vivir al aire libre, gozando de una tranquila y libre soledad; pero ¿qué hacerle? Acaso es posible estar a la vez en varias partes, cambiar la carrera de las estaciones, y detener el curso de la vida? El período de la juventud con sus ilusiones y ensueños es muy corto; el entusiasmo pasa, y si hoy somos víctimas de negligencia, despertaremos mañana en la edad madura, cuando todo lo poético y todo lo noble ha quedado atrás para siempre, y no se nos presenta otro cuadro que el de una realidad mas o ménos soportable, pero siempre vulgar y positivo, talvez ningun otro goce que los miserables que proporcionan la ambicion satisfecha del poder o la fortuna!

### III

¿Cuáles eran los atractivos de Dresden para una larga residencia? Yo los ignoraba casi por completo: sabía tan solo que ella era la ciudad frecuentada por miles de ingleses y norte-americanos, que vienen a educarse o a estudiar uno de tantos ramos, o el idioma aleman, cuya enseñanza se obtiene con mas facilidad y menor costo que en sus propios paises. Sabía que Dresden era una enorme escuela de extranjeros, y bien podia aumentarse en uno el número de sus estudiantes.

La primera impresion que la ciudad produce no puede llamarse agradable, sobre todo si se viene, como yo, de las hermosas y alegres calles de la improvisada capital del Imperio. El aspecto de Dresden es el de una ciudad *vieja* sin ser *antigua*, triste y oscura por el color de los edificios y estrechez de las calles, poco animada por el escaso número de carruajes y de jente que parezca distinguida, elegante o de fortuna. Pero no siempre esa primera impresion es la definitiva, sino que por lo jeneral tenemos en seguida motivo para reformarla mas favorablemente, segun vamos conociendo mejor las diversas partes de que una ciudad consta, o la manera de vivir y costumbres de sus habitantes. Esto prueba cuán erróneos deben de ser de ordinario los juicios que los viajeros se forman de los paises o ciuda-

des que atraviesan con la rapidez de los caminos de hierro, y sobre los cuales no tienen embarazo en seguida para dar concienzudas opiniones, como si fuera posible, aun teniendo extraordinaria perspicacia y fuerza de observacion, descubrir al pasar todo lo que en ellos se encierra. Y en esta falta incurrimos sin pensarlo los viajeros de las cuatro partes del mundo.

Poco a poco iba pareciéndome Dresden mas agradable, y podia darme cuenta mejor del motivo por qué los extranjeros le daban siempre su predileccion en toda Alemania; de cómo sin ser una ciudad mui hermosa reunía en sí y en sus deliciosos alrededores todos los atractivos necesarios para llevar una vida agradable, sin el bullicio ni las variadas distracciones de las grandes capitales, pero con las suficientes para distraer los ratos de ocio y de descanso que hasta la vida mas séria y ocupada necesita.

Hai muchos que prefieren siempre habitar aquellas, que encuentran entretenimiento en el espectáculo de vida rebosante, de actividad increíble que esos pueblos ofrecen, que pueden participar de sus alegrías y de su bullicio, y aún identificarse en esa nacionalidad extraña: en cuanto a mí succédeme cosa mui diversa: contemplo esa actividad, admiro ese adelanto, envidio esa alegría, pero al cabo de cierto tiempo, en vez de hallar en ello algun goce, me queda tan solo el sentimiento amargo de la soledad, el aislamiento en medio de la multitud, talvez la tristeza en medio de la alegría; porque estamos sujetos en la vida a la lei de los contrastes, y a aquella fuerza que nos impele a no sentir como los demás.

Todo esto hácese notar mucho ménos en las ciudades mas pequeñas, porque en ellas el fausto ridículo del gran mundo no resalta de tal suerte a los ojos de los extraños, que pueden considerarse al nivel común de la sociedad.

La vida de aldea es para los extranjeros casi imposible, pero es ella sin duda la que en ciertas circunstancias proporciona los mayores agrados, porque naturalmente simpatizamos con nuestros inferiores, y esas jentes mas abordables y sencillas no nos parecen extraños al cabo de poco tiempo.

Como he dicho, si la estacion del año no hubiera sido tan desfavorable habria yo tenido un vivísimo placer de

conocer en detalle esta última; pero tomé el término medio, residiendo en Dresden, que si no puede llamarse una gran capital en el sentido moderno, lo es sí por su riqueza artística é intelectual, que ojalá ejerciera siempre el mayor influjo entre los viajeros.

Un escritor francés ha llamado a Dresden la capital de la Alemania galante, la ciudad del amor; detrás de cada ventana creía descubrir una aventura, una intriga amorosa. Quién sabe si la imaginación lo ha llevado un poco distante representándole los tiempos del pasado siglo en que, según nos refiere la historia, la corte de los Electores de Sajonia se había empeñado en imitar el lujo y al mismo tiempo los escándalos de los últimos Luises de Francia, a quienes en una época alcanzó aun a sobrepajar. Pero ahora habiendo muchos escándalos, como tiene que haberlos en una ciudad tan importante y poblada, se mantienen mucho más ocultos y no comprendo porqué Dresden había de ser la más francesa y la menos alemana de las ciudades del Imperio, lo primero, por ser la más galante, y lo segundo, por la menos preponderancia que ella tiene el elemento militar, que parece ser en Prusia un fantasma que persigue constantemente a los franceses.

El militarismo, sea por naturaleza o que la Prusia lo aya impuesto de fuerza en los estados pequeños, está igualmente compartido en toda la Confederación, puesto que cada país está obligado a contribuir con un cierto número de soldados para la defensa jeneral a proporción de sus habitantes, así como a las cargas que esa misma defensa impone. De esta manera no puede decirse que la Prusia, talvez con 27 millones de habitantes y 400 mil soldados, sea más cuartel que el reino de Sajonia con dos millones y más de 30,000 hombres sobre las armas en tiempo de paz.

Si en algo han perdido su autonomía los grandes y pequeños estados de que hoy se compone el nuevo Imperio, es en el manejo de sus ejércitos; y es claro que a esa centralización militar en las manos del Emperador es a lo que se debe la gran fuerza común, porque faltando la unidad en el mando faltaría también la unidad de intereses y de acción.

Baviera y Württemberg son los únicos estados que por

excepcion tienen en tiempo de paz un ejército independiente del resto, pero tan pronto como sobreviene una guerra pierden por completo esa independencia, pasando a las órdenes inmediatas del jefe del Imperio. Pero esa misma autonomía es en cierta manera ilusoria, porque aun durante la paz ejerce el gobierno de Prusia, que es el de Alemania, una inmediata vijilancia sobre todas las tropas, como vemos a menudo a jenerales prusianos haciendo revista de ellas sin intervencion del Rey, que sabe evitar esos encuentros, o al mismo Príncipe Imperial inspeccionando los rejimientos bávaros en Munich; lo que hace que en el hecho no haya gran diferencia entre la situacion de este ejército y el de los demas paises feredados.

Segun esto el militarismo, aunque nacido en Prusia bajo el reino del Gran Elector Federico, desarrollado en seguida por los primeros reyes que en él hacían consistir el único porvenir de su pobre y pequeño pais, e impuesto por la Prusia, como puede decirse, a los demás estados alemanes que sucumbieron bajo su poder; el militarismo, repito, no se encuentra implantado solo en aquella sino en cada pulgada de territorio jermánico, y en todo él con el mismo vigor, con la misma fuerza, porque así como la naciente Prusia, en ello funda la naciente Alemania, como se le nombra, su grandeza presente y su futura prosperidad.

Cada uno de sus soberanos, príncipes o duques reinantes viste la sencilla casaca de oficial, y no ménos que en Berlin puede el extranjero ver en Dresden esos militares y soldados modelos de todo el mundo a quienes se deben las últimas gloriosísimas victorias.

#### IV.

He dicho poco há, que Dresden tenia el aspecto de una ciudad *vieja*, pero no *antigua* y voi ahora a establecer esa diferencia.

Es *vieja* comparada con Berlin, o cualquiera de las otras que se han reformado últimamente por completo; pero es moderna si tienen en la memoria las curiosísimas

ciudades Imperiales o Hanseáticas, Nüremberg y Lübeck a la cabeza, donde puede decirse que cada edificio es una joya arquitectónica de la Edad Media y su conjunto un verdadero museo de antigüedades interesantes. Dresden pertenece a otra época muy posterior a aquella y de allí que carezca de estos monumentos históricos que tan apreciados son generalmente por los extranjeros, y mas a medida que se remontan en la distancia de los siglos. Solo los últimos han visto prosperar a la capital de Sajonia, que fuera de algunos edificios anteriores, como el Castillo Real, puede considerarse en su mayor parte edificada en el siglo XVIII.

A esto se debe la naturalización del estilo *rococo*, que desarrollado en Francia bajo el brillante reinado de Luis XIV, no podia dejar de llegar tambien a la corte de los Electores que no tenían otro empeño que el de imitar al gran monarca. Pero ese gusto por aquella arquitectura, que hoy los admiradores de los modelos antiguos califican de malo, fué llevado tan lejos, que Dresden ha merecido el título de de *patria del rococo*.

Aunque estos edificios, que en tanta abundancia se encuentran, no tengan el interes vivo de las ojivas góticas, de las torres y de las almenas de defensa, de las iglesias ennegrecidas y llenas de tumbas de guerreros ilustres, no dejan de tenerlo sobre todo, como la esposicion de una época relajada tanto en el gusto como en las costumbres, de una época de transición entre el período feudal y guerrero por una parte, y por otra el de progreso libre y de civilización del siglo en que vivimos. No que hubieran terminado las luchas, lo que será imposible en cualquiera edad del mundo, sino que apesar de ellas tenían un lugar preferente, al ménos en Francia que entónces ejercia universal influencia en las artes, las letras y la galantería.

El gusto *rococo* corresponde indudablemente a esto último; se daba a conocer no solo en la arquitectura de las casas, en la profusion de ornamentos y decoraciones en las portadas, cornisas o ventanas, sino en los trajes de las personas, cuyos rasos o sedas en innumerables pliegues, aun en los hombres, pintura, pelucas empolvadas y otras cosas, mostraban la depravacion y la afectacion que se habia apoderado de la sociedad

Si al lujo de Versalles podia compararse el de la Corte

Electoral de Augusto, no es extraño que este soberano dejara en Dresden tantas muestras de su reinado, y que en esta ciudad sea donde se puede observar mejor el desarrollo del arte *rococo*, en sus mas variadas manifestaciones, de ese arte que es fruto de una época funesta para los países, víctimas del fausto inaudito de sus gobernantes, que junto con la relajacion de las costumbres y réjimen imprudente para manejar a pueblos ya embebidos en otras ideas y principios de libertad, fué lo que preparó y trajo en seguida la enorme convulsion social, que ajitó a la Europa entera durante tantos años.

A aquel estilo de arquitectura tan notable en Dresden vino agregarse, durante el reinado del mismo Augusto, la invencion de la porcelana que adoptó desde el principio las formas pesadas y detalles recargados del *rococo*, y que hasta hoi mismo conserva, considerándosele ya como el verdadero estilo clásico e ideal en ese arte, que no admite la seriedad de la escultura en las formas, ni de la pintura en el colorido. La porcelana cuadraba admirablemente para adornar las lujosas habitaciones de aquel tiempo; para reproducir los trajes en boga y sus colores vistosos, que hoi dan a las figuras el aspecto de muñecas, y para satisfacer en fin, un gusto cuya cualidad primera era la superficialidad y un olvido casi completo en las artes, no solo de los modelos antiguos sino tambien de los del Renacimiento italiano.

El invento de la porcelana no fué poco importante para Sajonia, que ha tenido con ella una fuente considerable de riqueza. Hasta entonces los pueblos orientales del Asia habian mantenido con tal estrictez el secreto de su fabricacion que jamas habian sido capaces los mas civilizados de Europa siquiera de imitar los trabajos que del Japon y China les venian. Cosa análogo lo que sucedió en España con los "azulejos" árabes, cuyos colores admirables que hoi todavía desafian a la industria de los mas hábiles artífices sin poder nunca ser sobrepujados; como puede juzgarse en las preciosas muestras de los encantadores palacios moriscos que se levantan aún en Andalusia.

La fabricacion de la porcelana se debe al boticario *Böttger*, y como tantas otras invenciones, tuvo ella lugar de una manera casual.

Aquel, que era hombre de ciencia, ocupábase desde hacia mucho tiempo en buscar oro en las diversas tierras de Sajonia, y trabajaba con tal seguridad de encontrarlo que habia prometido al disipador soberano, Augusto el Fuerte, suministrarle dentro de mui corto plazo una fuertísima suma para reponer de golpe el real tesoro, que a fuerza de fabulosos y locos gastos, habíase agotado por completo.

Pero parece que todos los esfuerzos del químico para descubrir oro fueron inútiles, hasta que en 1707 cayó a sus manos una arcilla o tierra que le produjo porcelana oscura, y poco mas tarde halló otra, en Aué que le dió a aquella el color blanco. Sin pérdida de tiempo comenzóse a explotar la nueva industria, estableciéndose en 1710 la fábrica de Meissen, cuyos trabajos fueron haciéndose cada dia mas artísticos, en lo cual sobrepujaron por mucho a los modelos chinos o japoneses a que debieron ceñirse desde el principio. Con justicia ha quedado a la posteridad el nombre de "Böttger", porque la porcelana de Sajonia, es decir la de la fábrica real de Meissen, goza de tal reputacion en el mundo que tanto en el pasado como el presente siglo no ha habido otra alguna que se le pueda comparar en la riqueza y trabajo prodijios o de los detalles y colores de la escultura.

Al hablar de ella, y al admirar las cualidades que la hacen tan sobresaliente, se me viene insensiblemente a la memoria la fábrica francesa de "Séores", con la cual sin embargo no quiero compararla. A unos gustará mas ésta, a otros aquella; pero toda comparacion se hace imposible entre cosas tan diversas, así como lo es la de los diferentes estilos arquitectónicos o artísticos. Antes de decidir mi gusto entre ámbas yo consideraría las excelencias que a cada una de las dos distinguen; pensaría que lo que caracteriza a la sajona es, como acabo de decir mas arriba, la riqueza de los detalles, la blandura o voluptuosidad en las formas, la variedad infinita de las figuras y de los asuntos, los tintes admirablemente combinados, desde los colores mas vistosos de los ramilletes de flores hasta los mas dulces y tranquilos de aquellas escenas mitológicas o pastoriles, que parecen ser el ideal del colorido en combinacion con la belleza plástica de la estátua o del relieve. Lo que, en una palabra, caracteriza a aquella, es el *trabajo mismo* de

la porcelana, adoptado, en pequeña escala naturalmente, a los mas variados ramos de la *escultura*.

Con *Séores* sucede algo mui diferente: allí lo que admiramos ántes que todo es el arte con que el pintor ha dibujado las líneas y distribuido los colores sobre la porcelana que parece solo un medio para el fin, que es la *pintura*. El efecto del conjunto es sorprendente; el azul oscuro de los vasos inimitable; y tiene la ventaja de que sus formas se ajustan mas a la elegancia clásica que a la seductora pero perjudicial del *rococo*; aunque por otra parte yo mismo habia confesado que este estilo, que jeneralmente me disgusta, se ha hecho clásico para la porcelana.

Una de las notabilidades de Dresden es la coleccion real no únicamente de los productos de la fábrica de Meissen, desde los primeros ensayos hasta su completo desarrollo sino de todas las muestras imaginables de porcelana asiática y europeo; porque en los 15,000 números de que se compone están comprendidos los monótonos jarros de Persia, los platos, con dibujos y colores extraordinarios de la China las figuras grotescas de los mandarines, los vasos y lámparas del Japon, tan hermosos y artísticos que nada tienen que envidiar a los mejores trabajos de Europa, y en fin, *specimens* de lo que en tal arte se ha hecho en cada uno de los países de ésta, desde el Buen Retiro de Madrid y Minton de Worcester, hasta Meissen y Bohencia.

En ninguna parte puede hacerse mejor que en ese curiosísimo y único museo la comparacion de los diferentes estilos, y es por eso que viendo los preciosos jarrones de *Séores* al frente de las obras maestras de Sajonia, entra uno a juzgar con mayor interés los distintivos de unos y otros, y los méritos, en que principalmente se funda su renombre universal.

Los artistas sajones han adoptado la porcelana a todos los asuntos posibles, y no contentos con aquellos destinados a adornar de una manera artística los salones o las mesas lujosas, los coquetos boudoirs de las elegantes, se han dedicado tambien a las composiciones serias, religiosas o motilójicas, de muchas figuras, a la reproduccion de monumentos públicos y estátuas equestres.

Pero, así como la acuarela en las grandes composiciones de la pintura, la porcelana no sienta bien en las de la

escultura, porque el mismo material, tan delicado y frágil, parece indicar que es mas limitado su uso.

Allí está un modelo de la estatua equestre del Elector Augusto I, que hoy levántase en bronce dorado en la parte mas importante de la ciudad Nueva. Habian querido hacerla definitivamente en porcelana, lo que sin duda habríale dado grandísima novedad ¿pero cuanto tiempo habria permanecido en pié? Por cierto que los años y la intemperie no la respetarian como a Márco Aurelio en el Capitolio, en la cual parece haberse inspirado el descultor para ejecutarla. Viene mejor al Rey magnífico el brillo del oro que el mas opaco de la porcelana.

Este arte ha sido en Dresden mas importante que en cualquiera otra ciudad, puesto que tan grande influencia la formacion del gusto en el siglo XVIII, cuando tuvo lugar la introduccion del *rococ* en todas las ramas del arte; fué aquel una de las causas de éste, y de allí que sea interesante el estudiarlo aunque a la lijera, y tener idea de sus elementos principales.

Basta recorrer una vez las calles de Dresden para comprender cuanto se trabaja actualmente en toda clase de esos artículos, y como él ha llegado a ser uno de sus comercios mas considerables con los extranjeros; porque ademas de los objetos de Meissen, que es la verdadera porcelana de Sajonia, hai muchas otras fábricas que los producen inferiores, y la reproduccion de los cuadros mas conocidos de la galería en todos tamaños y clases ocupa a una cantidad de pintores especialistas, que pierden los ojos por hacer un trabajo diminutivo y perfecto en sus detalles.

Las escenas románticas, las Margaritas, Ofelias, los tipos rubios alemanes; y la misma Virgen de San Sisto y sus anjelitos, reproducidos casi hasta la vulgaridad, se prestan admirablemente para la pintura en porcelana, pero se les vé en tal profusion y en tantos tamaños que por hermosos que sean los orijinales, uno se hastía al fin de lo que a fuerza de vulgar llega a perder su mérito.

Yo pagaria por no divisar mas en la vida la muchacha alemana de la Edad media con trapo blanco en la cabeza; el retrato de Anjelica Kauffman, pintado por ella misma; la despedida de Agar, de Van der Werf, o la Chocolatera de Dresden. En cuanto a los anjelitos de San Sisto no

me atreveria a decir lo mismo, porque lo que es perfectamente bello debe encontrarse cada dia mas, y allí no cabe vulgariedad ni hastío; eso sí que cuando están mal pintado cabe fastidio.

R. E. U.

*(Continuará.)*

# ESCURSION

A LAS ISLAS DE

## TITICACA I COATI EN BOLIVIA

---

### § I

MARCHA—EMBARQUE—ANÉCDOTA

Luego que la obediencia me colocó en este venerando Santuario de Copacabana, situado en la orilla S. E. del famoso lago de Titicaca, me propuse visitar la isla que le da el nombre; cuna, según se cree, del gran personaje que supo derrocar un grande imperio, fundando otro mas dilatado, dando a desiertos y salvajes leyes y monumentos, que casi nos autorizan á llamarlo el Carlo Magno gentil de esta gran parte de la América, que los conquistadores llaman Perú, y cuyo verdadero nombre no sabemos.

Ménos sabemos aún la época fija en que viniera al mundo este ínclito fundador del imperio peruano; pues ni los monumentos ni los geroglíficos ni la tradición pueden desenmarañar ese punto capital de la historia de los Incas: y los cronólogos más pesquisadores han tenido que atenerse á conjeturas. Pero la creencia del país y algunos escritores convienen en que la isla Titicaca fué el oriente de donde sarpó sobre las altas y dilatadas faldas de los Andes, ese hombre extraordinario que se anunció y fué acatado

como hijo del Sol. Respetemos esa fábula fébea, apesar de que ni la credulidad, ni la mitolojía del país han sabido adornarla con las halagüeñas ficciones con que la India y la Grecia divinizaron las cunas de sus héroes. Hijo del sol se anunció él, y sin tomarse la pena de explicar como de tan reluciente padre procediera, se le creyó y obedeció como á tal por aquellos ignorantes, que ni siquiera se asombraron de su impávida aparición y embajada. Respetemos pues, tambien nosotros lo que no podemos explicar, cual lo respetaron los pobres indios en su ignorancia, y cual lo respetan hoy los sabios con su filosofía; como los ilustrados viajeros á oriente, respetan y casi se fanatizan por las invenciones ridículas de los tiempos fabulosos de la China y del Ejipto.

Pues, así como un viajero curioso y pedante, que desea ver y filosofar sobre cosas enigmáticas, yo tambien deseaba ver á Titicaca y Coati, estas islas del Sol y de la Luna, que cual dos diferentes cetáceos flotan en el magnífico lago que rodea y baña este curato. Solo deseaba para verificarlo una ocasión, que un amigo me proporcionó. Este fué el complaciente don Lúcas Toro, cura de Puno, que todavía estaba más deseoso que yo, por la simpatía natural que los americanos tienen y deben tener á los monumentos que les recuerda la grandeza de sus incas memorandos. Para realizar más fácilmente nuestros deseos, se hallaba acá don Wenceslao Bueno, hijo de una de las señoras á quienes actualmente pertenece Titicaca. Este amable jóven ordenó á su mayordomo don Agustin Várgas que aprontase una balsa bastante capaz, para poder pasar el estrecho sin recelo.

Así dispuestos salimos el día siguiente para Yampupata, estancia ó ranchería de indios, que es el embarcadero propio de la isla. Digo embarcadero y no puerto, porque es un golfito natural formado de bien quebradas peñasquerías, que en forma de motozas lanzas se sumerjen en las olas, teniendo otras correspondientes en la opuesta costa de la isla; como si ésta fuese un mónstruo marino que, embistiendo al continente fuese rechazado y vencido por algún cíclope descomunal. Solo la parte N. E. de Yampupata es de forma redonda y regular para un puerito; pero es inaccesible por las muchas peñas, que en vez de playa forman

una verdadera estacada de pedernales. Así es que ninguna balsa se puede aproximar sin exponerse; y por eso es preciso embarcarse una milla más atrás, en dicho embarcadero que nada tiene de cómodo, y sin embargo es el del Inca. Los indios nos recibieron con bastante agazajo, colliendo al camino con algunas indias para acompañarnos, cantando el *Alabado* y otros versos religiosos que acostumbra, cuando el cura ó algún sacerdote los visita. Costumbre piadosa que se observa en todas las rancherías de esta península, que siempre entérnece por la devota sencillez del canto y el inocente cariño de las cantoras, que nos condujeron á la capilla, donde se venera al taumaturgo agustino S. Nicolás de Tolentino. Entramos y nos encomendamos á su protección, no porque tuviésemos que atravesar el océano ni el estrecho de Bering, sinó porque ese corto estrecho de media legua, á veces se embravece como el de Scila y Caribdis, y se traga las débiles embarcaciones de totora, con la misma pechuga que el cabo de las tormentas se engulle los navíos de alto bordo de la Gran Bretaña. Por eso, los balseiros, sin ser Palinuros ni Nearcos tienen un instinto singular, y no son capaces de meterse en sus frágiles chalupas cuando las brisas de la cordillera silban más de lo que deben, y cuando las olas sin elevarse mucho empiezan á espumar con malicia.

Afortunadamente nos tocó un día de céfiros y bonanza, y brincando por las punteagudas rocas, nada parecidas á las gradas de los embarcaderos de Europa, nos entramos en la gran balsa, formada como todas, de la totora ó enea que se cría en abundancia en las playas de la misma laguna, y que la Providencia dá á estos pobres náuticos, en vez de los añejos pinos de la alta Noruega con que enarbolan sus grandes buques los marinos ingleses. Y, ciertamente que, apesar de lo frágil de la embarcación íbamos nosotros allí más tranquilos que el involuntario visitador de Santa Elena, sobre el Belloforonte. Así es que íbamos conversando alegremente de los incas y sus monumentos, miéntras los indios ayudados de una pequeña vela iban remando con bastante esfuerzo, por la maldita costumbre de no querer adoptar los remos de pala, sinó los redondos trasmitidos por la barbárie, que en vez de resistir cortan el agua y no impelen, y que hubieran sido de gran atraso

para las Galeras vencedoras de Lepanto. Pues mientras estos pobres, parados sobre el borde de la balsa iban sudando con su empuje, y nosotros sentados como los cónsules venecianos en los escaños endamascados de una góndola, me acordé de una anécdota que contar quise a mis connavegantes, y quiero repetir aquí: porque si ella pudiera descansar sobre datos históricos ó fehacientes, esclarecería algo el oscurísimo problema del oríjen de los Incas.

Pues vá de cuento. Dice que á principios de este siglo, un indio muy viejo de esta isla Titicaca, le contaba a un padre del antiguo convento de Agustinos, que sus abuelos le contaban lo siguiente:—En remotos tiempos había en la isla una india jóven y de buen parecer que en una de las salidas se perdió sin que los padres pudiesen descubrir su paradero. Más, después de cerca de un año, cuando la contaban ya ahogada en la laguna, ó muerta por el frío de las pampas, se les presentó no sólo sana y buena, sinó instruida y embarazada. Se alegraron desde luego al recobrar una hija que tanto querían; pero al reparar su embarazo empezaron á reconvenirla, afeándole que se hubiese huido de su compañía, andándose á perder por el mundo, viniéndose ahora con la prueba patente de su mal natural. Tal fué el enojo de los padres que iban ya á castigarla, cuando la india les suplicó que la oyesen, asegurándoles que léjos de irritarse, debían alegrarse de que viniese en tal estado, pues estaba cierta que lo sucedido con ella, no lo creía una infamia sino un favor divino. Los padres se calmaron y recelando algún embuste le dijeron que se explicara. Pues, el día que salimos de la isla, dijo la muchacha, me senté como tirada para andar hácia allá, por allá léjos, por donde se pone el Sol, así es que, sin poderlo resistir, me dejé llevar y anduve como unos quince días sin cansarme, siempre con el afán de ver dónde se acostaba el Sol por la noche, que se iba ocultando cada tarde tras de cerros más lejanos. Al fin ya empezaba á cansarme y á faltarme la comida, cuando llegué á unos montes altos muy altos, y blancos así, como este Illampu que tenemos al frente, por donde sale el sol, y creí que allí precisamente debía acostarse.

Con la ansia de ver con mis propios ojos dónde se acostaba, y cómo se hundiría en aquel gran colchon de nieve

el dios de la luz, subí á una colina, y de ésta á otra con agitación; pués él se iba bajando yá, y temí que el se iba á acostar sin que yo viese su cama. Más, mi agitación, ó quizás la nieve, que empezaba á pisar, me hizo doler tanto la cabeza y los ojos que desfallecí. Quedé un rato como muerta; pero afortunadamente el frío me despertó. Temiendo que el hielo de la noche podía matarme, me esforcé para bajar del cerro en lugar más abrigado, y me dirigí hácia una abra, por donde me pareció ver todavía algunos rayos del sol, y también un aire suave, que me reanimó. Y como siempre deseaba ver dónde se iba á descansar mi sol querido, me apresuré á llegar á ese lugar, que me pareció iba á satisfacer mis ansías. Pero ¿cómo os explicaré la sorpresa que tuve cuando, en vez de otro cerro que le sirviese al sol de cama, ví delante de mí una inclinada y ancha llanura, no seca como nuestras pampas, sinó verde, poblada de árboles y de plantas con flores, cuya fragancia me traía el viento, descargaba mi cabeza y me ensanchaba el corazón? y al fin de esa pradera tan linda, á la que deseaba volar como un cóndor, ví un lago grande, mucho más grande que éste, mil veces más. . . . sin fin: pero no azul, sino blanco, blanco, como si fuese plata bruñida, y luego de oro fino tan relumbrante que no me dejaba mirar! ¡Qué cosa tan hermosa! Yo me deleitaba en ver como el sol hacía relucir de un modo tan lindo las aguas de aquella grandísima laguna: pero me sobrecojí de espanto cuando ví que se iba hundiendo en ella poco á poco; porque temí que sus aguas inmensas lo ahogarían, y el mundo quedaría ya sin su resplendor. Así es que, viéndolo sumerjir enteramente bajo las aguas, casi me caí muerta de espanto; pero. . . .

¿I para eso, la interrumpió el padre, para eso dejaste nuestra compañía? ¿Para ver cómo reluce aquel gran lago, y cómo se hunde el sol en sus aguas, te fuiste tan léjos? ¿Acaso cuando el sol se nos oculta por allá, por detrás de Chucuyto, no has visto lo mismo en ese lago? *Baya imilla!* que quieres embaucarnos con tus cuentos. Dínos pronto, ¿dónde has estado, y quién es el hombre que ha abusado de tu soledad? ¿O quizás tú. . . ? añadió su madre.

Nó, *mama, colila!* no os enojeis, contestó la jóven. Dejadme continuar mi relación, *auqui* querido! y quedareis satisfechos. Donde he estado no lo sabre decir, porque es

una tierra muy lejana. Solo os repetiré que he corrido tras del sol, siguiendo su curso, y que he llegado hasta la playa de aquella gran laguna, cuyas aguas saladas y amargas no pude beber, quedándome espantada al ver que mi sol se hundía en ellas. Entonces temí morir de pena; ya el cielo se iba oscureciendo cuando oí que se me acercaba un hombre. Fatigada y aturdida como me hallaba en aquellas playas desconocidas, lejos de asustarme, al verlo me alegré. El se me acercó con tan buenas maneras que lo tuve por un enviado del sol para favorecerme. Me hablaba con energía, pero yo no le pude entender, hasta que con señas y ademanes me indicó que lo siguiese. Me levanté tomándome él del brazo, y me dejé conducir a una especie de cabaña, donde él vivía. Comprendió por mi pesadez que estaba yo muy fatigada, que necesitaba alimento i descanso; me hizo recostar sobre unos blandos cueros de alpaca, y se salió volviendo luego con una *chua* de agua caliente más confortante que nuestra chicha. La tomé con ansia; i él sin decirme nada se retiró. Pero, en sus entradas i salidas observé que él se postraba i levantaba sus manos al cielo, como dándole gracias de haberme salvado. Yo también, desde mi rincón se las dí por haberme proporcionado tan buen auxilio. Luego el cansancio y esa bebida que me dió me hicieron dormir profundamente: de modo que no desperté hasta que la hermosa luz del sol hirió mis ojos. Y me desperté con tal alegría que salí de un brinco a la puerta para poderlo ver en todo su resplandor y persuadirme que no se había ahogado ayer en la gran laguna; como me creí. ¡Oh qué mañana tan hermosa! la frondosidad de los árboles, que aquí no crecen tanto, el canto de las aves más melodiosas que las de acá, la fragancia de las flores que aquí no conocemos, el aire tan plácido y aromático en vez de los fríos vientos de esta cordillera, me tenían en otra especie de sueño delicioso, del cual me sacó el recuerdo de mi bienhechor, á quien no pude ver por mas que escudriñaba con mi vista si estaba tras el chume ó ramaje de los árboles. Su ausencia empezaba á entristecerme cuando lo ví venir con un palo alto en la mano y la imagen del sol en el pecho. Entónces me acordé de un sueño que habia tenido esa misma noche, en que me pareció ver á mi dios sol, así en figura de hombre, que me estaba hablando

con palabras tan compasivas, como un padre á su hija, ó como un esposo á su esposa. Y casi me creí que ese delirio de mi sueño fuese un aviso cierto, cuando acercándoseme más reparé en él, lo que no había observado la noche anterior con mi fatiga y la oscuridad, la cara más blanca y hermosa que jamás había visto. Sus ojos grandes y brillantes más que los del huanaco, sus mejillas rosadas más que los celajes de la aurora, sus labios colorados como la *cantuta*, sus pelos, no negros como los nuestros, sino así parecidos al color de la vicuña, su figura alta y majestuosa, su andar y sus ademanes más reposados y graves que el de las llamas; todo. . . .

Todo te alucinó y te sedujo, interrumpió su padre algo molesto con tan larga relación. Nó, *colita*, contestó la india: sinó que todo me convenció que si él era hombre como tú, si era mortal como nosotros, no era á lo ménos de nuestra raza, sino de otra mas alta si es que no fuese un enviado del cielo. Sus atenciones conmigo, su honesta delicadeza, sus costumbres tan decentes i piadosas, cuanto observaba en él me fortificaba cada dia más en esa idea. Así es que lo miraba con respeto y me consideraba feliz en su compañía: cada mañana al salir el sol le daba gracias por haberme conducido, quizás por un impulso loco de mi fantasía, al lado de un sér tan benéfico. Al principio nos entendíamos por señas; pero á los pocos dias él aprendió mis palabras: tomaba una cosa en su mano y me hacía decir qué se llamaba; en el campo que cultivaba me hacía nombrar las plantas y árboles y los instrumentos de su labranza; cuanto él hacía o me veía hacer á mí quería que se lo pronunciase en nuestra lengua. El lo repetía todo con la mayor atención, hasta que lo pronunciaba mejor que yo. La viveza de su intelijencia y la constancia de su aplicación hizo que en breve pudiese hablar como uno de nosotros, como un hermano mio. Yo mé empené en que él me enseñase su lengua; y se rió conociendo mi incapacidad. Pero habiendo un día preguntádome cómo me llamaba yo, le dije que *Ocillo-Huaco*; que él pronunciaba con mucha dulzura: quise yo también saber su nombre, i me dijo que era *Engle*, *Inгла*, o no se que palabra que nunca he podido pronunciar bien, sino Inga; nombre que le causaba mucha gracia, y así no más lo llamo siempre.

Esa comunicación recíproca, la soledad encantadora, y el esmero de sus atenciones en servirme, instruirme y complacerme, hicieron que mi corazón lo quisiese, y yo no le disimulé mi inclinación. Así es que él conoció mi afecto; pero lejos de mi imprudencia, me confesó que él también me amaba como a una hermana, que desde que el sol me había conducido a su compañía y hallaba tanta simpatía en nuestros corazones, deseaba tomarme por esposa: pero ántes, me dijo, es preciso que te instruya en el modo de adorar y servir a Dios, y poder celebrar nuestra unión bajo su amparo. Su declaración y ese lenguaje tan nuevo para mí y tan dulce, me encantó y estaba escuchándolo sin resollar. ¿I tus padres, me añadió, qué dirán de tu resolución, de tu unión con un desconocido? Ellos, le contesté, me crearán muerta ya; y si algun día me viesen unida a un hombre tan virtuoso como tú, se tendrían por los más dichosos de los padres. Pues en breve, me dijo, entonces en breve serás mi esposa. Esa promesa acabó de avivar el amor que yo le tenía, y doblé mi atención á cuanto él me enseñaba con la mayor paciencia. Luego aprendí á hilar, á teñir y á tejer; de modo que esas *urcus*, esas *Ucillas* y ropas que llevo son obra de mis manos y de las suyas. Me ha enseñado también que ese sol tan hermoso no es el Dios grande y principal, como nosotros creíamos, sino un dios pequeño, ministro de aquel otro Dios grande, Criador del mismo sol, de la luna, de las estrellas y de la tierra, a quién el llama así, como Pachacamac: que ese Dios poderoso es muy bueno, que allá arriba en el cielo premiará las virtudes de nuestras almas, y otras cosas mas lindas, que después os explicaré mejor.

Los padres se asombraban de esas ideas de su hija; pero deseando saber el punto principal de su ansiedad, le dijeron que continuase i continuó así.—

Cuando él me consideró bastante instruida, me dijo una mañana que fuese a lavarme, que me arreglase el pelo, que me vistiese con lo mejor de mis tejidos y algunos adornos más que él me dió para que me ataviase. Así lo hice, volviendo luego del mejor modo que pude aliñarme. Ví que él había hecho lo mismo; y nunca, con su *llauto* ó diadema con su penacho de plumas, sus orejeras, sus brazaletes, el sol de oro en su pecho, nunca me pareció mas hermoso.

Estaba hincado con las manos y ojos levantados al cielo, como implorando sus favores sobre él i sobre mí. Mi llegada le hizo interrumpir su plegaria; me hizo seña que me le acercase, y me hincase a su lado. Así lo hice, y tomándome de la mano me dijo: querida mia, hasta hoy te he mirado como á hija de mi misma madre, dime ahora si aun permaneces en el deseo de ser mi esposa, mi compañera hasta la muerte. Esa pregunta, apesar de que la esperaba, me hizo estremecer de miedo i de gozo al mismo tiempo; pero disimulando mi turbación le contesté que sí. Mira Oclo, me añadió, que tendrás que seguirme siempre en mis viajes y mi suerte. Te seguiré siempre, Inga! le contesté. Entonces hizo en su lengua no se qué súplicas al cielo y elevando su larga vara en el suelo en medio de los dos, y estrechándome la mano, me dijo con un acento solemne:—¡Mama Oclo, estamos solos! más, el sol nos alumbra, Dios nos vé, la naturaleza toda nos contempla. Pues a la presencia de Dios, del sol y de todos los seres criados, jura que serás mi inseparable compañera, mi fiel esposa toda tu vida! Juro, le respondí: él invocó a Pachacamac y juró lo mismo, dándome un abrazo i besándome la frente; y luego levantándose me dijo: Somos esposos! esa cabaña, esos campos cultivados por mí son tuyos, como lo es mi corazón: cuida de todo, y prende fuego mientras yo voi á buscar algo con qué solemnizar nuestro enlace. Tomó su arco y sus flechas y se marchó: pero volvió pronto, trayendo un venado y varias aves, que yo cociné; y con eso y algunas frutas festejamos nuestra boda. ¡Cuánto deseaba yo que vosotros hubieseis sido testigos y partícipes de mi felicidad! que verdaderamente era grande hasta que me inquieté por vosotros, i me desesperaba por volveros á ver.

¡A buena hora! dijo el padre con desden. ¿Y os pesa de verme, padre mio? preguntóle la hija. Nó; contestó el padre. ¿Pero dónde está ese Inga, dónde se ha quedado? Baya, *imilla*; mucho recelo que tu largo cuento es un enredo para alucinarnos y disculpar tu disolución. Si lo que dices fuese cierto, me tendría por el padre más afortunado. ¿Pero qué pruebas nos das de que nos dices la verdad?—Mi misma preñez, contestó la jóven india; y mi desembarazo os convencerá completamente. El aire de sinceridad con que la

*imilla* se expresaba, protestando de su verdad, les hizo creer que podría ser cierta su relación, y la cuidaron con esmero hasta su parto.

En efecto, a los pocos días parió; y los ancianos se volvían locos de contento al ver un niño de cútis blanca, de pelo rubio, de facciones más finas que cuantas criaturas habían visto hasta entonces. La parida tomó a su hermoso hijo, lo besaba con frenesí, diciendo que era un vivo retrato de su padre. Esa declaración que repetía la india con delirio, exitó el deseo de los viejos, que la conjuraron para que les dijese si era vivo y dónde estaba. Vivo está, y no lejos de aquí, les respondió la hija; y si nó se ha presentado todavía es, porque primero ha querido saber si tendríais humanidad conmigo y hospitalidad con él. ¿Si viene, lo recibireis cual él se merece, siquiera como a mi esposo? Sí, gritaron los padres: dínos de una vez dónde se halla, estamos desesperados por verlo y abrazarlo. Pues bien, respondió la Ocllo, tomando a su querido hijo, seguidme; y subiendo una cuestita, como de una milla, llegaron a una loma donde hai unos colles o asebuches. Para tomar alientos se sentaron un rato á su sombra, i observaron como unos cimientos empezados de una casa muy grande y larga que llamó mucho la atención de los pobres isleños acostumbrados a vivir en *hutas* angostas como sepuleros; y ni siquiera se les pasó por la imaginación que aquellos fuesen los cimientos del primer templo que el sol tuviese en esas rejiones tan altas, y cuya obra le dedicaba trabajando por sí mismo el extranjero que buscaban.

El Inca al entrarse en Titicaca no se habia dejado ver de nadie, y observaba la mayor vijilancia aun en su trabajo; porque, convenido con su esposa, quería ver qué impresión causaría en aquellas gentes su aparición. Así fué, que al aperebirse de la visita por la conversación, no dudó que fuese Ocllo con sus padres, y ocultándose más se adornó como el día de su desposorio. Su esposa, que instruida para el caso, sabía bien que debía estar allí, empezó á gritar Inga, Inga! Esa voz tan grata ya para él, y que repetida significaba la buena disposición de los visitantes, hizo que se presentase, pero con una majestad imponente. La blancura de su rostro, la viveza de sus ojos, los adornos de su persona,, que realzaban los reflejos de los rayos del

sol, infundieron tal respeto á aquellos pobres salvajes, que no se atrevieron á acercársele, y se postraron en el acto; creyéndolo una divinidad. Viendo la hija el aturdimiento de sus padres y la aproximación del Inca, los alentó diciéndoles: acercaos; es mi esposo! Lo será, contestó el anciano sin levantar los ojos; pero, sino es un Dios, creo sí que es hijo del sol. No os engañáis, venerable padre de mi esposa, repuso el Inca inmediatamente: pero ahora ser un individuo de vuestra familia. El sol mi padre me manda para enseñaros muchas cosas que ahora no sabéis; para haceros felices. Soi hijo del sol; y mientras vosotros vivais también seré vuestro hijo. . . . Con esa declaración se enajenaron de asombro y de placer los pobres viejos, que no hallaban espresiones para agradecerle la bondad con que habia tomado a su hija por esposa. Esta descubrió entonces a su hijo, y al verlo el Inca casi perdió su majestad; pues dejándose trasportar de un impulso de amor, tomó á su hijo con ansia paternal, y besándolo con ternura lo levantó hacia al sol, ofreciéndoselo y pidiendo para su vida los favores más grandes.

La actitud sublime y entusiasta con que el Inca, mirando al sol de hito á hito, como un águila real, hizo esta especie de ofrecimiento entre los empezados cimientos del templo que le levantaba, acabó de persuadir á sus suegros que ese su yerno misterioso era realmente hijo del astro del dia. Y él, léjos de desvanecer esa preocupacion, se la inculcaba más, porque convenia sostenerla aunque fuese con inocentes supercherías para llevar adelante los planes que meditaba, en los que tenia ya iniciada á su esposa, y que empezó ahora á desarrollar en la cabaña de su familia. Esta difundió luego por la Isla la gran nueva del huésped divino que les honraba, y todos venían á verlo; ó más bien á venerarlo. Las ideas de moral y de piedad que les inculcaba y practicaba, los adelantos de la agricultura y otras artes que les enseñaba por sí mismo, sin perder jamás su gravedad, su empeño en concluir el templo del sol, les hizo aclamar á ese desconocido civilizador, como descendiente real de aquella divinidad: y en el colmo de su entusiasmo lo llamaron *Manco-Capac*, para significar que era un personaje heróico *rico de virtud*. De esta Isla pasó la fama divina del Inca al continente; cual

si los cóndores la esparcieran desde las calorosas playas del océano hasta los nevados picos de la cordillera; y cuando él calculó que era tiempo oportuno para realizar su empresa salió con sus adornos de oro, su manto y su vara claveteada, como Baco con su tirso, ó como Mercurio con su caduceo, instruyendo las tribus y haciéndose venerar hasta llegar al Cuzco, donde fundó su imperio é hizo todo lo demás que nos refiere la historia."

Así contó aquel indio viejo la venida y salida del Inca, de esta Isla que vamos á visitar y que ya estamos tocando. Si esta anécdota, señores, que la historia miraria con desden, pero que el romanticismo adoptaria con amor revisiéndola con todas las galas de la poesía mitológica, cual el viaje de Evoé á la India, ó de Ceres á la tierra; sino puede sostenerse al frente de nuestra crítica escéptica, tampoco puede rechazarse enteramente, como una impostura, ó una fábula de viejas. Otros cuentos ha consignado el tiempo en sus anales, que podrian sostenerse ménos si con los severos escrúpulos de los modernos Aristarcos tuviéramos que examinarlos

Lo cierto es que la aparicion del Inca en estas alturas andinas es, y será siempre, un enigma. El historiador filósofo, César Cantú se inclinaba a creer con un autor inglés, que *Manco-Capac* fué un nieto de Gengiscan; otros un náufrago culto y astuto de la Tartaria ó de la Siberia, á quien una tempestad, un arroyo ó la Providencia hubiera conducido á esas rejiones salvajes. Pudiera haber sido un persa adorador del sol, un judío renegado de las trasmigraciones antiguas, ó de la última dispersion: pudiera ser. . . ¡tantas cosas pudiera ser! Estas y otras opiniones, que pueden hermanarse perfectamente con el cuento de nuestro viejo, serán buenas para ejercitar la erudicion de los sabios probabilistas; pero todas sus conjeturas no comunicarán á esas densas tinieblas de tan inculta antigüedad la luz de la certeza: mucho ménos siendo tan mudos como son los pocos monumentos existentes, sin jeroglíficos y sin una tradicion fija imposible es esclarecer este caos. ¿Y qué tiene eso de extraño? Si el mismo Moctezuma con toda su cultura no sabía quienes fueran ni de dónde vinieran sus ascendientes al trono de *Mexite*; y con su natural franqueza solo supo decirle á Cortés, que como él,

habian sido advenedizos, ¿cómo era fácil indagar quién era y de dónde venía el Inca, cuando él mismo ocultó de intento su oríjen, envolviéndose en los rayos y en las manchas del sol; y cuando estos pobres indíjenas ménos cultos que los mejicanos, recibieron su anuncio y su persona con la más aturdida sumision? Y no debemos acriminar á estos infelices ignorantes su grosera credulidad. Alejandro, con un ejército de griegos cultos cuyos jefes eran filósofos, y que todos conocian á su padre Filipo y á su madre Olimpia, si hubiese vivido más y más se hubiese encaprichado en hacerse reconocer hijo de Júpiter Ammon; ese ejército y esos filósofos lo hubiesen proclamado tal, y las naciones esclavizadas hubiesen recibido y trasmitido la invencion, si la muerte no lo sorprende tan pronto. Los pueblos más cultos del antiguo mundo hasta ahora no pueden explicar satisfactoriamente la procedencia de sus divinizados fundadores. Los sabios más famosos de la Grecia se hubieran visto embarazados si hubiesen tenido que explicar la jenealogía de sus héroes; y hubieran tenido que quemar avergonzados los bosques encantados y los templos de su alucinante mitología. Roma, la misma Roma, tan sabia y tan moderna (en comparacion del Menfis y del Tibet) se vé precisada á adoptar una fábula, y una fábula bien grosera, para explicar de un modo visible la lactancia y la muerte de su fundador fratricida: Parece una lei penal de la naturaleza, que los pueblos que no reconocen en la historia del Pentateuco el tronco de sus projenitores, se vean condenados á aceptar las patrañas de los imposteros malignos, ó bien las ficciones ridículas de mentirosos poetas.

Pues bien; yo, sin discutir más, acepto la relacion de *Mama Olloco*, trasmitida por el indio viejo de Titicaca, con la aparente credulidad que los viajeros á la isla de Chio aceptaban los episodios del inmortal Homero. Porque tambien el negarlo todo es un pirronismo desconsolador, y el hacer un viaje sin ilusiones casi es una insensatez.

§ 2.

DESEMBARQUE, PUERTO, PALACIO Y FUENTE DEL INCA.

Con estas reflexiones distrajimos el fastidio de la travesía, y casi sin sentirlo llegamos al puerto de la Isla, formado de rocas naturales más llanas y ménos incómodas que las del embarcadero. Allí nos esperaba el mayordomo con indios y bestias, que por lo pronto no quisimos montar, para recorrer á pié los vestijios de las antigüedades que están á la vista. Esas son, sobre el mismo puerto, las ruinas regularmente conservadas de unas paredes de piedra y barro mui fuerte, que algunos creen haber sido una fortaleza para defender dicho puerto. Y en efecto, tienen como visos de muralla antigua; pero la parte superior del lado del cerro conserva todavía vestijios de umbrales, que podian haber sido puertas de otra clase de edificio. El tendria unas cincuenta varas de largo; pero como sus restos son paredones bajos mui mutilados, cubiertos de arbustos, y no pude tener un Cicerone que me las explicare, ni un punto de vista de donde tomar una perspectiva cualquiera, no las dibujé: y con los compañeros nos pasamos á la orilla de la derecha, hácia al norte, donde sobre un golfito perfectamente circular de rocas naturales, se conserva todavía una casa, que se le podrian tributar los honores de palacio, ó de castillo: pues por su solidez y elevación se parece bastante á ciertos edificios feudales de la edad media, y tambien á los alcázares ó torres árabes de los moros en España. El edificio es de piedra bruta; pero tan bien unida que quizás labrada y con cal no estaria tan sólida. A lo ménos estoi cierto que ningun edificio antiguo, de los que las naciones cultas cuidan con tanta prolijidad, se hubiera conservado por tantos siglos, estando como este enteramente abandonado, espuesto á todas las inclemencias de aguaceros diluvianos, de heladas y granizadas violentas y demás intemperies de un sol casi calzinador y de escarchas incomparables casi

por todo el año y en un mismo día, en esta alta rejion de los Andes; con la maleza y los arbustos que crecen lozanamente sobre sus bóvedas y paredes, descoajando con sus raíces las cumbres, donde trepan los cabritos destructores y hasta las ovejas, que parece luchan á porfía para arruinarlo.

No hai duda que su fachada era la que mira al lago al frente del majestuoso Illampu, que está al oriente: ostentando toda su elevación colosal sobre la rejión de las nubes, y reflejando en el terso cristal del lago el nevado copo de su inmensa mole, como apoyada en el abismo. Pero la entrada al interior debía ser por el lado del poniente, por estar el terreno igual al piso superior. Las cuatro puertas de este frente oriental no tienen pasaje ó comunicacion al interior, sino que son como cuartos ó piezas aisladas, que solo comunican entre si. Pero lo admirable de estas habitaciones es la clase de sus bóvedas, construidas de tal manera, que ni el mismo Viturvio creo que se atreveria á imitarla, sin temor de quedar aplastado bajo su obra. Las piedras que las forman son grandes y llanas, pero sin labrar y colocadas horizontalmente, como si debieran formar una cornisa. Sobre la primera fila, que sale como una cuarta de la pared, sigue la otra saliendo gradualmente; y así las demás, hasta que aproximándose ya estas cuatro cornisas (las piezas son exactamente cuadradas) se juntan con otras piedras grandes, que sirven como de llave y cierran la bóveda. Es preciso ver la travazon y consistencia de esas piedras con solo barro comun (los Incas no conocieron la cal) para formarse una idea de la audacia del arquitecto, si es que el mismo *Manco-Capac* no fuese el ingenioso inventor

Sobre esas bóvedas tan sólidas hai otras piezas correspondientes, que serían sin duda las habitaciones del Monarca, ó de las personas principales que residiesen allí. La parte exterior de esta casa no tiene una sola ventana: se supone que para la ventilación y la luz habria algunas en las piezas del piso alto por la parte del interior ó del patio, que había en el centro del edificio. Lo que en el dibujo aparece como ventanitas, no son más que una especie de cuadros cóncavos, que podríamos llamar ventanas figuradas. Pero entre puerta y puerta hai unos claros, iguales

á las aspilleras de las murallas; que servirían para recibir un poco de luz, para observar el lago, y quizá para disparar algunas flechas. Contiguo al mismo edificio seguian otras piezas, que podían haber servido de cárcel ó de cocina; así como las piezas bajas de las bóvedas servirían de cuartel ó como de cuerpos de guardia. Por la parte superior que está junta al cerro, hai tambien restos de unas piezas pequeñas, que pueden considerarse como garitas para los centinelas de las puertas principales de las habitaciones altas, que por ese lado no tenían grada alguna; por estar iguales con el terreno.

Por aquí tambien entramos nosotros á reconocer el edificio, que causa lástima por el deterioro en que va cayendo; pues la maleza lo va desmoronando por arriba sin piedad, el ganado cerdoso osando el cimiento con furor, las ruinas oprimiendo las bóvedas, de modo que dos están hundidas ya, y las otras no tardarán á hundirse por no haber quien piense en su conservacion. Tal es el primer edificio que vimos del Inca en Titicaca. Tiene más de veinte varas cuadradas. Es lástima que nada se haga por conservarlo mejor, y siento no poderlo describir más exactamente, pues no soi arqueógrafo.

A los sesenta pasos de este palacio en ruinas, al lado derecho, hai sobre un terreno inclinado hácia la laguna, mui buenos trechos de unas paredes que eran precisamente la cerca de un jardín, que aun cuando poco se pareciese al de Versalles, ó de Aranjuez, era sin embargo un jardín réjio, que todavía conserva su gran fachada de ocho puertas de frente, dos de ellas patentes para la entrada, y las otras seis solamente figuradas y tapiadas desde su construcción. A la espalda de tan magnífico frontispicio, esto es, á la parte superior del jardín habia un pequeño caserío con su altito y ventana, que debía servir de mirador sobre el jardín y el lago. Apesar de la belleza rústica que conserva este parque real, no me atreví á diseñarlo, por la excesiva exhuberancia de maleza que lo sofoca y que lo está arruinando á toda prisa. Los escombros y piedras arruinadas llenan ya la plazuela que delante la fachada habia, sostenida por un fornido andén, que no me atrevo á llamar plataforma; si bien habia muchas plataformas sin

la solidez é igualdad de este ultrajado andén del jardín ó granja mancoapeña.

Y realmente admira la simétrica colocación de las piedras brutas en esos murallones terraplenados, con que los Incas hicieron productivos esos terrenos incultos, que en su tiempo sino eran huertas, no se puede dudar que serían chacras ó campos de sembradío. El ánimo se complace al ver aprovechado de este modo un largo trecho ó todo el faldío de ese lado de la Isla; pues lo largo y elevado de algunos de esos andenes demandaba alguna intelijencia, muchos brazos y un trabajo ímprobo, que ahora nos aturdiria si tuviésemos que emprenderlo sin más objeto ni utilidad que el aprovechar unas cortas fanegadas de tierra, cuando el terreno sobraba. Lo cierto es que los más opulentos propietarios no han hecho, ni harán jamás en estas latitudes una cosa parecida: y dudo mucho que los contruidos por el jeneral Córdova en su chacarilla de La Paz, tengan la consistencia y la duración que estos del Titicaca.

Después de vistos y admirados estos primeros vestijios del poder y del gusto de los Incas, montamos á caballo, desviándonos un poco del camino principal para ver la admirable pila ó fuente de *Manco-Capac*. Al descubrirla se queda uno atontado, al ver la abundancia de agua, que corre por tres caños copiosos, la vejetación lozana que cubre el manantial, los tablones frondosos que (formados tambien por andenes antiguos ciega y fecundiza esa agua perenne, la más ajustada unión de las piedras sin labrar de la fuente, que aun se conservan intactas, las dos piedras cuadradas, que aseguran los indios ser las mismas donde se sentaban el Emperador y su esposa: todo ese conjunto de recuerdos, de frondosidad y de temperamento, protesto que me encantó. . . La imaginación me presentó naturalmente la fuente castalia y el tan ponderado valle de Tempé, y aquel bosquecillo con su arrollito donde el piadoso Numa meditaba con su inspiradora Ninfa las sábias leyes que amansar debían al pueblo lobuno.

Algunos se reirán de la comparación, porque no saben lo que afectan el ánimo esas impresiones de lo antiguo y misterioso, y finjen ignorar lo que vale para los pueblos aquella época feliz en que un génio algo misterioso tam-

bien los hace salir de la barbárie á la civilización; ó, para esplicarme con una frase moderna, lo que forma la transición de los tiempos fabulosos y de tinieblas á los tiempos históricos y positivos. Lo cierto es que mi compañero de viaje el señor Toro, léjos de reirse de mi comparación, que juzgaba exacta, se entusiasmaba mas que yo, y no sabía á qué comparar la habilidad y gusto de aquéllos incas en escoger para sus pláticas un lugar tan ameno, tan propio para la meditación y el recreo del alma. El se deshacía en elogios al considerar que la naturaleza, tan avara y estéril de verdor en esta elevadísima mesa de los siempre nevados Andes, fuese en ese rincon de una isla árida, tan lozana y excepcional; y que al apetecible murmullo de ese manantial cristalino se hubiesen concebido aquellas leyes justas que de pueblos casi ferinos debían formar un grande imperio, menos ruidoso y menos devastador que el de Rómulo.

Los asientos nos gustaron por su naturalidad; y así como Fray Gerundio, en sus viages por allá, se antojó sentarse en el trono del rey de los franceses, así nosotros nos sentamos con menos zozobra y más placer que él en esos semitronos de piedra de los monarcas peruanos. Bebimos á satisfaccion aquella agua cristalina que refrigerara sus fauces reales, aplicando sin cumplimientos nuestros pobres labios en aquellos caños medio-canales, don él y su régia consorte aplicarían los suyos. Filosofamos un rato, como es regular, sobre el sistema de gobierno apoyado en los principios de la ley natural, aplicada con menos desacierto y mas ventaja que algunos de los pueblos cultos de la antigüedad pagana. Aquí el robo no se reputaba una industria, como en Lacedemonia, ni se hacían adorar dioses adúlteros, sino que se castigaba el adulterio, ni se sacrificaban víctimas humanas a Neptuno y a Saturno, como en sus aras de Tiro y Cartago; sino frutas y animales apacibles en las aras del sol y de la luna, y se enseñaba que todos los delitos eran crímenes contra la divinidad. ¡Qué dogma tan luminoso! Bastaba él solo para sostener con Acosta, que los incas fueron superiores a los lejisladores griegos y romanos en sus instituciones políticas. Ellos, estos reyes *bárbaros*, dice Cantú compadeciendo a los nécios que así los tratan, y cuyo capítulo 8º del libro 22—Perú; es preciso leer para con-

vencerse del grado de civilización en que se hallaban estos pueblos: ellos hallaron el secreto de estimular la virtud premiándola por obsequios de personajes ilustres; cuidaban de la orfandad, de la desgracia y de la vejez por medio de almacenes públicos; atendían a cuantos no podían trabajar y castigaban a los ociosos; se velaba sobre toda clase de vicios, y se les imponía pena; el juez que aplicaba mal la lei sufría á veces la muerte: la obediencia a la lei era sagrada, la sumisión instintiva. Parece que uno está viendo la austera constitución de Licurgo dictada para los fieros Espartanos, cuya obediencia ciega y la mas estricta disciplina formaron la base de sus costumbres públicas y la respetabilidad de la República. "Sinehi-Roca, el hijo mayor de *Manco-Capac*, dió al país la organización política i emprendió la conquista de los países vecinos, no como guerrero sino como el antiguo Baco, ó como los misioneros modernos, civilizando. . . . . La mansedumbre respira en todos los actos de los peruanos, hasta en sus guerras, emprendidas para civilizar á los vencidos y aumentar el número de los adoradores del sol." Colón, al conquistar este nuevo mundo, quiso hacerlo así, pero no pudo.

Pues sentados an aquellas piedras augustas íbamos recordando todo eso, y comparando á estos oscuros monarcas con los turbulentos conquistadores del Asia, de Europa y de América, á quienes tanto ha idolatrado la fementida lisonja. Alejandro y César, Pizarro y Napoleón, Mahoma y los gobernadores de la compañía inglesa en la India hubieran sido más dignos de nuestro respeto si, en vez de la devastación y de los regueros de sangre con que mancharon sus expediciones, hubiesen estado animados de los principios de justicia y humanidad del supuesto hijo del sol.

Algunos no creerán en él tanta filantropía; pero la historia está conteste: y así como me complacía en mirar cómo el agua de esa fuente regaba tranquilamente los terrenos adyacentes, así me deleitaba al considerar que esas ideas humanitarias y esas empresas de civilización i de paz, allí se concibieran quizá, y de allí se esparcieron por aquella dilatada monarquía, después tan impiamente destrozada. Sin embargo, consolador es creer que Dios la hizo aparecer entonces para sacar de la barbarie á tantos millares de salvages, y prepararles de este modo á otra civilización mas

# MAL POR BIEN

## ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Francisco. Estantes con libros, al fondo, y una mesa escritorio hácia la derecha. Cuadros colgados por las paredes, y varios bustos sobre grandes pedestales. Puertas a derecha e izquierda. La entrada de la calle figura ser la de la izquierda, en segundo término.

### ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, VALENTIN.

*(Llegan de la calle.)*

- VAL. Ya estamos, señor, aquí,  
En su casa; sin rodeos  
Me dirá Ud. sus deseos.  
¿Qué pretende Ud. de mí?
- FRAN. Valentin; Ramon no sabe  
Cuánto sufro desde ayer;  
Tú no puedes comprender  
Cuánto mi dolor es grave. . .  
¿Por qué Ramon me rechaza?
- VAL. No lo sé.
- FRAN. También lo ignoro. . .  
¿Acaso falté al decoro

Debido? ¿O soi de la raza  
De los que se dan el nombre  
De amigos i lo escarnecen  
Sin piedad?

VAL. Esos merecen  
Que nadie de ellos se asombre.  
(*Con intencion.*)

FRAN. ¿Yo soi así?

VAL. No lo sé.

FRAN. Mas ¿qué piensas? Dí.

VAL. ¿Yo? Nada! . . .

FRAN. ¿Te enfada algo en mí?

VAL. Me enfada

(*Con viveza.*)

Que Ud. sea tan . . .

(*Se contiene.*)

FRAN. ¿Tan qué? . . .

VAL. (¡Por vida! Casi le digo! . . .)

FRAN. Habla, Valentin.

VAL. Pues creo

Que Ud. de una culpa es reo  
Para don Ramon, su amigo.

FRAN. Dí cuál es ella i al punto

Iré a pedirle disculpa.

VAL. Un tanto grave es la culpa . . .

(*Queriendo franquearse.*)

Digo . . . por lo que barrunto . . .

(*Conteniéndose otra vez.*)

De no saberla me quejo  
Y en verdad que no la sé . . .

Pero . . . Ud . . . ¿No sabe Ud.

Cuál es ella?

(*Con marcada intencion.*)

FRAN. Algun manejo

Oculto de un hombre indigno,  
Alguna intriga, algun cuento . . .

VAL. Quién sabe . . .

FRAN. Cuánto lo siento!

Nací con perverso signo! . . .

(*Entre rabioso i desesperado.*)

No me puedo convencer

De que proceda todo esto  
 De lo de anoche! . . . Es pretesto  
 Que tomó para romper! . . .  
 Valentin, confío en tí;  
 Vas a hacer lo que te pida.  
 ¿Verdad? . . . Haslo por tu vida!  
 Valentin ¿dices que sí? . . .

VAL.

Bien. . . .

FRAN.

Dirás a Ramon que hoi  
 Lo aguarda su pobre amigo.

VAL.

Veré, señor, si consigo  
 Traerlo; a empeñarme voi.

FRAN.

Disculparme con él quiero!

VAL.

Pues, don Ramon vendrá aquí.

FRAN.

¿Seguro?

VAL.

Creo que sí.

FRAN.

Que diga mi falta espero!

*(Vase Valentin.)*

## ESCENA SEGUNDA.

FRANCISCO.

FRAN.

En vano! . . . En vano! . . . No atino  
*(Despues de reflexionar algun tiempo.)*

Por qué me rechaza brusco;  
 Si mas pienso mas me ofusco.  
 ¿Acaso un rencor mezquino? . . .  
 Pero nó! . . . Nó! . . . La doblez  
 En su alma noble no cabe! . . .  
 Ah! Dios mio! . . . ¡Y él no sabe  
 Cuánto sufro en su esquivez! . . .  
 ¿Será porque comprendió  
 Esta pasion infinita? . . .  
 Mas ¡nada sabe Rosita!  
 Que mi amor sofoco yo! . . .  
 ¡El no ve que, si tranquilo  
 La amiga mano le tiendo,

De dolor estoi muriendo  
 Y el llanto vierto en sijilo!  
 ¡El no ve que, en mi afliccion,  
 Lo que a gozar le convida  
 Es la esperanza perdida  
 De mi pobre corazon! . . .  
 ¡El no sabe que deliro  
 Por la mujer que le ama,  
 Y pues que oculto la llama,  
 Ella abrazándome, espiro! . . .  
 Que es necesario inmolar  
 De la amistad en las aras  
 Las ilusiones mas caras  
 Y en silencio sollozar! . . .  
 (*Llega Cárlos.*)

### ESCENA TERCERA.

FRANCISCO, CÁRLOS.

- CÁR. Siempre así. . . Melancolía  
 (*Con fingida solicitud.*)  
 Es tu eterna compañera.
- FRAN. ¿Qué hai? . . .
- CÁR. Chico; me desespera  
 Tu fastidiosa manía.  
 Salud.  
 (*Dándole la mano.*)
- FRAN. Salud.
- CÁR. ¿Hasta cuándo  
 Estarás así, Francisco?  
 Te vuelves ya tan arisco  
 Que al fin me sales cargando.
- FRAN. Yo? . . . qué? . . .
- CÁR. Mire Ud! "Yo?" . . . "qué?" . . .  
 (*Imitándole.*)  
 Que equivale a: "No me asusto,  
 Porque a tí no te doi gusto."

- FRAN. Acertaste.
- CÁR. Acertés.
- Ha tiempo te desconozco:  
Ya no eres tú el camarada  
Que en cada broma endiablada . . .  
¡Vive Cristo! . . . No está fosco  
Tu semblante; pero está  
Como el de una Magdalena;  
Y tu pena me envenena,  
Que mucha pena me da.
- FRAN. Qué quieres! . . . Jenio y figura . . .
- CÁR. O no soi Cárlos, tu amigo,  
¡Corpo di Baco! o consigo  
Quitarte pena tan dura.
- FRAN. Dejemos, Cárlos, la chanza.
- CÁR. ¿Cómo chanza? . . . ¡No hai tal . . .
- FRAN. Sí.
- No te molestes por mí;  
Que nadie en el mundo alcanza  
De aquí una idea a quitar  
(*Por la frente.*)  
Ni de acá una afeccion pura.  
(*Por el corazon.*)
- CÁR. Chico, Cárlos te asegura  
Que si le dejas obrar . . .
- FRAN. Gracias, Cárlos; es en vano  
Que alimentes tal porfía.
- CÁR. Pues, hombre, yo pretendía  
Volverte al placer mundano.  
(Siempre es bueno aparentar.)
- FRAN. Gracias por tanto interes.
- CÁR. (Me puede servir despues . . .  
Ya me ha servido . . . y . . . callar!)  
Pero . . .
- FRAN. ¿Qué?
- CÁR. Hai remedio.
- FRAN. Nó.
- CÁR. ¿Acaso tu mal es . . . ?
- FRAN. Fiero.
- CÁR. ¿No esperas sanar?
- FRAN. No espero . . .

CÁR. Qué!... ¿La esperanza?...  
 FRAN. Murió.

CÁR. ¿Tienes ilusion?...  
 FRAN. Ninguna.

CÁR. ¿Cómo vives?  
 FRAN. Sin apoyo....

(*Pausa breve.*)

Figúrate tú un arroyo  
 Que, naciendo en la laguna  
 Do pasa leda la brisa,  
 Sin flores en su ribera  
 En la que el desierto impera,  
 Por su lecho corre a prisa;  
 Arroyo en caudal escaso  
 Que al paso busca otro arroyo,  
 Y en vez de él halla el escollo  
 Que da obstáculo a su paso;  
 Arroyo que en vano intenta  
 Entre flores discurrir,  
 Pues llega sólo a morir  
 En una agonía lenta;  
 Que en su lecho pensó hallar  
 Asilo seguro, y siente  
 Que se pierde su corriente  
 Antes de llegar al mar!...

(*Se detiene repentinamente. Transicion.*)

Mas... hablo, amigo, y no veo  
 Que incomodado quizás,  
 Mi relato escucharás  
 Sin gusto!...

CÁR. (¡Cierto!) ¡Eso es feo,  
 Francisco!

(*Con tono fingido de amistosa reconvencion.*)

FRAN. Por esta vez

Me disculparás.

CÁR. Es claro!

Y si permites... declaro...

FRAN. Declara. ¿Puedo talvez  
 Servirte? Dime, no mas.

CÁR. Puedes servirme, querido,  
 Y si algun favor te pido

No dudo de que lo harás . . .  
 Es el mismo que me has hecho  
 En mui cercana ocasion . . .  
 FRAN. Pues de todo corazon  
 Lo haré hoi.  
 CÁR. Quedo satisfecho.  
 (*Llega Valentin.*)

## ESCENA CUARTA.

DICHOS, VALENTIN.

VAL. Presente.  
 CÁR. Quién?  
 FRAN. Adelante,  
 Valentin.  
 CÁR. (¿Quién es?  
 (*Bajo a Francisco.*)  
 FRAN. Un criado . . .  
 CÁR. Nunca lo hubiera pensado  
 Al ver su aspecto . . . flamante!)  
 VAL. (¿Qué concierto forman ahí . . .)  
 CÁR. Pues tienen que hablar contigo  
 (*Como ántes.*)  
 Hasta despues, caro amigo.  
 FRAN. Adios.  
 CÁR. Me tendrán aquí  
 Mui pronto. Mi presencia es  
 (*Alto.*)  
 En otro lugar urjente . . .  
 ¡Tantos asuntos pendientes . . .  
 (*Con petulancia.*)  
 Hasta luego.  
 FRAN. Hasta despues.  
 (*Se va Carlos mirando a Valentin de arriba  
 abajo con el lente.*)

## ESCENA QUINTA

FRANCISCO, VALENTIN.

- FRAN.    ¡De nuevas malas, acaso,  
Eres triste mensajero?
- VAL.       Muy al contrario, señor:  
Don Ramon presta su ascenso  
Para la última entrevista.
- FRAN.     Ultima!
- VAL.       Sí.
- FRAN.     ¡Qué misterio!  
Vernos los dos separados  
Y ayer tan amigos éramos!
- VAL.       Sabe Dios cuál es la causa  
De tan brusco rompimiento.
- FRAN.     Pero para qué me afano?  
Puesto que viene, estoi cierto  
De que, esplicándome el punto  
Que así el ánimo le ha puesto,  
Ramon quedará seguro  
De mi lealtad y mi afecto.  
Le daré satisfacciones,  
Con cabal conocimiento  
Del asunto que motiva  
El presente desacuerdo,  
Y quedará convencido! . . .  
¡Haré con él lo que no he hecho  
Hasta hoi con nadie, y será  
Humillarme! . . . cuando puedo  
La frente llevar erguida  
Delante del mundo entero;  
Que no hallo en mí causa alguna  
De criminal desconsuelo! . . .  
¡Oh! ¡Si ahora como nunca  
Del ánimo estoi enfermo;  
Si paso la noche en vela

Y el día en desasosiego;  
 Si las horas de descanso  
 Son para mí horas de duelo;  
 Si, en fin, en lenta agonía  
 De penas estoy muriendo. .  
 Valentin, es porque aquí  
 (*Llevándose la mano al pecho.*)

Viven siempre los recuerdos,  
 Y siempre la imájen bella  
 De aquel lazo tan estrecho  
 Que ayer no mas nos unía  
 Y que hoy en pedazos veo! . .

VAL. (*¿Será inocente!*) . .

(*Conmovido a pesar suyo.*)

FRAN. Amistad!

Tú me has brindado momentos  
 De plácido bienestar  
 Que como en sueños recuerdos! . .

(*Pausa larga.*)

VAL. En fin, D. Francisco, adios.  
 Que Uds. vuelvan de nuevo  
 A ser amigos: tal es  
 Hoy mi mas vivo deseo.

(*Vase.*)

## ESCENA SESTA.

FRANCISCO.

FRAN. ¡La postrimera entrevista!  
 Y despues . . nada . . callemos!  
 Son vanas quejas, que estoy  
 Entre dos males muriendo! . .

(*Queda algunos instantes pensativo.*)

¡Oh Rosa . . Cuanto te adoro! . .

(*Como fuera de sí.*)

¡Qué digo . . Dentro del pecho

(*Volviendo en sí como aterrizado.*)

Ahoguemos este volcan . .  
Consumámoslo en silencio! . .

*(Pausa.)*

¡Y así me pagas, Ramon,  
Este sacrificio inmenso! . .  
Mas no es sacrificio! . . nó . .  
Tengo obligacion de hacerlo! . .

*(Con mucha nobleza. Pausa.)*

El va a venir . . En mis brazos  
Lo estrecharé . . Gracias, cielo!

*(Llega la Rosario.)*

## ESCENA SÉPTIMA.

FRANCISCO, ROSARIO.

ROS. ¡Vaya, señor D. Francisco.

FRAN. Eres tú, buena Rosario?

ROS. Ya me tiene Ud. aquí.

¡Ai, señor! momento aciago

Aquél en que me rogó

Usted antenoche tanto,

En la puerta de la casa

De mi señora, que cuando

Yo supiese que casaban

Doña Rosita y el guapo

Don Ramon en el momento

Acá viniera a avisárselo!

Don Ramon me ha prohibido

Severamente contarle,

Y tambien la señorita;

Y si supieran lo que hago . .

Mas ¿por qué, señor, lo veo

Con el semblante tan pálido?

FRAN. (¡Todos me conocen!) Nada;

No tengo nada!

ROS. O me engaño

Mucho o algo tiene Ud.

Que lo está mortificando.

FRAN.

Te engañas.

ROS.

Tanto mejor:

Me diga Ud. sin cuidados.

FRAN.

Que me place!..

ROS.

Ponga alegre

Ese rostro apesarado.

FRAN.

Qué quieres.. Si soi así.

ROS.

Por eso si que no paso.

¿Acaso yo no me acuerdo  
De que era Ud. lo contrario

Cuando serví yo en su casa

Hace a la fecha seis años?

Solo tenia Ud. veinte

Y era un mozo vivaracho

Que a cada chica bonita

Que encontraba ante su paso

Mil chicoleos decia

Y requiebros que era espanto!..

FRAN.

Es verdad, mas cuánto cambian

Los tiempos, Rosario; cuánto!

ROS.

Cómo habria de pensar

Que habríamos de encontrarnos;

Yo para servirle..

FRAN.

Y yo

Para darte malos ratos..

ROS.

Eso no! mucho me gusta

Poder serle útil en algo.

No niego que este servicio

Sea peligroso un tanto;

Pero ¡qué diantre! le tengo

A Ud. mucha lei.

FRAN.

Rosario!

(Con agradecimiento.)

ROS.

Ahora, cuando venia

Con acelerado paso,

Topéme con Valentin;

Y aunque hizo mucho el malvado

Por conocerme, no pudo

Verle la cara a este trasto;

El manto fué mi refugio:

¡Gracias sean dadas al manto!  
 Si él hubiera estado cierto  
 De que era yo, a no dudarlo  
 O me habria detenido  
 O me habria acompañado.  
 Aquí estoi, pues, a sus órdenes  
 Para de todo informarlo.

FRAN. ¡Sabes. . la verdad? . .

ROS. Completa.

Fácil me fué averiguarlo.

FRAN. ¿De quién?

ROS. De doña Rosita.

FRAN. ¿De ella misma!

ROS. Si, me ha hablado.

FRAN. Te habrá engañado! . .

(*Con mucho desasosiego, procurando ofuscarse a sí mismo.*)

ROS. Imposible:

No cabe en ella el engaño

FRAN. En fin te dijo! . .

(*Con suma ansiedad.*)

ROS. Me dijo

Que iba a unirse con el lazo

Matrimonial a su amigo

De Ud.

FRAN. ¡Oh Dios!

(*Desconcertado a pesar suyo.*)

ROS. Cielo santo! . .

(*Asustada al ver la conmocion de Francisco.*)

¿Qué tiene Ud. don Francisco?

Dígame Ud. qué le ha dado! . .

FRAN. ¡Un vahido! . . nada! . . (¡Tengo

Hecho el corazon pedazos!)

ROS. ¡Un vahido! . .

FRAN. Ya me pasa . .

Dispénsame un breve rato

(¡Necesito zollozar!)

(*Yéndose por la izquierda, primer término.*)

## ESCENA OCTAVA.

ROSARIO, VALENTIN.

Ros. ¡Si por desgracia le he dado  
Con semejante noticia  
Un tremendo escopetazo?

*(Aparece Valentin y sin ser visto se coloca  
detras de un busto que hai cerca de la entrada  
hácia el fondo. La Rosario se sienta y queda  
pensativa.)*

VAL. (Nada escuché desde afuera,  
Y pienso que es necesario  
Arriesgarme en esta vez  
Por el bienestar del amo.  
Rosario del alma mia,  
Yo tengo mui buen olfato,  
Y a pesar del manto y todo,  
Supe a quién tapaba el manto;  
Y en verdad no me arrepiento  
De haber seguido tus pasos. . .  
*(Llega Francisco.)*  
Dispongamos los oídos:  
Ya está aquí el amigo falso.)

## ESCENA NOVENA.

DICHOS, FRANCISCO.

FRAN. Rosario. . . .

ROS. Señor. . . .

VAL. (De aquí  
Se escucha perfectamente.)

ROS. ¿Pasó el dolor? ¿Nada siente?

- FRAN. Sí; me siento mui bien, sí. . . .
- ROS. Usted ha llorado!
- FRAN. Yo! . . . .  
(*Esquivando el rostro.*)
- ROS. Seguro! Usted ha llorado!
- FRAN. Pero, mujer. . . .
- ROS. Le he causado  
Con la noticia. . . .
- FRAN. Nó, nó! . . . .  
Mas ya que me has descubierto  
Confesaré la verdad:  
La amistad, santa amistad!  
Me ha hecho llorar es cierto;  
Pero es de gusto. . . . ja, ja!  
(*Con risa nerviosa.*)  
¡Es de gusto! . . . ¡Cuán contento  
Estoi con el casamiento!
- VAL. (¡Hola, qué contento está!)
- FRAN. Al fin se casan los dos!  
Ja, ja!
- ROS. Su risa me daña;  
Sí, señor; la encuentro estraña.
- FRAN. Felices los haga Dios!  
Mui felices! . . . He de ver  
Qué cara pondrá mi amigo!  
(¡Llévame, Señor, contigo,  
(*Desesperadamente.*)  
Que esto es mucho padecer!)  
Formarán linda pareja  
Ramon y doña Rosita. . . .  
Ja, ja!
- ROS. No sé qué me ajita  
Temor estraño me aqueja  
Por usted.
- FRAN. No tengo nada!
- VAL. (¡Se burla del casamiento!  
Engaña al patron! Ya siento  
Una cólera endiablada! . . . .)  
(*Sale a la escena sin ser visto, tira su pañue-  
lo a un lado y tose, aparentando que llega en ese  
momento.*)

- FRAN. ¡Valentin!  
*(Sobresaltado, poniéndose delante de la Rosario.)*
- ROS. ¡Ai!  
*(Dando un grito. Se cubre con el manto.)*
- VAL. *(¡Se ha tapado!)*
- FRAN. ¿Qué quieres? . . . ¿qué buscas? . . . Dí.  
*(Viendo que Valentin hace como que busca algo.)*
- VAL. Un pañuelo que perdí. . . .  
 Ve usted? . . . Aquí está. . . . Lo he hallado.  
*(¡Oh, son cómplices: no hai duda!)*  
 Con permiso, me retiro.
- FRAN. Adios, Valentin. . . . Respiro!
- ROS. Del susto he quedado muda! . . . .

## ESCENA DÉCIMA.

FRANCISCO, ROSARIO.

- ROS. Que inoportuna llegada! . . . .
- FRAN. No te conoció.
- ROS. Tal creo.  
*(Pausa larga.)*
- FRAN. Con que se casa Ramon  
 Con la Rosita? Me alegro,  
 Me alegro mucho, muchísimo;  
 Que, cual la bendigo yo,  
 Bendiga esa union el cielo.  
 Para esos dos nobles seres  
 Va a empezar un mundo nuevo:  
 Que lo recorran felices,  
 Sin que nunca el desaliento  
 Llegue a verter en sus almas  
 Su desgarrador veneno;  
 Sin que las penas del mundo  
 Turben sus dorados sueños;  
 Que el derramar una lágrima

De un desdichado al recuerdo,  
Léjos de oprimir alivie  
Dos tan jenerosos pechos;  
Que ellos vivan muchos años. . . .  
(¡Que yo voi al cementerio! . . . .)  
(*Con íntimo dolor.*)

¿Y tú, Rosario, no piensas  
(*Transición.*)

Casarte?

ROS. Un poquito pienso,  
Don Francisco, y es seguro  
Que habrá usted pensado en ello  
Mas de una vez.

FRAN. ¡Cómo no!  
Lo pienso desde hace tiempo;  
Y creo que he de casarme. . . .  
(¡Con la tumba! . . . .) de aquí a luego

ROS. ¿Qué tal la novia?

FRAN. Así. . . . así!

ROS. Sin duda será de fuego.

FRAN. Te equivocas, que es de mármol.

ROS. ¿Sosegada?

FRAN. En un sosiego  
Contínuo está.

ROS. ¿Es blanca?

FRAN. Blanca.

ROS. ¿Y su aspecto?

FRAN. Asaz severo.

ROS. ¿Es alta o baja?

FRAN. Mui baja.

ROS. ¿Habladora?

FRAN. Está en silencio.

ROS. ¿Así es novia?

FRAN. Tal es. . . .

(¡La tumba a do irá mi cuerpo!)

ROS. ¿La quiere usted mucho?

FRAN. Mucho!

Y hoi mas que nunca la quiero,  
Y descansar en sus brazos

Es mi mas vivo deseo!

ROS. Feliz será usted.

- FRAN. Sin ella  
No puedo en el mundo serlo.
- ROS. Pues cásese usted, señor,  
Sin demora; es mi consejo.
- FRAN. ¡Oh! ¡Sí, sí! . . . ¡Yo te aseguro  
Que me casaré mui presto!  
(*Con una carcajada.*)

## ESCENA UNDÉCIMA.

DICHOS, CÁRLOS.

- CÁR. Francisco; qué risa tienes! . . .
- FRAN. Amigo Cárlos!
- CÁR. De fiesta  
Creo que estás.
- FRAN. Tú lo has dicho.
- CÁR. Por lo tanto, no era cierta  
Tu melancolía.
- FRAN. Pues,  
Pensaste que tal pudiera  
Sentir tu amigo Francisco?  
Te equivocaste de véras! . . .
- CÁR. (¡Hola! . . . Aquí la sirvientita! . . .)  
(*Con sorpresa y desagrado.*)
- ROS. (¡El que persigue sin tregua  
A doña Rosita!)
- CÁR. Chico,  
Ha cesado mi sorpresa  
Por tu repentino cambio,  
Desde que he visto polleras.  
Conque sí . . . ¿eh?
- FRAN. Sí que sí!
- CÁR. Qué maliciosa mollera! . . .
- FRAN. Donde hai mujeres no existen  
Melancolías ni penas.  
(Pero ¿qué hace aquí esta chica?)  
(*Con cierta inquietud.*)

- FRAN. Mucho celebro tu regla.  
 CÁR. (Ahora vengo a exijirte  
 (*Bajo Francisco.*)  
 Tu palabra.
- FRAN. Cuando quieras.  
 CÁR. Bien. Despide a la muchacha.  
 (Que harto temo que me venda.)  
 (*Con recelo.*)
- FRAN. Voi a despacharla, Cárlos.)  
 Tengo que ver unas cuentas  
 (*Alto a la Rosario.*)  
 En union con este amigo,  
 Rosario, y si tú nos dejas  
 Te lo agradeceré mucho.
- ROS. Me voi a ir de carrera;  
 Demasiado hemos hablado,  
 Ya debía estar de vuelta  
 En la casa, que es mui tarde.
- FRAN. (Gracias por las buenas nuevas!  
 (*Bajo a la Rosario.*)  
 Saber si Ramon casaba  
 Quería yo con vehemencia,  
 Para el dia de la boda  
 Prepararle una sorpresa. .
- ROS. Adios, señor.
- FRAN. Gracias por  
 Los servicios que me prestas.

### ESCENA DUODÉCIMA.

FRANCISCO, CÁRLOS.

- FRAN. Ya que estamos solos dí  
 Lo que quieres de tu amigo.  
 CÁR. Ello es nada. . una bicoca. .  
 Que me hagas otros versitos. .  
 (*La Rosario vuelve apresuradamente.*)

## ESCENA DÉCIMA-TERCIA

DICHOS, ROSARIO.

- ROS. Señor!
- FRAN. Rosario ¿qué hai?
- ROS. ¡Vienen!
- FRAN. ¿Quiénes? ¿quiénes?
- ROS. Jesuscristo!  
Don Ramon y Valentin!
- FRAN. ¡Oh desdicha!
- CÁR. Qué embolismo...?  
(*Sin comprender.*)
- ROS. ¡Y yo tengo que irme a casa!...  
Salir de aquí necesito!  
Me verán!  
(*Mui afijida se rebufa bien con el manto*)
- FRAN: Un medio!... ¡Un medio!  
(*Refleccionando.*)
- CÁR. Pues, señor...  
(*Sin entender.*)
- FRAN. Hombre, es preciso  
Que no vean a esta niña!...  
Y tiene que irse!...
- CÁR. Es conflicto.  
(*Llegan Ramon y Valentin.*)

## ESCENA DÉCIMA-CUARTA.

DICHOS, RAMON, VALENTIN.

- RAM. Caballeros...  
(*Haciendo una cortesía.*)
- CÁR. Caballero...  
(*Correspondiendo.*)

- FRAN. ¡Oh! don Ramon, me permito  
Presentar a usted. a un  
Amigo: don Cárlos Lindo.  
*(Mientras éste y Ramon se hacen cumplidos  
y conversan algo, Francisco habla bajo y rápi-  
damente a la Rosario.)*  
Cúbrete bien con el manto.  
Saldrás con Cárlos mi amigo. .  
*(Sigue hablándole bajo.)*
- VAL. (Voi a descubrirle el rostro,  
De la punta el manto tiro. .)
- FRAN. Oiga Ud. . . Sobre el asunto. .  
*(A Cárlos llamándole la atencion, siguen ha-  
blándole aparte. Pausa corta. De nuevo vuelve  
a hablarle alto, dándole la mano.)*  
Adios, pues, amigo mio.
- CÁR. Tome Ud., señora el brazo.  
*(A la Rosario, que se toma de él y emprende  
la salida con Cárlos completamente tapada.)*
- VOL. (¡Llegó el momento preciso!)
- CÁR. A las órdenes de Ud.,  
*(Despidiéndose de Ramon con una cortesía.  
Caballero.)*
- RAM. A su servicio! . .  
*(Lo mismo. En el instante en que se ponen en  
marcha, Valentin sujeta el manto de la Rosario,  
el que se le corre y la deja en descubierto. Ella  
da un grito y, soltándose de Cárlos, se cubre el  
rostro avergonzada y temblando. Cárlos se de-  
tiene sorprendido.)*
- ROS. ¡Ai!
- FRAN. ¡Qué torpeza!  
*(Confundido.)*
- CÁR. ¡Eh?
- RAM. ¡Rosario!  
*(Con cólera.)*
- ROS. Perdon! . . perdon! . . He venido. .  
*(Llorando.)*
- FRAN. ¡Yo te explicaré, Ramon. .
- RAM. Al venir aquí, Francisco. .  
*(Interrumpiéndole con rabia.)*

- FRAN. Pero escucha . .  
*(Con vehemencia. Ramon prosigue sin hacerle caso.)*
- RAM. No pensé  
*(Con r bia y sentimiento a la vez. La Rosario sigue llorando.)*  
 Sin  quedar convencido  
 De que tú eras inocente  
 Del todo y que eran ficticios  
 Los cargos que se te hacian.  
*(Francisco quiere contestar; pero, viendo que Ramon sigue, se desalienta.)*  
 Mas, he visto por mí mismo  
 Que todos ellos son ciertos.  
*(Con profunda amargura.)*  
 Y desde ahora te digo  
 Para siempre adios! . . No esperes  
*(Con despecho.)*  
 Encontrarme en tu camino,  
 Siempre que no sea forzoso  
 Vengar agravios indignos.  
 Adios!  
*(Vase con Valentin.)*
- FRAN.  Se or de bondad! . .  
*(Con desesperacion.)*  
  Por qué todo esto! . .  Dios mio!

CAE EL TELON

ANTONIO ESPI NEIRA.



## BASTIEN LEPAGE

---

Cuando un hombre de jenio o de gran talento, por lo ménos, desaparece de la escena despues de haber vivido el tiempo necesario para completar su obra, cuando su vida ha sido bastante prolongada para que no nos quede la menor duda de que su espíritu ha dado de sí cuanto estaba al alcance de sus facultades, que el conjunto de sus producciones le conservan a la posteridad todo entero, que cuanto tenia de mas nuevo o de mas grande que decirnos ha sido dicho; entónces el profundo sentimiento que su desaparición despierta en nosotros no va mezclado de amargura ni desaliento; ántes al contrario, existe un cierto consuelo en la idea de que sobrevive la mejor parte de él, que es poco mas que su cuerpo lo que nos ha abandonado, pero que su espíritu nos acompañará eternamente y recibirá eternamente el tributo de nuestra admiracion y respeto.

Podemos tambien soportar con resignacion la muerte de algunos de esos hombres privilegiados, aun cuando nos sean arrebatados en plena edad viril, siempre que ántes los hayamos visto sucumbir en la revuelta lucha de la vida a vicios o pasiones que los degradaban y que debian en un término mas o ménos breve anonadar o corromper sus brillantes dotes.

Pero lo que no podemos admitir jamas, lo que nos subleva contra el destino, lo que nos hace dudar de la Providencia es la muerte prematura del hombre de jenio en la mitad de la vida y en pleno y grandioso desarrollo. ¡Cómo resignarse jamas con la suerte de Andres Chenier, que marcha al patíbulo golpeándose la frente henchida de los mas bellos proyectos literarios, la víspera misma del día

que lo habria puesto en libertad por la caida del tirano? ¿Cómo admitir la suerte de Fortuny arrebatado a los treinta y cinco años casi por accidente, célebre ya en todo el mundo y en los momentos en que decia que iba a principiar a trabajar con gusto porque se veia al abrigo de la necesidad? ¿Cómo consolarse de la pérdida de Pagnest que, aunque muerto a los veintinueve años, ya habia producido obras maestras? ¿Cómo no maldecir la bala prusiana que cortó los dias de Regnault en medio de su espléndida florescencia? . . . .

Esto es lo que nos pasa al recibir la noticia de la muerte de Bastien Lepage que acaba de desaparecer a la misma edad de Fortuny, célebre ya tambien como él, pero igualmente arrebatado a la pintura y a su patria ántes de haber dicho su última palabra, dejando en pos de sí una obra trunca que nadie podrá concluir y que sus trabajos anteriores hacian presajiar tan interesante y bella.

Julio Bastien Lepage era uno de los cinco o seis jóvenes de la última pléyade de artistas franceses de talento bien reconocido. Entre éstos él era el representante del naturalismo, así como Cazin es el pintor de las suaves melancolías, Cormon el entusiasta de lo grandioso, Olivier Merson el espíritu mas místico y profundo, Henri Levy el mas brillante colorista y Dagnan Bouveret el mas espiritual y delicado de los pintores de jénero.

La superioridad de Bastien era acaso la mas reconocida de todas. A pesar de esto, no era uno de los jóvenes artistas mas queridos, porque su alma se hallaba animada de ese espíritu batallador tan comun y tan propio de los reformadores entusiastas. Este es un defecto de que no podria sin embargo acusárseles, porque él es la consecuencia natural de la cualidad que los distingue. Víctor Hugo y Byron, sin hablar del sublime Miguel Anjel, tampoco han sido mansos de corazon.

Recuerdo que una vez que fuí a ver Bastien Lepage en compañía de un pintor fiedlandes de gran talento, A. Edelfelt, y de un artista sueco mi vecino, el baron de Ceders-tröm, yo moví la conversacion sobre los maestros Breton y Millet que, como Bastien, se habian ocupado de la vida del campo, pero de un modo mui diverso, Breton como colorista y poeta amable, Millet como pensador conmovido y

elocuente. El joven artista manifestó sin reparo su mala voluntad para con aquél y su ninguna intencion de seguir las huellas del segundo: uno y otro le parecian falsos o deficientes, Breton por el sentimiento, Millet por la técnica. Sin tener asomo alguno de razon como crítico, la tenia enteramente como artista, porque Bastien Lepage nos pinta en prosa, pero en una prosa admirable; y si los versos de Calderon nos encantan, la prosa de Cervantes no es ménos apreciable ni ménos bella.

Bastien Lepage era todavía alumno de la escuela de Bellas Artes y contaba solo veinticuatro años cuando en la esposicion francesa de 1874 espuso al lado de "La Primavera," cuadro de jénero ya olvidado, un retrato de viejo al aire libre, sobre un fondo de árboles, que le valió una medalla de tercera clase y atrajo sobre él los aplausos de la crítica y las miradas de todos los artistas. Ese retrato, que era el del abuelo del autor, era tan natural como sentimiento y como *pose*, tan verdadero y fino de colorido, tan firme como relieve, que fué sin duda alguna una de las mas completas manifestaciones de la vida real que lucieron en ese salon, y que hacia adivinar a primera vista que su autor era un hombre de talento. El interes despertado por ese retrato fué tanto mayor cuanto que en ese momento estaban a la órden del dia los estudios de aire libre, y cada cual de los jóvenes ensayaba por su parte el medio de obtener la modelacion sin los recursos del claro-oscuro y el color bañado de aire, que constituyen al mismo tiempo la doble dificultad y el encanto de esta clase de trabajos. El retrato de Bastien era casi la solucion del problema.

Al año siguiente obtuvo el artista una medalla de segunda clase con otro retrato notable de un caballero de cierta edad, cuyo nombre no recuerdo. La sinceridad en la interpretacion del modelo era aquí mas acentuada, si es posible, que el año anterior, y el pintor habia ganado notablemente como maestria de ejecucion.

Estos triunfos indemnizaban a Bastien Lepage de su derrota en la escuela, donde perdió por ese mismo tiempo el concurso para el premio de Roma, viéndose popuesto a un joven que ni entónces ni despues ha manifestado la mitad del talento que su competidor. Pero Chartran habia ejecutado su tema, que era ese año *la aparicion del ángel a los*

*pastores*, conforme a la rutina mas aceptada en la escuela, al paso que Bastien habia tenido el atrevimiento de buscar algo nuevo y peculiar de su temperamento, lo que mui a menudo es mirado de reojo por los académicos, a los que nunca faltan buenas armas con que atacar al atrevido en las imperfecciones anexas a los primeros ensayos de todos los novadores.

Me parece que fué el 76 cuando espuso el jóven luchador su pequeña *Comulgante* y un gran retrato de señora, de pié, probablemente alguna actriz, a juzgar por su rico y caprichoso traje. Mas, a pesar de su mérito indisputable, esto no bastaba ni al artista ni al público, tanto mas cuanto que los mal intencionados o envidiosos principiaban a susurrar en los talleres que Bastien era incapaz de coordinar un buen cuadro, que todo su talento se reducía a reproducir con fidelidad una cabeza o una mano.

Por eso al año siguiente intentó el artista contestar a esos murmullos con su obra titulada *El heno o la siesta*, cuadro que tuvo la suerte de conmover locamente al público y de suscitar las mas acaloradas controversias. Esta sencilla composicion de dos figuras, una campesina sentada con las piernas estiradas al lado de su marido que duerme de espaldas en un campo de heno, debia herir con su sincera prosa los sentimientos románticos de una gran parte del público y despertar la susceptibilidad de aquellos pintores que, en nombre de un grande arte mal comprendido, se hallan fácilmente dispuestos a condenar la sencillez y la humilde naturalidad. Para ese público y para estos inmortales la mujer que Bastien Lepage habia pintado era, segun decian, poco mas que una vaca, y a té que la vulgaridad del tipo daba amplio lugar a esta crítica. Pero lo que era tambien innegable era que en aquella tela circulaba un aire de verdad superior que convencía a todos. Si el gusto del pintor era dudoso, si sus facultades de invencion podian ponerse en tela de juicio, habia por otra parte algo que se imponía a todos con una fuerza innegable: la admirable reproduccion del modelo. Y luego los plenaeristas (perdon por el neolojismo) veian allí a su maestro, porque en realidad Bastien Lepage era el maestro mas consumado para modelar una cabeza de aire libre.

En fin, la lucha fué reñida: el autor estuvo a punto de

obtener la medalla de honor y su talento quedó perfectamente reconocido. Los compositores, propiamente dichos, siguieron diciendo sin embargo que Bastien era incapaz de hacer un cuadro, que, por muy bien que ejecutara un trozo dado, no era después de todo más que un pintor de trozos. Con lo cual debían frotarse alegremente las manos, por ser una cosa tan agradable el reconocer alguna superioridad sobre un vecino cuyo brillo nos abruma.

Detalle digno de recordar. Por uno de esos singulares caprichos de la suerte, el cuadro enviado ese año de Roma por Chartran, el feliz competidor de Bastien, se hallaba colocado en la misma pared y al lado de la *siesta*, como para ser el testigo forzoso del triunfo del verdadero artista.

En la exposición universal de 1878 sostuvo éste su reciente reputación. Ganó allí una nueva medalla y poco tiempo después fué condecorado con la Cruz de la Lejion de Honor.

Su nombre se hizo entonces popular, su talento fué acaparado por la moda, su taller se vió frecuentado por los personajes más distinguidos de todas las condiciones sociales. El príncipe de Gales, Mr. Dufaure, jefe entonces del gabinete francés, Sarah Bernard, Albert Wolf, tan feo de figura como de alma, etc., posaron sucesivamente para el joven maestro. Entre sus numerosos retratos es preciso no olvidar el de su hermano y los de sus padres; estos últimos más criticados que aplaudidos, a pesar de sus incomparables cualidades de relieve y de naturalidad, pero completamente afeados por un mal gusto a toda prueba.

En medio de sus triunfos Bastien Lepage continuó fiel a sus queridos campesinos y produjo y envió sucesivamente a las exposiciones francesas sus cuadros campestres, *las cosecheras de papas, el mendigo, el leñador, el amor en la aldea*, que fué el último de todos. La única semi-infidelidad fué su cuadro histórico *la vision de Juana de Arco*, y digo semi-infidelidad porque Bastien tomó a la heroína francesa cuando todavía no era más que una aldeana, a tal punto, que uno de sus críticos decía que para juzgar bien ese cuadro era preciso considerar en él no a la guerrera lejendaria e inspirada, sino simplemente a la hija de ñor Arco.

Pero este cuadro exhibido en 1880, si mal no recuerdo, exige un párrafo aparte, no solo por la particularidad que dejó apuntada, sino tambien porque fué la obra del autor que dió lugar a las mas violentas discusiones.

Juana de Arco vestida como una campesina que era, está en el huerto de su padre cuya choza se divisa hácia el fondo entre los árboles. El autor nos la representa en el momento que oye las voces misteriosas y en que acaba de aparecérselle la brillante armadura que le indican su mision de libertadora de la Francia. La jóven parece temblar y sus ojos se estravian en el espacio, como huyendo la vision que la fascina y exalta pero que al propio tiempo la sobrecoje con el terror de lo sobrenatural. La figura es esvelta, la cabeza es inspirada, los brazos son admirables de elegancia en medio de su sencillez y natural rusticidad. El paisaje, tratado con suma prolijidad, carece de aire y de perspectiva; parece mas bien que un sitio campestre una tapiseria antigua esmeradamente labrada. Grande fué la sensacion producida por este cuadro: sus admiradores eramos fervientes hasta la locura, y sus detractores implacables hasta el entusiasmo. Uno de los críticos mas acreditados de la época, Mr. Charles Clement, escribia que aquella era una loca recién escapada de la Salpêtrière; que era preciso en fin castigar a ese jóven presuntuoso que la moda se habia encargado de agazajar torpe e inconsideradamente y de proclamarlo un maestro apenas salido de la escuela.

Sin embargo los cuadros que se disputaban la medalla de honor eran éste, el *Cain* vagando en el desierto con su familia, por Cormon, y el *Buen Samaritano* de Aimé Morot. Esta vez todavía triunfó la rutina, y dieron el premio a Morot cuya obra no era mas que un trozo de ejecucion escolar, tan desprovisto de invencion que el movimiento y enlace de los personajes es plajiado a la letra de una estampa sobre el mismo asunto de la obra conocidísima en Europa, el *Catecismo en imágenes*. Los trabajos subsiguientes de los tres competidores han dado razon a los que colocaban a Morot en último lugar y a Bastien Lepage en primero.

El jóven naturalista ha muerto sin haber tenido la dicha de obtener esa suprema recompensa de las luchas artísti-

cas que el gran Teodoro Rousseau solo pudo conseguir moribundo y que Millet y Corot no alcanzaron nunca. Lo que no impide que vivan actualmente en Paris vorias artistas mediocres que se enorgullecen por haber recibido una recompensa que nunca merecieron.

Concluiremos estos lijeros apuntes diciendo que los caracteres esenciales del talento de Bastien Lepage eran la sencillez y naturalidad en la concepcion, la sinceridad respecto al modelo, el relieve en sus cabezas y la verdad de observacion en sus estudios de aire libre.

Como procedencia, el parentezco mas cercano que puede señalarse a su obra son las pinturas del célebre Hans Holbein, el gran retratista aleman.

En cuanto a sus defectos capitales, uno de ellos es cierta falta de gracia, y otro una curiosa ineptitud para modelar un cuadro en total, él que modelaba mejor que nadie una cabeza.

De todos modos, con él pierde, no solo la Francia, sino tambien toda la Europa, a uno de sus artistas mejor dotados y mas couvencidos. Su nombre vivirá largo tiempo; y a sus contemperáneos nos quedará siempre el amargo pensamiento de que ha dejado su obra incompleta y de que, si la muerte no lo hubiera arrebatado tan prematuramente, Lepage habria podido ir mucho mas lejos y ser una de las mas altas glorias artísticas de nuestro siglo.

PEDRO LIRA

---

## ELEGIA A LA PALABRA.

---

Ya iba el himno a volar, mas, de repente,  
soplo de abatimiento, soplo helado  
vino a tronchar sus fulgurantes alas  
y apagó su cadencia entre mis labios.  
Tedio sombrío oscureció mi mente  
al ver cual se alejaba sollozando  
la idea que engendró en mi fantasía  
la ardiente irradiación del entusiasmo:  
y ¿a qué cantar, me dije, si en las almas  
como en siniestra cavidad de un antro  
tan solo zumban voces de blasfemia,  
de estéril duda, de rencor amargo?

Ya no arrulla los aires con sus notas  
el harpa soñadora de los bardos,  
pues si ahora canta le responde el eco  
con carcajada inmensa de sarcasmo;  
que si antes era ritmo y armonía  
y aura de inspiración el verbo humano  
hoy no es mas que el acero del combate,  
llama de incendios y huracán de estragos;  
es la pasión que desbordada ruge,  
es el rabioso encono, es cráter ancho  
del odio y de la ira, o de rastreras  
adulaciones sofocante vaho.

Y ¿cómo pudo ser que la *palabra*,

luz de un foco invisible que llamamos  
razon o sentimiento o fantasía,  
trueque hoy en sombras su fulgente rayo?  
¿Por ventura no encarna ya la idea  
su creadora chispa en aquel vaso  
misterioso y sutil de la *palabra*  
en que esculpía el arte sus encantos?  
En ella suspiraban los amores,  
sonreía el placer, volaba rauda  
y libre como el cóndor, el anhelo,  
de la verdad por el radiante espacio;  
cantaba con la dicha himnos de gloria,  
con el dolor gemía; y sublimándose  
hasta el trono de Diós omnipotente  
subía en la plegaria y en el salmo;  
era eco luminoso que llegaba  
del alma hasta el recóndito santuario,  
y era en la eterna poesía, a un tiempo,  
nota, línea, color, sillar y mármol;  
relampagueaba, a veces, triunfadora,  
de la elocuencia en los fluyentes labios  
cuando abría inspirado a las naciones  
del porvenir el prodigioso arcano:  
todo, solo por ella, hasta hoy no duerme  
del olvido en el fúnebre sudario  
y aun rasgan el olvido antiguas glorias  
como el nocturno tul rasgan los astros:  
por ella hasta hoy resuena en nuestro oído  
la voz de Diós que flota sobre el caos,  
su *palabra*, su verbo que en luz pura  
se derramó por el inmenso espacio;  
ella, como un aliento de los siglos,  
la vida nos infunde del pasado  
canta con el Salmista y con Homero,  
ruega con Dante o sueña con el Tasso;

solo en élla el espíritu palpita  
de los héroes, los genios y los santos  
que al mundo deslumbraron; y con élla  
va Jesús por la tierra perdonando.

Benditos sean para siempre aquellos  
siglos de idealidad, lucientes faros  
de amor, de sentimiento y de belleza,  
que aun fulguran del tiempo en el océano.

A vosotros se vuelve reverente  
el pensamiento del poeta, cuando  
beber anhela inspiración fecunda  
del ideal en el bullente lago.

Hoy, la vida que a oscuras precipita  
su impetuosa corriente, brota, acaso,  
como al choque de nubes de tormenta,  
alguno que otro fugitivo lampo;  
mas ¡ay! que en breve desaparece! El Arte,  
de indomadas pasiones vil esclavo,  
al contacto del lodo brilla a veces  
con la cárdena luz del fuego fátuo:  
de morales despojos se alimenta,  
vaga sin rumbo, de grandeza falto,  
buscando en vano entre las densas sombras  
de un ideal inspirador, los rastros.

Porque ya al luminar de las creencias  
va un incierto crepúsculo velando,  
el crepúsculo yerto de la duda,  
de la humana razón perpetuo ocaso.  
Aquella alba que eterna renacía  
después de cada negro desengaño,  
luz invisible como luz del cielo,  
que alumbra el corazón del desgraciado;  
esa perenne aurora que se eleva  
siempre sobre el dolor, ya un velo opaco  
de hastío y de amargura y desaliento

ofuscándola va como un sudario.  
Ya aquellos impalpables devaneos,  
sueños del corazón enamorado  
que de la poesía han sido siempre  
animadora esencia y numen sacro,  
disipándose van, de ellos hoy mofa  
el análisis ruin con torpe escarnio,  
pues no ha podido nunca su escalpelo  
aquí, en la masa cerebral, hallarlos.  
Si hasta la misma Religión, el viento  
de infecunda impiedad le va segando  
las flores con que orlaba nuestra frente  
desde la cuna al lecho cinerario:  
que ya no tiene por dosel el cielo,  
ya sus fulgentes glorias se apagaron,  
mentiras son sus dulces esperanzas,  
Diós mismo, un mito, como el eco vano:  
y esta nuestra alma que inmortal creimos,  
ya todo hombre, al morir, todo hombre honrado  
tiene el orgullo de saber que vuelve  
a la gloriosa inmensidad del fango.  
Al rojizo fulgor de sus cien teas  
todo lo va el progreso iluminando,  
y lo que ayer verdad, hoy es un sueño;  
infame ahora, lo que noble antaño.

Artistas, escoged un rudo bloque,  
esculpid un coloso inmenso, vasto,  
decid que ese es un himno a la materia  
y oireis a vuestros piés trueno de aplausos.  
No ceñiréis, poetas, vuestras sienes  
con el lauro del triunfo, el regio lauro,  
pues ya no sois como antes para el pueblo,  
el vidente, el profeta, el inspirado:  
que un opresor materialismo ha puesto  
sobre todo lo ideal, negro epitafio

y la excelsa armonía de lo bello  
se desvanece en su fragor infando.

Mas ya que la esperanza está en la lucha,  
y aquel que la rehuye es un menguado,  
colgad del sance del olvido el harpa,  
el harpa que arrullaba vuestros cantos;  
dejad que el cierzo llore entre sus cuerdas,  
y empuñe el ígneo acero vuestra mano;  
sin tregua combatid, hasta que el mundo  
despierte al fin de su fatal letargo:  
quizá entonces fecunda la palabra,  
como el verbo de Dios por entre el cáos,  
haga surgir de las revueltas sombras  
glorioso y libre el pensamiento humano.

Santiago, 1884.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

## LA BIBLIOTECA CHILENA.

---

Obra de patriotismo hacen y son sin duda acreedores al público reconocimiento, los que de algun modo se interesan por la literatura chilena, y propenden á su adelantamiento, ora marcándole rumbos no conocidos, ora guiándola por los ya explorados, ora, por fin, alentando á los autores con la publicación de sus obras y con el esparcimiento de éstas por otros países para que conocidas sean y apreciadas en lo que valen.

Bien sabido es que la publicación de obras nacionales no da para sustos en esta tierra de Cristo, y que los únicos que alcanzan á costear sus ediciones son los que las hacen con los dineros Universitarios ó los que pertenecen á aquel reducido número de los escogidos, cuyo solo nombre es una garantía y cuyas obras—digámoslo en honor de la verdad—merecen por su naturaleza misma transmontar los Andes y atravesar los mares y ser conocidos y alabados en el Nuevo y Viejo Continentes. Y para aquello hay una razón que nos parece muy verdadera, y es que—dado caso que el gusto literario existiera verdaderamente entre nosotros—no sería suficiente él solo para sacar á nuestra literatura del atraso general en que se encuentra.

Fuerza es confesar, mal que nos pese, que no poco contribuyen á impedir el desarrollo de nuestra todavía naciente literatura la falta de crítica y la abundancia de malas obras—por desgracia harto mas abundantes que las buenas, y cuyo aumento como el de las malezas en el campo donde la piqueta del labrador no las detiene, es progresivo.

Tarea facil sería probar que aquella falta de crítica y esa abundancia de malas obras son causa inmediata y

muy principal de la estancación general de nuestra literatura, como quier que á la vista está hasta de los miopes mas extremados y hasta de aquellos que quisieran forjarse la ilusión de que Chile es un país prodigioso, y las cosas que en Chile se hacen son todas maravillosas; sinó que la demostración, por lo mismo que es de un hecho palpable, importaría un lujo de razones, inútil y fastidioso.

Han pretendido algunos encontrar la causa de la pobreza de nuestra literatura en la falta del estímulo de parte del público para con los autores, lo que realmente no nos parece aceptable, Si á cada obra que se publica, dicen, le forman el vacío á su alrededor; si nadie la compra, ni nadie la lee, ni interesa tampoco á nadie que sea buena ó mala por sus ideas, hermosa ó fea por su lenguaje y por su parte artística; y si ninguna distinción se hace entre el autor que es digno de alabanza, y el que lo es de vituperio: claro está que el autor se sentirá desfallecer, su entusiasmo —como las flores privadas de rocío—se agotará, y antes que seguir trabajando intelectualmente y que quemarse las pestañas en el estudio, quebrará su pluma y tomará la azada ó el martillo para tener con qué comer. De este modo el decaimiento moral y la falta de entusiasmo —como las sombras de la noche—se van extendiendo lenta pere seguramente por toda la masa social.

Hemos dicho que no nos parece aceptable esta razón, porque no es verdadera: no podremos negar nosotros que todos esos ensayos, folletos y demás libracos que todos los días publican escritores de tres al cuarto, no son bien aceptados; ¡ni cómo habian de serlo tampoco si son pobres borrageaduras de papel, sin ideas y sin estilo las mas veces! tales libros no tienen por autores á los que se encorvan en el estudio ni á los que riñden temprano la carga de la vida al peso del trabajo intelectual: tiénenlos generalmente en los que sin muchas aptitudes se valen de la literatura como pudieran valerse de cualquier otro medio para medrar; pero las obras que publican los pocos buenos literatos que tenemos sí que son bien acogidas, y aun sus ediciones agotadas, con lo que queda probado que hay alguna protección.

Demás de ser inexacta la objeción nos parece que se refunde en las causales que anteriormente hemos enume-

rado: no hay mas protección, en general, porque la mayor parte de las publicaciones son de obras malas que nadie está dispuesto a proteger, y para que éstas acaben falta todavía el látigo de la crítica que sin piedad las confunda y avergüence, á la vez que falta la crítica imparcialmente juiciosa que levante y dé á conocer á voz en cuello las obras buenas.

El día en que cese el predominio que todos los libracos hasta sin sentido común tienen sobre las obras realmente dignas de protección, entonces sí que ésta se manifestará debidamente. En ese sentido deben dirigirse los esfuerzos de todos los hombres sinceramente amantes de las letras.

Puede ser muy bien que nos equivoquemos, pero en lo ya expuesto está á nuestro juicio la causa del mal que lamentamos, causa y efecto que hemos traído á cuento con motivo de la Biblioteca Chilena, no tan por los cabellos como á primera vista parece, segun el lector se convencerá mui pronto.

La idea de una Biblioteca Chilena había sido ántes de ahora por muchos acariciada, puesto que todavía por nadie convertida en realidad: no sabemos si para ello faltarían los medios, el entusiasmo ó el aliciente; solo sentamos el hecho para regocijarnos de que hoy en día y por primera vez, esa idea haya dejado de ser un sueño porque ya principia á ser una verdad.

Examinar friamente los resultados que dicha Biblioteca Chilena puede producir y los medios de que para su existencia necesita, no será obra difícil porque aquellos resultados están en las aspiraciones de todos, y esos medios son de facilísima observación en los hechos que la experiencia —aunque en cabeza ajena—nos suministran todos los días; obra será tambien agradable para nosotros si con ella conseguimos contribuir, siquiera con un grano de arena, al buen suceso de aquella empresa.

No es el menor de todos los bienes que la Biblioteca puede producir, sí que uno de los mas grandes el de darnos á conocer tanto en Chile como en el extranjero, presentando á todo el que lo desee una serie ó colección de tomos de obras nacionales *escogidas*, que andando el tiempo, y mediante la buena aceptación que le deseamos, pue-

da llegar á convertirse en una biblioteca casi completa de todo lo bueno que nuestra literatura ha producido. Si tal se consiguiera y la Biblioteca llegase á inspirar plena confianza mediante la publicación de obras dignas de figurar unas al lado de las otras solamente, el estímulo aumentaría sobremanera, tanto porque todos mirarían á la Biblioteca como el punto seguro en que pudieran fijarse para la adquisición de buenas obras nacionales, cuanto porque los autores se sentirían estimulados por el doble aliciente de que sus nombres entre los mas dignos figurasen, y de que sus obras fuesen justamente apreciadas.

Cuando tal sucediese, la crítica literaria tendría que aparecer para ocupar el elevado puesto que entre las ramas en que la literatura se divide le corresponde, y podrían entonces clasificarse con claridad y precisión las obras que merecieren vivir y aquellas que no lo merecieren; y la misma Biblioteca Chilena, al propio tiempo que fuese dando á conocer lo más granado de nuestra literatura, ó si decimos su flor y nata, armonizando todos los pareceres y los gustos, dando ahora una novela, mañana una historia, una poesía en seguida y tal cual cuadro de costumbres, serviría de crítica para expurgar el campo de las letras, y de en medio de la confusión de buenas y malas obras levantaría aquellas y á su autor para bien de las letras y para que obras y autores fuesen justipreciados.

Tales son las esperanzas que abrigamos sobre los beneficios que á la literatura nacional puede producir la publicación de la Biblioteca Chilena, esperanzas que de buen grado arrojáramos bien lejos para poder así, friamente, solazarnos más con la realización, para nosotros inesperada, de cada uno de esos beneficios, y poder ver desde á distancia si la obra corresponde á nuestras legítimas esperanzas; de todos modos, nosotros que no asistimos á esos torneos de trabajos literarios que inteligentes y experimentados editores realizan en la actualidad, sino como simples espectadores y lejanos aplaudidores, pondremos todo nuestro contingente de entusiasmo y de buena voluntad para que obras como la que ahora nos ocupa no perezcan al nacer por falta de aceptación y de buen recibimiento.

Nada sabemos sobre los propósitos que se tenga en la publicación de la Biblioteca Chilena, y solo abrigamos la

confianza de que sus editores, señores don Luis Montt y don Abelardo Nuñez, caballeros instruidos y que conocen bien los inconvenientes y las dificultades con que se tropieza para la realización de empresas de esta naturaleza habrán puesto de su parte todos los esfuerzos necesarios á fin de salvar aquellas dificultades y aquellos inconvenientes y de hacer salir avante una obra en que están empeñados su amor propio por una parte, y por otra los beneficios que, segun hemos manifestado, puede producir en nuestra literatura.

Pero, por mas empeño que los señores editores de la Biblioteca Chilena pongan para su realización, aquella no tendrá sin duda buen éxito sin la cooperación de dos elementos valiosísimos, que importan un deber: de parte de la sociedad en general, acoger como se debe una empresa que en provecho suyo comienza á realizarse y en provecho del buen hombre literario de Chile, y de parte de los que mas directamente se interesan por la literatura, rodear la cuna del feliz recién nacido de todas las facilidades necesarias para que haga su vida y llene cumplidamente su misión. Toca, pues, en consecuencia de esto último, á todos los que desde las páginas de la prensa diaria ó de las revistas literarias anuncian y analizan nuestro movimiento literario, analizar cuidadosa é imparcialmente la obra en que nos ocupamos, y aplaudiendo los buenos pasos y censurando los que en falso dé, hacerse fieles intérpretes de la sociedad y sus deseos para manifestarlos, y procurar que la obra, ya que á la sociedad pertenece por la protección que le presta, satisfaga sus legítimas aspiraciones y sus gustos. Sin este grato trabajo los que una pluma manejan no tendrán despues el derecho de censurar los deslices en que, por suposición, los señores editores pudieran incurrir: si nada ponen de su parte á la buena realización de la obra cuando están moralmente comprometidos, así como en los prósperos sucesos no tienen participación, tiénela y muy grande en los adversos, y entonces penados estarán con la privación del derecho de censurar.

Los hombres inteligentes, los estudiosos y entendidos en asuntos literarios, especialmente de publicaciones, todos sin distinción de ideas ni sentimientos, deben allegar á esta, como á toda obra ó empresa que tenga por sugeto el

arte y la literatura—el voluntario apoyo de sus consejos y de su experiencia.

Con la ayuda de estos dos elementos no dudamos que la nueva publicación prestará los utilísimos servicios que puede y debe realizar.

Hemos dicho anteriormente que no conocemos los propósitos que abriguen los señores editores de la Biblioteca Chilena, y ahora lo repetimos para manifestar lo conveniente que sería que el público pudiera imponerse de los móviles á que se obedece y de los fines que se proponen realizar; es este talvez un legítimo derecho que el público tiene, y que costaría mui poco satisfacer á los señores editores; así sería mucho mas fácil calcular los bienes que la obra puede producir, y por tanto mas agradable y satisfactorio protegerla.

Lo único que sabemos y que podemos anticipar á nuestros lectores es que han salido y están en venta los tres primeros tomos, que contienen los artículos de Jotaheche (J. Joaquin Vallejo), las novelas de don José Victorino Lastarria recopiladas con el título de Antaño y Ogaño, y las Leyendas Nacionales de don Salvador Sanfuentes; y además que—segun don Miguel Luis Amunátegui, que á la Biblioteca Chilena dedicó un corto editorial—están preparados en Europa los originales de los tomos que se destinan á los señores Amunátegui, Arteaga Alemparte don Justo y don Domingo, Barros Arana, Barros Grez, Blest Gana, Irisarri, Santa Maria, Valderrama, Vicuña Mackenna, y á las señoras doña Rosario Orrego y doña Mercedes Marin de Solar; y por último que: “los tomos destinados á estos diversos escritores empezarán á imprimirse tan luego como la venta de los cuatro primeros (porque el señor Amunátegui contaba uno suyo entre los primeros que se estaban publicando) dé á conocer si el público chileno se halla dispuesto á proporcionar los medios de costear siquiera la edición.”

No siéndonos posible por ahora—ni entrando tampoco en nuestro plan—el examinar los tomos que de la Biblioteca Chilena se han publicado, nos contentamos con decir que la edición tiene formato cómodo y manual, y que, cuanto á los retratos que adornan la primera página de todos los tomos, creemos que dejan algo que desear.

Para terminar estas líneas en satisfacción de nuestros buenos deseos é inquebrantable entusiasmo pergeñadas, queremos dejar constancia del celo, actividad é inteligencia que han puesto los señores don Luis Montt y don Abelardo Nuñez para llevar a cabo una empresa digna de la cultura de Chile.

A ellos, pues, nuestros sinceros parabienes por la obra que han realizado.

Santiago, á 16 de Abril de 1885.

LUIS COVARRUBIAS.





## ESCURSION

A LAS ISLAS DE

### TITICACA Y COATI EN BOLIVIA (1)

---

(Conclusion).

Algunos no creerán en él tanta filantropía; pero la historia está conteste: y así como me complacía en mirar cómo el agua de esa fuente regaba tranquilamente los terrenos adyacentes, así me deleitaba al considerar que esas ideas humanitarias y esas empresas de civilización y de paz, allí se concibieran quizá, y de allí se esparcieron por aquella dilatada monarquía, despues tan impiamente destrozada. Sin embargo, consolador es creer que Dios la hizo aparecer entonces para sacar de la barbarie a tantos millares de salvajes, y prepararles de este modo a otra civilización mas alta. El soberano creador no lo hace todo de golpe; primero crea la luz, y despues el sol y los astros resplandecientes. La dinastía del Inca siempre fué una luz en el cáos que anunció los fulgores de la fe. Las repúblicas que de sus dominios se han formado, son las mas opulentas y católicas de esta parte del nuevo mundo.

(1) Por un error de conpaginacion este artículo salió sin firma y cortado en el numero anterior. Reproducimos el último párrafo para que no haya tropiezo en su lectura.—LOS EDITORES.

Mientras yo me detuve en bosquejar esa fuente de tan lisonjeros recuerdos, el señor Toro y demas compañeros se habían bajado por los terraplenes que, regados por el manantial, forman unas lindas huertas, que entonces por ser primavera, estaban sus plantas en lozana eflorescencia, principalmente la llamada jardín; y no sin razón, pues estaba hecha un bosque de flores de diferentes especies y matices de exquisita fragancia. Tanta era su belleza que mis compañeros se engalanaron con ellas los sombreros, a mas de los vistosos ramitos que les alcanzaron los indios para obsequiarles. Así es que tuve una agradable sorpresa cuando, al írmeles a reunir los ví tan jovialmente adornados; y al momento se me ocurrió la idea de que así, y aun mucho mejor, se vería obsequiado y adornado el Inca cuando, rodeado de sus curacas y cortesanas, viniese a solazarse por esos bosquecillos, que para él serían mas gratos y menos corruptores que para los reyes de Granada eran los céspedes de jazmin y de arrayan que rodeaban la Alhambra.

Luego que llegué a ellos me tomaron el sombrero, me lo enramilletaron, como unos Abencerrajes; y siguiéndoles el humor volvimos a montar nuestros caballitos, que nada de árabes tenían, para continuar nuestra expedicion, que mas parecía entonces la comitiva de los novios de Camacho que la de unos viajeros sérios al templo de Tebo. Pero era preciso andar así para no disgustar a los indios, que hubiesen tomado a desaire otra conducta.

### § 3.

#### LLEGADA A CHALLA, TEMPLO DEL SOL, PALACIO DE LAS DONCELLAS.

Seguimos, pues, así nuestra marcha, y de paso encontramos una capilla de San Antonio, perteneciente a la hacienda de Yumani o Patallacta. No quisimos pasar sin saludar a tan gran santo, pidiéndole ya desde entonces buen tiempo para la salida de aquella Délos. Apénas caminamos

una legua, ya salieron a recibirnos los indios de la finca de Challa, la principal de la isla, que quisieron solemnizar nuestra llegada como la de sus propios señores, o la de unos interesantes personajes, pues pusieron en el camino de trecho en trecho varios arcos formados con piezas de bayeta y de quimon de diferentes colores, con ramas, flores, banderitas de pañuelos, espejos, cucharas de plata, galones de oro y con otros chichibaches de su mayor lujo y estimacion, cuyo conjunto no deja de ser vistoso y elegante, mucho mas con los relumbrones que despiden los espejos cuando los hiere el sol. Pues por debajo de esos arcos, poco parecidos al de la Estrella ni al de Tito, nos hicieron pasar aquellos buenos isleños rodeándonos, en vez de la guardia imperial y de pretorianos, de bailes con sus tambores y sus quenas, flautas de caña, adornados sus sombreros de plumas de avestruz, de loro, de pariguanas y otros pájaros indíjenas, y con su espejo al medio, por el estilo prosaico de los arcos. Costumbres inocentes, que creo anteriores a la conquista, y es probable que conservarán algunos siglos mas.

En medio de ese cortejo triunfal llegamos a la casa de la hacienda, donde se nos esperaba con un magnífico *pranso* o *diné*, como dicen los italianos y franceses, y cuya palabra correspondiente al *prandium* latino, no han hallado ni adoptado hasta ahora los académicos españoles. Lo cierto es que comimos, merendamos y cenamos perfectamente, pues el tal *pranso* pudo llamarse uno y otro por sus platos y su hora. Concluimos al anochecer y fuimos a la capilla, cuyos patrones son Santa Ana y San Jayme apóstol, o Santiago: ya se había reunido mucha gente al repique de las campanas sabiendo que nosotros estábamos allí. Para satisfacer la devocion de unos particulares, cantamos unas vísperas algo solemnes, acompañados de un regular violinista, que ciertamente no era Paganini, ni Perroguet siquiera; pero tampoco chirriaba tan infinitamente mal. Mas, donde él se lució y desplegó todo su ingenio, fué en los *dochos*, versitos, y principalmente en la letanía que, despues del santo rosario, cantó en lengua aymará, alternando con la concurrencia de un modo verdaderamente patético.

En várias partes de Europa, y especialmente en Italia,

la tierra clásica de la música y de los ruseñores, suelen cantarse letanías muy bellas alternando el pueblo, naturalmente cantor. Pero ésta, cantada acá por esos incultos isleños e isleñas, que nada tienen de filomenas, en una capilla campestre situada en medio de la laguna mas hermosa de la América meridional y quizás la mas elevada del globo, en un idioma tan tierno y espresivo, y en un tono tan sentimental y devoto, mezclado sus lágrimas y suspiros, confieso que me conmovió y exclamé en mi corazón:—¡Ah! si ahora *Manco-Capac* se presentase aquí, aquí donde él levantó el primer ídolo solar, y viese ahora a sus antiguos vasallos postrados alrededor de la Purísima Madre del eterno Sol de Justicia, oyéndoles desahogar sus corazones en tan dulces alabanzas, no dudo que se postraría ante su altar rendido como ellos, y la adoraría reverente como a la Madre sin mancha de aquel Creador soberano, que él sin conocerlo suponía superior al sol y a todo lo visible, llamándolo *Pachacamac*; que quizás en su mente quiso espresar lo mismo que Octaviano Augusto cuando al lado del Capitolio levantó una ara con esta inscripcion:—*Deo vero!*

Después que nos retiramos, siguieron los indios cantando y bailando hasta alta noche, metiendo bulla con sus flautas y sus cajas en diversas tonadas, por lo regular graves y pausadas, tristes y melancólicas, como su carácter. Al día siguiente, después de ver unos enfermos, decir misa y almorzar, montamos nuestros corcelitos nada andaluces, pero bastante valientes para la expedición de aquel día, que era el principal objeto de nuestra curiosidad.

Subimos primero por entre árboles y terrenos cultivados, una cuestita de una milla regular; llegamos a una colina dilatada, en cuya planicie construyó el sabio Inca ese edificio que, según los geógrafos, fué en Sud-América el primer templo dedicado al sol. Nos apeamos para reconocerlo con detención. Pero lejos de causarnos admiración, nos dió lástima; no solo por el lamentable estado de ruina en que se halla, sino por su pequeñez y raquítica construcción. Voi a describirlo con la pluma así como lo diseñé con el lápiz; pero dudo que de ningún modo quede satisfecha la idea favorable y quizás grandiosa que alguno podría haberse formado, principalmente los que hayan visto o hayan oído hablar del gran templo del Cuzco, tan poéticamente

descrito por Garcilaso. La pequeñez y ninguna magnificencia de éste hace creer que realmente ese fué el primer templo levantado a la deidad nacional, al dar el primer paso del salvajismo a la vida social, pues la infancia de las sociedades se marca, como la de los individuos, por sus obras toscas y pequeñas.

¿O quizás el Inca, mas pío que Eneas, tuviera mas empeño, mas grandiosidad de ideas y mas solidez en el arte cuando edificaba sus casas o palacios que cuando erijía templos a su divino Padre? No es creible. . . . .! Si bien que los sabios y opulentos reyes de Europa, lo mismo que los ricos y muy ilustrados presidentes del nuevo y del viejo mundo despliegan mas gusto y esplendor en las fábricas de sus palacios que en las casas de Dios.

Pero, baya! no critiquemos a esos prójimos tan grandes y describamos nuestro templo. El está de frente al oriente, con seis aberturas, que indudablemente eran sus seis puertas: su forma es un paralelógramo bastante regular, de cuarenta y dos varas de largo y mas de diez de ancho, con corta diferencia. Entre puerta y puerta hay otras aberturas menores, como ventanas, de poco mas de media vara de ancho, con el objeto, probablemente de que al salir el sol se entrase por mil partes a esa mansion consagrada a él; o para que sus adoradores pudiesen verlo desde adentro al brincar sus primeros rayos sobre el majestuoso Illampu. En el estado de eclipse y oscuridad en que han quedado estas gentes sobre las cosas de sus antepasados, si el culto o la adoracion a su dios deslumbrador se lo tributaban adentro como en algunos fanos de los latinos, o bien desde afuera como en ciertas pagodas chinas, no lo pudimos averiguar. Me incliné a creer lo primero, porque si bien en el interior no se vé ahora ara, ni altar, ni cosa parecida, pudiera ser que la hubiesen quitado o destruido, para quitar a esos infelices la ocasion de idolatrar, a que son tan propensos como los israelistas, como de los de Méjico lo observa el Iltmo. Moxó. En los extremos o paredes laterales del templo se ven unos nichos que serían para sus lares y penates, o cuando menos unas alacenas para acomodar las cosas necesarias al culto, que por ahí se infiere era interior. En esas paredes de los nichos se conserva todavía el revoque de barro bastante fino y bien enlucido;

pero en las demas paredes se ve la piedra tosca bien colocada con barro gredoso y muy descarnada, sin señal de que hubiesen sido revocadas.

En la parte de arriba, o falda del cerro, existe todavía una cerca de piedra, que custodiaba el bosque sagrado, del cual apénas se pueden conocer dos o tres *colles* del tiempo gentilico; los demas son visiblemente plantaciones modernas, que no tienen de mucho un siglo de existencia. Sirven sin embargo, para conservar la memoria de ese lugar memorable, que se merecería ya que no un respeto religioso, siquiera un respeto artístico, como el que Roma cristiana tiene con el templo de la Paz y de Vesta, y demas monumentos del paganismo. Pero da grima al ver, que a mas de la indolencia de las personas, los animales, las intemperies, y la maleza han tomado de su cuenta la destruccion de los pocos restos de este edificio, que no tardará mucho en ser un monton de escombros inconocibles. Inútilmente vendrán despues los examinadores de antigüedades; pues aquí no hai lápidas, inscripciones ni signos que revelen lo que fué: todas son piedras brutas, que si fueron colocadas con alguna intelijencia, se acabarán de embrutecer y no revelarán mas al dios que pertenecieron. Así como ahora ya es absolutamente imposible calcular la época en que tal templo se construyó; si es el primitivo erijido por el Inca, o por alguno de sus sucesores, o refaccionado posteriormente; aunque la fama lo dá por obra-suya.

Delante de este templo en ruina, sobre una colinita oriental se ven unas murallas destruidas con puertas anchas, algunas con dinteles de una pieza de piedras grandes regularmente escuadreadas. Por el suelo hai muchos de ese mismo tamaño y esmerada labor, principalmente una que tiene como cinco varas de largo, como dos de ancho y una de grosor. No se sabe si son ruinas del dicho edificio, o preparativos para otro nuevo. El demolido, que está frente por frente del templo, formando una plaza en medio, serviría seguramente como de colejo; eso es, sería la casa donde vivirían los Sacerdotes encargados del templo. Y claro está que fueron de mejor construccion que éste, aun cuando están ahora mas arruinadas. No pude sacar un bosquejo, porque la maleza y el pajonal las sofocan; y es de temer que dentro de poco el harado y la chonta del colono aca-

barán de desaparecer lo que medio respetaba el tiempo.

Con esta triste reflexion y poco satisfechos de la oscuridad histórica de tales ruinas, que no son ciertamente tan estupendas ni tan bien conservadas como las de Balbec; seguimos la marcha para el palacio, llamado en el país, de las Doncellas. Para llegar a él tuvimos que subir todo el lomo de la cordillera que forma la Isla, y trastornar enteramente al oeste. En el camino se pasa por una ladera de piedras grandes descascaradas o escamadas en sus primeras capas; y como algunos de estos descascaros tienen la figura algo parecida a la pisada de un gigante, dicen los indios que aquellas son las huellas o plantas del Inca; que aun cuando fuese o hubiese sido un inglés descomunal de raza germánica, no era ciertamente un Titan. Así son los pueblos idiotas, no saben darnos una razon de lo principal y positivo de sus héroes, y se aferran en creer ridiculeces absurdas, a falta de cosas verídicas. Nos reímos pues, de tan necia credulidad y seguimos la marcha.

Andando de allí como una larga milla llegamos a unos paredones desmoronados. Nos apeamos; eran los restos del palacio o casa de aquellas Doncellas, sacerdotizas del sol, que cuidaban del fuego y del aseo del templo; como las castas Vestales de Roma y de Atenas velaban las aras de Diana y de Minerva. ¡Cosa admirable! los Incas, igualmente que los Gimnosofistas de la India, los bramines de la China, los filósofos del Areópago, los lejisladores del Capitolio, los tultecas de Méjico, tan distantes e incomunicados en ideas y teogonías; todos sin embargo creían que la virjinidad era la virtud mas grata a los dioses, pues la exijian de las personas que se consagraban a su culto inmediato: y todos han instituido a su modo, Vestales inocentes, que los pueblos mas incontinentes acataban. Solo nuestros sensuales reformadores han blasfemado de tan pura institucion en el cristianismo; y si pudiesen, exterminarían de un solo golpe esos coros sagrados de castas Vírgenes, esposas de J. C. que componen la porcion mas selecta de la grey predestinada, y son las flores mas esquisitas del jardin de la Iglesia santa. Ellos se reirán de mi digresion, como a su tiempo se reirían satánicamente al ver que sus ideas sacrílegas dispersaban en Europa aquellas cándidas palomas y las sagradas piedras del Santuario,

donde se anidaban. Pues yo, sin ser tan entusiasta de las instituciones gentílicas, pero justo apreciador de lo bueno en cualquier parte que se halle, sentí no sé que pena al ver tan destruido aquel edificio, que aquellos tiempos de naturalismo, quizás era el único asilo de la virtud.

Para minorar mi pena me dí la vuelta por las ruinas, buscando un punto aparente que me las dejase ver con expansion y con una perspectiva ménos desolada que la que presentan por la parte superior que dá al camino; de donde solo se ven unos paredones muy mutilados, sin mas cosa notable que unos huecos o nichos grandes, del tamaño de un hombre; y cuyo objeto se ignora. Pudieran ser como garitas para centinelas de aquella casa sagrada, o para penitenciados; o quizás las mismas Doncellas se colocaban allí para hacer sus labores, o dirigir sus preces al sol cuando no bajaban al templo; pues los tales nichos están distantes unos de otros y de cara a oriente.

Pero todo eso no son mas que conjeturas, que ni siquiera estriban en la tradicion local; puesto que los mismos isleños, apesar de ser una cosa exterior, indicaros saben una inferencia. Si bien no es estraño; porque ni de léjos podía el vulgo acercarse a ese sitio venerado, que hasta el Inca veneraba sin atreverse a penetrar en su recinto.

Estando pues, la parte exterior tan desconocida, rodeé, como decía, el edificio y me busqué en la parte occidental el punto que lo presentaba mas despojado en su interior. Esta especie de monasterio era trilátero; pues por el lado de poniente estaba despejado, y en lugar de habitaciones había un alto murallon que lo resguardaba y formaba un terraplen igual al patio. Esta tenia treinta varas de ancho y muchas mas de largo, sobre un plano inclinado; cuya inclinacion seguian los dos frentes laterales; pues se vé que al construirlo no se cuidaron de igualar el terreno, sino que levantaron las paredes sobre su natural desigualdad, como hacen hasta ahora los indios: o quizás de intento lo escogieron así, para que el frente superior y principal quedase mas elevado y con mejor vista. ¿Quién podrá adivinar el motivo de esa inclinada construccion, que para el piso alto es un gran inconveniente! Solo el constructor nos lo podría decir. Pero lo que se comprende a primera vista es la analogía o semejanza de esta *huta-vestal* con los cenobios

de las Religiosas católicas, y sino está con la perfeccion y regularidad de los monasterios modernos, a lo ménos se parece a las Lauras primitivas de las Vírgenes cristianas en Egipto. Todavía en lado izquierdo se conserva un lienzo de pared con dos puertas y una ventana, que con las divisiones de piezas o cuartos separados, bien se pueden llamar celdas: como puede decirse que tambien lo eran las habitaciones del lado derecho, que si bien están mas derruidas, conservan todavía patentes sus dimensiones en los grandes cimientos, y principalmente las primeras al entrar, que tambien tenían altos; y es probable que los tuviese todo el palacio o convento, como lo indica la solidez y elevacion de sus paredes y el descanso del piso para bóveda o palos, en algunos trechos.

El frente principal y superior debió ser una gran pieza de labor o sala de reunion; pues esa especie de estribos o machones, que tan sólidamente se conservan, como pueden notarse en el dibujo; tenían otros iguales y paralelos al frente, de los cuales se ven los cimientos arruinados con indicios de algunas puertas. Estas estaban todas construidas, como las del primer palacio, de piedras mas naturalmente canteadas, con los dinteles de una sola pieza y otra mas grande y sobresalida encima, formando cornisa, que para el nacimiento del arte no deja de ser armonioso y sólido; si bien que la idea es mas natural y obvia que la de un arco, cuya construccion ignoraban, la tal ejecucion demandaba siempre ingenio y esfuerzo.

Tal es ahora el palacio o casa de aquellas Doncellas consagradas al servicio del sol; cuyo colejio no dudo que fuese el seminario o plantel primojenio de aquellas "mil quinientas Vírgenes, escojidas entre las familias de los Incas, como dice Cantú, que vivían como enclaustradas, sin ver a mas hombres que al Emperador; y aun teniendo éste euidado de no presentarse en el venerado recinto. Se ocupaban en trabajar las obras mas finas, preparar los objetos necesarios al culto y mantener el fuego sagrado. Si les acontecía manchar su pureza, eran enterradas vivas, y tanto su familia como la de su cómplice exterminadas. Otros conventos, sigue el citado historiador, estahan diseminados por el reino, y se recibían en ellos a Dancellas de todas clases, con tal que fuesen hermosas." ¡Qué delicadeza, qué severidad!

¡Lástima que tanta virtud fuese consagrada a un dios falso aunque brillante, que no la podía recompensar!

Antes de retirarnos de este palacio vimos en una de sus piezas laterales un agujeron o abertura subterránea, cubierta de escombros como todo lo demas; donde se cree vulgarmente que se escondieron muchos tesoros del Inca y del templo: aunque hasta hoy ni los propietarios ni los codiciosos, que todo lo revuelven, se han animado a hacer una excavacion formal para encontrarlos, por la incertitud del escondite y por la dificultad que por sí presenta. Es cierto que en vários lugares de la Isla se encuentran vasijas, platos y otros utensilios de barro o greda muy fina, pintados con colores muy firmes y dibujos muy ingeniosos, por el estilo ejipto. Tambien he visto unos idolitos de plata regularmente cincelados, sacados de sus *chullpas*, que son unos sepulcros gentilares de barro muy sólido, donde se enterraban los antiguos con sus tesoros y penates, y cuyas momias sentadas en cuclillas suelen hacerse en un estado de disecacion bien conservada. En el museo de La Paz hai várias de esas.

#### § 4.

PIEDRA DE ESTAÑO, CADENA DE ORO, SUBIDA A LA CUMBRE,  
REGRESO A COPACABANA.

Visto y diseñado el palacio, del mejor modo que pude, nos dimos la vuelta hasta el último confiu de la Isla para ver todas las sinuosidades de su circunferencia. Nos regresamos rodeando y volvimos a salir al mismo palacio, y como a media milla de él se nos mostró la gran peña llamada Titicaca (en quechua *pedra de estaño*,) que ha dado el nombre a la Isla y al lago; aun cuando el señor Sanchez de Bustamante en su pomposa obra titulada—Curso completo de Jeografía universal, copiada o redactada de los Autores mas clásicos, ni siquiera se digna mentar entre las várias islas que cita a ésta, que es la mas famosa; y apénas al volver tratar del lago de Circuyto (así se llamó ántes y

aun algunos lo llaman todavía, pero generalmente se llama ahora de Titicaca) dice que en una de sus mayores islas tuvieron los Incas un templo *magnífica* dedicado al Sol, que fué el primero. Aconsejamos a tan ilustre Jeógrafo que, si reimprimiera su obra, suprima el adjetivo *magnífico*, porque es absolutamente inexacto, cuando se quiera comparar con los edificios indíjenas coetáneos: pues, como hemos observado ya, los llamados palacios de la misma Isla tienen mas solidez, mejores materiales, mas elegancia. Y ponga por amor de Dios, siquiera como nota correctiva, que la Isla principal es Titicaca, de la cual toma el nombre el lago, y que tiene los edificios o monumentos, que imperitamente acabo de descubrir.

Delante de esta piedra o peña Titicaca hai una planicie, que aseguran ser la plaza, donde el Emperador bailaba, o solía bailar con sus Olemas, con los caciques o magnates de su imperio, rodeados por una pesada o hermosa cadena de oro sostenida por doscientos hombres robustos, que tenia 233 varas de largo, construida por *Huayna Capac* en el nacimiento de su hijo *Huascar*. Y aquí advertiremos al mismo señor Bustamante, que cuando ménos suprima un cero en la cifra 6,000, que él o su impresor han puesto inadvertidamente al contar los bailadores dentro de dicha cadena. Digo inadvertidamente, porque con advertencia nadie stampa un error, que en realidad lo sería; porque no es regular que esos danzantes réjios estuviesen allí dentro oprimidos, como galeotes de la santa Hermandad, sino desahogados como personajes ilustres, que cabalmente se concentraban en la cadena de oro para poder bailar con soltura y desembarazo, y para que los curiosos espectador no los estorbasen. Pues dando cuando ménos una vara y media cuadrada a cada bailador, es lo ménos que se puede dar, salen 3,000 varas cuadradas, que no las da un círculo cuya circunferencia solo es de 230 varas. Y en eso podría haber dos equivocaciones; una sobre la capacidad física, como acabo de indicar, y otra sobre la verdad histórica: pues dicen que los Incas bailaban en ese círculo de oro con sus próceres y sus mujeres solamente; y casi imposible sería que aquella aristocracia selecta subiese a un número tan alto en el imperio peruano, cuando no sé si el mismo Autócrata de las Rusias podría reunir para un bai-

le de corte una concurrencia tan numerosa de príncipes y nobles puros.

Pero, sea lo que fuese: que bailasen en ese pequeño ámbito 6,000, como pescados en red, o desahogados y bulliciosos como los parisienses en los campos eliseos, cual acostumbran en sus danzas nacionales de *tutti li mundi*; lo doloroso es que la tal cadena de oro no parece, y toda la codicia de los buscadores no ha podido dar con ella. Unos dicen que los indios custodios, al saber la tragedia de Cajamarca la echaron al fondo de este lago Titicaca; y otros que al saberse la llegada de Pizarro en Tumbes, la echaron en la pequeña laguna de Pomacanchi, departamento del Cuzco, distrito de Apurimac. Y si es cierto que la arrojaron en este lago, no la encontrarán los buzos mas diestros, por la gran estension y profuudidad de sus aguas; pues en su centro tiene sin duda mucho mas de las sesenta varas de fondo, que le señalan los jeógrafos que no la han medido; cuando en el estrecho de Tiquina tiene mas de sesenta brazadas. Visto está que los más de estos señores escriben de memoria, copiándose servilmente nros a otros, sin tomarze la pena de examinar lo que escriben sobre datos mas exactos.

Como a mas de curiosear las antigüedades descritas, queria tambien delinear la verdadera configuracion de Titicaca, desde la plazuela del gran baile seguimos una senda que nos condujo a la cumbre mas elevada de la Isla, y desde allí pudimos ver perfectamente todas sus sinuosidades y golfitos con sus siete islitas adyacentes, que como los satélites de Saturno, rodean a esta Délos americana, formándole a su alrededor como una pléyade terrestre.

Este punto culminante donde subimos para delinearlas, tiene tambien restos de una casa pequeña, que sin duda era una gran garita de piedra, o una cómoda atalaya, desde donde se descubre el mas vasto horizonte, y desde donde los vijías podían observar muy claramente las novedades que ocurriesen en la Isla y en el lago, mejor que el centinela ingles del peñon de Gibraltar las del Mediterráneo. De esta pasamos a otra cumbre elevada, que casi está en la mitad de la Isla; de donde pudimos calcular que toda su estension será tres leguas castellanas de largo y dos muy escasas de ancho. Sus terrenos forman ahora dos fin-

cas pingües, Challa y Yumani o Patayacta, que con mas brazos podrían ser unos condados. Sus productos principales son las papas, ocas, maiz, cebada, un poco de trigo, habas, quinua, legumbres y algunas racachas; a mas de los colles, u olivos silvestres, abunda un arbustito de flor amarilla, que los naturales llaman *mutu*, y otro parecido llamado *chillca*; y tambien en las alturas ví algunas *Queñuas* que no han podido medrar, cuya leña sirve para hacer carbon. Lo mas apreciable de esta Isla, para los gastrónomos, son los ricos quesos y leche de su ganado tanto vacuno como lanar, que se cria allí en número regular, paciendo sin miedo de zorros ni de lobos, los sabrosos pastos de sus abundantes pajonales. Tambien hai algunos burritos, mulas y caballitos para el servicio de los mismos indios, y para los viajeros que entran a visitarlos; porque seria muy difícil y espuesto que estos entrasen allí a los animales grandes o mas corpulentos del continente.

Diseñada la Isla nada mas nos quedaba que ver: el sol se iba bajando ya por aquellas serranías lejanas donde fué a verlo acostar *Mama-Ocillo*; los nortes de la cordillera nos empezaban a enfriar las orejas y la nariz, la hambre ya nos estaba rascando el estómago, y montando otra vez nuestros rocinantes nos bajamos de aquella altura, que segun mi pobre cálculo conjetural no apea de cinco mil doscientas varas sobre el nivel del océano. Los jeómetras que vengan lo medirán mejor.

Nosotros descendimos, y nos fuimos a comer, casi de noche. Concluida la cena rezamos el rosario en la capilla, con la letanía y letrilles en aymará, cantadas como el dia anterior. Al dia siguiente, despues de decir misa y almorzar, nos retiramos para el puerto. De paso mi compañero el señor Toro todavía confesó a unos enfermos. Como en la noche había soplado el norte borrascoso, el estrecho estaba ajitado; pero apesar de su marejada, nos metimos en nuestro navío de totora y emprendimos la travesía. Luego casi nos pesó, porque en el medio estaban las olas mas bravas de lo que nos parecieron en el puerto: algunas rompian su enojo contra la balsa, los espumarajos y chispas nos empezaron a mojar, y esas bravatitas nos quitaron el buen humor. Nos acordamos de otros chascos nada graciosos que este bósforo ridículo sabe pegar a algunos na-

vegantes, cuando se enoja; y casi se nos acabó el castellano. Pues, si Salomon, decía entonces, se asombraba de que los inventores de la navegacion entregasen sus almas o un frágil leño, atravesando las fieras olas del mar: nosotros y cuantos vengan a visitar la cuna del Inca, tienen que entregarse a una frajilísima totora, que si parece algo al junco, no es como los así llamados en el imperio celeste; pero a quien, sin embargo, como a la nave salvadora del genero humano, rije la Providencia. Con su favor desembarcamos en las rocas de Rampupata sin novedad, montamos nuestras buenas mulas descansadas y llegamos a Copacabana tan satisfechos como los argonautas al regresar de Colchos, tan engreidos como los navegantes tirios al volver de la misteriosa Ofir, y ménos maltratados que los intrépidos marinos que entre hielos y tantos riesgos vuelven a Lóndres o Amsterdam de buscar el inútil pasaje del Norte.

### § 5.

#### COATI, TEMPLO DE LA LUNA, OBSERVACIONES, CHICHERÍA, VESTALES, REGRESO.

Despues de visitada y diseñada Titicaca faltaba ver Coati, o la Isla de la Luna, que tambien es monumental. Para verificarlo era necesario una coyuntura favorable, que no tardó en presentarse. El correjidor de este pueblo, don Diego Carrasco, vencedor en Junin y Ayacucho, fué comisionado del Gobierno para embargar aquella islita; y con ese motivo armamos nuestra expedicion entre varios amigos, y sentí no estuviesen acá los amables compañeros a Titicaca. Emprendimos pues nuestra marcha por el mismo camino, que luego dejamos a la izquierda, porque el rumbo de Coati es al nor, nor-oeste de este Santuario. Llegamos a la estancia o ranchería de Sampaya donde está el puerto, y cuyos indios nos salieron a recibir con el mismo agasajo y ceremonias que los de Yampupata.

Este puerto es mejor; pero como la isla es tan pequeña,

y solo tiene una familia de seis individuos por toda poblacion, no tienen mas que una balsa pequeña para sus entradas y salidas. Así es, que para nuestra comitiva de veinte personas entre blancos e indios, tuvo que venir una balsa grande de Titicaca. En ella nos acomodamos lo mejor que pudimos, y nos entramos con tiempo magnífico y bastantes remeros; pero aun así estuvimos mas de dos horas en la travesía, apesar de no tener mas que una legua escasa de ancho.

Yo no sé por qué esta graciosa islita de la Luna, desde que se vé del alto de Sampaya, y mas todavía desde la embarcacion, se me ha figurado a Tenedos del frente de Troya. *Est in conspectu Tenedos*. Y ciertamente que su posicion en el lago, algo parecido al mar Egeo, le dá cierta semejanza: si la casería de Sampaya fuese otra Ilion sitiada por los griegos, podrían éstos ocultar allí su flota y esperar sin ser vistos la hora del asalto. Haciéndome pues, ilusiones, y recordando la perfidia de Sinon y la crueldad de los danaos, mezclando la imaginacion distraida esos parajes de la Eneyda con las fábulas de Diana y de Enmidion, a quienes comparaba arbitrariamente con el Inca y con no sé qué ninfa imaginaria que bajaba a visitarlo de la luna, iba navegando sin advertirlo. El señor Carrasco entretenía tambien el fastidio de la marcha lenta y pesada de nuestra góndola, con sus cuentos de Marras y chistes graciosos, evitando con sus gracejos el mareo de los compañeros, que ciertamente no hubieran sido los mas apropiados para la tripulacion de Cooc o de la Pereusse. Algunos ya empezaban a nausear con el pequeño balance, poniéndose pálidos, amarillos y verdes.

Pero, apenas llegamos a la suspirada playa, como si viniésemos de dar la vuelta al globo, saltaron en tierra con mas lijereza y alborozo que los compañeros de Magallanes. Yo los seguí, y sin descansar nos fuimos inmediatamente al palacio, que no dista media legua, pues solo hai que subir una pequeña loma, por entre un tupido pajonal, y descender luego al lado de oriente, donde se halla ese imponente edificio. Al descubrirlo entre las elevadas y frondosas *Queñuas*, que lo cubren, se acuerda uno involuntariamente de los olivos seculares que sombreaban el templo de Minerva, y de las encinas inmortales que servían de guari-

da a los ninfas, a los faunos y sátiros traviesos de los bosques. Pues la *Queñua* es un árbol indíjena que en el tronco, en las hojas y en la flor se parece algo a la encina y al olivo; se produce espontáneamente en rejiones altas y frías, y sus troncos (como ya dije) son la mejor leña para el carbon. Había visto algunos de esos árboles en las alturas del camino de Oruro a Potosí, otros en las inmediaciones de Berenguela, camino de Tacna a La Paz, un bosque mui grande entre Lampa y Pucará, camino del Cuzco; pero ningunos tienen la elevacion, el grosor y los siglos que los que cubren este palacio.

Parece que los Incas escogieron este rincon frondoso y solitario para edificarlo, porque no hubieran hallado en todo el continente un lugar mas aparente para la reserva y el misterio, con que ellos envolvían todas sus cosas. Aunque no tanto como los magos de Tebas en sus misterios de Isis, su luna divinizada. Colocándose uno en medio del patio de ese palacio, se cree trasportado a no sé qué region oriental, porque su construccion y hasta su respectiva magnificencia tienen cierta mezcla de arquitectura china, árabe y europea, que no se puede definir, y que no se puede conjeturar de dónde sacarían su copia los constructores. Si, como se dice vulgarmente, se lo dieron e hicieron de su cabeza, no estaban por cierto tan atrasados como se cree; ántes bien, comparando este majestuoso edificio con los de Titicaca, se ve que iban progresando en el arte la construccion, que no me atrevo a llamar arquitectura, pues hasta aquí veo que no supieron hacer un arco. El dibujo que de él saqué, léjos de ser exagerado, es ántes muy imperfecto, le rebaja mucho de su verdadero mérito y se resiste de mi chambonismo en el paisaje. Pero así como al diseñarlo me esforcé para retratarlo con la posible identidad; así procuraré ahora describirlo con verídica exactitud.

Este edificio, palacio o templo, o todo junto (que no se sabe positivamente qué era) está construido en una area perfectamente horizontal allanada de intento, pues está en una especie de encañada angosta y de bastante declive: es trilátero, dejando el frente de la laguna despejado; tiene de largo el patio 70 varas castellanas y de ancho 30. El frente principal, que está de cara a oriente, tiene siete puertas de una rara construccion (una de ellas está ente-

ramente arruinada). Ellas figuran como tres puertas en cada una, retirándose gradualmente de la pared maestra, cuyos relieves están revocados con barro muy fino y de un enlucido mas fino aún, que no lo haría ahora igual el mas diestro estucador, y que se conserva como si fuera obra de pocos años. Las paredes todas son de piedra bruta; pero de mas grandor y simetría que la de los edificios de la Isla grande, lo que prueba su posterioridad y adelanto. A elevada proporcion, como de siete varas, corre sobre las puertas una cornisa regular, hecha con dos filas de piedras llanas y paralelas que forman el alar del techo, o bien la division del segundo piso; pues que segundo piso o altos tenía, al ménos en algunos trechos, lo manifiesta patentemente un retazo de pared elevada con una ventana superior, que aún se vé desde el patio.

Lo que mas llama la atencion, y lo que ménos se comprende por mas que se cabile, son esa especie de adornos como cuadritos ahuecados entre puerta y puerta, que segun como se mira y segun les dá la luz, parecen cruces griegas; teniendo en los intermedios otros huequitos, como pequeñas aspilleras figuradas. Pero las que sí son verdaderas aspilleras son los cuadritos inferiores, esto es, los mas bajos del cuadro; pues habiendo observado en ellos una negra oscuridad, los reconocí y ví que eran unos agujeros que traspasaban el grosor de la pared. Me interné pues, para ver dónde iban a dar, y me encontré que salían o terminaban en unas garitas u observatorios muy bien hechos y disimulados dentro del cuerpo de la misma pared, de la capacidad de un hombre, que de afuera no podía ser visto por el ojo mas lince. ¿Pero qué observarían desde allí tantos espías? No se puede adivinar. Si el edificio estuviese en la cumbre del cerro, podrían haber servido para atalayar las avenidas por parte del continente; pero estando tan bajo y casi escondido en la encañada, como he dicho, solo tiene despejada una pequeña parte de la laguna, haciéndole invisible el resto dos colinas que lo guarnecen y casi lo encierran, como en anfiteatro. Y así los tan ocultos vijías poco o casi nada era lo que de sus agujeros podian ver ni observar de lo que ocurriese al exterior. Diré pues lo que sospecho, por lo que valer pudiera mi parecer.

Habiendo registrado todo el interior y escondites del

edificio me convení, que no era esclusivamente ni palacio ni templo, sino ambas cosas juntas; a manera de un Colegio o convento con su Iglesia, embutida en el cuerpo principal. En esta hipótesis, la Iglesia, oratorio o templo dedicado a la luna, debía ser precisamente la pieza céntrica del frente principal, por su capacidad y construcción; pues tiene dos aberturas rasgadas hasta la cornisa y una puerta en medio de la línea exterior, con dos puertas más en la pared interior, que comunicarían a un traspatio si hubiesen estado expeditas; mas como solo son figuradas y se vé que siempre lo han sido, se inclina uno a creer que ellas eran los nichos del altar o de la ara de los sacrificios. Esa conjetura se apoya en la anchura de las dos aberturas, que se conocen no han sido jamas puertas, sinó dejadas de intento, para que los concurrentes viesen donde el patio despejadamente el simulacro o ídolo de su deidad, y los sacrificios o libaciones que le ofrecían los Incas y las Vestales. Y entónces, las aspilleras o agujeros indicados no podían tener otro objeto que observar las faltas de respeto o decoro que cometiesen los concurrentes durante las ceremonias. Ese es mi pobre parecer.

No sé si estos idólatras eran capaces de llevar a tanta vijilancia el respeto debido al lugar santo; aunque no sería extraño vista la gran prolijidad del Inca en lo perteneciente al culto y sabido es aquello de—*Regis ad exemplum etc.*: y vista tambien la estremada reverencia con que los turcos están en sus mezquitas; que ciertamente forma un triste contraste con la indecente descortesía que algunos cristianos muy presumidos de sábios e ilustrados observan en el Santuario del Dios verdadero. Otra dificultad tengo contra mi propio parecer, y es: que en ese gran patio cabían mas de mil personas; número que creo imposible haya tenido jamas esta islita, que apénas tiene una corta legua de largo y ménos de media de ancho, y en la que no se ven mas ruinas de caserios que los de la Chichería, de que hablaré luego. Por consiguiente, si alguna vez llegó a llenarse aquel espacioso patio, sería de cortesanos o devotos venidos del continente como en romería para ciertas solemnidades especiales y principalmente para la fiesta tan clásica del Cancú, que (segun una obra titulata *Ceremonies religieuses de tous les peuples*. Paris 1741, in fol. t. 7 p. 187,

citada por M. Pabbe Jager, en su *Celibat eccles.*) se celebraba el dia primero de la luna de setiembre despues del equinoccio, habiendo purificado religiosamente el alma y el cuerpo, preparándose a ella por la continencia. Esta era como una fiesta nacional que debía reunir en Coati un gran jentío, que debía salirse pronto: pues ni Tenedos no podia cobijar ni mantener a mas de cien habitantes; cuando ahora apénas sostiene seis colonos y unas doscientas ovejas, que han formado un aprisco, por no decir corral, de los réjios salones de los Incas, sin que nadie se tome la molestia de encorralarlas en esta parte. Esa incuria juntamente con las fornidas *queñuas* que oprimen y rajan las paredes, la maleza y pajonal que las filtra y desgaja, acabarán de arruinar ese monumento imperial, digno de mas aseo y cuidado, siguiera para su conservacion. Pero eso si que es predicar en desierto. Los perros pernoctan en la negrópolis de los Califas en el Cairo, y en la Palmira de Salomon los dromedarios y camellos.

Los animales se parecen a ciertos hombres que tienen el prurito funesto de profanar y destruir los monumentos mas augustos: sigamos la descripcion.

A mas de esa pieza céntrica y espaciosa, que creemos era el templo u oratorio de la luna, hai en el mismo frente principal otras cuatro piezas mas, dos a cada lado del oratorio, muy capaces tambien; que no dudo serían las habitaciones de las *Doncellas Sacerdotisas*, encargadas del culto. Las otras habitaciones de los frentes laterales, que eran seis, tres en cada frente, bien podían ser por su grandeza destinadas al Emperador y a su córte, cuando iba allí. Y entónces esto debía ser un silvestre y pequeño Escorial, que encerraba en un mismo edificio templo para la luna, palacio para el monarca y monasterio para las *Sacerdotisas*. La comparacion es un poco bizarra, como dicen los franceses; pero en realidad la creo exacta: y estoi persuadido que cuantas hayan visto o viniesen a ver este monumento convendrían en mi modo de pensar, que espongo francamente sin querer esclavizar la opinion de mis prójimos. Siento en el alma no tener los principios de arquitectura y arqueología necesarios, y que algunos viajeros a lejanas tierras ostentan con tanto aparato como audacia ¡plajiaros miserables! sentando paradojas y mentiras con

el aplomo mas impávido, cual si fuesen hechos positivos o dogmas inconcusos.

Lo sensible es que muchos sábios Arqueólogos han examinado los monumentos del Cuzco, de Tiaguanaco y de otras partes; pero estos los han mirado con desden, o no habrán sabido que existiesen. Descaría pues, que algun génio escrutador se tomase la molestia de embarcarse en este lago, penetrase en sus islas y esplorase estas ruinas primitivas de la monarquía mas vasta de este continente. Y estoi cierto que, a mas del tributo de admiracion que les rendirían al verlas, sus observaciones serían mas acertadas que las mías, y que sus ilaciones esparcirían mucha luz sobre la historia y quizás sobre la procedencia del hijo del sol.

Lo que admiramos en ese edificio es su solidez sin mas betun ni argamasa que esa greda compacta y casi petrificada que lo sostiene con tanta consistencia; pues apesar de verse combatido por los animales, por árboles y arbustos y por toda la rijidez de los elementos, aun se conserva así contra la consuncion destructora de los siglos. Particularmente el frente del lado izquierdo está aun tan íntegro e interesante que no pude resistir a la tentacion de dibujarlo separadamente. ¡Y ojalá tuviese la destreza de los hábiles correspondales de la parte ilustrada del Correo de ultramar, para poderlo diseñar con mas gusto y arte! Pero, a falta de esto, puedo responder de su exactitud material: la misma que me convence que ese frente era el destinado al Inca, principalmente por la mayor elevacion de la pared sobre la puerta del medio. Así como unos restos de mojonetes conservados en las paredes divisorias de ese mismo frente, me convencen que el edificio tenía techo inclinado, aunque quizá solo sería de medias aguas.

En los ángulos extremos de ambos frentes laterales hai unas piezas bastante capaces, que parecen obra acesoria para oficinas subalternas; pues no son de la construccion y solidez del resto del edificio: ellas forman como unos recondos en el patio, que ignoro cuál será en arquitectura su término técnico.

A mas del gran patio de palacio había adelante una plaza mas grande aun, y a continuacion unos tablonos y teraplenes muy anchos sostenidos por los bien trabajados y

mejor conservados andenes, que en grandiosos escalones hasta la playa del lago, formaban la huerta o jardin de la diosa efesina, antojadiza de tener sus flores y adoradores en esta islita inculta y remota. Estos andenes conservan todavía unas piedras salidas en forma de gradas, por las cuales se baja cómodamente de unos a otros; y en la parte superior hai un estanque artificial, que recojía la poca agua que sale de una pequeña vertiente por detrás del edificio, que serviría para las abluciones de la purificacion y para el riego de la huerta.

Visto todo esto, debia completar mi excursion yendo a lo que aun se llama Chichería, que está en la parte occidental de Coate. Fuí pues allá por la cumbre o loma de la isla con mas facilidad que los exploradores de los montes de la Luna, en Africa: pero tuve el desconsuelo de no encontrar mas que minas insignificantes de caseríos nada ordenados, aunque de bastante estension. Dicen los naturales que aquí residian otras Vestales o Doncellas, que a mas de servicio divino de la luna, se ocupaban en hacer la chicha para el soberano, de la quinua y del rico maiz que produce Coati. Cuando esta especie de cerveza indijena estaba en sazon y el Inca se hallaba en Titicaca o Copacabana, iban sus emisarios a traérsela en balsas, pero con la absoluta prohibicion bajo pena de la vida, de poner un pié en tierra, por respeto a la honestidad de aquellas Doncellas consagradas a la casta diosa de la noche: las que, para no tener contacto ni relacion con ningun hombre debian echar la chicha desde la oficina de la cumbre, donde moraban, en una canal de plata que ilegaba a las balsas, y de cuyo chorro llenaban los balseros sus grandes y hermosas vasijas, y se volvian sin siquiera haber hablado a las castas Licoreras. ¡Sábía precaucion, que ahora se criticaría como del fanatismo, y que prueba la prevision del Inca y el alto concepto que aun los lejisladores llamados bárbaros han tenido de la virjinidad! No sin razon un sábio escritor ha comparado estas vírjenes Sacerdotizas de la luna peruana a las castas Vestales de Ceres en Atenas, consagradas al culto de la diosa de la sabiduría con voto de virjinidad perpetua (Carli, Lettres Americ. t. I. liv. 19:) voto que los Persas imponian a sus Doncellas destinadas al culto del sol, y los Gaulas lo exijian de las vírjenes destinadas a

custodiar las trípodes de sus oráculos; lo mismo exijia de éstas el Perú. Y si alguna vez las trasladaban a otro templo, eran conducidas con tal precaucion y respeto, que jamas se oyó nada indecente contra su virtud; como de las vírjenes enviadas anualmente a Troya por los Locrenses, afirma San Jerónimo. ¡Loor al Inca que sin ser Bracman, ni Druida ni Hierofanta, tuvo la inspiracion de embellecer el culto de su imperio con una institucion tan sublime, tan amada de Dios y de los hombres!

Así exclamé en medio de aquellas ruinas desoladas, y entre las que inútilmente se buscaría la canal de plata; pues si ese vehículo misterioso no cayó en manos de algun codicioso rapaz, es regular que los indios la arrojasen en el fondo del lago juntamente con las otras riquezas de Titicaca, al ver que se desplomaba el imperio; así como un náufrago desesperado al ver que el furioso huracan desarbola su nave, arroja sus fondos al océano, que pronto se lo tragará tambien a él. . . . Con ese triste pensamiento dí otra vuelta por aquellos escombros de lo pasado, y me retiré como me retiré tambien al ver en Sevilla y Barcelona convertidos en plazas y escombros otros asilos y monumentos mas santos, recuerdos de tiempos mas felices de la piedad y de la grandiosidad española. Al llegar a la playa del embarcadero encontré a mis compañeros disponiendo comida y sin ganas de regresar aquella tarde. Despues de comer fuímos a pasear hasta la punta orientar de la isla, cuya configuracion no dibujé por no tener nada de particular. No deja de tener, en su figura, bastante semejanza con la gran isla de Madagascar, que tambien se llamaba isla de la luna cuando el portugués Covilhan fué a buscar las minas de oro de Sofala y al Preste Juan de las indias. En ésta, que es como un óvalo prolongado, o como una gran ballena flotante, nadie vendrá a buscar esas quimeras.

Dormimos allí, y al dia siguiente nos salimos con mas pesadez que a la entrada. En desquite los indios de Sampa nos recibieron magníficamente; y despues de decirles misa a San Roque, su Patrono, les bendije todas sus casas, para que el Santo los librase de la fiebre tifoidea, que yá estaba apestando las estancias inmundas. Y despues de consolarlos con este oficio de Relijion y de cari-

dad, nos regresamos a Copacabana felizmente, gracia al Señor.

Hé concluido la relacion de mi excursion a Titicaca y Coati, principales islas de este famoso lago, Pido se me dispense mi presuncion e inhabilidad, en atencion al sincero deseo que me ha animado de coadyuvar en algo a conservar la memoria que estos monumentos se merecen, y que muchos jeógrafos ignoran. Espero que los Americanos amantes de sus antigüedades me lo agradecerán; pues si en este ensayo de arqueografía no he tenido la poesía de Lamartine ni la filosofía de Chateaubrand al describir los monumentos clásicos de la Grecia pagana, tampoco he tenido la indiferencia de Dumas en el Sinai, ni la impiedad de Volney en las ruinas de Palmira.

Si esto se me disimulara y Dios me diera salud, describiría despues algunas cosas notables de este milagroso Santuario de Copacabana; lo que no dudo sería mas interesante a los corazones relijiosos, y principalmente a los hijos de Bolivia y del Perú.

FRAI RAFAEL SANS.



# APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN)



(Continuacion.)

## V.

Volviendo otra vez a la arquitectura del siglo XVIII, cuyas muestras tan notables dan mui especial interes a Dresden, hai un palacio, famoso en toda Europa, que puede considerarse como el tipo del *baroco*, y como la concepcion mas estravagante de arquitecto alguno. Seria menester serlo para pretender describir siquiera las fases mas salientes de esta construccion riquísima, que yo puedo juzgar solo con las mas elementales nociones de esa ciencia, con aquellas que la observacion y la vista adquieren despues de haber tenido delante los mas variados y perfectos modelos de todos los siglos.

El *Zwinger*, que asi se llama el interesante local donde hoi hai numerosos museos, deberia haber sido el palacio de los soberanos, y segun los planos del arquitecto Pöppemalinn, y los deseos de Augusto el Fuerte, una morada mas rejia que cualquiera otra que ostentara capital alguna europea. Pero, por desgracia para nosotros los viajeros, aunque por fortuna para la arruinada Sajonia, solo una pequeña parte del edificio, un patio de entrada, llegó a terminarse, y todo lo que ahora podemos admirar consiste en seis pabellones comunicados por una galeria de un piso,

cerrada a un lado por la construcción italiana que contiene la galería de pinturas, y teniendo en el interior un espacioso jardín, que guarda armonía con el estilo arquitectónico que le rodea.

Los palacios mismos y la grandiosa escalinata que debía bajar hasta las orillas del Elba, quedaron solo en proyecto, porque la dilapidación de los dineros públicos había sido demasiado grande para que el monarca pudiera continuar hasta el fin en la senda de lujo insensato que había seguido. Según parece al observar el sistema de los edificios, la vida privada aún del rei iba a dejar de serlo, porque esas galerías estaban a la vista de todo el mundo; el fausto y la pompa iban a alcanzar a la vida doméstica; el lujo relajante iba a inundarlo todo; y los súbditos a contemplar desde afuera a su soberano en medio de las sedas, los espejos y la porcelana de su gabinete.

El lujo de Versalles palidecía ante los proyectos de Augusto en su Zwinger; pero no pasaron de proyectos, porque ni él ni ninguno de sus sucesores ha podido habitarlo, y tuvo que contentarse con el sombrío castillo que está al frente u otro de los palacios pequeños que edificó en el mismo Dresden, o mas bien con los de sus dos capitales polacas, que fué donde residió durante la mayor parte de su gobierno.

Lo que hoy se levanta del Zwinger recuerda sin duda a muchos de los edificios franceses de los dos últimos siglos; pero no conozco ninguno en que la exajeración de los detalles, la desproporción de los ornamentos, el recargo confuso de los relieves hayan sido llevados mas lejos. Las galerías circulares son relativamente sencillas, pero los pabellones que los coronan, levantándose a mucha mayor altura, son la obra maestra del barroco: chapiteles con enormes cariátides, una sola de las cuales bastaría para sujetar el edificio, pedestales de pilastras con ramos de flores, cornisas con guirnaldas entrelazadas, coronas, balaustradas, escudos, mundos, en fin, una multitud de adornos tal que no queda en las murallas un trozo de piedra sin que los lleve, aunque ellos no guarden proporción alguna con las dimensiones del edificio, que nada tiene de grandioso. Uno de los pabellones, que debería ser la entrada principal a todo el recinto del palacio, tiene la forma de una co-

losal corona, y encima de la de piedras hállase todavía otra de bronce mas pequeña: al divisarlas, uno creeria hallar el símbolo de la monarquía universal, del derecho divino de los reyes.

Con todo, la impresion que produce el conjunto de esta curiosa estructura es mui agradable; mirado desde las terrazas de arriba no fatigan los detalles empalagosos ni los caracteres muelles de la arquitectura; obsérvase tan solo la novedad, la riqueza simétrica del todo, los agradables jardines que hai al centro, las torres y edificios del fondo, que aunque ajenas contribuyen a dar al Zwinger una situacion mas interesante, y entónces el efecto jeneral es uno de los mas hermosos que pueden encontrarse.

Muchos son tambien los palacios privados de aquella misma época o de algunos años mas tarde que se levantan en las plazas y calles de Dresden, así como algunas iglesias que traen inmediatamente a la memoria a las de Venecia, sobretodo la "Frauenkirche," imitacion evidente de "Santa Maria della Salute"; pero todos aquellos son mui insignificantes comparados con las construcciones de Augusto, aunque sí dán a conocer el gusto y las costumbres de ese tiempo. Los escudos y las coronas sobre la puerta de entrada manifiestan la nobleza de las familias que los habitaba; quedan los blasones, pero los señores han desaparecido; quedan las guirnaldas, las flores, medallones con los retratos de dos siglos, corazones en relieve y Cupidos simbólicos, pero el descuido y el tiempo han hecho decaer esos palacios ántes tan ricos y brillantes; las murallas de piedra están completamente oscurecidas, y en vez de lujosas carrozas y de lacayos empolvados, se ven hoy salir de esas puertas judíos anticuarios que tienen en el interior agrupamiento confuso de muebles señoriales, tapices, monedas viejas, porcelanas, todos los restos del naufragio de aquellas orgullosas familias que vivian bajo los mismos techos.

Al encontrarnos al frente de los recuerdos de cada época en la historia del mundo, nada es mas natural que nuestra imaginacion nos traslade a ella de lleno; y así como delante del Acrópolis de Atenas creemos verle poblado de nuevo con las nobles figuras de los lejisladores y de los tribunos; en el circo de Roma, con los gladiadores, los

cristianos y las fieras; en los encantadores recintos moriscos, con los califas orgullosos, las odaliscas de ojos negros y los guardias de Nubia; así tambien, y aunque la impresion no sea tan profunda, al recorrer estas calles, y esas plazas sobre todo, solitarias, y silenciosas con los edificios de muchos pisos e innumerables ventanas hasta en los techos, uno creería que el siglo XVIII no hubiese terminado aún, que la ciudad galante por excelencia mantenía siempre el brillo y lujo que tanto la hizo notar entónces y que le fué tan perjudicial.

Las numerosas telas de Canaletto que existen en el Museo de pinturas contribuyen a aumentar la ilusion a que me refiero, porque no solo están allí los mismos palacios y las mismas iglesias que se levantan hoi en la ciudad, sino que el artista veneciano—que se adelantó un siglo al invento de la fotografia—ha poblado esos sitios vacíos con los personajes distinguidos, los cortejos reales de doradas carrozas y caballos empenachados, las literas de las damas, que se prestaban a tantas aventuras, y por último de todos aquellos detalles que daban vida y movimiento a la rica capital de los Augustos, electores aquí, pero coronados reyes en Polonia. Uno de ellos fué quien hizo venir de Italia a Canaletto, dando ocasion así a que el eterno pintor de los canales y Plaza de San Marcos cambiara sus asuntos de Venecia por las orillas del Elba, su viejo puente, las plazas y las pintorescas y elevadas torres de Drésden.

Antes de terminar las observaciones sobre el estilo “baroco” en la arquitectura, voi a mencionar entre las iglesias, siquiera a la Católica de la Corte—“Hofkirche”—que tanto por su situacion como por su importancia es la que mas llama la atencion del extranjero.

Data tambien de mediados del pasado siglo, y aislada, al extremo de una gran plaza que algunos grandes edificios cierran por otros costados, su masa de piedras y altísima torre destácanse admirablemente en todas direcciones, ménos del lado en que está unida con el castillo para comodidad de la familia real. En el exterior es mas bien elegante que recargada; el conjunto, armonioso, aunque baroco, y las estatuas de santos sobre los parapetos de las murallas hacen un efecto gracioso.

El interior, sí, que presenta poco interés: las cinco naves

exijirian una construccion mas larga; hai monotonía en las tres hileras de arcos, unos encima de otros; y las murallas están demasiado desnudas, en lo que no parecen conformarse a las reglas del estilo.

Despues tendré ocasion probablemente de volver a ocuparme de esta iglesia, que es uno de los sitios de reunion favoritos de los extranjeros; pues ahora me he propuesto solo dar a conocer el estilo jeneral de los monumentos de Dresden, y la razon por la cual se le ha llamado capital del "Rococo".

Este, que si no en la porcelana y en la arquitectura y en las artes es evidente decadencia, abrazó aún otra rama del gusto, que poco a poco fué depravándose en todas sus diversas manifestaciones. El lujo no se concretó a las salas y gabinetes de los palacios, a las sederias de los trajes en las personas, sino que los soberanos y los nobles habian menester de joyerías y piedras finas para engalanarse, así como los monarcas asiáticos que se creen los dispensadores del universo, y que el brillo de sus piedras debe estar en proporcion a la grandeza del trono en que se sientan.

¿Quién podria pensar que el tesoro de Sajonia es el mas rico de Europa, que ninguna corona ostenta tan fabulosas joyas, y ningun monarca objetos tan valiosos y de tan poquísima utilidad? Una visita al tesoro en las bovedas del Castillo—al "Grünegewolbe"—acaba de dar una idea de lo que fueron las cortes de los Electores durante un siglo: se fatigan los ojos ante una sucesion tan grande de plata, oro, marfiles y piedras preciosas; algunos objetos de arte entre innumerables juguetes de perlas y esmaltes de valor fabuloso, cada uno de los cuales bastaria para hacer la fortuna de algun sajón menesteroso; figuras grotescas y ridículas, trabajos de cincel que habrán exijido toda la vida de un hombre: todo está allí perfectamente instalado entre espejos y cristales para deslumbrar por la riqueza, para hostigar por el brillo, y tambien para hacer que uno deplore tanto trabajo perdido en objetos de detestable gusto, tantos millones locamente gastados por la ambicion de un hombre, que por ella sacrificaba a su pueblo.

Si en muchos de esos objetos preciosos hubiera otra cosa que riqueza malgastada, si en vez de piezas grotescas y otras de pésimo gusto, hubiera algo de arte y de bello, el

efecto que produce este tesoro sería ménos desagradable, lo hermoso disculparía algo siquiera el extravagante costo para reunirlo; así como lo es cuesta conformarse con el trabajo y el dinero perdidos, y que el gusto de los monarcas haya llegado a tal exceso de sibaritismo y relajacion.

Aquel no podia ser otro que Augusto el Fuerte, que no contento con el fausto de su corte quiso reunir en torno de sí todo lo que el mundo ofrecia de raro y costoso; por eso allí se ven las enormes esmeraldas del Perú, no cinceladas para no disminuir su tamaño; la malaquita de Rusia, los esmaltes y relieves de piedras duras de Florencia, los camafeos de Roma, los alabastros de Ejipto, para no hablar de las joyas que forman la regalía de la corona.

Estas, que son del uso personal de los reyes, aunque ahora han llegado a ser de propiedad de la nacion a la cual ellos deben pedir las en las ocasiones de gala y recibirlas como en préstamo y bajo recibo, lo que prueba cuán decaidos están hoi los derechos intrínsecos de la monarquía; las joyas de la Corona, repito, consisten de un sin número de pedrerias riquísimas y arregladas segun el gusto moderno. Tambien están allí los facsimiles de la regalía de Polonia que llevaron durante dos jeneraciones los Electores como reyes de aquella, y que quién sabe qué destino han tenido despues de su triste desmenbramiento.

¡Curioso espectáculo para un republicano el de un tesoro real! Qué contraste con el exiguo gasto que nuestros presidentes exigen! Pero si alguna vez debemos sentirnos satisfechos de nuestra forma de gobierno es al examinar estas estupendas riquezas cicumuladas para un solo hombre, que no las necesita, por los dineros de la multitud, de aquellos que se llaman súbditos, y en un pais tan pequeño, tan insignificante como Sajonia.

## VI.

Segun todo lo dicho anteriormente son los edificios del siglo XVIII los que dan su carácter peculiar a Dresden, ese aspecto no feudal ni de siglos, pero siempre viejo. Hai,

sin embargo, algunos muchos mas antiguos; y tambien una parte considerable de la ciudad que data solo de los últimos años y sigue aumentándose cada dia.

A los primeros pertenece el Palacio Real, la residencia de los Electores y reyes desde 1534, y que, no obedeciendo a ningun plan ni estilo, puesto que es la obra sucesiva de los tiempos, mas parece en su exterior una prision sombría que un palacio de soberanos. Los castillos de esa época son jeneralmente tristes, y la regularidad de las construcciones, para las cuales importaba mas la fortaleza que la hermosura, la solidez que la elegancia, no se habia correjido aún con los nuevos modelos del Renacimiento, que comenzaban precisamente entonces a cambiar en Italia la faz de la arquitectura y de las artes.

Pero los patios interiores, que sirven de tránsito a la jente con tal de que no los atraviere fumando, son siquiera pintorescos con sus murallas medio holandesas y los torreones en espiral de las esquinas; y mucho mas que ellos lo son las dependencias, sobre cuyos muros sombríos y viejos han dejado crecer la hiedra y otras enredaderas, que con sus hojas rubias hacian en el otoño un preciosísimo efecto. Un pintor de jénero hallará allí un interesante fondo para cualquiera escena de costumbres o de historia, algun "*Minnesänger*" entonando al són del laúd sus anacreónticas canciones del arte de los margraves, que buscaban en el amor el reposo de las armas; así como aquella deliciosa tela del artista aragonés de Roma en que representaba a la antigua corte de Zaragoza oyendo las armonias del trovador de Provenza; aunque ella tenia en último término uno de aquellos trozos góticos de piedra tan encantadores y tan poéticos como solo pueden encontrarse entre los despojos de nuestra vieja España.

Aquí no se hallan los colores de esa paleta ni la vida que saben crear esos pinceles, pero es cierto tambien que no hai el firmamento azul del mediodia, que las hojas no son tan verdes, ni tan transparente la atmósfera que las refleja, y es la naturaleza quien inspira al artista y al poeta, llenando su alma con sus propias imágenes, idealizadas quizás por una ardiente fantasía.

Esa alta torre del Castillo, que es la mas elevada de la capital, domínala por completo así como a toda la comarca

vecina; ella ha sido testigo de numerables acontecimientos en que se ha jugado la suerte de muchos poderosos imperios, porque Sajonia es el teatro donde se verificaron. También esas murallas y ese teatro han prestado abrigo a muchos soberanos, ya como amigos, ya como conquistadores, entre ellos a Napoleón cuando estaba en el cenit de su grandeza y por lo tanto en víspera de su decadencia, cuando reyes estaban a su servicio y era el supremo dispensador de Europa. Dresden fué tal vez la única capital extranjera a donde él entraba de una manera pacífica, aunque, sí, había tenido necesidad de destrozar repetidas veces primero a los ejércitos confederados a sus puertas: Sajonia era su aliada, pero ¡cuán caro cúpole pagar esa alianza en mala hora llevada a cabo!

Los actuales reyes apenas habitan este Csstillo; no es extraño prefieran a sus sombrías habitaciones, (que bien podrían ser elejidas por la "Dama Blanca" para sus apariciones nocturnas en vez de las de Berlín) aquellas mas alegres y ménos ceremoniosas de su villa de Strahlen, a pocos minutos de la ciudad, o cualquiera de las otras residencias que como todos los reyes tienen en abundancia.

Apesar de eso no faltan nunca las lujosas libreas de color plomo que recorren el recinto del Castillo, y la llamada "bóveda verde" donde, según he dicho, se guarda el tesoro; pero mejor que lacayos y que los sencillos soldados de las puertas, que en nada se asemejan a los prusianos, estarían allí guardias de coraza y pica, como en los tiempos de los Electores, guardando siquiera relacion con el aspecto feudal del edificio.

Pasando ahora a los que levantados en los últimos años llaman mas la atención por su elegancia y tamaño, hai que mencionar en primera línea el Museo de pinturas, que cierra uno de los lados del Zwinger, y el Teatro de Opera de la Corte. Ambos—(del estilo Renacimiento,)—son obra del arquitecto Semper, uno de los mas distinguidos de Europa en este siglo, y reúnen todas las condiciones de belleza y de buen gusto.

El teatro es verdaderamente rejio, y a primera vista parece demasiado grande y demasiado hermoso para una ciudad como Dresden, que no cuenta con los recursos de las grandes capitales. No me parece exajeracion colocarlo

en el tercer lugar de los teatros de Europa, despues de los de Paris y Viena y la sala misma, que raya casi en el extremo de sencillez y falta de decoraciones vistosas, es talvez mas elegante que la de los últimos. Las escaleras son pequeñas, pero la galería circular que sirve de *foyer* es espléndida y única en su jénero: allí pasean los asistentes en el entreacto de las representaciones.

Uno de los cargos que los franceses hacen a sus vecinos los alemanes es la falta de orijinalidad y de imajinacion en sus productos artísticos o literarios. Estoi cansado de leerlo en todos los tonos; pero apesar de eso no he alcanzado a convencerme de la justicia de tales ataques, al ménos en este siglo en que la personalidad jermánica se ha marcado perfectamente.

Consideremos primero la arquitectura, que es el tema de que me he venido ocupando. En ella, como en todas las demas artes, solo al jenio es dado la creacion, y a los talentos, por notables que sean, el estudio de las obras de aquel, que han quedado en el mundo como supremos modelos. De esta suerte dificilmente puede levantarse hoi una construccion que no haya sido inspirada en todo o parte en esos mismos modelos, que constituyen los diversos estilos, y por lo tanto no puede lo mismo ser completamente orijinal; esto sucede que en Alemania en Francia, y no veo por qué los arquitectos de la primera habrían de ser mas plajiaros que los de la segunda.

No es éste el lugar para una disertacion sobre arquitectura; pero no puedo abstenerme de unos cuantos comentarios que ilustren un poco el asunto de que me ocupo.

Sin mencionar los varios estilos primitivos de los ejipticos y de los indios del Asia, que para nosotros son fantásticos y caprichosos, segun las ruinas de sus monumentos lo demuestran, tenemos en primer lugar la arquitectura griega que alcanzó todo su esplendor en Aténas, junto con su preponderancia política, entre la victoria sobre los Persas y el período conquistador de Alejandro. Los griegos inventaron los tres órdenes, que hoi ve.nos en todas partes reproducidos, empleando solo las líneas rectas.

Los romanos, en seguida, inspirándose en aquellos y en los etruscos desde el principio, rompieron la monotonía de las líneas por medio de las bóvedas y de los arcos: hé allí

dos estilos perfectamente deslindados. Vino despues el que los primeros cristianos introdujeron en sus basílicas; y el bizantino, creado en Constantinopla cuando fué trasladado allí el asiento del Imperio Romano, que ya estaba en decadencia; es él una mezcla de clásico y oriental, del cual le viene la forma caprichosa, las cúpulas achatadas y las decoraciones.

Mas o ménos desde el siglo X, cuando comenzaba a salir el Occidente del oscurantismo que con las invasiones de los bárbaros habia dominado en la Europa civilizada, apareció en Italia el estilo *romano* o *romanesco* (ignoro como lo llame la Real Academia de Madrid) del cual se conservan tan notables construcciones, en Lombardía especialmente, y tambien en Normandía, de Francia, y en muchos sitios de Alemania.

El *gótico*, fué la creacion de los pueblos del Norte, y parece que en Francia tuvo su oríjen, aunque fué en Alemania donde adquirió su mayor esplendor.

Y por último vino el que ha recibido el nombre de *Rena-cimiento*, porque coincidió en Italia con la nueva vida a que despertaron las artes y las letras en el siglo XV, despues de un larguísimo letargo, y cuyo carácter consiste en adoptar los principios combinados de los tipos puros griegos y romanos, formando un conjunto mas gracioso y elegante por las decoraciones. La decadencia de este estilo por el exceso de éstas, y una combinacion calculada para satisfacer mas la primera impresion que el verdadero sentimiento artístico, conduce a lo que se ha dado en llamar *baroco*.

Hé aquí mas o ménos en dos palabras las diversas fases de la arquitectura en Europa; para no hablar de los estilos orientales importados a ella, que como el árabe-español es completamente peculiar, aunque, sí, ha tenido una influencia decisiva en el desarrollo de ese arte en España.

Todo lo que ahora se construya de alguna importancia tiene, por lo tanto, que sujetarse a uno, o a varios de estos estilos al mismo tiempo; y me figuro que el talento del arquitecto consiste en esa combinacion mas o ménos feliz, en esa adopcion mas o ménos de acuerdo con las necesidades del edificio y su objeto, en la distribucion, por fin, de las proporciones y de los ornamentos.

Munich, que es la ciudad que se cita mas comunmente

para evidenciar la falta de ideas entre los arquitectos alemanes y la necesidad que éstos tenían de inspirarse en fuentes estrañas, hacía una impresion muy diversa. Hé allí una ciudad que, gracias a la entusiasta proteccion de los últimos reyes de Baviera, Luis I, Maximiliano II, y el actual Luis II, se ha convertido en un verdadero templo de las artes, en uno de los centros mas importantes de Europa. Klenze, que cultivó principalmente los elementos griegos, Gärtner, Ziedland, y Ohlmüller, que se dedicaron sobretodo al romanesco, al basilical y al gótico, son nombres demasiado conocidos en el mundo de las artes, así como lo son sus numerosas producciones que embellecen su capital.

La amalgama de estilos, el agrupamiento confuso del purismo griego con el moderno *rococo*, de un palacio florentino con una construccion alemana del siglo XVI; la copia de la *Loggia dei Lanzi* (estilo romanesco) al lado del palacio real de Baviera, todo esto tendrá cierto anacronismo histórico, si se quiere, pero muestra gusto artístico al preferir a construcciones insignificantes siquiera la copia de tan notables modelos.

Pocas veces he experimentado mayor placer al visitar los monumentos de las ciudades europeas, que al encontrarme de repente en Munich en pleno Aténas, con las Propileas al frente, y dos templos a cada lado, (uno de ellos la Gliptoteca, o museo de esculturas) como aquellos que en el Acrópolis de la ciudad griega habian sido para mí un encanto. I un poco mas léjos la Galería de la Gloria, que sirve de fondo al coloso de la "Baviera"; y en las colinas de Ratisbona, el Walhalla, morada de los dioses jermánicos, a donde las Walküres, doncellas guerreras que se convertian en cisnes, conducian a los héroes caidos en el combate, nuevo Paternon, de blanco mármol como el griego, pero intacto con todas sus columnas, con todas sus piedras completas, porque no ha sufrido la accion destructora de 2,000 años, ni la pólvora lanzada de los navíos turcos.

Así como admiramos a Thorvaldsen, que en la esultura supo adaptarse a los principios griegos, debemos admirar a Klenze que supo levantar tan hermosos monumentos.

\* Berlin tiene tambien como Munich un trozo espléndido,

que parece traído de la Grecia junto con los valiosísimos despojos de la vieja Pergamo; y yo, en vez de reprochar a Schinkel el haber elegido ese estilo para el museo de antigüedades artísticas, admiro su talento, que supo erijir un verdadero templo de las artes, destinado a su vez a contereñas; y junto a él hase levantado otro posteriormente; de suerte que ahora forman uno de los grupos de construcciones mas bellos que hai en todos los países de Europa.

Entre toda la raza Sajona, y tanto en Alemania como en Inglaterra, hai un gusto mui decidido por la simplicidad griega, y es seguro que ámbas razas tienen muchos puntos de contacto. Sin duda se habrá hecho sentir tambien la influencia de Winckelmann, que consagró tantos laboriosos esfuerzos en el siglo último para levantar a las artes del malísimo gusto y de las perniciosas tendencias en que habian caído, y que haciendo él mismo numerosas investigaciones entre los restos de Grecia e Italia, fijó la senda del clasicismo como la única que conducia a la verdadera belleza. Por eso es tan comun encontrar en estos dos países fieles reproducciones del estilo griego; y nada mas útil, porque ello es una enseñanza continua, un modelo constante para purificar el gusto, lo que tanto se necesitaria en la moderna Francia que cada vez se aparta mas del ideal clásico.

Para juzgar la arquitectura moderna en ésta, hai que fijarse casi exclusivamente en los monumentos de Paris, porque fuera de la gran capital bien poco se hace en el resto del país, a diferencia de Alemania en que el arte está distribuido por todas partes.

El renacimiento italiano produjo sus efectos bajo el reinado de Francisco I, a mediados del siglo XVI; y una de las muestras mas notables es la parte primitiva del palacio del Louvre, que se debe al arquitecto Lescot. Con Delorme comenzó en seguida a desarrollarse el gusto baroco; aunque el palacio de Luxemburgo recuerda algo el estilo florentino, y la fachada principal del Louvre, del tiempo de Luis XIV, es una noble estructura que no se aparta de los principios clásicos. Yo preguntaria dónde está la originalidad de los monumentos de Paris, y dónde la belleza, cuando se han apartado de los modelos mas o ménos antiguos.

Entre las iglesias, no contando a Notre Dame, cuyo gótico espléndido pertenece a una época mucho mas remota, hai entre las de este estflo las de Saint Denis de Viollet le Duc, y la de Santa Clotilde, de Gau, inspiradas seguramente en la catedral de Colonia (Las restauraciones de la Sainte Chapelle, de Viollet le Duc, han hecho de ella una preciosísima capilla.) Santa Jenoveva, del siglo pasado, no tiene mas de hermoso que su atrevida cúpula; la Magdalena, con un espléndido exterior griego-corintio es en su interior un desencanto, con las bóvedas romanas que no están allí en su sitio. Fuera de éstas no recuerdo otras iglesias de mérito arquitectónico.

Ahora bien, entre los palacios, ¿quién podrá decir que es hermoso el grupo heterojéneo de edificios de varios estilos y de varias épocas que forman el famoso Louvre? Indudablemente lo son los trozos mas antiguos del Renacimiento, mencionados ya, pero no los demas cuerpos posteriores en que el gusto moderno francés ha tomado forma.

La grande ópera de Garnier, es una construccion colosal; pero ¿no será acaso esa misma grandiosidad, y la profusion y riqueza de los detalles lo que mas admiramos en ella? Su escalera es por cierto una maravilla de ornamentacion; pero jamás encontraré la sala del teatro hermosa ni elegante. El rococo está manifiesto en los detalles y en el conjunto con enorme perjuicio para la pureza del arte.

El Hotel de Ville, terminado recientemente, me parece una magnífica muestra de la arquitectura francesa contemporánea: muchos lo creerán grandioso y bello, pero yo, signiendo los principios de Winckelmann, disiento de esa opinion por completo, y no veo en él otra cosa que una masa rica y desproporcionada, un techo jigante sobre pisos no altos, y una cargazon de ornamentos que fatiga.

Entre edificios de este jénero, y los que inspirándose en estilos mas puros, sea griego, romano o gótico, tienen el agrado y la hermosura que da el verdadero arte, prefiero los últimos, porque, como acabo de decir, ejercen una saludable influencia sobre el gusto, dirijiéndolo por mas recto camino.

El renacimiento italiano produjo igualmente resultados en Inglaterra y en España; de suerte que allí tambien ha habido necesariamente imitacion. En la primera son famo-

los nombres de Iñigo Jones, y de Christopher Wren, arquitecto este último de la catedral de San Pablo de Londres, y aquel, entre otras construcciones, del hospital de Greenwich. Pero allí es muy común el estilo gótico, aun para los edificios profanos, y además el griego sencillo, como lo dije anteriormente.

En España se ha hecho bien poco por la arquitectura en los tiempos modernos; pero desde el palacio que hizo construir Carlos V en medio de la Alhambra, según los planos de Machuca, y las varias construcciones de Juan de Toledo y Herrera, bajo Felipe II, el Escorial y la Lonja de Sevilla a la cabeza, hasta Carlos III y el actual palacio real de Madrid, siempre se han seguido como base los modelos italianos de los diversos períodos del Renacimiento.

Sería tal vez perjudicial que la imitación fuera llevada más lejos de lo necesario, y que se transplantará, por decirlo así, una época a otra, y el arte de un pueblo que pasó a uno presente, porque así quedaría éste sin vida propia y sin carácter fijo, lo que sería deplorable; pero no veo que se haya llegado a este extremo en Alemania por introducir algunos edificios griegos con oportunidad evidente, ni por inspirarse en el Renacimiento de Italia, que como hemos visto fué la cuna donde vieron la luz todas las producciones artísticas de Europa después de los siglos de decadencia.

En cuanto al gótico antiguo, yo había creído siempre que los alemanes tenían a orillas del Rin la producción más notable, casi la única muestra verdaderamente perfecta a la vez que la más grandiosa por sus atrevidas proporciones, en fin, el *non plus ultra* del estilo; pero he leído hace poco en una de las obras francesas que la Catedral de Colonia, que es a la que me refería, no es una obra alemana, sino la reproducción fiel de varias catedrales de Francia y ejecutada por arquitectos de este país. Me gustaría imponerme mejor de juicio tan avanzado, porque desde mediados del siglo XIII, en que se puso la primera piedra, hasta ahora, en que se le ha colocado el último ornamento, aparecen solo una larga lista de arquitectos (que bien podría nombrar) todos ellos de nacionalidad alemana.

Hai todavía en este país muchas otras iglesias góticas de importancia, entre ellas las de Strasburgo, Freiburg,

Munich, Meissen, Praga, Viena, que recuerdo en este momento; pero quién sabe si a todas deberá hacerse el mismo cargo de importacion del extranjero, y si la inventiva francesa halló imitadores desde el siglo XIII, en Alsacia, Baviera, Baden, Austria y Bohemia!

R. E. U.

*(Continuará)*



# FEDERACION

---

## I

El antagonismo de las tres grandes Provincias de Chile, especialmente el que desde siglos atras habia existido entre las ciudades de Santiago y Concepcion, impidió durante mucho tiempo su completa fusion política. La revolucion que arrojó del poder a O'Higgins, destruyó de tal modo la unidad de Chile, que la Junta Gubernativa de Santiago no pudo reducir a obediencia al jeneral Freire que se decia dependiente solo de la Junta de Concepcion, apesar de encontrarse él y su ejército en la Provincia de Santiago; ambos poderes se trataron de igual a igual, y aun la Junta hubo de rechazar con prudente dignidad el tono de conquistador que solia asumir el benemérito militar e inhábil político dueño de la fuerza. El hecho de la division se impuso en el ánimo de todos, y fué reconocida por el mismo acto con que a ella se puso término, al firmarse en 30 de marzo de 1822, un verdadero pacto entre las tres Provincias, como ya en otras ocasiones se habia hecho, pacto que se llamó entónces "Acta de union y centralidad,"

En adelante no era fácil que se olvidara la idea de soberanía a que las Provincias acababan de renunciar: entre el caer y levantar del gobierno, al que los liberales, auxiliados por el inmenso prestigio de Freire, no pudieron dar consistencia, la idea de la federacion, que por lo ménos era fija y parecia concreta, se popularizó lo bastante para llegar a obtener la proclamacion del sistema federal por medio de la lei de 14 de Julio de 1826. Y a nada mas se

llegó, pues aunque se dictaron y pusieron en planta algunas leyes sueltas inspiradas en el sistema federal, ninguna constitucion lo sancionó, ni fué aprobado ninguno de los proyectos que se presentaron, apesar de los esfuerzos de Don José Miguel Infante, el apóstol del federalismo.

No debe creerse que lo que se proponian entónces los hombres de estado era una franca federacion política; al contrario, antes de realizar sus propósitos y talvez para quitar con maña los humos de soberanía que solian darse Coquimbo y Concepcion, dividieron la República en ocho Provincias, destruyendo así las grandes agrupaciones que los intereses y las costumbres hacian sólidas y poderosas. Fué esta una idea salvadora que facilitó despues a los unitarios el establecimiento del órden; pero ella quitó al federalismo la popularidad que le daba vida. Ademas, las proposiciones que se presentaban sobre el gobierno propio de cada provincia, sobre las atribuciones de sus asambleas y municipalidades, sobre sus relaciones recíprocas y con el Gobierno Supremo, y especialmente sobre lo concerniente a contribuciones y gastos, revestian tal carácter de vaguedad y deficiencia, que lo mas visible en ellas, era lo que tenian de complicado, de difícil y hasta de absurdo.

En virtud del voto de las provincias que fueron consultadas sobre el sistema de gobierno que debia seguirse en la Constitucion, se confeccionó y promulgó la del 28; el sistema que habia obtenido mayoría, habia sido el "popular representativo", nombre vano, escapada ingeniosa, mui propia de los hombres que entónces dominaban, y que habian acostumbrado no tomar nunca el camino recto, ni vencer las dificultades, y que no habian mostrado resolucion sino en las cuestiones relijiosas, como el secuestro de los bienes de conventos y el destierro del Obispo. Y en el fondo de las disposiciones de esa Constitucion, se dejó notar tambien la indecision; porque si bien las atribuciones que a las asambleas provinciales asignó, fueron mas limitadas de lo que el federalismo habia propuesto, tambien cometió el error de mantener esos cuerpos deliberantes y políticos, lo que, en aquellos tiempos de desórden jeneral, de ensayos, y de pretensiones de las provincias, era una verdadera condenacion a la inestabilidad.

Fueron, en efecto, las Asambleas provinciales, las que

declararon nulo el Congreso de 1829 dando así un justificativo legal, a la revolucion que el partido de los pelucones y estanqueros promovió en virtud de su propio número y fuerza.

Puede creerse que las hondas huellas impresas en la Constitucion del 28 por el recuerdo del sistema federal, fueron el producto de buenas intenciones del espíritu liberal que reinó en los constituyentes, los cuales no encontraron una fórmula ménos peligrosa y mas conforme con el atraso de la época, para afianzar la libertad.

## II

Los revolucionarios, ademas de aprovechar los errores de los pipiolos para triunfar, aprovecharon tambien esos errores como una leccion: la Constitucion del 33 nació en medio de una poderosa reaccion contra toda idea de federacion; destruyó por completo la entidad política de las provincias, y no parece sino que, si dejó los intendentes como jefes de los departamentos que jeográficamente forman una provincia, fué únicamente para que se conservara este nombre emblema de pasadas glorias de la soberanía popular. En el organismo político diseñado por la Constitucion vijente, el puesto de esos ajentes tan inmediatamente responsables al gobierno central, no tendria objeto sino en el caso de que se hubiera querido dejar a los departamentos la autonomía que se quitaba a las provincias.

Y tal parece haber sido la intencion de los constituyentes del 33. Porque, si bien las municipalidades, no debian ya nombrar los empleados del departamento ni su propio jefe el gobernador, tenian asignadas en la Constitucion atribuciones mui semejantes a las que la del 28 señalaba a las Asambleas provinciales. Ademas, el cargo de gobernador era cargo consejil y en los primeros años de la vijencia de la lei fundamental, fué servido gratuitamente, de manera que en aquellos tiempos los jefes de departamentos solo podian buscar en el afecto y honrosa estimacion de sus gobernados, una remuneracion de sus servicios, que ahora no buscan ni encuentran mas que en las antesalas de

palacio. En conformidad con lo dispuesto en el número 7 del artículo 15 de la lei de Régimen interior, no se nombraba en la práctica, para el cargo de gobernador, sino a algun vecino del departamento respectivo, y así cualquiera que fuera el nombrado, era en cierto modo un representante y defensor de sus subordinados, pues al ménos lo seria de los intereses de sus amigos, de los de su familia y de los suyos propios, que en la mayor parte de los casos debian ser los del departamento. Es, pues, indudable que la lei de 3 de Noviembre de 1847 que señaló sueldo a los gobernadores, y la lei de 10 de Diciembre del 58 que lo aumentó enormemente, han sido el paso mas grave y decisivo hácia la férrea centralizacion que actualmente ahoga la iniciativa de las provincias. Desde entónces, cada vez se hace mas difícil ver a la cabeza de las gobernaciones, otra cosa que mozos apoyados solo por la fuerza, y que compensan la humillacion de servir órdenes despóticas, con la altanería y la arbitrariedad que usan con los ciudadanos, entre los cuales son desconocidos, y con los cuales no los ligan ni intereses, ni recuerdos, ni esperanzas comunes. En fuerza de esta situacion, si la municipalidad no es ciego instrumento del gobernador, se establece tal distancia entre uno y otro poder, que en lugar de auxiliarse mutuamente se sirven de estorvo, y siempre con perjuicio de los intereses locales representados por la corporacion, puesto que la Lei de Municipalidades y otras vijentes dan inmensa preponderancia al ajente gubernativo.

Se puede observar que actualmente la accion de las municipalidades no se estiende mas allá de los límites de la poblacion en que residen; la parte rural de los departamentos les es tan ajena, que ocurre preguntar: ¿Por qué toman parte en la eleccion de municipales los habitantes de los campos?—Pero esta reduccion de la esfera de accion de las municipalidades, tampoco entró en las miras de la Constitucion vijente, la cual les asignó entre sus atribuciones, la de promover la agricultura, la de cuidar de la construccion y reparacion de los caminos, calzadas y puentes, y sobre todo, la de hacer el repartimiento de las contribuciones, reclutas y reemplazos que hubiesen cabido al territorio de la municipalidad. El decidido, aunque talvez inconciente espíritu de centralizacion que ha dominado, ha hecho letra

muerta esas atribuciones, en lo poco que tenian de práctico, porque en las leyes y decretos sobre esas materias, los servicios de las municipalidades, han cedido siempre el paso a los de comisiones, agentes o empleados, nombrados directa o indirectamente por el gobierno central.

### III.

El aniquilamiento de las provincias primero, y de las municipalidades despues, ha contribuido poderosamente a fomentar el vicio social que se ha designado con el nombre un tanto despreciativo de "provincianismo." La centralizacion arrebatata a los departamentos la atencion de sus propios intereses locales, y hace una necesidad de la tendencia que se observa en los grandes propietarios de provincia, los cuales, en lugar de tener su domicilio en la capital del respectivo departamento, lo buscan en Santiago apénas sus rentas lo permiten; quedan las sociedades departamentales privadas de un valioso contingente de luces, influencias, actividad y riquezas, y reducidas al estado secundario de que actualmente no pueden salir. El provincianismo es consecuencia inevitable de la importancia absorbente de la capital; todos los intereses políticos, administrativos y hasta comerciales atraen hácia un mismo centro a los que pueden proporcionarse la comodidad de habitarlo; y este movimiento priva a las otras poblaciones de lo mejor de sus sociedades, lo que constituye una verdadera centralizacion social.

De todo esto resulta que la opinion en las provincias se encierra a menudo en el círculo de la vida privada, ocupándose demasiado de ella, y sin elevarse sino con dificultad y solo merced a iniciativa estraña, al exámen de los acontecimientos públicos, o a la discusion de los intereses jenerales. Por esto, la centralizacion que hemos llamado social, en nada se hace sentir mas que en la organizacion de los partidos políticos; por mas que éstos deseen organizarse en cada provincia y en cada departamento, y aun cuando sus esfuerzos para conseguirlo fueran mucho mas eficaces de lo que en realidad son, siempre se encontra-

rian con la falta de hombres que, en cada departamento, por su ilustracion, por su posicion independiente, o siquiera por sus riquezas, estuvieran en aptitud de hacerse cargo de la direccion de sus correligionarios políticos.

Hasta los mendigos se concentran en la capital, buscando una caridad tambien centralizada.

Son éstas, consecuencias naturales de la organizacion existente; pero la organizacion que tales resultados produce, no es ni puede ser conforme al órden natural de las cosas.

#### IV.

Un elemento de civilizacion mal dirigido por el espíritu de centralizacion, ha contribuido tambien enormemente a fomentar el mal que se acaba de apuntar: me refiero a la construccion de líneas férreas.

Es indudable que los ferrocarriles construidos a lo largo del territorio chileno, son obras eficacísimas para la seguridad exterior del país. Es ésta una consideracion suprema que hace perder parte de su importancia a otras que pudieran indicar un sistema diferente. Pero los intereses locales no solo han sido pospuestos, sino olvidados por completo.

Es tambien una idea laudable la de dar fuerza y consistencia a la administracion pública de un país, uniendo y poniendo al alcance del poder central todos aquellos resortes de gobierno que hacen eficaz su accion. Bajo este aspecto, la línea de mil kilómetros que se estiende a lo largo de Chile, y que todavía se pretende prolongar hasta que ocupe una décima parte de meridiano, es una hermosa obra de hábil política. Así, los intendentes, los gobernadores, los jueces, los comandantes de cuerpos y todos los empleados, están en las mismas gradas del palacio y del trono, prontos a recibir órdenes y a ejecutarlas rápidamente, sobre todo en materias electorales; su conducta está a la vista vijilante del amo que premia y vapula sin grave molestia para él, y sin que el público tenga tiempo de desempeñar otro papel que el de complacido o resigna-

do espectador. Y luego si la lejendaria Concepcion, recordando su belicoso pasado, pretendiera manifestar con hechos que no es un simple arrabal de Santiago, tendria encima, a todo vapor, los batallones, el oro y las influencias de que el centro dispone. Y ya que en tiempos anti-diluvianos sucedió que alguna vez, en Atacama, los laboriosos mineros se atrevieron a pensar en política, y lo que es mas, a manifestar sus ideas, bueno es que se vaya extendiendo hasta allá la férrea ligadura que les recuerde el vasallaje que las provincias deben a la capital.

Supongamos que sea justo que los Gobiernos de un país democrático empleen los recursos del Estado en procurarse los medios, no solo de gobernar por mayor y menor, sino de dominar como absolutos señores y dueños; supongamos que sea interes del pueblo chileno el que se imposibilite por completo el ejercicio de su soberanía; supongamos que convenga a las provincias ver desaparecer su importancia política, en beneficio de la ciudad que tiene el honor y la desgracia de ser la residencia del poder central; supongamos todo esto, pero preguntémonos tambien: ¿es éste el objeto natural de los ferrocarriles, que tanto dinero cuestan á los contribuyentes? Si los que los costean pudieran disponer su construccion de una manera mas inmediata, se inspirarian principalmente en sus propios intereses económicos; las provincias no irian a buscar un lejano centro comercial en Santiago y Valparaiso; harian que los caminos de hierro siguieran la salida natural de los productos de la comarca hácia el mar. Eso seria justo y barato. Eso es lo que la iniciativa individual ha hecho en el norte de la República, y lo que haria en todas partes si el ferrocarril lonjitudinal no hubiera dificultado esas obras disminuyendo el interes que puede impulsarlas. Suele oirse el clamoreo de algunas provincias por un camino directo hácia el mar; pero el espíritu de concentracion olvida y ahoga ese clamor y se empeña en extender la línea central de polo a polo. Así es como se vé, por ejemplo, el monstruoso absurdo de que la carga de Talca haya de recorrer, para salir, 432 kilómetros en lugar de 80 o 90, que es la lonjitud del camino de su salida natural.

## V

Quede a un lado esta digresion que podria prolongarse demasiado. Deciamos que, por haberse exajerado el primer impulso encaminado a la unificacion política del pais, se habia anulado la individualidad de las provincias, y se habia aniquilado el poder de los municipios. Mas, que actualmente existe poderosa reaccion contra la excesiva centralizacion, seria difícil ocultárselo.

Sin hablar de las promesas de descentralizacion que se encuentran en los programas de los partidos políticos militantes, hai no pocos indicios de que la opinion pública, si no se dá cuenta y razon de la necesidad de localizar la administracion, por lo ménos siente esa necesidad y busca su satisfaccion, no con medios directos y lójicos, sino por caminos torcidos, que, gracias a los obstáculos que ocultan la línea recta, aparecen mas espeditos.

Es sumamente frecuente ver que los habitantes de un trozo de territorio, mas o ménos estenso, se ponen de acuerdo para obtener del poder central, el planteamiento de esta o aquella mejora, la realizacion de una obra, la apertura de un camino, la supresion de tal o cual gabela, etc. Estas solicitudes indican el convencimiento de que nadie mejor que los vecinos, conoce lo que a los intereses locales corresponden. De ahí, al convencimiento de que debieran ser ellos mismos los llamados a velar por su propia y exclusiva conveniencia, sin necesidad de solicitudes que han de ser fácilmente desatendidas, va tan poca distancia como la hai poca entre descubrir un estorbo i tratar de quitarlo. La importancia del interes local mui a menudo se sobrepone en el ánimo de los individuos a los intereses mas jenerales del pais. Es esta una verdad que se saben mui bien los ganadores de elecciones, los cuales acostumbran prometer este mundo y el otro en materia de mejoras locales, a trueque de que los electores hagan vista gorda sobre otras consideraciones que, si son de un órden mas elevado, no les tocan tan de cerca. Y últimamente ha habido un ejemplo en grande escala de esta clase de ma-

niobras: hemos visto, en efecto, que mientras se anunciaban y preparaban las recién pasadas elecciones se hizo gran aparato con un proyecto de creación de la Corte de Apelaciones de Talca, proyecto que según parece dormirá mucho tiempo en paz, lo que hace sospechar que no fué sino un calmante electoral.

Otro indicio de la frecuente preponderancia de los intereses locales, es la gran importancia que en los departamentos se atribuye al hecho de que sus representantes en el poder, sean escogidos de entre el vecindario o por lo menos ligados a él por muy especiales vínculos. Sin duda que es éste un criterio errado; pero ¿qué se ha de hacer si los departamentos no pueden encomendar la defensa de sus intereses especiales, sino a los mismos individuos que solo debieran ocuparse del bien jeneral del país?

El empeño por dar a cada uno la injerencia mas inmediata posible en los negocios públicos que mas de cerca le atañen, parece haber dictado al mismo gobierno central algunos de sus actos, con los cuales, sin ceder jamás autoridad, ha simulado siquiera abrir camino a la iniciativa individual. Un ejemplo de esto podrian suministrarlo las Cámaras o Consejos de Comercio, de Minas y de Industrias, que hace poco tiempo se crearon para hacer respecto a sus ramos, el mismo papel que la Sociedad de Agricultura respecto al suyo. Las nuevas instituciones no teniendo mas medios de acción que los que para cada medida les suministraba el gobierno, dirijian todos sus actos a obtener algo de él, y como por otra parte no estaban apoyados por la fuerza moral que da la verdadera representación de intereses poderosos y acumulados, en poco tiempo han llegado a no dar sino escasísimas señales de vida.

Mas aun. Hace pocos años, los lejisladores no se atrevieron a entregar del todo al gobierno central la policía rural que se creó.

Se abre, pues, camino la tendencia que cada uno experimenta, a administrar, de la manera mas inmediata posible, los negocios que afectan sus intereses. Han quedado demasiado lejos los tiempos en que el contribuyente que costaba los gastos públicos, no tenia noticia de la inversión de los fondos. El Estado-Providencia, merced a la rutina, vive todavía; pero en el fondo de su conciencia, cada uno

cree que seria preferible no acudir a él sino cuando sea indispensable hacerlo, y cada uno estima de innegable conveniencia para el servicio de todos, el estar en la posibilidad de vijilar los actos de los funcionarios, y sobre todo de hacer, de alguna manera, efectiva su responsabilidad.

## VI

¿A qué término práctico llegará el marcado movimiento de la opinion que señala, como un objeto bueno y deseable el dar a cada ciudadano la facilidad posible para promover y manejar aquellos intereses, que en cierto modo le son peculiares?

No es posible que la actividad particular continúe indefinidamente limitada a obtener de los poderes centrales la promocion del bien local; el poder central cuyo fin es el bien jeneral, no puede atender al bien particular sino en la forma de concesiones graciosas; de modo que acudir a él, es acumular poder e influencias en un solo centro, cuando justamente es lo contrario lo que se necesita, porque los intereses particulares solo adquirirán la fuerza y la eficacia del derecho, cuando las atribuciones esten divididas, i cuando las influencias estén contrabalanceadas.

Desde luego, las municipalidades, por ser corporaciones que ya están constituidas, serán las primeras para las cuales la opinion exigirá independenciam en el ejercicio de las atribuciones que les son propias. Actualmente, su autonomia es un objeto constante de los deseos y de los esfuerzos de los políticos que pugnan por la descentralizacion. Y en efecto, nada hai que se imponga mas claramente que la necesidad de dejar a los vecinos de cada ciudad o aldea en completa libertad para atender por medio de sus inmediatos mandatarios al cuidado del aseo, la comodidad y ornato de la poblacion, a los servicios de educacion y beneficencia y hasta a los de seguridad.

No se puede ocultar, sin embargo, que parece imposible obtener que las municipalidades se encarguen de otros negocios que los puramente urbanos; hasta su nombre está indicando que solo a eso debe estenderse su esfera de ac-

cion. Los intereses de la parte rural del territorio tienen poco de semejante y de comun con los de la ciudad, de modo que no hay razon alguna para someter aquellos, a la vijilancia de la misma corporacion, cuyo principal cometido no puede ser otro que el de cuidar del bienestar de una sociedad tan compacta y estrecha como es la que forma un municipio. Conviene tambien que la accion del poder urbano, que está en inmediato contacto con la vida privada y los menesteres cotidianos y domésticos de los habitantes de la ciudad, no se encuentre perturbada por elementos estraños que pudieran posponer aquellos intereses menudos, que mirados aisladamente parecen despreciables, pero que en su conjunto son los mas importantes de la vida.

Es, pues, anómalo agregar otras atribuciones a las mui importantes y concretas que, por su naturaleza corresponden a las municipalidades. I como por otra parte son éstas tan numerosas, y cada una representa un círculo tan reducido, tomadas aisladamente no podrian significar sino un poder demasiado débil para oponerlo a las influencias del poder central. Si se diera a las municipalidades otras atribuciones que la de rejir independientemente los intereses de la ciudad que representan, se les haria presa mas codiciable y sin elemento alguno de resistencia.

Nó, no se puede esperar, ni seria de desearlo, que las municipalidades se hagan un poder político. No heredarán ellas, ni las glorias, ni la importancia política de los antiguos cabildos que fueron la cuna de la patria chilena.

## VII

Para que el interes local se gobierne a sí mismo con independencia, para que forme un contrapeso respetable a la absorcion central, es indispensable que se acumule sobre una base ancha, y se una y se haga solidarios en una misma organizacion, un buen número de los departamentos que el centralismo ha puesto empeño en aislar y subdividir.

Es fácil percibir en Chile una division natural en unas cuantas zonas señaladas por las diferencias de comercio,

de industrias, de produccion, de costumbres i hasta de tradiciones políticas.

Sin pretender marcar jeográficamente esta division, no hai necesidad de pertrecharse de pruebas para afirmar su existencia. Baste recordar que continuamente se habla, por ejemplo, de la rejion minera en oposicion a la rejion agrícola, del clima y de las costumbres del sur de Chile en oposicion a las del centro, de los salitreros del extremo norte, y de los pescadores del extremo sur; en fin, es evidente y está en la conciencia de todos, que las diferencias de intereses locales dividen el territorio en varias secciones.

Ahora bien, siguiendo el curso natural de las cosas ¿por qué no se propenderia en cada una de estas zonas o secciones a unir y administrar libremente los intereses comunes?

Seria difícil encontrar ningun obstáculo serio contra un movimiento semejante. No podria temerse que él pusiera en peligro o debilitará la unidad de la nacion chilena, porque ya el tiempo y sus vicisitudes, encontrando siempre a Chile inalterable y compacto bajo la solitaria estrella de su bandera, han probado que su unidad es un hecho consumado y arraigado en el corazon de todos los chilenos, los cuales jamas y por ningun motivo renunciarían este nombre.

No se trataria como en las confederaciones, en otro tiempo de moda en la América latina, de unir fuerzas heterojéneas y poderes rivales; se trataria únicamente de dar expansion y libertad a intereses de hermanos que no tendrian porqué encontrarse en pugna.

Mientras los grandes y costosos servicios jenerales de la nacion, como los del ejército y de la diplomacia, y el de la deuda pública, queden a cargo del poder central, no puede haber ningun peligro en la natural tendencia de los habitantes de cada seccion de territorio, a hacer de su propia y esclusiva cuenta, y sujetándose a lo que sus intereses indiquen, los gastos exijidos por los intereses locales, desde la conservacion de registros civiles hasta la construccion de caminos y líneas férreas, y desde la instruccion pública hasta la policía de seguridad.

Se conseguiria así libertar las provincias de la excesiva sujecion a que la centralizacion las somete, formándose

centros subalternos cuyo poder e influencia bastaria para resistir a la tendencia absorvente del poder central, tanto en el órden político como en el órden social.

Supuestos los antecedentes de la evolucion política que poco a poco produjo la actual centralizacion, y supuesta la reaccion cuyos indicios quedan apuntados, no puede ménos de considerarse como de mui probable realizacion, lo que, sin duda, vendria a tener en la forma mucha analogía con aquellas primeras divisiones que, con el nombre de sistema federal, se propusieron con tanto ahinco, ántes de que Chile se constituyera definitivamente. No seria ello verdadera Federacion; pero seria este el nombre que pondria mas fácilmente al alcance del público, el significado de una organizacion descentralizada. Por esto seria del caso preguntarse: ¿se va a concluir por donde no se pudo comenzar?

NICOLAS GONZALEZ E.



# LAS PERTURBACIONES

DEL

MUNDO MODERNO

---

(LA INGLATERRA Y LA RUSIA EN LA INDIA)

"The emperor of Russia will extend his dominions as far as possible, and after Khiva has fallen, Meru is fair ground for expecting *the conquest of Afghaniatan.*" (THOMAS W. KNOX.—*Russian Policy in Assia* (1874).

## I

El mundo moderno, a la manera de un océano que no cupiera ya desahogado dentro de su antigua cuenca, por todas partes, se ajita, se perturba y se desborda. A los cataclismos recientes de la naturaleza, sucédense en el viejo mundo, unos en pos de otros, como las olas, los vaivenes humanos que presagian las catástrofes y las preparan.

La Francia, la nación de ordinario mas sosegada, no ciertamente dentro de sus lindes propios, sino respecto de las lejanas aclimataciones de su raza (porque nunca ha sabi-

(1) El presente artículo se hallaba en nuestra imprenta la primera quincena de abril, desde cuya fecha los sucesos a que se refiere se han desarrollado en diversos sentidos; pero el autor, que no ha cambiado una sola espresion a su redaccion primitiva, mantiene su firme creencia de que la guerra entre la Inglaterra y la Rusia por la posesion de la India, es un hecho fatal e inevitable, que podrá talvez aplazarse pero jamas destruirse.

do colonizar), arroja un puñado de soldados en una remota estremidad del imperio mas populoso del orbe, y sus vanidosos hombres de estado, así como sus temerarios jenerales (que ya no tienen a su frente, cual en la guerra de la China y la captura de Pekin de 1860, ni a los Coussin Montauban ni a los Castellineau, es decir un verdadero jeneral y un verdadero héroe, recojen al fin de su petulante porfía el fruto de su empeño.

La Gran Bretaña, en un sentido diferente, acostumbra da a dominarlo y a abarcarlo todo dentro del rádio de sus cañones que se pasean por todos los mares en buques invencibles, engañada ahora, y por pretender quedarse como en su casa en el Ejipto propio "esta portada de un gran sepulcro," segun llamóla propiamente Pablo de San Víctor, se ha visto arrastrada a labrar los sepulcros de sus mas bravos capitanes, desde Gordon a Stewart, desde Earle a Burnaby, en los horribles desiertos de la Nubia antigua.

La Italia, reino casi democrático, recién nacido, o como seria mas exacto decir, apenas resucitado a la vida y a la expansion de la fuerza, endereza su política internacional a acomodarse con la táctica invasora de la Inglaterra, y asimilándose a ella traba alianza de potencia a potencia en el Mar Rojo invadiendo al Sudan por Massowah.

La España misma, a la cual no queda del sol de Cárlos V sino la vislumbre, y de sus imperios de ultramar apenas los despojos de unos pocos grupos de islas repartidas en tres océanos diferentes (las Antillas en el mar Caribe, las Filipinas en el Pacífico y las Canarias en el Atlántico), como suele quedarle a los pródigos algunas migajas de su opípara fortuna entre las grietas de sus mansiones ántes espléndidas, hállase otra vez empeñada en sus conquistas; y para su ensayo ha elegido, a ejemplo de la Italia, en pequeño promontorio del Africa occidental, frente a su último grupo de islas, donde con el poético nombre de *Rio del Oro*, remedo de su antigua nomenclatura americana, acaba de fundar tímida colonia.

Y en medio de todo esto, el canciller aleman, que ha sido llamado talvez con propiedad "el Mefistófiles del siglo XIX," segun a Felipe II llamáronle sus contemporaneos el "Demonio del Sur," presencia desde lo alto de sus pedestales de cañones el desarrollo de los abultados acontecimientos y

los aprovecha para colonizar en las islas Fiji, junto a los franceses y a la Nueva Bretaña junto a la Australia algunos fragmentos del futuro y disperso imperio colonial de la Oceanía.

## II

Obedece probablemente en todo esto la fraccionada humanidad a un movimiento jeneral e impulsivo, lei del siglo que se acaba, cual fué en el viejo mundo hace cerca de mil años, el movimiento irresistible de las cruzadas, cual lo fué algo mas tarde, el descubrimiento y la ocupacion del nuevo mundo.

Esa evolucion del espíritu humano moderno y de las potencias modernas que lo encarnan y lo plantean de hecho a la sombra de sus rivales banderas, es profundamente característico de la hora presente, y no reconoce valla humana ni jeográfica en su jigante expansion.

Así un jeógrafo moderno (1885) ha observado que la Inglaterra, por cada milla cuadrada de su estrecho territorio propio y doméstico, posee en forma de lejanas colonias sesenta y cinco millas cuadradas; la Holanda en igual proporcion es dueña de cincuenta y cuatro por una; Portugal de veinte; Dinamarca de seis, al paso que la Francia no alcanza a poseer sino dos millas de colonizacion por cada una de su suelo; la España el quinto de una milla; la Italia nada y la Alemania casi nada.

Y de semejante desproporcion en el reparto del orbe, que por sextas partes poseen en comun los dos grandes colosos marítimos y territoriales del siglo, la Gran Bretaña y la Rusia, proviene de seguro y lójicamente el febril desbordamiento colonizador que hemos señalado como el síntoma mas característico de la política universal en el momento presente. Stanley ha sido el Cristóval Colon del nuevo mundo moderno que se denomina la Africa central

## III

Pero esa misma accion proficiente de la humanidad desasosegada y bulliciosa llega aun mas léjos, porque ha con-

tajado a la mayor parte de los Estados de la América española, lo que ciertamente, si es triste, no es raro.

Las segregaciones inmediatas de Bolivia y del Perú son demasiado notorias; la reconstrucción de la obra de Morazan en Centro-América por la dilatación de Guatemala, intentase a esta hora con incierto pero peculiar afán, mediante los esfuerzos de un tirano oscuro pero arrojado, y mientras que la hermosa cuanto desgraciada Colombia se desgarrar por la quinta o sexta vez en el siglo de su independencia para recomponerse obedeciendo a sus antiguas bases, que comprendían el dominio político de la Venezuela de la Nueva Granada y del Ecuador. Por último, la República del Plata, coloso que se empina siguiendo el curso de sus ríos y de sus rieles hasta los Andes de Bolivia, acecha, junto con el Brasil, la suerte fatal del Uruguay, símbolo de una codicia recíproca y natural que dura ya más de medio siglo, y que por lo mismo para ámbos países y sus centinelas apostados en los arrecifes tarda demasiado.

## VI

Hállase el mundo moderno, en consecuencia, intensamente perturbado y henchido de acontecimientos, que, cualquiera que sea el desenlace de las armas, habrá de hacer indispensable, ántes de la extinción del siglo, la fabricación de un nuevo mapa terráqueo del globo, en gran manera diverso del que hoy rije.

Peléase en verdad en todos los continentes.

Pelean en el Africa los ingleses que han apaciguado solo temporalmente a los cafres y a los zulús.

Pelean los italianos, junto con los ingleses, contra los árabes del Sudan.

Pelea la Francia en el Asia meridional con el celeste imperio y sus pabellones negros.

Pelean en la América sus propios hijos para agrandar cada cual su suelo o solamente para ensangrentarlo.

Pelea ya o se alista para desenvainar la espada y arrima el lanza fuego a los estopines de los cañones la Europa entera por cuestión de predominio colonizador en remotas partes del orbe.

## V

Y bien!

En medio de todas estas perturbaciones que anuncian tantos males para el jénero humano, solo el último constituye, en concepto del que esto escribe y estudia, una amenaza séria, quizás formidable y de larga y sangrienta cuenta para la paz del mundo.

Y esto decimos, nó por la grave entidad de los dos colosos que van a acometerse y que forzosamente tratarán de arrastrar uncidos a su carro de guerra a todos los satélites de primera y de segunda magnitud, en cuya proximidad jiran, sino porque el antagonismo que va a hacer estallar la contienda (hoi o mañana, no importa) es antigua, incurable, indestructible como la lei de gravedad que precipita los cuerpos hácia su propio centro.

Todo lo demas, en efecto, tiene remedio mas o ménos pronto y mas o ménos eficaz.

La Francia habrá de acomodarse por oro o por tierras con la China, que tiene ámbas cosas de sobra, y jentes como hormigas.

La Inglaterra, que se ha metido en el Sudan precisamente para salir del Sudan, saldrá al fin con algunas rasgaduras en su túnica; pero saldrá desde que siendo la nacion colonizadora mas práctica y mas sagaz, sabe demasiado que en medio del desierto nada tiene que ganar permanentemente. La bandera de la orgullosa Albion abandonará, por consiguiente, las arenas de la antigua Lybia como salió en 1860 de las cálidas etapas de la Abisinia, despues de matar en Magdala a su indómito rei. La única diferencia es que ahora esas banderas saludarán al despedirse solo a sus propios servidores muertos.

La América española se compondrá asimismo, a su manera, si mas no sea por el apaciguamiento de la profunda anemia que la desangra y por la vergüenza de entregar sus mas prósperas ciudades a salteadores de camino, como acaba de serlo la floreciente ciudad que llevaba el nombre del gran nauta descubridor, a un vil incendiario. En la América es-

pañola la tea del comunismo comienza demasiado temprano a reemplazar al rifle y al cañon.

## VI

Pero lo que de seguro no se compondrá hoy ni mañana ni mas tarde sino para hacer mas terrible y mas prolongada la tragedia de esa secular querella, que desde hace cerca de tres siglos vienen sosteniendo a la sordina, casi siempre y con raras ocasiones con las armas en la mano (como en Crimea) *por la posesion definitiva del Asia central y meridional*, las dos potencias que hoy se dividen entre ambas casi un tercio del mundo habitado, la Rusia y la Inglaterra, el moscovita y el breton, dos razas del norte que no han deslindado todavía sus heredades del medio dia, pero que hoy están resueltas a deslindarla, sin hacer caso de tutores ni de albaceas.

A demostrar esta situacion histórica y de actualidad está encaminado el presente ensayo confiado a la espléndida hospitalidad de la *Revista de Artes y Letras*, que comienza a hacerse un lugar de no pequeño ámbito en lo que convencionalmente llamamos entre nosotros la "opinión pública" de Chile.

## VII

La contraposicion y rivalidad lejítima de la Gran Bretaña con las dos Rusias (la de Europa y la de Asia) en el sentido del comercio y de la riqueza, de la colonizacion y de la influencia exterior es por demas evidente, y seria sobrado arbitrio para confrontarla poner a la vista en el muro o sobre el tapiz un mapa del mundo moderno.

La Inglaterra, dueña en efecto y absoluta señora de todos sus entradas y salidas en el ancho universo; dueña del Báltico, mar ruso, mar escandinavo que vijila desde la Mancha, este zaguan de su propia casa, su escuadra doméstica llamada *The Canal fleet* ("la flota del Canal"); la

Inglaterra que domina el Mediterráneo desde el peñon de Gibraltar; que domina el mar Rojo desde Suez, una parte de cuyas acciones francesas compró, de una sola oferta, en 20 millones de pesos oro; que domina el mar de la India desde los pasos de Ceylan (estrecho de Palks); que domina, por último, el mar de la China desde los estrechos de Malaca; la Inglaterra que es señora del mar caribe desde las Bermudas y desde la Jamaica y su cinturón de islas; que vijila el paso mismo de Magallanes desde las Malvinas, quitadas a los franceses y a los arjentinos, la Inglaterra, en fin, poseedora a título de domino y a título de uso de todos los grandes caminos que ciñen el orbe, poco se cuida de las líneas jeográficas de la tierra que ella a ejemplo de los romanos de Tito, ha trazado y usufructuado a su sabor y a su placer. Ella sabe por donde ha de salir y por donde ha de volver, y esto le basta.

### VIII

Pero su rival mas poderosa, la Rusia Moscovista y la Rusia Tártara, la Rusia Europea y la Rusia Asiática, no disfruta ni con mucho semejantes condiciones de expansion ni de acarreo. El Czar de todas las Rusias, que en este orgulloso título evoca y remeda a los antiguos reyes de "todas las España", vive y se ajita en un vastísimo imperio, a semejanza de la China dentro de su histórica muralla, sin mas salida natural y propia que hácia los mares boreales que acaba de recorrer el animoso escandinavo Nordeskjod, o hácia la helada península de Kamtchaka, que da vista al Mar Pacífico. A la verdad, la Rusia no posee, en oposicion a todos los estrechos de la Gran Bretaña, que no son sino otros tantos pasos fortificados del camino real del mundo, sino el estrecho de Behering que la separa, no de la América sino de la América Rusa, y aun este desfiladero doméstico háyase casi siempre obstruido por eternos témpanos.

La Rusia con su numerosa zona territorial que comienza en Varsovia dentro del corazón de Europa y termina, o mas exactamente terminaba, hace poco en Alaska, ciudad y terri-

torio de propiedad norte-americana hoy día, no tiene ninguna salida marítima para sus rudos productos, frutos de un clima frío, sino por el Báltico, mar de hielo, que los ingleses observan desde sus propias costas, y por el Negro, mar que los ingleses, dueños también, con combate o sin combate de los Dardanelos, le cerraron de hecho, derribando los muros y cañones de Sebastopol en 1856.

## IX

De aquí la aspiración secular de la Rusia para abrirse camino propio hacia el medio día; de aquí su codicia incesante por el dominio de la Turquía para poseer en propiedad el Bósforo y los Dardanelos, o lo que es lo mismo, de Constantinopla; de aquí su tenaz aspiración al dominio de la India, el mayor y más rico imperio de la Tierra desde Alejandro el grande, tres siglos antes de Jesucristo, y desde Tamerlan el terrible, trece siglos después.

Bombay o Calcuta, las ciudades más opulentas del comercio universal desde Londres y de Nueva York, por una parte y Constantinopla, esta llave de oro de la Europa desde los tiempos de los emperadores de occidente y de los Mahometatos, por otro rumbo, forman el sueño febril y antiguo de la Rusia y de todos sus czares.

Por esto, para echarse sobre esa presa de un solo salto, Nicolás de Rusia había erigido a Sebastopol en el Mar Negro.

Y por esto, para lanzarse de improviso sobre los lindes del cálido Indostan y sus más hermosos puertos, la Rusia ha venido paciente y pausadamente marchando desde hace más de tres siglos, primero a través de los Montes Urales, cuyo oro servíale para clavetear las botas de sus voraces regimientos de cosacos en eterna marcha hacia el desierto; después a través de las frías, estériles, terribles y desoladas estepas de la Siberia, y por último, más allá del mar Caspio, que es un pequeño océano mediterráneo, hasta al mar de Bhering y más allá, atravesando el estrecho que separa los continentes hasta encontrarse en tierra firme en los Estados Unidos, sus más simpáticos aliados,

con cuyos pueblos se han entendido siempre a las mil maravillas, siendo los unos autócratas y mercaderes los otros, al sonar de los escudòs.

Guillermo Enrique Seward, simple ciudadano, casi un plebeyo, compró el territorio de Alaska en 4 millones de pesos a Alejandro III, que como todo los czares ha vivido necesitado de oro. A la verdad, la invasion rusa habria llegado hasta las mismas Californias mejicanas, si Freemont, el conquistador de aquellas zonas en la mediania del presente siglo (1846) no les hubiera salido de atravesio desde los pasos de la Sierra nevada entre Méjico y el Oregon.

## X

Tal ha sido la progresiva y perseverante invasion de los rusos hácia el centro, el norte y el oeste de la Siberia; y hé aquí porque ellos juzgan probablemente llegada hoi dia la hora del desenlace a que han venido marchando durante tres siglos, arma al brazo hasta dejarlo cumplido, sin cuidarse de la diplomacia inglesa, mucho mas artificiosa que enérjica y efectiva en aquellos parajes del mundo.—Menos se ha cuidado de sus fuerzas de mar porque es preciso confesar que en los últimos años y desde los dias de Crimea la Inglaterra se ha ocupado mas de su carbon de piedra que su pólvora de cañon.

“Está tan aficionada la Inglaterra a sacar plata, decia un oficial ruso a un jefe ingles en 1874, que será preciso *patearla* mucho (*it will take a great deal of Kicking*) para hacerla pelear.” La frase era soldadesca, pero los ocontecimientos posteriores no están probardo que era exacta?

## XI

En las tardías pero lentas evoluciones para desarrollar la conquista del Asia central, los moscovitas precedieron en efecto, en cerca de un siglo a sus rivales, que solo en los comienzos del siglo XVII se apoderaron del Indostan, quitándole

por fuerza o por conchavo a los portugueses, a los holandeses y a los indús, que estos fueron sus lejítimos y primitivos dueños.

Los rusos, por el contrario, mucho ántes de Pedro el Grande, desde Iban IV llamado "el terrible", porque durante su reinado hizo despotrar y despostar por ira o por sospechas sesenta mil de sus súbditos en Moscow, comenzaron de una manera efectiva y sistemática la invasion del Asia. Casi contemporánea con Tarmelan, el czar moscovita invadía la Tartaria del Norte, que hoi es Siberia, a sangre y fuego, como el conquistador de Persia. y a guiza de este último hacia su asiento permanente entre los nómades de tribus de los Kirghis, estos cosacos tártaros.

El cosaco Teraclk, súbdito de Ivan, fué el primero que, huyendo de la saña de su implacable amo, en atravesar los Urales con sus falanjes montadas, y por esto y con razon los historiadores rusos hacen datar desde esa fuga que se convirtió en conquista, su imperio militar y su poderío, a su sentir, irresistible sobre el Asia.

Tenía lugar esto en 1581, cuando los ingleses, tardíos en esta ocasion, aun en los mares, asomaban apénas las proas de sus morosos barcos en el océano Indico y en las aguas del Pacífico. Era ese mas o ménos el tiempo en que el *Draque*, al dar la vuelta por la primera vez el mundo, asaltaba a Valparaiso y lo quemaba.

Solo veinte años mas tarde (1600) los mercaderes ingleses ponian su planta a firme y pesada, como para no levantarla mas, en Surat, factoría de la India, y no tardarian ménos de siglo y medio en desposeer a los portugueses que habian llegado a ese imperio, fabulosamente rico, con Vasco de Gama en 1498, a los holandeses, dueños hoi todavía de Java y de Sumatra (1594) y a los franceses, que si hubieran sido buenos colonizadores habrian creado, ántes que sus mas próximos vecinos europeos, separados apénas por un angosto brazo de mar, el imperio de la India, sosteniendo eficazmente al ilustre Duplex contra lord Clive (1746).

A la verdad, la conquista hoi no del todo acabada por los ingleses ha sido la obra perseverante de mas de dos siglos, y apénas si en 1877 fué lícito a la reina Victoria, aconsejada por Disraeli, su ministro favorito, asumir el tí-

tulo de "Emperatriz de la India", sin que por esto se haya ceñido todavía la corona del magnífico Shah Jean en sus augustas sienes de mujer y soberana.

## XII

Pero en el mismo intervalo de tiempo la Rusia habia hecho por el norte su camino converjente hácia las opulentísimas planicies del Indus que conquistó Alejandro.

Pedro el Grande vivió con su vista fija en occidente, empeñado en civilizar sus bárbaras hordas moscovitas haciéndolas en cuanto era posible europeas; y a este título el fundador de San Petersburgo en los pantanos del Neva fué verdaderamente grandè como su predecesor Alejandro el grande.

Pero no por esto el ambicioso czar contuvo las riendas de sus cosacos del Don, esparcidos en busca de botin mas allá de los Montes Urales, límite de la Rusia europea. Dióles, por el contrario, alas y espuelas, siendo de notar que una mujer desarrolló esta misma política. La insaciable Catalina II, insaciable de glorias y conquistas, como era insaciable de voluptuosos apetitos, fué esa mujer.

De esta manera los Kirghis, estos beduinos de la nieve, tártaros feroces pero bravos, que habitaban las desnudas estepas de la Siberia, se hicieron súbditos de la dinastía de los Romanoff y les ayudaron a reducir a los tártaros propios, persiguiéndolos hácia el sudeste, en direccion a los Montes Attos que separaban la antigua Tartaria de la Mongolia y que, por lo mismo, sirven hoi dia de frontera a la Rusia y a la China.

La czarina Catalina II, mujer típica como mujer rusa, habíase hecho así, segun el viajero norte americano Tomas W. Knox, que hace apénas diez años viajaba libremente, a título de aliado natural, en las rejiones rusas de la Asia central, habíase, decíamos, encontrado dueña, en el espacio de setenta años, de cinco millones de millas cuadradas que poseian el doble de errantes pobladores. Los kirghis solo formaban un núcleo de dos millones en aquellas despobladas y horribles soledades.

## XIII

Pero delante de los pasos de los invasores moscovitas y cerrándoles casi herméticamente su marcha hácia las ricas rejiones que riega el Indus desde los montes Himalayas, yacian los tres poderosos reinos o *Kahanatos* de Khiva, de Kohkan y de Bohkara, imperios salvajes gobernados por feroces khanes que habian rivalizado con los antiguos czares rusos, y cuyo mas señalado tipo antiguo fué Jhenjis-Khan, el terrible conquistador del Cathay, tan terrible como Tamerlan e Ivan IV, dos tigres escapados de los bosques de Bengala, allí vecinos, hasta las altas mesetas siberianas.

## XIV

Los pacientes, sufridos, a veces brutales, pero siempre vencedores soldados moscovitas, que habian torcido oportunamente el rumbo de su marcha hácia el sudeste, dueños ya de Kassan, ciudad sagrada, marcharon sobre Samarcanda, la Meca sacrosanta de los tártaros, y poniéndole asedio con 8 mil hombres y diez y seis cañones contra 40 mil que la guardaban, rindiéronla casi sin disparar un fusilazo el 13 de mayo de 1868. Mucho ántes de esos dias, que son de ayer, el jeneral Perowski habia acaudillado imprudentemente en el invierno, una espidicion a Khiva, que malogró totalmente perdiendo 9 mil camellos y los dos tercios de su jente. Tuvo esto lugar en 1839, tan antigua es la aficion de la Rusia a quedarse en aquellas feraces tierras de los turcomanos que en tiempo antiguo eran en conjunto conocidas con el nombre del Turquestan, o la Tartaria independiente, o lo que es lo mismo, la Tartaria completamente bárbara y no subyugada ni por los ingleses ni por los rusos.

## XV

Pero aquellos parajes, aunque remotísimos entre sí, porque de Orenburgo en la vecindad del Mar Caspio habia un mes de viaje a Khiva y otro mes de Khiva a Bohkara, reflejaban sus valles, especialmente el que riega y cubre de valiosas cosechas el caudaloso Oxus, los rayos del cálido sol del Indostan; y desocupados ahora los hombres de estado de la Rusia, sus jenerales y sus cosacos de los cuidados de la Crimea, guerra de desastres que costó la vida por veneno a Nicolas I, y de la guerra del Cáucaso, por cuyos ásperos boquetes desde la muerte del heróico Schamyl, asomaban ya las cabezas de sus escuadrones hácia la Armenia y hácia la Persia, siempre caminando al sud, hácia el Indus y el calor, pusieron todo su empeño en adueñarse de los tres Khanatos que los separaba como una barrera del Atganistan, puerta de la India y territorio neutral de las dos potencias invasoras, como lo es el Uruguay, entre el Plata y el Brasil.

## XVI

De aquí la inmensa influencia del Afghanistan en el equilibrio político de la Asia central; de aquí la protección directa y asídua que le debe la Inglaterra; de aquí en fin el peligro inminente de las contingencias bélicas que una política diverjente y a la vez concéntrica de dos naciones poderosas y recíprocamente celosas y enojadas está llamada a producir, sea en el presente, que es hoi, sea en el porvenir que puede ser mañana.

La misma y permanente amenaza que se mece sobre las orillas del Plata y algun dia habrá forzosamente de estallar....

## XVII

Encerrada la Rusia en el eterno silencio de sus tartáricas sabanas y de su absolutismo moscovita, callada como el

castigo y como la muerte, poco ha sabido la Europa y el mundo de la manera cómo, aun en la presente edad del telégrafo, de los ferrocarriles y de esos eternos divulgadores llamados "corresponsales", ha hecho aquellas recientes conquistas con poquísima sangre propia, pero derramando a raudales la de sus bárbaros contendores, sin jefes, sin consejo, sin armas. Un viajero inglés (el coronel Federico Burnaby, hombre atrevido, valeroso militar y corresponsal del *Times* en el campo de don Carlos en España), que en 1874 logró llegar casi furtivamente hasta Khiva capital del Khanato de ese nombre, y de donde los rusos lo hicieron salir cortesmente llevándolo a las fronteras por una oreja, compara la marcha interminable de los rusos en el Asia central a un poderoso gigante, que colocado en la cumbre de los Montes Urales hubiera estado durante toda su vida (tres siglos) estendiendo lentamente sus dos brazos hácia el oriente, primero el brazo izquierdo hasta los estrechos de Bhering, por el norte, abarcando poco a poco la Siberia y la Tartaria propia, y una vez apretado todo ese espacio de tierra, que es un pequeño mundo, contra su pecho, habria comenzado otra vez metódicamente la dilatacion de su brazo derecho hácia el sudeste hasta conquistar por completo el antiguo reino de Kassan, la ciudad santa de Samarcanda, los tres Khanatos centrales del Turquestan, que atajaban sus numerosas lejiones en las puertas del Afaganistan y de la India. Por esto, el leal súbdito de la reina Victoria, que acaba de rendirle el tributo de su vida en los oásis del Sudan donde yace sepultado, preguntábase con patriótica ansiedad y viva desconfianza (hace de ello once años) cuál seria su situacion futura con estas proféticas y a la vez amenazadoras palabras:—"¿Cuándo y dónde se pondrá atajo a la invasion de los rusos? ¿Será en los Himalayas o será en el Océano Indico? Y no se crea que esta cuestion para nuestros nietos y para nuestros hijos sino que es *una cuestion nuestra*".

Y esto es precisamente lo que no ha querido creer el optimista gobierno inglés, ni el belicoso Disraeli, que por ayudar platónicamente al sultan contra el czar, se quedó con la isla de Chipre en forma de prima bélica, ni el pacífico Gladstone, quien a fuerza de desear la paz se ha visto o se verá bien pronto obligado a convertir su hacha de

cortar leña de encina en los bosques de su suntuosa mansion de campo, en hacha de abordaje delante de Cronstadt o delante de Sebastopol.

## XVIII

Lo que habia sucedido, entre tanto, era que el Khanato de Kockan cayó en las manos del jeneral Kauffman, gobernador jeneral de la Siberia en 1868, despues de una batalla campal en la que murieron 50 rusos y un inmenso número de tártaros. Y en pos de aquel reino, el de Khiva en 1873 y en el vecino y mas meridional de Bohkara en 1876, todo con el sacrificio de unos cuantos centenares de soldados, un poco de audacia del partido militar que domina absoluto en toda la Asia central, donde los jenerales son czares, y un poco de estólida paciencia de los ministros ingleses, que son todos mas o ménos jefes de partido y hombres de partido. Los cosacos y los turcomanos, conforme a la profecía del oficial ruso que ya hemos citado, han dado ya demasiadas coces al leopardo ingles, sin que este parezca apercibirse ni del ultraje ni del aguijon.

Por lo demas, el ejército ruso en masa desea la guerra con Inglaterra en la esperanza de recibir como botin de victoria el reparto de la opulentísima India. Un oficial superior ruso decia en la ciudad asiática de Kasala, a un coronel ingles, hace de esto algunos años:—"No hablemos de política. Es evidente que un dia u otro deberemos pelear con la Inglaterra; y despues de todo, los ingleses que conocimos en Crimea eran mucho mejores muchachos que los franceses".

Era aquello mucho decir, porque los rusos por carácter y por sistema son "tan desconfiados como los orientales" en presencia de un extranjero.

El jefe ingles aludido añade que los rusos se hallaban perfectamente preparados en 1874 para disputar el Afganistan y aun la India a la desapercibida Inglaterra y enumera la distribucion de sus tropas hasta el número de 847,847 soldados, de los que 33,893 se hallaban acampados a esas horas en Khiva. Respecto del resto de Europa

y particularmente de la Alemania, cuyo imperio teutónico los rusos, a título de slavos, militarmente aborrecen y de la Austria que miran con profundo desden, confesaban que aun no estaban listos, pero que allá por el año de 80 podrían mostrar sus dientes a todo el occidente coaligado.

## XIX

Volviendo de nuevo a los avances paulatinos pero seguros de la Rusia hácia el Asia central, nada hai mas fácil de comprender que bajo los auspicios de tales elementos de intriga, de fuerza propia y de tolerancia y de optimismo de parte de sus rivales, como escribimos en Chile y para los chilenos, nos será lícito comparar su sistema de conquista al empleado por nosotros, que tan poco nos parecemos a la Rusia y los arjentinos, (que estos al ménos tienen inmensas pampas y estepas como los moscovitas) llevando unos y otros a cabo por igual camino la reduccion y sostenimiento de las luchas salvajes del Cautin y del Rio Negro.

Ha consistido de esta suerte el mas poderoso arbitrio militar y político de los rusos el de poner en práctica el axioma de los romanos *divide et impera*. Haciendo pelear por medio de ardides y de intrigas al Khan de Bockara, que gobierna (o desgobierna) algunos centenares de miles de hombres (los cuales hasta 40 o 50 mil son combatientes) con los soldados del Khan de Khiva, conquistaron alternativamente los dos Khanatos con mui poco esfuerzo, como nosotros habíamos conquistado primero el Renaico y despues el Malleco, haciendo pelear a lanzadas a Quilapan con Colipi y a Colipi con Domingo Melin, cacique insidioso este último a quien inhumanamente, despues de logrado el plan, quitaron los cristianos la vida a traicion junto con veinte y dos de los suyos.

Un viajero en el Asia central que conoció personalmente al Khan de Khiva ya súbdito y tributario de los rusos, mozo de 28 años que le pareció "mui simpático" (y el viajero usa estas propias palabras en español, a falta de la correspondiente espresion en ingles) y pinta su palacio, sus

costumbres, sus ideas, su curiosidad infantil exactamente como nuestros viajeros describen los diálogos de los preguntones Khanes o aciques de la Araucanía. ¿Qué distancia hai de la Rusia a la Inglaterra? ¿Los alemanes son tambien rusos? El pais de donde viene el té es de los ingleses o es de los rusos?—tales fueron las preguntas del Khan de Khiva al coronel Burnaby en 1874; y despues de hacerle ver que la India era mucho mas chica que la Rusia, poniendo sus manos sobre un mapa del Indostan, bastando a cubrirlo con ella, miéntras que apénas con igual medida abarcaba un mediano espacio de la Rusia, dijo el salvaje al hombre civilizado estas palabras que la Inglaterra no ha parecido entender todavía:—“Los rusos avanzarán mui pronto de Khiva a Meru (la llave del Afganistan) de Meru marcharán sobre Herat (ciudad fuerte y rica del último reino) y así vuestro gobierno tendrá que pelear un dia de estos, quiera o no quiera”.

Y en seguida el rei casi cautivo, porque era rei tributario, añadió para caracterizar mejor su pensamiento y la situacion. “He oido decir que la India es mui rica y que la Rusia tiene muchísimos soldados (*plenty of soldiers*) pero poco con que pagarlos. Yo estoi pagando ahora algunos, añadió el príncipe, mirando con una triste sonrisa a su tesorero que estaba allí presente.”

## XX

En el intervalo de estos acontecimientos los rusos que desde 1874 si hallaban cómodamente instalados en Khiva, pais próspero en sustentos, marcharon al fin sobre Meru, en la vecindad del Afganistan, y lo tomaron casi sin resistencia, como habian tomado a la vista de los ingleses, a Khiva y a Bohkara; y cuando llegamos a esta parte de este escrito entregándolo a la prensa, el telégrafo, nos dice que los rusos han penetrado de hecho en el Afganistan el 31 de marzo de 1885, perdiendo como siempre, diez soldados y matando 500 a sus oponentes en la batalla de Penjed.

A la verdad, la paciencia de la Inglaterra ha sido tan grande como ha sido pequeña su prevision, y la hora de

las crisis que se supone bajadas de lo alto parece haber sonado para el gran imperio británico—porque la profecía del rei de Khiva se ha hecho sentir en todo el universo.—“Tarde o temprano habreis de pelear.”

Y no habrá sonado todavía por ventura en Lóndres?

## XXI

Un elemento tan importante como la resignacion inglesa en la preparacion de esta gran contienda, que tarde o temprano habrá de arrastrar a toda la Europa, cual es la eterna cuestion del avasallamiento del mundo oriental por el occidental, (la *cuestion de oriente* que viene desde Duplex y Lord Clive, desde Napolon I y desde Pitt) ha sido la fria audacia de la diplomacia rusa para negar o atenuar los hechos consumados o por consumarse. Tenemos a la vista el despacho que el embajador de Rusia en Lóndres, el conde Schouvalow, uno de los hombres mas astutos de su pasi, puesto que habia sido jefe de la policia de San Petersburgo y a quien el czar Alejandro II envió a Lóndres en enero de 1873 a dar esplicaciones al gobierno de la reina a causa de la espedicion moscovita que dió por resultado la ocupacion y conquista de Khiva, y en ese despacho (trasmitido por Lord Granville, actual canciller de Inglaterra, a Lord Loftus, embajador de la Rusia en San Petersburgo el 8 de enero de 1873), el representante del czar aseguró al ministro ingles que esa espedicion no se compondria sino de cuatro batallones, que su objeto no era sino reprimir el *bandalaje* de las tribus (como en Arauco) y rescatar cincuenta prisioneros rusos, agregando que lejos de ser el pensamiento del emperador ocupar permanentemente a Khiva, *se habian dado las órdenes mas positivas para prohibirlo y que en ningun caso se impondria una prolongada ocupacion a Khiva.*

Y los diplomáticos moscovitas que hablaban a nombre del czar, cumplieron su palabra porque no se quedaron en Khiva de una *manera prolongada* sino que se quedaron para siempre . . . .

Y este Lord Granville, que evidentemente es un hombre hábil pero casi tan viejo como Gladstone, su inseparable amigo político, es el mismo que rejía entónces y hoi los destinos internacionales de la Gran Bretaña y el mismo, que cuando el príncipe Gortschacoff, aprovechándose astutamente de la guerra franco-alemana y de sus posibles complicaciones en 1870, desgarró con insolencia el tratado de Paris y desafió a la Inglaterra a cerrarle la navegacion del Mar Negro y la reconstruccion de Sebastopol pactada en aquel acuerdo por todas las grandes naciones.

El águila rusa no se duerme.

Cuando hubo un conflicto europeo en 1870, de un aletazo rompió la coyunda vergonzosa de un tratado que menoscababa su soberanía dentro de sus propias cosas.

Hoi por hoi surge otro conflicto ingles en el Sudan, y el águila negra emprende el vuelo hácia las rejiones del botin codiciado durante siglos.

¿Quién habrá de sujetarla?

## XXII

Y esta manera de ver las cosas profundamente suspicaz y mas que suspicaz profundamente anti-británica de la Rusia no solo es comun a los diplomáticos y a los militares sino a sus escritores públicos. Todos, con escepcion talvez del czar, que es moderado como su padre, todos esperan en Rusia desde los tiempos de Nana Saib y de la gran rebelion de 1858 en la oprimida India, es decir, en sus ocho provincias inglesas y de sus 34 grandiosos *rahabs* o príncipes tributarios un levantamiento jeneral que derribe la ya demasiada larga dominacion inglesa, la cual siquiera, aun que opresiva es civilizadora; y así armas al hombro aguardan abrir paso a la civilizacion moscovista—“Enfermos hasta cerca de la muerte, dice a este respecto un libro ruso que hace diez años hizo probablemente mayor impresion en la hidrópica Rusia, (avarienta de tierras mas que de oro) los hijos de la India están ahora esperando un *médico del Nor-*

te. (Y en Valparaiso hai dos y ambos altamente estimables). (1)

“Naturalmente añade el escritor ruso aludido, algun tiempo han de tardar los indios ántes de repetir el experimento de 1858; y en cuanto es posible prever, los ingleses tendrán que luchar solo con algunos estallidos incoherentes. Pero lo que no podria afirmarse con completa exactitud lo que esos levantamientos aislados producirian, sí un apoyo exterior (la Rusia o la Tartaria?) viniesen en su ayuda causando una confragacion jeneral en toda la estencion de la India!”

(TERENTYEFES.—*La Rusia y la Inglaterra en el Oriente.*)

### XXIII

Tales son los antecedentes históricos y diplomáticos recordados a grandes razgos de esta gran cuestion que afecta al mundo entero y llevará sus perturbaciones y sus daños hasta nuestros propios mares. En cuanto al desarrollo futuro de los acontecimientos y el balance de las fuerzas que en la tierra y en el mar van a chocarse, son mas propios esos elementos de un trabajo distinto del presente.

La estadística militar algo nos ha dicho ya en Chile a este respecto, y solo podria anticiparse que así como la Inglaterra, no obstante la opinion científica de su justamente célebre constructor naval Mr. Reed, puede considerarse mucho mas fuerte que la Rusia metida en sus baluartes de madera y fierro, así el ejército moscovita aventájale en el doble sino en el triple. Y es esto de tal suerte que, suponiendo a ambos combatientes igual bravura en tierra firme, y que el patriotismo en el suelo de la Gran Bretaña (no obstante el estado precario de la Irlanda y aun del Canadá y la campaña pasajera del Sudan) llegara a poner bajo su bandera medio millon de hombres y el ejército de la India, manteniéndose fieles todos los príncipes tributarios y las tribus de la rejion montañosa del belicoso emir de Afganistan, que puede ofrecer su continjente de cien mil

(1) Los apreciables doctores Von Schroeder y Servakoff.

combatientes, enterase lo que faltaba al primer millon, los rusos con sus primeras reservas opondrian a sus competidores el doble de carne de cañon y en caso de apuro el tres tanto—tres millones de soldados!

## XXIV

La suerte de las armas, en todo caso, dependería de la actitud de las razas mahometanas del Himalayas, del Afganistan, de la India misma, donde existen diecisiete millones de sectarios del Profeta, y aun de la Persia, cuyo Shah, por miedo mas que por amor, se ha mostrado simpático a la águila negra, porque en ciertas ocasiones ha defendido a sus afeminados súbditos de los crueles Khanes, sus vecinos. La alianza del sultan seria, por consiguiente, para Inglaterra un gran elemento de éxito, porque entre aquellas poblaciones semi bárbaras y fanáticas, la mísera Meca tiene mas poderío que la opulentísima Lóndres.

## XXV

En cuanto a las actuales posiciones de los belijerantes o casi belijerantes, eso que es del futuro, nos lo irá diciendo la doble línea telegráfica que a caballo en dos mares nos envia todos los dias sus contradictorios pero rápidos boletines.

Se ha dicho, entretanto, por algunos que los ingleses se hallan solo a 200 millas de la línea del Afganistan, suponiendo que concentren sus tropas en las magníficas planicies del Punjab, nombre que significa los cinco rios que en el extremo norte del Indostan se echan en el Indus; al paso que los rusos avanzando por sus estepas desde el rio Oxus, el Atagartes de los antiguos, quedarian separadas las fuerzas contendientes por una distancia tres veces mayor de los puestos avanzados en que, conforme a un sistema invariable, el jeneral Komaroff, a nombre del partido militar de Rusia, ha roto el fuego contra los bravos afghanes tomados probablemente de sorpresa.

Entretanto, es lo cierto que, aun prescindiendo de que Meru, puerta de calle del Indostan por el norte, se halla desde hace tiempo en manos de los rusos y a cortas jornadas de Herat, ciudad principal del Emir de Afganistan, y dando por cuartel jeneral al gran ejército que los invasores destinarán probablemente a la ocupacion rápida del último país, las fértiles llanuras de Bohkara, abundantísimas en trigo y comestibles, no tendrian aquellos sino doce dias de marcha de Bokara a Balkh y de esta ciudad, por el paso veraniego de Bamian a Cabul, capital del Afganistan, otros doce dias, esto es, un mes escaso de cómodo avance, provisto cualquier ejército de todos sus consumos en el verano. Por esto, decia hace diez años el hábil coronel Burnaby, que la Inglaterra deberia hacer entender claramente a la Rusia que si avanzaba un paso mas en la direccion de Balkh o de Meru (o Merve) ello seria mirado como un *casus belli*."

Los rieles han modificado, por otra parte, de una manera mui notable las distancias de la Rusia a la India en los últimos diez años.

## XXVI

Pero lo que es hoi dia, cualquiera que sea la situacion, declárese la guerra en el presente verano o en el próximo o algo mas tarde, esa guerra será siempre inevitable, porque es una guerra tradicional, histórica, jeográfica, fatal como el Destino antiguo, guerra de predominio de todo un mundo, el mundo oriental, al paso que la presa en disputa es la de mayor codicia echada entre los inquietos hombres por la Providencia, que puso en aquel suelo el Paraiso terrenal.

La India por sí sola es en efecto el imperio mas espléndido y opulento de todo el universo porque así como sus campos se ven cuajados de las mas ricas mieses del regalado consumo humano, así las vestiduras de sus príncipes brilla con mayor esplendor de joyas que las de los monarcas occidentales mas poderosos, siendo su renta pública segun el último dato llegado hasta nosotros (1881) de cer-

ca de 500 millones de pesos (72.559,978 £), sin contar el tributo de sus príncipes ni la renta peculiar de estos que se cuenta por cada uno de ellos solo por millones de libras esterlinas.—Una sola produccion—un veneno—el opio, deja a la maravillosa colonia en cada año de diez a once millones de libras esterlinas.

Y estarán los ingleses, jentes eminentemente financieras, dispuestos a dejarse arrebatarse semejante injente tesoro por el colosal si bien escuálido jigante del águila de los Czares y de los Kalmes?

Nosotros no lo creemos, y por lo mismo, en honor de una nacion poderosa y amiga que mas que otra alguna, desde los tiempos de Roma, ha civilizado al mundo, esperamos que la Gran Bretaña se acuerde al fin, no ya del mote heroico de Nelson en Trafalgar, sino de lo que es mucho mas simple pero mucho mas eficaz que la gloria, esperamos que se acuerde de su gran poeta y de su dicho

“TO BE OR NO TO BE”

B. VICUÑA MACKENNA.

Santa Rosa de Colmo, abril 13 de 1885.





# MAL POR BIEN

## ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Manuela. Dos puertas a la derecha y dos a la izquierda. Al fondo dos ventanas que dan a la calle. Muebles de lujo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA MANUELA, ROSITA.

ROSIT. ¡Ai! qué alegría, mamá;  
¡Ai! cuánto gusto me ha dado! . . . .  
¿Pero usted no me ha engañado?

D<sup>a</sup> MAN. Nó; todo arreglado está.  
Estas cosas delicadas  
Se hacen así. . . . en pocos dias.

ROSIT. Al fin, ilusiones mias,  
Voi a veros realizadas!

D<sup>a</sup> MAN. En pocos mas es la boda,  
Y tu madre quedará  
Solita. . . .

ROSIT. Éso nó, mamá;  
Porque, si a usted le acomoda,  
Estará donde esté yo:  
Para siempre en compañía  
De su Rosita.

D<sup>a</sup> MAN. Hija mia!  
(*Con ternura.*)

- ROSIT. No faltaba mas sinó  
Que fuera sola a dejar  
A mi mamacita en la hora  
De mi alegría! . . . .
- D<sup>a</sup> MAN. Habladora;  
Qué bien sabes engañar! . . . .
- ROSIT. No es engaño.
- D<sup>a</sup> MAN. Sí que lo es;  
Porque, estando tú casada,  
No me quedará ya nada,  
Nada aquí en la tierra! . . . .
- ROSIT. Pues,  
Sucederá lo contrario,  
Que entónces seremos dos  
Para usted.
- D<sup>a</sup> MAN. Quiéralo Dios!
- ROSIT. Pero es gusto estrafalario  
Pensar mal siempre! . . . .
- D<sup>a</sup> MAN. No tal;  
Yo pienso mui en razon:  
Cuando se case Ramon  
Querrá viajar . . . .
- ROSIT. Y eso es mal?
- D<sup>a</sup> MAN. Ah! para tí no es así,  
Pero lo es para tu madre  
Que tendrá, aunque no le cuadre,  
Que separarse de tí . . . .  
Mas no hablemos de esto . . . . Dime:  
¿De la boda estás contenta?  
Dí lo que tu pecho sienta . . . .  
Porque el mio se me oprime  
De pena, si reflexiono  
En que infeliz puedas ser;  
Que yo te quisiera ver,  
Hija de mi alma, eu un trono . . . .  
En brazos de la fortuna,  
—¡Delirios de madre son!—  
Que nunca en tu corazon  
Existiera pena alguna.  
Quisiera siempre en tí ver  
La sonrisa encantadora

De aquéllos cuya alma ignora  
El amargo padecer. . . .

(*Pausa larga.*)

Puesto que te da Ramon  
Su honrada mano, en retorno  
Dale tu mas bello adorno:  
Tu sencillo corazon.

¿Oirás su tierno reclamo?

ROSIT. Lo oiré. . . .

D<sup>a</sup> MAN. Con gusto?

ROSIT. Sí. . . .

Qué digo. . . . ¡Con frenesí!  
No sabe usted cuánto lo amo!

D<sup>a</sup> MAN. ¿Serás feliz?

ROSIT. Mui feliz!

D<sup>a</sup> MAN. Contenta estarás?

ROSIT. Contenta!

D<sup>a</sup> MAN. Hija, mucho me atormenta  
La idea de algun deslíz. . . .

ROSIT. ¿De mi parte?

(*Interrumpiéndola.*)

D<sup>a</sup> MAN. De la mia.

ROSIT. ¿Por qué! . . . .

D<sup>a</sup> MAN. No quiero obligarte. . . .

ROSIT. ¿A casarme?

D<sup>a</sup> MAN. Sí, a casarte. . . .

ROSIT. ¿Y qué quiere?

D<sup>a</sup> MAN. Tu alegría. . . .

ROSIT. Me la da usted.

D<sup>a</sup> MAN. Con Ramon?

(*Mirándola fijamente y recalcando el nombre.*)

ROSIT. Sí, con Ramon.

D<sup>a</sup> MAN. Temo que. . . .

ROSIT. ¿Qué teme usted?

D<sup>a</sup> MAN. No lo sé. . . .

ROSIT. ¿Quién la aflije?

D<sup>a</sup> MAN. El corazon.

ROSIT. Mucho la inquieta?

D<sup>a</sup> MAN. Con zaña.

ROSIT. ¿Por qué?

D<sup>a</sup> MAN. Desgracias presente.

- ROSIT. Miente el corazon.  
 D<sup>a</sup> MAN. Que miente?  
 ROSIT. La engaña a usted.  
 D<sup>a</sup> MAN. Que me engaña?  
*(Pausa. Doña Manuela, despues de hacer como que procura desechar una sospecha, prosigue.)*  
 Hija, con ingenuidad  
 Me has de responder.  
 ROSIT. Señora,  
 Pregunte usted en buenhora;  
 Diré solo la verdad.  
 D<sup>a</sup> MAN. Vamos a hablar. . . . de Ramon.  
 ROSIT. ¿De Ramon? Pues ya la escucho.  
*(Con júbilo.)*  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Lo quieres tú mucho?  
 ROSIT. Mucho.  
*(Con vehemencia.)*  
 D<sup>a</sup> MAN. Sus prendas. . . .  
 ROSIT. Mui nobles son.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Cómo hallas su rostro?  
 ROSIT. Hermoso.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿I su trato?  
 ROSIT. Cortesano.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Será vano?  
 ROSIT. ¡Oh. nó! . . . no es vano.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Su carácter?  
 ROSIT. Bondadoso.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Tiene talento?  
 ROSIT. Y no poco.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Es orgulloso?  
 ROSIT. No lo es.  
 D<sup>a</sup> MAN. ¿Caritativo?  
 ROSIT. Por tres!  
 D<sup>a</sup> MAN. Pero es. . . . algo loco. . . .  
 ROSIT. Loco!  
*(Con sorpresa y desagrado.)*  
 ¿Cómo puede tal decir  
 Quien tanto lo conoce!  
 D<sup>a</sup> MAN. Hija,  
 Una madre bien se fija  
*(Aparentando mucha seriedad.)*

En quien ha de recibir  
 De yerno el sagrado nombre. . . .  
 Es necesario saber  
 A quién se da la mujer. . . .  
 Las cualidades del hombre. . . .  
 Porque un yerro cometido  
 Difícil es reparar. . . .  
 Mucho es preciso pensar  
 En la eleccion de marido. . . .  
 Te habrá dicho que te quiere  
 Ramon ¿verdad?

ROSIT. Sí, señora.

D<sup>a</sup> MAN. Que te adora?

ROSIT. Que me adora.

D<sup>a</sup> MAN. Que muere por tí?

ROSIT. Que muere.

D<sup>a</sup> MAN. Y mil cosas te habrá dicho

Galanteos a porfía. . . .

ROSIT. ¡Ai! ¡Y con cuánta alegría

Le escuché!

D<sup>a</sup> MAN. Pues es mal vicho

El tal Ramon.

ROSIT. Mamá!

D<sup>a</sup> MAN. Calla. . . .

Si digo que es buena pieza.

Esa letanía empieza

Con cada muchacha que halla. . . .

ROSIT. ¡Madre mia, madre mia! . . . .

No me martirice el alma. . . .

D<sup>a</sup> MAN. Ah! cuánto lo amas! (Se calma

Algo mi angustia!)

ROSIT. ¡Qué impía

Fortuna! . . . ¡Ese pensamiento

El corazon me tortura!

D<sup>a</sup> MAN. ¿Es tanta tu desventura?

ROSIT. Aguda pena aquí siento!

(Llevándose la mano al pecho.)

¡Y yo que creí. . . .

D<sup>a</sup> MAN. Pobrecita! . . . .

(Riéndose bondadosamente.)

Si todo esto era finjido

- Vaya! que te has conmovido!  
Serás su mujer, Rosita.
- ROSIT. Dios mio; pero es verdad  
Lo que usted me dice ahora?  
No me engañe usted, señora!
- D<sup>a</sup> MAN. No te engaño: es realidad! . . . .  
(*Acariciándola.*)
- ROSIT. ¡Ai! me voi: quiero llorar! . . . .
- D<sup>a</sup> MAN. Se te van a poner rojos  
Con las lágrimas los ojos . . . .
- ROSIT. Así me podré calmar . . . .  
(*Váse por la derecha, primer término.*)

## ESCENA SEGUNDA.

DOÑA MANUELA.

- D<sup>a</sup> MAN. Quedo bastante tranquila,  
Pues ella está enamorada  
De Ramon . . . . ¡Quién osó, entónces,  
Escribir? . . . . Exajeradas  
Son mis zozobras . . . . Cualquiera  
Puede escribir una carta . . . .  
(*Saca una de su bolsillo.*)  
Mas ¡quién será el botarate  
Que ha cometido esta infamia?  
¡Atrevido! . . . . Y está en verso . . . .  
—“Hermosa mia . . . . hasta el alma  
(*Leyendo con disgusto.*)  
Tus ojos me han penetrado . . . .  
No me esquives tus miradas!”  
(*Deja de leer.*)  
Yo no puedo cousentir  
En que Rosa . . . . ¡Es petulancia  
La de este hombre! . . . . En todo caso,  
Diré a Ramon lo que pasa . . . .  
(*Pausa larga.*)  
No permitiré jamas

Que la hija de mis entrañas  
Se sacrifique por mí,  
Casándose con quien no ama. . . .

(Llega Valentin por la izquierda, primer término.)

### ESCENA TERCERA.

DOÑA MANUELA, VALENTIN.

VAL. ¿Señora?

D<sup>a</sup> MAN. ¿Eres tú, muchacho?  
(Guarda la carta.)

VAL. Señora, buenas mañanas.

D<sup>a</sup> MAN. ¿Qué es de Ramon?

VAL. Me encargó  
Que ante usted le disculpara,  
Porque, habiendo prometido  
Venir temprano a su casa,  
Todavía no ha llegado.  
Cosas de mucha importancia  
Lo han retenido hasta ahora.

D<sup>a</sup> MAN. ¿Pero vendrá?

VAL. Ya no tarda.

D<sup>a</sup> MAN. Rosita? Hija mia?  
(Llamando.)

ROSIT. Allá

Voi, mamá. . . . ¿Usted me llamaba?  
(Saliendo.)

### ESCENA CUARTA.

DICHOS, ROSITA.

D<sup>a</sup> MAN. Sí.

RVSIT. ¿Cómo estás, Valentin?

VAL. Mui bien, señorita, gracias.

D<sup>a</sup> MAN. Luego va a venir Ramon;

Con Valentin nos lo avisa.  
Es probable que se quede  
A almorzar.

ROSIT. Buena noticia.

D<sup>a</sup> MAN. Parece que se te alegran

*(Bajo a Rosita.)*

Los ojitos, picarilla! . . .  
Estás mui desarreglada,  
Vamos adentro, hija mía;  
Es preciso que tu novio  
Te encuentre mas compuestita.

*(Se van por la derecha, primer término.)*

VAL. Voi a hablar con la Rosario.

¿Dónde estará esta chiquilla? . .

*(Se dirige a la derecha, segundo término. Sale la Rosario por el primero sin verle. Valentin se acerca a ella en puntillas.)*

## ESCENA QUINTA.

VALENTIN, ROSARIO.

ROS. Qué pillarme don Ramon  
Cuando a casa me volvía!  
*(Valentin le da una palmada en el hombro.  
Ella se vuelve asustada.)*

Misericordia!

VAL. Soi yo.

No hai que asustarse, mi vida.

ROS. Valentin, deja la broma.

¿Qué es de don Ramon?

VAL. ¡Chiquita

Es la rabieta que tiene,  
Mujer, contigo! . . . Una inquina  
Que es la vida perdurable! . . .

ROS. ¿Y por qué! . . .

VAL. ¿Nada te avisan

Tus propios remordimientos?

- ROS. Si es una falta tan nimia  
La que cometí.
- VAL. Será  
Lo que tú quieras, chiquilla;  
Será . . . alguna pequeñez;  
Será . . . alguna tontería . . .  
Mas, nadie puede impedir  
Que sea una falta indigna.
- ROS. Su enojo no será tanto  
Que no me perdone . . .
- VAL. Chica,  
Tu perdon obtuve yo  
Con la condicion precisa  
De que habias de decirme  
Qué era lo que te movia  
A ir a casa de aquel  
Sujeto . . . tan a escondidas . . .  
(El patron quiere saber  
Si ama al otro su Rosita.)
- ROS. Viene álguien . . . Despues será . . .
- VAL. ¿Me dirás?
- ROS. Todo . . .
- VAL. Bien, chica.  
(*Váse por la derecha, último término.*)
- ROS. Ella y él me han perdonado . . .  
(*Contenta. Sale Francisco por la izquierda,  
primer término.*)

## ESCENA SEXTA.

ROSARIO, FRANCISCO.

- FRAN. Rosario . . .
- ROS. ¿Quién? . . . ¡Don Francisco! . . .  
Virgen santa!
- FRAN. No te asustes.
- ROS. Que no me asuste . . . ¡Dios mio! . . .  
Váyase usted . . .

FRAN. NÓ Rosario.

ROS. Por favor! . . . .

FRAN. Aquí he venido  
Porque necesito hablarte . . . .  
Porque el horrible martirio  
Que mi corazón tortura  
Talvez encontrará alivio  
En este paso supremo . . . .

ROS. ¡Ai, señor, somos perdidos  
Si encuentran a usted aquí! . . . .  
Váyase usted! . . . .

FRAN. Ya te he dicho  
Que no me iré sin hablarte.

ROS. Pronto . . . hable usted . . . le suplico! . . . .

FRAN. Vas a hacerme el favor último  
Que te pediré.

ROS. Bien, dígalo.

FRAN. Si compruebo mi inocencia  
Ya podré quedar tranquilo.  
(Como hablando consigo mismo.)

ROS. Pero . . . .

FRAN. Si no obtengo nada . . . .  
Dios guiará mi camino!

ROS. Pero, dígame, señor,  
Qué tiene que hablar conmigo! . . . .

FRAN. Es verdad . . . ¿Juras, Rosario,  
Juras hacerme el servicio . . . .

ROS. Lo juro, señor, lo juro  
(Interrumpiéndole.)

Sin vacilar! . . . .

(Valentin, que va a entrar por la derecha, se detiene al ver a Francisco, y sin ser notado se queda escuchando desde la puerta.)

FRAN. Pues hoy mismo

Harás que vaya a mi casa  
Doña Rosita . . . . o conmigo  
Aquí en la suya hable a solas . . . .  
Es urgente . . . .

VAL. (¡Ah, don Francisco! . . . .)

ROS. ¡Qué me pide! . . . . ¡Dios del cielo! . . . .

FRAN. Rosario, este compromiso

Es sagrado!... Lo juraste!....

Es necesario cumplirlo!

*(Váse apresuradamente. La Rosario sigue detras de él hasta la puerta y vuelve desolada.)*

ROS.

Pero, señor!... Oiga!... Nada!....

VAL.

*(Oí bastante.... me eclipse....)*

*(Se retira.)*

## ESCENA SÉPTIMA.

ROSARIO.

Ros.

Y se marcha!... Y no me escucha!....

¡Infeliz de mí!... me aflijo

En vano!... Es fuerza cumplir....

*(Con resolucion.)*

¿Cómo hacer que le hable hoi mismo?....

Le diré todo... ¡Es tan buena!....

*(Entreabren una de las ventanas desde afuera y Cárlos alisba por ella. Al ver a la Rosario la llama quédo, haciendo sonar el aliento entre los dientes.)*

## ESCENA OCTAVA.

ROSARIO, CÁRLOS.

CÁR.

¡Fist!....

ROS.

¿Quién llama?

CÁR.

Rosarito.

ROS.

El zángano!... Escuche usted....

CÁR.

Sí... ya te escucho, Rosario....

*(La Rosario pugna por cerrarle la ventana, que sujeta Cárlos desde afuera.)*

Ros.

Aquí no se pierde el tiempo,

Señor, con los mentecatos. . . .  
¡Deje usted!. . . .

CÁR. ¡No seas cruel!. . . .

Con un pobre enamorado!. . . .

ROS. Mire que si un poco mas

Usted me molesta, llamo!. . . .

CÁR. ¡Llama, llama cuando quieras. . . .

Pero al lucero adorado!. . . .

*(Sale Rosita, y sin que Cárlos la vea se va a poner en un lado de la ventana.)*

¡Que venga a ver a este mísero

Que por ella está penando!. . . .

### ESCENA NOVENA.

DICHOS, ROSITA.

CÁR. ¿Estás sola?

ROSIT. Que sí!

*(Bajo y rápido a la Rosario.)*

ROS. Sola.

CÁR. Entro entónces!

*(Desaparece de la ventana.)*

ROS. ¡Qué está hablando!. . . .

### ESCENA DÉCIMA.

ROSITA, ROSARIO.

ROSIT. ¡Déjalo, muchacha, déjalo.

Voi a darle el ultimátum,

A ver si me deja quieta

Algún dia este espantajo!

ROS. Ya le tenemos aquí!

ROSIT. Pues que se apronte el mui sandio!

*(Llega Cárlos.)*

## ESCENA UNDÉCIMA.

DICHAS, CÁRLOS.

- CÁR. (¡Aquí la chica!... ¡A la carga!)
- ROSIT. Señor.....
- CÁR. Mi bien adorado!.....
- ROSIT. ¡Cómo es eso, señor mio!.....  
Yo no tengo el gusto... Vamos!.....
- CÁR. ¡De conocerme?... ¡Hace tiempo  
Que estoi de amor espirando  
Por ese garbo gentil  
Y esos ojos!.....
- ROS. ¡Pues no es trasto!.....
- ROSIT. ¡Caballero!.....
- CÁR. Señorita!.....  
Que yo vea realizados  
Mis deseos.  
(*Le toma una mano que ella pugna por separar.*)
- ROSIT. ¡Suelte usted!
- CÁR. Con una sola palabra  
(*Echándose a sus piés cómicamente.*)  
Puedes hacerme tu esclavo!
- ROSIT. ¡Yo tambien lo quiero.....
- CÁR. ¡Oh dicha!  
(*Interrumpiéndole.*)
- ROSIT. ¡Lo quiero.....
- CÁR. ¡Me vuelvo insano!  
(*Como ántes.*)  
De placer!... (Victoria!) ¡Hermosa  
Esperanza!... ¡No me engaño!  
Me quieres!
- ROS. ¡Ja ja!  
(*Riéndose.*)
- ROSIT. Lo quiero.....  
Lo quiero ¡sí!... ¡ver ahorcado!  
(*Con risa i mofa.*)

- CÁR. ¡Jesus! . . . .  
*(Levantándose prestamente.)*
- ROS. ¡Viva!
- CÁR. Pero! . . . .  
*(Confuso.)*
- ROS. Puede  
 Ir la sogá preparando!  
*(Doña Manuela que va de paso hácia el segundo término, se detiene al ver a Carlos.)*
- CÁR. ¡La vieja! . . . ¡Perdido soi! . . . .)

### ESCENA DUODÉCIMA.

DICHOS, DOÑA MANUELA.

- D<sup>a</sup> MAN. ¡Caballero, se ofrece algo?
- CÁR. Vine . . . . a preguntar, señora . . . .  
 Si vivía aquí don Pablo . . . .  
 Juez . . . Sis . . . Mas . . . Bo . . . .  
*(Sin saber qué decir.)*
- D<sup>a</sup> MAN. Aquí no vive.
- CÁR. ¡Diablos! ¡No sé donde me hallo!
- ROSIT. ¡Ves cómo engaña a mi madre!  
*(Bajo a Rosario riéndose.)*
- ROS. ¡Cómo miente el don bellaco! . . .  
*(Lo mismo a Rosita.)*
- CÁR. ¡Señora . . . a los piés de Ud! . . .  
*(Haciendo cortesías.)*
- D<sup>a</sup> MAN. Vaya Ud. con Dios.
- CÁR. *(Escapol!)*  
*(Váse. Doña Manuela sigue hácia la izquierda 2º término y se entra.)*

### ESCENA DÉCIMA-TERCIA.

ROSITA, ROSARIO.

- ROS. A ver si escarmienta al fin!  
*(Riéndose.)*

- ROSIT. ¿Y si vuelve a molestarnos?  
Le diremos a Ramon  
Que arregle el asunto.
- ROS. ¡A palos! . . .  
Que otra cosa no merece  
Un moscon tan insensato! . . .  
Todo el dia anda conmigo  
A recado y mas recado . . .  
Ya me abre aquí las ventanas,  
O me pega allá un sustazo;  
Ya a este oído me sopla . . .
- ROSIT. ¡Chit! . . . Viene Ramon . . .
- ROS. Me marchó! . . .  
Pues, por lo que a Ud. conté,  
Está conmigo enojado! . . .  
(*Váse derecha primer término. Llega Ramon  
con el rostro sombrío.*)

## ESCENA DÉCIMA-CUARTA.

ROSITA, RAMON.

- RAM. ¡Rosita mia!
- ROSIT. ¡Ramon! . . . ¿Qué tienes? . . .  
¡Por qué en tu frente veo dolor? . . .
- RAM. ¿Dolor? . . . Te ongañas, amada mia,  
Siempre está alegre mi corazón . . .
- ROSIT. Nó; tú me engañas . . .
- RAM. ¿Serás contenta  
(*Tratando de variar de conversacion.*)  
De verte unida por siempre a mí?
- ROSIT. Siempre a tu lado! . . . Siempre contigo! . . .  
Será a mi pecho dicha sin fin! . . .
- RAM. Mas . . . si te pesa . . .
- ROSIT. Nunca, ¡Dios mio!  
Mi bien, mi gloria! . . . todo eres tú! . . .
- RAM. ¿No mas deseas? . . .
- ROSIT. ¡Nada!

- RAM. ¿Me quieres?..  
 ROSIT. ¡Que si te quiero!... ¡Quiero la luz  
 Que en la mañana cuando despierto  
 Presta a mis ojos su claridad  
 Y no he amarte con tierno gozo  
 Cuando a mi pecho la luz tú das?...  
 Cuando al influjo de tu mirada  
 Aquí he sentido vivo latir!...  
*(Llevándose la mano al pecho.)*  
 Cuando las dulces palabras tuyas  
 Las he sentido vibrar—aquí!...  
*(Como ántes.)*
- RAM. ¡Nunca el recuerdo, de mi memoria,  
 Oh Dios, aparte tu voluntad!...  
 Que las ternezas del ángel mio  
 Siempre gravadas allí estarán!...  
 ¡Repíte, hermosa! ¡Digan tus labios  
 Dos y diez veces y ciento y mil  
 Lo que con tanta dulzura sabes  
 Al alma mia, grata decir!...  
 ROSIT. ¡Te amo!  
 RAM. ¡Te adoro!  
 ROSIT. ¡Tú eres mi encanto!  
 RAM. ¡Tú mi esperanza!  
 ROSIT. ¡Tú mi ilusion!...  
 RAM. No sé palabras!...  
 ROSIT. Una tan solo  
 Conoceremos!...  
 RAM. ¡Amor!  
 ROSIT. ¡Amor!...  
*(Llega doña Manuela.)*

## ESCENA DÉCIMA-QUINTA.

DICHOS, DOÑA MANUELA.

D<sup>a</sup> MAN. ¿Rosita?

ROSIT. Mamá...

- D<sup>ra</sup> MAN. Ramon . . .  
Al fin se le vé por casa! . . .  
(*Saludándolo cariñosamente.*)
- RAM. Sí, señora. Hace un momento  
Que llegué. . .
- D<sup>ra</sup> MAN. Y no me avisabas. . .  
(*A Rosita riéndose.*)
- ROSIT. Pero. . .
- D<sup>ra</sup> MAN. Pero. . . De seguro  
Que en tierno coloquio. . . ¡Vaya!  
¡Qué se ha de hacer contra dos  
Enamorados que charlan. . .  
(*Riéndose.*)  
Son capaces de olvidar  
Hasta que en la tierra se hallan! . . .  
(*Transición.*)  
Pero a las veces sucede  
Que la Providencia guarda  
Para el hombre mas feliz  
Sus puntillos de desgracia! . . .
- RAM. Tiene Ud. razon, señora!
- D<sup>ra</sup> MAN. Es menester que te vayas  
Rosita: tengo que hablar  
Con Ramon.
- ROSIT. ¿De boda? . . .
- D<sup>ra</sup> MAN. ¡Mala!  
(*Riéndose.*)
- ROSIT. Con gusto me voi. Arrénglese  
En tres o cuatro palabras!  
(*Váse: derecha, primer término.*)

## ESCENA DÉCIMA-SEXTA.

DOÑA MANUELA, RAMON.

- RAM. Señora; esplíquese Ud.
- D<sup>ra</sup> MAN. He estado mui alarmada.  
Por eso anoche le envié  
Con la Rosario una carta  
En que le rogaba a Ud.  
Que me viera esta mañana.

- RAM. Héme aquí.
- D<sup>a</sup> MAN. Bien. Además  
Decíale yo en la carta  
Que había en mi poder una  
En que algo grave se hablaba  
A la Rosita.
- RAM. Es verdad.
- D<sup>a</sup> MAN. La cosa ha sido algo rara.  
Anoche encontré entreabierta,  
Ramon, aquella ventana...  
Serían como las nueve...  
Me dirigía a cerrarla  
Cuando pasa un hombre y tira  
Para adentro algo. Picada  
Mi curiosidad, me pongo  
A buscar... ¡Era esta carta!...  
(*Se la pasa.*)
- RAM. ¡De Francisco!  
(*La lee para sí.*)  
¡Infame!... ¡Infame!...
- D<sup>a</sup> MAN. ¿Conoce al que...?
- RAM. ¡Lo ignorara!...  
(*Con rabia y desaliento.*)  
¡Carta de su puño y letra!...  
¡Estos versos!... (¿Si ella lo ama?...)
- D<sup>a</sup> MAN. ¿De quién?
- RAM. De uno que se dijo  
Mi amigo, un tiempo, y se llama  
Francisco Arco...
- D<sup>a</sup> MAN. Si será  
El que estuvo ha poco en casa?...  
(*Con sospechas.*)
- RAM. ¡No quedará sin castigo!...  
(*Con cólera.*)  
(¿Oh, desdicha!... ¡Y si ella lo ama?...)  
(*Transición, con abatimiento y dolor.*)

CAE EL TELÓN.

ANTONIO ESPIÑEIRA.

## NICOMEDES ANTELO

---

Album patriótico.—Discursos y composiciones leídas en la velada literaria celebrada en la Legación de Bolivia en conmemoración de la independencia de aquella República el día 6 de agosto de 1882.—Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, especial para obras, 1882. 1. vol. 4.º mayor, 146 pág. y 6 más de música litografiada.

Este opúsculo y otros folletos publicados por este mismo tiempo en Buenos Aires, debieron su origen á cierto prurito muy particular de la legación boliviana que en dicha ciudad desempeñaba Modesto Omiste en 1881 y 1882. No cesaba de tocarse á sí propia el bombo, como allá se dice en lenguaje gacetero. Era como si quisiese hacer constar en alguna manera su existencia diplomática, decorar con un bolivianismo aparatoso su insignificancia y su bochorno en Buenos Aires.

La triste posición de esta embajada era debida, primeramente á las prendas sociales del enviado, y en segundo lugar á motivos que se relacionan con la actitud que, en esos mismo momentos, guardaba el gobierno del presidente Campero en la guerra del Pacífico.

¿No se recuerda bien que éste gritaba ¡guerra, guerra! mientras estaba contemplando quieto los esfuerzos bélicos de su aliado el Perú? Pues bien: tampoco se olvide que el pueblo y gobierno argentinos simpatizaban calorosamente con los infortunios de esta nación, siéndoles por demás odiosos la actitud del gobierno de Campero y todo boliviano que prefiriese, á una alianza aciaga y fementida, arreglos prontos, leales y pacíficos.

La legación aquella hacía acto de presencia belicosa y patriótica con estas publicaciones, con festejos del aniver-

sario nacional, y con veladas literarias como la que diera materia para el presente libro.

Difamar á Aniceto Arce y al que estas líneas escribe, fué tarea que de propio impulso acometió el secretario de la legación, señalándoles por lo bajo y por la prensa como á insignes traidores. Con el infrascrito usaban de preferencia articulejos anónimos, porque de frente le estrechaba la mano.

Hay un grueso manojó de folletos y opúsculos pertenecientes á esta fanfarronería vocinglera más ó menos inofensiva, interesada y ambiciosa.

Este libro es el más inocente de todos ellos. Es un electuario de botica, que conforme á receta se compuso de unos diez ó doce puñaditos de polvos patrioteros, sin grano de ingenio en su esencia. Concretados después bajo el sudor y presión de la gran máquina para hacer libros de Pablo Coni en Buenos Aires, estos puñaditos se han presentado formando una bandeja de grajeas coloridas y sahumadas, ofrecida á los contribuyentes del presupuesto boliviano por el temeroso consumidor que dictara la receta.

Pero he dicho mal asegurando que las grajeas no contenían ni un grano de ingenio. Iba en la bandeja un confite de concentrada sustancia científica, envuelto en un baño de excelente sabor literario. Esta confección espirituosa, rectificada y concretada en oficina particular, es la que nos recuerda hoy con tristeza á su autor, Nicomedes Antelo, fallecido de allí á poco en Buenos Aires, el año 1883.

“No hay que jugarse con víboras”, decía un poeta á un escritor; “mira que se enroscan en el cuerpo con fuerza las víboras. Y le sucede al que con estos reptiles se mete, que, cuando el pensamiento intenta levantarse arriba, las sierpes y culebras lo traen abajo, se le suben y resbalan, se le enroscan por todos lados, lo ciñen, lo estrechan entre sus anillos y lo arrastran con ellas á la sentina.”

No pensemos aquí sino en aqnel noble amigo; no recordemos estos particulares sino para verlo á él. Dicha fuera bien declarar de lo que su saber era capaz.

Antelo vivió largos años y murió fuera de su patria, Bolivia. Había nacido en Santa Cruz de la Sierra. No logró pasar de maestro de escuela en Buenos Aires. La necrolo-

gía no salió al encuentro de su féretro, para darle aquel vano y decoroso adiós, que algún sentido del corazón debe de tener en la indiferencia de los vivos, puesto que la espontaneidad de ese adiós no le está casi nunca reservada al que mora desprendido de extranjeranos lares.

Hagamos, pues, por suplir aquí, con noticias fidedignas é impresiones personales, lo que allá, con el testimonio de sus labores, no alcanzara á merecer el pobre peregrino. Hagamos por imitar lejos y tarde esa resonancia del sitio y de la hora, cuando el ambiente social se rasga con el peso de algo estimable que cae, y que cae desde el vértice del vivir rompiendo, junto con los vínculos del mundo, internos vínculos del suelo.

Una advertencia previa. Esta no es una vida de prócer. No hay empleos, mandos, títulos, honores oficiales, tiempos influidos y situaciones dominadas, todo con sueldo y por cuanto vos necesitásteis y habeis ambicionado etc. No se engañe el lector. Simplemente le señalo con el dedo á uno que pasa cabizbajo por el valle de la vida, observando un un poco lo consciente y lo inconsciente con que tropieza, sabiendo muy bien, en Buenos Aires, que el congreso y el ejecutivo no mandarán publicar con láminas sus borradores bajo el título de obras completas.

¿Porqué no referirlo? Antes de topar tarde con él por los caminos del mundo, en Buenos Aires, lejísimos de la tierra natal, Antelo había vivido treinta años en lo más caro y ameno de mis recuerdos infantiles. Puedo decir que su imagen reinaba en mi memoria con todos los prestigios de una fantasmagoría. Véale raudo perderse valsando entre bullicioso torbellino de damas y caballeros, en los salones de mi abuela en Santa Cruz. Dos estrados había, uno para los de mayor consideración y otro para los jóvenes. El estaba como el coloso de Rodas, con un pié en el primero y con otro en el segundo. Era el héroe incomparable del clave, del violín, de la quena, de la guitarra, del canto, de la danza, de los chistes y del donaire juvenil.

Luego también, y esto es lo más importante, Nicomedes remedaba á maravilla con la voz á cada pájaro y á todos los cuadrúpedos de aquella zona tropical; presentaba á sus amigas ramilletes de disecadas mariposas relucientes con los más peregrinos matices; hacía cantar y

danzar al són de su violín una compañía de seis tordos, dos maticos y un cardenal; hacía fumar cigarrillos á los murciélagos y caminar en procesión legiones de cucarachas con candelillas clavadas en la parte posterior; traía los bolsillos llenos de culebritas de mil colores, asomándole algunas por la pechera y deslizándose otras por el cuello de la camisa; una noche cantando, al volcar la foja musical de una canción de Rosquellas, pobló la sala de picaflores, luciérnagas y moscardones.

En una palabra: Nicomedes Antelo era entonces para mí el hombre más extraordinario de la tierra. ¡Qué no hubiera dado yo por obrar uno solo de sus prodigios! ¡Con cuántas veras envidiaba sus habilidades egregias! ¡Cómo la admiración de su persona me hacía pensar en la gloria de igualarle algún día! Salir de esta niñez torpe en sus remedos del genio, para ser cuanto antes un joven tan original y brillante y aplaudido como Nicomedes, era la más vehemente aspiración de mi alma hasta la edad de diez á doce años.

Hé aquí que á la vuelta de tanto tiempo podía volver á ver al semidiós. En cuanto puse pié en Buenos Aires le busqué. ¿A qué pintar la ansiedad con que aguardé el momento fijado para la entrevista? Lo cierto es que aquella noción tan experimental y de sentido común sobre la caducidad de las cosas humanas, se mostró esta vez insuficiente para desbaratar en mi fantasía la radiosa figura que allí descollaba. Por eso la dureza de la realidad me quebró desapiadadamente los ojos.

Encontréme con un vejete calvo, altiseco, barbas blanquiscas á lo cabrón desde las mejillas, un poco descuidado en el traje, dos troneras que algo husmeaban abiertas desde una nariz corta y algo colorada, ningún vestigio agradable de la prodigiosa juventud; pero también, y es de justicia apuntarlo, ojos picarescos, caucásea fisonomía espectral, ademanes francos, la ágil y enhiesta persona doblándose con negligencia á impulsos de la urbanidad, como hacia la época de las molindas se cimbran sin ruido, á la brisa, las maduras cañas en jugo y de tallo despojado y seco penacho. La modestia agraciada del garbo era lo único lozano que le quedaba.

Estábamos en el vestíbulo de mi posada, Hotel de París,

entre muchos desconocidos. Me desenredé con emoción de sus brazos. Para disimular mi sorpresa corté en lo sano y le pregunté, si no había olvidado aquella sublime trova al sueño que él cantaba á duo con Indegunda, la sobrina de la marquesa Toledo. Su respuesta instantánea fué ponerse á cantar con voz atenorada:

Cuando todos en su lecho logran  
Olvidar con el sueño sus males,  
En el mío dolores mortales  
Para siempre tengo que sufrir,  
Que sufrir, que sufrir, que sufrir.

Sorpresa y risa de los circunstantes. Antelo, siempre como si estuviésemos solos, añadió gravemente:

—La canción se ha puesto un poco fea con el tiempo; pero en aquel entonces era lindísima.

Esto fué dicho con un candor infinito. Después, ¿sobre quién estarían fijas las curiosas y risueñas miradas del vestíbulo? Antelo seguía ignorando completamente lo que pasaba. Con acento de credulidad, llevado á la perfección, me dijo entonces:

—Los gustos ¿no? Cuentan los historiadores, que no era precisamente muy melodioso aquel enorme cuerno guerrero con cuyos ronquidos se estremecían las montañas suizas, y se lanzaban á morir allá por la patria hasta los niños y los ancianos. Ese trombón fué sublime durante algunos siglos. La canción de Santa Cruz tuvó sus días en que era bella apenas.

Al llegar á los ronquidos del cuerno, por un movimiento leve de cabeza Antelo quedó en conversación directa con todos los desconocidos del vestíbulo. En seguida, volviéndose hacia mí y sin darme tiempo para invitarle á seguirme, habló con ingenua efusión y delicadeza de sí, de mí, de los suyos, de nuestra ciudad natal. En ese momento ya todos nos rodeaban terciando con interés en la conversación, como si fuesen nuestros viejos amigos.

Muchas veces me recogí á pensar cómo era Nicomedes Antelo. Clarísimo entendimiento libre, no bien equilibrado con el sentido práctico, discurriendo con curiosidad entre las cosas de la naturaleza, desde el punto de vista del más completo naturalismo de creencias. Aversión á

toda metafísica ó filosofía especulativa. Desapego de los afanes materiales de la vida. Del núcleo intelectual se empinaba en su tallo la flor de una cordialísima ironía paradójica. El leño de esta hermosa planta nativa serviale á veces de férula para interminables controversias, que acababan acaloradamente y junto con eso perjudicándole en su camino.

¿Las reliquias de su ingenio? Fueron al viento arrojadas sin paternal piedad. Pero no todas, no, se han perdido todavía; viven algunas en la memoria de los que de cerca le trataron. ¿Quién hubiera podido obligarle á escribir algunas de esas cosas! Otras están sepultadas vivas bajo la mole de la prensa bonaerense ya difunta.

Hé aquí, no obstante, algo suyo por el momento, algo de su espíritu y algo de su pluma, algo que de paso he recogido, que si él viviera más tiempo acaso yo hubiera olvidado, pero que ahora querría guardar como una flor funeraria en la memoria.

Porque, entre otras cosas, ha de saberse que aquello único interesante que el ya citado *Album Patriótico* contiene y fué debido á la pluma de Nicomedes Antelo, es una disertación sobre producciones y productos bolivianos, disertación que acredita estudios muy especiales y extensos sobre la naturaleza virgen y sobre las rudimentarias industrias del país.

El que haya leído el medio de centenar de descripciones más ó menos chatas del paisaje boliviano, cuantas son en efecto y como son todas esas descripciones, se detiene á recorrer las pinceladas relevantes del breve cuadro ofrecido por Antelo.

Este bosqueja más bien como observador utilitarista que como contemplador embelesado; y, sin embargo, para poder bosquejar con tan espléndido vigor, no ha podido menos también que haber sentido con fuerza estética el tono supremo, la armonía íntima que domina en la variedad complicadísima del inmenso panorama. Cordilleras, campiñas, ríos, nevados, valles profundos, mesetas, cascadas, arenales, florestas, páramos heladísimos, selvastropicales, el reino mineral, la flora, la fauna, el café, la lana de alpaca, el cacao, la quina, el indio humilde enclavado en la actual estructura republicana. . . . . etc.

Esto de no ver sino contornos gráficos, de no percibir sino fases que se pintan solas, de delatar sorpresivamente el meollo que se oculta entre confusas y difusas apariencias, no es como algunos quisieran un privilegio del artista plástico, que también suele ser prerrogativa, original de quien está dotado de intuición científica. Su suelo nativo y la índole de sus estudios en el nativo suelo infundieron y desarrollaron temprano, en el espíritu de Nicomedes, el sentimiento expresivo de la naturaleza.

Hasta hace treinta años se enseñaban magistralmente en Santa Cruz cuatro cosas: á bailar, el latín, el amor y la historia natural.

Es la única población boliviana que no habla ni ha hablado nunca sino castellano; ha sido también la única de pura raza española, y se miraba en ello. La plebe guardaba eterna ojeriza al *colla* (alto-peruano), al *camba*, (castas guaraníes de las provincias departamentales y del Beni), y al *portugués* (brasileros fronterizos y casi todos mulatos ó zambos). De aquí el capítulo inviolable de doctrina popular cruceña:

*Los enemigos del alma son tres:*

*Colla, camba y portugués.*

Era una república de mujeres, presidida en jiras, bureos, saraos, lidias de toros, corridas de cañas y de sortija, juegos florales y de prendas etc., por una beldad suprema, unánimemente admirada y cortejada, y cuya primacía de honor no duró nunca más de un lustro. La naturaleza regla allá este período de esplendor á la hermosura de la mujer. No hay lengua humana capaz de pintar aquel verjel de delicias. El general Vargas Machuca, que en su ancianidad deliraba todavía por el paraíso terrenal, me refería con asombro en Lima: que llegó á Capua jovencito, y de un soplo una mañana se encontró viejo.

Cuando visitaron Santa Cruz los dos célebres viajeros franceses, D'Orbigny en 1831 y el conde de Castelneau en 1845, veíase en los suburbios sin alteración lo que un intendente informaba al rey en el siglo pasado: hermosas andaluzas solas en los bosquecillos á la caída del sol, yendo por agua como en la tierra de Canaán. Calcule el lector. Por lo que el magistrado dice de los sotos y espesuras donde estaban los manantiales, imagínese la impetuosidad

de los organismos vivientes que poblaban aquella tierra venturosa:

“Sin embargo de haber tanta abundancia de ganado caballar y mular, no se valen de este auxilio para la conducción del agua; las pobres mujeres soportan este diario trabajo, cargando los cántaros en la cabeza, de que se siguen no pocos desórdenes por dar pábulo á la libertad de la juventud.—Rodea la ciudad un pequeño y claro monte, que tienen que rozarlo de tres en tres años, para lo que se convoca el vecindario; cuya diligencia es tan precisa, como que, de no hacerlo así, se haría inhabitable.”

La unidad de raza y la pureza mediterránea con que se conservaba hasta hace muy pocos años la sencillez colonial, habían establecido en las costumbres una especie de fraternidad provincialista, que no excluía sino que antes bien mantenía sin resistencia una ordenada jerarquía de clases en la sociedad. Todos, ricos y pobres, chicos y grandes, plebe y señorío, en siendo blancos, que lo eran todos los nativos, por privilegio distintivo de raza y excluyente de colla, camba y portugués, se tuteaban ó voseaban, según los casos, y como no mediase el óbice sumo de dignidad, saber y gobierno.

¡Qué exactamente parecido, al Santa Cruz de ahora treinta años, lo que veo en un exquisito libro reciente sobre costumbres montañesas de España! Es un prodigio esta identidad. Hace pensar en aquel determinismo riguroso, que Antelo solía atribuir á la sola eficacia de la raza en la producción de ciertos fenómenos sociológicos, muy complicados al parecer:

“En pueblos como Cumbrales, se sabe en cada casa lo que ocurre en las demás, y en salones como el de don Pedro Mortera, donde la familia cose y habla y reza, muy á menudo se oyen relatos harto mas insustanciales y pesados que la amorosa cuita del hijo del alcalde; porque allí van los pobres á llorar las suyas, los atropellados á pedir consejos . . . . . y más de una vecina á remendar la saya, ó á que le corten una chaqueta, ó á que le escriban una carta para el hijo ausente. Además, los unos son colonos de la casa, otros han servido en ella, y todos se codean en la iglesia, en la calle ó en el concejo. De esta mancomunidad de intereses y de afectos nace la íntima cohesión, algo patriar-

cal, que existe entre todas las jerarquías de un mismo pueblo; cohesión que, no por ser fecunda en ingratitudes, rencillas y disgustos, deja de existir en lo principal, afirmada en el inquebrantable respeto de los de abajo á los de arriba, y en la cordial estimación de éstos á los de abajo. . .”

Afuera del Colegio de Ciencias con sus seis años de asignaturas, cada uno perfectamente bien enlatinado, había cuatro *estudios* de latín á secas en la ciudad. Al uso andaluz á todo clérigo se le llamaba padre; y el padre Aguilera, el padre Velasco, el padre Bozo y el padre no sé quién, tenían respectivamente, en tiempo de Nicomedes Antelo, estudio gratuito en su casa bajo los naranjos del huerto. Allí enseñaban latín pelado á una totalidad de cien muchachos, latín con 24º centígrados por la mañana, latín á la siesta con 33º, á la tarde latín con 35º. Ni faltaba algún canónigo que también lo enseñase bajo el corredor á una docena de señoritos patricios. Debe suponerse que el ilustrísimo obispo tenía asimismo sus latinistas tonsurados.

Antelo encontraba que todo esto era todavía poco latín para una población urbana de 15 mil blancos, si se han de tomar en cuenta las necesidades de otros 15 mil blancos del cercado inmediato y el natural instinto latino propio de la raza.

El cura Durán y el secretario del cabildo eclesiástico Juan Felipe Vaca se sabían el breviario de memoria. Basilio de Cuéllar y Gabriel José Moreno llegaron de Santa Cruz, á la Universidad de Chuquisaca, recitando de punta á cabo en latín la instituta de Justiniano. Ya antes de eso, en 1810, el doctor cruceño Lorenzo Moreno pasó tres horas hablando en latín con el arzobispo Moxó. El vizconde D'Osery, aquel naturalista que asesinaron en el Perú á orillas de Ucayali en diciembre de 1846, secretario de la expedición del conde de Castelnau, oyó en Santa Cruz que de vuelta á sus chacos dos carreteros, los desnudos pies blanquísimos colgando del pértigo, sacaban á remate, en puja de buena memoria, una lista de los deponentes que van por *Utor*.

El coronel Mercado, aquel infatigable guerrillero cruceño de la independencia, se murió en su casa de la manera siguiente:—“¿Qué deseais, que gustaríais, mi oro y mi rey?” —le dijo con ternura al oído su viejo sirviente solariego,

en momentos que advertía en su amo un desasosiego indecible, que era la agonía.—“Que me saquen de aquí á estos dos collas”,—balbuceó el moribundo señalando al prefecto del departamento y al deán de la catedral, que eran cochabambinos. Hecho, recitó el militar unos cuantos latines y se murió tranquilo.

Es cosa averiguada que antes de 1845, más ó menos, casi todos los señores rezaban en latín, aunque como las monjas en el coro no entendiesen ni una palabra de lo que decían sus oraciones.

Tres años estudió Antelo por Nebrija bajo los tamarindos del cura párroco en Portachuelo. El día que entró al colegio en la ciudad, el profesor Juan de la Cruz Montero, el cual enseñaba con gran ciencia la lengua del Lacio por los métodos modernos, le preguntó en el silencio del aula desde la cátedra:—“I vos ¿hasta dónde sabéis?”—“Hasta partes grandes, señor”,—contestó el recién incorporado. La carcajada fué general. Nadie entre los alumnos conocía la vieja división gramatical en partes chicas y partes grandes. Antelo llevó desde entonces en el colegio el apodo de *Partes Grandes*.

Vencidas las humanidades, sepultó Partes Grandes su latín. Así y todo, en Buenos Aires, largos años después, no era Antelo hombre que se aterrorizase demasiado delante de un trozo de prosa latina. El significado de las palabras y el sentido de la frase tenían la virtud de ponerle muy malicioso, de mostrarle sutiles indicios, de infundirle vehementes sospechas, y de hacerle concebir presunciones gravísimas sobre la verdad de lo que allí se trataba.

Durante los cursos, sus preferencias se manifestaron en favor de la historia natural, y una circunstancia favoreció en él esta afición aun antes que el ramo figurase en la enseñanza del Colegio de Ciencias.

D'Orbigny fué un ilustre geólogo; pero, más bien que un botanista, era zoólogo aventajado. Justamente, dentro del recinto zoológico se aposeñó de la anatomía comparada, que acababa de instituir Cuvier, y dentro de ese mismo recinto encontró á sus pies una escala altísima y un pozo profundo: por la escala se subió hasta la antropología general, y por el pozo bajó á las honduras de la paleontología. Sus libros botánicos y zoológicos y sus

manuales de disector y dibujante naturalista quedaron en Santa Cruz el año 1832. Algunos jóvenes cruceños se apoderaron de ellos con ardimiento. Bajo su dictado se entregaron á estudios prácticos de primera mano en ambos reinos de la naturaleza. Y ¡qué naturaleza la de Santa Cruz! Tuvieron séquito y formaron escuela ó si decimos un grupo de estudiosos muy entusiastas, que leían pacientes en la noche y observaban curiosos en el día.

Antelo entre ellos. De aquí un dicho suyo:

“La zoología de 1831 era una gran zoología, una narración descriptiva muy bien documentada, si bien dejaba mucho por analizar ó para meditar más tarde. Los que temprano nos abrazamos con ella á campo raso, no hemos hecho después antesala para asistir, bajo techo, á las bodas actuales del microscopio con la fisiología. De un tranco hemos entrado en el palacio anatómico de la vivisección, palacio unido hoy al de la disección, como unidas están las Tullerías al Louvre.”

Ya no pensó, salido del colegio, sino en la flora y en la fauna de aquellas selvas y praderas, alumbradas por las llamas del sol, cobijadas por los torrentes de las nubes. Perdíase de la ciudad meses y también años persiguiendo pájaros y cuadrúpedos y reptiles, rebuscando plantas y flores peregrinas. Hízose disector y dibujante. Acompañábale su cuñado Félix San Martín, argentino. Recorrieron de Norte á Sur y de Este á Oeste el Oriente boliviano. Ellos formaron juntos la colección que hoy se admira en el museo de Buenos Aires.

De San Martín he dado noticia en el número 1375 de mi catálogo impreso. El trajo consigo á la Argentina en 1859 á Nicomedes Antelo, á quien amaba y de quien no quería ya separarse jamás.

Pero el corazón del hombre se quedó por entero en Santa Cruz. Antes que boliviano Antelo era cruceño. No quiso renunciar esta nacionalidad porque Santa Cruz era de Bolivia, siéndole con todo apetecible que la región oriental no fuera de nadie sino de sí misma. Era capaz de estarse hablando de su tierra natal los siglos de los siglos.

Paseábamos un día festivo de 1882 por los jardines del Eliseo á orillas del Plata. Estar lejos de la greguería de la escuela era para él la suprema dicha, como fuese diser-

tando sobre ciencias biológicas, lenguas y razas americanas, sociología positivista y moral evolucionista; sus ramos favoritos y acerca de los cuales no era difícil advertir que poseía conocimientos seguros y extensos. Hablaba de botánica cruceña á punto que pasámos codeando á un señor que contemplaba un hermoso arbusto florido. Antelo esa tarde estaba lleno de ciencia y no veía otra cosa que la ciencia.

—Las mulatas del colegio tenían allá uno casi giganteo, —dijo al desconocido poniéndole la mano en el hombro; —el tallo suele tomar la forma de un sarmiento trepador. Rafael Peña incurre en el galicismo inexcusable de llamarla “laurel-rosa” [los brasileros la nombran *espirradeira*], cuando en castellano neto tenemos la palabra *adelfa*, con que han conocido este arbusto nuestros mayores. Hoy se saca de él ácido prúsico. El obispo Aguirre plantó en el jardín de su palacio del Pari una adelfa traída del Ecuador; y ¿quiere usted saber lo que Esteban Rosas y yo notámos de muy particular en el folículo de su fruto. . . ?

—Antelo, —le interrumpí, —talvez el señor, después de tantos años, ha olvidado los sitios y personas de Santa Cruz.

—¡Ah! caballero, perdones; soy yo quien ha olvidado que estoy en Buenos Aires desde 1860, —esclamó Antelo volviendo en sí.

Lo del ensueño de los cuentos de Hoffmann acontecía, á través de los años, en la memoria de Antelo con el recuerdo de Santa Cruz, esa metrópoli solitaria de los frondosos campos orientales, según D'Orbigny.

Aquel alabastro que quedó sobre el tapiz de esmeraldas, alabastro que iba tomando y tomando la suprema beldad de las cosas blancas que es la mujer, y esmeraldas que iban tomando y tomando la suprema beldad de las cosas verdes que es la floresta; y después, poco á poco, aquesta hurí adormida en la espesura, hurí y espesura que iban tomando y tomando la suprema beldad de las cosas primaverales, que es el amor cuando inflama los sentidos sublimando el alma: tal es el edén de deliciosa frescura y esplendor grandioso con que la imagen de la tierra nativa se asentaba perenne, como un oasis, en la árida memoria técnica del naturalista, sobrecargada de clasificaciones, de

nomenclaturas, de vocabularios, de estratas, de rocas basálticas, de terrenos plutónicos etc. etc., á semejanza de una Arabia Petrea sin céfiros ni rocío.

Por eso me ha parecido tibio en fuerza de ser discreto el recuerdo que hizo de Santa Cruz en la velada literaria:

“Santa Cruz de la Sierra, mi provincia natal,—bella ninfa andaluza que se aduerme entre palmeras tropicales al arrullo del tordo y del mático, en la atmósfera cálida y perfumada del chirimoyo y del seyeye,—fué fundada en 1575 por el travieso andaluz Nuflo de Chávez, compañero del segundo adelantado del Rio de la Plata, Cabeza de Vaca.

“Fué trasladada á los llanos de Grigotá [donde hoy se encuentra], en 1592, por orden del virey marqués de Cañete.

“Cuando D’Orbigny entraba á Santa Cruz, el año 1831, por la calle de Ayacucho, según él cuenta, las niñas cruceñas salían á la puerta, y al divisarlo oyó muchas veces esta expresión: *Yo me lo vi primero*.

“Bailábase en aquella época el *guachambé*, la *mariquita*, el *ondú*, la *gabota* y otras danzas en que se lucía la gracia gaditana.

“Según el viajero que acabo de mencionar, es Santa Cruz la provincia boliviana en que se ha conservado más pura la raza española; y mis paisanas,—las cruceñas,—las más graciosas descendientes de la bella Andalucía en las selvas tropicales de América.

“Empero, esta feliz pintura, no comprende, señores, al infeliz indio boliviano, y mucho menos al *quichua* y al *aimará* de la sierra.

“Ya he dicho que esta raza, bien que fuerte para el trabajo y con un pecho bien desarrollado, nos anuncia en su mirada sombría y esquiva, en sus reticencias mismas, toda la historia de una estirpe arcaica,—un Tiahuanacu, un Palenque,—que olvida hasta el nombre de sus dioses.”

Antelo terminó su discurso con una observación que les viene á maravilla á ciertos diputados y periodistas pintorescos y sin cálculo, que han apadrinado por pura noveleería empresas utópicas que envolvían una socaliña contra

el Estado. Estos padres apologéticos han hecho mucho daño á la iglesia que pretendían servir.

“Pero lo bello no es lo útil; y hay quien sostiene que los placeres estéticos excluyen completamente la idea de lo útil.

“Permitidme, antes de cerrar estos apuntes, condenar un error muy común entre nosotros los sud-americanos, y es creer que la *variedad* de los productos es realmente una ventaja para una nación.

“Ésta idea, que yo llamaría el error estético de la economía política, es muy natural en los pueblos dominados por un carácter poético.

“¿De qué serviría á Bolivia el rico inventario de sus variadísimos productos, si todos ellos, puestos en la balanza, no pesasen tanto como el solo carnero argentino, el café del Brasil, ó el carbón de Inglaterra?

“Dejémonos, pues, de cantar poemas seductores sobre la vainilla, el estoraque y el benjuí; y busquemos para Bolivia una industria verdaderamente nacional, algo de aquello que tiene un abundante valor cambiante en el mercado; y vías de comunicación para exportarlo”.

¿Fué escuchado con atención por los concurrentes á la velada de la legación boliviana? Antelo aseguraba después que oyó esperezos masculinos y bostezos femeninos, si bien no tantos como cuando el cónsul refería allí mismo la historia y ventajas del comercio desde los fenicios hasta el presente.

¿Con qué candor ático enumeraba la atmósfera soporífera que se cernía en la velada, el almidonamiento dominiguero de la casa y de sus dueños, la actitud trágica de Santiago Estrada con su enorme cachete siniestro, la placidez fachendosa del embajador reinando en gloria y majestad sobre las jerarquías y dominaciones argentinas, que allí resplandecían por sus billetes de excusa y de ausencia!

Llovió de postre á cántaros, el Plata bramaba con furor, el pampero sacudía hasta sus cimientos la casita, y todas aquellas gentes no gastaban coche con que ganar sus albergues. ¿Pero irremediable era salir? Era forzoso cuanto antes dormir.

Lo mas picante es que Antelo narraba esto vivísimamente penetrado de la importancia pero también de los

inconvenientes de la velada. Mantenía la vista fija en el suelo cual si quisiese desentrañar algo. Su gravedad era de una ironía incomparable. ¿Qué escuchaba? Se parecía á aquel vidente de las leyendas hebraicas, que llamado para bendecir maldice, porque su lengua obedece, sin quererlo el pensamiento, á otro espíritu que le apunta las palabras. No sé dónde he leído esta curiosa noticia. Suma total: me fué reproducido y yo contemplé á lo vivo todo el convencionalismo remedador, pretencioso y cursi de la velada literaria de la legación boliviana.

Pocos días después encontréle en igual temple irónico, siempre sin darse cuenta él mismo de la ingenua vibración de esta cuerda suya, lo que era para mí de un efecto delicioso.

Todo lo que fuese extender el dominio ó ascendiente de las ciencias naturales, constituía á sus ojos un título de estima y consideración. Como lector habitual que era de Claudio Bernard y de Pasteur, andaba esos días muy prendado de la ingeniosa tesis de Emilio Zola, sobre transportar al arte de la novela el realismo experimental de las ciencias positivas. Sabemos que el método experimental, aplicado antes de ahora al estudio de los cuerpos brutos,—en la química, en la física,—puede igualmente emplearse con éxito en fisiología y en medicina. Y ¿por qué, siguiendo esta misma vía gradual, no extender también ese método á la vida pasional é intelectual y á la sociología humana? Dice el citado novelador realista contemporáneo.

Que el método experimental tiene excelente aplicación en la historia, cosa es que en sana doctrina no puede ofrecer duda ninguna. Por el fondo la historia es ciencia, y todo el arte de su forma se contrae á alcanzar una rigurosa modelación realista. Su fin no va encaminado á divertir sino á dejar constancia estricta de la verdad enseñadora. De todo esto se siguen para la composición y el estilo de la historia procedimientos muy trascendentes, que por índole propia no podría la novela consentir. Pero lo curioso es que, en el caso infeliz de la velada diplomático-literaria, Antelo contemplaba como cosa palpable los caracteres de una vivisección de índole sociológica. Este sería cuando menos, visto el resultado, el caso de haberse puesto en práctica esa noche el método experimental con documentos humanos.

Según este modo de considerar el chasco, la embajada no se había limitado al oficio de observadora atenta de los fenómenos sociales en la naturaleza, para estarse á sus lecciones; sino que, una vez observados sabiamente por ella dichos fenómenos, surgieron razonamientos interpretativos en su mente, sobrevino la luminosa idea de la verdad preconcebida, la presunción de ocultas cosas científicas que era necesario sorprender en flagrante realidad. Cata aquí ya al verdadero experimentador, provocando adrede los fenómenos, para comprobar en las entrañas de éstos una hipótesis, para arrancarle á la escondida naturaleza otros fenómenos y otros fenómenos, que se pudieran decir probados positivamente.

La experiencia fué tan certera, que logró dar caza y dejó cautiva á la verdad real como en una trampa. Así tenía que suceder. El proceso del experimento había sido instituido por la embajada con la escrupulosidad propia de un laboratorio positivista. El determinismo natural del fenómeno quedó por eso constituido con toda su eficiencia científica. El resultado se descolgó por su virtualidad necesaria, cual efecto que obedece á sus causas, como los enormes cocos de Panamá se desprenden por maduros del cocotero, irresistiblemente, y tanto que queriéndose producir velada resultó sueño.

Antelo en su disertación de aquella noche dice con respecto á los indios de Bolivia:

“Me consideraréis por ventura defensor de la raza indígena en América, un tipo á lo Las Casas, algo como un Cabeza de Vaca destronado? No por cierto.

“Os presento simplemente una antítesis, esa antítesis esencialmente boliviana, característica, que en mi concepto presenta uno de los más arduos problemas, que pudieran afectar á la mente del político, del estadista ó del filósofo.

“Permitidme deciros, que la heterogeneidad del suelo, clima, razas y sociabilidad bolivianas, me representa á la imaginación ese contraste curioso que exhiben los tipos arcaicos de Australia al frente de las creaciones modernas.

“¿Se extinguirá el pobre indio al empuje de nuestra raza, como se extingue el dodo, el dinornis, el ornitorinco?

“Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal, como dicen nuestros sabios mo-

ernos, y como lo creo, la consecuencia, señores, es irrevocable, por más dolorosa que sea. Es como una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte."

Antelo no hacía aquí sino tocar levísimamente un asunto que era objeto para él de estudio y meditación muy especial. Fué por eso materia larga de nuestras conversaciones la concurrencia del indio y del mestizo en la sociabilidad boliviana.

Que de una vez se acaben los indios y mestizos en Bolivia, era un tema habitual de Antelo. En ello cifraba consecuencias extraordinarias de engrandecimiento y prosperidad para la raza blanca predominante y para la nación.

La filosofía de la evolución, como la han formulado recientemente los positivistas ingleses y alemanes de la nueva escuela darwiniana, era profesada por Nicomedes Antelo con fervor de sectario y con autoridad de apóstol. No es que él pudiese abarcar con igual fuerza de mirada todos los departamentos y dependencias de la aplicación; pero la historia del origen, desenvolvimiento y conclusiones de la teoría y las fórmulas abstractas de la teoría misma, le eran familiares en términos de estar habilitado para profesarlas públicamente.

Había aprendido un poco á leer en Newton y en Laplace. Pudo por eso entender algo del cómo y del porqué de la gran hipótesis positivista con referencia al cosmos en general y á nuestro planeta en particular. Más adentro le era imposible penetrar, porque antes de eso tampoco había puesto pie seguro en la región matemática de los dos insignes astrónomos.

Pero Cuvier y Lyell, dos adversarios que de una manera tan formidable han preparado sin quererlo el advenimiento del transformismo, habían sido los sabios favoritos de su primera juventud, velaban todavía como dos viejos penates en su mesa de estudio; y Lyell y Cuvier le dejaron ya catequizado en el templo, hábil para recibir el evangelio de la evolución en las especies y de la evolución en la humanidad. La teoría y la comprobación del transformismo le eran familiares en esta parte de la doctrina. El maestro de escuela de Buenos Aires sabía leer de co-

rrido en Lamark, en Darwin, en Hebert-Spencer, en Haeckel.

Según Antelo, refiriéndose á Bolivia, el cerebro indígena y el cerebro mestizo son celularmente incapaces de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo. Término medio, esos cerebros pesan entre siete y diez onzas menos que el cerebro de un blanco de pura raza. En la evolución intelectual de la especie humana, tal masa cerebral corresponde fisiológicamente á un período psíquico hoy ya decrepito, á un organismo moral raquíptico para resistir al rozamiento y choque de las fuerzas intelectuales, económicas y políticas con que la civilización moderna actúa dentro de la democracia.

Esa raza de cobre ha rendido ya sus pruebas secularmente. Su poder y su civilización no resistieron en el imperio peruano al primer contacto del poder y civilización de los blancos. Su herencia es hoy para nosotros nada. Ningún nuevo factor, ni uno solo, ha aportado esa raza á la cultura ni al concurso de la actividad moderna. El indio incásico no sirve para nada. Pero representa una fuerza viviente, una masa de resistencia pasiva, una induración concreta en las vísceras del organismo social.

Los mestizos,—casta híbrida y estéril para la presente labor etnológica, como el mulo para el transformismo de las especies asnal ó caballar,—los mestizos con su tórax levantado por los apetitos y su espíritu uncido por instinto al proselitismo del caudillaje, representan en la especie humana una variedad subalterna, que corresponde á una degeneración confusa de la impetuosidad española y del apocamiento indigenal.

El cholo ó mestizo no desempeña, en la economía sociológica boliviana, los oficios de ningún elemento renovador del organismo; y es visto en fisiología que el organismo, por causa de su funcionamiento, experimenta una pérdida en la sustancia donde manifestó su vitalidad, pérdida que es urgente reparar. El cholo, ó es célula morosa por insuficiencia ingénita, ó es célula pervertida juntamente por insuficiencia y por dolencia. Aun salido de su esfera por la educación y bajo influencias benéficas, el cholo, á la menor solicitud de su interés ó sus pasiones,

descubre siempre que es cholo y cholo más pernicioso que el común ignorante. ¿Cabe alimaña más dañina en la sociedad que el cholo abogado, ni gato montés más rapaz y bravío que el cholo mandón? La propensión de la casta tiende como es notorio al ocio, á la procacidad, al servilismo y á la intriga, gérmenes del caudillaje, bien así como la estupidez y amilanamiento del indio incásico se amoldan á punto para perpetuar el despotismo.

Según esto, si por alguna manera han de intervenir la indiada y la cholada en la evolución progresiva de la sociabilidad boliviana, ha de ser necesariamente por la vía pasiva de una desintegración más ó menos rápida, como productos secretorios vertidos en las cavidades orgánicas del cuerpo social, como residuos arrojados en lo profundo de la economía, á fin de que se franqueen por ahí el depuramiento completo y la unificación caucásea de la raza nacional.

En la concurrencia vital con el europeo, ó con el criollo de pura sangre, ó con el que ya logró salir del mestizaje por herencia derivada de felices selecciones, aquella raza y esta casta tendrán que sucumbir en la lucha por la existencia, como están sucumbiendo hoy y se extinguen á nuestra vista en Australia hombres, plantas y animales, precisamente porque las especies importadas ó las especies nuevas ya aclimatadas poseen mejores condiciones para la lucha.

“Que la política y la administración,—me decía Antelo una vez cobrando entusiasmo,—favorezcan allá con sus externos esfuerzos el ejercicio natural de las fuerzas inherentes á una nueva evolución etnológica, á fin de que, por la virtualidad que es propia del transformismo, desaparezcan cuanto antes el indio y el mestizo en Bolivia, estos dos agentes arcaicos, incásico el uno y colonial el otro; que se extingan bajo la planta de la inmigración europea, bien así como desaparecieron para siempre en Inglaterra las ratas negras destruidas por las ratas pardas de Hannover, que pasaron el canal de la Mancha en los bajeles de Guillermo de Orange.”

Como después de la revolución el encerramiento territorial ha subsistido, y como por otro lado han dejado de afluir los peninsulares de la metrópoli, el mestizaje ha to-

mado en la república creces por el cruzamiento y la reproducción inevitables. No hay para qué insistir que ello ha cedido en menoscabo y detrimento del núcleo social compuesto de criollos; entendiéndose por criollo el descendiente de españoles nacido sin mezcla en Bolivia.

Cuando se tocaba este punto, la fibra del razonamiento de Antelo vibraba como el harpa gemebunda y profética de Jeremías. Porque es indudable que, de la independencia acá, el bastardeamiento incásico de los vecindarios criollos del Alto Perú, siguiendo el camino de una labor etnológica formidable, nos amenaza con una próxima restauración del imperio de Manco Capac y Mama Oello.

Agassiz, en uno de sus sabios escritos, invitaba á venir al Brasil á los que todavía dudasen del deterioro social, que es consiguiente á la mezcla de razas superiores con inferiores. El gran naturalista pudo decir que pasasen á Bolivia también. ¿Qué verían allí?

Verían expulsadas por un achatamiento de índole, de fisonomía y de tez las relevantes cualidades del blanco. Verían progenies sin hervor patriótico en la sangre, de cerviz no menos blanda al atropello que á la idolatría, tirando todas á la duplicidad y al complot para hacer valer por engaño ó sorpresa cualquiera resolución enérgica.

Verían no menos deprimido el pensamiento colectivo, que difícilmente sale mas allá del espíritu de casta y del provincialismo y del amor á un caudillo. Imposible empujarse á lo alto ni hacia fuera. Sin tráfago de quehaceres y en mitad del estancamiento social, es muy fácil que el pensamiento individual se aplaste y dilate por debajo de los individuos que nos rodean, convirtiéndose en cabilosidad y suspicacia personalistas. ¡Cuánto dista todo esto de la tendencia incesante que constituye la fuerza y la nobleza de la raza criolla, la expansión y la asimilación, á las cuales deben nuestras repúblicas lo poco bueno que poseen perteneciente a progreso y bienestar!

Así se explica cómo es allá ominosa y complicada la tarea directiva que pesa sobre la noble raza criolla. No sin frecuencia su espíritu se ligó con las tendencias del cholo para evitar mayores males. Otras veces tuvo que apagar momentáneamente su antorcha y rendirse por causa de sus discordias á la fuerza y al número. Familias enteras han

desertado los últimos años su puesto deslustrándose y encanallándose al par del indio y del mestizo. ¡Cuánto mal no han hecho prestando su asentimiento ó su cooperación á caudillos preterianos de la peor ralea soldadesca!

Todos saben que el mariscal Andrés Santa Cruz fué el indio más feo de su tiempo. Recitábanle una adulatoria rimada en las fiestas de su cumpleaños en Lima. El cople-ro concluía diciendo terriblemente, que el protector de la confederación Perú-boliviana era lindo como el sol. El célebre José Joaquín de Mora, que estaba entre los cortesanos, dijo muy quedo al de su lado en la ceremonia:—“Si él es lindo como el sol, nosotros de cara blanca ¿qué seremos?”—“Sucios como la tierra”,—contestó el otro, que era el ilustre Juan García del Río. Refiriéndose en Chile el caso, don Felipe Pardo contaba que Mora, muy picado, clavó de improviso este alfilerazo en la pasión de García del Río por cierta dama limeña:

La Filis bella en cuyo amor te escaldas

Se te convierta en Santa Cruz con faldas.

Pero á lo menos estos tunantes de buena raza se burlaban del mecenaz, remedador aimará de reyes europeos, mientras que otros han contribuido después á entronizar tiranuelos, que no podrían nunca equipararse por la calidad del cerebro con Santa Cruz.

De los ocho departamentos de la república, cinco están mayormente poblados por indios incásicos y por mestizos resultantes de la mezcla de esta raza con la española. A fines del siglo pasado el intendente de Cochabamba informaba al rey, que, contra todo progreso de estos naturales, en las sierras alto-peruanas fácilmente “los españoles se hacían de la calidad del indio”. Los criollos están allí desde entonces en minoría.

Estos cinco departamentos se dilatan á través de cordilleras, valles y mesetas. Su población representa unas nueve décimas partes de la totalidad boliviana civilizada. Sus principales y urbanos centros habitados, que son la Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí y Tarija, permanecen alejados socialmente por diversidad de intereses y por lentos y penosos caminos. No obstante, son ellos y ellos solos los que constituyen la persona y la personería de Bolivia. Tienen de común tres cosas: su existencia de

serranos; sus antecedentes incásicos y su identidad colonial; la sangre de los indios y de los mestizos quichuistas y aimaristas que hormigean en mayoría, los primeros en los campos y los mestizos en los pueblos y ciudades. De estos cinco departamentos se derivan la característica índole y la fisonomía nacional que de semejante conjunto pudieran derivarse.

En cuanto á las verdes, cálidas y húmedas llanuras orientales, con Santa Cruz por cabecera social y con sociabilidad muy diferente, figuran unidas á la nacionalidad boliviana, á la manera como suele verse un jardín enclavado al pie de una roca, si bien esta vez el jardín es tan grande como la roca. Figuran meramente adscriptas; porque las gentes que pueblan esta apartada, espléndida y fertilísima región, casi toda solitaria bien que surcada de navegables ríos, nada tienen de común con los alto-peruanos.

Su modo de ser procede de otros orígenes, no menos determinantes que su suelo y su clima. Primeramente, sus tribus guaraníes tienen la barbarie como capítulo único de su historia antes del descubrimiento. El inca llegó hasta el postrer monte ó collado; divisó allá abajo el verde azulejo de la inmensidad selvática y praderosa; "el mar", dijo, y se volvió con sus huestes de collas a la sierra. En segundo lugar, el sistema de conquista provino y no fué otro que el del Río de la Plata. Pizarro, Almagro y sus compañeros nada tuvieron que hacer por este lado. La colonización no fué por mano de mineros desalmados sino por obra de industriosos pobladores agrícolas. El mismo sistema platense y paraguayo: centro urbano de blancos puros, misiones jesuíticas de indios netos en contorno.

Una de las cosas que más lamentaba Antelo era ver que su amada Santa Cruz, la propia ciudad cabecera del departamento, desdiciendo de sus antecedentes estuviese hoy mestizando sus habitantes de pura raza española, dándose sin género de selección á encastar con los indígenas, ó con los que tienen algo del indio en las venas. ¡Como si no fuera ya mucho el emparentarse con aquellos, que sin ser precisamente indios, tienen en su modo de ser todas las del indio por haber tomado la calidad de éste, como decía el intendente al rey. Sus noticias sobre el particular eran

concretas, seguras, recientes. Seguía con ojo inquieto la evolución que allí se está verificando en la estructura social. Su punto más remoto de comparación era 1859, año de la salida de Antelo.

En esta circunscripción nos encontramos por vez primera en la historia con dos turbiones invasores del claro manantial: uno que viene de la sierra, y otro que fluye del cerredo y de las provincias indigenales del departamento; por un lado el mestizo alto-peruano, y por otro el indio guaraní; uno y otro prosperando rutinamente un poco el comercio de Santa Cruz, pero también contaminando de consuno, con los glóbulos amarillos de su sangre, la linfa azul de la sangre cruceña. Y todo esto sin que ninguna filtración exterior caucásea, sino en casos individuales muy contados, venga, para aquesta lucha íntima de las venas, á tonificar la generosa sangre criolla.

Antelo contaba con los dedos de una sola mano las viejas familias patricias cuyos vástagos no estuviesen ya bastardeados en la ciudad. En general, la clase media y la superior están hoy emparentadas con quichuistas ó aimaristas. Lo propio acontece desde algunos años atrás á los ocho mil blancos de la provincia de Vallegrande. ¿Qué más? La plebe urbana está hoy contaminada hasta los huesos con quilo guaraní.

¿Podrían aceptarse, como perjuicios consecuenciales de orden moral y social, ciertos hechos nuevos que coinciden con el rebajamiento actual de color en la plebe cruceña, y con su consanguinidad y frecuente comercio con los alto-peruanos?

No se puede negar que la estadística de Antelo era exacta en cuanto á la efectividad de ciertos datos; pero él era demasiado experimental en su lógica para que no vacilase en la interpretación.

Por ejemplo. Durante el combate nocturno habido en la plaza central de Santa Cruz, el año 1849, permanecieron abiertas y más iluminadas que de ordinario diez y siete casas principales, por obra de la misma inquietud de las familias y de su interés por socorrer heridos. Lo que va de ayer á hoy. El pánico y los cierrapuertas durante la sedición del mestizo Ibañez, en 1876, son indescriptibles, á causa de las ideas demagógicas reinantes, del odio á los

que de algo disfrutaban y de los conatos de saqueo soldadesco: todo exactamente á la manera de las ciudades alto-peruanas, copiando á sus choladas ensoberbecidas por servil y rapaz proselitismo.

Pero el hecho es demasiado complejo para que, conforme al método experimental, consienta una explicación tan simple, cual es en este caso la que estriba en la sola índole de una casta. Está buena la coincidencia para prestarse á opiniones ó conjeturas simplemente morales; nunca para dejar en el espíritu la certidumbre positiva de un fenómeno sociológico.

Sea de esto lo que fuere, es muy fuera de duda que ha desaparecido, sin otras ventajas en cambio, aquella familiaridad respetuosa y cordial que en Santa Cruz medió siempre entre el inferior y el superior en todas las esferas; confianza muy del todo semejante, en lo que mira al servicio doméstico, á la que se ve entre amos y criados en las comedias de Calderón y Lope de Vega. Ahora al cholo cobrizo ó cetrino no le nace espontáneamente esta sumisa llaneza con el blanco de buena casa: tiene que gastar insolencia para mostrarla, y muy á menudo la muestra por este camino.

Aquellos pueblecillos de indígenas misionarios, de colonial fundación jesuítica, proveedores circunvecinos de Santa Cruz, y que hasta hace veinticinco años conservaban sus primitivos traje, costumbres, lengua y sangre guaraní, porque la plebe cruceña repugnó siempre emparentarse con ellos, están ahora poblados por solos mestizos resultantes de la mezcla. Ya no existen allí indios puros; el habla guaraní ha buscado su postrimer asilo en la boca de unos cuantos ancianos. Todo ha mejorado, sin duda ninguna, en esas aldeas; pero la raza superior lo ha supeditado todo degenerando junto con eso de sí misma. Por eso en los arrabales y granjas de la ciudad han venido á menos la gallardía, el tipo y tez peninsulares, la agudeza de ingenio, el aliento de dueños de casa con que se singularizaban en la república estos plebeyos.

Para el caso de urgente necesidad social, como por ejemplo el establecimiento de una colonia reproductora, Antelo tenía con respecto al cruzamiento sus preferencias preconcebidas. Cuatro eran los casos más genera-

les que se le presentaban, en la república, para proceder á encastar al criollo ó al extranjero caucáseo con los inferiores: con indio incásico en las sierras, con razas guaraníes en las llanuras orientales, con mestizo de la sierras, con mestizo de las llanuras.

Entre indio neto é indio neto, admitía sin vacilar para la mezcla con el blanco al camba misionario de origen guaraní, ingenuo, juguetón, aseadísimo, estrechador de manos, agraciado y despierto; que no al sombrío, asqueroso, huraño, prosternado, estúpido y sórdido indio incásico. Consideraba esta última mezcla la peor de las mezclas posibles de blanco con amarillo. Este mestizaje ha dado origen al cholo alto-peruano ó *colla*. En Santa Cruz y en la Argentina llaman en general *colla* al nativo del Alto Perú, pero más particularmente al cholo, nombre odioso por allá y sinónimo de ruindad y falsía cuando se viste como los blancos.

Después de lo anterior, nada raro es que, puesto en el caso forzoso de optar entre el mestizo incásico y el mestizo guaraní, se decidiese Antelo por el segundo, para los efectos de conferirle el encargo de agente reproductor y propagador interino de la población nacional. Pero es muy raro que, entre el camba guaraní y el cholo alto-peruano, aquel ilustrado amigo prefiriese al camba neto, resignándose con ello á desechar el octavo, ó la mitad, ó los tres cuartos etc. de sangre española que el mestizo pudiera llevar en las venas.

Antelo en esta parte era sistemático. Alegaba razones fisiológicas y etnográficas más ingeniosas que sólidas. Atribuía un determinismo genial muy deplorable á la combinación del principio incásico con los gérmenes criollos. Creía que el atavismo incásico era pertinaz como ningún otro atavismo, y que con sus insistentes retrocesos burlaba las más redobladas selecciones criollas.

El atavismo incásico es de veras intransigente, rebelde, casi imposible de extirpar. Frecuentísimo es, en Bolivia, que padre y madre ya blanqueados por una sucesión anterior de selecciones criollas, obtengan como es natural prole blanca; pero también se suele ver que de repente, como resultado del mismo ayuntamiento, la madre comience á parir indios netos. Un atavismo semejante ¿es más indomable que el atavismo guaraní? Hé ahí la cuestión.

Si para la preferencia se tomase en cuenta únicamente, en los individuos, el carácter moral resultante de una ó de otra combinación, claro se está que Antelo estaría dentro de una atinada selección republicana. La diferencia en la índole personal de las castas resultantes es demasiado notoria. Allá donde el mestizo cruceño saca la cara, el mestizo colla elimina su individuo, para no cobrar ánimos sino á espaldas del compañerismo anónimo.

Pero estos matices parciales, sin intensidad ni firmeza colectivas, no valen la pena ante la común degeneración persistente de ambas progenies, degeneración que marchita y troncha sin remedio la energía primordial de cada raza. Considerada la preferencia desde este punto de vista, la observación científica no parece inclinarse á favorecer el ayuntamiento del blanco con el indio oriental, á trueque de evitar que el primero encaste con el mestizo incásico. El pernicioso atavismo es tan pertinaz en uno como en otro caso.

Me parece que las observaciones de Agassiz en la Amazonia pueden en el presente caso extenderse á los departamentos orientales de Bolivia, por razones de analogía geográfica y etnográfica. Me place aquí el método del gran naturalista. No penetra en los antros de la frenología ni en las profundidades de la antropología. Averigua bien el hecho natural y lo consigna como fiel historiador. Este proceder zoológico, de comparar en la vida externa individuos de una categoría con individuos de otra, confrontando ejemplares escogidos para que resalte la verdad entre todos, es cabalmente lo que ahora nos interesa.

En la república son escasos el zambo y el mulato, que tanto abundan en el imperio y que, como castas llamadas á funciones soberanas, son preferibles al cholo, según aparece del examen. Como una prueba admirable de las identidades naturales, habrá de notarse cuál la pintura del mestizo indo-blanco brasilero, es también un retrato del mestizo indo-blanco boliviano, con sólo la temible duplicidad de menos, que el cholo saca de su padre el indio incásico.

Después de cotejar descriptivamente las variedades amazónicas de la especie humana, concluye Agassiz:

“Unas cuantas palabras serán bastantes para hacer notar cuán profundamente desarraigadas están, en las castas,

las diferencias primordiales que existen entre las razas puras. Bien así como las especies distintas de animales, las diferentes razas de hombres producen por su cruzamiento mestizos, y los mestizos nacidos de razas diversas presentan gran diferencia.

“El híbrida entre el blanco y el negro, denominado mulato, es por demás conocido para que tenga yo que describirlo. Sus facciones son expresivas y regulares, su tez clareada. Aunque imbuido de confianza en sí mismo, es indolente.

“El híbrida entre el indio y el negro, que aquí se llama *cafuzo*—(el zambo en la América Española)—es muy diferente. Sus facciones no tienen nada de la finura del mulato; el color es oscuro, ensortijada la tupida y lustrosa cabellera. Su carácter presenta una acertada combinación de la jovialidad del negro con la enérgica rusticidad del indio.

“El híbrida entre blanco é indio, llamado *mameluco* en el Brasil, es pálido, falto de vigor físico, perezoso, sin ánimo varonil y algo testarudo. Parece que la influencia del indio hubiera contraído su fuerza toda á anonadar completamente en este mestizo los nobles atributos del blanco, mas sin comunicarle nada de la propia energía.

“Es muy de notar que en ambas combinaciones del indio, sea con el blanco, sea con el negro, el primero transmite su estampa á la progenie mucho más profundamente que el cogenitor de otra raza. En los cruzamientos subsiguientes los caracteres del indio puro resaltan y borran los de otras razas, y ello con una prontitud que conviene consignar. He conocido un hijo de dos mestizos, indo-negro el uno y el otro indo-blanco, que presentaba resumidos en su persona casi completamente los caracteres del indio puro.”

Hay que creer un poco en el alcance moral de ciertos gritos de la sangre por perseverar en su primitivo sér. Antelo mismo ¿no sería en el caso actual llevado por el sordo reclamo de cierta propensión antigua, no del todo quizá extinguida hoy entre sus paisanos de Santa Cruz?

Viendo estamos todos los días, en las familias bolivianas más linajudas, las marcas indelebles que deja en el rostro la perniciosa rebeldía de la sangre incásica; pero, la verdad, en la intransigencia de Antelo sobre este puntillo ó ápice del

atavismo, vi también algo parecido á una resurrección de la carne cruceña de otros tiempos; vi un resquicio por donde saltaba á persistir una primitiva genialidad, peculiarísima de aquel vecindario entre los que componían el distrito de la Audiencia de Charcas. El de Antelo era un póstumo "no" de sus mayores. Mostrábase obstinado en borrar la estampa incásica en todas las esferas de la sociabilidad boliviana, al modo como un antepasado del terruño cruceño era intratable en tratándose de hocicos y pellejos collas.

Allá no há muchos años, aquellos canónigos patricios de nobilísima presencia española, entraban á la sacristía saludando á cierto compañero: "¿Cómo está el cambia Rojas?" A otro prebendado le decían: "Buenos días, colla Guardia." Y tuvo éste que mudar de sacristía, y no encontraba consuelo ni entre los sacristanes, que eran de cara blanca y hablaban con el desembarazo de cosa única el castellano de los andaluces y extremeños del siglo XVI, mientras el canónigo se explicaba á duras penas en quichua traducida al castellano. Lo cual no es decir que canónigos y sacristanes no fuesen buenas y hospitalarias gentes sencillas, que servían al colla con afecto, mas sin dejar por eso de recordarle á cada paso su tipo y color llamándole: colla, colla, colla.

Profundo ha sido á este respecto el retrainimiento de la raza cruceña antes de ahora. No menos profundo ha sido en ciertas familias alto-peruanas ese mismo retrainimiento con respecto á las castas mestizas. El indio incásico es por su parte huraño por excelencia. Añádanse á estas mutuas repulsiones de sangre los celos provinciales y el estrecho localismo hijos del encerramiento general. Casi es preferible, en obsequio á intereses unificadores que no admitían demora, el bastardeamiento que de la raza superior se viene verificando con el mestizar sin coto ni selección desde la independencía acá. Este ha sido un libramiento onerosísimo pero inevitable girado contra el tesoro del porvenir.

Republicanas instituciones adventicias con fundamento filosófico, y al mismo tiempo hermosos principios de orden social, en ellas contenidos, que abriéndose paso hacia la práctica, se esfuerzan por prevalecer en el espíritu de mayorías ignorantes, y que atravesando por formidable cru-

jía de infcuas asechanzas y asaltos brutales, pugnan por arraigarse en costumbres democráticas pacíficas: tal es, si no me equivoco mucho, el punto más levantado del espectáculo que prefieren seguir con la vista, en nuestras repúblicas americanas, los escritores, los tribunos, los estadistas, y hasta los que se afanan por alumbrar el camino de la experiencia escribiendo la historia.

De aquí también la naturaleza común de ciertas aspiraciones muy generales. Conforme á los diversos momentos y sitios ó á la simultaneidad de la lucha, el ideal de esas aspiraciones se contrae: ya al goce efectivo de las garantías individuales y al ejercicio desembarazado de las libertades públicas; ya á una ley común de tolerancia respecto de los que creen en Dios diferentemente; aquí al predominio de la soberanía popular mediante la pureza del sufragio renovador; allá á contemplar á la opinión penetrando decisiva hasta los consejos del poder, al poder abrazado con la justicia, á la justicia reglando la ley, á la ley impeorando única en el Estado etc.

El positivista observador que nos ocupa no consideraba las cosas bolivianas desde este punto de vista. Los elementos físicos, las propensiones fisiológicas, los agentes económicos, todo lo apropiable por el trabajo, las fuerzas naturales esencialmente humanas, operando de consuno el desarrollo orgánico de la raza nacional y determinando los actos trascendentes, buenos ó malos, de su vida colectiva y de su actividad en la lucha por la existencia, dentro, fuera, encima, debajo, de las instituciones políticas: hé ahí el espectáculo que, rodeado de cráneos, disecaciones, fósiles, itinerarios de distancias y exploraciones, tablas de alturas y temperaturas, cartas geográficas, trazados de vías férreas y fluviales, vocabularios, libros técnicos y papeles estadísticos, se contraía á observar allá en Bolivia desde su retrete de Buenos Aires Nicomedes Antelo.

Veía aquel concurso inmenso de espléndidos dones naturales no similares, raíces ponderables y homogéneas de una potencia cúbica enorme de producción y riqueza; pero también concurso sociológico incoherente por la topografía y los climas, desligadísimo por causa de las castas y las lenguas, despoblado de fuerzas vivas capaces de labrar la coyunda unificadora de los intereses económicos, en pugna

ciertos elementos nativos para adaptarse políticamente unos á otros, retorciéndose el cuerpo social por asimilárselos á todos, y retorciéndose aún más para obrar en su organismo ese esfuerzo combinado, que en las agrupaciones humanas se llama la vida del crecimiento nacional y autonómico. Y, por encima de todo, veía separado naturalmente este enorme conjunto en dos grandes porciones territoriales y sociales, con el ayer y el hoy y el mañana contrapuestos.

Veíalo todo Antelo como naturalista, y como naturalista creía que, mediando el pronto depuramiento y la unificación caucásea de la raza nacional, podíanse resolver en Bolivia los más arduos y temibles problemas del presente y del porvenir.

¡El depuramiento y la unificación de la raza nacional! Pero, ¿no es esto querer resolver un problema con otro problema?

La América entera conoce la dilatada guerra sangrienta que las castas mestizas argentinas del interior han sostenido contra la civilización del litoral, representada por los criollos de sangre europea. Antelo residía en el Río de la Plata, y estaba ahora deslumbrado con el grandor del espectáculo que, mediante la inmigración espontánea, ofrecen allí el depuramiento y la unificación caucáseos de la raza nacional. Contemplaba con asombro la precisión casi mecánica del fenómeno sociológico, según el cual, á medida que el indio y el mestizo iban pereciendo vencidos en su lucha por la existencia contra la superioridad irresistible de las razas caucáseas, se afianzaba el orden público, quedaban resueltos de hecho los más terribles conflictos políticos, subía el progreso intelectual y moral por rápidas gradientes, la riqueza y el bienestar se iban exparciendo por todos los ámbitos de la república.

Ciertamente, los europeos que al Plata arriban en tropel y los criollos que les abren sus brazos fraternales, no toman en cuenta para nada la tal unificación ni el tal depuramiento. El prodigio se obra sin arte político y como consecuencia mediata de otros hechos primordiales de muy complejo carácter económico. Pues bien: Antelo concedía un valor de primer orden á los factores económicos para cualquiera evolución sociológica, y no se puede negar que

uno de esos factores, si no el primero, es la pujanza del arte y del esfuerzo humanos radicados en la raza.

Resolver el problema boliviano etnológicamente, no es en rigor rehuir la dificultad asilándose en otro problema; es simplemente sobrentender previos arreglos administrativos combinados con maestría. Concedamos, pues, al hombre de ciencia este modo de mirar por alto los hechos sociales, concedámoselo; puesto que, en el caso presente, lo hacía fascinado por un ejemplo positivo y empinándose con la punta de los pies sobre algo practicable en Bolivia:

“La grande obra, decía, no estaría lejana en un país minero, y por ende gran remunerador temprano de aquellos que se arrojasen á pelear allí la batalla de la vida con asaltos y sorpresas de fortuna. Que los collas avancen en cuenta para la empresa sus metales perecederos pero tentadores y convocadores. El auge de la industria minera refluirá entonces en pro de la agricultura, colonización y comercio fluvial de nuestras orientales comarcas, que tantas producciones valiosas brindan á las industrias extractivas. Por este camino llegaríamos á la depuración y unificación consabidas. Después vendrían el crecimiento y desarrollo orgánicos y con ellos la plenitud generadora que se denomina la vida nacional.”

Cuando uno trata de cerca á ciertos espíritus aptos para seguir, y que siguen con efecto, el desenvolvimiento actual de las ciencias biológicas, advierte que atribuyen valor esencial al asunto de las razas. No discurren jamás sobre sociología humana sin dejar previamente entendido este dato, que para ellos es el registro matriz del documento humano en cualquiera sociedad constituida. En su lenguaje la raza es el protoplasma histológico del organismo social. Es como si dijéramos la urdiembre donde se labrará de realce y que hará fuerte ó frágil, fina ó burda, la tela de la labor sociológica. Como se ve, esto es mirar la raza cual si fuera un cimiento fundamental.

Por eso el debate con estos hombres toma un giro especialísimo en tratándose de administración ó de política. Prestan una atención tan preferente á la índole castiza de los pobladores, para juzgar de las cosas de un país, como la que los fisiologistas experimentales conceden hoy á los agentes físico-químicos, para explicar en los organismos la

vida. La razón del caso es obvia. No obstante, y por más que ellos concedan después de esto alguna cabida á otros motores libres de los hechos sociales, es lo cierto que dejan la impresión de visionarios en política y administración, cuando en realidad de verdad estos hombres no son sino materialistas empedernidos.

¡Pobre Antelo! Tan olvidadizo de su saber, tan perulario y desvalido como era, tan convencido de que la finalidad del hombre concluye con la muerte, tenía un orgullo impreso en su frente calva, el único que le conocí, orgullo propio de un naturalista darwiniano: ser descendiente, por línea de las hembras y por línea de los machos, de las barraganas y soldados españoles que fundaron á Santa Cruz de la Sierra.

Esas barraganas y soldados eran, como él decía, exploradores de exploradores. Habían sido lanzados de campo travieso, lejos, más lejos todavía, por otros exploradores, por los heroicos navegantes y viandantes del Paraguay y de Santa Catalina. ¿A dónde van esos hombres? A implantar la superioridad imperecedera de los blancos en el corazón de la América meridional. La estirpe ibérica quiere probarse en este puñado ante las razas y las castas. El será, dentro de estos barbarismos que hormiguean, la levadura de la sociabilidad selecta del porvenir. Y sin equivocarse ciertamente, Antelo sentía correr en sus venas la propia sangre de esos pobladores de Grigotá, que legaron á sus hijos la famosa repulsión de tres siglos, para no mezclar nunca su sangre con la de los guaraníes y quichuas circunvecinos.

Con estos antecedentes perfectamente comprobados, más de una vez sometió su persona al examen de algunos sabios viajeros. Los antecedentes hacían muy interesante el ejemplar, aun después de trasmontada en él la fogosa juventud. Las cosas pasaron con toda formalidad. Entre otros, su amigo el doctor H. Burmeister, director del museo en Buenos Aires y célebre descubridor del caballo fósil pampeano, declaró que el individuo que acababa de examinar no era, ni con mucho, lo que los franceses llaman un *grand gaillard*, siendo por ende poco á propósito para encastar con él una selección enderezada al transformismo; pero que el ejemplar ofrecía en toda su pureza el tipo

genuino de la raza, sobre todo en la conformación del cráneo.

Hablando seriamente, espero haber referido lo bastante para hacer ver que, por su calidad y fuerza orgánicas, el cerebro de Antelo estaba libre de las insuficiencias de entendimiento y de índole que son achaque de las razas y castas inferiores. Para usar los términos de la escuela científica á que él pertenecía, su cerebro era hábil para prestarse á las adaptaciones del espíritu moderno, listo á entrar en las funciones que la evolución superorgánica de los blancos, que es la más avanzada, impone á todos sus agentes para el desenvolvimiento del progreso humano.

No cabía duda: la raza española al centro del nuevo continente trasplantada, y reproducida allí por siglos, erguía en la persona de Antelo su tipo primitivo con aquellos caracteres de identidad y de fijeza que constituyen á una gran raza de la humanidad. Y el orgullo del hombre consistía en poder clasificarse así: un individuo de raza superior pura en la escala antropológica de la etnografía general.

Rechazó el apodo de microbio de la humanidad, apodo que por causa de este orgullo le apliqué un día. Porque dijo que eran parásitos vivientes dentro de otro organismo los microbios por regla general; que aquellas razas y castas refractarias de nuestra organización social y política son los verdaderos microbios, y microbios patológicos; que él era con más propiedad una célula cerebral en el organismo sociológico argentino. Estábamos á punto parados en la puerta de su escuela.

No vaya nadie á imaginarse que este ilustrado observador sustentaba la superioridad de la raza española respecto de las demás razas caucáseas. De ninguna manera. Simplemente estaba contento con ser latino, si bien por las tendencias de su espíritu hubiera sido con más propiedad sajón.

Confesaba las proyecciones profundas que sobre una raza arrojan las influencias exteriores y locales. Reconocía el valor de los diversos factores que contribuyen á determinar la índole de un pueblo autónomo, agregados á las energías naturales de la sangre. No pocas veces estas agregaciones han tenido su parte en convertir á un pueblo en fuerza impulsiva, ó en agente moroso, ó en causa de retro-

ceso, ó en desertor del movimiento progresivo de la humanidad. Reconocía sinceramente que, en el certamen de la civilización contemporánea, el pueblo español no se ha conquistado ni está en vía de conquistarse premios de gran valía. Antelo había leído á Buckle; y, las demostraciones concluyentes del historiador positivista, le traían impresionado penosamente por lo que á España respecta.

Pero Nicomedes consideraba este asunto desde un punto de vista fisiológico y americano; distinguía entre raza y nación. Es fuerza reconocer que, discurriendo así, no procedía fuera de toda lógica.

Donde la historia probaba que España había producido en Europa una obra política inferior á la fuerza y maestría de su poder continental; donde se probaba que había producido una literaturo inferior á su lengua, una industria inferior á sus medios productivos y á sus mercados, una colonización inferior al descubrimiento y conquista, una suma de cultura y bienestar sociales inferior á la de naciones que fueron sus tributarias etc. etc.; donde la historia probaba todo esto sobre la inferioridad de España, Antelo admitía el cargo para probar este otro: que efectivamente, por causas varias que de todo tienen menos de etnográficas, España se ha mostrado inferior á su raza.

En la tertulia del general Bartolomé Mitre, donde se reunen varios personajes argentinos, promoví una noche conversación acerca de Nicomedes Antelo. No me podía explicar por qué un espíritu, tan superiormente cultivado, se hubiese contraído años de años á la enseñanza en la escala rudimental de los conocimientos. En Buenos Aires, donde la carrera de la enseñanza oficial ha estado abierta á los extranjeros hasta en la más alta jerarquía de la dirección ó de las cátedras, ¿cómo Antelo no salía de la condición de maestro de escuela?

Advertí al punto que todos conocían á Antelo y eran capaces de escribir un gran capítulo sobre "el tipo", como allá dicen. El dueño de casa, juez competente en materia científica y de muy sano criterio natural, estimaba altamente el saber sólido y extenso del pobre preceptor, y hacía justicia á su carácter, mezcla algo desventajosa pero simpática de humildad y de independencia, una y otra lle-

vadas á un grado verdaderamente estoico. El *tipo*, como se ve, no era de suyo viable en Buenos Aires.

Pero otras cosas más me refirieron también. Aunque curioso, aquello sería largo de contar. Hay controversias pedagógicas, reyertas con visitadores y directores, polémicas ruidosas contra las creencias sobrenaturales, sarcasmos centellantes como el acero bruñido y templado. Aquellos señores me dejaron con la memoria maltratada. Y era preciso todavía oír á Antelo. Este asunto parecía requerir de mi parte tino, pulso, tiento. Pero de un golpe el reo mismo me sacó del conflicto. Cuando comenzaba á balbucear algo para inquirir las causas de su postergación y de su apatía, Antelo me interrumpió riendo:

—Por tres razones: por ateo, por no ser extranjero de Extranjis sino de Bolivia, y por pependenciero. Tóqueme usted aquí el órgano de la combatividad. . . .

Y me hizo tocarle detrás de la oreja una enorme protuberancia del cráneo.

Algún tiempo después recorría yo los departamentos de la Exposición Continental de Buenos Aires, cuando se me ocurrió entrar al salón del congreso pedagógico internacional, que dentro del gran palacio sesionaba. Ante un concurso como de cuatrocientos delegados, uno decía desde lo alto de la tribuna:

“El sistema actual de Buenos Aires presenta los inconvenientes de un vestido viejo cuando se remienda con trapos nuevos, ó, como decía el divino maestro, cuando el vino de la cosecha se echa en odres viejos.”

Era Antelo. Discurría sobre la división del trabajo en educación pública, derivando su dictamen de la economía política y de la fisiología, con cierta flor de erudición que á fuerza de arte no parecía exótica. Ignoro si hubo combate con motivo de estas y otras claridades del delegado boliviano.

Había no se qué vigor original en la manera de discutir de Antelo sobre el gran problema etnológico de la sociabilidad sud-americana. Diseñábase fácilmente esta nota personal, en el concierto de sus ideas, á través de la lucidez expositiva de sus conocimientos adquiridos.

Francamente, no tocara este punto si hubiera yo visto en él una mera prueba solitaria de talento. Tratándose de

un hombre orgánicamente escéptico, traspasado de un empirismo inexorable, vendría aquí más mal que nunca un párrafo, escrito en el diapason de aquel tópico frecuentísimo sobre el notable ingenio inédito del prócer biografiado.

Colocando al preceptor de primeras letras de Buenos Aires en el centro habitual de sus ideas, pertenecientes como se ve al núcleo de la ciencia positivista europea más flamante, no he procedido con arte sino con lógica sincera. Quería explicar llanamente la filiación de las observaciones personales del pensador, presentarlas como ecos profundos, como datos que él aportaba por sugestión y á requerimiento de las doctrinas modernas. Pero también quería hacer ver que, al lanzarse Antelo á bogar en esa corriente de ideas, obedecía á una tendencia muy antigua ó si se quiere ingénita de su espíritu. Y tengo aquí el documento para demostrarlo.

La más antigua producción suya, la primera en salir á la prensa y que él tenía casi olvidada, siéndome preciso recordársela mostrándole el número 3409 de mi catálogo impreso, es un folleto político publicado en Salta el año 1860, cuando Antelo llegaba emigrado voluntariamente de Bolivia durante lo tiranía de Linares. Este escrito brotó de su pluma con nervio y con sabor. Recomiendo su lectura á los curiosos investigadores. Pasajes hay en él que pertenecen á lo más granado del género polemista. El diálogo sobre el círculo vicioso de los gobiernos en Bolivia es de ello un buen ejemplo. El capítulo sobre la situación del país bajo la dictadura de Linares, es una página vívida que sólo há menester breves retoques para ser una página de historia.

El autor cuenta el origen de este escrito, con un rasgo pintoresco sobre unos tiempos en que se desterraba por precaución y se encarcelaba á secas por guardadísimo desquite. Al partir de Santa Cruz fué á despedirse de dos caballeros muy principales, víctimas de la persecución de Linares, y les dijo:—“Escriban ustedes algo, que son hombres de pluma; combatan con su arma al tirano de la patria; yo haré las publicaciones en Salta ya que en Bolivia es imposible.”—“¡Ai! amigo:”—le contestaron—“cuando apenas tenemos aliento para alzar la cuchara con que co-

memos ¡qué vamos á escribir! Haga usted allí lo que pueda.”

Nicomedes Antelo pudo hablar alto á los bolivianos en aquella ocasión. Era un joven que no arrastraba compromisos políticos de ningún género. No había besado la mano de ningún caudillo. Era notorio lo que había hecho después que salió del colegio. Y él lo hacía valer para autorizar más la sinceridad de su pluma. Dijo:

“Mientras nuestros hermanos resolvían al fuego del vivac la suerte de la patria, nosotros nos ocupábamos por muchos años en cazar aves en el aire y peces en el rio. Nuestra última temporada en la patria la pasamos regando la éra con el sudor de la frente. Y ¡quién lo creyera! Este y no otro era nuestro principio político: ¡El trabajo!”

¿Cuál sería por aquel entonces su bagaje intelectual? Traía ciencia valiosa, pero ciencia de 1831. La filosofía positiva en Europa iba apenas ese año á entrar en su período embriológico. ¿Quién soñaba á su respecto en prosélitos ni en divulgar lo que no existía? No estaban echados entre ribera y ribera, sobre el abismo del espíritu, esos famosos puentes de albañilería naturalista, para traer á una alianza antimetafísica y antiteológica á las ciencias todas de cálculos y de observación evidencial. La sociología evolucionista ha provenido de aquí. Su advenimiento es cosa del día de hoy, bien así como la divulgación del darwinismo. ¿Qué podía ser Antelo entonces sino un materialista utilitario como cualquier otro del gremio? Solamente que el caso era algo raro viniendo él de donde salía.

Pero, en esos días juveniles, sin un medio ambiente inspirador, era algo más raro todavía el aliento positivista de su filosofía política. Ahí está el folleto. Ya traía como primordial clavado en el cerebro el problema etnológico de las razas bolivianas.

La sociedad atormentada y convulsa no acertaba, en su afán por la existencia, á labrar otra tela durable para cobijarse que estéril y sangriento militarismo. Aspera tela, caudillaje por el derecho y revolución por el revés. El pueblo languidecía de ignorancia y de pobreza. Entre vociferaciones de redención y de cólera los bandos agotaban, por la presa del poder, el repertorio de los programas gubernamentales y las fórmulas del derecho público. Y hé

aquí que, como una exhalación luminosa de los calores del horizonte, brota expelida de este caos una voz altísima y serena, declarando entre el rutinario fragor de las polémicas: que era inútil bregar con cálculos, ya contra las maquinaciones y ya contra los arreglos y ya contra el motín pretoriano, cuando es lo esencial que, debajo de todo, un disturbio congénito de humores anida en las vísceras del cuerpo social, desorganizando desde allí la eficiencia externa de las fuerzas vivas y verificadoras de la sociedad política.

Según este notable pensamiento, lo que más llamaba la atención de Antelo, es la disparidad existente entre las diversas partes integrantes del agregado social. Véase la impresión que le causaba el aspecto social de su país; véase cómo gravitada ya sobre su espíritu aquella noción positivista, que atribuye á la sola calidad de la raza decisivas eficiencias morales y políticas, un determinismo trascendente á la condición y destino de un pueblo.

“Heterogeneidad de razas, de costumbres, de idiomas, de índole, hasta de ideas: hé ahí el conjunto múltiple que ofrece aquella amalgama, digámoslo así, de muchas naciones, reunidas bajo un mismo pacto social, ó más bien bajo un régimen impuesto por la espada de los libertadores.

“En esa complexa fisonomía física, moral é intelectual, es relevante un rasgo, de notable trascendencia en la vida política de esa república; á saber: la inmensa distancia que media entre las clases indígena y mestiza, no educadas, y la pequeña clase instruida procedente de la aristocracia del régimen colonial. Esta pequeña fracción es y debe considerarse como un vástago de la civilización europea, ingertado en la masa primitiva de la población americana. Es la única capaz de vivir á la altura de las instituciones republicanas.

“Sea por el cruce ó bastardeo de las razas, sea por la falta de competente educación, sea en fin la influencia fatal de los hábitos coloniales, es un hecho reconocido por escritores graves: que la raza mestiza americana abriga instintos poco favorables á la moralidad de las costumbres políticas. . .”

Antelo opinaba, además, que aquellas incoherencias de la estructura social, que en otros Estados del continente

tanto contribuyen á extraviar el ejercicio de las instituciones democráticas, en Bolivia revisten un carácter especialísimo de profundidad, y ello por causa de las razas y las castas allí predominantes. Forman esas incoherencias una dispersión fragmentaria de fuerzas, fuerzas mutuamente repulsivas y antagónicas, que el régimen colonial acertó á conglutinar para que sirviesen de asiento compacto á la monarquía despótica, pero que el régimen republicano no puede fundir ni refundir en la igualdad legal, para conceder á esta resultante el ejercicio de la soberanía popular.

Veintidós años de estudios ulteriores en Buenos Aires, siguiendo día por día el desenvolvimiento de las ciencias positivas, no sirvieron sino para acentuar, con la fuerza que ya conocemos, estas primeras convicciones del naturalista de Santa Cruz de la Sierra. Cuando le traté ya no fluctuaba, no, sobre las causas que constituyen al indio y al mestizo en fuerzas divergentes y perturbadoras; no vacilaba sobre si aquel fenómeno era efecto consiguiente al cruzamiento, ó á la educación servil, ó al fácil extravío de la ignorancia, ó en suma á inferioridad congénita para estar á la altura de las instituciones republicanas. Sus afirmaciones eran categóricas.

—El indio y el mestizo radicalmente nó sirven para nada en la evolución progresiva de las sociedades modernas. Tendrán tarde ó temprano, en la lucha por la existencia, que desaparecer bajo la planta soberana de los blancos puros ó purificados. Son una cantidad negativa, un valor heterogéneo, que no deben ser planteados en la ecuación republicana. Constituyen mientras tanto, por su número y preponderancia, y especialmente el mestizo incásico por su astucia imitadora y a veces hasta por su cultura misma, el mayor obstáculo presente para que en la sociabilidad boliviana se produzca, como fenómeno sociológico, la filogenia democrática del gobierno de sí mismos por sí mismos. Son además, y mientras actúen en la escena pública el indio soldado y el mestizo estadista, un riesgo permanente y mortal para la nacionalidad boliviana; establecimiento caucáseo, que reclama ante todo la sangre de los suyos cuando tiene un honor patrio que saber sentir, una autonomía en que perseverar sin ineptitud, un territorio que conservar íntegro á precio de la vida. Y

todo esto ¿por qué? Fisiológicamente por causa de las células, que elaboran índole perniciosa é intelecto subalterno en el cerebro del indio y del mestizo.—

Tales eran, si soy fiel en la enunciación, las conclusiones postreras sobre el indio y el mestizo á que había arribado Antelo en 1882; conclusiones cuyas premisas me sería imposible exponer aquí técnicamente, pero cuya demostración hube de escucharle varias veces con mezcla de asombro y de pesar.

La supereminencia de la raza caucásea respecto de todas las demás, su papel preponderante en la historia del mundo, la predilección con que la especie humana le ha conferido por dondequiera el cetro del progreso, son nociones geográficas elementales que no podían escaparse al folletista de Salta en 1860. Pero fué cosa particular suya el pronunciarse aquella vez contra ciertas malas tendencias latinas de la raza criolla en Bolivia.

Antelo para ello se apartó, de propio marte y con energía, del común sentir, dando espaldas á las cosas é ideas de su tiempo. Se pronunció contra la educación ideologista é improductiva de la juventud, clamó contra las teorías políticas profesadas sin sentido práctico por la clase pensadora, denunció las faltas é inconsecuencias que por este camino iba arrastrando en el poder la clase blanca encabezada por Linares, predijo la próxima ruina del partido criollo envuelto en su túnica de moralización é hidalguía, lo pintó próximo á languidecer en adelante supeditado á la avilantez mestiza del militarismo pretoriano, y escribió, segun mi parecer, el brillante programa de sus próximos estudios etnológicos con aplicación á su patria.

A la manera de los economistas ingleses, con quienes había de encontrarse más tarde en la escuela positivista, Antelo sostuvo esa vez *a priori* lo mismo que le oí sostener en 1882 después de maduro exámen: que la libertad y el orden en Bolivia no debían buscarse sino en el campo del bienestar material, poniendo de preferencia en actividad efectiva todos los agentes económicos que sugiere el arte industrial, y los que brinden allá los naturales recursos del país. En 1882, bien así como en 1860, su principio político era el trabajo.

Tales eran las fases intelectuales más salientes del

hombre que dejé sano y robusto, y que meses después de la separación descendía al sepulcro. ¡El sepulcro! Ignoro cómo fueron sus últimos momentos. Un día me habló de ligera sobre “la sustancia inmortal del organismo humano.” Notando que paraba yo en ello la atención, me explicó que aquello podría ser lo que mejor pluguiese al pensamiento, el cual era libre y por demás fecundo en el concebir; pero si esa sustancia no se incorporaba al flúido del transformismo en que evoluciona la inteligencia de la humanidad, no veía cómo por separado se pudiera demostrar su existencia, ni demostrar científicamente otra inmortalidad que la indestructibilidad de la materia. Fueron poco más ó menos sus palabras.

Todo su sér propendía irresistiblemente hacia el materialismo. Era el hombre adecuado para que se obrase en él un milagro de revelación famoso.

Cosa muy sabida es que el darwinismo sostiene, que todos nuestros movimientos interiores no admiten otra explicación, que aquel viejo principio utilitario del interés personal, el amor de sí mismo, la gravitación hacia el yo.

“El hombre propende á su felicidad como cae la piedra hacia el centro de la tierra. La indestructibilidad del amor de sí propio y la indestructibilidad de la fuerza, son dos consecuencias paralelas de una sola y misma tendencia que rige al universo, y que Spinoza denominaba “la tendencia del sér á perseverar en su propio sér.” Apego á sí mismo tal es la ley esencial de la naturaleza. El darwinismo rechaza una voluntad superior al puro instinto de conservación, una potencia cualquiera de libertad capaz de traspasar positivamente los límites del egoísmo, del yo queriente de su cosa.”

Antelo tenía, á propósito de este culminante punto de discusión de la moral evolucionista, una frase sacada de sus autores, una frase bellísima. Se preguntaba al darwinismo: Y ¿cómo explicáis el sacrificio de la propia dicha, el sacrificio de la vida por otro? “Respondemos: el sacrificio es como una brújula cuya orientación ha sido trastornada por una poderosa influencia: no cesa de seguir la corriente universal; sólo sí los dos polos, *yo* y *tú*, han sido invertidos.”

¡Ah! Un trastorno de su naturaleza, la impulsión de una

---

fuerza omnipotente, la Voz con mayúscula que detuvo la carrera del sol para salvar á las huestes de Josué, eran precisos para invertir la gravitación del espíritu de Nicomedes Antelo hacia el desierto polar del materialismo.

Santiago, marzo, 1885.

G. RENÉ-MORENO.

---

## EN SECRETO.

---

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA A. A. S.

Sostienes tú que el hombre  
Ni a la desgracia ni a la dicha cede,  
Y que insensible y frío,  
Ni lágrimas ni amor ofrecer puede.

Quisiera, amiga mía,  
Alguna vez mi corazón mostrarte,  
Para que allí aprendieras  
Cuál es la realidad, y cuál el arte.

Hai grutas en la tierra  
Que por fuera se visten de verdura,  
Pero que gota a gota  
Destilan dentro su cruel tristura.

Y hai montes cuya cima  
Cubierta siempre está de blanca nieve,  
Pero que dentro guardan  
El fuego de un volcan que los conmueve.

Así tambien el hombre,  
Obligado a ocultarte lo que siente,  
Si rie. . . . es porque llora,  
Y si dice que no ama. . . . es porque miente.

B. SOLAR AVARIA.

Santiago, Mayo de 1885.

## CARTA AD-EFESIOS

(POR L. BARROS MÉNDEZ).

---

Escuchen, señores míos, que si no les diré de Juan Portelas,

El ladron mas afamado  
De la gran Cierra Morena,

al ménos les mostraré una carta de él llena de cosas de gran provecho, de mucha gracia y de estraordinario buen gusto.

No tengo a mano ninguna novela epistolar para buscar uno de tantos curiosos modos de llegar las cartas a poder de un escritor, quien luego las publica con aplauso universal; pero, a falta de pan buenas son las tortas, y a falta de modelo, bueno es lo orijinal y sin precedentes.

Sabio, mui sabio debió ser aquel profundo novelista o historiador (lo mismo es) que dijo:

“Cuando para las cosas  
Faltan los medios  
Para la injeniatura  
Sirve el ingenio.”

Y, entrando en materia has de saber, lector pío o impío, que hace pocos dias, (sea por ejemplo) amaneció muerto en la calle frente a mi dormitorio un postillon (¿y por qué nó?) que llevaba una valija donde iban muchas cartas y periódicos para la capital. Es natural que frente a mi casa,

teniendo yo el dormitorio a la calle, hayan perros que ladren toda la noche, y no me dejen dormir, y se coman entero a un postillon y a su caballo, sin dejar mas rastros que un poco de sangre y algunas cartas con el sobrescrito hecho pedazos.

Pues así sucedió: y al levantarme mui de mañana, como acostumbro, nadie estrañará que yo haya encontrado en la calle un tanto ensangrentada la carta que trascibo a continuacion y que solo publicándola podrá llegar a su destino, ya que el sobrescrito, como he dicho o pensado decir, estaba hecho mil pedazos.

¿Qué esto es invencion mia? — Pues nó, señor, y renó, y retenó y mil veces nó: esto es mucho mas ingenioso y mas cierto que lo que dice, v. g., Doudet cuando cuenta que unas cartas que intercala en cierta novela las encontró en una chimenea vieja que compró.

Lea pues el piadoso lector la siguiente auténtica carta sin temor de ser engañado y saque de ella el provecho que pueda y colme las aspiraciones del Autor.

*Pencópolis, Mayo 10 de 1885.*

Estimado Faramundo: Mui escaso, mui falto de material debes encontrarte para pasar las noches de invierno, cuando ocurres a mí para que te envíe algun producto narcótico de mi escaso, infecundo y desmantelado ingenio.

Claro está que no soi hombre de escribir un pliego de bien condimentadas razones sobre el uso que debemos hacer de la *i* latina o de la *i* griega; ni mucho ménos, soi capaz de escribir un artículo sorprendente sobre los cuadros presentados en la Esposicion para que el público juzgue sobre el color que tiene el cielo y el mar vistos por ojos de artistas pintores; pero soi mui hombre (y si no lo soi, equivocadamente me tengo por tal) en materias vulgares.

Todo lo que cae bajo la jurisdiccion de los *organitos de la publicidad* — en castellano, diarios o periódicos — y todo lo que entra en los límites del mundo vulgar, es de mi cuerda y a veces de mi látigo.

Bien sabes que mas soi bonachon que maligno y, no

obstante, mis tendencias a la crítica cáustica son así como esos juguetes que tienen los niños ricos y que consisten en un monicaco que está sumerjido dentro de una caja de donde salta enérgicamente al levantársele la tapa que lo oprime.

Pues, sí, señor (como decía cierto caballero a una vieja bigotuda): la tapa que mantenía oprimido al monigote de mi crítica se ha levantado y con amenazante ademán aparece hoy en esta carta que te enrostro.

Lo primero que veo al dirigir en torno mio algunas miradas buscando materia prima para esta epístola es la moda, diosa pagana porque hace que los maridos lo sean, pues ellos son *paganos* de las exigencias de la *moda*.

Filosofemos.

El taco de los zapatos sigue los preceptos de la moda con mayor puntualidad que muchos cristianos los del decálogo; la pluma que surge de las cabezas femeninas como una ilusión de espuma, obedece a los mandatos de la moda, con mayor puntualidad que mi sirviente me obedece; los botones, los vuelos y los encajes, que en todas partes se encajan y que maldita la gracia que le hacen a mi caja, son objetos sumisos, obsecuentes y humildes servidores de la moda; el color de la cara, las ojeras y hasta el color de los labios, también se someten a la moda y lo único que no le obedece es esta maldita pluma que con entera libertad recorre las líneas azules del papel celeste en que escribo.

Sepan pues los que impreso leyeren este escrito que yo escribo en papel celeste, papel que usaba mi padre en algunas cartas suyas que conservo y papel que usaba mi abuelo según me contó cierto día mi santa abuela, que siempre que hablaba de sus tiempos entraba en mil detalles y minuciosidades.

No faltará quien diga que nada le importa saber de qué clase es el papel en que escribo, pero a ese tal lo llamo borrico, pues ha de saber el audaz criticon que sin el papel celeste, no soy hombre de escribir cuatro palabras.

(Advierte, caro Faramundo, que no estoy hablando ni escribiendo en serio. Como todas las vulgaridades de nuestra tierra dicen que tienen excentricidades a modo de grandes hombres, se me ocurrió hacerte creer que yo tenía la excentricidad de escribir en papel celeste y mi propósito

de engañarte no me alcanzó para diez renglones; perdona, chico, y, adelante!).

Tenía en la pared de mi bufete un cuero de culebra traído de Guayaquil y cierto día me preguntó mi sobrino de qué animal era el susodicho cuero. Aseguréle que ese cuero era de la serpiente que en el paraíso tentó al padre Adán cuyo pecado Dios se lo perdonará pero nó nosotros y, sin mas que esto, mi bizarro sobrino tomóle tal aversion al cuero de la pícara serpiente, causa de todos nuestros males, que sacando el cortaplumas, le asestó dos cortes al cuero de la inocente culebra de Guayaquil.

Otro día un examinador de matemáticas, Corvino, hombre mui de peso, examinaba a un hijo de un respetable caballero y, sabiendo que el padre del niño lo había ofendido en cierta ocasión, Don Corvino, célebre imitador de mi sobrino, hizo que fuera reprobado en su exámen el inocente hijo del que lo había ofendido a él.

Pues, Faramundo, tú encontrarás que don Corvino hizo mal y yo encuentro que hizo bien por la razón sencilla y fortísima de que la moda exige que todo matemático sea taimado, rencoroso y a las veces tonto. (Perdonen los matemáticos excepcionales).

Iba Pepe Lucanor, tu amigo, a firmar un escrito y tenía ya la pluma en la mano, cuando le vino a la memoria un precepto de cierto comerciante higienista que le había dicho: —“no tome Ud. nunca en la mano *sin guantes*, ningún objeto que sea manoseado por los demás.” Claro está que nuestro abogado tomó la pluma *entre los dientes* mientras sacaba del bolsillo los guantes que habían de servirle para el acto importantísimo de firmar.

Otro día llamaron a Roque, tu primo, con mucha urgencia de casa de su futura, por no sé qué de accidente que a la señorita le había sobrevenido o sobre-ido. Roque voló. . . al espejo ántes de salir de casa y notó que dos cosas le faltaban para poder salir a la calle: una herradura y una varilla.

Cuando le oí semejante chiste, le pregunté si iba a salir a caballo y me respondió: Nó; la *herradura* es prendedor para mi corbata y la varilla es para poder andar con elegancia.

Efectivamente, la herradura hace tiempo que es mas de

moda en los pechos de los jóvenes que en las patas de los caballos. De este precepto de la moda se alegran los joyeros y protestan los herreros.

Nota que insensiblemente te voi hablando de todas las ridiculeces que la moda chilena ha introducido en nuestras costumbres y ya que comencé justo es terminar con este asunto hasta dar al diantre con tu paciencia y la mia (¿y la de los lectores?)

Desde que sé que estás estudiando en el *claustro* universitario presumo que nada sabes del mundo en que vivimos los hijos de los hombres o—sino te place la frasecilla—los hijos de mujer.

Has de saber que doña Ernesta dió a tinieblas (no puede decirse que dió a luz) una criatura negra como la tinta con que te escribo, arrugada como una ciruela seca, y zamba como un racimo de pazas.

Claro está que fuí llamado para padrino de aquel tizon, cuyo nombre se discutió largamente. Doña Ernesta opinaba por el nombre de Blanca Aurora, doña Anastasia, como madrina, exijia que se bautizara a la criatura con un nombre de moda, es decir raro, y proponia el siguiente: Ingunda Estética. Finalmente prevaleció el parecer de don Celio y se dió a mi ahijada el nombre de Anjela Esmeralda del Rosario.

Este don Celio siempre ha de salir haciendo la mas alta puja en materia de disparates.

El gringo Wilchon le encomendó que apuntara diariamente ciertas observaciones metereológicas y ayer lo sorprendí midiendo con una huincha de las que usan los sastres para sus medidas, los milímetros de la columna mercurial de un barómetro. Le pregunté que hacia, y me respondió que estaba apuntando sus observaciones *mitológicas*.

De Hermenejildo tambien tengo que contarte que la moda hace en él estragos sorprendentes: ayer vino a visitarme con anteojos, guantes, cigarro puro, baston, herradura en la corbata, polainas, patilla bretona y pantalones al natural, es decir, cosidos sobre puestos y para no mudarlos hasta que se rompan.

Me habló de literatura y me dijo que estaba escribiendo una galería de hombres célebres de América, obra en verso de la cual me recitó dos trozos que tienen olor a pachu-

lí y que me dijo que habian sido mui celebrados por su profesor de aleman.

Pobre Hermenejildo, yo creo que está un poquito *tocado*, pues miéntras estuvo conmigo apuntó en su cartera ocho consonantes que dijo, hacia mas de un mes andaba buscando para escribir un soneto sobre el conflicto anglo-ruso.

La moda de hacer versos es una de las que mas me irritan desde que Sejismunda dió en pedirnos versos a todos los que le hacíamos *fiestas*, haciéndonos ellas dia de *trabajo*.

Con el mismo desenfado con que llego yo al Club y pido un bistec con huevos, Sejismunda en viéndome me pedia *un verso! un verso! un verso!* Pero un dia me encontró de buen humor y entónces fué cuando le dije aquella tan bien preparada *improvisacion*: ¿UN VERSO?

“Te lo doi bien correcto  
Si cambias en *be* larga la *ve* corta,  
Y acércame tus labios  
Para quitarme la *erre* que me estorba.”

Esta alambicadísima estancia que me hizo sudar dos noches seguidas para sacarla del último rincon de mi *ma-jin*, donde se habia hecho fuerte, protesté que era una *improvisacion* y, como nadie me la entendió, tuve que comentarla largamente, quedando a pesar de todo, mas de tres oyentes en ayunas de mi agudeza.

Desde que los prodijios de heroismo de nuestros valientes en la guerra del Pacífico nos dejaron estupefactos, dándonos un millon de temas espléndidos para escribir obras poéticas de largo aliento, no ha habido un solo *poeta* que no haya publicado algun opúsculo de versos a Diana, a los Claveles, a las Rosas, al Céfiro y a mil otras cosillas. . . . Si esto no prueba el grueso calibre poético de nuestros vates que me emplumen.

Pero se me olvida hablarte de un baile que tuvo lugar en una casa de Prendas donde las joyas empeñadas surtieron a las damas que asistieron.

Los jóvenes que tuvieron mayor éxito fueron Lupercio y Restituto: el primero iba con mi frac y el segundo con mis zapatos. Tú que sabes la lonjitud y latitud del pobre

Lupercio que cada día crece y engorda mas, puedes calcular la figura que haria en mi diminuto frac: el chaleco por la parte de abajo casi quedaba en descubierto íntegramente, a causa de la cortedad de las colas de mi fraquito: la vuelta del cuello hacia una comba en la espalda de Lupercio, por la cual mostraba los dientes una camisa reducida a su mas simple espresion, es decir, a cuello, pechera, mangas y puños: con la agitacion del baile, la corbata se le subió al cogote, los pantalones que eran de don Celio empezaron a descender hasta dejarle una zona en blanco en la cintura y entre tanto el desgraciado Lupercio, que andaba con sus copas en la cabeza, no caia en cuenta de que era el hazmereir de la reunion.

Restituto no anduvo mas feliz con mis zapatos, pues el pié le salia de madre a cada momento y en un paso de *cuadrillas*, tambien le salió a bailar un zapato, quedándole la media, a medias colgada del pié, a la manera de un chicote: y era el caso que estaba nonada limpia.

Pasaré a darte cuenta de otro paisano tuyo y mio.

Hermójenes sigue siendo tan aficionado como ántes a las palabras retumbantes y su lengua está tan rebelde como ántes para pronunciarlas.

Anteayer me dijo que habia vendido veinte *ssssterólitros* de trigo (supongo que querria decir *hectólitros*.)

Al Eucaliptus lo llama *Gomero* o *Calipstro*; cuando se le encomienda alguna cosa responde ¡obrais! (all right!); al gabacho de aquí enfrente lo llama señor don Musiú Simon y cree que Musiú es nombre: el Musiú suele responderle: ¿Y a qué tanto, pues, diablo?; del queso dice que le es *funesto*; a los salteadores los llama *bándidos* y *malévolos*; a los cómicos que representan en el Teatro de esta villa les suele preguntar en donde los han *ovado* mas; a Guillermo le dijo un día que tenia un talento *descomulgal* y finalmente a mí me llama el *poroto-tipo* del hombre honrado.

Es mui gracioso este Hermójenes para inventar palabras y para hacer construcciones gramaticales desplomadas y caedizas.

Cuando habla de su mujer agota el diccionario de las ridiculeces, que es su libro de consultas, y llega a decir que tiene una esposa mui *badulaca* e *irasible*.

Como muestra del talento de este bárbaro para inven-

tar palabras, voi a decirte algunas que ha sacado a luz últimamente: el verbo *puntapiar* (que se puede usar en la siguiente frase: yo *puntapié* a mi mujer; por: yo le dí un *puntapié*, o bien: yo la *puatapeo* por lo *badulaca* e *irasibla* que es) es uno de los verbos que mas usa de los muchos favoritos que tiene en actual ejercicio.

El verbo *dulcear*, por hacer dulces, me lo espetó un día que fuí a hacerle una visita y le pregunté por su hija:—“Está *dulceando*, señor,” me respondió; y como yo le preguntara: ¿Qué es lo que dulcea? me contestó con esta otra novedad: *merenguea* (hace merengues).

Si otro que tú lee esta carta no creerá que es efectivo lo que te digo de Hermójenes, pero tú que le conoces no tendrás que hacer mucho esfuerzo para creerme.

Pero noto que, si sigo hablándote de todas las ridiculeces de tus paisanos, no termino esta noche la presente carta que empecé a escribirte ántes de ayer.

Quedo, pues, a tus órdenes, querido Faramundo, y espero que me contestes esta o estos *ad efesios*, para volverte la mano con una segunda epístola que, si no es a los gálatas, será a los galeotes. Tuyo y mio

JUAN PORTELAS.



# LA BIBLIOTECA CHILENA

---

(Artículo segundo)

En nuestro anterior artículo sobre la Biblioteca Chilena nos concretamos á meras apreciaciones generales sobre la causa de nuestra pobreza literaria y sobre los bienes que dicha Biblioteca puede producir y los medios de haber menester para su existencia y para llenar cumplidamente su misión. Hubimos de dejar, por consiguiente, entre los puntos de la pluma algunas observaciones particulares que talvéz no carezcan de interés, que haremos ahora, dejándonos la libertad de reservarnos algunas para manifestarlas á medida que nos las vaya sugiriendo más extensa y seguramente la publicación de los tomos que deben seguir á los tres primeros que han visto ya la luz pública.

De pasada manifestamos lo conveniente que sería conocer los propósitos de los señores editores é insinuamos la idea de que los manifestasen: no lo han hecho y por ende se halla el público á oscuras, por ejemplo, del plan á que obedecen en la elección de las obras que deben formar la Biblioteca Chilena.

Y aquí es pertinente manifestar una opinión, ó más bien una suposición que quizá no sea errada porque tiene razones en qué apoyarse: antójásenos que lo que piensan los señores editores es formar una Biblioteca Chilena por órden cronológico, por decirlo así y por eso comienzan con los señores Lastarria, Vallejos y Sanfuentes que parte tan principal tuvieron en el movimiento literario que se efec-

tuó entre nosotros en el año 1842. Pero siendo así ¿porqué se escoge las novelas del señor Lastarria, que casi todas son de data mui reciente? Y aun cuando todas hubieren sido escritas para contestar al reto lanzado por los argentinos en aquel año ¿porqué se las prefiere siendo la obra menos buena de tan ilustre autor?

Observación es ésta que todos se han hecho, y que nosotros, al estamparla aquí cumplimos con la pregunta de todos. Véase, pues, que el conocer los propósitos de los señores editores es sobremanera conveniente.

Otra observación que salta a la vista del que abre con interes los tomos de la Biblioteca Chilena que ya han visto la luz pública, es la omisión en que han incurrido los señores editores al no acompañarlos de noticias biográficas sobre los autores, y de algunas otras que pronto indicaremos. Para el que lee las obras nacionales con otro fin más que el simple entretenimiento ó la ilustración que dichas obras pueden producir, con el objeto de conocer al propio tiempo nuestra historia literaria, esas notas son casi de estricta necesidad. ¿Cómo el extranjero—y aun el paisano—va á formarse una idea más ó menos clara de nuestra historia literaria, si solo le presentan una obra cuyo autor quien sabe si le es desconocido, y cuya obra misma no sabe que papel representa en los trabajos del autor, y cuál en la vida política de Chile?

Para esto es de absoluta necesidad que al comienzo de cada tomo vaya siquiera una página en que el lector, y todo el que desee estudiar esa obra, encuentre los principales datos biográficos del autor, y una lista cronológica, que es lo menos que puede pedirse, de sus obras. Partiendo de la base que uno de los mayores bienes que puede y debe realizar la Biblioteca Chilena es el de darnos á conocer en el extranjero mediante la publicación de obras nacionales escogidas—como dijimos en nuestro primer artículo— las noticias biográficas y la lista de obras son de absoluta necesidad, tanto que sin ellas la dicha biblioteca no produce ni puede producir semejante buen resultado; quien en el extranjero tome uno de los tomos de la Biblioteca Chilena, conocerá ese tomo pero tendrá ni la menor idea de nuestra literatura, porque por mucho que se estudien hechos aislados nunca podrá abrazarse con ellos el conjunto.

Se comprende fácilmente que esas noticias son útiles en todo libro que está destinado á vivir, sea por su naturaleza ó por cualquier otro motivo, y siendo así como lo es, mucho mas útiles serán en los tomos de la Biblioteca Chilena que por su naturaleza misma está llamada á recoger lo mas escogido de nuestra literatura, y en la que no existe el inconveniente con que se tropieza en las ediciones hechas por cuenta de los autores y á saber que ellos mismos se verían forzados á ponerlas. Serán estas noticias lo menos que pudiera exijirse, aquello extrictamente necesario, pero con muy poco ó ningun trabajo más pudiera darse algunas otras cuya utilidad será fácil manifestar.

Creemos que la publicación de una historia crítica, juiciosamente hecha, de nuestra literatura produciría mui buenos resultados, porque ella daría á conocer, en primer lugar, los literatos que en Chile tenemos y los que hemos tenido, y cuáles las obras verdaderamente meritorias; entrañaría una grande enseñanza para nuestros futuros literatos que por ella sabrían que géneros pueden y deben en Chile cultivarse y cuáles nó; manifestaría los servicios prestados por las letras á nuestro modo de ser social y viceversa; y por último, sería el pedestal de nuestra literatura, no muy grande ni muy rico si se quiere, pero proporcionado naturalmente al objeto que representa. Puede alegarse talvez que no merece la pena nuestra literatura de formarle su historia crítica, así por su corta vida como por su poco desarrollo, pero si esto algo significara sería seguramente la conveniencia de hacerla luego aprovechando esa misma falta de vida y de desarrollo que facilitarían por todo extremo la tarea al que la emprendiese, y prestaría en todo caso los utilísimos servicios que hemos enumerado.

Pues bien, para el que se proponga llevar a cabo una tal obra, servirán á pedido los tomos de la Biblioteca Chilena, si llega, como lo hemos supuesto y lo deseamos, á formar una verdadera y casi completa colección de obras escogidas, y por consiguiente, para el que tal empresa, sería sobremanera provechoso encontrar en esos mismos tomos las principales noticias sobre el autor y la obra; no decimos que eso le fuera suficiente, porque lo que necesitaría sería noticias completas sobre el autor y su libro, sobre la influencia que uno y otro hayan tenido en nuestra litera-

tura y en nuestro modo de ser social y en nuestra condición política; pero como todo eso, si pudiera darse no puede exigirse, facilísimo sería dar algunas apuntaciones bibliográficas sobre los artículos y los libros que acerca de los autores y sus obras se haya escrito, y de donde pudiera sacarse una idea completa de su personalidad literaria, política y moral, del aprecio de sus compatriotas y de los que no lo son, y de las discusiones á que haya dado lugar.

Y no solo servirían estas notas para el que emprendiera una historia de nuestra literatura, sí que tambien para todo el que deseara conocerla un poco; vése, pues, que los señores editores de la Biblioteca Chilena pudieran ensanchar mucho mas el círculo de los beneficios que su empresa debe reportarnos, con muy poco trabajo, sobre todo para quien se sabe todas esas noticias y quién sabe si hasta las tiene escritas.

Nuestra queja encierra tambien una esperanza i un pedido: solo los primeros tomos de la Biblioteca Chilena se han publicado y todos los demas están simplemente preparados, de tal modo que no sería difícil remediar en ellos la omisión que dejamos apuntada: nosotros abrigamos la esperanza de que los señores editores se apresurarán á hacerlo, y en tal caso, les aplaudiríamos sin reserva, así por la buena voluntad como por la buena medida—y con nosotros mas de un centenar de personas que ahora lamentan tan deplorable omisión.

Mientras tanto, y como quier que en los tomos salidos á luz no se da ninguna noticia de los anteriormente enumerados, nos adelantaremos a llenar este vacío—siquiera en parte—y para ello damos una lista de lo que se ha escrito acerca de los autores cuyas obras han salido; el que lo desee podrá así encontrar toda clase de datos i noticias, y facilitará mucho para formar una idea completa de los autores.

• Hé aquí las listas:

#### JOTABECHE

*Don José Joaquin Vallejo*, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. 1866. Un tomo.

*Biografía de José J. Vallejo*, por Pedro L. Gallo. Se la

encuentra en la página 103 del tomo titulado: "Subscripción de la Academia de Bellas Letras á la estatua de don Andrés Bello." Santiago, 1874.

*Publicistas americanos.*—*Jotabeche*, por Gonzalo Bulnes; corre en el núm. 5º, 1º del tomo 2º de la Revista Chilena, en la página 164.—1875.

*Vallejos (José Joaquin)*. Su boceto del "Diccionario Biográfico Americano" de José Domingo Cortés. Paris, 1875.

*Don José Joaquin Vallejo*, por D. B. A. (Diego Barros Arana?). Artículo reproducido de La Actualidad en el periódico político y de costumbres, "El Correo Literario". Se le encuentra en el núm. 18, que corresponde al 9 de Octubre de 1858.

*Don José Joaquin Vallejo* por Abraham König. Introducción puesta á la edición de los artículos de Jotabeche hecha en Valparaiso en 1878.

*Vida y Escritos de don José Joaquin Vallejo*. Discurso de incorporación de Dn. Domingo Arteaga Alemparte en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, leído en la sesión que celebró el 20 de Julio de 1866. Se le encuentra en la página 455 del tomo XXVIII de los "Anales de la Universidad" correspondientes á 1866.

Además—segun dice el señor König en su trabajo antes citado—el señor Torres Caicedo ha escrito un boceto de Vallejo; y en el libro del señor don José Victorino Lastarria, "Recuerdos Literarios" se encuentran tambien algunas noticias sobre Jotabeche.

Hemos oido decir que el Sr. Dn. Benjamin Vicuña Mackenna puso un prólogo á la primera edición de las obras de Vallejo; pero no lo sabemos positivamente.

No tenemos noticia de otras publicaciones referentes á Vallejo.

#### DON SALVADOR SANFUENTES.

*Don Salvador Sanfuentes*, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Un tomo de 170 páginas.

*Estudio Literario y Político sobre Don Salvador Sanfuentes*. Discurso pronunciado por Marcial Gonzalez al sucederle en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Santiago 1861. 16 páginas.

*Salvador Sanfuentes*. Su boceto como orador corre en la página 93 de los "Oradores Chilenos. Retratos Parlamentarios" por José Antonio Torres. Santiago, 1860.

*Sanfuentes (Salvador)*. Boceto del Diccionario Biográfico Americano de Cortés. Paris, 1875.

*Don Salvador Sanfuentes*, por Fernando Santa-María. Se encuentra en la página 131 de la obra "Subscripción de la Academia de Bellas Letras á la estatua de don Andrés Bello." Santiago, 1874.

*Don Salvador Sanfuentes*, por Benjamin Vicuña Mackenna. Apuntaciones biográficas puestas al principio de la Memoria "Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo". En la obra "Historia general de la República de Chile desde su Independencia, etc". Tomo III. 1868.

I en el libro del señor Lastarria "Recuerdos Literarios" se encuentran algunos datos sobre Sanfuentes.

#### DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA.

Debido quizás á razones que es fácil adivinar, no se ha escrito todavía ningun trabajo completo sobre este caballero. Algunas críticas particulares hay, sin embargo, que van á continuación, junto con los bocetos biográficos que hemos encontrado.

*Lastarria (José Victorino)*. Boceto del Diccionario Biográfico Americano de Cortés, antes dos veces citado.

*José Victorino Lastarria*, boceto por José Antonio Torres; se encuentra en la página 77 de sus "Oradores Chilenos" antes citados.

*Los Académicos de la Española en Chile*. José Victorino Lastarria, por Luis M. Cardozo, cónsul actualmente de Chile en España. Este artículo se encuentra en el número 3º del año XXV de la *América*, periódico de Madrid, correspondiente al 15 de Febrero de 1884.

*Don José Victorino Lastarria*, por Benjamin Vicuña Mackenna; precede á la Memoria histórica del señor Lastarria, que se encuentra al principio del tomo I de la "Historia general de la República de Chile desde su Independencia", etc. 1866.

Aquí debemos mencionar también los "Recuerdos Literarios" del mismo señor Lastarria, impresos en 1878, y de

los que creemos se acaba de hacer una nueva edición en Leipzig.

Las críticas particulares de que hemos hecho mención son:

*Juicio crítico de las lecciones de Política Positiva por don José Victorino Lastarria*, por don Zorobabel Rodríguez; y *Recuerdos Literarios por José Victorino Lastarria*, por Julio Bañados Espinosa; se encuentra en el tomo que este autor publicó en 1884 con el título de Ensayos y Bosquejos.

Es probable que haya algunas otras críticas de las diversas obras del señor Lastarria: nosotros no conocemos más.

Bien léjos nos hallamos ciertamente de creer que en las anteriores páginas se haya enumerado todo lo que hasta la fecha se ha escrito, pero sí decimos que eso es todo lo que conocemos. La utilidad de saber qué se ha dicho sobre las obras y los autores, las diversas polémicas que han motivado, etc. es incuestionable, y por eso esperamos que los que conozcan algunos escritos referentes á los tres autores en que nos hemos ocupado—Vallejo, Sanfuentes y Lastarria—completarán las anteriores listas. Por nuestra parte hemos cumplido lo que nos propusimos y prometimos, y esperamos también que los señores editores de la Biblioteca Chilena, precederán en adelante de algunas noticias los tomos que publiquen.

Santiago, á 20 de Mayo de 1885.

LUIS COVARRUBIAS.



## SON DE ELLA MISMA. . . .

---

(A IGNACIO UGARTE).

---

Mi querida Elvira:

No sabes cuánto placer me has dado con tu cariñosa cartita, cuántas veces la he leído, cuánto te envidio.

Estoi muerta de curiosidad por conocer a tu Lucho; me has hecho de él un retratito tan simpático; son tan delicados sus sentimientos; tiene tanto corazon y sobre todo te hace tan divinamente feliz.

¿Te acuerdas de los dias del colejio? cuántas horas dejábamos vagar la fantasía? ¡qué de proyectos formábamos para el porvenir!

Veo todas tus ilusiones cumplidas; tienes un maridito mejor que ese ideal que soñabas. ¿Te acuerdas que debia ser un buen mozo? tener mucho corazon? un poco soñador? que debia haber viajado mucho e insensible a las beldades europeas, vendria a entregarte su corazon con su primer amor? Le querias un poco serio, mirabas a los mui alegres como inconstantes.

Figúrate lo triste que estuve el año pasado, léjos de tí mi mas buena amiga y compañera! qué aburrída en las monjas! Tus cartitas solo me las entregaron al abandonar el colejio para siempre! qué teorías la de las monjas! el perjuicio que soñaban nos haria cada carta del mundo!

En fin, ya estoi libre, libre de tantos ojos escrutadores, de vida tan monótona; no tienes idea lo que me costó

conseguir que me sacaran; mi papá al fin consintió, mamá alegaba estar tan sola, yo tan triste casi enferma.

Estamos en Valparaiso desde el 15 de enero; no he dejado de divertirme, aunque no tanto como habia pensado; en el baño nos encontramos algunas amigas y compañeras; algunas noches vamos a la esplanada; tú conoces ese paseo así omitiré describírtelo.

Los jóvenes santiaguinos, te lo diré francamente, los encuentro raros: refinadamente elegantes, tan presumidos, peinados como niñas, algunos no sé si con corsé.

Tú conoces mis teorías a este respecto: me gustan mas varoniles, mas resueltos; que muestren mayor talento que el que para ser figurin se necesita. No quiero hablarte de la juventud extranjera; andan como máquinas a vapor; todo les es indiferente, salvo sus negocios.

Hemos tenido algunos paseos a bordo, a los cerros, uno precioso en Playa-Ancha; pero el lugarcito que me ha encantado es el Salto! ¡Qué lindo! qué poético es! Si no fuera por la gran concurrencia, no habria sitio mas delicioso: bajo los árboles se ve un romántico embebido en alguna orijinal novela; allá un acuarelista, dibujando sus soberbias palmeras; acá un grupo de alemanes bebiendo cerveza.

Pero olvidaba tu casita de campo que tan bien me describes: con toda la poesía que encierra, con sus aves, sus flores y su pareja de enamorados.

Todo lo que me ha encantado el Salto, ha dejado de agradarme Viña del Mar: todo es allí ruido, vida de farsa, de ostentacion y chismografía.

Ha habido varios bailes; nosotros fuimos invitados a uno a bordo de un buque italiano y mi papá no creyó conveniente que fuera; pero prometió llevarme a alguna tertulia en Santiago; creo que he ganado en el cambio.

Pronto, talvez en la semana entrante, nos iremos a Santiago. Espero tener mui luego otra larga cartita tuya, me has hecho gozar tanto con tu última; háblame mucho de tu Lucho, te acepto el ofrecimiento que me haces de buscarme uno parecido. No seas egoista, hijita mia.

JULIA.

20 de febrero de 1883.

Los primeros dias de Santiago pasamos ocupados en el arreglo de mis piezas.

Todo me sonrie, todo lo veo alegre, rosado: tengo dos lindos cuartitos; son azules sus paredes, alfombras y cortinas.

El sol llega por la mañana y lo inunda de vida, de colores; a su abrigo crece la mas linda variedad de helechos y de musgos en sus jardineras pintadas.

Mi estantito tiene preciosos romances: La Grasiella de Lamartine, Spirite de Gautier, Two Little wooden shoes de Ouida, la encantadora María de J. Isaac, las poesías mas escojidas; Becquer y sus maestros alemanes.

¡Qué he de decirte de los cuadritos! La hija del rei de Ejipto de De La Roche, La Aurora y el Crepúsculo de Hamour, gravados de Aubert, una linda primavera y otras delicadísimas composiciones, que dan a mis piezas el aspecto mas risueño del mundo; no teniendo nada que envidiar a esas *boudoir* que habrás visto descritas en mas de una novela francesa.

Tiene mi cuartito ventanas que dan a la calle, y como vivo en altos, tengo las vistas mas risueñas! qué lujosísimas puestas de sol he visto! qué de veces he dejado vagar la fantasía, con esos opalinos colores de la tarde! cuántos cuadros de felicidad, de amor puro ha forjado mi fantasía para el porvenir!

Nada te he hablado de Santiago que está cada dia mas animado. Esta estacion, es para la sociedad lo que la primavera para los jardines: las mas lindas golondrinas han vuelto a sus nidos; los salones se abren; se habla de muchas reuniones semanales, de tertulias de confianza, de algunos casamientos.

El teatro mui concurrido; no tienes idea del entusiasmo que reina; papá ha tomado palco; he tenido y me promete noches deliciosas.

He estado en dos óperas. Tú recordarás la impresion que me causó el teatro, cuando de colejiala estuve el *dieziocho* del año antepasado por primera vez.

He visto unos ojitos mui negros, mui fijos, mui constantes; estoi muerta de curiosidad por saber quien es....

La primera vez ví que miraba con cierto temor, parecia disimular; yo por mi parte no lo hacía mal; a la salida lo primero que ví al bajar las gradas fueron los mismos ojos grandes, abiertos; y un no se qué en su fisonomía, como sintiendo que la pieza hubiera acabado tan presto.

En la segunda noche habia elegido una luneta mas conveniente; le encontré preocupado, casi triste; es demasiado jóven para haber recibido desengaños y mui simpático, (esto en gran secreto), para recibir un nó.

No sé qué pensar de su conducta. ¿Si será hija del temor? Creia encontrar en los hombres mas seguridad; en alguna ocasion le habia oido hablar a papá de la confianza en su valer que los hombres tienen.

¿Todavía no lo conoces? Sus ojos son negros, grandes, espresivos; es castaño su pelo, son finas sus facciones; su fisonomía en todo opuesta a la mia. No es mui buen mozo, sí, mui simpático.

Sin saber porqué, mas de una vez me ha venido a la memoria el jóven triste del teatro; no creas que lo quiero, no sé aun su nombre.

Hace tres dias, estando en el *centro*, lo encontré casi de repente; ví como que se turbaba; no habria deseado una mirada de mamá en ese momento. . . . .

El domingo nos toca teatro; el enigma creo no tardará en aclararse. Visto el interes que por mis cosas tienes, prometo ponerte al corriente de todo lo que ocurra.

*Marzo de 1883.*

Insistes tanto en tus cartitas anteriores en que no te omita detalle alguno, y teniendo por otra parte necesidad imperiosa de desahogarme ¿en quién sino en mi amiga mas antigua y cariñosa me podré confiar? quién podrá darme mas luces que alumbre mi camino? quién sino tú podrá tener interes en esta monótona narracion de las impresiones de una colejiala, que tiende su primer vuelo por el mundo?

Con el teatro terminé mi última cartita y con él empiezo la presente. El último domingo tocaba funcion a nuestro abono, lo primero que encontré en el teatro fué a nuestro incógnito que se paseaba en el foyer; estaba por concluir

el primer acto y salí de duda si me esperaba, al verlo entrar en platea pocos momentos despues.

Ninguno de los de casa notó éste tan mudo cuanto elocuente lenguaje, salvo la persona a quien se dirijia.

La pieza fué admirablemente ejecutada; tú recuerdas que *Aida* ha sido una de mis antiguas favaritas; cuánto sentí que él, que es sin duda un aficionado, perdiera el primer acto; prometí en mi interior no hacerlo esperar tanto para otra ocasion.

Te reirás al ver que cuento con él, que hablo de él como de una cosa mia ¡qué pretenciosa soi! pero hoi por hoi, estoi persuadida que le soi y le seré simpática.

He hecho esta semana algunas visitas, mamá quiere que tenga un círculo de amigas: me han sorprendido las bromas que éstas se hacen entre sí; la transicion de un tiempcito a una visita a la Sabatier, mas le preocupa un arreglo de vestido que un lindo libro, la música apenas la entienden, el piano por nada.

Mas de una vez me han preguntado por mis amigos, yo pasé por no conocer a nadie, me guardé de descubrir *esto* que va siendo mi preocupacion constante.

Por lo demas, no tan contento como deberia estarlo, papá me decia esta mañana: niña te estoi notando mui romántica. ¿Qué tienes? Papá no se ha engañado, tengo a veces ratos mui melancólicos, me pongo a soñar ¡qué triste es la condicion de una niña! en materias de amor les es prohibida toda iniciativa, y luego estar condenada siempre a esperar! . . . . .

Otras veces paso horas de horas mirando las palomitas del tejado vecino ¡cuánta envidia me dan! Ellas viven en el mundo mas ideal, ellas pueden volar a su antojo, pueden amarse, la sociedad con sus multiplicadas reglas no les alcanza.

Sí, la sociedad con sus llamadas conveniencias, mata todo lo que tienen de espontáneo y de simpático nuestros sentimientos.

6 de junio.

No he tenido paciencia, querida mia, para esperar contestacion a mi última ¡qué domingo tan agradable pasé

ayer! su recuerdo no se borrar  nunca de mi memoria. Habia paseo en la alameda; t  calcular s, él estaba, estaba con su misma cara iluminada, semi-risueña; me he encontrado con él, ha visto mi turbacion.

 l sabr  que le amo, no se porqué me arrepiento de esto, tengo la idea que el hombre debe luchar, dar batalla; la facilidad para conseguir las victorias, les quita gran parte de su mérito; pero él no ha de ser, no puede ser como todos.

  Pero no te d  risa, hijita querida, que te hable de victoria, como si todo no fuera una pura ilusion de la fantasía, cuando aun no lo conozco?

  Qué era lo que sentias cuando *quisiste* por vez primera? no he podido encontrar las cartas en que me lo anunciabas—que no vea ésta tu maridito, por cierto,—  recuerdas aquel orijinal simo calentoncito de cabeza? recuerdas cuándo me escribias que ese seria tu primero, único y solo amor? Me pasar  a mí otro tanto? pero n , me arrepiento de haber pensado en esto siquiera, admira cómo mis primeras cartas encierran mis primeras infidelidades románticas! . . .

En la noche estuvimos en el teatro, he oido la ópera mas encantadora: *Fausto* me ha vuelto loca, mis ojitos negros estaban medios locos tambien.

Lo he visto en mui amigable conversacion con uno de mis primos; supieras con qué disimulo mira, con qué tino elije su asiento.

  Qué animada es su palabra! con qué entusiasmo sostiene sus ideas! qué atencion en los trozos delicados de la  pera!

Llegando a casa me he puesto al piano, he podido sacar casi todo el sublime vals de *Fausto*; cuando lo ejecuto se me figura que él lo est  oyendo, tan presente lo tengo que creo tenerlo a mi lado.

Otras veces al compas de esas armonías embriagadoras, me he dejado llevar muelle y dulcemente, unidas nuestras voluntades, nuestras almas. . . . .

El dia en que lo he de conocer se acerca, demasiado pronto talvez.   Cómo me encontrar ? le gustará la niña franca, la reservada? Temo a veces no hacerle la impresion que él debe tener formada de mí.   Cuánto me preocupa *esto!* esta incertidumbre me mata.

20 de junio.

Tengo hijita, que contarte una novedad con la que te distraeré unos minutos. La señora C., prima de mamá, y de quien habrás oído hablar, ha venido a convidarnos a un baile, que dará probablemente en quince días mas.

Mamá alegó que me encontraba tan chiquilla, que descuidaria los estudios; yo disimulé mi deseo como mejor pude. Se consultó a papá; el recordó que habia prometido llevarme a un baile y que asistiria con gusto.

Se habló del vestido que debia llevar y se pasaron en revista los colores; se me preguntó si queria invitar a alguien; me puse lacre pero creyeron que era consecuencia de lo nuevo de la pregunta y no se insistió mas.

Ya ves, Elvira mia, si será esta una novedad; qué de ocurrencias vienen a mi cabeza para hacer convidar a mi jóven de ojos negros. Un rato mas tarde me rio de mi candor.

El parece un poco retirado: en el comercio, lugar de los aplana-calles de Santiago, no lo he encontrado.

Pero ¿sabrá que voi al baile? se lo avisará el corazon? cómo decírselo? a algunas compañeras oí hablar de cartas, pero no, no recurriré a ese medio. Yo tengo una secreta esperanza de encontrarlo, sí, lo encontraré, la vírjen me ayudará.

17 de julio.

Tú me has dicho en alguna ocasion que soi altamente previsoras; mis previsiones de hoy son bien tristes. La escena que hasta aquí ha sido tan sencilla, se va complicando: nuevos actores van a aparecer.

No sé si te acuerdes de mi prima Luisa, que no sé que estraña fatalidad la ha atravezado en el camino de mi vida. Sí, yo debí desde chica haberla mirado con malos ojos; en mi familia me la han puesto siempre por modelo; no habia dia en que no oyera hablar de lo aplicada y juiciosa que era; para todos era el ejemplo, el espejo que debia imitar, en que debia mirarme.

Mas, teniendo una carita tan complaciente, mostrando que me ama tanto, siendo tan cariñocita, siendo mi prima,

cómo no ser su amiga . . . . Que ahí estemos muchas tardes juntas en el balcon, que me acompañe casi siempre al teatro; tú comprendes lo demas, astoi segura lo habras comprendido desde mis primeras líneas.

Hace años que tú no la ves: no te vayas a engañar creyendo que mi prima es una santita, asi lo que se llama una niña buena; lejos de eso: ahora es una chiquilla interesantísima. En mi familia, sinembargo, me encuentran mejor, si duda me dejara mi espejo de colejiala. Aprecia esta confesion en lo que vale, tú ves que la dicta la vanidad, pero ¡la dictará mi locura?

Ayer estábamos en el balcon, la tarde estaba triste, mi incógnito pasó haciendo el mas curioso saludo. ¡Con qué sentidas palabras se espresó mi prima! Ahí fué donde comprendí que élla lo conocia, que él la amaba; comprendí sus pasadas bajo el balcon, sus miradas del teatro; él me ha visto con ella, querrá que le haga tercio ¡oh! esto es horrible, ¡qué debo hacer? qué me aconsejas?

En la noche fuí al teatro: todos me decian que estaba animadísimo; vi muchos anteojos hácia mí dirijidos; mas el teatro con sus luces, con toda su dorada juventud, me pareció oscuro y sombrío, porque asi estaba mi alma.

¡Qué chiquilla me encuentro cuando pienso en la importancia y las deducciones que he sacado de un saludo! qué distintas se encuentran las cosas miradas con la razon y con el corazon!

Cuando pienso que el baile se acerca, tiemblo y me alegro; ahí voi a salir de dudas; voi a saberlo todo; esto casi me tranquiliza; me anima.

*30 de Julio.*

Hubieras visto la carta que te tenia escrita, cuánto te habrias reido tú que no puedes tomar nada mio a lo sério; qué chiquilla me habrias encontrado.

Era vísperas del baile: un mundo de ideas contradictorias bullía en mi cabeza; queria desahogarme, comunicarte mis impresiones, como temores.

En toda la semana no se habia hablado de otra cosa: todos me daban ánimo; el primo Pepe se ofreció galantemente a llevarme la tarjeta; esto me aseguraba el no que-

darne sentada; pero hai veces que la vanidad, el amor propio se posponen a otros sentimientos. Pocas personas comprenden que puedan pasar sérios pensamientos, estrañas preocupaciones por un corazon de dieziocho años.

Te lo diré francamente; queria verlo, desengañarme. He visto a Jorje, asi se llama, y me ha hablado. . .

Te oigo el millon de preguntas que me haces; te las contestaré por parte: en el baile me encontraba mui adelantada gracias a unas clascitas que teniamos en casa, adelantos que daban lugar a bromitas mui del gusto de papá.

No te cuento los apuros, orijinales consejos, carreras e idas de todo el mundo; el vestido por fin estaba en casa, y con el vestido las parientes, vecinas y amigas que, entre paréntesis, lo encontraban bonito.

A mi me encantaba sobre todo por su sensillez: todo de razo blanco y tules, por único adorno flores, rosas the y lindos jazmines.

Todos querian verme vestida; era el primer baile, la primera batalla de la vida, como la llama Gautier.

Al fin, con gran placer mio, a las nueve y cuarto la toilette estaba concluida; aquí me parece del caso hacer una rectificacion a De Maistre: yo pensaba en mi simpático muchacho; pensaba si esos tules, si esos adornos no estarian mejor en sus cómodas; si esas flores no serian del gusto del señor que habia elejido mi corazon.

Daban las diez y entrábamos a los salones de mi tia, que mui cariñosa me presentó algunos de sus amigos y amigas; no me pareció, a la verdad, el mejor punto para estrechar relaciones femeninas, sobre todo si se sale por primera vez, si no se es mui fea y si se tienen primas como las mias, que apesar de su modito un tanto protector, debo en conciencia estarles agradecida.

Todo fué sentarme y encontrarme rodeada de ellas y de sus amigos, de suerte que en un momento mi tarjeta estaba completamente llena.

¡Qué he de decirte de los jóvenes que conocí esa noche! Qué variedad de tipos! qué uniformidad de conversaciones! Unos eran recomendados por un primo, otros por un tío, todos alegaban sus títulos, todos me conocian, el uno me habia visto en Valparaiso, el otro en Santiago.

¡Oh! aprendí muchas cosas esa noche: el tiempo estaba excesivamente frío! las noches de luna son muy poéticas en el Parque! el tenor era bueno, todos estaban acordes en que tenía mal genio! pocos olvidaron preguntarme si me gustaba la música, la lectura; como tú comprendes, todas estas preguntas me interesaban muchísimo. . . .

No quiero contarte los mil incidentes de cada momento, al ver el acaloramiento con que se tratan, se les creería seriamente ofendidos. . . .

Si me juntara con alguna de las compañeras del baile, no me estrañaría oír curiosas coincidencias. . . .

El baile que le tenía dado a Jorje no era de los primeros, las horas pasaban y su turno no llegaba; al fin momentos ántes de la mesa se me presentó, exigiéndome un baile que le había cedido mi primo.

¡Ah! qué noche he pasado! cuántas cosas me ha dicho! cuánto me ha interesado su conversacion! con qué palabras me ha hablado de sus simpatías, de su amor ideal! . . . El ha sobrepujado mis sueños, mis locos sueños, y yo tímida sin atreverme a hablar, yo que hablo tanto; sin atreverme a preguntarle nada, yo que tenía tantas preguntas preparadas, y para esta situación no tenía un solo consejo de papá. . . .

Esta fué mi noche, y aun no te lo he dicho todo; en pocos días mas lo tendremos en casa: Pepe se ha ofrecido a traerlo.

Discúlpame; la cabeza la tengo mala; no he dormido casi nada, habiéndolo tenido que levantarme a misa de una.

El rato que robo a las visitas, el primer ratito libre lo empleo en comunicar a mi mas querida amiga, mis impresiones: desordenadas, confusas, como van viniendo a mi cabeza al tomar la pluma.

Qué agradable es contar con la indulgencia, la indulgencia de una amiga.

*6 de agosto.*

—Hoi a las 12 del día he recibido la carta que te traslado íntegra.

“Mi querida primita:

Soi feliz, dignamente feliz; estoi comprometida con Jorje E. El me ha hablado de tí con mucha simpatía; espero que a su turno querrás muchísimo a tu nuevo primito. Mi primer aviso a mi primera amiga.

LUISA.”

Y esto es cierto..... y me lo dice ella, y lo dice con naturalidad, y me recomienda que lo quiera.....

¡Esto es horrible, Dios mio! Un sueño de cinco meses que se ha desvanecido; un dulcísimo sueño.

-----  
Tiernas palabras que escucharon mis oídos, castillos que edificó mi fantasía, todo ha sido un sueño!.....

-----  
Si hubiera podido hablarle, si le hubiera mostrado la página mas oculta del libro de mi alma, todo habría podido cambiar ¡ah! si no fuera ya tarde.....

Qué tristes están mis flores..... mis autores favoritos, que él admiraba, que él parecía comprender, ¡ah! cuánto me engañaba! vagan solitarios en mi pieza.

Acordes de Fausto que nos llegaban al alma, que oímos juntos, que oímos talvez por efecto de una majia, huid, huid lejos.....

Y es menester que parezca alegre, que lo vuelva a ver, y que todos vean en mi el tipo de la felicidad.....

Sueños, esperanzas locas, adios para siempre, y sin embargo os amo todavía.....

*Julia.*

Placilla, enero de 1885.

J. LARRAIN IRARRÁZVAL.



# PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

POR

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Tomo II Madrid 1884.

---

## I

El editor de la *Coleccion de Escritores Castellanos* ha reunido en el segundo tomo de los *Los Problemas Contemporáneos* los discursos pronunciados por el señor Cánovas del Castillo en el Ateneo de Madrid en 1882 y 1884; otro que el 5 de junio de 1881 leyó ante la Real Academia de ciencias morales y política; dos elogios de los ilustres ateneistas don José Moreno Nieto y don Manuel de la Revilla; un prólogo a la obra de don Arcadio Roda sobre los oradores griegos y romanos; dos alocuciones pronunciadas en el Congreso Jeográfico de Madrid el año de 1883, enderezado el uno a encomiar la memoria de Sebastian del Cano con el motivo del centenario de este insigne navegante, y el otro a manifestar lo que es la política colonial europea y lo que debería ser la española; y finalmente algunas ideas sobre el libre cambio, emitidas en la discusion que suscitó en la Cámara de diputados de España, el 22 de abril de 1882 el tratado de comercio vijente con Inglaterra.

Se ve, pues, por la suscita enumeracion anterior, que este segundo volúmen de los Problemas Contemporáneos no cede un ápice al primero, ya se atienda a la abundancia del material que contiene, ya a la importancia de los problemas que plantea y resuelve.

Hai de todo en el volúmen que es objeto de este artículo: filosofía, literatura, ideas sobre comercio y colonizacion y disquisiciones políticas y económicas. Por ese campo casi ilimitado de la ciencia y del arte, de la teoría y de la práctica el señor Cánovas del Castillo pasea su poderosa inteligencia, dando pruebas de una erudicion vasta, de un juicio recto y de un ardiente patriotismo.

En la imposibilidad de seguirlo paso a paso cuando discurre por el terreno escabroso de las ciencias sociales, y mucho mas cuando se remonta a las encumbradas rejiones en que habitan las ideas y las teorías que hasta ahora no han podido ser alcanzadas por los observadores ni ménos puestas sobre la mesa de diseccion de la experiencia, me limitaré a considerar solo tres o cuatro de los mas sugestivos trabajos que en el segundo tomo de los Problemas Contemporáneos se contienen.

## II

Pasando por alto, en conformidad a lo expuesto, el primer discurso en que el autor examina detenidamente y se esfuerza por fijar el verdadero concepto de nacion y patria, y el segundo en que con noble imparcialidad y hasta con piadoso cariño recuerda las bien empleadas vidas y aprecia los variados trabajos de sus predecesores ya difuntos en la cátedra del Ateneo, me detendré un momento en la disertacion que el 5 de junio de 1881 leyó ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema contenido en la siguiente pregunta: "¿Las últimas hipótesis de las ciencias naturales dan mas firme fundamento a la Sociología que las creencias, aun miradas tambien como hipótesis, en que las doctrinas sociológicas se habian basado hasta ahora?"

Antes de ver cómo contesta a la anterior pregunta el

autor de los *Problemas Contemporáneos* es justo tributarle elogios por la importancia que le atribuye y por el detenido exámen a que la somete. En efecto, si estamos cansados de oír en discursos y de leer en programas y manifiestos que las ideas gobiernan al mundo, son rarísimos los hombres públicos que con su conducta dan pruebas de que creen en la verdad de ese aforismo. Los políticos de por estas tierras, con inclinarse ante las ideas cada vez que con ellas se encuentran, se dan por satisfechos, sin cuidarse de averiguar de donde ellas vienen, ni ménos de pedirles luz, direccion y pauta. En el fondo, lo que se tiene por las ideas es desprecio, y lo único que se les pide es facilidad para escalar la altura. Los políticos hábiles y prácticos, si no aborrecen a los hombres de ideas, los miran con lástima profunda, con esa especie particular de lástima con que los que presumimos de cuerdos miramos a los que, en el porfiado empeño de dar caza a las quimeras, han perdido el juicio. Por eso es que prescindiendo de quimeras y dejándolas que vuelen hácia donde mejor les plazca, los que desean sacar el premio gordo en la lotería política, en vez de calentarse el cerebro como el primer ministro de su Majestad Católica en descubrir las relaciones que existen entre la Filosofía y la Sociología, dedican a los capítulos, a las intrigas, a los enredos de entre bastidores y a las cábalas cortesanas todo el caudal de intelijencia con que Dios los dotó y toda la actividad de que son capaces.

El señor Cánovas del Castillo se ha hecho acreedor a los elogios de los que el primer Napoleon llamaba desdeñosamente *los ideólogos*. El es un argumento decisivo que los que llevan tan despectiva nota, pueden oponer a los que los condenan, por buenos para nada, a tinieblas perpetuas. Tirando sus visuales por el horizonte inmenso de la ciencia, da claros indicios de que, aun estando tan arriba como está, tiene alas para subir a mayor altura, y de que al buscarla tan empeñosamente no era el acicate de la vanidad el que le aguijaba sino el noble anhelo de servir a su país realizando en las leyes las ideas que conceptuaba como mejores.

Se sabe, por lo que en el anterior artículo expuse, que esas ideas difieren de las que yo abrigo; pero ello ni

obsta para que reconozca en el señor Cánovas el mérito de tenerlas, ni será parte a que me niegue a acompañarlo en la crítica justa, aunque severa, que hace de las doctrinas materialistas, positivistas, evolucionistas y trasformistas, presentándolas como impotentes para servir de base a una Sociología en que el hombre no se sienta disminuido y la sociedad bamboleante.

Suponiendo hipotéticas las doctrinas tradicionales de la Teología Cristiana y de la Filosofía Espiritualista, el señor Cánovas declara que a sus ojos no lo son ménos las afirmaciones positivistas. Y por cierto que no es difícil persuadirse de que tiene razon para declararlo. Si, fundado en el testimonio de sus sentidos, el positivista afirma la realidad de los fenómenos que los hieren, no puede ir mas léjos para negar la realidad del mundo inmaterial y supra sensible, porque como dijo Mr. Littré, para atravesar el océano que separa esos mundos no dispone el pobre mortal ni siquiera una frágil barquilla. De suerte que, para afirmar que la realidad termina allí donde muere el imperio de los sentidos, el positivista tiene que ponerse en contradicción con su propio criterio, y entrar, como el vulgo de los teólogos y de los metafísicos, en el mundo de las realidades de razon, no observadas con los sentidos, sino descubiertas por la intelijencia, vivificadas por la fé y vestidas por la imaginacion de brillantísimos colores.

Segun la doctrina del maestro, mas allá del mundo de la materia se extiende el abismo de lo inconocible, abismo en cuyas orillas el positivista debe detenerse respetuoso absteniéndose de afirmar y de negar nada a su respecto; neutralidad difícil de observar y que casi todos los discípulos han violado consciente e inconscientemente, afirmando que los dominios que los sentidos descubren se confunden con los de la realidad, y que mas allá no es una incógnita lo que se divisa sino la nada y el vacío.

Prescindiendo, sin embargo, del espíritu de hostilidad hacia todo lo suprasensible que los positivistas, materialistas y evolucionistas manifiestan, y que no es otro que el que así mismo se definió en el *Fausto* diciendo: *Yo soi el espíritu que todo lo niega*; y considerando la doctrina en sus ménos agresivos y mas puros orígenes, paréceme notoria la justicia con que el señor Cánovas del Castillo la

acusa, no solo de impotente para servir de base a una Sociología de progreso y de libertad, sino de incompatible con ella y de aliada teórica y práctica del despotismo.

Largo seria explicar los fundamentos de una tan grave acusacion, y ya que con cierta amplitud los expuse en el estudio que hace algunos años dediqué a *Las Lecciones de Política Positiva* por don José Victorino Lastarria, me abstendré ahora de emprender de nuevo ese trabajo. Pero aun sin darse el prolijo de seguir los hilos y contar los eslabones que unen las premisas que los materialistas de todas las escuelas sientan, con las consecuencias que de ellas podrian sacar los autoritarios de todas las denominaciones, es fácil comprender que, puesto que descansan todas las libertades públicas y garantía de los ciudadanos en la libertad humana y en la existencia de una lei moral que la sostenga, regule y limite, para el materialista que niega la existencia de aquella libertad y de esta lei, no queda otro fundamento del orden que la fuerza, ni otro móvil de las acciones que la ardiente persecucion del placer y de la conveniencia, ni otros frenos para los malvados que los castigos del Código Penal.

La empresa de fundar una moral que dêscanse en las dos únicas columnas de la fuerza y de la materia en que los positivistas resúmen la totalidad de lo existente, me ha parecido siempre tan descabellada como la de fundar una religion sin Dios, o sea con un Dios abstracto como la humanidad o con un Dios inconsciente e impersonal como el de los panteistas.

Con razon escribia Mr. Paul Jannet en la última página de su *Exámen del materialismo contemporáneo* las siguientes juiciosas reflexiones: "Si la humanidad no es mas que el resultado de las fuerzas brutas de la naturaleza, dígasenos cómo de este concierto de elementos físicos pueden surgir en un momento dado la libertad, la justicia, la fraternidad y todos los demas dioses ante los cuales el autor (Mr. Viardot) se inclina en compañía de los mas nobles corazones y de las inteligencias mas distinguidas? ¿No prueba la experiencia que se puede ser un malvado sin correr ningun riesgo y aun alcanzando todo lo que contribuye a dar a la vida lustre, opulencia y alegría? Se habla de la estimacion de los hombres; pero ¿de dónde puede venir ella si el bien

moral no existe? Y esta expresion misma de *bien moral* ¿no es evidente que en el sistema materialista es una frase vacía de sentido? Hablais de la satisfaccion de la conciencia; pero ¿de dónde viene esta conciencia y por qué existe una conciencia que aprueba y que condena, que premia y que castiga? Si seria ya un milagro hacer salir la sensacion del movimiento de la materia ¿cuán estupendo no seria el de hacer brotar de ella la conciencia moral! Si la intelijencia humana es el producto de leyes mecánicas, no le es dado invocar otra lei que la lei del mas fuerte. ¿Cómo oponer el derecho a la fuerza donde todo es fuerza y solo la fuerza existe? El derecho es una idea, no una fuerza, o si se quiere es una fuerza ideal capaz, en la conciencia, de hacer equilibrio a la fuerza física, pero sin tener nada de comun con ella. De esta idea nace la justicia, y el amor de una idea aun mucho mas alta. Hai, pues, un mundo moral que es el dominio del alma, como hai un mundo físico que es el dominio de los cuerpos. Este dominio de las almas, este *reino de los fines*, como lo llamaba Kant, debe estar rejido por un soberano que no sea la materia; y asi es como la idea del deber se liga con la idea de Dios”.

Las anteriores observaciones me parecen concluyentes contra el materialismo franco y desembozado que no ofrece base racional a otro sistema sociológico que el del mas odioso despotismo, sistema bajo el cual los oprimidos no tendrian para repararse ni aun el sagrado asilo de la propia conciencia.

En cuanto al evolucionismo tal como fué enseñado por Darwin, su mas ilustre maestro y aun podriamos decir su fundador, hai que considerarlo separadamente, pues, como observa el señor Cánovas, ni él niega el alma racional del hombre suficientemente formado ya para poseerla, ni su sistema zoológico es incompatible con el espiritualismo y ciertas doctrinas religiosas, por mas que, sin duda alguna lo sea con las de las iglesias cristianas.

Pero una cosa es que el evolucionismo no enfeudado al materialismo escape a la contradiccion absoluta que segun queda expuesto, existe entre éste y la libertad, y otra distinta que baste a servir de fundamento a la Sociología, por sí solo, y por sí solo tambien y sin el auxilio de las doctri-

nas tradicionales a explicar el alma, la inteligencia, el libre arbitrio y la existencia de una lei moral.

La verdadera cuestion es si la hipótesis evolucionista o materialista, por sí solas, explican o no el hecho cardinal de que en el hombre ostenta otro nuevo elemento el ser, todavía mas diferente que la planta de la roca, o que el animal del árbol: la razon; y esa cuestion como se ha visto ya tiene que ser resuelta en contra, no solo de las doctrinas que directa y francamente niegan la existencia del mundo supra sensible, sino tambien en contra de los que de él prescindén, desdeñándolo por innecesario, o hacen de él caso omiso, evitándolo por inconoscible.

Concluiré lo relativo al punto que estoi examinando con una reflexion y una cita.

La reflexion es ésta: tratándose de explicar los orígenes y las causas, los partidarios de las doctrinas tradicionales y espiritualistas podemos ciertamente engañarnos; pero nadie dirá con razon que al penetrar en ese terreno entramos en campo vedado y nos ponemos en contradiccion con nosotros mismos; al paso que los que solo aceptan como reales la materia, la fuerza y sus fenómenos, cada vez que se remontan a los orígenes y causas muéstranse infieles a su criterio científico y éntranse sin derecho en los dominios de la hipótesis.

La cita es del eminente autropolojista Mr. Brocca. Preguntábase éste en una Memoria que publicó en 1871, "¿Tiene razon Darwin?" Y respondia: "No lo sé ni quiero saberlo; que en las cosas accesibles a la ciencia encuentro yo suficiente alimento a mi curiosidad, sin perderme de hecho y caso pensado, en las tinieblas de los orígenes. Ni me humilla Darwin hablándome de mis antepasados los *trilobites*, pues yo puedo mui bien responder: ¿qué sabe de eso quien no los ha vista jamas? Lo propio exactamente que los que niegan su hipótesis."

### III

Ménos concluyentes que la refutacion que el señor Cánovas hace de la sociolojía materialista me parecen las

objecciones que opone al individualismo económico y los argumentos y ejemplos que aduce para destruirlo levantando sobre sus ruinas el templo destinado al culto del Dios-Estado cuyos altares, derribados en los primeros siglos del cristianismo, vuelven a ser restaurados en Alemania y en los países latinos, donde nunca han dejado por otra parte de contar, merced a la influencia del clima y de la raza, con numerosos adoradores.

Aunque en el estudio dedicado al primer tomo de los *Problemas contemporáneos* tuve oportunidad de escribir algo sobre este punto, sin disputa el mas importante de aquellos cuya dilucidacion incumbe a la Ciencia Política, he de volver ahora a considerarlo porque, segun los nuevos términos en que el autor propone la cuestion, paréceme fácil ilustrarla con argumentos y reflexiones que, en obsequio de la congruencia y brevedad en aquella vez me pareció conveniente excusar. Para proceder con hidalguía propia de controversias como la presente, comenzaré por trascribir íntegros los dos párrafos en que el señor Cánovas contrapone la doctrina individualista que tiene por divisa el *dejad hacer, dejad pasar*, de los fisiócratas y que predica la reduccion de las atribuciones del Estado a sus mas estrechos límites, con la doctrina que él llama tradicional y espiritualista de los antiguos publicistas y teólogos.

“Cuando estaba aun de moda la *armonía* final de todos los intereses, escribe el señor Cánovas, la Economía Política condenaba con aparente razon la innecesaria y perturbadora intervencion del Estado en el réjimen de la produccion y distribucion de la riqueza; pero hai ya pocos a quienes baste aquella hipótesis arbitraria. La cooperacion armónica de Spencer, o sea la proporcion entre los servicios prestados y recibidos no es mas cierta que lo eran las armonías de Bastiat, y, en cambio la del positivista británico presenta mucho ménos seductoras apariencias que la del simpático individualista francés. Pero, de todas maneras ¿qué es lo que se pretende por este lado? ¿Que el Estado sea únicamente imparcial juez del campo en que la horrible lucha por la vida se riñe, limitándose a suprimir lealmente toda ventaja que no nazca de la desigualdad nativa de fuerza o destreza entre los combatientes? Nativa o no,

la desigualdad es ménos cierta? ¿No será quizá mas digna de compasion esa desigualdad que otra ninguna, por no ser obra del que la padece, sino del destino *irresistible y ciego!* ¿Y ha de ver asi impasible el estado triunfar a unos, caer a otros, morir extenuados a los que les toque, sin perder un punto su serenidad e inmovilidad, aunque sean los mas y los que al fin y al cabo suman mas fuerza bruta, los vencidos? ¿Pues no han de ser los mas los que constituyen segun, el dogma democrático, el Estado? Y, ¿consentirán ser siempre vencidos en la lucha por la existencia los mas, cuando lleguen sobre todo a ser dueños del Estado por la virtud aritmética de los sufragios? Utopia mas cándida, si hai quien lo diga, jamas se habrá expuesto al juicio de los hombres! Supuesto lo que el mundo moderno es, el Estado jermánico parece previsor y lójico; y con el nuevo concepto jeneral del Estado que el dinamismo zociológico impone su intento es mas para estudiarlo que para desdeñarlo superficialmente.

Hasta aquí el autor de los *Problemas*, quien me parece que se muestra tímido en demasía al declarar la estatolatría jermánica digna de atento estudio, cuando lo que, de las premisas sentadas en las primeras líneas de los párrafos trascritos resulta es la excelencia de aquel sistema de gobierno y el deber en que todos los pueblos se encuentran de adoptarlo.

En efecto, no hai en Sociología dos ideas mas estrechamente ligadas que la de la armonía de los intereses con la libertad, y la del antagonismo de esos mismos intereses con la omnipotencia del Estado.

Si como se creia jeneralmente hasta principios de este siglo, los intereses son antagonicos; si como pensaba Aristóteles el bien de uno es siempre el daño de otro; o si como se expresaba el Rabí don San Tob, es forzoso que

En lo que Lope gana  
Pelayo empobrezca

y que

Con lo que Sancho gana  
Domingo adolezca,

habrá que considerar a la sociedad como una manada de fieras, segun Hobbes la consideraba: *homo homini lupus*.

¿Y qué otro recurso que el látigo del bestiaro podría emplearse para poner paz entre los lobos e impedir que mutuamente se devorasen?

Si en la antigüedad ni los filósofos ni los políticos escrupulizaron en sacrificar al Estado los derechos individuales; si estos se miraban tan en poco que puede decirse que se hacia de ellos caso omiso, la causa no era otra que la jeneral creencia que entónces se abrigaba de que los intereses de los hombres entre sí y de cada uno de estos con la sociedad, y de las naciones con las naciones, y de la libertad con el órden, etc., eran natural e inmediatamente antagónicos.

El tiempo me falta para apoyar en autoridades la exactitud de este aserto, pero ya que no sería dable trascribir los numerosos pasajes de los mas ilustres publicistas que lo comprueban, recordaré que Montaigne titula uno de sus *Ensayos* "La ganancia de uno es siempre la pérdida de otro" agregando "que en ello no ha de verse mas que una aplicacion jeneral de *la police de la nature, porque los fisicos enseñan que el nacimiento, alimentacion y desarrollo de cada cosa viene siempre de la alteracion, destruccion y corrupcion de alguna otra*": que Bacon escribió, como quien sienta una verdad de todos reconocida, y evidente: "*Una nacion no puede enriquecerse sino a expensas de las demas, porque forzoso es que lo que ella gane otra lo pierda*:" que uno de los capítulos del "*Espíritu de las Leyes*" de Montesquieu, lleva este título: "*A qué naciones no conviene hacer el comercio*": que la divisa del que los franceses llaman aún *el gran Colbert* era "*Libertad, justicia, policia y exclusion de los extranjeros*"; y finalmente que Voltaire escribió en el "*Diccionario filosófico*": "*Tan miserable es la condicion humana que nadie puede desear la prosperidad de su propio país sin hacer votos implícitos por la ruina de los paises vecinos, porque es claro que un pueblo no puede enriquecerse sino con los despojos de los demas*".

De tales premisas ¿qué conclusiones habia de deducirse sino la soberanía ilimitada del Estado y el deber en que los gobiernos se encontraban de enmendar la obra del Creador llenando los vacíos, alumbrando las tinieblas, suavizando las asperezas y corrijiendo los errores en que,

al formarla, incurrió sin duda por distraccion o por impotencia?

La inmolation de los derechos individuales en aras de la autoridad absoluta de los gobiernos: tal fué y tal debia ser la consecuencia del falso, impío y desconsolador supuesto del fatal y universal antagonismo de los intereses humanos; porque si cada hombre, dejado en libertad, ha de buscar su personal provecho y si buscándolo, ha de inferir forzosamente daño a los demas, el imperio de la fuerza bruta en la produccion, circulacion y distribucion de la riqueza sé impone con necesidad inexorable y como condicion precisa, no solo de la conservacion de las sociedades, sino hasta de la conservacion de la especie humana sobre la faz de la tierra.

Por la inversa, si como enseñaron los fisiócratas, las sociedades humanas están rejidas por leyes naturales, y la obra de Dios no es defectuosa ni necesita enmiendas; si como el penetrante talento de Batiat logró demostrarlo en lo tocante a muchas de las antiguas supuestas antinómias, —y sin duda, a no faltarle la vida, lo habria logrado con respecto a todas,—no es cierto que el bien del uno sea siempre el mal del otro, ni que individuos y pueblos tengan nada que ganar con la ruina de sus semejantes, y al contrario la armonía de los intoreses es una verdad no solo consoladora en sumo grado, sino demostrable y demostrada; si cada hombre y cada nacion, moviéndose a impulsos de su particular conveniencia y sin pensar en los demas, contribuye no obstante al jeneral progreso y bienestar, en tal caso hai que admitir como conclusion lójica la autonomía de los individuos, de las familias y de los municipios, y la reduccion de las facultades de los gobiernos a lo que estrictamente sea preciso para mantener en el interior la paz y la seguridad y la independenciam en las fronteras.

Por haber reconocido la Economía Política ántes que ninguna otra rama de las ciencias sociales esta verdad primordial de la armonía de los intereses, por tantos siglos y peregrinos injénios desconocida, ha merecido ser designada por algunos con el hermoso nombre de *Ciencia de la libertad*, nombre justificado por sus fundadores no solo con sus enseñanzas, sino tambien con sus actos, como hombres de gobierno, desde Turgot que, suprimiendo los

gremios y las aduanas interiores y proclamando en sus célebres edictos que la libertad del trabajo era la mas santa e imprescriptible de todas, dió el golpe de muerte al antiguo réjimen, hasta Roberto Peel, que emancipando a los católicos irlandeses, suprimiendo los derechos de internacion que pesaban sobre los cereales y rebajando las tarifas de aduana, afianzó sobre bases incommovibles la prosperidad de Inglaterra, prosperidad que en su creciente desenvolvimiento vanamente han intentado alcanzar por otros caminos las mas prósperas naciones de la tierra.

Se ve, por lo expuesto, como al declararse adversario del individualismo y partidario de los gobiernos fuertes, paternales y reguladores de la actividad social, no hace el autor de los *Problemas* mas que mostrarse consecuente con las ideas madres que en Soliología profesa. No sin duda a título de espiritualista, ni de cristiano ni aun de católico, el señor Cánovas se declara partidario de los gobiernos absorbentes y enemigo del *dejad hacer*, que no hai relacion lójica necesaria de causa a efecto entre el espiritualismo y el autoritarismo; sino que estas tendencias a aceptar la noción jermánica del Estado fac-totum fluyen naturalmente del desden con que mira las enseñanzas de la mas científica de las ciencias políticas y de la falsa base del antagonismo de los intereses en que su sistema sociológico descansa.

#### IV

Defendida como queda, si no bien, al ménos en cuanto mis pocas fuerzas y la naturaleza de este trabajo permiten, la causa del individualismo, tan duramente condenada por el señor Cánovas del Castillo, cúpleme ahora satisfacer las objeciones, que en una série de agresivas preguntas formula, cual llamándolas a deponer en obsequio de la justicia de su fallo.

Evocando, mediante un procedimiento mas de orador que de filósofo y mas encaminado a conmoover que a convencer, el tremendo espectáculo en que la horrible lucha por la vida se riñe, pregunta el señor Cánovas si lo que se pretende es que el Estado sea nada mas que imparcial juez

del campo limitándose en tal carácter a suprimir lealmente toda ventaja que no nazca de la desigualdad nativa de fuerza o destreza entre los combatientes, cual si por ser nativa dejase de ser por eso ménos cierta y ménos digna de compasion y lástima. ¿Y ha de ver, así impasible el Estado triunfar a unos, caer a otros, morir extenuados a los que les toque sin perder un punto su serenidad e inmovilidad? Y aunque a desempeñar papel tan apocado se resolviera lo consentirian los vencidos siendo como son indudablemente los mas fuertes? Utopia mas cándida, concluye el señor Cánovas, jamas se habrá expuesto al juicio de los hombres!

Aquí seria el caso de repetir la exclamacion en que Paul Louis Courier prorrumpia en una ocasion semejante: “¡Oh! metáfora! quien me libertará de tus peligrosas insidias?”

¿Cómo, sin faltar al respeto debido a la elocuencia, advertir, en efecto, que ese Estado cuya impasibilidad apenas concibe el orador, es por su propia naturaleza incapaz de padecer y de gozar; que esa batalla no es batalla; y que, cual aconteció al buen Sancho cuando escuchaba de boca de su amo una descripcion parecida, no acierto yo a oír ni el relinchar de los caballos, ni el tocar de los clarines ni el ruido de los atambores, ni a divisar tales ejércitos que se embisten, ni tales muertos que ruedan por el campo, ni tales vencedores que entonan sobre montones de cadáveres el himno de victoria?

Al hablar del Estado el señor Canovas se refiere, sin duda, a los hombres que forman el Gobierno, y puesto que no lo forman por derecho divino, ni tienen un poder omnímódo, sino delegado y por lo mismo limitado, no solo concebimos nosotros que se abstengan de entrometerse en lo que no cae bajo su jurisdiccion, sino que eso es lo que a cada momento estamos viendo. Todos los dias están nuestros gobernantes,—y apostariamos que los de España tambien,—viendo, fracasar las empresas mas valientemente acometidas, perderse el fruto de los mas meritorios esfuerzos, volverse malos los negocios mas halagüenos, arruinarse los individuos y las familias, y cien otras lástimas semejantes, sin que las lágrimas corran de los ojos de los Ministros, ni los lejisladores se conmuevan, ni los tribunales de

justicia interpongan su autoridad para restablecer el equilibrio perdido levantando a los derribados en la batalla por la existencia, ¿y porqué así? Por la sencilla razon de que todos los funcionarios públicos tienen facultades limitadas, mas allá de las cuales su jurisdiccion expira, y su accion, léjos de ser laudable y benéfica se vuelve ilejítima y dañosa.

Nadie negará ciertamente que abundan en el mundo mas de lo que los compasivos corazones quisieran los desdichados por culpa propia o por obra *del destino irresistible y ciego*; pero deducir de la existencia de ellos que el gobierno esté en el deber y aun que tenga la facultad de socorrerlos, es como si del hecho de existir en el mundo muchos y mui grandes pecadores dedujésemos la facultad y hasta la obligacion que de absolverlos tendrian los reyes, presidentes, ministros o congresales.

Los contratos, los cambios, los negocios no son batallas; los que concurren a la produccion con sus capitales, sus inventos, sus luces, o sus brazos no son enemigos; sus intereses no son antagónicos y casi siempre, al contrario, son armónicos y comunes. Ello no obstante, siendo el hombre una fuerza libre, puede elejir, y pudiendo elejir, puede engañarse, y pudiendo engañarse, puede sufrir las dolorosas consecuencias de sus yerros. Para que así no sucediese seria preciso modificar sustancialmente la naturaleza humana, haciendo subir al hombre hasta el nivel de los ánjeles o bajar hasta el nivel de las bestias. Pero como ello no es posible, y como los padecimientos que son fruto de nuestra libertad, de nuestra flaqueza y de nuestra responsabilidad, tienen el don de despertar en los corazones la simpatía y en las almas el deseo de mitigarlos, los economistas hacen coro a los moralistas, filósofos y teólogos reconociendo el deber y manifestando la conveniencia de practicar las obras de misericordia.

Hai, pues, sobre este punto entre las opiniones del señor Cánovas y las de los economistas conformidad completa en cuanto a la existencia del mal y en cuanto al deber de remediarlo; consistiendo solo la diferencia en que, miéntras aquél pretende que la caridad sea ejercida por el gobierno, éstos sostienen que es por mil motivos preferible que la ejerzan por sí, espontánea y directamente, los individuos.

No sabemos si llegará alguna vez el dia en que los que se creen desgraciados — que indudablemente somos los mas— sean tambien los mas fuertes. Pero si es cierto, como los economistas enseñan, que la caridad que los individuos espontáneamente practican es mas jenerosa, discreta y benéfica que la oficial, no vemos qué interes tendrian los desdichados, en dar, sublevándose contra los gobiernos que gobernasen poco, razon al señor Cánovas y en hacer buenas sus lúgubres profecias, y si vemos, al contrario, el vivísimo que tendrian en que se convirtiese en realidad cuanto ántes la cándida utopia de los economistas.

Z. RODRIGUEZ.

( *Concluirá* )





# EL CASTELLANO COMO LENGUA NUEVA

SEGUN LA ÚLTIMA EDICION DEL DICCIONARIO DE LA LENGUA  
CASTELLANA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

---

(A ROMAN VIAL).

“Ahora por vez primera se han dado las manos España y la América para trabajar unidas en pro del idioma que es bien comun de entrambas, suceso que a una y otra llena de inefable alegría y que merece eterna conmemoracion en la historia literaria de aquellos pueblos y del que siempre se ufanó llamándolos hijos”.—(ADVERTENCIA que precede a la duodécima y reciente edicion del Diccionario de la lengua).

## I

No hace muchas horas leíamos en cierto diario chileno que un señor peruano, o mas propiamente *perulero* (espression que adopta de preferencia la Academia para los que en el Perú se enriquecieron y dieron vuelta a España), a semejanza de los que en nuestro suelo han pretendido volar, o hacer oro, o encontrar la cuadratura del círculo, o la honradez política, o el movimiento perpétuo, que todo

esto se ha buscado en ocasiones con afán y aun podríamos dar uno a uno los nombres de los empresarios que tal intentaron, imaginaba haber hallado la clave de un idioma universal, tan exacto como el sistema métrico de pesos y medidas.

Escápasenos de la memoria el nombre de tan insigne inventor y vecino, que eso suele acontecer por la confusión natural de las lenguas a quienes entrométense en cosas de Babel. Pero afortunadamente el mismo amable emisario que condujo a este apartado lugar tan estrafalaria noticia traía jentilmente acomodado en la cabecera de su silla (era un amigo de treinta años de fecha) el primer ejemplar de la temprana remesa hecha a Chile desde la península en el vapor *Aconcagua*, (y sacado de su funda y en el día de la víspera,) del voluminoso cuanto espléndido *Diccionario de la lengua castellana* que en el espacio de muchos años, con notable ingenio, laudable perseverancia y una prolijidad de detalles verdaderamente maravillosa, ha llevado a cabo la Real Academia de la lengua; a cuyo alto y sabio cuerpo de doctrina y enseñanza tiene el que esto escribe, a la par con algunos distinguidos compatriotas, la señalada honra de pertenecer.

Sentímonos en consecuencia compensados de la fantástica algarabía inventada, a su decir, por nuestro vecino políglota, con la posesión de aquel tesoro tan nuevo como valioso, y por lo mismo vamos a decir unas pocas palabras sobre su aquilatado mérito, mientras otros lo estudian, lo valoran y lo compran.

## II

No pertenecemos nosotros a aquella bárbara, y si se quiere, sublime pero fastidiosísima familia de puristas y de intransijentes, dos atributos que a juicio nuestro forman una sola majadería, ni tampoco somos de los que creen, a estilo de don Juan Manuel de Rosas, este Dionisio semi-salvaje de las ántes salvajes pampas argentinas, que “todo el saber humano, como el *talmud* de los judíos o la *Enciclopedia británica*, se halla contenido en ese grueso códice

empastado en vaca o en carnero, que suele andar por sobre las mesas de nuestros estrados cubierto de polvo y sin mas amistad ni mas consulta que el plumero de las madrugadoras y hacendosas sirvientas de mano." Nó; no estamos por nada de eso ni en materia de lenguas ni de mordazas.

Pero asi mismo creemos que de todos los muebles manuales de una casa santiagueña (y no santiaguina, porque el diccionario de España no tolera decir contra el arte semejante "huasería"), es uno de los mas nobles y de los mas útiles un lexicon de la hermosa lengua que con la leche paladeamos en los labios, y esto mucho mas cuando esa lengua es de tan ricos sonidos, de tan variadas inflexiones y de tan sabroso y acaudalado decir. Un buen diccionario en la mesa de escribir es como un buen vino en la mesa de yantar. A nadie daña y a todos, de cerca o de léjos, lleva provecho.

### III

De indisputable interes habria de ser en consecuencia para nuestros lectores y para nosotros mismos echarnos como sobre blanda arábiga almohada en el voluminoso infolio que con títulos de novedad y de albricias tenemos estendido sobre nuestras rodillas a la clara luz de la resolana de mayo, que en este clima no fatiga la ya cansada vista. Pero semejante empeño y atractivo llevaria consigo el peligro de acercarnos a verter un libro de tan gran porte como el que por encima de sus tapas nos atrevemos a *hojear*, y no *ojear*, cual algunos distraidamente dicen entre nosotros, sin cuidarse de que en este benigno suelo solo los brujos *ojean* las cosas y las chácaras, la belleza y la muerte. . . . Por consiguiente, la última edición de la Academia no padecerá en nuestras manos de "mal de ojo," porque eso seria de nuestra parte un verdadero conato de fratricidio e insigne ingratitud con quienes desde tan arriba y desde tan léjos nos honran.

Y dicho esto, por mas que la Real Academia Española no reconoce esa acepcion puramente chilena del "ojeo," entraremos en nuestra tarea con buen ánimo, espresando

solo que toda palabra que en este artículo aparezca como aceptada por la nobilísima corporacion clásica irá en letra cursiva, no siéndolo sino extranjera por algun título la que no lleve semejante sencilla contraseña, agregándose que nosotros solo consultamos la *presente edicion* del diccionario, sin tomar *para nada en cuenta las anteriores*.

#### IV

Desde luego el atributo mas alto y el carácter mas señalado de la duodécima edicion del *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española* es su independencia, su espíritu innovador, su levantada valentía, su arrogante desden por el pasado, hermano primojénito de toda rutina. La Real Academia Española, rompiendo al fin la valla y sintiendo seguramente que perdía pié en el aluvion de luz que a todos nos arrastra, ha trabajado mirando no al ocaso del sol sino a su cenit, y así, poniendo divorcio de hecho a la vetusta y rugosa consorte de sus antecesores, suavemente la ha arrojado de su tálamo. Ya era tiempo. Dominguez, no obstante lo vulgar y acerado de su sátira, ha ganado ántes de la postre del siglo el pleito a la gravedad vetusta y porfiada de los editores feudales de la lengua.

Con mucha mayor fortuna que Jil Blas, cuando intentó hacer creer al duque de Lerma, su protector y amigo, que entendia el idioma de los pájaros en sus deliciosos jardines, los modernos hablistas han cantado victoria sobre la empecinada soberbia de ya pasadas edades y apercancados (palabra que no es española) empecinamientos, que esto entre iberos es de raza y lo es de cuna. En Chile mismo don Andres Bello, que aun en su edad madura comenzó a batirse en retirada respecto del exclusivismo gramatical de la frase y del odio rehacio de casta al estranjerismo anticastizo por todo lo nuevo, se habria maravillado dichosamente de cambio tan beneficioso para el arte y el gentil y delicado donaire del decir humano, que en todas las épocas de su formacion, como la planta del riego y la idea de la sangre, ha vivido de mudanzas y de martirios. Despues de

la Cruz, el español ha encontrado al fin su Transfiguración.

Hubo, a la verdad, un tiempo en Chile, cuando, después de los Góngora, reinaba como maestro despótico el afraído Hermosilla, maestro de Fernando VII y del que esto con su jeneracion recuerda, y entónces no era dable sino crimoso y revolucionario usar, sin esponerse a una paliza, el mas mínimo vocablo que no estuviera alineado en fila, como tropa de guerra, en las columnas de algun léxico o en las gramáticas pardas a lo Nebrija de los colejos: de tal manera que el último que surgió entre esos críticos y vapuladores de nuestras propias inocentes espaldas y de las ajenas, fué un mozo de raro pero incompleto talento, que si hoi resucitara habria de pedir que le enterraran de nuevo poniéndole por lápida funeraria la *duodécima edicion* de la Academia. Su nombre, que recuerda lástimas y glorias tronchadas en ciernes por la desdicha y la frajilidad, fué Rómulo Mandiola.

## V

Vengados así nosotros por ajena y ancha mano, comenzaremos por decir a la lijera que la duodécima edicion entra con pecho levantado y espaciosa mira en la reforma universal de la época y de la lengua, y acepta por consiguiente para la mayor parte de las ideas y para casi todas las creaciones la forma orijinaria que mejor la espresa, sin cuidarse, como ántes, de que su raíz fuera latina o griega, hebrea o sanscripta, es decir, *antigua*, que con esto solo todo mamotreto llevaba consigo indulto de cristianos, como cosa bendita por el papa.

De esta suerte, la nueva lengua castellana, bendecida ahora y rescatada por los modernos maestros de Madrid, no solo acepta que se llame, por ejemplo, *tren* el convoi de los ferrocarriles, sino que tambien bautiza y acoje como suya la horrible palabra inglesa y herética de *wagon* (por carro), convirtiéndola solo, por la carencia de la letra en el alfabeto castellano, y por rendir parias a la inquebran-

table dulzura del idioma, en *vagon* y en *vagoneta*, su diminutivo.

De igual manera reconoce ahora nuestra lengua el vocablo *tranvia* (de "tram," riel plano), pero no pervierte su uso aplicándolo, como los argentinos, al vehículo conductor y no a la via inamovible. De igual manera inscribe el diccionario la palabra *durmiente* como soporte jeneral de un maderámen, contentándose con llamar, en uso de ingeniero técnico, *traviesas* los maderos en que reposan los rieles de los ferrocarriles.

A los maravillosos progresos alcanzados en la última parte del siglo que toca a su ocaso y ha corrido desde Volta a Edison por la electricidad conductora de la vida, símbolo de los presentes tiempos y milagros, el diccionario de 1884 no solo ha otorgado carta de ciudadanía al *teléfono* (del griego "envía la palabra léjos") sino a la *luz eléctrica*, que es de mucho mas moderna invencion. De sentir es solo que tan docto cuerpo no haya tratado con igual espíritu de hospitalidad al "fonógrafo" de Bell y que reconociendo el *cable submarino* no haya adoptado el verbo yankee-inglés "cablegramear" (como se dice *telegrafiar*), o siquiera la palabra "cablegrama". En consecuencia, y miéntras la 13ª edicion llega trayendo castellanizado el verbo que los americanos del norte han inventado para evitar el circunloquio "de echar carbon a bordo" (*coaling*), con la misma llaneza con que ha apadrinado el *coke*, contentémonos por ahora con saber que ha de escribirse *telegrama* (sin asiento en ninguna é) y no *telégrama*, materia en sí nimia pero de árdua disputa que subió a los bancos del Congreso, como la singular controversia parlamentaria (1884) de si los diputados y senadores de Chile eran representantes *de o por* (aludiendo a la provincia o al departamento de su eleccion) cuando en la jeneralidad de los casos lo único que aquellos representaban *de y por* era al Presidente, gran elector, que los habia mandado a elejir. La misma matraca con *del interior* y *de lo interior*, que de los dos modos es el mismo fraile.

En el vastísimo adelanto de las ciencias modernas ya no es preciso, por lo visto, que todos sus calificativos acaben en *ia* para nacer esclusivamente del griego, y entre un sin número de palabras de moderno bautizo encontra-

mos el *microbio*, el *cloroformo*, etc. La academia no reconstruye sin embargo el verbo como nuestros médicos, diciendo "cloroformar" sino *cloroformizar*.

## VI

Pero donde la innovacion forastera de la lengua del Cid y de Pelayo se divisa mucho mas dilatada es en la nomenclatura inacabable del arte de matar. No se trata ya de los inventos antiguos, del *chafarote* turco y del *alfanje* árabe, del *fusil* francés, del húngaro *sable* (*sablya*) (que tambien en el español antiguo llamóse *sabre* como en la opereta), del *arcabuz* aleman, del *mosquete* de Italia, y de la *pistola* de la ciudad que al pié de los Apeninos la inventara (Pistoia) como Bayona la *bayoneta*, pues el nuevo diccionario da acojida al *yatagan* turco, al *kepis* de Arjel, afrancesado por la conquista y por lo mismo escrito y pronunciado como lo pronuncia el árabe y el parisiense (que en esta niñedad ha habido tambien disputa por la prensa en Chile) el *shako* de los húngaros (*czacó*), la *canana* de los persas, y lo que es mucho mas atrevido, el *revólver* de los yankees. Si el jeneral ultra-purista Vivanco, que se dejó tomar la ciudad de Arequipa en 1858 por no llamar revólver al revólver sino "pistola jiratoria", hubiese estado con las armas en la mano, las habria arrojado otra vez al fuego ántes de consentir en irrogar tamaño sacrilejio al altar de la lengua. Es raro, sin embargo, que los académicos de España, que han apadrinado la palabra *canana*, tan antigua como la Cananea y las bodas de Canaan, no hayan aceptado el uso de la *caramayola* que inventó un jeneral ilustre por su nombre (Caramagiola) ni haya reconocido siquiera ni el rifle ni el cañon Krupp, de Essen, por su autor, con el mismo pleno derecho con que en otro tiempo sus antecesores dieron cabida a la carronada, cañon de marina inventado por Carron, el Krupp de su siglo.

Mas todavía.

Tenemos ahora bautizado con agua y óleo el *torpedo* y la *dinamita*; pero la Academia no ha puesto todavía en sus armarios la "torpedera", si bien esperamos que no haya de

reconocer como suyo el último y vil calificativo de *dinamitero* inventados por apresurados telegrafistas, corresponsales y cronistas.

## VII

Con el sincero y profundo respeto que tan docta y elevada corporacion como la Real Academia tiene derecho de exigir, no solo de sus socios sino del comun de las jentes, nos ha parecido digno de leve reparo la etimología alemana que convencionalmente atribuye su diccionario a la palabra *escaramuza*, como operacion militar, haciéndola derivar de *ckerman* (combatir) y *whachte* (centinela), como si fuera el canto nacional del "Waterland" *whachte on Rhein*. ¿No pareceria mucho mas propia su derivacion del italiano que tantas palabras de guerra ha dado al español desde los tiempos del gran capitán? ¿Y no hai por ventura una novela de Máximo Azeglio u otro eminente escritor italiano de nuestros dias cuyo título o protagonista es "Scaramuggia"?

Otro tanto parécenos oportuno decir de la palabra, a nuestro oído y entender directamente arábica *zalagarda* que la Academia hace derivar de *shaerer* (escuadra) y otra vez de *wachte* (centinela). La composicion de la palabra es puramente árabe, fuera de que el erudito ingles Ricardo Ford afirma que así se llamaban los hechos de armas de poca importancia que entre moros y castellanos tenian lugar en los tiempos en que la tizona del Cid brillaba desnuda en todos los campos y ciudades de la península. Además, la palabra análoga *algazara* es árabe (*algonzara*), y *algarabia* proviene de la propia lengua árabe que así se llamaba: *alaravia*.

## VIII

No hai idiomas de mas duras entrañas para arrancarles dulces sonidos o vibraciones acordes que el inglés lengua

que se parece a un instrumento musical cuyas cuerdas estuviesen rotas, y el aleman, que finjiria asemejarse al mismo instrumento con su caja rota y gutural. El ruso mismo, por la abundancia de sus vocales, es mucho mas sonoro y apacible.

No es raro por esto que el diccionario castellano, lengua de anchos labios y de cadenciosas articulaciones, no haya incorporado en su registro sino ciertas voces convencionales y forzosamente inglesas, a falta de equivalentes eficaces en el suyo propio, tales como *club*, *milord* y aun el vocablo *gringo*, sinónimo de griego, y aplicado desde antiguo por el vulgo de la península a todos los que hablan un idioma que él no entiende. Asi mismo figuran entre los objetos y artículos esclusivamente ingleses españolizados los nombres de algunos carruajes especiales como el *tilburi*, por el nombre de su autor Mr. Tilbury, el *victoria*, en honor de su reina, el de *birlocho* (*whirlicote*) y lo que es mas ingles que la Gran Bretaña y que los gringos, el *esplin*.

Respecto del nombre de *birlocho*, si bien sus primeros introductores en Chile y en el camino real de Valparaiso a Santiago fueron ingleses, abrigamos ciertas dudas sobre su etimología, por lo rara y aun por lo anómala, y aun por no haber oido usar jamás semejante nombre durante larga residencia en los campos de Inglaterra. Al contrario, el único birlocho que vimos hace treinta años fué en el sur de Francia (1855), y en Jibraltar los oimos nombrar *birolochos*, por lo cual los suponiamos de oríjen italiano, donde todo carruaje llámase simplemente *legno* (madera).

Como era de esperarse, las denominaciones y las formas mas elegantes de los carruajes aceptados en Chile son francesas, como el *cupé*, el *faeton*, y *cabriolé*, etc. La *berlina* y el *landau* son sin embargo alemanes provenientes de dos ciudades que los inventaron (la última en Baviera); la calesa (*kolitza*) es del idioma servio; la antigua carroza del italiano *carrozza*, como la carretela de *carrettella*, y el *coche* por último del turco *cochi*, nombre que los isleños de Chiloé dan a los puercos, segun el padre Febres.

En cuanto al *brecke*, denominacion y carruaje de oríjen jenuino ingles, no ha encontrado aun cabida en la duodécima edicion del diccionario castellano, y ménos la frase mestiza, de ingles y de chilena, de las madres de esta tierra

cuando enojadas dicen a sus hijos que los van a *meter en un breque* en vez de decir en un *brete* (cepo). En cambio el *biftez* es tan inglés como el budín (*puding*) y el *whiskey*, como la jinebra es holandesa y el coñac es de Cognac en la Charente inferior, y la chicha de Aconcagua superior, o sea de Aconcagua arriba.

Por lo demas, la desemejanza y resistencia nativa de la lengua castellana a maridarse con el idioma inglés, diversidad que corresponde al clima, a las razas, a todo, es de tal suerte enérgica, que un español que vivía en Puno, del Perú, llamado Robledo, y digno (por lo fuerte) de su nombre, solía espresar esa invencible antipatía de la sangre y de la lengua contra la sangre y contra la lengua exclamando, no obstante ser católico acendrado como un roble:

“Si Jesucristo es inglés,  
Crucifíqueno otra vez.”

Y un célebre arjentino llamado Pedro Hernandez, que en tiempo de la emigracion de Rosas fué empleado de la aduana de Valparaiso y tuvo singulares aventuras en Talcahuano y Concepcion, decia sobre el mismo tema de entónces: “Estos ingleses son mui buenos muchachos. *No les falta mas que hablar.*” Y esto último decíalo el gran zamarro porque no les entendia ni queria probablemente entenderles lo que tan buenos muchachos decíanle o cobrábanle.

Aparte de todo esto, el mismo diccionario no acepta, y a nuestro pobre juicio con poca liberalidad, el nombre de cheque (*chek*) que hoi es usado como el pan de cada dia, ni tampoco el panqueque, ni siquiera el “pan quique” (por lo bravo del *salvado*, que así llaman los españoles el *afrecho*, de nuestros labriegos.

No han sido tampoco mas liberales los académimos españoles con el “*speech*” y el “*meeting*” aunque un caballero chileno que habia estado en su mocedad en Jibraltar (don Antonio Mendiburu), salia del paso diciendo *metinje*. El diccionario, sin embargo, acepta casi como sinónimo el vocablo *bochinche*, que es puramente americano y talvez tan chileno como el litre o como el palqui. El chinchiví (no chincheví. .) es chileno y es inglés, es decir, mestizo,

porque el *ginger beer* de que saca su nombre es cerveza de jengibre. El chinchiví no es con todo esto español, y así le está bien. Como sinónimo del *bochinche* del Nuevo Mundo, que comenzó con un *bochinche* en las naves de Colon, figura la *tripolina* (no *tripulina*), por ser de cosa Trípoli; y por *leona* (que no es palabra castellana sino en cuanto representa a la hembra del leon) va *peleona* (de *pelea*), que así decia el dean Santiago en Santiago por las "peleonas" que tuvo con el obispo Villarroel en la mitad del siglo XVII. La bolina es solo de los buques y del viento.

Para espresar una cosa o una idea que en Chile es bien comun, como entre los turcos, se ha valido el diccionario de las frases *una turca, en bomba y borrachera*; y agrega tambien la *mona* que algunos duermen en Chile, como los odres, sin orearse. De uno de éstos hemos visto el sobreescrito de una carta dirigida a un caballero llamado Mauricio del Campo, calle de la Moneda, redactada con la siguiente mona ortografía indico-española: "S. D. *Mauripo del Canapo calle de la Mona*" (auténtico), y así serian ella y él!

En España no hai *rasca* sino para las uñas y para la epidermis, lo que no quiere decir que allí falten rascados como en todo el mundo, que va pareciendo en fuerza de las viñas un globo de alcohol. En cuanto a los *chispos*, el diccionario reconoce el vocablo *chispo*, que no sabemos por qué el autor de la letra *Chi* hace derivar del antiguo aleman *wiskiam*, ("chispa") que al fin todo es uva, embriaguez y chispería. En español no hai *remolienda* (que eso es tan chileno como la *pata en quincha* de los petorquinos), pero en compensacion hai *jarana, zambra* (moriscas) y *timbirimba*, que en España como en Chile es el mismo naipe.

## IX

En cuanto al aleman, su contingente aceptado es todavía mas escaso, y fuera de algunos nombres de armas de guerra y de danza, como *walser* (la *polka* y la *mazurka* son polonesas), solo encontramos en un ligero repaso de las

hojas de la lengua las palabras *vivaque* de "beiwach," *zanca* de "shenkel," *brindar* de "bringen," y lo que es mui singular, *chuche* por "cara," en aleman antiguo. Agregaremos que el diccionario de la lengua no reconoce al *ñato*, sino al *desnarigado*, al *romo* y al *chato*, y de este último probablemente nuestro "ñato." En cuanto al *desnarigado* decian ciertos papeles antiguos que hemos visto de nuestro ex-vecino el cacique de Malcara (lugar limítrofe del en que hoi vivimos), a quien por ñato y feo pusieronle tal vez sus contemporáneos "Malacara," sitio antiguamente rico en oro.

No da asilo de igual manera el diccionario a la palabra bigotes, que en un sentido especial es alemana. Trae *bigote* pero no *bigotes*, que éstos eran los *By Got!* que los soldados alemanes echaban, atuzándose el suyo, a las buenas mozas de España en tiempo del aleman Cárlos V, y de aquí viene todavía el bizarro decir a las mozas lindas que tienen "buenos bigotes," aunque sus labios sean solo de coral y rosa.

## X

Mucho mas dócil, gentil y cortesano es el frances, que en cosas de vestir y de comer hace en el vocabulario mucho mas lucida figura, asi como el árabe, padre del *almirez* (almiherec) y del arroz, del arrope (arrobb) y de la *almíbar* (almobarrat), del *alfajor* y del *jarabe* (xarab), se presenta con mejor talante que el rancio y rudo castellano como la *jalea* de "jeleé," el *puré*, el *fricasé* y la carlota rusa, que no es rusa sino francesa, y el ponche a la romana que no es de Rama sino de Paris.

Lo mismo respecto de la moda en el vestir: el *corsé* de "corset," el *pantalon* de "pantalon," el *chaleco* de "gillet" (el diccionario dice de *jileco*), y la *levita*, que orijinariamente no fué francesa sino de Isrrael y de su tribu sacerdotal (la tribu de Levi), siendo el verdadero nombre parisiense de este menester "redingot," y el de *frac* en frances "habit." El frac primitivo era aleman "frack."

Es singular, sin embargo, que aceptando el nuevo dic-

cionario de la lengua algunos nombres franceses de telas, como el *muaré* de "moiré," *gro* del "gros," etc., no haya acojido las palabras *manteleta*, *pelegrina*, *paletó*, ni siquiera el traje masculino llamado *talma*, siquiera por haber sido el que usara un grande hombre de pequeño cuerpo y menos todavía el de menchicoff, el macfarlane y el ulsters, envoltorios de paños de los países frios, Rusia, Escosia e Irlanda.

En cuanto al guante, que parecería provenir de *gand* o de Gantes, por el de esa ciudad flamenca, de la piel de cuyos revoltosos habitantes el duque de Alba quiso hacer un solo guante, no es frances ni flamenco sino sueco, de *wante*, como los *zuecos* no son de Suecia sino de Roma (soccus). Y a la verdad, si el pantalon es mas español hoi que los antiguos *calzones* (nombre ¡ai! que las mujeres quitaron a los hombres), el *pantalon bombacho* llamado en Chile "a la sessé" (1838,) no es español ni chileno sino turco de *bend* (atado) y *barbach* (pierna). Como atadura inferior del pantalon, el comandante del batallon Santiago, don José Maria Sessé, que ántes de comer ratones fué en Santiago un *dandy*, decia *trabillas*, que es lo correcto por lo que traba. Pero los huasos chilenos le pusieron "piales," cosa que no es española, como no lo es tampoco el "dandy" frances (de *dindon*, pavo), ni el italiano "dilitante" (de *dilieto*). "Oh mio diletto!" . .

En cuanto a ponerlo a uno como un guante (que es el antetesis de *brete*) y darle a uno una *docena de guantes*, eso que se lo pregunten al difunto duque de Alba, que a fuerza de "guante" puso a los flamencos como un ante.

## XI

No ha admitido tampoco el diccionario de la lengua la crinolina ni las *polleras* en el sentido de usarlas las mujeres sino los pollos, que dentro de ese artefacto hecho de mimbres criábanse los últimos ántes de ser gallos y gallinas en la Edad Media. Méenos acepta el pulcro castellano el "polizonte." Para los académicos de Madrid no hai mas polizon que el *polizonte* es decir, el que de España pasaba

a las Indias sin permiso. En cuanto al sombrero, que viene de sombra, los llamados *chambergos* fueron los que inventó y llevó consigo el famoso jeneral alemán Shoemberg.

Con relacion a los jéneros de uso femenino, el *percal* es persa (parcala); el quimon, aunque el diccionario no lo reconoce, nos vino con el *mahon* de la China y del Japon.

Hemos dicho que el diccionario novísimo no da albergue, con notoria terquedad, a ciertos francesismos de trapos, modas y modales; no así de dinero, porque el *porta-monedas* (*porte-monnaie*), como el *ridículo* antiguo, se ha hecho de uso universal aun en los ridículos que no tienen *monis*, este inglesismo chileno. Pero si rechaza el "dandy", el diccionario acoje de buen grado el *petimetre* (*petit maître*), el "señorito" de los sirvientes de las fondas españolas. Y cosa mas curiosa todavía, a propósito de fondas no acepta el galicismo "hotel" que es enteramente universal, tan universal talvez como lo es el mal del organismo humano que la procedencia del último recuerda y afea.

En cambio, el diccionario acepta la palabra ecuatoriana *chatre*, como nosotros adoptamos en 1840 el mono de Bogardus el título de "Pinganilla" para los mozos afeminados y *paquetes*. Encuentra tambien sin embargo favor entre los sabios esta última espresion, sacada del ingles (*packet*), y tiene el mismo oríjen que sobre su procedencia hizonos "aber en su cama de enferma, en Sevilla, la célebre escritora Fernan Caballero, que así se llamó a su vez, por el nombre de un panadero que al acaso encontró entre los avisos de la GACETA REAL. El oríjen aludido es el de los *packets* que allá por los años de 1820 llevaban a Cádiz las últimas modas de Paris y de Lóndres, vía del Havre y de Southampton. Los primeros que usaban las últimas modas del último paquete eran los "paquetes".

## XII

A propósito de paquetes diremos de paso que la palabra *badulaque* procede de un antiguo afeitte de mujer que de esa manera se llamaba, así como *alcahuete* viene del árabe (*alcahued*), y *gandul* de *gandur*. En otro sentido *bribon*

derívase del alemán (*andar a la briva*), y el *bandido*, según Daru, el ilustre historiador de Venecia, de los ciudadanos honrados que el consejo de los Diez desterraba de la ciudad por *banbo*. *Farfulla* es también italiano, como los “palabras” son franceses (*jma parole!*) y los “palanganas” limeños, por lo cual los últimos no han encontrado acogida en el *bocabulario* de Madrid. En *contraposición dije* es el árabe *deh*, y *paco*, peruano, por el manso animal lanudo de la sierra, o procede de las Filipinas, donde *paco* quiere decir siervo, sin que lo diga el último *vocabulario* de la lengua. En cuanto a los (o las) *chuchumecas*, se nos ocurre que no anda del todo bien encaminado el criterio de los autores de la Academia cuando afirman que proviene de los *chichimecas* de Méjico.

Es curioso a este propósito, que en el *diccionario español* se encuentre con todas sus letras la palabra *cocota*, pero no va por gallina y sus condescendencias, sino por algo mucho menos atrayente,—por *cogotera*.

Son también vocablos del francés aceptados en el español, entre muchos otros centenares, *canapé* (no sofá que es puro árabe *xoffa*), *divan*, de *divan*, que significa concilio, por los que en ellos se sentaban. Son también francesas con carta de ciudadanía de ultra Pirineos los nombres “*cróquis*”, “*butin*”, *parc*”, “*marabut*” (cigüeña del Senegal). Pero ¿es esto último, o es la fiesta del Marabout que nuestro compatriota Pedro del Rio describe como testigo presencial en sus interesantes viajes por el Africa?

“*Comité*” palabra (caso raro!) mestiza de inglés y de francés se halla todavía “en comisión” en la cartera de la Academia.

Por supuesto, el popular “*vis a vis*” no ha entrado en casa de lejítimo español, así como la “*soirée*” (lo que es lástima!) y ménos ha aceptado la Academia el “*tête à tête*” (mueble y entrevista) a no ser que el autor quisiese evitar el riesgo de una señora *santiagoña* que habiendo regresado de París con su marido, solía decir, por la pereza del último para levantarse, que se llevaba en cama “*gratiñándose la teta*” *se gratignan* (rascándose) *la tête*.

“*Chabrat*,” cubierta de caballo, no viene en el *diccionario*, pero trae *mandil*, que es árabe, y *ronzal*, que viene del gálico *roncer*.

Algunas palabras españolas que por su estructura o su uso parecerían de derivación francesa, como *tirabuzon* (tirebuchon), *escaparate* y *cómoda*, no lo son, porque el diccionario hace sinónima la primera de saca-corchos y la segunda es holandesa (*shapraege*). La *cómoda* es romana y tal vez fué mueble de comodidad del emperador Cómodo.

### XIII

Mucho mas ámplio y rico continjente que el tributado por las exóticas lenguas anteriores ha traído al castellano moderno, especialmente desde la Edad Media, el melodioso italiano, del que alguien dijo, respecto del español, que eran dos hermanos, hembra y varon, siendo el portugues el ayuda de cámara de la musical pareja. Teniendo ámbos idiomas una sola cuna, meciéndose en el mismo mar en la forma de península gemelas, identificados en la guerra y en la política desde Gonzalo de Córdoba a Alberoni, desde Farinelli, que con su violin hechizó al melancólico Fernando VI, al heróico Gravina que era napolitano, los dos hermanos meridionales, hijo e hija del latin, ofrecen a la verdad entre sí tantas semejanzas de significacion y de sonido que es mucho mas fácil y agradable al oído castellano leer un libro italiano que uno portugues, siendo que el último nació pared por medio con su vecino y projenitor natural.

Del italiano pasaron, en efecto, con la guerra todos los nombres de armas que hemos dejado recordados, como así mismo la carabina, que no es la de Ambrosio sino de las Calabrias, y la espoleta [*spoletta*) y particularmente la bala.

Antes, los famosos tercios castellanos decían "pelota" por bala, y así escribía Pedro de Valdivia que en la batalla de Saxixaguana les había "metido pelota" a los escuadrones de Gonzalo Pizarro; pero despues cambiósese la pelota en bala, de *palla*, voz italiana, que venia de *pila*, latina; y de esa manera la pelota quedó asignada solo a los vizcainos y en Santiago de una manera mas especial a la torre de la cárcel. El diccionario no acepta tampoco decir, como de-

cimos los chilenos por una persona desnuda o empobrecida, que a quedado en pelotas sino en *pelota*. En cuanto o la *metralla*, acójela la ametralladora Española, pero—¡raro contrasentido!—no pone ametralladora, tal vez por ser de invencion exclusivamente francesa, *mitrailleuse*.

Del italiano viene tambien un número infinito de vocablos de arte, desde la brújula (*bussola*) del ilustre Gioia al *piano* (*despacio*) que porque sonaba tambien con fuerza en sus compases bajos le pusieron *piano-forte*; y a propósito, el *piano* mas antiguo conocido en Chile estuvo en el ex-museo de Santa Lucía y tenia esta incripsion: *Juan del Mármol, Sevilla 1782*. Por supuesto, el *aria* y la *cavatina*, como el *contralto* y el *soprano*, son italianos, así como tambien el *violin* y el *violon*, la *viola* y la *vihuela*, que de *viola* descende; el *palco* de la ópera que los españoles llaman con mas propiedad *apostentaduria*, y la *sémola* de los fideos y la *chinela* de “*pianella*” etc. La *sémola* (no *sémula*) es sin embargo latina, como lo es la de *cadáver* y la de *calavera* que en el castellano antiguo fué *cadavera*. Lástima es que el diccionario no haya explicado la poética y verdadera etimología del *cadáver* humano, que vino de la severa leyenda de las tumbas romanas que el pasajero descifraba en los caminos *caro data veri* (“carne dada a los gusanos”) y que los lapidarios por abreviar escribían así: —CA:DA: VER. Lo mismo que el *don* de los españoles, que, segun algunos, no viene del latin *dóminus*, conforme al diccionario de la lengua, sino de la jerga de los antiguos registros de los párrocos de España, quienes por abreviar ponían juntas, al márgen de los bautizos y de los matrimonios, las iniciales de esta frase sacramental: D(e) O(ríjen) N(oble).

Hasta aquí tenemos tambien por cosa averiguada que la palabra *aduaná* venia del veneciano, por el derecho de comercio que se pagaba al dogo, y así lo afirma un diccionario de política (el de Garnier Pagès) que en otros años consultamos. Pero la Real Academia dice que viene del árabe *aduayán*, y donde manda capitán no manda marinero, y *cartuchera* otra paladra militar de Italia (*cartoccio*), cartucho al cañon, o como dice el diccionario, *quien manda manda y cartuchera en el cañon*.

El *rancho*, que parecería indijena de Chile, es tambien

italiano (*rancio*) y se aplicaba a la comida de los marinos, y de aquí el *zafa-rancho*. “¿Ha almorzado la jente?”

En cuanto a las frases tan en moda hoy día como de importación italiana *fará da sé, dulce far niente, iluminacion a giorno, gira*, por paseo, no han pasado todavía de los periódicos y de los salones al santuario de la lengua.

#### XIV

Es singular también que el Diccionario no acepte la palabra *dogo* aplicada por antiguos y modernos escritores clásicos de la lengua a los “*dux*” de Venecia, sino que prefiere derivarla de los perros, diciendo que los únicos *dogos* son los perros ingleses (de *dog*, perro), es decir, de “bul-dog.”

La palabra *piñata* (puesta tan a la moda por el empréstito en 1859) es también de origen italiano, por *pignatta*, que significa olla. *Olla*, sin embargo, es en el lenguaje de los antiguos chilenos “challa,” y de aquí es que cuando aun a las más bellas mujeres de nuestro clima comienza a engrosarseles de alguna manera el esbelto talle, llámanlas *challonas*. Y a propósito, hasta los *sabañones* son italianos (de *pedigone?*).

#### XV

Pero mucho más que próximo hermano del italiano, el castellano es hijo lejítimo del árabe. A la verdad, lo que no le dejaron los romanos a la conquistada patria de Trajano, se lo dejaron los moros del conde don Julian, los árabes de Boabdil el chico, desde el *adoquin*, que es puro árabe (*adocquen*) al *adobe* (*atob*), padre del ladrillo latino (*taterculus*), y como la arábiga *affacfaça*, madre lejítima y etimológica de la alfalfa, planta que ha enriquecido a Chile y que es tan arábiga como la goma arábiga, y el *capacho* (*caafá*), que parecería venir de Coquimbo y de sus minas.

En las cosas de uso y de comodidad doméstica, en que los árabes fueron maestros de los rudos castellanos, hijos

de los godos, regaláronle desde la *almohada* (*almohadda*) al *almofrex*, que al pasar al castellano cambió solo la *x* en *j*, y desde la *alforja* (*alhoah*) al *alfiler* (*alhilel*), y la *alhu-cema* (*alhuxeima*) que zahuma el tocador, y la *alfombra* (*alhombra*) que lo tapiza. *Retamo*, *alhelí* y cien otras flores son tambien de arábigo perfume. ¿Seria por esto que la porcion de la Arabia que produjo esas riquísimas esencias llamóse la Arabia feliz?

En los inventos de la latina bucólica el árabe sobrepasó en el anecho de muchas pailas a su predecesor romano, porque de manos de cocineros moros nos vino el *alfeñique* (*alferid*) el *alfajor* (*alhork*) y la sabrosa *albóndiga*, que en árabe quiere decir bolita, y hasta la *berenjena* (*bedengen*).

En cuanto a títulos de mando, desde el *alguacil* (*aluzil*) al *alcalde* (*el cadi*), y desde el *alférez* (*alferix*) al *almirante*, que es el actual *emir* (*amir*), y el *adalid* (*adalil*) nos vienen del árabe y de la admirable organización política y militar de la jente que en España habló esa hermosísima lengua de la Alhambra y del Alcázar empapada en *jarabes* y en *arropes* (*xarab* y *aróbb*), segun se vió.

Entre otros nombres árabes de pájaros, vínonos tambien el *zorzal*, y es cosa de maravilla que en la Arabia y en España, segun parece natural por la índole de esa linda y movediza avecilla, den tal denominacion a los hombres vivos y diligentes, en oposicion al "zorzaleo" de Chile y de la calle de los Huérfanos, en que los zorzales son las víctimas, es decir, los huérfanos. . . Igual despropósito es el que se observa respecto al ganso, que el español y el moro hicieron tipo de la astucia, como el frances lo hiciera de la estupidez (*bête comme une oie*).

## XVI

Numerosas son tambien las procedencias directas de idiomas antiguos o anticuados de que ha sacado provecho en su lenta formacion al castellano, y solo por via de ejemplo y de pasajera curiosidad vamos a citar algunas raices o significados.

Desde luego la palabra y apellido *Bari*, que a Chile lle-

gó en principios del siglo a Santa Rosa de los Andes desde Suecia, es sanscrito, como *mandria*, y procede de "bari" principal, así como la *toca* que usan todavía las siervas del Señor y el *clavo* que usan los que los meten son célticos ("toc" *toca* y "tac" *clavo*). De igual manera lo es el vocablo *maragato* (*mar'hekaat*) aplicado a los arrieros de Astorga, que todavía conservan sus trajes y hábitos apartes, a semejanza de los jitanos (los *zingallis* que vinieron a Europa del centro del Asia). El vocablo de defensa militar *barbacana* es también céltico y procede de *bar*, adelante, y *bacha*, cerrar, etc.

*Mandil* en la caballería es, según dijimos, árabe; pero *galápagos* es turco, de *capataluga*, tortuga, así como *zángano* es maltés (*zunzan*), y *modorra* (*moed*), de que tanto habla el padre Rosales en la distribución de las guardias en la guerra de Arauco (el *cuarto de la modorra por el cuarto del alba*), es flamenco. La palabra *maniquí* (que tanto abunda como vocablo *representativo* en Chile político) es también flamenca, y pocos son los viajeros chilenos que no han visto en Bruselas la célebre y curiosa pila llamada del *maenekenpis*, en que el maniquí arroja el agua por parte que no es dado nombrar sino en flamenco. . . .

La palabra *somaten*, señal de alarma, es catalana (*som attens*, estemos atentos o prevenidos), así como *alboroto* es vizcaino, siendo de advertir que en cierta ciudad de Chile enojóse el pueblo porque se aplicó a su entusiasmo esa palabra ("alboroto"), sosteniendo los lugareños que solo los frejoles tenían el derecho de producir los últimos.

El *chacolí*, que suele también producir alborotos en Chile, no es aconcagiüino sino de Vizcaya (*chocolin*), y aquí es de recordar que en cosas de América es tan parco el Diccionario que a la *chicha* la define solo como una "bebida de cebada, maíz tostado, piña y chancaca (*panocha*), o como "calma-chicha," que en Chile es lo ménos que tiene la chicha. . . .

¡Cosa también curiosa! la *zorra* no es árabe sino vizcaina (*asari*).

## XVII

El vocablo imitativo *vericuet* es tambien de oríjen vizcaino, de *bediguet* (sin camino). Y a propósito de esas voces que se asemejan al remedo de la lengua en el canto de los pájaros y que la Academia califica científicamente de *ornatopellicas*, o simplemente imitativas, como *sambombo* por *tonto*, el Diccionario pone tambien la palabra *jí! jí! jí!* para significar la risa, haciendo esto recordar lo que pusieron en el siglo pasado a la caricatura de un célebre fiscal de Chile, que así decia:

“Jí! jí! jí!  
 Qué me inporta a mí  
 Si cinco millones  
 Me llevo de aquí.”

El diccionario de la lengua española da asimismo favor tambien a la palabra *tiquistiquis* (árbol de las Filipinas), *pichi-pichi*, lloviznas o camanchacas de Méjico; pero como voces imitativas habrian sido mas dignas de su hospitalidad el apodo quíchua, o mas bien, arequipeño de *tuturuto*, que como espresion de su oficio es inimitable; el *lilili* que es el “amulacar” de los araucanos, y la palabra de este idioma *tutuca*, por corneta, que así suena tu-tu-tu como nuestro espresivo rum-rum—¿Por qué no sabes los mandamientos? preguntaba cierto cura de la parroquia de Purutun a un “cumpa” del campo que con él se confesaba por la primera vez.—Porque hai un run-run de que los van a quitar. Y el niño impenitente resultó profeta, porque al ménos respecto de los mandamientos de la Iglesia el run-run se va de lijero cumpliendo. . . . “Cumpa” es puro indígena, y así los peruanos llamaban por agasajo a los chilenos ántes que éstos los apellidasen “cholos,” y ellos a nosotros “rotos.”

## XVIII

Por supuesto y haciendo una última alusion al vizcaino, no necesitamos decir aquí que la mayor parte de nuestros

apellidos que terminan en *goitia*, en *aga*, en *irre*, en *arra*, en *ara*, en *ide*, etc., son vizcainos, segun lo apuntan el erudito Godoy Alcántara y los estudiosos lengüistas colombianos Conto e Izaza, que acaban de publicar en Londres (enero de 1885) un escelente *Diccionario ortográfico de los apellidos*. Así, por ejemplo, y segun esta última pauta, que ha llegado a nuestras manos junto con la duodécima edición del Diccionario de la lengua, *goitia* quiere decir altura y de aquí los *Zuazagoitia*; *aga*, abundancia de agua y de la *aga*, los *Artega*; *Elizondo* y *Obando*, son hondo y cercano. *Urrutia* venir de léjos, *Montoya* de monton, *Ibarra* de llanura, como Gava de planicie (las Navas de Tolosa, campo abierto en alava como la llanura de Maipo). *Balmaceda* que viene de *valle* y por lo mismo, segun Rios y Rio, debe escribirse *Valmaceda*, y asi es el nombre del lugar en Navarra. *Aguirre* quiere decir en vizcaino sitio desmontado, *Arana* ciruelo, *Vergara* campo de berros, *Iribárren* camino de la fuente, *Samaniego* garganta, y asi millares de otros.

## XIX

Todavía es preciso citar que en el antiguo hebreo, que es difícil deslindar del sanscrito, su íntimo pariente, *Adam* queria decir greda colorada, exactamente como *rahg co* ("Arauco") en el idioma primitivo de los chilenos. *Eva* era "Zoe," vida, y en seguida los nombres y apellidos mahometanos formáronse como los de los cristianos, de raíces patriarcales. Los *Ibrahim*, vinieron de Abraham, los *Soliman*, de Salomon, los *Mussa*, de Moises, y hasta el ultra-morisco *Mustafá*, queria decir en árabe "el elejido de Dios."

## XX

Rara cuanto mayor y mas espléndida fortuna habria sido para los pueblos de estirpe latina, que habitan de este

lado de los mares, que los eximios y pacientes arregladores del idioma castellano, rejuvenecido ahora, hubiesen tenido a la vista la misma abundancia de raíces, de derivaciones y de significados que premiaron sus investigaciones en campo antiguo o extranjero.

Por desgracia, con la sola escepcion de cierto mediano allegamiento de voces suministradas por las sucursales académicas de Méjico, de Venezuela y de Colombia, en cubos países descuellan insignes hablistas del castellano y de la lengua indijena, como Rojas en Caracas y Cuervo en Bogotá, nada mas que uno o dos millares de veces ha logrado aclimatar, no obstante su evidente liberalidad, la Real Academica Española, esta madre comun y acatada del mas noble idioma de la tierra, de aquel que Cárlos V solia decir que habia sido inventado para hablar con Dios, así como el frances habialo sido para hablar con la mujer y el italiano con los ánjeles.

Con decir solo que de Chile no menciona la Academia siquiera el palqui (“¿quién no conoce el palqui?”) parécenos haberlo dicho todo a título de negacion peninsular y desidia nuestra. Si alguien, talves su erudito autor, don Zorobabel Rodriguez, hubiese cuidado de enviar a la mesa revisara de la Academia su escelente *Diccionaria de chilenismos*, o por lo ménos los inéditos pero profundas apuntes filolójicas de Fernando Paulsen las investigaciones de Fidelis P. del Solar, o los leves estudios aboríjenes del malogrado jóven Bari, siquiera por llevar éste, segun vimos, apellido sanscrito, algo habriamos adelantado.

Pero nada, nada, nada, ni siquiera ¡oh mengua! el palqui, ni el litre, ni el pequen!

## XXI

Respecto de Méjico encontramos, a la verdad, en nuestra rápida y superficial rebusca los nombres de *petate* del mejicano *pettatl*, *cancha* aplicado en las minas, que no quichua como el *manan cancho* (¡no hai!) de los indios de la Sierra, ni siquiera como la harina tostada de nuestros

aborígenes (cancha), sino a los patios de metales de los cerros de Zacatecas y Guanajuato.

No dice tampoco la Academia que la palabra *tocayo* (*tocatl*) sea de origen mejicano, pero según Amador de los Ríos lo es y tanto como el *cacao* (*cacauat*), el *chocolate* (*chocolatl*) que Lineo llamó más tarde bebida de los dioses, y la *cacaraña*, que hablando de su propio rostro cascarañado por la peste cantó Olmedo.

## XXII

No pone por nuestra culpa el novísimo diccionario la denominación de *huaso*, que es genuino calificativo nacional de nuestros campesinos, tan característica como el *lépero* de Méjico, el *guajiro* de Yucatan y de Cuba, el *llanero* de Venezuela, el *montuviosino* del Ecuador, el *cholo* del Perú y el *cuico* de Bolivia. A los argentinos no les reconoce tampoco el *ché*, pero sí el *gaucho* que Concolorcono hace derivar de *gaudeo* o *gaudeamus*, dos palabras latino-hispanas; y si bien acepta la Academia todavía la palabra *chiripa* que parecía vocablo indígena de las Indias para el billar, no apadrina el *chiripá* para las piernas y el avío. La cubierta de éste, la *carona*, sí es cosa corriente y de origen purísimo latino, como que viene de caro ("corre.")

No trae tampoco en el Diccionario de 1884 la palabra *guagualote* o *guangalote*, que es de Manila, si bien en Chile la emplean algunos como aumentativo de *guagua*. Menos usan los españoles esta palabra imitativa, regalándola a los cubanos, que dicen *ser de guagua* lo que es barato, y por esto los oficiales de Pinzon llamaron *guaguas* a los carritos urbano de Valparaíso, cuando recientemente se estrenaban, debiendo empero tenerse presente que la legítima significación de *barato* en español (no en chileno) es "engaño," y de aquí la *baratería* o sea el robo de barcos de comercio por "engaño."

## XXIII

La *canoa* y la *piragua* son de origen caribe o antillano,

como la última pudiera serlo de procedencia chilota, por cuanto don Alonso de Ercilla bogó "el primer hombre," de Carelmapu a la isla grande por el canal de Chacao en una piragua abierta. Las *chalupas* de Valparaiso nos vienen con su nombre "shaluppe" del alemán y de Alemania.

En cuanto al quichua o quechua, por lo armonioso y lo profuso, encuéntranse diversas trasmigraciones al español en el diccionario español como la *humita* (que no es la "uminta" de Chile), la *ojota* (uxota) del Cuzco y de Quillota. . el *chasqui* (correo) y la "güincha" que era la "vincha" de los grandes señores y del Inca, adorno del hermoso cabello americano mui usado mas tarde en Chile para ceñir airosos rizos (1845.46).

No ha admitido el nuevo léxico con igual liberalidad en su cocina los derivados del americano maiz, la "chuchoca," la "chicha de jora," ni aun el choclo, pero sí el *mote de maiz* "motemei," porque el diccionario no reconoce el mote de trigo, es decir, el mote de Chile sino el del Perú. Asi mismo no acepta, a ejemplo del indio, que haya choclos y menos "choclones" ni "chocloneros," esta última faz de la descomposicion política de un pueblo. De igual manera en el nuevo vocabulario del español castizo no hai "conchos" ni "puchos" (aunque algunos diarios españoles comienzan a usarlo en reemplazo de sus "colillas de cigarros," llamados primitivamente asi porque tenian una forma parecida al cuerpo de la cigarra.)

Asi mismo la "corcova" no se usa como apéndice de los bailes y fandangos sino como protuberancia pegada al cuerpo de algunos animales, ni tolera la lengua de Castilla la voz "chingana," por mas que la haya empleado en muchas ocasiones en su clásica *Historia del Nuevo Mundo* el insigne Fernando de Oviedo. En cuanto a "chingarse" ni por ser la oportuna y feliz espresion de un presidente de América, ha caído en España en tierra que rinda.

El diccionario no acepta tampoco la "zamacueca," ingrata injusticia para los que han dado título de ciudadanía en los salones al campanudo *minuet* (del "menuet" frances) y a la cadenciosa pero fria *contradanza*, ceremonia francesa que es contra la danza (porque se baila al revés), aunque hai jentes que la juzgan de escuela británica como el "serrucho" por parecerse a *countrydance* (dance del pais). En

cambio, como para vengar a la América de tan dura omisión, los académicos han dado también la espalda al lujurioso cancan pariente cercano de la "zajuriana."

## XXIV

En un sentido mas lato, la célebre palabra *cacique*, que ha pasado con todas sus significaciones a la lengua madre no es ni quichua ni araucana sino de origen caribe como "el cacique Panamá" o "el cacique Bogotá." El verdadero título aboríjene de la autoridad en esta tierra, de suyo autoritaria, es *gulmen*, y todavía ha quedado un vestijio de ello en Ulmué, como nombre y como mando chico y grande, desde Ulmué, a la Moneda, donde habita el Gran Gulmen hereditario de nuestra república, que alguien llamó *nominativa*, porque los gulmenes modernos van nombrándose los unos a los otros. Los antiguos siquiera elejíanse a lanzazo entre los mas bravos.

Tolera así mismo el nuevo diccionario que haya *taita* (voz de parentesco de los niños), no así "tata," de modo que los académicos no tendrán en Chile su "tata de los costinos." Tampoco viene en sus columnas, y esto parécenos por demas estraño, la palabra universal "charqui," adoptada aun por el inglés [*cherque*]; a no ser que los británicos tal hicieran en homenaje de su pirata Sharp que dos veces saqueó a Coquimbo. "Ya llegó charqui (Sharp) a Coquimbo."

## XXV

De la lengua puramente chilena, el eufónico *chile-dugo* de los misioneros, apénas si ha quedado rastro en tierra castellana, porque aunque en español hai *cuernos*, no hai "cachos" sino *cacha*, y de aquí cachete y cachetadas y *cachetinas*, y de las *chauchas* (que fué nombre de papas en Chile, papas domas, papas chauchas, papas reinas, etc., como si las chauchas no fueran en todas partes reinas), así

como de las *chirolas*, no aparece ni su sombra en el diccionario, ni aun puestas ámbas a la altura del maravedí.

De los nombres de indíjenas, comidas y apetitos no ha caído en las páginas del libro castellano una migaja ni siquiera de *luche*, ni del sabroso y bien guisado *cochayuyo*, y cruel supresion, castigo de tantas otras, ni del *charquican*.

Y esto último es de tal manera que para ser lójica la Academia ha suprimido las *lepidias* de los banquetes de *peperipao*, que así y no de *pipiripavo*, segun nosotros huasamente decimos, dícese de los mas suntuosos y esquisitos. En cuanto a la comida ajena, que antes se llamaba entre nosotros *volada*, eso es tan franco como el *vol* (robo que unos a otros se hacian en el colejio) y como el *vol-au-vent*, que M. D'Huicque introdujo por la primera vez en Chile cuando a esta tierra vino como jefe de la cocina del español Arcos (1848).

Lo mismo acontece respecto las yerbas de nuestros beneficiosos campos, con escepcion de la *cachanlagua* (*cachan-lahuaen*), y otro tanto de los árboles indíjenas, porque de esto ni el quillai, ni el boldo, ni el maqui, que se esportan por cargamentos a los puertos de Europa, ni el pichi, que es arbusto ya de crecida fama, ni el peumo, que ha dado a la tierra en que brota un refran doméstico, ni el belloto, que el diccionario llama bellotero, existen.

## XXVI

Hemos dicho que el diccionario no da cabida al vocablo *huaso*, que viene de "huasa" (ancas de caballo) y ménos a los "cumpas", que eso eran los huasos entre sí, y ménos todavía a las cutamas (envoltorios), apodo que se aplicaba a los que no sabian ser jinetes. En cuanto al *roto*, lo saca la Academia desnudo del latin (*ruptus*), como al pipiolo del "pio-pio" de Roma (*polluelo*), al *pije*, que segun Máximo del Campo proviene de *pinger*, la plebe (en frances *pêgre*) de Roma tambien.

¿Viene por ventura el pililo del *pileo*, gorro que los romanos otorgaban a sus libertos el dia de su libertad y el siútico del *siu* (*jilguero*) en araucano, o nació de una italiana *francachela*, o arábiga jarana (*scafá*) de la calle de

San Diego, segun pretendiólo uno de nuestros mas insignes literatos que suele darse por autor del espresivo apodo?

Nosotros, sin embargo, recordamos que los siúticos comenzaron a hacer figurar en Chile en los tiempos en que dióse en llamar "afilador" a los sombreros blancos (que sobre ello hubo una muerte en el mercado), y entónces decíase *pisiútico* por algo que quedaba bien a la figura. A éstos llamábanlos jeneralmente las bellas santiaguinas *chinchosos*, y esta palabra es castellana (la chinche), si bien esas feas alimañas no son chilenas porque pasaron a Chile de Mendoza por la cordillera.

El siútico de España es el *cursi* inventado en Cádiz, segun don Adolfo de Castro, historiador de esa ciudad, y el *charro* es puramente vizcaino (*zar*). El "futre" procede de una mala palabra francesa y el cacharpeado, como muchas otras palabras que usamos cada dia, de ninguna parte, simples anónimos del mal gusto o de la perversidad humana.

Y a propósito no os venga en mientes decir *futre* en Paris, por temor de merecida paliza, debiendo contentarnos con cantar a estilo de los antiguos pilluelos de Santiago: "Futre encolado, de a cuartillo el atado".

El diccionario de la lengua usa tambien el apodo americano *chapeton*, por los españoles que venian a América, y eran así conocidos con semejante nombre en señal de odio por los criollos, agregándose que cuando enfermaban de algun daño propio de estos climas, decian de ellos que habian *pagado la chapetonada*.

Hace derivar ese calificativo el docto cuerpo de *chapeta* (cierta mancha en las mejillas), pero nos parece que ese no fué el verdadero orijen, sino el *chape* que en su tiempo traian los peninzulares en su peluca o en su peinado.

¿Habrá en esta parte la Real Academia *pagado la chapetonada*?

## XXVII

En cuanto a las enfermedades indijenas que nosotros hemos heredado, con la tiña talvez la mas jeneralizada de

nuestras dolencias morales, no ha dado entrada el cordon sanitario de la madre patria al *chabalongo* de "chaba" (dolor) y "lonco" (cabeza), ni al *vicho* (disenteria), ni a *pa-huacha*, hinchazon del hígado (pana); pero ha adoptado la *caracha*, a título de peruana (karache), asi como la *cachaza* es turca (cachacha) y el *zaratan* árabe, de la palabra "caratan" que literalmente significa cangrejo.

Tampoco el *coto* como enfermedad es español sino peruano ("cocto"), pero el *coto* de los envistes de naipes es *coto* en todas partes.

En retribucion, nosotros recibimos de nuestros abuelos la pèrsica *sandia* que de la India pasó a Persia donde por su procedencia tomó nombre (cindia) y la *azambo* (no zamboa) de la Arabia. En cuanto al limon sutil, nunca fué sutil sino *ceuti*, natural de Ceuta, como lo prueba el padre Rosales, y *lacayote*, como el dulce no existe sino en nuestro frágil paladar. La *cidra-cayote* [*cayoté*,] es nombre i planta de Méjico y a su dulce llámanlo en España por rubio y por dorado *cabello de ángel*, que tal gustélo enredándose en las hebras de mis bigotes en una heladísima mañana ("By-got") como postre de almuerzo en Zaragoza....

## XXVIII

Pero llegados de improviso a este punto observamos con alarma, y segun al principio lo temiamos, que seducidos por la amenidad del elástico tema, nos engolosinamos con él, poniéndonos en peligro de escribir, en vez de un artículo de revista un calepino. Ponemos en consecuencia atajo a la voracidad de la pluma, y apartando de los labios el sabroso pericarpio de la fruta vamos a decir en conclusion dos palabras sobre su corteza.

## XXIX

La duodécima edicion del diccionario de la lengua, como método y disposicion de las voces, su etimología, su acen-

tuacion su significado y sus derivaciones en frases, en proverbios y en sentencias, no puede ser ni mas feliz ni mas inteligente, así como su arte tipográfico, encomendado al editor Hernando, que debe ser algun Didot o algun Rivadeneira, no ha podido presentarse ni mas limpia ni mas clara, ni mas armónica ni mejor dispuesta en todos sus detalles. Merece a la verdad, bajo todo concepto su antiguo y orgulloso epígrafe: *Limpia, fija y da esplendor.*

Todo se ha hecho en efecto (y en oposicion a lo que ántes acontecia en este jénero de obras) en beneficio del que lee y del que consulta. Papel terso, de ese color *mahon* claro apropiado para la vista, porque mejor que el blanco liso hace resaltar la tinta renegrida de las palabras puestas en columnas, y esto de tan saliente marca que la impresion del tipo se viene por sí sola al ojo. De igual manera la nomenclatura de las voces y sus derivados se han inventariado con tanto ingenio y paciencia que al doblar fácilmente el papel de las hojas, papel florete de Barcelona o Jénova satinado a la francesa, el conjunto de la página se reparte en cómodas secciones como los cuadros negros y blancos de una tabla de ajedrez o los casilleros de una casa de correos. (1)

### XXX

La modestia de los compajinadores preside en todos los detalles, así como la habilidad del tipógrafo, y aquella virtud rara en los que contribuyen a grandes y aun monumentales labores del ingenio humano, brilla en las páginas que comentamos con igual fulgor al de su franca, abierta e inapreciable liberalidad con la lengua propia y las ajenas, “No cree, dice por esto la Real Academia al confiar al

(1) En cada una de sus 1,112 páginas el diccionario de la lengua que venimos recorriendo contiene mas o menos 60 palabras, lo que haria para el total algo mas de 77,000 voces, que con las diversas acepciones etimológicas, frases combinadas y proverbios puestos en orden alfabético habria de sobra para enterar una centena de miles de vocablos, de los cuales, por cálculo lejano, dos o tres mil son americanos y de éstos diez o veinte chilenos, incluyendo, como cosa que pica y agravia el nombre de *Chile*, que no es chileno sino de Méjico porque así llaman en aquel pais el ají...

público su inmenso trabajo corregido de vejez y depurado de rutinas, no cree haber puesto fin a la tarea de aumentarle y de corregirle: *tarea que no concluye jamas sino para empezarla de nuevo*, porque sabe que el léxico de una lengua viva nunca está definitivamente acabado y porque ella mejor que nadie conoce lo imperfecto del que es obra suya. No le sorprenderá, por tanto, la censura atinada, ni desoírán ningún consejo, *venga de donde viniere*, ni dejarán de acatar la buena atención, *aunque no la recomienden el acierto.*" (1)

## XXXI

Y a esto último es a lo que nosotros hacemos humilde llamamiento y cariñosa apelación, porque si la Real Academia solicita y ampara anticipadamente la cooperación de todos los que tienen el deber de oír, no habrá de volverle nadie en este suelo hospitalario desdeñosa espalda, mucho menos los que traen sus nombres inscritos como compañeros de honra y de labor en su portada, aconteciendo ahora respecto de Chile que los que ántes eran seis cooperadores se han convertido a última hora en nueve, y luego habrán de ser más hasta formar cuerpo decente y docente.

Al menos, por nuestra parte estamos prontos a llevar al seno de la última o al de España, nuestro sencillo contingente en la hora de la cita colectiva, y por esto nos hemos apresurado a escribir esta desaliñada mescolanza que no es ni mirífica ni mirabolante, confiado en que algo habrá de utilizarse más adelante y en su oportunidad, porque así como de la alquimia nació la bienhechora quí-

(1) En su última página se lee esta advertencia que es todavía otro síntoma de perfeccionamiento y de próxima resurrección: "Acabóse de imprimir este libro en Madrid, en casa de don Gregorio Hernando el 31 de diciembre de 1884."

En el ejemplar que poseemos sigue el sello de la Real Academia y en su portada encuéntrase de letra de jeneroso amigo esta dedicatoria "Al miembro correspondiente de la Real Academia Española don B. V. M. obsequia el primer ejemplar llegado a Chile su afectísimo amigo.—R. V.—Valparaíso, abril 10 de 1885."

mica moderna y de la astrología de los pastores y de los duendes tomó arranque la sublime ciencia de los astros, así de la tosca algarabía de los árabes recibió voz, vida y lozanía de dulcísimos sonidos la hoy incomparable y ántes tosca y semi-bárbara lengua de los cántabros y de los celtas.

Este es al ménos el bien intencionado propósito de estas desiguales y humildes líneas, y si lo hubiéramos conseguido, siquiera de léjos y para días aun remotos, esclamaríamos llenos de satisfaccion con los hijos del Profeta que tanto enriquecieron nuestra lengua enseñándola: *In-xa-Alah!* (Ojalá!)

B. VICUÑA MACKENNA,

(Miembro correspondiente a la Real Academia Española.)

Santa Rosa de Colmo, mayo de 1885.



# MAL POR BIEN

---

## ACTO CUARTO

---

Plazuela. Al fondo la casa de Francisco. A la derecha, primer término, un café, indicado por un gran letrero en el frontispicio.

### ESCENA PRIMERA

CÁRLOS.

*(Saliendo de casa de Francisco.)*

CÁR.

Pues, señor, no se divisa.

*(Mirando por la derecha.)*

Aquí le veo venir.

*(Por la izquierda.)*

Vive Dios, que era ya tiempo

De aparecer por aquí.

Para las dos me citaste

Son ya las tres. ¡Con esplin

*(Mirando su reloj.)*

Andas acaso?

## ESCENA SEGUNDA

CÁRLOS, FRANCISCO.

- FRAN. Buen César,  
¿Me disculparás?
- CÁR. Sí, sí.
- FRAN. He estado tan embebido  
(*Tristemente.*)  
En mis sueños de oro! . . . en mis  
Esperanzas e ilusiones . . .  
(*Con sarcasmo.*)  
Que me olvidé de venir.
- CÁR. Ven, pues, a copiar los versos  
Que hoy temprano te pedí.
- FRAN. ¡Ah! . . . Sí . . . Vamos . . . Me olvidaba.  
(*Como volviendo en sí.*)  
Ya te los voy a escribir.  
(*Entran. Ramon i Valentin llegan por la derecha.*)

## ESCENA TERCERA

RAMON, VALENTIN.

- VAL. Han entrado. Si pudiera  
Ir un momento a escuchar . . .  
Porque, aunque bien lo asegura  
Un conocido refran,  
"Quien escucha su mal oye"  
Es bueno saber el mal . . .
- RAM. Valentin; algunas veces  
(*Interrumpiéndole.*)  
De veras llego a dudar . . .

¡Si la Rosita a Francisco  
 Su amor corresponderá! . . .  
 Valentin! . . . mi pecho siente  
 Un desconocido afan  
 Que tal vez parece celos,  
 Tal vez incomodidad,  
 Tal vez profunda amargura;  
 Que me hace reflexionar  
 En que, si soi desgraciado,  
 Tambien soi poco leal  
 Turbando de dos que se aman  
 La pura felicidad! . . .

VAL. ¡Bah, bah! . . . Señor don Ramon;  
 Se inquieta Ud. sin pensar  
 En que burlarse de Ud.  
 Seria una atrocidad.

RAM. Es cierto; mas cuando pienso  
 Que los que causan mas mal  
 Son a veces los amigos,  
 De todo llego a dudar.  
 ¡Si ama a Francisco Rosita!

VAL. ¡Nó, señor!

RAM. ¡Dios de bondad,  
 Quizás soi un miserable,  
 Sus goces turbo quizás! . . .  
 Quizás Rosita no me ama  
 Y con mi amor la hago mal! . . .

VAL. Qué! Nó, señor! . . . Don Francisco  
 Lo engaña como a un patan.  
 ¡Acaso no le oí yo mismo,  
 No hace mucho, suplicar  
 A la Rosario trajera  
 A doña Rosita acá?

RAM. Tienes razon, Valentin;  
 Es un infame . . . un . . . Pero ¡ai!  
 ¡Por qué esta duda que nunca  
 He podido desechar! . . .

(Pausa.)

¡Oh, si mi amada no viene,  
 Entónces será verdad  
 Que no engaña mi ternura;

Podré, entónces, castigar  
 Al inícuo que la asedia  
 Traicionando la amistad.  
 Mas, si ella viene, imposible  
 Será, Valentin, dudar  
 De que, si dice que me ama,  
 Lo hace obligada quizás  
 Por su madre. Y yo no quiero  
 Turbar su felicidad,

VAL. Secundando unos proyectos  
 Que su daño han de causar.  
 Seguro estoi, don Ramon,  
 De que ella no pisará  
 La casa de don Francisco.  
 Vaya! . . . No faltaba mas! . . .  
 ¡Si no lo puede querer! . . .  
 Es de él la infidelidad! . . .  
 Y la Rosario le ayuda;  
 Bien talvez le pagará.  
 Cásese Ud. lo mas pronto . . .  
 ¡A qué tanto cavilar?  
 Doña Rosa es la paloma;  
 El otro es el gavilan! . . .  
 Y el fulano con que estaba  
 Me da mucho en qué pensar . . .  
 RAM. En fin; veremos si vienen! . . .  
 VAL. Sus ojos no lo verán.  
 RAM. Quiéralo Dios! . . . Miéntras tanto,  
 Podremos de allí atisbar.

(Señalando el café.)

Entremos.

VAL. Que Dios me escuche  
 Y haga cesar este afán.

(*Entran. Salen Francisco y Carlos.*)

## ESCENA CUARTA

FRANCISCO, CÁRLOS.

*(A la puerta de la casa del primero.)*

FRAN. Dichoso tú, amigo Cárlos,  
Porque puedes obtener  
El cariño de la dama  
De tus pensamientos.

CÁR. Pues!  
*(Con suficiencia.)*

FRAN. Y ¿quién es la dueña ahora  
De tus pensamientos?

CÁR. ¿Quién?

Una de ojitos preciosos,  
De labiecitos de miel,  
De mejillas rosaditas  
Con tintes de palidez;  
Tan presto puede dar vida  
Como una muerte cruel! . . .

FRAN. Mas, dime cómo se llama,  
Que es lo que importa.

CÁR. Despues! . . .

Ya te prometí, Francisco,  
Cuando me escribiste aquel  
Papel o epístola en verso  
Para ella, decirte quién  
Es y cómo se apellida  
La hermosa muchacha el  
Dia en que yo comprendiera  
Que ella me queria.

FRAN. ¿Y bien?

¿No te corresponde acaso?

CÁR. Aun no del todo.

FRAN. ¿Por qué?

CÁR. Hombre! . . . Si estoy en principio! . . .

FRAN. ¿Esto es sério?

- CÁR. Sí que lo es!
- FRAN. Tú vas con buen fin . . .
- CÁR. Sí tal! . . .
- FRAN. Bien! . . . Jamas consentiré  
Que las cartas que te escribo  
Hagan a alguna mujer  
Caer en lazos indignos  
De un hombre de honor.
- CÁR. Nó, a fé! . . .
- FRAN. Vaya, adios y muchas gracias.  
Adios. Que te vaya bien.  
(*Se entra.*)

### ESCENA QUINTA

CÁRLOS.

- CÁR. Hermosa Rosita fiera;  
(*Saca una carta.*)  
Veré si en esta ocasion  
Pagas con tanto desden  
Como ántes a un anador.  
(*Se pone a leer la carta. Ramon y Valentin  
aparecen y hablan bajo entre sí.*)

### ESCENA SEXTA.

CÁRLOS, RAMON, VALENTIN.

- VAL. No dé Ud. un paso en falso . . . .
- RAM. No vez con cuanta atencion  
Está leyendo?
- VAL. Será  
Un papel cualquiera . . . .
- RAM. Nó;

El corazon me lo avisa:

Es una carta de amor!

VAL. Haga Ud. lo que le plazca.

RAM. Lo he de saber, vive Dios!

*(Valentin vuelve a entrar al café, mientras Ramon se dirige hácia Cárlos que está embebido en la lectura.)*

CÁR. ¡Bravo, bravo! . . . ¡Esto es soberbio! . . .

*(Ramon, sin ser visto mira por encima del hombro de Cárlos lo que está leyendo i suelta una exclamacion, retrocediendo involuntariamente; pero luego se serena i sonrie a Cárlos.)*

## ESCENA SÉPTIMA.

CÁRLOS, RAMON.

RAM. ¡Oh! . . .

CÁR. ¿Eh?

*(Volviéndose mui sorprendido.)*

¡Ah! Señor don Ramon! . . .

*(Saludándole con efusion.)*

RAM. ¿Cómo está usted, señor mio?

CÁR. Mui bien.

RAM. Con qué contraccion

Lefá Ud! . . .

CÁR. Sí; me habia

Distraido.

RAM. Bien, Señor;

¿Acaso algunos versitos? . . .

*(Riéndose.)*

CÁR. Precisamente . . .

RAM. ¡Oh, oh! . . .

¿Dedicados a una bella? . . .

CÁR. ¡Hombre! . . . Qué penetracion!

*(Admirado.)*

RAM. No se necesita ciencia

Para calcular, señor,

En qué ha de pensar un jóven  
Galante i listo.

(*Riéndose.*)

CÁR.

Acertó.

I me encanta la franqueza  
De nuestra conversacion! . . . .

RAM.

Yo soi así. . . . Campechano! . . . .

CÁR.

No he de serlo ménos yo,  
A te mia! . . . .

RAM.

I. . . . ¿quién es ella?  
Si es que sin indiscrecion  
Se puede decir.

CÁR.

Sin duda. . . .

Lo sabrá despues; mas hoi  
Permítame que conserve  
El secreto, D. Ramon.

RAM.

Por hoi ceso en mi porfía. . . .  
Pero mas tarde. . . .

CÁR.

Le doi

Mi palabra de contarle  
Cuanto concierna a este amor. . . .  
Mas, como prenda segura  
De mi mucha estimacion,  
He de mostrarle los versos  
Que a dar a la dama voi.  
Lea.

(*Le pasa la carta.*)

RAM.

¡Letra de Francisco!

CÁR.

Como que él los escribió.

RAM.

¡Mui bien! . . . . ¡Mui bien! . . . . qué expresivos!

(*Leyendo.*)

¡Tate, tate!

(*Pudiendo apénas contenerse.*)

CÁR.

De mi flor. . . .

RAM.

Son. . . . asuntos de Francisco?

CÁR.

Espere Ud. D. Ramon;  
Si le digo ahora que sí,  
Despues le diré que nó! . . . .

RAM.

Pero ¿cómo se entiende eso?

(*Con despecho.*)

- CÁR.      Aguarde . . . .  
            *(Riéndose.)*
- RAM.                                      Pero . . . . !
- CÁR.    Chiton! . . . .
- Que despues, se lo aseguro,  
            Lo oirá todo . . . . Adios.
- RAM.    Adios! . . . .
- (Cárlos se va i vuelve.)*
- CÁR.      Le recomiendo de nuevo  
            Que tenga paciencia . . . .  
            *(Vase por la derecha.)*
- RAM.    Estoi . . . .
- (Sale Valentin.)*

### ESCENA OCTAVA.

RAMON, VALENTIN.

- RAM.      Nada! . . . . Nada! . . . . No comprendo! . . . .
- VAL.      Señor, Señor, ¿qué sacó?
- RAM.      ¿Qué saqué? . . . . Dudar i creer!  
            ¡Creer i dudar!
- VAL.                                      Por favor,  
            Que no me hable de tal duda!
- RAM.      Con esta conversacion  
            Crecen mis incertidumbres.
- VAL.      ¿Leyó la carta?
- RAM.    Pues nó! . . . .
- VAL.      ¿De amor trataba?
- RAM.    Por cierto!
- VAL.      ¿De quién era, D. Ramon?
- RAM.      De Francisco!
- VAL.    Ya ve Ud.  
            ¡Si es el hombre mas atroz!
- RAM.      ¿Qué papel hace este títere  
            De Cárlos en el . . . .
- VAL.    Señor!
- (Interrumpiéndole apresuradamente.)*

Ya viene doña Rosita!

¡Que no nos vean! . . . .

RAM.

¡Oh Dios!

*(Con profundo dolor; se entran en el café. Llegan por la izquierda Rosita i Rosario, de manto ambas.)*

## ESCENA NOVENA.

ROSITA, ROSARIO.

Ros. Señorita, hemos llegado;  
Allí está la casa . . . . allí.

ROSIT. ¡Ai, Rosario! . . . . ¡Ai, Dios de mi alma!  
¡Para qué iria a venir! . . . .  
Ni le conozco siquiera,  
Tampoco sé quién es . . . . ni . . . .

*(Muy aflijida.)*

¡Tú me has traído, Rosario,  
Con tu incesante jemir!

Ros. ¡Si depende de este paso  
La vida de un infeliz! . . . .

ROSIT. ¡Ai! . . . . ¡Si me viera Ramon! . . . .

¡Oh bien mi madre! . . . . ¡Ai de mí! . . . .

*(Entran en casa de Francisco despues de mirar a todas partes. Salen Ramon i Valentin.)*

## ESCENA DÉCIMA.

RAMON, VALENTIN.

RAM. ¡Han entrado! . . . . ¡Dios del cielo!  
*(Infinito dolor.)*

No me amó nunca jamás!

¡I yo necio, Valentin,

Pude un momento pensar  
 Que me amaba! . . . . I ella que era  
 Mi bien! . . . . mi vida! . . . . mi ideal!  
 Yo que creí, Valentin,  
 La dicha toda encontrar  
 En esa mujer amada,  
 Que era mi anjel de bondad! . . . .

VAL.

¡Señor! . . .

*(Conmovido.)*

RAM.

Mira! . . ¡Como un niño

Lloro! y no supe llorar! . .

VAL.

Señor . . Señor D. Ramon,

Muchas mujeres habrá . . . .

RAM.

¡Es verdad! . . Hai muchas! . . muchas!

*(Como tratando de engañarse a sí mismo con este consuelo banal. Pero, era seguida, en una repentina y mas violenta reaccion exclama desesperado:)*

Mas! . . ¡cuántas Rositas hai! . . . .

VAL.

Señor! . . . .

RAM.

¡Quiero, Valentin . . . .

*(Haciendo esfuerzos supremos para serenar la tormenta que le anonada el alma.)*

Quiero todo esto olvidar! . . . .

Quiero vivir engañado . . . .

Pero sin penas ni afan! . . . .

Sin estas penas que labran

El corazon con crueldad! . .

Sin este afan espantoso

Que horrible dolor me da! . . . .

VAL.

Cálmese Ud., D. Ramon! . .

¡Ella lo ama! . .

RAM.

Amar! . . Amar! . .

*(Como si hubiera recibido un golpe eléctrico. La cólera se pinta en su semblante; y exclama en medio de una agitacion febril:)*

¡Quiero allí entrar! . . Sorprenderlos

En su traicion infernal!

¡A él abofetearle el rostro! . .

A ella afearle su ruindad! . .

(*Marcha hácia la casa; mas de pronto se detiene desalentado.*)

¡Pero la amo tanto! . . ¡tanto . .  
Aun mas que ántes! . . Mucho mas.

(*Nueva y mas violenta transicion a la cólera.*)

¡Y pagar de tal manera  
Esta pasion sin igual! . .  
¡Mujer traidora! . . ¡Pues bien,  
De mí no te reirás  
Sencillamente! . . ¡Has de ver  
Cómo te voi a burlar! . .  
Has de creer que he estado haciendo,  
Como tú, un juego infernal! . . . .  
Ya que tú así me engañabas,  
Que te engañaba creerás! . . . .  
¡Porque no pienses inícuo  
Que tanto te supe amar!  
Calme, señor, su arretrato.  
Valentin, vamos allá! . . . .  
¡Despues castigaré al otro  
Por su inaudita maldad! . . . .

VAL.  
RAM.

(*Entranse en el café. Salen Rosita, Rosario y Francisco, que las acompaña hasta la puerta.*)

## ESCENA UNDÉCIMA.

ROSITA, ROSARIO, FRANCISCO.

FRAN. Señorita, señorita;  
Mi vida será de Ud.  
Si consigue lo que imploro! . .  
ROSIT. Creo que lo alcanzaré . . . .  
A la noble amistad de ántes  
A Ramon he de volver.

FRAN. ¡Oh, gracias!

ROSIT. Adios.

FRAN. Adios! . . . .

(*Se entra.*)

ROSIT. ¡Vamos por Dios! . . . .  
(*Mirando a todas partes.*)

ROS. Ya ve Ud. . . . .  
(*Salen Ramon y Valentin. Este se queda parado cerca de la puerta del café, mientras el primero se avanza hácia ellas, que le ven, y se cubren completamente con el manto, paralizadas de susto.*)

### ESCENA DUODÉCIMA.

ROSITA, ROSARIO, RAMON, VALENTIN.

ROSIT. (¡Dios santo! ¡Ramon!)  
ROS. (¡Ai cielos!)  
RAM. ¡Hola! ¿Eres tú mi Isabel? . . .  
(*Finjiendo mucha pasion.*)  
¿No me contestas, hermosa? . . . .  
¿Que no era de mi deber  
Esperarte aquí a la cita? . . . .  
Oye, lucero, por qué  
Estás hoi tan enojada? . . . .  
Celos no debes tener  
De la Rosa . . . ¡Si es tan necia! . . . .  
Luego la abandonaré! . . . .  
No sabes que yo no puedo  
A otra que a tí querer? . . . .  
¿Con el pobre que te adora  
Estás enojada? . . . ¿Eh? . . . .  
Mas ¿por qué no me contestas? . . . .  
¿No tienes lengua, Isabel? . . . .  
(*Llega doña Manuela.*)

## ESCENA DÉCIMA-TERCIA.

DICHOS, DOÑA MANUELA.

D<sup>a</sup> MAN. Ramon. . . .

RAM. Señora! . . . .

ROSIT. ¡Ai! mi madre! . . . .

¡Dios mio, nó puedo mas!

*(Despues de dar el grito cae desmayada en brazos de Ramon. Todos se abalanzan a ella.)*

ROS. ¡Doña Rosita se muere! . . . .

D<sup>a</sup> MAN. ¡Hija de mi alma! . . . .

RAM. ¡Oh fatal! . . . .!

D<sup>a</sup> MAN. ¡Se muere! . . . .

RAM. ¡Si es un desmayo!

D<sup>a</sup> MAN. ¡Hija! . . . .

RAM. Un coche!

*(A Valentin, que sale corriendo por la derecha.)*

¡Pasará!

*(A doña Manuela, que está sumida en profundo dolor. Francisco sale en este momento.)*D<sup>a</sup> MAN. ¡Rosita! . . ¡Hija mia! . .

## ESCENA DÉCIMA-CUARTA.

DOÑA MANUELA, ROSITA, ROSARIO, RAMON, FRANCISCO.

FRAN. ¡Qué? . . . .

¡Qué es esto! . . Ramon! . . . .

RAM. ¡Atras!

*(Con voz terrible.)*

¡Miserable! . . ¡Mas lleva ántes

Ese infame papel! . . . .

*(Le tira al rostro la carta que le dió doña Manuela anteriormente. Francisco la toma y despues de echarle la vista dá un grito, pegándose una palmada en la frente al comprenderlo todo.)*

FRAN.

¡Ah! . . . .

CAE EL TELON.

ANTONIO ESPIÑEIRA.



# LAS FOTOGRAFIAS DE ISIDORITA.

---

(ESCENAS SANTIAGUESAS.)

---

A quien Dios no le dió hijos el diablo le dió sobrinos, es refrán ciertísimo, de nuevo confirmado en el caso de doña Josefa Caballero. Esta dama no se casó, sea porque no quisiera, aunque los novios le sobraran, como ella lo asegura, sea porque no hallara con quién, como yo lo creo. Mas quiso, no sé si su buena ó mala andanza, que una hermana suya, de mejor parecer, contrajese matrimonio con un robusto capitán de granaderos, que hizo á ésta, madre de numerosos hijos.

Doña Josefa, cuando murieron sus padres, después de llorarlos tanto más cuanto que la dejaron en un estado muy cercano á la miseria, se fué á vivir con la hermana casada con el capitán. Ahí la vida de nuestra solterona no ha sido muy dichosa: con el malísimo genio que debe á su estrella, tiene todos los quehaceres de la dueña de casa, sirve de nodriza de los innumerables niños de su hermana, cuida de ellos cuando están enfermos, y lo que es peor, según ella dice, los saca á pasear cuando están sanos.

Pero Dios, que de nadie se olvida (ó el demonio según reza el adagio) ha mandado á doña Josefa un ángel consolador que le endulza sus pesares y aun se los trueca en felicidades, en la persona de una sobrina, la hija mayor del capitán. Esta chiquilla, ya de dieziséis años de edad, al decir de doña Josefa, es un dije, tiene talento, bondad suma y no vulgar belleza.

Sin embargo, nosotros que no somos tíos de Isidora, pondremos en su punto la verdad de tales elogios. ¡Talento? . . . No le sobra. . . ¡Bondad? . . . Eso sí que le sobra. En cuanto á belleza, no hay que decir sino que es parecidísima á su tía (caprichos singulares de la naturaleza), con lo cual se sabrá que su porvenir seguro es quedarse para vestir santos.

Doña Josefa la quería entrañablemente: sentía por su sobrina el amor de un padre y de una madre; por ella \*habría dado gustosa hasta la vida.

El día que Isidorita cumplió los dieziséis años, doña Josefa celebró con su hermana una conferencia para tratar de cierto grave asunto.

—Hoy ha cumplido dieziséis años la Isidorita—le dijo.

—Así es (contestó su hermana suspirando). ¡Cómo se pasa la vida! ¡Quién dirá que hace diezisiete años que me casé?

—¿Quién? (repuso doña Josefa con mal encubierto enfado). ¡Quién? ¡Tus dieziséis hijos!

Sébase que la tía miraba con muy malos ojos el aumento de sobrinos que perjudicaba grandemente á Isidora, disminuyéndole su legítima y los cariños maternales. Aun doña Josefa había celebrado varias conferencias con su hermana por ver si lograba detener la desbordada corriente de sus hijos; pero ésta contestaba que se dirigiese á su marido, el cual, según ella, era el único responsable, diligencia que no se atrevió á intentar doña Josefa.

—¡Mis dieziséis hijos! No quitan que haga diezinueve años que me casé, que es todo lo que digo. Y además podía haberlos tenido en mucho menos tiempo. . . Pero no se trata de eso. ¡Qué deseabas?

—He pensado (dijo doña Josefa gravemente) que sería bien retratar á Isidorita. Ya está grande y hermosa.

—Sí, cierto (dijo la madre cavilando), grande y hermosa. . . Pero me parece que todavía no conviene. . . tiene la nariz mui hinchada. . .

—¿La nariz hinchada? No hay tal: ¡si la tiene tan fina!

—No digo que no la tenga fina; pero ahora la tiene hinchada.

—¡Isidorita, Isidorita!—gritó doña Josefa, llamando á la niña.

Acudió ésta; la tía le examinó la nariz, y, muy a pesar suyo, tuvo que confesar que la tenía hinchada

—Se retratará cuando se mejore—prometió la madre.

—Bien (dijo la tía). Pero esto de la nariz no es más que debilidad. Tónico necesita; que vayan á buscar esas píldoras. . .

Conviene decir que uno de los sueños dorados de doña Josefa era ver retratada á Isidorita. A menudo le parecía ver ante sus ojos una fotografía hermosísima y al mismo tiempo muy parecida á su sobrina cuya contemplación la enloquecía. ¡Cuántas noches pasó en claro, pensando en qué postura había de retratar á la niña! Ora la ponía de frente, ora de lado, ora le afirmaba en una mano la cabeza con aire romántico, ora la veía en actitud diferente, con semblante vivaracho y mirar y sonrisa provocativos, como algunas fotografías de artistas que había visto. Pero con todos estos desvelos y cavilaciones, aun no había determinado cómo retratar á su sobrina, ninguna postura le satisfacía, siempre entreveía y concebía otra mejor. Dejó la resolución de este punto á una inspiración del cielo en el momento en que la niña estuviese delante de la cámara oscura.

Todas las mañanas examinaba atentamente doña Josefa la nariz de su sobrina. Parece que el tónico hizo su efecto, pues de allí á quince días la nariz de Isidorita, fuera de madre, había vuelto á su cauce natural, lo cual fué un gusto para la tía que veía cercano el cumplimiento de sus deseos. Fijó para el siguiente día el importantísimo acto de retratarla. Pero los enemigos hados que no se cansaban de perseguir á la cariñosa tía, quisieron que la misma víspera apareciese un traidor orzuelo que ofuscaba la luz de los ojos de Isidora. ¡Válganos Dios! Fué preciso aguardar nuevamente.

Después de muchos percances de esta naturaleza, llegó doña Josefa á la víspera verdadera de tan importante acontecimiento. En la tarde, reunida toda la familia del capitán, ascendido ya á sarjento mayor, en terminándose de rezar el acostumbrado rosario, la tía con voz vibrante por la emoción, pidió que se dijeran con todo recogimiento unas letanías *con cierta intención particular*. No hay que decir que esta intención fué una ardientísima súplica

que doña Josefa, llena de fé, dirigió á gran parte de los santos de la Corte Celestial con el objeto de que el retrato fuese el mas único que hubiese salido jamás de terrenal fotografía.

Amaneci6 el día deseado. La tía madrugó para concluir los preparativos tres semanas ántes comenzados y dar la última puntada á un vestido á la última moda, hecho por ella misma con todo esmero y el debido estudio para que hiciese resaltar la hermosura de la sobrina. Arregló unas flores de mano para el adorno de la cabeza de la niña. Sacó del escondido cajón de un guardarropa pendientes y collar que habían sido de sus antepasados á los cuales tenía singular cariño y que destinaba. . . No hay necesidad de decir á quién los destinaba. Despertó luego á Isidorita, abrió de par en par las ventanas de la alcoba en que dormía con ella, y á toda luz acudió á observar el rostro de la niña.

—¡Ay, qué fea has amanecido hoy! (no pudo dejar de exclamar la tía en su amorosa solicitud por que estuviera excepcionalmente hermosa). Parece que sucede adrede: todos estos días tan de buen color, y ahora que te vas á retratar. . .

La chiquilla se miró á un espejo.

—Si estoy como siempre, tía Josefa—le dijo convencidamente.

—No, mi alma. Pero ya esto no se puede demorar un día más. Hace una semana (añadió entre dientes) que no puedo pegar los ojos con esta preocupación continua. Menester es salir cuanto ántes de ella.

—Ahora mismo a la fotografía— dijo en voz alta.

Hizo levantarse á su sobrina, y la sacó á andar algunas cuabras para que le mejorase el color. Por el camino de rato en rato la miraba, y se desesperaba, no encontrándola tan hermosa como quisiera. Llegó la hora de almuerzo, le dió varios tónicos, y no la dejó comer sino mui pocas viandas, y éstas, alimenticias y de fácil digestión, diciéndole á cada momento:

—No comas eso, acuérdate que hoy vamos á la fotografía. Eso tampoco; es mui indigesto. ¿Quieres que salga mal el retrato?

—Tía (dijo la niña después del almuerzo) voy á andar un poquito por los corredores.

—¡Por nada! ¡Y el retrato?: no se te vaya á descomponer el color.

—Tocaré el piano.

—Tampoco. Se te pueden helar los pies, ponérsete la cara verde, y perder el brillo los ojos. . .

—¡Vaya!: leeré entónces un poquito. . .

—¿Estás en tu juicio? ¡Leer después del almuerzo!: no hay cosa peor. Acuérdate de que iremos á la fotografía.

—Y. . . ¿qué hago?

—¿Qué? ¿Teniéndote que retratar? ¡Nada!

Isidorita fué condenada á sentarse en un sofá; se le encargó la mayor quietud; los demás niños del sarjento mayor salieron afuera para que no hiciesen ruido, y hasta se entornaron las ventanas para que el exceso de luz no ofendiera en lo más mínimo la cutis de la paciente, de rato en rato examinada por doña Josefa con solícita majadería.

A las doce del día, nuestra solterona condujo á la alcoba á su sobrina, encargándole que no se agitara, y allí, con diligencia, no maternal, que seria poco decir, sino con la propia de tal tía, la vistió, la perfumó y. . . ¿será mucha indiscreción decirlo? . . . allí por la vez primera le puso algunos disimulados afeites en el rostro.

A la una estaba pronta la niña, y doña Josefa, verdaderamente orgullosa, se dirigió con ella en un coche á la mejor fotografía de la capital. Durante todo el camino no apartó los ojos de Isidora, y, mientras más la miraba, la hallaba menos hermosa.

—Si hoy estás muy fea (le dijo al bajarse en la oficina fotográfica); pero ya estamos aquí y. . .

Compró doña Josefa el correspondiente billete, y, antes de hacer retratar á la niña, registró los escaparates, buscando una postura que la satisficiera.

—Esta no es fea (decía señalando una estampa); mas la que yo he visto en sueños era tan hermosa—agregaba, suspirando, en sus adentros.

Al cabo dejó que determinase este trascendental punto una inspiración sobrenatural.

Entraron tía y sobrina en el tocador destinado á componerse. Doña Josefa le sacó el sombrero á Isidora, le ali-

só cuidadosamente el cabello, le arregló los crespos de la frente y, después de asegurarse por una rápida ojeada de que estaba sola, le puso en las mejillas, la frente y el cuello bastantes polvos de arroz.

Aunque con los exquisitos cuidados de la tía, la agitación del camino y la que la idea de retratarse le producía, Isidorita estaba sonrosada, no pareciéndole bastante á doña Josefa, le aplicó en las mejillas sendos pellizcos, é hizo la misma operación con entrambas orejas, no sin que la niña manifestase con un gesto el dolor que tales milagrosos pellizcos le causaban.

Pasó la vista doña Josefa por el rostro y continente de su sobrina; y aunque en ese instante la asaltó de nuevo la idea de que Isidorita no estaba tan hermosa como solía, haciendo buen ánimo y tratando de disimular la emoción que la dominaba, se dirigió al lugar en que la misteriosa cámara oscura la aguardaba.

Era una extensa sala cubierta de vidrios, muy alumbrada por la luz solar, que cortinas de diversos colores dejaban pasar en cantidad suficiente para los menesteres fotográficos, y que pantallas ingeniosamente colocadas permitían dirigirla dondequiera.

El cuarto estaba atestado de mil diversas cosas; había bastidores y decoraciones, en los cuales se miraba pintado, ya un primaveral paisaje, ya un cielo cubierto de tempestuosas nubes, ya las olas de un mar agitado. Aquí se veía un bote para los niños que quisiesen retratarse bogando, allí rocas de cartón pintado, acullá libros con que gustan de retratarse los que nunca leen. En esta parte una Virgen de Lourdes, en esa otra una Venus desnuda y en la de más allá, juguetes para niños, muebles á la moda, rústicos sofás y otros objetos raros y diversos; todo en gran confusión colocado. Salió el fotógrafo de un castillo de la edad media ya ruinoso, hecho de cartón; hizo una reverencia á doña Josefa, que la solterona le devolvió con mucha zalanería, no empleada en ninguna otra ocasión con hombre alguno después de que la abandonaron los días de su juventud.

—Me va á retratar á la niña—le dijo.

—Bien, señora.

—Pero Ud. ha de extremar su arte, tiene que hacer lo posible para que. . .

—No le dude Ud.—contestó el fotógrafo sonriendo.

—Haga que salgan los retratos muy bonitos.

—Está bien.

—Aun, si puede, que salga la imagen mejor. . . más hermosa que la niña. . . digo parecida. . .

—Haremos lo posible—contestó el fotógrafo que debía de estar acostumbrado á oír tales demandas.

—Señorita, póngase Ud. aquí. . . Mire hacia allá. . . así. . .

El corazón le latía á doña Josefa con insólita violencia, cercano ya el momento supremo; levantó los ojos al cielo en muda plegaria y los dirigió después á su sobrina.

—No me gusta esa postura—exclamó.

—Arréglela Ud.—repuso el fotógrafo.

Doña Joséfa se acercó a su sobrina y la puso de frente á la cámara.

—Si Ud. me permite dar mi opinión (dijo el fotógrafo con timidez) le diré que así no quedará muy bien el retrato de la señorita. Como es. . . así. . . ancha de cara, se verá. . .

La tía miró á Isidorita y, si bien jamás encontraba nada defectuoso en su sobrina, en aquella ocasión con el afán de que pareciese muy hermosa, encontró que, en efecto, era ancha, anchísima de cara.

—Tiene Ud. razón (dijo con no disimulado despecho). Ponte, niña, de lado.

La contempló así de perfil, y halló que la nariz de la niña, que nunca había sido proporcionada, parecía en aquella ocasión querer huír de la casa. El despecho de la amorosa tía subió de punto.

—¡Qué fea estás, niña!—exclamó sin poder contenerse, haciendo sonreír nuevamente al fotógrafo.

Se acercó adonde ella estaba y, remeciéndola colérica, lo que hizo hacer pucheros á la niña, la colocó violentamente de medio lado. La examinó así. ¡Pero las mejillas y la nariz en aquella postura parecían disputar empeñosamente por aparecer más desproporcionada!

Doña Josefa á quien la ira hacia ver aun mayor la fealdad de las facciones susodichas, tuvo un raptó de violenta

cólera, y no siendo ya dueña de sí misma, se acercó á su sobrina que todavía hacía pucheros por la anterior muestra de desagrado y, echando á rodar la dignidad señorial, le dió un terrible pellizco en el brazo, diciéndole al propio tiempo con voz, aunque baja, iracunda, desesperada.

—¡Estás muy fea, hijita, estás muy fea!

No se necesitó más para que Isidora rompiese á llorar. Hubo que esperar á que se serenase. Pero las lágrimas le habían descompuesto el rostro é hinchado las mejillas. Fué necesario aguardar una hora larga, lavarle varias veces la cara y arreglarle nuevamente el tocado. Cuando pudo presentarse de nuevo delante la cámara obscura, doña Josefa no pudo presenciar el acto de retratarla, faltándole la necesaria calma, y aguardó en otra sala, rogando en tanto á Dios que saliese hermosísima la imagen. Luego el fotógrafo le vino á decir que se había concluido felizmente la operación y que había retratado en las dos posturas á la niña.

—¿Cómo ha salido?—le preguntó doña Josefa ansiosamente.

—Aun no se puede saber. La prueba parece buena. Vuelva Ud. dentro de una semana, que para entonces estarán concluidas las muestras.

Salieron de la oficina tía y sobrina y se volvieron á la casa. Parecía á doña Josefa por el camino que, en ese momento, estaba Isidorita hermosísima, tanto como antes había estado fea, sintiendo no poderla retratar en ese instante.

De indescriptible ansiedad fué aquella semana para la amorosa tía. Durante ella, habló de los retratos á todas las personas que fueron á la casa de visita, las cuales por cortesía le pidieron desde luego un retrato de la niña, cosa que contentó en todo extremo á doña Josefa que ya decía:

—Tres docenas no me alcanzarán: me muelen á pedidos de retratos.

Cuando llegó el término de la semana, fué á buscar á la fotografía las muestras. Pálida de emoción, insegura la voz y no muy firmes las piernas, preguntó por los retratos.

—Aun no están concluidos—le respondieron varias veces, dejando á doña Josefa en la mas cruel incertidumbre.

Ya se figuraba los retratos, hermosísimos, que gustarían á cuantos lo vieran; ya se figuraba la imágen feísima y parecida, con todo, á la niña.

Al cabo, le dieron las dos ansiadas muestras. Saltábale el corazón dentro del pecho. Se colocó en lugar de bastante luz, calóse unas descomunales gafas y fijó la vista medio extraviada en una y otra fotografía.

El primer sentimiento fué de gozo indescriptible. . . Allí estaba, en efecto, la imagen buena ó mala de Isidorita. Pero mirando después más despacio encontró que una estampa tenia extraordinario parecido, y cabalmente en ella se veía fea, muy fea Isidorita. La otra era la imagen de una persona no poco hermosa y, por desgracia, ninguna semejanza tenía con la niña.

Se le cayeron las fotografías de las manos, ¡qué desencanto! No estaba ahí el retrato soñado, idéntico á su idolatrada sobrina y al mismo tiempo imagen de la hermosura más perfecta. ¡Si hubiera podido fundir en uno solo ambos retratos: poner en una misma estampa la hermosura de la una y el parecido de la otra! ¡Pero no era posible!

Y mientras más miraba las fotografías, más fea hallaba la persona retratada que se parecía á su sobrina y más hermosa la que por completo se desemejaba. Esto le hizo concebir una vaga idea, de que tal vez su sobrina no sería tan hermosa como creía; pero procuró desecharla como un mal pensamiento. ¿Qué hacer? ¿retratarla de nuevo? Ya la horrorizaba esta idea: ¡volver á sufrir las pasadas angustias, para que, como un secreto y poderoso presentimiento se lo aseguraba, saliesen las nuevas estampas tanto más feas cuanto más parecidas á la niña! Resolvió no retratarla nunca más. Por otra parte, ¿no tenía á su lado constantemente al original? ¿para qué quería copias que jamás podrían tener su misma hermosura?

Resolvió tambien ocultar cuanto pudiese los retratos, y no dar los con anticipación prometidos. Caso que se viera obligada á señalarlos, aseguraría de antemano que era muy mala la fotografía parecida á Isidora, y buena la verdaderamente mala y desemejante á la niña.

Siempre le quedó á doña Josefá en el corazón profundo desencanto; y no tué esto sólo, porque á las veces las fotografías de Isidorita le traían amargos sinsabores. No faltaron

algunas damas y niñas á quienes habia prometido regalar los tales retratos, que se los pidieron con insistencia, siquiera para verlos. Doña Josefa, después de hacerse rogar buen espacio, se levantaba exhalando un hondo y apagado suspiro; iba en busca de los retratos; pálida, pausadamente, volvía con ellos; y, angustiada, mostraba la estampa hermosa, diciendo con tímida voz;

—Esta es bastante buena.

—¡Ay, no! ¡Muy mala! (le contestaban). En nada se parece á la niña. Si es otra persona. A ver la otra.

—Esta sí que es mala—observaba la solterona tímidamente.

—¡Pues no, muy buena! ¡qué parecido! ¡Ella misma es! ¡Si está hablando!

Estas frases hacían honda impresión en doña Josefa que iracunda, decía después en familia:

—¡Embusteras! Eso lo hablan fingidamente. . ¡Envidiosas! . . para decir que es fea la Isidorita. .

Pero siempre quedó profundamente lastimado el corazón de la amorosa tía, y humillada cierta vanidad que fundaba en la hermosura de su sobrina.

Mayo de 1885.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.



## EL COMETA LUMINOSO DE 1882.

---

AL SEÑOR B. V. MACKENNA.

---

Gran fogata que encendieron  
Cateadores del espacio.

UN MINERO.

Oye! ¿Quién eres, díme,  
Aparicion sublime?  
¿El humo del cigarro  
De un espíritu audaz que se pasea  
En la eterna rejion del infinito?  
¿Una celeste llama  
Desprendida del cielo, de la altura,  
Palabra luminosa Del que ama,  
Mensajero que envía  
A recorrer las obras de su hechura?  
¿O por tus formas bellas  
Un suspiro de amor de las estrellas?  
¿Eres inmenso faro diamantino  
Que al acercarse al sol, medio apagado,  
En tu veloz carrera  
Absorbiendo el calor que te da vida  
De esa eternal lumbrera,

Sigues iluminando en la alta esfera,  
 Con reguero de luz esplendoroso,  
 El espacio sin fin y tenebroso,  
     Así cual los mortales  
 En noche oscura encienden sus fanales?  
     ¿O sois locomotora  
     Espléndida en que viajan  
 De los soles espíritus radiantes  
 Que al contemplar desde esa excelsa altura  
 Estos globos de tierra que aventajan  
     A esos seres jigantes,  
 Semejan en los ámbitos sombríos  
     Oásis de verdura,  
     Vastas islas flotantes,  
     Pensiles de hermosura  
 En el piélago inmenso del vacío?....  
 ¡Hé ahí la barca aérea en que navega  
 La raza espiritual de esas lumbreras,  
 Escalas sorprendentes de los cielos  
     Para acercarse a Dios!....  
 Y nos verán marchar desde el cometa,  
 Como en ferrocarril el que de prisa  
 Mira con compacion, talvez con risa,  
 Lentamente rodar una carreta.

-----  
     Espada reluciente  
     Del dia de la ira,  
     Tremendo torbellino  
     Que andando por minuto  
 Seis mil leguas y aun mas en tu carrera,  
 Chocaste con la tierra en tu camino,  
 Y vaciando sus cóncavos profundos  
 Las aguas suspendiste hasta la esfera,  
 Y elevando sus olas, cual montañas,  
 Que estallaban con hórrido estampido,

Mas altas que las altas cordilleras,  
 (Y hasta el aire en torrentes convertido)  
 Todo el orbe dejaste sumerjido,  
 Y a los pueblos, naciones y a las jentes.  
 Solo entónces rasgando el denso velo  
 De las nubes, el sol mostró la frente,  
 Cual mirada de Dios sobre los mares:  
 A su aspecto imponente y majestuoso,  
 Las aguas a sus cuencas se tornaron;  
 Las olas se adurmieron en la orilla;  
 Mansamente las auras suspiraron;  
 Halló asiento la tímida barquilla,  
 Guiada por los jeníos tutelares,  
 Y cual signo de amor y de esperanza,  
 Sobre la faz serena de los cielos  
 Brilló el íris de paz y de bonanza,

-----  
 ¡Aterrador fantasma!

¿Eres el alma errante de los mundos,  
 Planetas incendiados que esparcieron  
 Sus vastos elementos?

¿O eres el blanco polvo  
 De esos orbes que fueron? . . . .

Sin duda que marchando ahora vamos  
 Del universo por un gran panteon:

Las nébulas que flotan

Las osamentas son

De globos esplendentes que brillaron  
 Y en la noche del tiempo se apagaron,

Cumplida su mision.

Hora a la voz solemne del destino

Despertando del sueño de la muerte,

De los soles que marchan la atraccion

De la electricidad, soplo vital

De la materia inerte,

Les da la luz y movimiento y vida;  
Que ella es el alma que sustenta al mundo,  
Fuerza de cohesion,  
Razon de los imanes,  
Que habla en las nubes con la voz del trueno  
Y en el centro infernal  
Con la tonante voz de los volcanes.

1885.

P. MUNIZAGA.



# LA REAL CEDULA DE 26 DE DICIEMBRE DE 1804.

---

SS. RR.

La "Revista de Artes y Letras" acumula cada dia el mas precioso material para la difusion de las luces, y va constituyendo un arsenal valiosísimo de amena lectura y de útiles enseñanzas para todo hombre de observacion y de estudio.

De este modo sus distinguidos fundadores van tambien impulsando eficazmente el progreso bien entendido del pais, desarrollando en esta publicacion, con tino y especial competencia, las letras nacionales, y llenando por otra parte, un vacío que merecia justas censuras y era altamente vergonzoso para la cultura y buen nombre de Chile.

Nos complace observar la creciente circulacion de la Revista, que aumenta en proporcion del interes de sus escritos y del talento y prestigio de sus ilustrados colaboradores.

Nos ha parecido que en nada menoscabará su mérito, y ántes por el contrario, que es del resorte de estas publicaciones consignar en sus pájinas piezas históricas enlazadas con períodos interesantes de nuestra vida colonial, sobre todo con el inmediato a la emancipacion política. Y por eso nos tomamos la libertad de remitir a sus redactores el documento de ese carácter que copiamos en seguida, por si ellos le atribuyen, entre otras ventajas, la de dar a conocer el desprestijio que la autoridad española iba formándose con sus inconsultas medidas, y las que reportaría la independenciam de Chile con la enérgica resistencia del pueblo para cumplirlas.

La publicacion de este documento servirá tambien para comprobar con mas fuerza y claridad el mérito y oríjen de alguno de los detractores que inspiraron al último presidente colonial de Chile, don Antonio García Carrasco, al dirijir al rei de España gravísimos cargos contra el doctor don Antonio Gárfias, en el memorial que este majistrado le elevó desde Lima en 1812, y que desgraciadamente no apareció en la série de documentos que dimos a luz en *La Union* de Valparaiso, correspondiente a los núms. 13, 14 y 15 de mayo del presente año con el propósito de vindicar una memoria querida y cruelmente calumniada.

Creemos, por último, que para sacar de esta pieza todo el fruto histórico que pueda producir en ninguna parte estará exhibida con mas propiedad que en las pájinas de la Revista, pues estamos seguros de que se encontrará siempre al alcance de los que, como los señores Vicuña Mackenna y Barros Arana, viven con tanto éxito consagrados a los interesantes estudios de la historia de Chile.

Anticipo a los redactores de la Revista mis sinceros agradecimientos por la hospitalidad que en esta vez espero hallar en sus columnas, y me ofrezco de todos ellos afmo. servidor y amigo:

RAMON R. ROZAS.

---

VISTA FISCAL SOBRE LA REAL CÉDULA DE 26 DE DICIEMBRE DE 1804.  
SUBLEVACION DEL PUEBLO DE SANTIAGO AL CIRCULAR ESTA REAL  
ÓRDEN.

El Fiscal de Su Majestad habiendo reconocido detenidamente estos autos, ajitados por el diputado de la consolidacion, don Prudencio Lazcano, sobre remate de los bienes que quedaron por fallecimiento de don Miguel Baquedano y de su mujer doña Cármen Michelot, a efectos al patronato y obras pías fundadas en sus últimas voluntades testamentales, dice: que la menos reflexion, de muchas con que fué leído aquí el real decreto de 28 de noviembre,

circulado a las Américas con su respectiva instruccion en Real Cédula de 26 de diciembre de 1804, y la lijereza con que cuasi por todos los habitantes del Reino fueron entendidos los capítulos del Rescripto al tiempo de notoriarlo en los lugares públicos acostumbrados en esta capital, ocasionó los sustos del movimiento popular que se voceaba con descaro, las representaciones entorpecedoras que suscribia el vecindario, apoyadas del Ayuntamiento y comunidades religiosas, y produjo (en una palabra) las odiosidades de los pasquines mas insultantes y atrevidos con que repetidas veces fue provocada esta superioridad aterrizados los señores ministros de la Junta, sin ecepcion de la sagrada persona del ilustrísimo Señor Obispo que fué menester resguardarla en su palacio con fuerza militar, y amagado dicho diputado de incendiarle la casa que habitase, no habiendo encontrado por ese riesgo la correspondiente a su desente comodidad en los primeros meses de posesionado en su empleo.

En negocio que debe ceñirse a los recursos interpuestos por los herederos del referido Baquedano, seria escusado el desagradable recuerdo de aquellos sucesos tumultuantes, a no exijirlo las atinjencias con que el diputado en su último papel de 11 del corriente ofende al fiscal en lo mas delicado de sus deberes, sin perdonar aun a la propia Superior Junta. Bien que el hecho mismo de ejecutarlo desviándose del asunto sin antecedente alguno en estos autos le califica de inmoderado y nada atento a calmar las preocupaciones de un pueblo dispuesto a la exasperacion y trastorno de la pública quietud.

Ajustado a estas críticas circunstancias, el espíritu de la Real Cédula y a la naturaleza de los varios espedientes promovidos por el diputado, estendió el Fiscal sus respectivos dictámenes, conducido siempre de la buena fé del ministerio, y en términos que, prudenciados los ataques padecidos y suavizado el horror con que se miraba esta consolidacion, publicasen las piedades del soberano el jeneral sentido de los puntos que agriaban los ánimos, y los buenos útiles efectos que obrarian su pronto entable y ejecucion.

Si alguna vez no dictaminó el Fiscal conforme a las ideas del diputado y de igual modo decidió esta Superior Junta, ¿por qué no usó entónces de los remedios legales que con

oportunidad reparasen las trasgresiones que abulta del reglamento? ¿Conducen, por ventura, al acaso del día sus increpaciones, su vocería, ni sus referencias a espedientes de otra clase y de circunstancias diferentes? Nada ménos. Ni la Junta ha proveído ni el Fiscal dictado una sola palabra que inutilise sus jestionen en la sujeta materia. Con todo, él se avanza entonándose con ludibrio de las resoluciones inreclamadas de tan circunspecto majistrado y en desaire del que fiscaliza, señalándole con chocarrería los testos de su obligacion. Y seguramente convencido de haber causado con su celo indiscreto *la ruidosidad de este recurso que tiene en espectacion al pueblo*, tira a confundir los principios que puedan lejitimarle con distraccion y atravesio de tamañas reprehensibles inconducencias.

Nadie descubrirá en todo el tenor de la real cédula expresion alguna revocatoria de las disposiciones de los testadores, no desmintiendo aquellas del derecho que habilita a éstos para determinar arbitraria y libremente de sus cosas. La voluntad del testador o instituyente es la ley que rije en sus disposiciones, y en su virtud son de igual fuerza los goces y derechos adquiridos por las personas que estuviesen nombradas. Su Majestad no ha mandado que se inquiete a ninguno de estos poseedores, ni que las fincas que se estimen consolidables sean enajenadas sin citacion y audiencia y sin conocimiento de causas, a lo ménos sumario. Ni ménos hai artículo que autorize para el bochornoso trámite de embargos y depósitos públicos de tales fundos. Lo contrario deciden con toda claridad los artículos 15, 18 y 20 de la instruccion. El activar las diligencias dispuestas en el 9º y sus concordantes, no consiste en *desparramar papeles importunos* o sin aquellas sagacidades que son inseparables del acierto de un establecimiento tan resistido por los mismos de quienes se espera su utilidad. Las averiguaciones a que obliga este artículo no se encaminan a procurar vejaciones ni enredar en pleitos a troche y moche a los fundadores, patronos y poseedores de predios censurados o recargados de obras pías, sino para que, habiendo constancia de todas en el estado y archivo que se ordena, se pueda pronto y fácilmente a su tiempo realizar sin retardos ni contenciones los capitales que se consignent, y determinarse las enajenaciones de fin-

cas sin perjuicio de la obra pía ni de interesado que con justicia lo contradiga. La voluntad del Rei es protegerlos en todos sus derechos adquiridos hasta la publicación del rescripto y que perpetuamente sea inamovible la observancia de las fundaciones.

Acerquémonos al asunto.

Los herederos de Baquedano recurren a esta Superior Junta oponiendo nulidad contra los actuados y providencias dadas por el Ilustrísimo señor Obispo a instancia del diputado, y que al mismo tiempo se declare no estar comprendidos en el real decreto la capellanía y obra pía fundadas por sus padres don Miguel y doña Cármen Michilot.

El primer punto en las dos partes que comprende, de nulidad de lo obrado en la curia episcopal y de legitimidad del recurso, parece no sujetarse a dudas su resolución. En cuanto a lo primero tiene el Fiscal como incontestable lo alegado por dichos herederos en escrito de fójas 39. En inteligencia de que bien procediese su S. Ilustrísima, como comisionado de esta Junta o como juez ordinario, de ninguna suerte correspondia librar el embargo ni hostilizar en el depósito en persona estraña a los herederos poseedores. La Comision de la Junta (que se regula tal sin duda) la espresion final del auto de fója 14 no consta que se terminase a estos efectos ni pudo facultársele a mas de aquello para que le autorizaran los artículos 10 y 17 de la Real instruccion.—El conocimiento que estos le conceden es para que queden a su cargo los bienes que estuvieron espiritualizados y para que despues de aclarados los comprendidos en la enajenacion proceda a verificarla con la mayor exactitud, de los que pertenescan a su jurisdiccion. Con que no siendo de esta clase los embargados y poseidos por los herederos de Baquedano es visto que ni el diputado debió exitarlo ni su S. Ilustrísima pudo proceder sin incompetencia, posponiendo, lo que aun es mas, la dilijencia que como primera para estas ventas recomienda el art. 18.—En cuanto al recurso tampoco hai de donde inferir que esta Superior Junta se halle inhibida de su conocimiento, no solo para revocar lo que se reclamare o hallase de oficio mal proveido por los señores comisionados sino para reparar y suplir las resoluciones que con cualquiera vicio, error o sorpresa hubiese librado. El art. 18, despues

de advertir a los comisionados las diligencias necesarias para la enajenacion, ordena que si el diputado de la comision tuviese que esponer a cerca de éllas lo ejecute en su respectiva Junta subalterna, para que resuelva lo mas justo a favor de la obra pia y de la enajenacion, y sobre lo cual esté mui vijilante la Superior, previniendo a los subalternos lo que corresponda cuando lleguen a élla algunas noticias o recursos que lo pidan ¿Que cosa mas clara y terminante en abono del presente recurso? Aun es tanto el conocimiento del Señor Juez lejítimo comisionado se autoriza a esta Superior Junta para reasumir el que le corresponde resolviendo lo mas justo sobre la misma enajenacion y sus diligencias actuales por cualesquiera de los Jueces nombrados en la instruccion. Contribuyen a lo mismo aquellas palabras del art. 3º, en que se erije esta Superior Junta para que conosca con absoluta inhibicion de cuantas dudas y recursos ocurran y las consulte a los subalternos del distrito.

Estamos pues en que si de las relaciones de la Real Junta no hai recursos sino al Rei, escepto el caso del art. 4º para suspender con fundado motivo la enajenacion que tuviese decretada, pero si se deduce de los artículos indicados haberlo de dichos Señores Jueces para ante la Junta en especial no registrándose alguno que espresamente le deniegue o repruebe.—Esta Superior Junta en su citado auto de fojas 14 no tuvo presente el dominio y goces adquiridos por los herederos de Baquedano en sus bienes, desde que éste falleció a fines del siglo pasado, ni fueron citados como es de derecho no alterado en Real Cédula tratándose de su perjuicio. Tampoco tuvo conocimiento de que los terrenos en que estaban fundadas estas obras pias se hallaban confundidos con los demas bienes de los coherederos y que pendiente su deslindacion, se ignora aun todavía cuales sean los propios y pertenecientes a la obra pia para que sobre ellos señaladamente recayese la enajenacion sin perjuicio de los claros derechos de estos interesados en los demas herederos y poseidos sin gravámen. Asi es, que mejor informada con anterioridad de documentos del estado, clase y naturaleza del caudal de los testadores chocaria a toda buena razon y reglas comunes del derecho que careciese de facultades para moderar

su resolucion particularmente en circunstancia de no negárselas la misma Real Cédula en su art. 4.<sup>o</sup> permitiéndola que cuando halle fundado motivo, o duda pueda suspender a recurso de parte, o de oficio, la enajenacion ya dispuesta.

Sin embargo el Fiscal concluye ofreciendo que reponiéndose las cosas al estado que tenian cuando se espidió dicho auto, sin el gravámen de costas, y bajo las calidades prevenidas en los artículos 20 y 21 se dirijan íntegros los presentes autos a Su Majestad por mano del Excelentísimo señor Presidente de la Comision conforme al artículo 4.<sup>o</sup>

Santiago, 29 de Junio de 1806.

DE JURAS REÁLES.

Concuerta con el orijinal. Santiago, de Chile y Julio 11 de 1808.

JOSÉ SANTIAGO DE UGARTE,  
Secretario de S. M.



# REVISTA LITERARIA.

---

SUMARIO.—I. Instrucción.—II. Sección nacional: Alberto el Poeta, El 21 de Mayo, Canto a los Mártires de Iquique, Tradiciones y Leyendas, Fotografías de Bolsillo, Mariposas, El Batallón Arica 4.º de línea, El Camino de la Fortuna, Recuerdos literarios, Revista Forense, La Academia Chilena.—III. Sección extranjera: Críticas de don Manuel de la Revilla, Harmonía entre la Ciencia y la Fé, por el P. Miguel Mir, Poesías de Manuel Acuña.

## I

Con el epígrafe arriba escrito, la REVISTA DE ARTES Y LETRAS abre desde hoy para en adelante una sección permanente destinada á dar cuenta del movimiento que agite á las letras nacionales. Y dar cuenta, decimos, porque la comisión encargada de desempeñar esta incumbencia, no oculta en su sencillo programa las presuntuosas miras de erigirse en infalible tribunal de crítica literaria; que para ello, faltaríanla sin duda los medios y las luces más indispensables. Solo intenta llegar á ser mero reflejo de la impresión causada al público por toda obra nueva que salga á luz. Mirando por el leal cumplimiento de tales propósitos, dicha comisión suplica empeñosamente así á los cultivadores como á los aficionados de nuestra literatura, ayuden á la empresa de estimular entre nosotros la producción intelectual enviando á esta Revista ahora noticias literarias, ahora artículos de crítica ó de bibliografía, ahora, en fin, solo publicaciones que hayan escapado á las diligencias de los colaboradores de la Revista.

Además, como el movimiento literario nacional tiene poca savia; bien que á las veces, como en estos días, suela

anunciar alguna robustez y virilidad; y como en muchas quincenas habrá pocas publicaciones nacionales de que dar cuenta; y como, en desquite, hay siempre nuevos libros extranjeros que merecen de sobra por su importancia ser dados á conocer, la Revista verá de insertar en sus páginas tal y tal vez artículos ya críticos, ya solamente bibliográficos acerca de las obras más notables que lleguen de otros países.

Indispensable hemos creído el dar este paso, siquiera reconozcamos en él no pequeño atrevimiento. Reclamábanle empero con voz en demasía enérgica para desoirlo, el progreso de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS de una parte, y de la otra el hecho triste y por todo extremo lamentable de que no exista entre nosotros ni una sola crónica literaria chilena (cuanto menos una revista crítica nacional) que llevada con mediana escrupulosidad y estudio, permita apreciar en su cumplida valía nuestro movimiento literario.

Tarea es esta que los Directores de la Revista confían llenar con debido esmero, solo afirmados en la esperanza de encontrar para ello acogida amable y entusiástica en los que pueden ayudarles con sus talentos y sus conocimientos.

## II

Nuestra pobrísima dramática ha dado á luz últimamente una obra que, con el título de *Alberto el Poeta*, se representó por primera vez en el salón de la Sociedad "La Patria" el 5 de Abril próximo pasado, y acaba de darse á la pública estampa por la Imprenta Victoria. El autor de esta nueva publicación es don Adolfo Urzúa Rosas.

Sin que pretendamos de críticos, ni de mucho menos, nos permitiremos apuntar dos palabras acerca de este drama, con el cual se estrena el señor Urzúa en la vida azarosa del escribir producciones destinadas al teatro. Y en verdad que *Alberto el Poeta* ha sido para su autor estreno feliz que le augura buenos triunfos en la escena, porque es drama que exhibe con claridad, ya que sin acabada per-

fección artística, facultades muy estimables de verdadero poeta dramático.

*Alberto el Poeta* es ante todo un drama; y no así como se quiera, de esos sangrientos con puñaladas y asesinatos; sino drama de verdad, hijo de la buena escuela moderna, y en el cual la acción nace más de la lucha enérgica de encontrados sentimientos y pasiones, que del agrupamiento artificioso de incidentes comunes y recursos gastados: además hay en él mucho interés y no poca movilidad de acción desde la escena primera hasta la última, lo cual débese principalmente á la habilidad con que el señor Urzúa Rosas ha evitado los personajes innecesarios, las escenas inútiles y aún las palabras superfluas, escollos de que suelen no salir airosos concedores profundos del arte dramático.

Desde luego vemos, pues, en el señor Urzúa Rosas, sobriedad, dote de las más preciadas y excelentes que para ser buen dramaturgo se requieren. Posee también cierta innegable facilidad para el manejo del diálogo, el cual es en *Alberto el Poeta* corrido y nada falto de soltura y valentía, bien que no abunda mucho en corrección ni en elegancia. Compénsase algo esta falta con cierta inspiración poética que se nota en casi todo el drama, siquiera esté escrito en desaliñada prosa.

Con efecto, en el pensamiento de la concepción; en la elevada nobleza de alma de la figura de Alberto; en la pintura algo vaga é indecisa, pero simpática de Felicia; y hasta en cierta bondad de sentimientos que vemos en las recondideces de personajes tan secundarios cual don Pedro, padre de la heroína, Juana, sirvienta de la misma y otros todavía inferiores como los artistas Ginez y Marton, se ve, decimos, inspiración de poeta, que indubitavelmente es pensamiento de poeta, bien que de poeta muy poco conocedor del corazón humano, el que sirviendo de base al drama, pasamos á exponer en breves términos.

Alberto es un joven, si oscuro y pobre de nombre, rico en talento y en corazón. Ama con loco ardimiento á Felicia, niña buena, pura y sensible, en cuya alma ha prendido secretamente y por estilo romántico ardentísima pasión amorosa por Alberto; pasión que crece y aumenta á despecho del abismo social que abre entre ambos amantes la

diversidad de posición y de fortuna. Alberto sueña,—como sueñan todos los soñadores enamorados,—arrancar un día de las manos avarientas de la gloria mundana hermoso laurel que alzándole de su obscuridad, le permita pretender á Felicia. Con tan inocente y noble inspiración, ha escrito versos bonitos y ha compuesto un magnífico drama, en el éxito del cual cifra todo su porvenir así en fortuna como en amores. Esta es la exposición del drama; exposición que, es vulgar en demasía para reputarse verdaderamente meritoria.

Veamos ahora de qué manera comienza la acción á tener movimiento é interés dramáticos. Alberto es pobre, pobrísimo y tiene además una madre adorada que agoniza entre las angustias de la más cruel miseria. Solo en presencia de tan apurado trance, llega Alberto á convencerse de que con la inspiración de los versos no puede nadie ni pagar al casero ni comprar medicinas que alivien las dolencias de una madre enferma. Llega en esto Enrique,—alma vulgar, egoísta y mezquina,—el cual necesita comprar un drama porque su prima Felicia, con la esperanza quizás de desechar presto sus ambiciosas é interesadas miras, hábale exigido compusiera é hiciera representar un buen drama si pretendía la aceptación de sus pretensiones. Enrique, que sobre ser ambicioso es audaz, no trepida un momento, corre á casa del poeta y explotando con infame cinismo la necesidad de Alberto, ofrécele al punto comprar su drama. Em pieza entonces la lucha y en tales momentos la acción se desarrolla en medio de verdadero drama. Alberto llora de desesperación al verse colocado en tan apremioso conflicto y lo único que ven sus ojos en tales instantes, es la cruel batalla que riñen: su drama, esto es el hijo idolatrado de su talento que con engañosa pero seductora sonrisa le promete glorias y dichas futuras y su madre querida que escudada por el látigo implacable de la necesidad, le obliga a sacrificar el primer hijo de su talento, so pena de que la miseria la inmole arrojándola moribunda sobre el duro lecho de un hospital. El combate es terrible; empero es dramático á toda ley. Al fin vence, como siempre, la necesidad y Alberto, destrozando ya sus ilusiones y matando sus más dulces esperanzas de gloria, vende su drama por *sesenta pesos* á Enri-

que de Carvajal; quien, mediante la obra ajena de infinitas noches de trabajo, va á conseguir para sí propio la misma mano de Felicia que en sus febriles devaneos de artista soñaba obtener Alberto también para sí propio.

Esta sola situación, á que el señor Urzúa Rosas no ha dado todo el relieve que ella se merecía, basta para señalar en su autor á un poeta dramático de envidiables cualidades.

Preciso es, sin embargo, decir que la obra del señor Urzúa Rosas decae mucho al llegar á su desenlace, pues hay notable precipitación en las últimas escenas aunque no falta en ellas el interés. Interesa ver que Felicia y su padre descubren tan presto al verdadero autor del drama. Interesa también ver cómo Alberto alcanza tan pronto las cumbres anheladas de la felicidad terrenal, é interesa, por último, hasta el trágico fin del suicida Enrique; mas todo este interés hállase algo acumulado y de ello resulta que el desenlace del drama, aunque lógico en su desarrollo, aparece violento en su terminación. El esfuerzo que el señor Urzúa Rosas ha hecho por reducir á solo tres actos un drama cuya acción pedia á lo menos cuatro, explica los defectos de *Alberto el Poeta*. Encerrado quizás el señor Urzúa en los linderos de un plan preconcebido que estiraba cuando más á tres actos, fáltóle espacio para encajar con la debida perfección incidentes nuevos y resortes poco usados que hubieran impreso á su drama más enérgico sello de originalidad dotándole al propio tiempo de más verosimilitud. Por eso algunos recursos dramáticos de *Alberto el Poeta* recuerdan demasadamente ciertas escenas del *Sullivan* de Menesville y sobre todo algunos detalles de la asombrosa y acabada creación de Tamayo y Baus, *Un Drama nuevo*. En resolución, *Alberto el Poeta* es, en el fondo, ó por mejor decir, en su concepción, una obra en que no escasea la originalidad y en que abunda el movimiento dramático; más, en su ejecución repáranse alguna pobreza de recursos escénicos y no pocos descuidos leves de la forma externa.

Cuando el señor Urzúa Rosas se familiarize más con los resortes difícilísimos del teatro; cuando estudie mejor los caracteres de sus personajes; y cuando, en fin, merced al trabajo, á la práctica y sobre todo al entusiasmo,—al cual quiera Dios no dé jamás de mano—saque más partido que

ahora de las ventajosas y muy estimables facultades que le avaloran de inspirado autor dramático; entonces—que ojalá sea pronto!—todos aplaudirán sus producciones con más calor y más sin reservas que han aplaudido hoy *Alberto el Poeta*.

---

El 21 de Mayo, Canto a los Mártires de Iquique, del conocido joven don *Alfredo Irarrázaval Z.*, es un lujoso folletito (en 8º menor, 40 páginas, Imprenta Victoria) que, inspirado en el tema mas épico y grandioso de la historia de Chile, está escrito con entusiasmo y aún con facilidad; pero en el cual se notan desde el principio algunas distancias entre el tema y su ejecución y además ciertas pobreza y descuidos métricos originados talvez en la misma facilidad ó poca experiencia del joven autor.

---

Con el título de *Tradiciones y Leyendas* acaba de publicar don *Pedro Pablo Figueroa* un libro que contiene artículos críticos, de costumbres, humorísticos ó meramente disertativos, sin que se lea entre todos ellos una sola Tradición ni una sola Leyenda y apenas si dos ó tres argumentos de simples cuentecillos. Como se vé, el señor Figueroa es algo descuidado desde la página primera de su libro; que descuido es, y no pequeño, bautizar á una obra con título que no se compadece en manera alguna con la índole de su contenido. Ni es este el único de los que se reparan en *Tradiciones y Leyendas*. Otros hay tanto más dignos de censura cuanto que el libro del señor Figueroa aparece en calidad de volumen primero de una Biblioteca de Autores Nacionales. Pedía esta última circunstancia no solo una corrección tipográfica más esmerada, si que también una corrección literaria que haciendo poner en olvido ligerezas disculpables solo en el periodista, recordara las prolijas tareas del que se presenta al público escribiendo su nombre debajo del epígrafe duradero de un libro.

En los artículos del señor Figueroa se ve demasiado una pluma educada solo en la presurosa labor del diarismo; se vé que ella escribe con notable facilidad y desenvoltura; se vé además que no le faltan en ocasiones el brio, el calor y aún el sentimiento; pero se vé también que no corrige nunca lo que escribe ni siquiera cuando le envían

las pruebas. Solo de esta suerte se explica [ya que disculparse no puede] que en el libro del señor Figueroa encontremos á menudo frases de tal linaje como estas:

“¿Un otro Colón le descubrirá [á España] el mundo de la democracia?” [pag. 27-¡Humo!]

—“Si me *amas*, María, *seguidme*” [pág.-57 La hija del Pintor.]

—“Yo soy noble y *tu* padre es plebeyo; no puedo casarme aún *contigo*: pero haré que *vuestro* padre sea pronto un noble y entonces *sereis* la esposa de don Juan de Austria”. [pág. 57 id.] etc.

En donde las reglas más elementales de concordancia y los fueros más sencillos y respetables del habla española, se ven atropellados por un pernicioso abuso de facilidad que hace olvidar al señor Figueroa los más indispensables miramientos de la forma.

En el autor de *Tradiciones y Leyendas* hay innegables cualidades, y por esto mismo, porque pueda aprovecharlas debidamente, nos atrevemos á estampar aquí, el juicio que de su libro han formado jueces de más autoridad y peso que el que esto escribe:

Si el señor Figueroa trabaja, corrige, lima ò al menos reelée atentamente lo que piensa publicar, podrá dar á la imprenta obras de algún mérito en las cuales el leyente ya no se asfixie con las nubes de citas que envuelven á su último libro (*Tradiciones y Leyendas* consta de 190 páginas, en las cuales hemos contado cerca de *quinientas* citas de nombres de autores y de obras varias, antiguas y modernas; todas, por supuesto, de las más conocidas.)—Sus facultades, de escritor que no sus *Tradiciones y Leyendas*, dan derecho á esperar tales obras del señor Figueroa.

*Fotografías de Bolsillo*, por don Washington Allende S. Tiempo há que es moda publicar en los comienzos de cada período legislativo, retratos políticos de personajes más o menos conocidos y de ordinario congresales. Numerosas son las obras que han escrito en este género autores chilenos de verdadero talento, y sin embargo solo una de ellas ha alcanzado la vida perdurable de la gloria: “Los Constituyentes de 1870,” obra inmortal de los hermanos Arteaga Alemparte, que abunda en páginas dignas

de Plutarco y de Timón y que no ha tenido en Chile competidora alguna de sus méritos.

Hoy se parece por los campos del indicado género, un libro más de retratos políticos. La posteridad olvidará talvez este libro del señor Allende, como ha olvidado ya tantos otros al simple recuerdo de "Los Constituyentes de 1876."

Y es que escribir retratos es tarea más que literaria y más que biográfica, porque es ante todo artística. Para escribir buenos retratos no basta tener una pluma fácil, corrida y fogosa como la de don Washington Allende; requiérese además que esa pluma se convierta en buril de hábil escultor que disponga al propio tiempo de la rica paleta de buen pintor. Los hermanos Arteaga podían retratar con acabada perfección porque Justo era un grande escultor con la palabra, Domingo un eminente colorista con la pluma y entrambos amenos escritores de mucho talento. Decimos esto por recordar que en el dificultoso género de los retratos tenemos desde hace tiempo una obra maestra y que cuantos libros se escriban del citado género no servirán sino para empequeñecer á sus autores al solo recuerdo de los Arteaga Alemparte, por más que entre tales autores los haya de buenas cualidades como el señor Allende.

El autor de las *Fotografías de Bolsillo* tiene de los buenos retratistas una cualidad: la de ser colorista. Dote es esta, que desaprovecha á menudo, pues el calor de cierta mal disimulada parcialidad á las veces le hace dar brochazos, que no pinceladas. El defecto del señor Allende oscurece, pues su mejor cualidad. El señor Allende es pasionista. Poco nos importa por quien lo sea. Citamos solo el hecho. De aquí que su libro trae la novedad de exhibir como grandes cosas, y entre personajes de real importancia, nombres de reconocidas nulidades.

No faltan al señor Allende ni conocimientos biográficos ni estudios de nuestra historia parlamentaria ni tampoco ciertos bríos y espontaneidad de estilo que prestan interés á sus páginas. Por esto es de desear cambie de género y utilice sus estudios y cualidades en obras de éxito más sólido y duradero.

---

*Mariposas* por *Francisco A. Subercaseaux Latorre*.—En una edición que honra mucho los adelantamientos tipográficos de nuestro país, acaba de salir á la luz pública (no á la oscuridad pública como suele acontecer á algunos libros de versos) la primera colección de los robustos cantos poéticos de don F. A. Subercaseaux L., autor ya conocido por su interesante libro sobre la Campaña á Villarrica y por varios trabajos que ha arrojado al tonel sin fondo de la prensa diaria.

Omitimos por hoy el hablar de las inspiradas poesías del señor Subercaseaux L. porque próximamente se publicará en las columnas de esta propia sección, un trabajo concienzudo que las dé á conocer con más estudio que lo pudiéramos hacer nosotros.

---

*El Batallón Arica 4.º de Línea* (Relación histórica) por *J. Domingo Amunátegui Rivera*.—Es esta una obra que, aunque por su tema no puede interesar á todos, muestra en el señor Amunátegui R. un espíritu serio, y estudioso, al cual acompañan siempre excelentes dotes de ameno narrador. Con efecto, la pluma del señor Amunátegui escribe con una claridad, con una sencillez, con una concisión que le han de envidiar muchos aficionados al cultivo de la historia. Conocíamosle ya estas prendas de sencillo narrador desde el año de 1882, en que publicó su interesante folleto titulado "*Apuntes de un Viaje al Perú durante la ocupación chilena.*"

El señor Amunátegui Rivera ha condensado, con envidiable claridad, en solo 100 páginas, una historia completísima y por extremo escrupulosa del heroico batallón "Arica 4.º de línea," que tantas ocasiones ofreció á los soldados chilenos de manifestar su bizarría y patriotismo. Con el estudio y los datos del señor Amunátegui Rivera, un escritor menos modesto habría publicado una desleída obra en dos ó tres eternos y pesados volúmenes, al paso que las 100 páginas que él nos ofrece, se leen con interés, apreciándose, por su misma claridad y concisión, todo el meritorio trabajo que ellas representan.

---

También se ha publicado hace muy poco tiempo otro libro que, aunque no viene á enriquecer nuestra literatura

original, puesto que es traducción, es acreedor de sinceros aplausos por las útiles miras que el traductor, don Francisco Valdés Vergara, ha perseguido al publicarle. Nos referimos á *El camino de la Fortuna*, ó sea *Vida y obras de Benjamín Franklin*, extracto claro y traducción esmerada de las Memorias y de los escritos de Franklin más adecuados á dar edificante ejemplo de virtud y perfectibilidad humanas á todas las clases, singularmente a la obrera, de la cual salió aquella purísima gloria americana. Consignamos aquí la aparición de este interesante y provechoso libro porque él enseñará útiles cosas á quienes lo lean, suministrándoles al propio tiempo agradable rato de solaz y esparcimiento al admirar á Benjamín Franklin, en cuya vida hay tanto que aprender y tanto que admirar.

Con verdadera elegancia tipográfica, la reputada casa impresora de Brockhaus en Leipzig, acaba de publicar la segunda edición de los *Recuerdos literarios*, obra que, como todos saben, es una de las más leídas é interesantes del insigne patria ca de nuestras letras, don José Victorino Lastarria. Este libro, base preciosa de la futura historia de las letras patrias, escrito como está en el estilo elocuente, ameno y elegante de uno de los autores más universalmente reputados de Chile, no ha menester de aplausos; que es ya estimado no solo como obra digna en todo del gran maestro de nuestros escritores, sino principalmente como servicio inapreciable prestado á la historia literaria de Chile.

Para dar una medida del valer de esta importante obra, bástenos la simple connotación del siguiente hecho: Publicó el señor Lastarria sus *Recuerdos Literarios* en el año de 1878 y ya, en el de 1885, han merecido estos los honores de una segunda edición. Este hecho, cuya ocurrencia fuera natural con una obra extranjera, es el juicio más elocuente y halagador que puede hacerse de una obra literaria nacional.

Como se vé, hay en estos días cierto innegable movimiento que no se ha reducido á manifestaciones poéticas y exclusivamente literarias, sino que también ha abarcado con plausible entusiasmo la esfera científica: clara y halagüeña prueba de ello es una interesante *Revista Forense*

que acaba de nacer ahijada por el amor á los estudios jurídicos de algunos aplicados estudiantes de nuestra Universidad. ¡Quiera Dios que el público santiaguense aliente y proteja á la nueva Revista evidenciando de esta suerte que posee alguna cultura científica!

Pero hay otro hecho que con más fuerza que las publicaciones anteriores anuncia auroras de progreso para las letras chilenas: nos referimos á la reciente fundación de la Academia Chilena Correspondiente de la Española. Era ya tiempo de que entre nosotros comenzara á estudiarse la lengua castellana; era ya una verdadera necesidad el atajar de cualquier modo la bárbara y creciente irrupción que hacen en el rico idioma español todos los jiros y vocablos de las hablas extranjeras; era ya conveniente que en Chile comenzaran á hablar y á escribir en buen castellano todos los que han menester de hablar y de escribir, no ya solo unos pocos privilegiados, como hasta ahora ha sucedido; era ya indispensable que el mundo extranjero acabara de comprender que entre nosotros las gentes son tan capaces de hablar y de escribir bien, como lo son en las demás naciones civilizadas; era por fin, de urgente importancia que el clamor de todas estas necesidades fuera acallado por la pronta fundación de la Academia Chilena

En presencia de acontecimiento tan dichoso para las letras, no es dudable que los votos de todos,—y con ellos los nuestros,— se encaminen á desear que la Academia Chilena obtenga resultados provechosos, pronto y felices en su tarea honrosísima de limpiar, fijar y dar esplendor al asendereado lenguaje en que hablamos.

### III

Y ahora que hemos pagado sincero aunque pobre tributo de aplauso al movimiento literario de estos días, permítansenos también rendir tributo de admiración en más breves líneas, á tres autores extranjeros cuyas obras, que acaban de ser nuevamente impresas, nos brindan la oportunidad de decir dos palabras acerca de ellos. Hablamos de don

Manuel de la Revilla, del Padre Miguel Mir y del llorado é insigne poeta mejicano don Manuel Acuña.

Respecto del primero, nos limitaremos por ahora á decir que la impresión de sus Críticas se ha terminado recientemente en Burgos, y que estas críticas son, en opinión de muchos, las mejores escritas en español; agregando que Revilla ha alcanzado la reputación del crítico más popular y más verdaderamente crítico de España, en cortos años y habiendo de luchar contra muchos envidiosos enemigos que se resistían á respetar al crítico, á admirar al pensador y á leer al poeta. Próximamente, hemos de publicar más por extenso algo sobre el célebre crítico y orador español.



*Harmonía entre la Ciencia y la Fé, Ensayo escrito por el P. Miguel Mir, de la Compañía de Jesús.*—Esta célebre obra que acaba de reimprimirse en Madrid y que no ha mucho abrió mercedamente á su autor las puertas de la Real Academia Española, fué escrita, como los aplaudidos trabajos del P. Cámara, de Ortí y Lara y de otros que no conocemos, inspirada en el intento de refutar los famosísimos Conflictos entre la Ciencia y la Religión del sabio norteamericano John William Draper.

Nada nos atrevemos á decir de este libro considerándole como obra de polémica, porque, á la verdad, no hemos estudiado debidamente el pavoroso problema que en ella se discute; mas lo que sí se nos alcanza de su detenida lectura es que en el P. Mir el orador es superior al filósofo y el escritor superior al sabio. No es esto pensar que no sea Mir un agudísimo filósofo ni un profundo sabio; no, que de filósofo á par que de sabio le acreditan sobradamente el método y lójica de su obra y la vasta y sólida erudición en ella desplegadas. Léanse sino los Capítulos *IV* y *V* *Fin de Ciencia y necesidad de la fé* y *Naturaleza de la fé*, y sobre todo los Capítulos *XI*, *XII* y *XIII* titulados *Objeciones filosóficas*, en todos los cuales se ve á un filósofo de gran talento que expone y sutiliza sus tesis con notables cualidades de verdadero pensador; léanse después los Capítulos *XIV*, *XV* y *XVI* en donde se trata de las *Objeciones*

*científicas* y se comprenderá entonces que los amplios conocimientos allí manifestados por el P. Mir bastan á colocarle en el rango de hombre de grande y muy sólido saber. Pero apesar de todo esto, repárase en la obra del jesuita español, notable preponderancia de la parte artística y literaria sobre la parte científica y filosófica. Con efecto, Mir se olvida á menudo de que es un sabio y un filósofo para recordar que es ante todo un gran poeta lírico y un orador eminente. De aquí la frecuencia con que abandona el campo de la dialéctica y del razonamiento para remontarse á las esferas de la poesía hímica ó de la oratoria sagrada; de aquí que al leerle uno se olvida insensiblemente del apologista católico para no recordar más que el prosador castellano, y de aquí también,—de sus grandes dotes de escritor,—que sus discursos aplastan antes que vencen y matan más que combaten; y de aquí, por fin, que el libro del P. Mir ha producido y seguirá produciendo más aplausos que convencimientos y más admiradores del escritor que discípulos del filósofo.

Desde la Introducción del libro en que nos ocupamos, échase de ver con claridad que el gran recurso del autor es la oratoria. Y no hay dudar en ello. Mir es un gran orador y las páginas de su libro compiten valientemente en elocuencia con las páginas más brillantes de Castelar, de Donoso Cortés y de todos los más notables artistas de la palabra y en cuanto á corrección, elegancia, firmeza y claridad, solo ceden á las páginas sin iguales de Fray Luís de Granada.

La prosa del P. Mir es una verdadera apología de la lengua castellana y refuta con magnífica fuerza la corrida opinión de que el lenguaje español puro, magestuoso, castizo y elegante, no se aviene ni con las sutilidades de la *Metafísica*, ni con las disquisiciones del moderno filosofismo y ni siquiera con el tecnicismo grave de las ciencias. El libro del P. Mir está escrito con toda la claridad que la *Metafísica* requiere, con todo el individualismo y originalidad de estilo que hoy ha menester todo autor para ser leído y, además, con toda la riqueza y propiedad que los progresos del siglo reclaman; y esto no obstante su lenguaje es puro, correcto, castizo y su estilo lleno de elegancia, morbidez y grandiosidad. Para apreciar cum-

plidamente hasta donde llegan la riqueza y la grandilocuencia de la lengua castellana, no bastará ya con leer á los místicos y á Cervantes: preciso es desde ahora leer también al P. Mir.

Muy digna de general lectura es una elegante nueva colección de las poesías del malogrado Manuel Acuña,—*el niño sublime*, como le llaman en Méjico—que recientemente ha dado á luz en París la casa de Garnier, con un interesante prólogo escrito por el preceptista español don Fernando Soldevilla.

Nos atrevemos á llamar la atención de este nuevo libro, porque además de que Acuña es bien poco ó nada conocido entre nosotros y de que se le reputa uno de los más notables poetas de Méjico—donde han nacido tantos insignes poetas—, debemos de estimarle y aplaudirle debidamente porque es hispano americano y porque alcanzó sus títulos de gloria, cual muy pocos, solo de niño. Su trágico y llorado suicidio—acaecido el 5 de Diciembre de 1873, día desde entonces “uno de los más tristes para su patria,” como escribe un distinguido crítico mejicano (1)—le arrebató á la admiración de sus compatriotas en la temprana edad de 23 años! Sinembargo de su muerte, hija, según dijeron sus amigos, de la tremenda batalla que en él libraban un entendimiento friamente materialista con un corazón que deliraba con el espiritualismo, bastáronle los días cortos de la juvenil edad para inmortalizar su nombre. Y á fé que su poderoso genio no habia menester de más; porque así y todo, en tan pocos años como vivió y apesar de que dedicara muchos de ellos al apasionado estudio de la Medicina, tuvo tiempo para dar á la escena *El Pasado*; drama del cual no conocemos sino el tema,—la rehabilitación de la mujer—si bien sabemos que figura entre las más altas glorias de la escena mejicana y que proporcionó el célebre actor don José Valero, uno de sus más grandes triunfos artísticos. Tuvo tiempo también para dejar un número suficiente de joyas poéticas que por sí solas le acreditan de uno de los primeros poetas de la América Española.

(1) D. Enrique de Olavarría y Ferrari, discreto coleccionador y anotador de las más notables poesías líricas mejicanas.

Nada se supo jamás con certeza de las causas del suicidio de Acuña y debemos de recordar á este propósito, para honra de Méjico, que dicho suicidio fué muy llorado no solo de los poetas mejicanos, que publicaron pocos dias despues de la muerte del poeta, una sentida *Corona fúnebre* á su memoria, sino también por toda la sociedad mejicana, la cual quedó atónita ante el trágico fin del poeta. Nadie se atrevió á empañar en lo mas mínimo la memoria del suicida, pues impuso á todos respetuoso silencio de dolor esta impenetrable carta que escribió Acuña poco antes de morir, con el cerebro pensador y tranquilo siempre, pero ya algo entorpecido según lo trasluce lo incorrecto de la redacción.

La carta decía así:

*“Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importen á ninguno; basta con saber que nadie más que yo mismo es el culpable. Diciembre, 6 de 1873—*

*Manuel Acuña.”(1)*

Recordemos también, antes de terminar este apurado artículo, una especialísima coincidencia que hemos notado entre Acuña y Larra: Acuña había estudiado Medicina, como Larra; como él, era escéptico y de todo reía ó dudaba; como él, se suicidó en edad temprana, y como él,—que la víspera de su muerte escribía leyendo en su alma desesperada: *aquí yace la esperanza*,—escribía, tambien la víspera de su muerte, aquel sentido soneto que, en versos que ahora no recordamos, dice de la vida humana que es un arroyo de corriente cristalina que refleja el cielo, el amor, todo, *solo una hora*, despues de la cual truécase en hielo que

*No puede reflejar ni la esperanza*

Para entrambos la sublime luz de la esperanza había

(1) Hemos copiado esta carta de un interesante artículo necrológico que publicó el 7 de Diciembre de 1873, en *El Siglo Diez y Nueve* (acreditado diario mejicano) su redactor principal don Javier Santa Maria; artículo que reprodujo después la *Revista Latino Americana* en su entrega primera de 1.º de Junio de 1874.

ya apagado sus rayos consoladores. No es extraño, entonces, que hallándose sin esa luz como á obscuras en el mundo, quisieran salir pronto de las sombras que les rodeaban poniendo rápido fin a sus existencias.

Sin el estudio suficiente para dar á conocer con más detalles al célebre y malogrado poeta, nos hemos de limitar á decir al público que, pues la patria del poeta es todo el mundo,—como se dice en la moderna fraseología—no debemos nosotros de quedar atrás en aplaudir á un genio nacido en nuestra patria. Obligación nuestra es aplaudir á Manuel Acuña, que en ley de buen poeta, es compatriota de todos los amantes de la poesía, bien se llamen estos mejicanos, bien se llamen chilenos.

JORGE HUNEEUS GANA.

Santiago, Junio de 1885,





# APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN)

---

Mis propias observaciones en Alemania me han convenido, por el contrario, de que si hai en ella un arte que se cultive concienzudamente es la arquitectura y que no hai pais alguno donde se haya levantado en el presente siglo tal número de edificios notables, tanto públicos como particulares. Siempre con tendencias a la sencillez clásica de los griegos de otra era y de los italianos de la presente, manifiéstase el buen gusto, no solo en los monumentos importantes sino aún en las habitaciones mas pequeñas de las ciudades y sobretodo en las "*villas*" rodeadas de jardines. Ha habido en los últimos años, despues de la guerra de 1870, y de la introduccion al pais de tan enormes capitales, un desarrollo increíble de muchas de las sociedades del imperio, y no solo en Berlin, que era la llamada mas directamente a aprovecharlos, sino tambien en Dresden, Munich, Hamburgo, Frankfort, se levantan hoí hermosísimos barrios nuevos, en que cada casa llama la atencion por su hermoso estilo y el gusto delicado y artístico del que la construyó.

Me refiero en esto a las habitaciones privadas; pero los edificios de comercio que llenan las calles abiertas recientemente, y están sujetos a cierta igualdad y monotonía son de la misma manera hermosos, y tan nobles y distingui-

dos que dan a las ciudades un aspecto que no tienen las de pais alguno en Europa. En ninguna parte se nota esto mas que en Viena; pero Viena es una capital tambien alemana, y la verdadera en materia de modas y buen gusto.

En uno de mis viajes tuve por compañero a un marques frances; hombre de variados conocimientos, entusiasta por las artes, y no de aquellos franceses nobles que pasan la vida entre el Boulevard y los bastidores de Paris, el "*cercle*" o la partida de caza en la campaña. Hablábamos un dia de arquitectura; y él, admirador de los italianos, sobretodo de los que están hoi embelleciendo tanto a Florencia y sus preciosos alrededores, me decia:—"En Paris están mui satisfechos con sus construcciones modernas, y creen que son dueños de la arquitectura mas hermosa; pero yo creo que el error es profundo, y estoi seguro de que si se sumerjiesen todas las casas en las calles principales hasta la altura del entresuelo, de tal suerte que desaparecieran las tiendas y los objetos que en ellas atraen tanto la vista, veríase que la belleza y el atractivo de Paris habian desaparecido, quedando solo un agrupamiento de construcciones insignificantes y que no responden ni al gusto ni a ningun estilo."—

Parecióme exacta la observacion; y ciertamente no seria aplicable a las grandes ciudades alemanas, porque allí en jeneral, así como en la moderna Italia, se edifica segun un determinado estilo, y bien pobría faltar el primer piso sin que el daño fuese fatal al conjunto.

La parte mas nueva de Dresden nada deja que desear en este sentido; y aunque se ha construido en poco tiempo, aumenta rápidamente cada dia, el barrio "Americano", segun se llama por ser habitado preferentemente por ellos, en que todas las construcciones tienen un exterior magnífico, y un carácter grandioso que no se halla de ordinario en muchas ciudades aun mas importantes.

Lo mismo sucede con los barrios suburbios, sembrados en todas direcciones con agradables residencias de particulares, medio de ciudad y medio de campo, "villas" con jardines, que es donde se puede conocer mejor el estilo y el gusto dominante, puesto que ni los arquitectos ni los propietarios tienen que conformarse con las necesidades del sitio o del comercio.

Como he dicho, el clásico domina, y es mui comun ver los emparrados y las glorietas de Italia transplantados al suelo jermánico; ramas de yedra trepando por las canales de una columna dórica, o una cariátide de Aténas sustentando el pórtico del edificio. Todo esto es imitacion sin duda; pero ello no justifica los ataques de los autores franceses. Como dije ántes, ¿qué es preferible en arquitectura, una imitacion hermosa y bien adaptada, o un edificio que con la pretension de orijinalidad no pasa de ser un trabajo estravagante y de mal gusto?

La imaginacion de los arquitectos no tiene el vuelo libre de la de los pintores o de los poetas: deben ellos sujetarse mas a las formas pesadas de la materia.

## VII

Si ahora, dejando a un lado la imitacion en la arquitectura, observamos lo que sucede en las artes plásticas, encontraremos algo mui semejante: los modelos antiguos son tambien los que deben inspirar siempre a los escultores, y si de ellos se apartan es seguro que sus obras no reunirán los requisitos de pureza en las formas y de hermosura en el conjunto.

La escultura tiene un objeto limitado; esto es, reproducir la figura humana, segun las diferentes actitudes que traen consigo las diferentes situaciones de la vida. La base, por lo tanto, en que ese arte reposa es la verdad en el dibujo; a lo que el jenio del artista debe agregar el sentimiento que ennoblece a las formas, el alma que dá accion y movimiento a ese cuerpo.

El ideal de la escultura no puede ser sino uno, porque una tambien es la belleza que debe ella proponerse alcanzar. Otra cosa sucede con la pintura; allí hai un campo infinito de impresiones y en cada una de ellas cabe la idea de lo bello y aun de lo sublime, desde el sentimiento humano mas profundo hasta la poesia mas vaga e incomprendible de la naturaleza.

En alguna parte he leído una comparacion entre el

hombre y las artes; la recuerdo siempre porque me pareció justa.

La pintura corresponde al *alma*; la música al *espíritu*; y la escultura al *cuerpo*. Me explico lo primero porque los colores reproducen sobre la tela las impresiones definidas y claras que recibe el alma en su contacto con los demás seres, las ideas tales como las concibe, las sensaciones, según le han sido transmitidas por los sentidos.

Lo segundo, porque el arte de los sonidos, teniendo también un vuelo ilimitado, no expresa esas impresiones con la claridad de los colores, sino que deja siempre algo encubierto o misterioso, como son las tendencias del espíritu, de esa fuerza, que en nuestro interior nos impele hacia un lugar desconocido, nos arrebató a la vida material de la tierra.

La música nos habla también pero ese lenguaje así como el del espíritu es a veces demasiado sutil e incorpóreo para que al través de la materia que nos rodea podamos comprenderle.

El que la escultura, por último, equivale al cuerpo, apenas necesita comentarios. Lo he dicho hace poco: su objeto es reproducir las formas humanas idealizándolas por medio de su combinación con el sentimiento.

Siendo una sola la belleza de las formas, y habiendo llegado los griegos a su reproducción perfecta, y a dar a la materia inanimada toda la vida de que ella es capaz, es natural que los mármoles de Grecia tengan necesariamente que servir de modelos a todos los artistas que cultiven ese arte, porque si se apartan de los principios seguidos en aquellos, caen fatalmente en la imperfección y en el gusto depravado.

¿Habría existido un Miguel Anjel en Italia si no hubiera habido allí también las muestras espléndidas de escultura griega? Aunque es verdad que él, genio extraordinario que no conocía límites en su carrera, podría haber creado así como lo hicieron mil años antes Fidias y Praxiteles.

Pero si cabe algún defecto en el escultor florentino, es el haberse dejado arrebató por su imaginación, exajerando las formas en vez de la pureza ideal y de la exactitud completa de los griegos; defecto que le llevó aun a hacer de sus frescos verdaderas esculturas, como puede verse en

las admirables, pero estatuarias figuras de la capilla Sixtina.

Un siglo mas tarde vino otro gran talento— Bernini— pero envuelto en el gusto decadente de su época, cayó en pleno barroco, pudiéndose ahora apenas descartar el dibujo y la admirable espresion de sus figuras de entre los lienzos y ropajes en mil pliegues que las encubren. ¿Quién que haya estado en Roma podrá olvidar jamás el grupo de Santa Teresa en Santa María de la Victoria?

Los dos grandes escultores de este siglo no son tampoco completamente orijinales, y sin embargo, nadie les disputa su jenio.

El “Perseo” de Cánova está en el Vaticano demasiado cerca del Apolo de Belvedére, y a nadie puede ocultarse la semejanza; sus Venus o mas bien sus Paulinas Borghe-ses son inspiradas en la diosa de Chipre, cuyos mármoles han sido trasladados a Europa.

El gran artista danés, segun su propia confesion, ignoraba el arte hasta que no se lo descubrieron los horizontes de Roma: no habia bastado su talento para levantarlo a la altura que alcanzó, sin la observacion y el estudio de los modelos griegos, que lo formaron. Pero una vez en esa vida nueva, en medio de las obras maestras de la antigüedad, en medio de ese mundo poblado por las obras del jenio, desarrollóse tambien el suyo, y pudo entregar sus mas variadas producciones a los sorprendidos contemporáneos. Y así como Cánova y Thorvaldsen, si se quiere en menor escala, porque estos talentos aparecen mui pocas veces en un solo siglo, los escultores alemanes modernos han seguido tambien la única senda que podia conducirlos a la cima de ese nuevo Parnaso, y por eso es que han formado numerosas escuelas, algunos de cuyos maestros son probablemente los mas distinguidos de Europa.

Al extranjero que visita a Berlin no pueden escaparse los nombres de Schadow, Tiéck y de Rauch, sobretodo, que ha dejado tantas obras maestras. Ademas de sus monumentos públicos, de los cuales la estatua ecuestre de Federico II es seguramente el mas hermoso que existe, recordaré siempre el mausoleo de Charlottenburg, donde yacen Federico Guillermo III y la reina Luisa, padres del emperador actual. Nada es mas admirable que esa mujer

cuya muerte parece mas bien un sueño dulcísimo delante del cual uno quisiera siempre velar. Hai tanta poesía, tanto sentimiento en ese trozo de mármol, que hace un efecto sorprendente, aumentado todavía por reflejos azules que le vienen de arriba. Y ¡cuánto se prestaba aquella reina para un monumento hermoso y poético! Es una de aquellas mujeres ideales que reúnen la belleza del cuerpo a las incomparables virtudes del alma, una de aquellas reinas que han conocido no solo los momentos de grandeza y poder sino todas las amarguras de la desgracia, hasta esas que rompen los corazones mas fuertes; la que corria fujitiva de sus estados caidos en poder del enemigo, para salvar siquiera a su pequeño hijo, que hoi ciñe la corona imperial de Alemania; la que por fin sublevó el espíritu abatido de su pueblo, y llamando al patriotismo de cada uno de sus hijos dió la voz de la libertad. La tumba de esta reina es digna del cincel de Cánova; esa figura recostada, esa cabeza dormida, es adorable.

Tan famoso como Rauch entre los escultores clásicos, es Dannecker, cuya obra mas conocida es "Ariadne sobre la pantera", que posee la ciudad de Frankfort, grupo completamente de estilo antiguo, pero que no por eso deja de ser de concepcion orijinal y preciosamente ejecutado. Y podria recordar a Schwanthalers, Drake, Bläsers, Wolff, y muchos otros escultores, no discípulos sino fundadores de importantes escuelas.

Pero en Dresden mismo ha habido en los últimos años unos cuantos escultores, notables como los que mas, desde Rietschel y Hähnel hasta Schilling, que trabaja allí todavía, y que es talvez ahora el primero en Alemania. Sus cuatro grupos "la Mañana, Mediodia, Tarde y Noche," colocados sobre la gran escalinata de la terraza de Brühls, son magníficos, aunque es lástima que por estar dorados se pierda un poco la impresion del trabajo artístico ante el color brillante que tanto llama la atencion.

Pero obra capital es sin disputa el monumento conmemorativo de la unidad jermánica y de la última victoria. Creo difícil que se haya hecho últimamente en Europa nada de mas mérito ni importancia en su jénero. Es un monumento colosal: la estatua de Jermánia reposa sobre un pedestal enorme en que están representadas tambien en

estátuas y altos relieves las escenas mas prominentes de la guerra, y los personajes desde el emperador hasta los últimos cooperadores a la unidad nacional.

Colocado sobre una altura a orillas del Rin, domina todas las comarcas vecinas, y parece un sentinela avanzado del imperio: de léjos hace un efecto importante, y de cerca admira por la riqueza y perfeccion de sus detalles, sobretodo en los relieves cuyas escenas daban mas campo a la imaginacion del artista que el estrecho y monótono de los retratos. Es grande el acontecimiento y grande el triunfo que el coloso del Niederwal conmemora, y tambien es grande el triunfo de Schilling en la lucha pacífica de las artes.

Es indudable que la escultura ha quedado mui atras en Europa respecto de las otras artes, y que miéntras la pintura recibe cada dia un impulso mas poderoso, aquella se ha sumerjido casi totalmente en la banalidad mas deplorable, en un realismo sensual que caracteriza a la escuela francesa mas que a ninguna.

Una visita a cualquiera de las exposiciones modernas basta para demostrar la justicia de esta observacion, porque es difícil hallar en ellas algun asunto que se eleve de esa vulgaridad detestable, que por desgracia se ha hecho de moda tambien en la pintura y en las letras, y que se propaga cada dia mas segun aumenta esa corriente de realismo, que no es otra cosa que perdicion para las Artes.

Hai algunos que creen, y lo he oido sostener, que la escuela de escultura alemana está encima de todas las demas de Europa. No conozco lo suficiente para juzgar, pero sí comprendo fácilmente que se trabaje aquí de una manera mas séria, mas concienzuda, mas en beneficio del arte que por satisfacer las exigencias de un mal gusto que ojalá sea pasajero.

De los paises latinos es Italia el que ha cultivado siempre mas las artes plásticas; y existen allí una pléyade de escultores, sobre todo en Milan y Roma, pero la mayor parte de los cuales no pasan de ser artistas mediocres. Cosa análoga acontece en Francia, donde se cita con escepcion uno que otro nombre distinguido en los últimos años, cuyas obras probablemente reciben mas alabanzas que las que merecen.

Y en cuanto a España, país artístico por excelencia, y que, a mi juicio, está a la cabeza en casi todos los ramos de la pintura, ménos en el paisaje, desconócese allí por completo, así como se ha desconocido siempre, el trabajo del mármol; muchas jeneraciones há, tallábase admirablemente la madera, como podemos verlo en las esculturas de Alonso Ceno, de Sevilla, obras maestras de espresion, en las de Montañés de Berruguete, y en los innumerables retablos de alto relieve que adornan ya los altares de las capillas, ya los mayores de cada una de las catedrales ibéricas. Y estos últimos son de ordinario tan sorprendentes por su trabajo como por su tamaño.

Hoi los cinceles españoles no modelan el mármol ni la madera, y se encuentra como escepcion rarísima alguno de sus numerosos artistas que a ello se dedique. Recuerdo en este instante a uno de los tres hermanos Benlliure, los tres de talento notable, que se habia dedicado en Roma a la escultura, y aquél su curioso bronce "¡Accidente!" que representaba a un monaguillo italiano que al quemarse los dedos con el fuego del incensario, grita aquella palabra o interjeccion italiana cuyo significado sería difícil explicar.

La verdad y la espresion en este trabajo admiran; y despues de haberlo visto en su taller en Roma tuve el gusto de encontrarlo otra vez en la exposicion Nacional de Madrid, en Mayo último, donde gustó sobremanera, y fué comprado en el acto por el duque de Fernan Núñez. Ese jóven escultor es sin duda de porvenir, así como sus dos hermanos en la pintura.

Pero fuera de estos esfuerzos aislados, es difícil hallar en España misma, o estudiando fuera de ella, nada que sobresalga o que pueda colocarse en primera línea, y el arte plástico parece pasar inadvertido.

Segun esto, y para volver a Alemania de donde habíame apartado insensiblemente, no encuentro justificado tampoco el cargo que de falta de orijinalidad se hacia a los alemanes, en la escultura; y ántes bien me inclinaria a pensar que en eso no tienen ellos tantos motivos de envidia a los demas pueblos, porque talvez ninguno puede presentar en las últimas décadas un trio de escultores semejante a Dannecker, Rauch y Schilling.

Estos serán quizas desconocidos en Chile, pero ello no

es raro en nuestras escasas relaciones con Alemania: ¿qué puede saberse allá de todo el poder artístico y literario de este gran país, cuando lo ignoran también los que vienen, viajan, o viven confundidos en un gran torbellino mas allá de cuyo límite les parece que se acaba el mundo?

Pero lo raro es que conociéndolo, siquiera en parte, puesto que la dificultad del clima es para ellos casi insuperable, los autores franceses lleven su parcialidad al extremo de negarlo todo; de negar todo espíritu de iniciativa, todo desarrollo en las artes y las letras; como si todavía viviéramos en la época del siglo pasado, en que se habían perdido las primeras, y en que las segundas, sin tener originalidad alguna, se disputaban la imitación de las escuelas de Inglaterra y Francia, hasta que el genio de Klopstock y demás lumbreras que vinieron en pós, lograron dar un ímpetu poderosísimo a las letras nacionales, no solo independizándolas del yugo extranjero sino aun formando una de las épocas mas gloriosas en la historia de la literatura.

Pocos años mas tarde, y en los primeros de este siglo, deploraba también Madame de Staël, admiradora entusiasta de Alemania, la falta completa de patriotismo, y compadecía a esa multitud de pequeños Estados que no habían sido capaces de unirse para rechazar al comun enemigo, y a los cuales era extraño todo espíritu militar. Si hubiéramos de juzgar por esto, y el cambio habido en el desarrollo de las artes fuera comparable en algo siquiera al que ha habido en el desarrollo del arte de la guerra, bien podrían los alemanes declararse satisfechos de su progreso durante los tres cuartos de siglo; y ese cambio ha sido de todas suertes notabilísimo, porque de un grupo de naciones de poca importancia que era ha llegado el país unido a figurar en primera línea en industria, artes y literatura ya que no quiero ocuparme de la potencia militar.

## VIII

En pintura, por la inversa, considero a los alemanes, y con ellos en mayor escala a todos los pueblos del norte, muy atrás de los latinos. En ella, sí, que se hace notar la

falta de imaginación y originalidad que caracteriza a aquellos, porque por grande que sea el actual desarrollo del arte y lo concienzudo de sus trabajos, carecen los alemanes de ese vigor en el colorido, propio de la escuela moderna, y de esa vida en las composiciones que les da tanto relieve y movimiento.

Pero esto se refiere mas bien a la pintura contemporánea que a la de hace algunos años, y de ninguna manera a la de siglos há.

El principio de la escuela alemana, que coincidió con los principios de la edad de oro en Italia, entre los siglos XV y XVI, fué muy brillante: al través de la tiesura de las formas y crudeza de color, propia de todas las escuelas en su origen, y que hoy chocha a la vista, descúbranse grandes bellezas, que aunque talvez no comparables a las de algunos maestros de Roma, Florencia o Venecia, son siempre de interés grandísimo, así como lo tienen los primeros esfuerzos de las escuelas flamenca y holandesa, que algo se asemejan a la alemana.

Pero el brillo de Coloma y Nüremberg en la pintura no pasó de un par de generaciones, y vino en seguida un período por lo ménos de doscientos años de decadencia completa; hasta que Rafael Mengs, nacido en Aussig, de Bohemia, pero en realidad pintor de Dresden, vino, así como Winckelmann en las otras artes, a crear una fuerte reacción en favor de los maestros clásicos italianos, y en contra del período rococo que estaba entónces en todo su vigor.

En los primeros 50 años de este siglo han aparecido en Alemania una pléyade de pintores que son sin duda de los mas notables de Europa.

Corneius, fundador de la escuela de Düsseldorf, que hoy tiene grandísima importancia para la pintura nacional, es el primero; y siguiendo la senda clásica se acerca mucho a Rafael Sanzio, con quien los alemanes no trepidan en compararle: quien sabe si el espíritu nacional los lleva un poco léjos. De todas suertes sus numerosos trabajos, entre los que recuerdo ahora los cartones de sus frescos religiosos de la Academia de Berlin, y sus bosquejos de Düsseldorf, y los frescos del palacio de Munich, dan a conocer

sin duda alguna a uno de los pintores mas sobresalientes del siglo, si bien su estilo atenuado no cuadra a las nuevas exigencias de los reaccionarios en pintura.

Podria mencionar ademas, a Overbeck, que pintó mas en Roma que en Alemania misma, y cuyos asuntos religiosos están llenos del sentimiento digno y sencillo que solo la fuerza clásica puede inspirar; a Schnorr de Carolsfeld, que ha dejado innumerables obras, entre las que descuellan sus frescos del poema de los Nibelungen, en la presidencia de Munich, y los de la historia de Carlomagno y de Federico Barbarroja, que adornan el mismo palacio y cuyos cartones están en el museo histórico de Dresden; a Bendemann, a quien puede juzgarse bien, a pesar de que pintó toda clase de composiciones, en la Residencia sajona, donde decoró las principales salas con pinturas alegóricas de los grandes monarcas de la tierra que rodean a la "Saxonia"; a Kaulbach, cuyos magníficos frescos que cubren las murallas del vestíbulo y escalera griega del Nuevo Museo de Berlin, esa obra grandiosa del arquitecto Schinckel, son conocidos en todo el mundo; los paisajes románticos de Schirmer, de los dos Achenbach. Podria, en fin, mencionar a muchos otros artistas ilustres que vivieron pocos años há, y que levantaron a grande altura la escuela alemana.

Sus obras no son ahora tan celebradas por mucha jente, a causa del gran cambio operado en el gusto, que las condena con el eterno argumento del estilo anticuado. Sin duda la frivolidad de la moda háse tambien estendido a la pintura, porque no es otra cosa que frivolidad el objeto que se proponen al pretender impresionar por la forma mas que por el fondo, mas por la habilidad del artífice que por el talento del artista, desviando a veces a la pintura de su fin verdadero, que es el reproducir la naturaleza y las escenas de la vida tal como son, o siquiera ennobleciéndolas para acercarse en los paisajes hasta los dominios de la tapicería, produciendo efectos de color falsísimo. Esa es la frivolidad de la moda que por desgracia domina en algunos lugares aunque no en Alemania, y que parece dar mayor importancia a la manera de esparcir las pinceladas sobre el lienzo que al fondo mismo de la composicion, mas al efecto mas o ménos caprichoso que a la

verdad y a la belleza, que ante todo debería ser el objeto de la pintura así como el de todas las demas artes.

Pasado este período de grandes artistas, y a pesar de que varias escuelas, las de Düsseldorf y Munich sobre todo, cuentan con discípulos distinguidos, el movimiento de la pintura alemana no es comparable al que tiene lugar en Francia y España, que son seguramente los países que marchan a la cabeza, la primera en los paisajes, retratos y decoraciones, y en composiciones históricas y asuntos de jénero la segunda.

Es marcada aun la diferencia que existe entre los productos de imaginacion de los varios pueblos del Austria: mientras Hungría cuenta ahora con los mejores talentos de Europa, talentos aislados pero colosales, el Austria alemana nada puede presentar en pintura que se les asemeje. Y a mi juicio Mackart, que acaba de morir, tenia una fantasía digna de Rubens, pero sus telas son mucho mas ideales; y Muncakzy es el primer pintor contemporáneo, porque reúne las ventajas de todas las escuelas; pinta retratos como Carolus, Duran y grandes composiciones como Pradilla; tiene la gracia francesa y el color y la soltura española.

Aunque en la esposicion internacional de Bellas Artes, que tuvo lugar en Munich en 1883, podia verse una gran cantidad de cuadros modernos alemanes, y muchos de sus paisajes y retratos eran de mérito. Era grande tambien el contraste con las otras escuelas contemporáneas, que sin embargo no podian estar allí tan abundantemente representada como la nacional.

Y esta misma falta de pintores distinguidos del dia se hace sentir en cada una de las Academias o secciones modernas de los museos, comenzando por la de Berlin, donde uno de los mas espléndidos edificios encierra un agrupamiento de trabajos insignificantes. Tambien es cierto que no es aquella capital el centro del arte, sino que se le encuentra mas bien en Munich y Düsseldorf; y mas aun que en Berlin puede estudiarse en Frankfort, Dresden y Stuttgart; puesto que en Alemania no cabe la exajerada centralizacion de otros países, sobre todo en Francia, sino que cada una de las capitales de los diversos Estados del imperio conserva su autonomía en todos los ramos del

espíritu y de la inteligencia; sin perjuicio naturalmente de que Berlín haya en muchos respectos sobrepujado a todas, habiendo tenido ese portentoso desarrollo de riqueza y de importancia.

No olvidaré la desagradable impresion que me produjo la visita a su academia, así como a la sala de pinturas del Palacio Real: uno figúrase allí trasportado a un enorme campo de batalla, y en ninguna parte se hace el militarismo prusiano—porque allí sí que es verdaderamente prusiano—mas antipático ni mas pesada la mano de hierro de los vencedores en tantos combates. Es sensible que los artistas se hayan dejado llevar tanto del amor propio nacional, o de la adulacion al soberano, porque el emperador Guillermo es siempre el héroe que galopa en primera línea con los dos personajes, Bismarck y Molke, que jamas le abandonan, a la espalda.

Para ver estos ataques convencionales, esas cargas espantosas, esos despedazados franceses, es preferible pagar un marco de entrada a cualquiera de los Panoramas, donde la representacion de esas escenas terribles es mucho mas gráfica, y parecen sentirse los cañonazos y estar uno envuelto en el humo de la batalla. Algunos de esos cuadros son seguramente bien pintados, pero su conjunto hízome el efecto mas antipático, porque son asuntos en que el pincel de los artistas no debe jamas prodigarse.

Qué descanso pasar del campo de Gravelotte y del asalto de Saint Privat a los cartones de Cornelius, cuyo dibujo y composiciones rafaelescas están llenas de encantos; y llegar un poco mas allá al subir las gradas de esa grandiosa escalera de mármol, a la tela colosal de Mackart, que representa a Venecia, en la persona de Catalina Cornaro, recibiendo los honores y los presentes en el cenit de su poderío, tela riquísima en que se admira la voluptuosidad a la vez de Paolo Veronese y de Rubens, así como el colorido poderoso del maestro de Amberes y de los de Venecia. Hai en ella un trapo encarnado, una nota que para cualquier otro pintor seria discordante, pero la imaginacion casi loca del de Hungría se sobrepone a todo, y sus composiciones llenas de una *carnacion ideal*, salvando la paradoja que estas palabras encierran, admiten siempre sin de-

trimento esos colores tropicales que solo pinceles de fuego saben comunicar a la tela.

Esto es sin duda lo mas interesante de la Academia de Berlin, pero ni los cartones de Cornelius ni el cuadro colosal de Mackart pertenecen a la escuela alemana contemporanea, que, como he dicho ántes, apesar de su desarrollo, no me parece haya llegado a la altura de las otras dos artes que con tanto éxito se cultivan en el pais.

R. E. U.



## ESTUDIO

### SOBRE LAS CASAS DE INQUILINATO EN BUENOS AIRES

(Un volúmen de 51 pájs., Buenos Aires, imprenta de *El Porvenir*, 1885.)

---

Honrados por el eminente higienista arjentino doctor Rawson con el envió de su folleto sobre las casas de inquilinato recién publicado, creemos corresponder en alguna medida su atencion, a la vez que secundar sus nobles y caritativos propósitos, diciendo cuatro palabras sobre su trabajo, en el que estudia, como su título lo dice, una de las cuestiones de hijiene pública de mas trascendental importancia y de palpitante actualidad, no solo con relacion a Buenos Aires y Santiago y Valparaiso, sino tambien con relacion a todas las capitales sud-americanas, y podemos decirlo sin mucho exajerar, con relacion a todas las ciudades del mundo que tienen una poblacion algo crecida.

Hacemos caso omiso del mérito literario de la obra que nos ocupa, que, como todo lo que del mismo autor hemos leído, es de mano maestra. Y si esto recordamos, es solo para decir a los no versados en la ciencia hijiénica, que no se arredren ante la lectura de este interesante folleto, por el motivo de tratar de asuntos hijiánicos, porque en él encontrarán planteados y resueltos los diversos puntos de que se ocupa con tanta claridad y lucidez y con estilo tan pintoresco y elegante, que ninguna dificultad tendrán para posesionarse completamente de las ideas del autor, y mas de una vez tropezarán, eso sí, con el inconveniente de perder la hilacion de las ideas por estarse complaciendo en la zalamera del lenguaje.

Notemos, sin embargo, ántes de ocuparnos de su fondo,

que desde el punto de vista hieográfico tiene este folleto un defecto de no escasa importancia para la mayoría de los lectores; el de tratar los diversos puntos que toca, si bien uno en pos de otro, como en conjunto, sin hacer entre ellos la debida distincion y sin arreglarlos en un órden cualquiera. Nos habria parecido mucho mejor que el autor hubiera destinado un párrafo aparte para cada punto, y nos hubiera dado en los últimos las conclusiones prácticas a que arriba y que son sin duda la parte esencial de su trabajo.

Por nuestra parte procuraremos, al hacer el análisis de este folleto, acercarnos en cuanto nos sea posible al órden de materias en que nos parece debió ser dispuesto, llamando la atencion del lector a los puntos principales exclusivamente, para que a ellos pueda referir con mayor claridad todos los puntos secundarios y detalles que abraza el estudio del doctor Rawson cuando efectúe su lectura.

Si la lectura algo apresurada que hemos hecho del citado folleto no ha sido insuficiente para darnos una idea cabal de él, podemos decir que los puntos principales que el doctor Rawson ha querido considerar son los siguientes:

Necesidad en que se hallan las clases directivas de la sociedad (estadistas, políticos, capitalistas, hombres de ciencias, de letras y de prestigio) de proporcionar a las clases proletarias habitaciones hijiénicas y baratas, no solo por deber, por espíritu de caridad; sino tambien por conveniencia, en interes de la propia conservacion.

Benéfica influencia que las habitaciones sanas de la clase obrera ejercen sobre la salubridad pública en jeneral, y tambien sobre sus propios moradores desde el punto de vista moral; y reseña de lo que con relacion a este punto de hijiene pública se hace en las naciones mas adelantadas, y de los resultados que se han obtenido;

Exposicion de los hechos y antecedentes mas culminantes que indican la urjencia de que la ciudad de Buenos Aires se ocupe ya detenida y resueltamente de esta cuestion y procure la construccion de casas de obreros en grande escala;

Manera y condiciones enteramente comerciales y lucrativas en que pueden realizarse esas construccion;

Y en último término, lijera indicacion de la parte que

la autoridad administrativa debe tomar en la aprobacion de los planos y en la fábrica de los edificios, para que no se hagan éstos con disposiciones anti-higiénicas ni con materiales inadecuados, y de la reglamentacion que, para el uso de sus viviendas, deben imponer los propietarios a sus arrendatarios en las casas de inquilinato.

---

Como una muestra de cómo desenvuelve el autor el primer punto, copiamos los siguientes parrafos, que son los primeros de su folleto.

“Acomodados holgadamente en nuestros domicilios, cuando vemos desfilar ante nosotros a los representantes de la escasez y de la miseria, nos parece que cumplimos con un deber moral y relijioso ayudando a esos infelices con una limosna; y nuestra conciencia queda tranquila despues de haber puesto el óbolo de la caridad en la mano temblorosa del anciano, de la madre desvalida o del niño pálido, débil y enfermizo que se nos acercan.

“Pero sigámoslos, aunque sea con el pensamiento, hasta la desolada mansión que los alberga; entremos con ellos a ese recinto oscuro, estrecho, húmedo e infecto donde pasan sus horas, donde viven, donde duermen, donde sufren los dolores de la enfermedad y donde los alcanza la muerte prematura; y entónces nos sentiremos conmovidos hasta lo mas profundo del alma, no solo por la compasion intensísima que ese espectáculo despierta, sino por el horror de semejante condicion.

“De aquellas fétidas pocilgas, cuyo aire jamas se renueva y en cuyo ambiente se cultivan los jérmenes de las mas terribles enfermedades, salen esas emanaciones, se incorporan a la atmósfera circunvecina y son conducidas por ella talvez hasta los lujosos palacios de los ricos.

“Un dia uno de los seres queridos del hogar, un hijo, que es un ángel a quien rodeamos de cuidados y de caricias, se despierta ardiendo con la fiebre y con el sufrimiento de una grave dolencia. El corazon de la madre se llena de ansiedad y de amargura; búscase sin demora al médico

esperimentado, que acude presuroso al lado del enfermo; y aquél declara que se trata de una fiebre eruptiva, de un tífus, de una difteria o de alguna otra de esas enfermedades zimóticas, que son el horror de cuantos la conocen. El tratamiento científico se inicia; el tierno enfermo sigue luchando con la muerte en aquella mansion ántes dichosa, y convertida ahora en un centro de afliccion; el niño salva, en fin, o sucumbe bajo le peso del mal que lo aqueja.

“¿De dónde ha venido esta cruel enfermedad? La casa es limpia, espaciosa, bien ventilada y con luz suficiente, segun las prescripciones de la hijiene. El alimento es escojido y su uso ha sido cuidadosamente dirigido. Nada se descubre para explicar cómo ese organismo, sano y vigoroso hasta la víspera, sufriera de improvviso una trasformacion de esta naturaleza. El enfermo ha sanado quizá, y damos gracias al cielo y al médico por esta feliz terminacion; o ha muerto dejando para siempre en el alma de la familia el duelo y el vacío; pero no investigamos el oríjen del mal; las cosas quedan en las mismas condiciones anteriores y los peligros persisten para los demas.

“Acordémónos entónces de aquel cuadro de horror que hemos contemplado un momento en la casa del pobre. Pensemos en aquella acumulacion de centenares de personas, de todas edades y condiciones, amontonadas en el recinto mal sano de sus habitaciones; recordemos que allí se desenvuelven y se reproducen por millares, bajo aquellas mortíferas influencias, los jérmenes eficaces para producir las infecciones, y que ese aire envenenado se escapa lentamente con su carga de muerte, se difunde en las calles, penetra sin ser visto en las casas, aun en las mejor dispuestas; y que aquel niño querido, en medio de su infantil alegría y aun bajo las caricias de sus padres, ha respirado acaso una porcion pequeña de aquel aire viajero que vá llevando a todas partes el jérmen de la muerte.

“Este cuadro, que parece una fantasía, es, sin embargo, la fiel traduccion de los hechos como los estudia la ciencia y los confirma la esperiencia. Y si esto es así, la sociedad entera, los ricos y los poderosos, lo mismo que los pobres y los desgraciados, están solidariamente interesados en suprimir con todas sus fuerzas esos focos de infeccion, que desde las profundidades de la miseria envian talvez la

muerte para castigar la indiferencia de los que viven en la opulencia de las capas sociales superiores.”

Después de estas pinceladas maestras con que nos pinta el autor el contraste de las habitaciones de los ricos con las de los pobres, y nos pone de relieve el peligro que aun para los moradores de aquellas entraña la existencia de las últimas ¿y para qué nos habríamos de estender en apuntar las otras consideraciones con que demuestra la necesidad en que se halla la sociedad de proporcionar habitaciones sanas y baratas a sus clases inferiores, que son tambien las mas numerosas?

---

Lo que mejor prueba la benéfica influencia que tienen las habitaciones sanas sobre la moral y la salud de sus moradores son los hechos ya realizados y comprobados en las naciones que se han ocupado de mejorar las viviendas de sus clases proletarias; influencia que se hace mas manifiesta aun si se comparan esos hechos con los que se realizan en las naciones que descuidan a sus pobres no haciendo nada por darles alojamiento hijiénico.

Hé aquí, entre otros muchos, los hechos que recuerda el autor:

“La poblacion de Lóndres ha crecido considerablemente en la década de 1871 a 1881, aumentándose en 547,361 habitantes. La lei jeneral es que las enfermedades y la mortalidad guardan siempre una proporción con la densidad de las poblaciones; de suerte que era de esperarse que en esta última década la mortalidad de Lóndres hubiera subido sensiblemente de 22,5 por mil que tenia en 1871; y en vez de eso ha disminuido a 21,4 en 1881; y en 1883, siguiendo la misma progresión de crecimiento de la poblacion, la mortalidad se ha reducido todavía a 20,4 por mil.

“La fiebre tifóidea ha disminuido sus estragos en el mismo intervalo en un 8 por ciento, y la tísis tuberculosa en 3 por ciento; y en jeneral las enfermedades jímóticas han ido reduciendo su intensidad sensiblemente.

“El pauperismo ha tenido una disminucion mas notable

todavía, cuando parece natural que los destituidos que viven de la caridad pública sean mucho mas numerosos a medida que la poblacion se aumenta, con todas las desventajas que esta circunstancia trae consigo en la lucha por la vida. Entretanto hé aquí el resultado estadístico que tenemos a la vista: en 1871 se reconocieron por la asistencia pública 153,293 pobres que representaban el 47 por mil de la poblacion, y en 1880 la cifra de los pobres alcanzó solo a 98,916, es decir, el 27 por mil de la poblacion en esa fecha. En 1881 y 1882 el pauperismo ha disminuido todavía en 3 por mil.

“No pretendemos que todos estos beneficios sean debidos únicamente a la mejoría de los alojamientos (que el autor ha recordado anteriormente, refiriéndose con especialidad a las construcciones levantadas con el fondo Peabody); pero es indudable que ochenta mil obreros bien alojados, con la plenitud de su vigor fisiológico para el trabajo, moralizados al mismo tiempo por ese aire puro que respiran, y rodeados en su mayor parte de sus familias a cuyo bienestar consagran sus esfuerzos y sus economías, son otros tantos que se han salvado de las garras de la miseria. Son tambien un grupo de modelos que irradian a su alrededor la luz del ejemplo e inducen y estimulan a sus semejantes a seguir ese camino para llegar a participar de las ventajas que disfrutaban los que van llegando primero. Basta hacer constar que, por término medio, la mortalidad en esas casas espresamente construidas para las treinta y cuatro sociedades filantrópicas de Lóndres, y cuya poblacion de inquilinos alcanza a 80,000 próximamente, ha sido de 17 por mil, cuando en Lóndres, en jeneral, era de 22, de 21;4 y, lo mas baja, de 20,4 por mil.

“Es curioso tambien hacer notar que, siendo la natalidad de la metrópoli de 34 a 35 por mil, la de las casas modelos de obreros alcanza a 40 y aun a 42 por mil; y todavía agregaremos que la natalidad ilejítima tan reducida en Lóndres, que solo alcanza a 38 por mil de todos los nacidos. en estas habitaciones que nos ocupan, en estos 80,000 inquilinos albergados ahí, apenas llega a 34 por mil.”

Véase ahora lo que pasa en Nueva York y Filadelfia.

“Nueva York es una hermosa ciudad; con calles anchas y espaciosas avenidas; con 450 hectáres en plazas y par-

ques cubiertas de escojida vejetacion; con una abundante provision de agua; que equivale a 250 litros por dia para cada habitante; con casas perfectamente hijiénicas; y con el uso de los baños tan jeneralizado como es deseable, así en baños públicos como en baños privados.

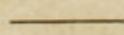
“Con el conocimiento de estos hechos y con el de muchas otras obras sanitarias que seria largo mencionar, se podria creer que la ciudad de Nueva York es mui sana, y que tantos servicios hijiénicos son correspondidos con el éxito mas completo. Entretanto, hé aquí las cifras que la estadística demográfica nos presenta.

“El número de defunciones en 1882, sin que ocurriera epidemia alguna en el curso del año, alcanzó a 37,924, que sobre una poblacion de 1.260,000 habitantes representa una mortalidad de 30,8 por mil.

“Pero lo grave en este dato es que el 53 por ciento de aquella cifra proceda de los *tenement houses*, es decir, que sus 580,000 habitantes han producido 20,100 defunciones, y que del resto de la poblacion [680,000] solo han salido 17,800.,,

El autor atribuye, pues, con razon la tan poco satisfactoria cifra de la mortalidad de Nueva York a la existencia en el recinto de la ciudad de 24,000 casas de inquilinato [*tenement houses*], “algunas de las cuales no ceden en inconvenientes y en horrores a las peores de su género;” y las cuales contienen próximamente la mitad de la poblacion o sea 580,000 habitantes.

Corroborata la opinion del autor lo que pasa en Filadelfia, en cuyo recinto es casi completa la ausencia de los *tenement houses* y en donde la mortalidad ha sido de solo 17,5 por mil en 1879, de 21,8 en 1881 y de 22 por mil en 1882.



Es tiempo ya de que nos ocupemos de lo que nos atañe de mas cerca. Veamos lo que pasa en Buenos-Aires; pero nó ántes de observar que para que el cuadro que nos presenta el autor pudiera ser aplicado a Santiago con exacti-

tud seria necesario, en estricta justicia, recargar no poco sus tintes sombríos.

“En el año 1880, según la estadística prolija levantada por la Municipalidad, el número de casas de inquilinato era de 1770; las habitaciones contenidas en ellas eran 24,023, y el número de habitantes alojados era 51,915.

“Esta cifra es muy considerable, seguramente, en cuanto al número de inquilinos; pero falta estudiar el progreso en que su número se ha desarrollado en lo sucesivo.

“En 1883, según la estadística derivada de la misma fuente oficial, teníamos 1868 casas de inquilinato con 25,645 habitaciones que estaban ocupadas por 64,126 habitantes.

“El aumento de las casas en los tres años fué de 5.5 por ciento, el de las habitaciones contenidas fué de 6.7 por ciento; mientras que su población se acrecentó en ese mismo tiempo a razón de 23.5 por ciento.”

“En el año 1883 la población total de Buenos-Aires ha sido probablemente de 310,000 habitantes. El número de defunciones alcanzó a 8,510, incluso la enorme cantidad de 1,505 muertos de la viruela; y ese total representaría el 26 por mil de la población calculada. Si se sustraen las defunciones por viruela, que han podido reducirse a una mínima expresión mediante una vacunación y revacunación severamente impuestas, la mortalidad quedaría reducida a un veinte y tres por mil.

“Y bien; los que hayan tenido oportunidad de observar la vida que se pasa en esas habitaciones malsanas que venimos estudiando, los que hayan seguido con interés el proceso de apocamiento de las enfermedades infecciosas y epidémicas, podrán comprender que de la alta cifra de defunciones, 2,200 a lo menos, proceden de las casas de inquilinato, lo que daría, sobre los 64,156 habitantes que ellas tenían, una mortalidad de treinta y cuatro por mil. Y si se considera que de los 1,500 muertos de viruela, más de mil han ocurrido en aquellas acumulaciones, se puede apreciar la influencia perniciosísima que esas casas ejercen, no solo por el sufrimiento de sus moradores, tan dignos de compasión, sino por la difusión de las enfermedades infecciosas, y la mayor gravedad que ellas asumen

en aquellos focos horribles de donde se trasmiten al resto de la poblacion.

“Corregir este defecto y evitar su funesta agravacion en lo sucesivos es, pues, de un interes primordial, exigente y perentorio, para la sociedad, y un deber imperioso para las autoridades competentes. A ese fin deben concurrir todos cuantos sean capaces de estimar el mal y que en cualquiera forma puedan contribuir a este gran designio. Tal es el aspecto mas interesante que la cuestion de las casas de inquilinato presenta, y a él vamos a dedicar porticularmente nuestra atencion.”

---

Despues de poner a la vista de los lectores una breve reseña de cómo se ha procurado y se procura al presente en algunas grandes ciudades mejorar las habitaciones de la clase obrera, considerando especialmente la obra de las sociedades que para este esclusivo objeto se han formado en Lóndres y con particularidad la que administra el fondo Prabody, pasa el autor a indicar las condiciones en que podrian llevarse a cabo empresas de esta naturaleza en la ciudad de Buenos-Aires y los resultados que obtendrian casi a ciencia cierta. Dejamos la palabra al autor.

“Dejando a la competencia técnica el discernimiento de las formas que hayan de asumir las construcciones que se designen al alojamiento de los trabajadores pobres, vamos a sujerir brevemente algunas ideas sobre la mayor manera de llevar adelante estos trabajos, no construyendo una casa de inquilinato modelo de tarde en taree, sino haciendo de manera que se construyan cientos y miles en brevísimo tiempo, con la estructura y las condiciones hijiénicas que aconsejan el arte y la experiencia.

“Dos medidas nos han ocurrido: El uno seria que la autoridad municipal fomentara la organizacion de sociedades capitalistas, de un carácter financiero seguramente. Una lei puede autorizar la constitucion de esas sociedades y establecer que, cuando cada una de ellas hubiese suscrito un capital cualquiera para ese fin, el Banco Nacional u

otro con el cual se negociara la operacion, adelantaria como préstamos a esas sociedades, al interes establecido, una suma de dinero igual a la que estuviese suscrita por los socios y que la Municipalidad se comprometiera a la amortizacion del empréstito, pagando el *dos* por ciento anual acumulativo hasta su completa liquidacion. Si las compañías hubiesen suscrito, por ejemplo, un millon de pesos moneda nacional, el Banco podria adelantar, segun las necesidades sucesivas de los trabajos, hasta una suma igual, es decir, un millon de pesos tambien.

“Desde entónces las compañías pasarían anualmente al Banco el interes estipulado y la Municipalidad la amortizacion constante que le correspondiera: de suerte que a la vuelta de 23 años la deuda estaria estinguida y las sociedades constructoras se encontrarían propietarias definitivas de los edificios hechos con el capital prestado.”

El autor se estiende en seguida en considerar los beneficios sanitarios y sociales, financieros y comerciales que un sistema como el propuesto produciria para los diversos factores que concurran al resultado, y para los beneficiados mas inmediatamente.

Los socios suscritores de las compañías edificadoras lograrían, matemáticamente de nostrado, un 9 por ciento de interes anual sobre el capital que hubieran suscrito, deducidos ya el 6 por ciento para el pago de intereses a los Bancos prestamistas y un 2 por ciento para la reparacion y mantenimiento de las contribuciones, y esto durante el primer período de 23 años en que ha de estinguirse la deuda contraída. Y pasados estos 23 años habrán doblado su capital y percibirán entónces un interes de 17 por ciento líquido.

No se olvide que estas compañías constructoras, establecidas por la lei favorecidas en cuanto se pueda por las autoridades políticas y municipales, puedan tomar parte no solo los grandes capitales, sino tambien los pequeños ahorros del obrero.

Los obreros, por su parte, serían favorecidos con habitaciones sanas, cómodas y de un precio mucho menor que el que pagan actualmente; y hasta se podrian arreglar las cosas de modo que pagando un poco mas vinieran a hacer-

se propietario al cabo de doce o quince años de las habitaciones que ocuparan.

La Municipalidad veria no solo reintegrados, sino recompensados con usura los desembolsos que hubiera hecho en favor de las sociedades constructoras con ese cúmulo de trasformaciones que van a operarse con el sistema enérgico y bien dirigido de las construcciones para obreros. "Estimando, como un término medio, que muere el 30 por mil de los habitantes de aquellas casas, tendríamos que sobre la poblacion de 70,000 que ahora las ocupan mueren cada año 2,000 individuos; calculando tambien que esa mortalidad se reduzca, como en las casas modelos de Europa, a  $17\frac{1}{2}$  por mil, las defunciones de aquella poblacion alcanzan solo a 1,225. Por lo ménos se habrán ahorrado así 875 inhumaciones anuales y el gasto municipal que ellas demandan; sin contar con el rápido aumento de la poblacion de inquilinatos que subirá a mas de 120,000 dentro de 10 años. A esto se agrega que para cada caso de muerte hai, segun está calculado, 15 casos de enfermedades; y entónces las 875 defunciones ahorradas representarian 13,225 enfermos en el mismo tiempo, cupa mayor parte gravitan sobre el tosoro municipal en la forma de gastos de hospital o de asistencia a domicilio." Los barrios excéntricos de la ciudad, en donde principalmente han de fijarse las meras construcciones, aumentarán mucho de valor, y con este las construcciones municipales; y todavía el embellecimiento de la ciudad, el saneamiento de sus barrios insalubres, la mayor actividad comercial que entrañan el descenso de la mortalidad y el mayor bienestar de los obreros, etc., etc.; ¿no representan tambien ganancias dignas de consideracion para la Municipalidad respectiva?

Y finalmente, los Bancos prestamistas, segun los cálculos del autor, habrán realizado en los 23 años necesarios para la estincion de la deuda una ganancia que se traduce por la conversion de 2.500,000 pesos en 7.800,000, hecha la supresion de un 10 por ciento de las utilidades, por las demoras en la colocacion de las entregas anuales; "lo que representa una utilidad lejítima y cuantiosa capaz de considerar el crédito de la institucion bancaria mas exigente."

"El otro medio que nos ocurre seria todavía mas eficaz, aunque puede decirse mas brusco.

“El crédito de nuestro país permite que se levanten a menudo grandes empréstitos para obras de progreso material. Estamos lejos por nuestra parte de aprobar siempre lo que llega a ser un abuso del crédito cuando pasa de ciertos límites; pero el hecho en sí mismo prueba que se puede traer el capital a la República Argentina sin esfuerzos excepcionales.

“Así como se construye un ferro-carril por una empresa particular con la garantía de la República, en cuanto al mínimun de producto neto que dará la obra, así tambien nos ocurre que puede solicitarse el capital extranjero y nacional, asegurándole como garantía un interes suficiente y superior al que se le reconoce jeneralmente, si ese capital, que puede llegar a ser de muchos millones, se aplicara a la edificacion de casas adecuadas para la habitacion de los obreros. La Municipalidad ofreceria una garantía de 7 a 8 por ciento anual sobre las sumas empleadas; garantía que se haria efectiva a medida que los trabajos fueran entregándose al uso destinado.”

“Este sistema tendrá la ventaja sobre el anterior y sobre cualquiera otro, de proveer inmediatamente los capitales necesarios y de poder empezar sin demora la construccion, en vastas proporciones, de los edificios que se requieren.”

---

En cuanto al último punto que hemos apuntado, juzga el señor Rawson que la Municipalidad, por intermedio de comisiones técnicas especiales, debe aprobar, reformar o rechazar los planos que se le presenten para la construccion de casas de inquilinato; exijiendo que en ellas se consulten todas las condiciones de esposicion, ventilacion, capacidad cúbica, provision de aguas corrientes, etc., etc., que la ciencia hijiénica prescribe; y vijilando cuidadosamente su construccion para que se hagan conforme a los planos y con materiales adecuados. Quiere tambien que la Municipalidad “concurra para la fijacion de los alquileres, con el designio de reducirlos a la menor espres-

sion compatible con las conveniencias comerciales de las compañías o de los propietarios de inquilinato."

Y termina su folleto trascribiendo uno de los reglamentos que rijen en los edificios de Peabody, porque "una reglamentacion bien meditada para el uso de las casas de inquilinato es el elemento práctico mas importante para que alcancen eficazmente los objetos sanitarios y moralizadores a que están destinados."

---

Como se vé por el análisis que hemos hecho y por los párrafos que hemos transcrito, el folleto del Dr. Rawson trata la cuestion de las casas de inquilinato, los *conventillos*, como nosotros los llamamos, por algunas de sus faces ménos técnicas y mas importantes desde el punto de vista práctico, y merece por esto ser conocida y leida detenida y atentamente no solo por todos aquellos que por espíritu de caridad o por interes científico se preocupan siquiera mentalmente de la suerte de los pobres, sino tambien por todos los que buscan negocios lucrativos o colocaciones seguras para sus capitales.

Y no se crea que por haber sido escrita especialmente para Buenos Aires ha de carecer este estudio de interes para los lectores chilenos; porque, apesar de no tratar de la materia desde un punto de vista jeneral, puramente especulativo o técnico, en los puntos que considera puede aplicarse a lo que pasa en Chile, especialmente en Santiago, hasta en sus mismos detalles. Creemos, pues, que su lectura ha de ser provechosa para todos; y nos atrevemos, y este es el objeto principal de este artículo con pretensiones de crítico, a recomendarla mui especialmente a los que por la parte que tienen en la direccion política del país están en mejor aptitud que nadie para encarrilarlo tambien por las vías del progreso material.

Una última reflexion y pongamos punto final.

Los partidos políticos mismos que ajitan el país y encozlerizan los ánimos con estériles pero enojosas riñas de palabras y con reformas de embeleco con mas ínfulas de

filosóficas que de políticas y prácticas, ¿no harían obras de mas cordura y de mayor provecho procurando captarse el cariño del pueblo con trabajos útiles y provechosos para él? Vaya un ejemplo. Las leyes del registro y del matrimonio civiles, de no discutida impopularidad y de ninguna urgencia y de dudosa utilidad, cuestan al erario nacional mucho mas de 500,000 pesos anualmente. Ahora bien, quinientos mil pesos representan mil piezas sanas, cómodas, e hijiénicas en donde hallarian aire, luz, salud, vida y felicidad no ménos de dos mil de esos infelices que pagan hoi injente tributo a las enfermedades y a la muerte en esas míseras viviendas que ni el nombre merecen de tales. Dos, cinco, diez, veinte mil infelices hechos venturosos y ciudadanos útiles y agradecidos a su patria en uno, dos o diez años y no valen la pena de dejar para mejores tiempos la formacion de esos inútiles legajos en que se derrochan hoi mas de quinientos mil pesos cada año, y de arrancar éstos a la voracidad de esa turba de empleados holgazanes que se los disputan, para invertirlos en provecho del pueblo, que los produce con el sudor de su frente?

R. DÁVILA BOZA.

Copiapó, a 23 de mayo de 1885.



# MAL POR BIEN

## ACTO QUINTO.

La misma decoracion que en el acto tercero.

### ESCENA PRIMERA.

RAMON, VALENTIN.

RAM. Rosita aun no vuelve en sí. . . .  
Es largo el desmayo. . . .

VAL. Ya. . . .  
Es largo. . . . No tardará  
En volver. . . .

RAM. Solo por mí! . . .  
(Como apesarado de lo que hizo.)

VAL. Lijereza fué, sin duda. . . .

RAM. No hai remedio. . . Está hecho el daño! . . .  
Pero tambien el engaño. . . .  
(Exaltándose.)

El torpe engaño me escuda!  
Mantenerme en la ilusion,  
Jugar con el alma mia  
Para hacer el mejor dia,

Pedazos mi corazón! . . . .  
 Para decirme despues:  
 "Es usted un majadero . . . .  
 No quiero a usted . . . . a otro quiero;  
 Se ha acabado el entremes!"  
 Para darme sin temor,  
 Con indigna y fea táctica,  
 Una leccioncilla práctica  
 De lo que vale el amor.

(*Con mucho sarcasmo.*)

¡Y yo, crédulo, creí;  
 Y, enamorado, la amé;  
 Sus palabras escuché;  
 Y el paraiso entreví!

(*Con íntimo pesar.*)

¡Vive Dios; qué he de saber  
 (*Con despecho.*)

La verdad! La he de buscar  
 Aunque tenga que apurar  
 Este horrible padecer! . . . .

(*Se pasea ajitado. Rosario por la derecha.*)

## ESCENA SEGUNDA.

DICHOS, ROSARIO.

Ros. Ha vuelto, señor! . . . Ha vuelto!  
 (*Va a retirarse.*)

RAM. Bien! mui bien! . . . Rosario . . . Espera! . . .  
 (*Pausa.*)

¡Por qué sin ningun motivo  
 Me engañaste anoche, necia,  
 Diciéndome que Rosita  
 Mia y solo mia era?

Ros. ¡Esa es la verdad, señor!  
 (*Mui astijida.*)

RAM. ¡Esa es la mentira, páfida! . . .

Ros. Le aseguro, señor . . . .

- RAM. Calla!
- ¿Por qué dijiste, perversa,  
 Cuando te hube preguntado  
 Si ella me quería, si ella  
 Conmigo alegre se unia,  
 Que era su alegría inmensa?
- ROS. Es que. . . .
- RAM. Mala mujer, dí:  
*(Interrumpiéndola.)*  
 ¿Tuviste nunca conciencia?  
 ¿Alguna vez aprendiste  
 Lo que era ser noble y buena?  
 ¡Ya se vé! . . . ¡Eres una indigna  
 Criada! . . . .
- ROS. Señor! . . . .  
*(Llorando.)*
- RAM. Embustera!
- VAL. Cállese usted, don Ramon. . . .
- RAM. No te imagines que crea  
*(Sin hacer caso de Valentin.)*  
 Que esas tus lágrimas son  
 Hijas de una justa pena!
- ROS. Es verdad que le mentí  
 Anoche con mi respuesta  
 De que nadie pretendia  
 A doña Rosita! . . .
- RAM. Sí, esa. . . .
- ROS. Porque continuamente anda  
 Un individuo tras ella. . . .
- RAM. Bien lo conoces, por cierto.
- ROS. Si pasa las horas muertas  
 Rondando la casa! . . . A veces. . . .  
 O por la calle atraviesa  
 Y se asoma a las ventanas. . . .  
 O se mete por la puerta  
 De calle como a su casa  
 Y me hostiga y me molesta. . . .
- RAM. Y ¿por qué de tales cosas  
 No me diste anoche cuenta?
- ROS. Por no disgustar a usted  
 Con cuentos sin trascendencia.

- RAM.       ¿Rosita... le corresponde?...  
 ROS.       ¡Ai, señor; si lo detesta!  
 RAM.       ¿Su nombre?  
 ROS.                 Don Cárlos Lindo....  
 RAM.       ¡Márchate de aquí, embustera!  
               (*Con gran enojo.*)  
 ROS.       ¡Ai! ¡Si es la pura verdad!  
 RAM.       ¡Mientes!  
 ROS.                 Nó!  
 RAM.                 ¡Sí!.. Vete, necia!  
               (*Váse llorando la Rosario.*)

### ESCENA TERCERA.

RAMON, VALENTIN.

- RAM.       Nó; que es Francisco, por cierto!...  
 Y me lo ocultan! ¿Por qué!...  
 ¡Verdad que no lo sabré,  
 Ello ha de estar encubierto!...  
               (*Sarcasmo.*)  
 No es propio que un novio sea  
 De la novia confidente.  
 Mi novia!... ya nada siente.  
               (*Por el corazon.*)  
 Ruda será la pelea,  
 Si he de buscar olvido!...  
 Pero... ¡morir o triunfar!...  
 ¿Amar? ¡Ya no quiero amar!...  
 Mate la risa al jemido!...  
               (*Se deja caer desplomado, jimiendo, sobre una  
 silla y se cubre el rostro con desesperacion. Apa-  
 rece por la derecha doña Manuela, que hace a  
 Valentin una seña para que se retire. Valentin  
 se aleja mui conmovido por la izquierda, primer  
 término.*)

## ESCENA CUARTA

DOÑA MANUELA, RAMON.

D<sup>ª</sup> MAN. Ramon!

RAM. Señora! . . .

D<sup>ª</sup> MAN. Dios mio!

¡Ramon. . . . ¿quiere usted hablar! . . .

¿Qué es lo que pasa hoy en casa!

Rosita ha salido ya

Del desmayo. . . . La Rosario

No hace ahora mas que llorar. . . .

Usted está descompuesto.

¡Y yo ya no puedo mas! . . .

¿Qué desgracia nos aflige!

RAM. Señora, le voy a hablar,

Por el Eterno lo juro,

Solamente la verdad.

D<sup>ª</sup> MAN. Hable Ud., amigo mio,

Diga, diga Ud. lo que hai. . .

RAM. ¿Por qué ha ido la Rosita

A aquella casa fatal? . . .

D<sup>ª</sup> MAN. Fué tan sólo por hacer

Una obra de caridad.

Así me ha dicho.

RAM. Señora,

El que habita casa tal

Es el mismo que escribió

Aquella infame carta. . .

D<sup>ª</sup> MAN. ¡Ah! . . .

RAM. Sepa Ud. que yo creí

Hallar la felicidad

En el amor de Rosita. . .

¡Ni me ama ni me amará! . . .

Mui presto saldré de aquí

Para nunca mas tornar. . .

D<sup>ª</sup> MAN. ¡Señor, señor! . . . Dame fuerzas

- RAM. Porque se me agotan ya!  
Y qué diré yo, señora,  
Cuando siento rebramar  
Una tormenta de amores  
Y de odio! . . cuando me está  
Diciendo el corazón: "¡Sigue!"  
Y la cabeza: "¡No más!"  
Cuando en bien de su hija,  
Este amor sacrificar!  
*(Pausa. Transición.)*  
¡Quiero hablarla! . . ¡Quiero hablarla! . .  
Dejarla libre! . .
- D<sup>a</sup> MAN. *(¡Quizás*  
Se arreglen hablando!) Sí! . .  
Ramon, la voy a llamar!  
*(Vase, derecha primer término.)*

### ESCENA QUINTA.

RAMON.

- RAM. ¡Última vez! . . ¡Es preciso  
Dejarla libre gozar! . .  
Que no sufra! . . Que no sufra  
Los tormentos que me da! . .  
*(Sale recto.)*

### ESCENA SEXTA.

RAMON, ROSITA.

- RAM. Señorita . .  
ROSIT. *(¡Señorita!)*  
Caballero . .  
RAM. *(¡Caballero!)*

- ROSIT. Ud. deseaba . . yo espero . .  
Que . . si Ud. me necesita . .
- RAM. Señorita . . última vez  
Que me verá en su presencia . .  
No amargaré su existencia . .  
(¡Oh sufrimiento!) . .
- ROSIT. Talvez  
Ud. se siente mui . . mal . .  
Es natural! . .
- RAM. Cómo pudo  
Jamás pensar . .
- ROSIT. No lo dudo.
- RAM. Hai circunstancias . .
- ROSIT. Cabal . .  
Circunstancias . . (¡oh martirio!)
- RAM. Se siente indispuesta?
- ROSIT. Nada.  
Siga Ud. que *eso* me agrada . .
- RAM. ¡Ai! . . Al sentir el delirio  
De una invencible pasión  
Que nuestra alma, señorita,  
Con poder mágico ajita,  
Que subyuga el corazón,  
Al rededor sólo vemos  
Esplendor, gracia, hermosura . .  
¡Si el pesar no nos tortura  
En el dolor nos creemos! . .  
Es nuestra vida un jardín  
Que nos ofrece a porfía  
Mil primores cada día:  
Flores hermosas sin fin;  
Que flores del alma son  
Las ilusiones primeras  
Que se mecen placenteras  
En el jóven corazón . .  
Desventurado de aquél  
Que sus flores ya crecidas  
Vió arrancadas y esparcidas  
Por una mano cruel . .  
Señorita . . brotar ví  
En mi jardín esas flores . .

- ¡Marchitas están! . . Rigores  
 De una mujer . . que perdí! . .  
 ROSIT. ¡Si? . . gran desgracia . . Permita,  
 Caballero, a una mujer,  
 Que esas flores llegó a ver,  
 Que hable.
- RAM. Escucho, señorita . .
- ROSIT. Nace entre espinas la rosa,  
 Reina de las flores es,  
 Y éntre espinas da despues  
 Su ambrosía deliciosa . .
- RAM. Al aspirarla el viajero  
 (*Interrumpiéndola con intencion.*)  
 De las espinas se olvida . .
- ROSIT. ¡Imájen fiel de la vida  
 Placer y dolor artero!  
 Prosigo . . Un viento glacial,  
 El rosal estremeciendo,  
 Va, una a una, desprendiendo  
 Las rosas de ese rosal!  
 La mas ufana cayó,  
 Las espinas sólo quedan,  
 Porque los pétalos ruedan,  
 En el viento que pasó . .  
 La ilusion es esa flor  
 Que la brisa pasajera  
 Arrebata en su carrera  
 Y espina deja y dolor . .  
 ¡Ai! . . Desgraciada mujer  
 Aquella que vió dichosa  
 Brotar la fragante rosa  
 Y fuéla eterna a creer! . .  
 (*Pausa.*)
- RAM. ¡Feliz, señorita, fuí!
- ROSIT. Mui dichosa víme yo . .
- RAM. Pero el dolor me asaltó . .
- ROSIT. Mas, desengaños sufrí . .
- RAM. Cuando pensaba gozar  
 Un paraiso de ventura  
 Vino la cruel amargura  
 Mi dulce dueño a turbar . .

- ROSIT. Cuando alegre sonreia  
Muerta de amores por... *él*...  
Vino el desengaño cruel  
A perturbar mi alegría...
- RAM. Dulzura no hai para mí!
- ROSIT. No hai bien para mí en la tierra!
- RAM. Ahogaré el amor que encierra!  
(*Por el corazon.*)
- ROSIT. Mataré mi amor aquí!....  
(*Lo mismo.*)
- RAM. (Me sacrifico por ella!)
- ROSIT. (¡Por su bien abrojos piso!)
- RAM. Como existe... un compromiso....
- ROSIT. ¡Oh por él... no habrá querella!
- RAM. Que viva Ud. con... su amado....  
Siempre en paz... siempre contenta....  
Jamás, señorita, sienta  
El corazon destrozado....
- ROSIT. ¡Cuán desmedido sarcasmo!....  
Que Ud. feliz sea, espero....  
Nunca pruebe el dolor fiero!....
- RAM. ¡Oh, de escucharla me pasmo!....
- ROSIT. ¡Goce Ud. con Isabel!....
- RAM. ¡Cómo! ¡cómo!.... (¡Es un pretesto!)  
Que Ud. a Francisco presto  
Se vea unida!....
- ROSIT. ¡Con él!....
- RAM. ¡Oh! Dime, por Dios, Rosita!  
(*Fuera de sí.*)  
Dime... ¿No adoras a ese hombre!
- ROSIT. Le conocía de nombre  
Hasta hace poco!....
- RAM. ¿Una cita  
No te dió ahora en su casa!  
¡Oh, dímelo por favor!....  
¿No era una cita de amor?
- ROSIT. ¡Ramon, Ramon!... ¡Esto pasa  
(*Con enojo.*)  
De ser una torpe intriga!....  
Yo cita de amor!... ¡Ai Dios!
- RAM. ¿Qué nos separa a los dos!....

ROSIT. ¡Nó! ¡Tú tienes otra... amiga!  
 ¡Vete con ella, Ramon!  
 Aunque me duela en el alma!  
 ¡Vete, vete! ¡Ya no hai calma  
 Para un triste corazen!  
*(Vase llorando, derecha primer término.)*

### ESCENA SETIMA

RAMON.

RAM. ¡Goza tú!... ¡Voi a partir!...  
 ¡Hermosa a quien adoraba!  
 ¡Anjel de quien esperaba  
 Mi vida!... Ahora... a sufrir!...  
*(Cuando va a salir, llega Valentin apresurado.)*

### ESCENA OCTAVA.

RAMON, VALENTIN.

VAL. Señor; anda el amigote  
 Dando vueltas por ahí....  
 RAM. ¿Quién?... ¿Francisco?... ¡Miserable!  
 VAL. Ese nó....  
 RAM. ¿Quién, Valentin?  
 VAL. Don Cárlos Lindo.  
 RAM. Qué importa!....  
 VAL. Sin duda quiere venir!  
 Con una carta en la mano  
 Anda... Esperemos aquí!  
*(Suplicando.)*  
 Porque lo he estado atisbando

Y no ha de traer buen fin. . . .  
(*Llega Cárlos.*)

ESCENA NOVENA

Dichos, CÁRLOS.

- VAL. (*De alegría.*)  
 CÁR. (*De disgusto y sorpresa.*) } ¡Ah! . . . .  
 RAM. (*De sospecha.*) }  
           (*Cárlos oculta una carta que tenia en la ma-*  
           *no.*)
- CÁR. (¡Don Ramon. . . ¡Qué disculpa? . . . .  
 VAL. (¡Vió la carta?)  
 RAM. (¡La ha escondido!)  
           (*Hablando bajo y rápidamente con Valentin.*)
- CÁR. ¡Estaba Ud. aquí?  
           (*Dándole mui amistosamente la mano.*)
- RAM. Sí. . . .  
           (*Con el tono mas natural.*)  
 A sus órdenes, amigo!  
           (*Aparentando mucho interes por él.*)
- CÁR. ¡Visita Ud. esta casa?  
 RAM. Aquí soi bien conocido.  
 CÁR. (¡Malo!) Yo venia a ver. . . .  
 Pero, don Ramon. . . qué miro!  
 Tiene irritados los ojos. . . .
- RAM. ¡Yó? . . . Es que mucho me he reido! . . . .  
 Y pues la risa da llanto  
 Es forzoso que un poquillo  
 Estén rojas mis pupilas. . . .
- CÁR. ¡Por qué tal risa?  
 RAM. Un capricho. . . .  
 Porque quise a una mujer  
 Y ella. . . .
- CÁR. ¡Qué?  
 RAM. Ella no me quizo!  
           (*Riéndose.*)

CÁR. ¡Qué orijinal! . . . .  
(*Riéndose.*)

RAM. ¡Ella pierde! . . . .  
(*Como ántes.*)

CÁR. ¡La Rosita?  
(*Con misterio.*)

RAM. ¡Qué adivino! . . . .  
(*Dándole palmaditas en un hombro.*)  
¿La conoce Ud?

CÁR. Un poco . . . .

RAM. (¡Crece mi sospecha!)

CÁR. Amigo,  
Siento mucho su percance!

RAM. ¡Hombre! . . . nó! . . . Si yo deliro  
(*Finjiendo gran contento y mostrándose como aliviado de un gran peso.*)

De gozo, porque ha cortado

Ella misma el compromiso!

¡Se lo juro! De la boda

Estaba ya arrepentido!

CÁR. Hombre! . . . ¿Y por qué no lo ha amado?

RAM. Porque ama a otro!

CÁR. ¡Oh, mi amigo!

(*Gozoso.*)

RAM. ¿Qué sabe Ud. a quien ama?

CÁR. ¡Oh gozo! ¡me lo imagino!

RAM. ¡Hombre; dígamelo Ud.

(*Con tono enteramente persuasivo y confidencial.*)

Para traerlo yo mismo

A la casa y presentarle

Al gracioso pimpollito! . . . .

Y para darle las gracias

Como a libertador mio!

¡Mucho lo ama! . . . .

CÁR. ¡Mucho?

RAM. ¡Mucho!

(¡Oh mas y mas me confirmo!)

CÁR. ¡Las mujeres son el diablo!

Jamas lo hubiera creido .

Que tan luego se mudara! . . . .

Yo soi el otro, mi amigo! . . . .

(*Despues de titubear un rato, y con muchísima satisfaccion.*)

VAL. (¡Ah!)

RAM. ¡Hombre! . . . ¿Ud? . . . ¡Venga esa mano!

CÁR. ¡Con mil amores!

(*Se estrechan la mano con efusion.*)

RAM. ¡Divino!

¡Mis parabienes sin cuenta!

CÁR. ¡Ah, mujeres! ¡Basiliscos!

Temprano fué el ultimatum

Y a la tarde es el cariño!

Algo habian de alcanzar

Las cartas por los versitos! . . . .

Mire Ud! Otra traia.

(*Se la muestra.*)

Francisco me las ha escrito!

RAM. Pero la letra del sobre

No es la letra de Francisco . . . .

CÁR. ¡Qué! Si él no ha sabido nada!

RAM. Y cómo no lo ha sabido? . . . .

CÁR. Porque no le he dicho cómo

Se llamaba el ánjel mio! . .

Cuando me escribió esta carta

Y otra mas que he remitido

Tambien por mi propia mano . .

Por allí . . . .

(*Señalando una de las ventanas*)

“Cárlos—me dijo—

¿Cómo se llama la niña

Para quien versos te escribo? . .”

“Te lo diré, contestéle,

Cuando me halle convencido

De que la chica me quiere.”

Ahora voi a decírselo,

Pues que ahora solamente

Que tanto me ama he sabido

Por Ud., a quien tributo

Mis elojios mas cumplidos! . .

RAM. Torpe de mí que culpable

Al inocente he creido! . .

- CÁR. Por qué dice Ud. tal cosa? . .  
*(Con cierta inquietud)*
- RAM. Explicarlo es bien sencillo  
 Porque yo creía que era  
 Derrotado por Francisco! . .  
 El placer me va a matar! . .  
 ¡Perdóname, Dios benigno! . .  
 Por haber dudado un punto  
 De esos séres tan queridos! . .
- CÁR. Mas—¿qué diablos habla ahí? . .
- RAM. ¡Nada! . . Es que, por ser su amigo,  
 Aunque Ud. me ha derrotado . .  
 Aplaudo vivo! . . mui vivo! . .  
 Valentin, qué te parece  
 Este gran triunfo?
- VAL. ¡Magnífico!
- CÁR. Gracias, amigo, mil gracias!  
 (¡Esto me huele a estar frito!)  
*(Sospechando.)*  
 Voi a pedirle un favor.
- RAM. Por Ud. me sacrificio! . .
- CÁR. Ud. que es ya de la casa  
 Conocido mui antiguo,  
 Presénteme a la señora . . . .  
 (¡Pecho al agua!)
- RAM. Con muchísimo
- Gusto! . . . ¡Hoi mismo . . . al momento . . .
- CÁR. Bravo! . . ¡Qué triunfo, por Cristo!  
*(Llega Francisco.)*

## ESCENA DÉCIMA.

DICHOS, FRANCISCO.

- RAM. Francisco! ¡Perdon! . .
- FRAN. ¡Qué escucho? . .
- RAM. ¡Francisco, ven a mis brazos! . .  
*(Se abrazan.)*

- FRAN. ¡Qué es esto, Dios de bondad!  
Estoi despierto o soñando?  
(*Fuera de sí de alegría.*)
- CÁR. ¡Qué diablos tanta efusion  
Sentimental? . . . .
- RAM. ¡Otro abrazo! . .
- FRAN. ¡Ramon, que Dios te bendiga  
Porque me haces gozar tanto  
Despues de tanto sufrir!  
¡Si parece que me engaño! . . . .
- RAM. No! Perdona mi conducta  
Pasada! . . Los malos ratos . . . .
- FRAN. Los borraste de mi mente  
(*Interrumpiéndole.*)  
Con solo abrirme los brazos! . . .
- RAM. Se ha hecho la luz completa! . .
- FRAN. Y yo te andaba buscando  
Para hacerla! . . ¡Aquella carta  
Que me arrojaste airado  
Fué como revelacion  
De lo que estaba pasando.  
(*Ramon va hácia la derecha y llama apresu-  
radamente.*)
- RAM. Doña Manuela! . . Rosita! . .
- CÁR. (¡Qué guirigai endiablado! . . . .  
(*Llegan doña Manuela, Rosita y Rosario.*)

## ESCENA UNDÉCIMA.

DICHOS DOÑA MANUELA, ROSITA Y ROSARIO.

(*Esta sale por el 2º término de la derecha y se queda atras con Valentin.*)

D<sup>a</sup> MAN. Ramon?

ROSIT. Ramon! . . ¡Ah!  
(*Viendo a los otros.*)

D<sup>a</sup> MAN. Señores.

(*Saludando con una inclinacion.*)

¿Qué significa?... Aquí estamos....

(A Ramon.)

RAM. Francisco Arco, amigo mio.

(Presentándolo.)

FRAN. Señoras....

(Con una reverencia.)

CÁR. (¿A mí?... ¡Qué bárbaro!..)

RAM. Doña Manuela, Rosita:

¡Todo está ya averiguado!..

D<sup>a</sup> MAN. ¿De modo que....

RAM. Esta es mi esposa!

(Tonando a Rosita de la mano.)

TODOS. ¡Ah!

ROSIT. ¿Es Isabel?

RAM. ¡Si era engaño!

ROSIT. ¡Qué dicha!....

CÁR. (¡Tomo de prisa

El portante; ¡Qué petardo!

Señores....

(Marchándose.)

RAM. ¡Espera!

FRAN. ¡Espera!

CÁR. (¡Y no me dejan salir!)

(Deteniéndose.)

RAM. Te ha hecho servir ese hombre,

Francisco, de maniquí....

Tú le escribías las cartas,

Sin que supieras su fin;

De su misma boca no hace

Mucho rato que lo oí.

Viendo yo tu letra en ellas,

Que eras culpable creí.

ROSIT. ¿Y qué cartas eran esas?

RAM. Aquél lo sabrá decir.

CÁR. ¿Yo?... que... unas cartas....

(Mui turbado.)

RAM. De amores....

ROSIT. ¿Escritas para mí?

RAM. Sí.

ROSIT. ¡Ja, ja, ja, ja!

(Soltando una carcajada.)

D<sup>a</sup> MAN. ¡Mentecato!  
 FRAN. ¡Traidor! . . .  
 ROSIT. ¡Petulante!  
 RAM. Vil!  
 CÁR. Cómo es eso! . . . ¡Se me insulta?  
 Sacudo mi sandalia, y . . . .  
 (Yéndose.)  
 VAL. A sacudirla a la calle!  
 (Dándole un puntapié.)  
 So sin vergüenza! . . .  
 CÁR. ¡Oh!  
 (Escapa.)  
 RAM. ¡Por fin!

### ESCENA ULTIMA.

DOÑA MANUELA, ROSITA, ROSARIO, RAMON, FRANCISCO,  
 VALENTIN.

FRAN. Dios le tenga de su mano.  
 ROSIT. Ahora me toca decir  
 Por qué fuí a ver al señor . . . .  
 (Por Francisco.)  
 D<sup>a</sup> MAN. Sí . . . Dílo, hija mía, dí . . . .  
 ROSIT. Porque queria el señor  
 Me empeñase en conseguir  
 Que le dieras las razones  
 De tu encono horrible . . . .  
 FRAN. Sí;  
 (Interrumpiéndola.)  
 Para poder de ese modo  
 Defenderme . . . .  
 RAM. Valentin  
 (Interrumpiéndole.)  
 Dijo que te había visto  
 Antenoche hablar aquí  
 Con una mujer . . . .

- ROS. Conmigo. . . .  
*(Adelantándose.)*  
 Sí, señor; yo quedé en ir  
 A casa de don Francisco  
 Con el esclusivo fin  
 De decirle si era cierto  
 Que se casaba Ud.
- FRAN. Sí.  
 Mi objeto era sorprenderte  
 Con un regalillo, sin  
 Que tú te lo imaginaras. . . .
- RAM. ¡Oh Francisco. . . Gracias mill! . . . .  
*(Con cariño.)*
- FRAN. (Ah! ¡No sabe que-me quita  
 Con ella el cielo que ví!)  
*(Aparte con profundo dolor.)*
- RAM. Olvidemos lo pasado  
 Ya que nadie hai infeliz. . . .  
*(Francisco consigue serenarse, haciendo mucho esfuerzo.)*
- FRAN. Te ha concedido un favor  
*(Con gravedad.)*  
 El cielo en tal experiencia!  
 No juzgues por la apariencia  
 Que mucho induce en error;  
 Y si eres hombre de honor,  
 Esta experiencia reten:  
 Cuando juzgues mira a quién,  
 Y en tu opinion sé prudente,  
 Que es odioso delincuente  
 El que juzga MAL POR BIEN.

CAE EL TELON.

ANTONIO ESPIÑEIRA.



# PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

POR

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Tomo II Madrid 1884

(Conclusion)

---

V

No se limita, empero, el autor de los *Problemas Contemporáneos* a pintar a su modo y a desechar por cándido y utópico el ideal sociológico de los economistas, sino que, con admirable intrepidez y para que se advierta mejor el contraste, convida a contemplar sobre las ruinas del edificio derribado de aquel ideal la hermosura *del concebido por la tradición y el espiritualismo*, a cuyo regalado abrigo los pueblos vivieron bajo el antiguo régimen. En aquella dichosa edad, de la cual no hemos salido por completo según parece, y al influjo de tan liberales doctrinas “no tenía por qué ser el Estado omnipotente, ni para qué absorber al individuo; ni necesitaba intervenir tanto en la vida, ni mucho menos ser providencia de los hombres. La autoridad jurídica, económica, social del Estado, en época tan venturosa, se hallaba naturalmente limi-

tada por los derechos individuales, reconociéndose que la sociedad no tiene otro fin, despues de garantir la libertad recíproca, que proteger en lo que los esfuerzos o ausilios individuales no basten, a los hombres, bajo el ideal supremo de la lei moral.”

Tal es lo que afirma el señor Cánovas sobre la nocion que tenian las antiguas ciencias morales y polífticas del Estado y de sus facultades, tal el concepto que el mismo autor abriga de lo que el Estado ha sido realmente en los tiempos pasados y cuando la cándida utopia de los que creen en la armonía de los intereses no habia aun turbado la dulce paz y la libertad sabrosísima de que en aquel paraíso de delicias los individuos disfrutaban. Solo sí que es lástima y grande que el mui erudito autor del trabajo que estoi considerando no se haya dignado sacar de los repletos arsenales de su memoria algunos hechos propios a persuadirnos de que el arrobador cuadro que a la admiracion pública presenta, no es fruto solo de su imaginacion poderosa, sino copia fiel de una consoladora realidad.

Por no haberse dado semejante molestia el señor Cánovas, y no sin duda por falta de hechos que sirvan de base a sus graves asertos, han de quedar estos sin ninguna material y tanjible en que apoyarse. En efecto la historia, con taimada persistencia, cada vez que ha sido por nosotros requerida a deponer sobre el punto ha prestado declaraciones que son la contradiccion mas categórica y absoluta de la tesis sustentada por el ilustre ateneísta.

No hemos podido descubrir en ninguna de las obras escritas por los representantes de las doctrinas tradicionales con anterioridad a la irrupcion que en el campo que cultivaban hicieron a fines del pasado siglo los economistas e individualistas, ni en ninguno de los gobiernos que en conformidad a las doctrinas sociolójicas ejercian el poder público, ni una sola máxima, ni un solo documento, ni un solo hecho que pruebe, no diremos ya que el Estado se detuviese respetuoso ante los lindes de la soberanía individual, reconociendo prácticamente su incompetencia para legislar sobre ciertas materias, pero ni siquiera que los filósofos, políticos y publicistas intentasen en sus obras fijar a poco mas o ménos siquiera sus des-

lindes ni acertasen a escribir algo de lo cual fuese lícito inducir que sospechaban que existiesen.

Como no tengo yo autoridad suficiente para ser creído sin pruebas, máxime cuando opongo humilde aunque resuelta negativa a una afirmación tan prestigiosa como la del señor Cánovas, forzoso me será acudir para sustentar mi opinión a textos y hechos que basten a convencer a los pocos que lo ignoren, que las afirmaciones que contiene el párrafo mas arriba transcrito no tienen con la verdad histórica ni lejana semejanza siquiera.

Para realizar mi empeño principiaré por Grecia, cuna resplandeciente de todas las artes y las ciencias, y por Platon y Aristóteles, en cuyas inmortales obras la humanidad ha nutrido su inteligencia hasta ayer no mas durante veinte siglos.

Discordes en muchos y muy graves puntos, Platon, el poeta de las concepciones sublimes, y Aristóteles, el filósofo de las observaciones sagaces y de la ciencia universal, se encuentran en el mas perfecto acuerdo para enseñar la teoría del Estado omnipotente y del individuo molécula de aquella masa y víctima obligada de aquel ídolo que no reconoce a los pobres mortales otro derecho que el de inmortalizarse en sus altares.

“Grave error sería, dice Platon en el libro VI de sus Leyes, creer que basta legislar sobre aquellos actos que se refieren a la vida pública, sin penetrar al ménos sin causas muy poderosas, en el seno de la familia: que deba dejarse a cada cual dueño de vivir en su casa como mejor le agrade; que no haya necesidad de que todo esté sujeto a reglamentos; y pensar que, no porque se dejasen así libres los ciudadanos en su vida privada, habian de ser ménos exactos observadores de las leyes en lo que toca al órden público. . . . Todo lo que se hace en un Estado ordenadamente y en obediencia a la lei es para él causa de inapreciables bienes; y al contrario de la falta de reglamentación se orijinan muchos y gravísimos daños.”

Y consecuente con tales principios, Platon se manifiesta apasionado admirador de Minos y de Licurgo cuyas leyes, como es bien sabido, penetraron hasta en los mas pequeños e íntimos pormenores de la vida privada.

No debieron ser muy diversas las ideas que en punto a la

extensión de la soberanía profesaba Aristóteles, que escribió como la cosa mas natural del mundo en el capítulo XIV del libro IV de su *Política*. "Para distinguir a los niños que deben ser abandonados de los que conviene criar, seria bueno prohibir por medio de una lei que se cuiden, conserven y recojan los que nazcan contrahechos; y en cuanto al número de los niños, si las costumbres se opusieran a que fuesen completamente abandonados y si mas allá del límite formalmente impuesto a la población algunos matrimonios llegasen a procrear, debería imponerse el aborto, ordenando que precisamente se provocase éste ántes de que en el embrion se hubiera despertado el sentimiento y la vida, pues la criminalidad o inocencia de tal acto solo depende de esta circunstancia de la sensibilidad y de la vida."

Y un poco mas adelante y repitiendo casi las mismas palabras de Platon, escribió en el capítulo II del libro V.

"Es un grave error creer que cada ciudadano sea dueño de sí mismo: todos pertenecen al Estado, como que son los elementos de que éste se compone, y puesto que los cuidados que se prodigan a las partes deben concordar con los que se prodigan al conjunto, por cuyo motivo nunca serán bastante admiradas las instituciones de los Lacedemonios."

Ni es eso lo mejor, porque lo mejor y mas curioso es la siguiente nota que el traductor francés de Aristóteles, Mr. Barthelemy Saint-Hilaire pone al pié del pasaje trascrito: "Este es, dice el sabio traductor, el principio fundamental de los gobiernos antiguos. El ciudadano no se pertenece así mismo, sino que pertenece al Estado el cual puede disponer de él *a su arbitrio*. Y este principio es el verdadero diga lo que quiera el cosmopolitismo moderno."

Mr. Barthelemy Saint-Hilaire, conviene tenerlo mui presente, es un moderno, casi un contemporáneo, y de los mas ilustres publicistas franceses, como que cuando escribió la nota que acabamos de traducir (1848) era representante del pueblo, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y profesor de filosofía griega y latina en el colejo de Francia.

Estas teorías de los filósofos inspiraron a los lejisladores y tomaron cuerpo en las instituciones de las ciudades que formaron la comunidad helénica.

Para hablar solo de las dos mas famosas y que durante muchos años se disputaron la supremacia, recordaré que en Esparta, de conformidad con las leyes de Licurgo, la persona humana era completamente sacrificada al interes supremo del Estado. Apenas nace el niño la ciudad se apodera de él para acordarle el derecho de vivir o condenarlo a muerte. Si escapa con fortuna de esta primera prueba, no por eso vuelve el niño a poder de sus padres, sino que los majistrados lo someten a una educacion pública y comun para amoldar al tipo uniforme establecido por el lejislador su corazon, su intelijencia y su cuerpo. Así llega hasta la juventud en cuyos umbrales es cojido como por un engranaje de fierro que no lo suelta ya mas hasta el sepulcro. Durante todo el curso de su vida el Estado cuida de mantenerlo en la ignoracia y de exitar sus instintos feroces y supersticiosos. Talvez el cielo habia prodigado a esa alma sus mas hermosos dones; talvez, dejado en libertad, habria sido un Fidias, un Píndaro, un Demóstenes; talvez latia en su pecho un corazon manso y compasivo; pero la ciudad interviene y ese hombre no sabrá leer y se habituara a empapar las manos en la sangre de sus semejantes. La pica y el puñal serán los únicos instrumentos en cuyo manejo se ejercitará para satisfacer las exigencias y evitar los terribles castigos del dios sanguinario e implacable por el cual y para el cual todos los ciudadanos viven, luchan y mueren.

Y sin embargo—y sea dicho esto en vindicacion de los fueros de la libertad y en mengua de tan bárbaro réjimen y de los que aun hoy lo recomiendan y alaban—esos espartanos, como observa con oportunidad Mr. Sudre en su *Histoire de la Souveranité*, en quienes las ciencias, las letras, las artes, y la industria eran sacrificadas al desarrollo exclusivo de las virtudes guerreras, fueron oscurecidos en punto a glorias militares por los vencedores de Maraton y de Salamina. Esos soldados a quienes se enseñaba desde niños a preferir la muerte a la derrota, capitularon ante los Atenienses en Sfacteria; y finalmente esos hombres escojidos para las rudas tareas de la guerra, y de cuyas filas el asesinato habia apartado a los débiles y contrahechos, fueron vencidos en Leuctres y en Mantinea por los lejionarios de Tebas, ciudad en que leyes mas huma-

nas prohibian quitar bajo ningun pretexto a niño alguno, la vida—presente de los dioses.

Entre Esparta, la ciudad típica de la omnipotencia del Estado y Atenas, la que mas expansion concedió a la personalidad humana, ocupan posiciones intermedias ya acercándose a la una ya a la otra, todas las ciudades de la Grecia. Pero si Atenas se encontraba por sus leyes, y mas que por sus leyes, por sus costumbres y por el carácter de sus hijos a gran distancia de la feroz Esparta, no por eso debe creerse que en ella el derecho individual fuese reconocido como propio del hombre, y como superior y anterior al derecho del Estado; que a ser así, Sócrates no hubiera pagado con la vida el delito de enseñar sobre los Dioses doctrinas que diferian de las oficiales, ni la ciudad de Minerva se habria creído autorizada para dictar leyes que prohibiesen el celibato, que prescribiesen la forma y número de los trajes de los ciudadanos, que los obligasen a afiliarse en algun partido político, que condenasen con el ostracismo, so pretesto de salud pública, a los hombres mas virtuosos y eminentes y con penas severesísimas a los que no concurriesen a celebrar las fiestas nacionales.

Si despues de los hechos citados fuese preciso invocar alguna autoridad irrefutable y decisiva, podriamos invocar la de Laboulaye quien, en su estudio sobre *La liberté antique et la liberté moderne*, dice con perfecta exactitud "lo que Aristóteles y los griegos llaman libertad no es otra cosa que la soberanía que se ejercia en la plaza pública. Ser libre en Atenas era formar parte del Soberano": podriamos recordar que Mr. Fustel de Conlanges, el justamente célebre historiador de *La ciudad antigua*, titula el capítulo XVII de su monumental obra: DE LA OMNIPOTENCIA DEL ESTADO: LOS ANTIGUOS NO CONOCIERON LA LIBERTAD INDIVIDUAL: podriamos finalmente, recordar que Benjamin Constant en un capítulo de su curso de *Política Constitucional* que titula *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*, despues de explicar que para un ingles la libertad es el derecho de no estar sometido mas que a las leyes, de no poder ser arrestado ni detenido, ni condenado ni multado por la voluntad arbitraria de uno o de muchos individuos: de que cada cual pueda manifestar sus opiniones, escojer su profesion u oficio: de disponer de su pro-

piedad, de salir, de entrar, de moverse sin pedir permiso ni dar cuenta a nadie: de reunirse, de asociarse, de deliberar, de tributar a Dios culto: de influir en el nombramiento de los funcionarios públicos, etc.; agrega:

“Comparad ahora esta libertad con la de los antiguos.”

“Para éstos ella consistía en ejercer colectiva y directamente varias partes de la soberanía, deliberando en la plaza pública sobre la guerra y la paz, concluyendo tratados, votando leyes, expidiendo sentencias, examinando las cuentas y conducta funcionaria de los magistrados, y en caso preciso, haciéndolos comparecer ante la asamblea para juzgarlos, condenarlos o absolverlos. Pero ello no obstante admitían los antiguos como compatible con esta libertad la sujeción completa del individuo a la autoridad de la masa. Todas las acciones privadas estaban sometidas a una vigilancia severísima: nada se concedía a la independencia personal, ni en materia de opiniones, ni en materia de industria, ni en materia de Religión. Hasta en las cosas que nos parecen mas fútiles la autoridad del cuerpo social intervenía para contrariar la voluntad de los individuos. Terpanδρο no puede poner una cuerda mas a la lira sin provocar la cólera de las éforos. Las leyes regulan las costumbres y como éstas lo abarcan todo no hai nada que escape a la reglamentación legal.”

Dejo ya la Grecia, de la cual he hablado tan largamente para cumplir con Roma escribiendo de ella nada mas que unos cuantos renglones. ¿Ni para qué seria menester mas cuando se sabe que en política, como en literatura y como en todo, Roma no hizo otra cosa que imitar a Grecia, adoptando sus ideas, costumbres, doctrinas e instituciones?

En Roma y en los buenos tiempos de la República, el ciudadano disfrutaba de grandes y valiosas prerrogativas. Las leyes Valerianas eran verdaderas leyes de *habeas corpus*: la prision preventiva no existía: los tribunales estaban siempre prontos a cubrir con su protección sagrada a los perseguidos: la justicia criminal se administraba por jurados; y el *cives romanus sum*, que San Pablo invocó contra sus jueces, era un escudo contra toda suerte de atentados.

Pero que nadie se engañe confundiendo esos privilegios de la soberanía con los derechos de los ciudadanos, o mas bien, con los derechos individuales, como hoy los entende-

mos. Todas esas libertades no eran mas que privilejios de la soberanía. Y la mejor prueba que de ello podria darse es que cuando esa soberanía dejó de ejercerse por muchos para ser ejercida por uno solo, éste, en nombre de aquella, no sintió limitada su omnipotencia por los derechos del individuo ni siquiera por los del pueblo.

“Religion, enseñanza, literatura, comercio, industria, dice Laboulaye (y propiedades y vidas, agregaria yo) todo quedó en manos del Emperador desde el dia en que el pueblo, voluntariamente o no, trasmitió a los Césares su soberanía. Ni Trajano ni Marco Aurelio dudaron un instante de la extension ilimitada de sus facultades. Gobernaron en nombre del pueblo, y por lo tanto cualquiera que pretendiese restringir aquel poder sin límites o desobedecer a aquella autoridad absoluta, se hacia reo de cuasi sacrilejio, esto es, de lesa majestad.”

Esas fueron las ideas que dominaron en Roma y en Constantinopla por espacio de mas de quince siglos, sin que el advenimiento de Constantino y la adopción del cristianismo como religion del imperio, introdujesen modificaciones de alguna entidad en las ideas reinantes, en la suerte del imperio o en la conducta de los que lo gobernaban. Constantino no se limitó a dar la paz a los cristianos y a asegurarles la libertad de practicar su culto, sino que convirtió a la Iglesia en institucion imperial, protejiéndola con una mano miéntras que con la otra la encadenaba y perseguia. “Gran pontífice de los paganos, obispo exterior y protector de los cristianos, árbitro entre dos sociedades que simultáneamente favorecia y dominaba, tratando de equilibrar la verdad nueva con la superstición decrepita, Constantino estableció esa deplorable confusion entre la Iglesia y el Estado, que fué el grande error de la Edad Media, porque él mezclaba y amalgamaba con la verdad eterna y sus sagrados fueros opiniones transitorias y pequeños y míseros intereses.”

Mas culpables que los emperadores paganos porque obraban a la luz de la doctrina evangélica y porque no les faltaron ni los valerosos ni los elocuentes consejeros, Constantino y sus sucesores implantaron en Constantinopla el despotismo asiático, y los descendientes de los Gracos y de los Scipiones tuvieron que soportar la vergüenza de ver man-

chados los palacios de los emperadores y los miembros de la sacra familia con crímenes e infamias propios de los serrallos orientales. Aspirando a la dominacion espiritual y entrometiéndose en las discusiones dogmáticas y disciplinarias, castigaron con penas atroces y persiguieron con encarnizamiento a cuantos se apartaban de sus opiniones religiosas. A lo cual debe agregarse que ni mas humanos se mostraron, pues si el pagano Caracalla habia entregado a la espada de sus soldados la ciudad de Alejandría, Teodosio el cristiano hizo asesinar a los de Tesalónica; y si en otra época Helvidio y Traseas habian purgado sus nobles virtudes en el suplicio, en la de los emperadores cristianos se vió al grande Atanasio errante y fujitivo, y al incomparable Crisóstomo confinado entre bárbaros en las fronteras del imperio, arrastrando su venerable ancianidad por los caminos, a pié, con la cabeza descubierta y rodeado de feroces sayones que, cumpliendo las órdenes del afeminado Arcadio, solo lo abandonaron cuando lo vieron caer para no levantarse mas, muerto de hambre, de agotamiento y de fatiga.

Durante la Edad Media vuelve Aristóteles a dominar en las escuelas y los lejislas reanudan las tradiciones romanas de la *Lex regia* y de la soberanía absoluta. La sujecion del mundo a una sola cabeza fué la quimera que persiguieron aun los mas insignes pensadores. Si Santo Tomas la reclama para el Papa en virtud de su supremacía espiritual, el Dante la atribuye al Emperador en nombre de su autoridad temporal. ¿Y el individuo entretanto dónde estaba y quién lo defendia?—Estaba casi oculto formándose en la oscuridad donde las trasformaciones se operan, mediante el contacto de la lei evanjélica y de las tradiciones jermánicas; y no tenia a la sazón otros defensores que los pobres pecheros y comuneros que de vez en cuando solian hablar recio a los reyes y emperadores y sostener en luchas desiguales, a costa de su sangre y de su vida, el derecho de propiedad, la libertad de la industria y del trabajo y las antiguas y tutelares tradiciones.

Y así llegamos hasta Maquiavelo, el mas antiguo de los publicistas modernos.

Este famoso publicista en su libro *De el Príncipe*, en vez de proclamar la libertad del individuo, proclamó la liber-

tad de la política, independizándola de la Religión y de la Moral a que había estado sujeta. El fin de la política para Maquiavelo es acrecentar el imperio y asegurar el mando del que mande, y siempre que se trate de obtener alguno de estos objetos no deben desecharse otros medios que los inconducentes. Para él la política no es una ciencia, sino un arte. *Salus populi suprema lex* es su fórmula, tomada en el sentido en que los Césares la entendían. Ni la justicia, ni el derecho, ni el bien ni el mal existen: lo que importa es el éxito; y su soberanía es simplemente la soberanía del fin. Su teoría es la teoría de la fuerza en su forma mas cruda y categórica.

Las doctrinas de Maquiavelo tuvieron en Italia muchos y muy autorizados intérpretes y secuaces durante el siglo XVI; entre los cuales conviene mencionar a Botero, autor de la Razon de Estado (*Razione di Stato*) y Frai Paolo Sarpi, que en sus comentarios a *El Príncipe* sienta esta máxima: "Es preciso sacrificar siempre y sin vacilar el interes de los súbditos al interes del Soberano."

Los publicistas de esta escuela, como observa con exactitud Mr. Menier, no conocían mas que el hecho brutal; no miraban nunca al oríjen de la soberanía y por lo mismo no se preocupaban de descubrir sus límites.

Vino en pos Lutero, que proclamó en materias relijiosas el *Self gouvernement* de la conciencia individual; pero su reforma no tuvo alcance alguno político, al ménos en el sentido del reconocimiento del derecho individual; pues ántes, al contrario, es sabido que nadie recomendó con mas empeño que él la sumision al soberano, ni hizo una guerra mas implacable a los anabaptistas que pretendieron aplicar al gobierno las doctrinas relijiosas que él había enseñado.

De Calvino nada diré, pues basta para mi intento recordar: que la teocracia de pastores que estableció en Jinebra pesó con mano de fierro sobre los infelices habitantes de la ciudad quienes no podían sino con permiso y en conformidad a los reglamentos, ni comer, ni beber, ni vestirse, ni engalanarse bajo las penas mas severas: y que, en conformidad a las ideas de gobierno en que esa teocracia se fundaba, fué condenado a morir en la hoguera, por hereje, el español Miguel Serveto.

Con Suarez reaparece la antigua teoría de la soberanía del pueblo. Para él la soberanía reside en la universalidad de los hombres, los cuales, dividiéndose en diversos grupos, han dado origen a los diversos estados: la formación del poder político no es de origen divino sino humano y la lei no saca su fuerza sino de la aceptación del pueblo y solo llega a ser obligatoria para éste cuando ha sido aceptada por él. En una palabra este notable filósofo,—que en mi sentir goza de una fama inferior a su mérito,—rechaza la doctrina del derecho divino y de la asimilación del poder político con el poder paternal. Pero, aun para él, desde el momento en que el soberano existe y la lei ha sido dictada nadie ni nada puede limitar su alcance y, en justicia, se confunde con ella y ante ella el derecho individual desaparece; siendo para éste indiferente, por lo tanto, que la soberanía baje del cielo o suba del pueblo, y que encarne en uno o en muchos, porque venga de donde venga y resida en quien resida, su naturaleza no varía y su consecuencia práctica es el mas ilimitado absolutismo.

Así Bodino, que tomaba un punto de partida distinto llegaba en su tratado *De la República*, a la siguiente conclusion: “El verdadero soberano es el que da leyes a los súbditos sin su consentimiento, y el que, dando leyes a los otros no está sin embargo sujeto personalmente a las que dicte; siendo éste el sentido de la fórmula usada por los reyes de Francia al final de cada lei: *Car\*tel est notre bon plaisir*. Todo el pueblo debe jurar obediencia a las leyes y fidelidad al soberano, quien no debe juramento y fidelidad mas que a Dios, solo de quien tiene el cetro y el poder.”

Vienen en pos, Grocio, que es el primero que introduce en la Sociología la idea de contrato, y sus discípulos Puffendorf y Bullarmaqui, el primero de los cuales define el deber, diciendo que “es una acción humana exactamente conforme a la lei que nos obliga a ejecutarla;” Hobbes, que en su *Leviathan* sostiene que al príncipe corresponde el derecho de fijar, por medio de leyes, lo que es justo e injusto, el de autorizar o prohibir las doctrinas y las opiniones, y el de crear y rejir la propiedad; Locke, que fué el maestro de los filósofos franceses del siglo XVIII y que combinó, o al ménos se esforzó en combinar, la idea del

contrato de Grocio con la idea de la libertad de conciencia de los reformadores protestantes: segun él, el pueblo tiene derecho para resistir a los abusos, no solo del poder Ejecutivo, sino tambien del Lejislativo, pero como no acertó a fijar mejor que sus predecesores los límites de la soberanía, era imposible saber cuándo y dónde terminaba el uso y comenzaba el abuso; Rousseau que, en su *Contrato social*, enseña que la enajenacion que cada individuo hace de su derecho personal a la sociedad es tan completa y absoluta, que despues de hecha, a cada uno de los asociados no queda ninguno que hacer valer ni que reclamar. Segun su teoría, no hai derecho individual y el Estado es dueño absoluto de las personas y propiedades de los súbditos.

Para no proseguir en esta enumeracion, ya larga en demasía, diré que, sin excepcion alguna, todos los filósofos y publicistas que florecieron hasta alborear ya en el horizonte de la historia la aurora del presente siglo, consideraron la soberanía,—salvo los católicos en cuanto a la religion se refiere,—como ilimitada, o al ménos como árbitra de trazarse a sí misma sus límites. Si los predicadores y moralistas aconsejaban a los reyes un uso moderado y benéfico de su omnipotencia, no tengo noticia de ninguno que, contrariando de frente las doctrinas de los filósofos y lejislas, proclamase en presencia de ellos la soberanía individual.

Pero a fines del siglo XVIII y al oirse ya, aunque confusamente todavía, los sordos ruidos precursores de la revolucion francesa, un simple cirujano de Luis XV, cuyo nombre hoi solo los doctos conocen, Francisco Quesnay, fundador de la escuela de los Fisiócratas, adelantándose a sus contemporáneos, introdujo, con su pequeño *Tratado de Derecho Natural*, dado a la estampa en 1768 por Dupont de Nemours, una tan profunda como benéfica revolucion en las ciencias políticas y sociales. Nacido en 1694, el mismo año que Voltaire, y muerto en 1774, el mismo año en que falleció Rousseau, fué y continúa siendo ménos famoso que ellos; pero si Quesnay volviera a la vida, se consolaria ciertamente del injusto olvido en que ha caido su nombre, notando cómo sus ideas arraigan y se extienden llenas de vida y lozanía, al paso

que las de sus dos celebrados contemporáneos están ya definitivamente relegadas al archivo en que guarda la historia las curiosidades de los tiempos que fueron.

No pudiendo hacer aquí un análisis ni aun suscinto de las ideas de Quesnay y de los fisiócratas sus discípulos, me contentaré con recordar que a él corresponde la gloria de haber descubierto, afirmado y probado que la sociedad no es una masa inerte que el soberano puede amasar a su capricho, sino un organismo viviente, sometido a un orden natural y rejido por leyes propias anteriores y superiores a las dictadas por los hombres; que fué él el primero que se atrevió a repetir en la corte del rei de Francia el consejo: *Ne gouvernez pas trop*, que tantos sordos encuentra hasta el día de hoy, no diré ya en las cortes de los monarcas absolutos, pero hasta en los palacios de los presidentes constitucionales y de los lejisladores republicanos... y liberales.

El sistema de gobierno de Quesnay puede resumirse de la manera siguiente: El hombre está dotado de intelijencia y de libertad, y el ejercicio de la intelijencia y de la libertad produce la propiedad. Por lo tanto, no hai que ahogar la intelijencia, ni poner obstáculos al trabajo, ni comprimir la libertad, ni confiscar la propiedad. Y cuando el gobierno haya garantizado a los individuos el libre ejercicio de su intelijencia y la propiedad del fruto de su trabajo, que se detenga y no pase adelante porque, pasando, perturbaría el benéfico movimiento de las leyes naturales, y porque por buenos que fuesen sus propósitos, las consecuencias tendrian que ser siempre desastrosas.

Para apreciar el mérito de Quesnay, debe tenerse presente que escribía las novedades de que acabo de dar idea reinando Luis XV, teniendo él cerca de setenta años y en los primeros de la segunda mitad del siglo dieziocho.

Las ideas del ilustre pensador fueron desenvueltas, demostradas y propagadas por sus discípulos, entre los cuales descollaron el marqués de Mirabeau, Dupont de Nemours, Le Trosne, Mercier de la Rivière y Turgot, el mas famoso de todos por el número y calidad de las obras que publicó y por las valientísimas reformas que llevó a cabo durante su corto ministerio. Los preámbulos de los edictos que expidió con el objeto de abolir los gremios y

las aduanas interiores y de proclamar la libertad del trabajo, superan con mucho en solidez y bellezas a las mas famosas declaraciones que años despues habian de hacer, al fragor de los truenos y al llamear de los relámpagos, los revolucionarios de 89 y de 93, y por sí solos habrian bastado para asegurar al filósofo que los concibió y al Ministro que los expidió lugar prominente entre los benefactores de la humanidad.

Y aquí termino, porque desde Turgot hasta la fecha, esto es durante un siglo, la mina ha continuado siendo objeto de una explotacion cada vez mas activa, metódica, inteligente y provechosa, no solo por los economistas de todos los paises, sino por los mas notables publicistas.

El individualismo ha penetrado mas o ménos profundamente en la opinion, en las prácticas administrativas, en las costumbres y en las leyes. El antiguo dogma de la soberanía ilimitada del Estado, apénas cuenta ya con algunos pocos y tibios creyentes, y a pesar del poder inmenso de la rutina y de los intereses creados a su sombra, la nueva doctrina de la soberanía individual va poco a poco ganando terreno, infiltrándose en las inteligencias y captándose las simpatías populares.

Tan penetrante es el influjo de estas ideas que hasta el mismo señor Cánovas, cuando las niega y desconoce para llevar las ofrendas de su admiracion a las que llama tradicionales, no hace otra cosa que equivocar el Dios a cuyas aras las depone. Las doctrinas tradicionales, que por otros aspectos y en otros sentidos prestaron y aun continúan prestando a la humanidad tan valiosos servicios, no necesitan para su defensa y honor galas ajenas, ni elogios inmerecidos ni glorias usurpadas.

La que nadie podrá disputar con justicia a los economistas, es la de haber descubierto que la sociedad está rejida por leyes naturales, a las cuales aun los mismos lejisladores deben respeto y obediencia; la de haber proclamado la soberanía individual como anterior y superior a la del Estado y como fuente y límite de ella; la de haber sido, en fin, los emancipadores de la persona humana en varias de las mas importantes manifestaciones de su actividad, especialmente en el trabajo, en la produccion y en los contratos. Fueron ellos los que empezaron la demolicion de las

barreras que aislaban unas de otras las naciones, las provincias y las ciudades por medio de las aduanas y prohibiciones, al grito de *dejad pasar las mercaderías!*; y los que, al grito de *dejad hacer a los hombres!* iniciaron la emancipación política y económica de los individuos, de las familias y de los municipios; fueron ellos, en fin, los que con noble altivez, en nombre de la industria, intimaron la retirada al Estado omnipotente y dispensador de todo bien, diciéndole, como el filósofo griego al conquistador Macedonio: *quitate de mi sol!*

## VI.

Y ahora, para dar remate a estas reflexiones que el último interesante libro del señor Cánovas me ha sugerido, solo me resta dedicar algunas líneas al elocuentísimo discurso que leyó en el Ateneo de Madrid, en honor del insigne orador y publicista don José Moreno Nieto el 4 de mayo de 1882, discurso en que a la par campean las altas ideas, el noble entusiasmo y los jenerosos sentimientos

Declaro injenuamente que ántes de leer el aludido discurso no conocía al señor Moreno Nieto mas que de nombre y fama, y que ahora mismo solo sé de él lo que su digno panejirista dice y permite adivinar.

Del estilo del discurso se formará juicio el lector por las siguientes sentidas frases, que son las primeras del majistral exordio:

“El momento mas duro de la vida paréceme éste, en que principian a faltarnos los que la empezaron poco ántes o poco despues y en ella eran nuestros camaradas, cuando nó hermanos de adopcion. Triste cosa, en verdad, es el irse despidiendo por el camino de los que hacen alto y quedan atrás; triste, tristísimo reparar, en que cada dia nos acompaña ménos jente amiga en demanda del oscuro porvenir. No puede, nó, ser igual la pena que esta noche nos embarga, aunque todos la experimentemos mui grande. Pero estoi bien seguro de que los que, gozando del bien

precioso de la juventud, rarísima vez y solo por acaso dejais todavía atrás y para siempre perdeis de vista a vuestros compañeros de armas en las campañas laboriosas de la vida, de todo corazón os asociareis al sentimiento particular que, en edad ménos propicia, causa a otros la contemplación de los anchos huecos que en nuestras filas abre la muerte; huecos que anuncian la soledad pavorosa en que hemos de llegar, los mas felices, al fatal término de la jornada."

Y por cierto que el hombre cuya temprana muerte arrancaba al potente orador español tan doloridas frases, era digno del panejirista que la fortuna le habia deparado. Orientalista sin rival en España, filósofo profundo, publicista de elevadas y jenerosas miras, orador que escuchaban con profundo respeto en el Ateneo todos y hasta aquellos mismos cuyas doctrinas impugnaba, y en la Cámara, con avidez, hasta los mas apasionados enemigos de sus ideas, porque de su persona no los tuvo, Moreno Nieto, según el retrato que el señor Cánovas pinta con los animados aunque graves colores de su diestra paleta, aparece grande y admirable por la ciencia, asombroso por la erudición y la memoria; pero mas que por todo eso, grande, admirable y asombroso por la constancia, decision, desinterés y tranquilidad con que consagró la vida al hermoso ideal que era objeto de sus amores.

¿Y cuál fué ese ideal? Va a explicárnoslo el mismo señor Moreno Nieto, cuyas son las siguientes líneas que su biógrafo copia del primero de los discursos que, como representante de Granada, pronunció el 38 de febrero de 1855 en la Cámara de Diputados:

"Si la Relijion, decia el orador en aquella ocasion, no puede perecer, porque es una necesidad constante del alma humana y es ademas su oríjen divino, y si la libertad no puede morir, porque es hoy dueña de la sociedad y todos estamos dispuestos a consagrarle hasta el último aliento, fuerza será que, para bien de la sociedad, se unan ambas en el porvenir; pero sea esto o nó ilusion mia, es lo cierto que una de las grandes tareas que tiene que llevar a cabo la humanidad en el siglo XIX, es la union armónica de esos dos principios hasta ahora enemigos, para que de este modo pueda llegar el dia anhelado en que los hom-

bres todos estrechen sus manos ante la mirada satisfecha del Dios del Catolicismo.”

Eso decia en su primer discurso. Véase ahora lo que decia en el postrero que pronunció un cuarto de siglo mas tarde y solo cuatro meses ántes de bajar al sepulcro:

“Muerta la fé, muerta la creencia en Dios en el órden moral, como órden divino positivo rejido por la Providencia, y sin esperar ni temer nada de una vida futura, se han apagado aquellos focos en que se encendian los afectos jenerosos y eclipsándose el ideal que acaloraba las almas y las levantaba a las alturas! . . . Los que se extacían a la vista de la moderna civilizacion y se niegan a reconocer sus extravios, que se detengan y reparen. Ella va, sin duda, camino del porvenir, pero no se acompaña de lo divino y sí sigue marchando sin Dios, sin virtudes, sin creencias, pronto vendrán sobre ella tinieblas, silencio y lastimosa muerte.”

Colocado en tal situacion, Moreno Nieto, era natural que sucediese lo que el señor Cánovas refiere “que no fuera uno solo el lado por donde recibiese los ataques.” Espiritualista anticuado y soñador de mentidos ideales, le llamaba la abigarrada catervá de los materialistas, advirtiéndole caritativamente que en lo tocante a sus opiniones relijiosas mas en lo cierto andaban los que defendian el Catolicismo como contrario a todo progreso, que él, que queria armonizar términos opuestos. Miéntras que de otra parte no pocos católicos le reprendian sus concesiones a la filosofía moderna, gritándole: “Mira que no eres escuchado con delectacion sino del mundo semi-pagano que te rodea; que eres pintada mariposa enamorada del resplandor que en tí proyecta la fantasía, sin otro punto fijo que el conciliar la contradiccion hoi mas visible que nunca entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Tus alabanzas del cristianismo casi nos hacen tanto miedo como tus errores patentes.” (Ortí y Lara, en unos artículos publicados en *La Ciencia Cristiana*).

Tan amargas censuras las recibia Moreno Nieto sin inmutarse ni irritarse. Firme en mantener el rumbo que se habia trazado, los embates de las olas que en opuestos sentidos lo golpeaban, si pudieron mas de una vez hacerle paladear el acibarado dejo de las pasiones e injusticias

humanas, no lograron jamas ni desalentarlo ni exasperarlo. Mas diré, no pudieron ni causarle estrañeza siquiera, porque harto sabia, al ponerse a andar por el camino que sus honradas convicciones le habian señalado, que mas que las flores abundaban en él los duros guijarros y las espinas clavadoras. Y tan lo sabia, que aludiendo a esta fatalidad de su destino, exclamaba en el discurso que pronunció al incorporarse en la Academia de Ciencias morales y políticas: "El que aventura palabras de concordia, ese es excarnecido y calumniado; y sin embargo las he de decir, aunque deba una vez mas ser calificado de visionario o de amigo de imposibles conciertos."

Injusticia seria contar entre los que así se atrevian a calificarlo al señor Cánovas del Castillo; pues si bien no es él de los intentadores de esas peligrosas síntesis y de esas conciliaciones poco ménos que imposibles para las fuerzas humanas, hai que contarle y en primera línea entre los que reconocen el mérito y grandeza de los que las intentan. "Habrá, dice, despues de resumir la carrera política de su amigo, quien lo tache de estéril porque realmente no ha alcanzado el propósito de su vida entera, resolviendo el inmenso y pavoroso conflicto en que hoy se encuentra la civilizacion; pero el mérito de los hombres no se mide tanto por el éxito como por la grandeza y la bondad intrínsecas de sus miras."

Moreno Nieto, no llegó, ni esperaba llegar,—ni cómo habria podido él llegar—al fin de la jornada; y debe tenerse por cierto que, despues de él, como ántes que él por el mismo camino en que consumió su vida, muchos otros hallarán grandes tropiezos y darán numerosos pasos en falso y encontrarán muerte, aunque en apariencia estéril, en realidad gloriosa y ejemplar.

Los que saben cuan lentamente el progreso se opera y cuan tardo es el paso con que la humanidad avanza hácia la anhelada meta de la libertad en la justicia, no pueden sorprenderse de que caigan léjos de ella, agoviados por la fatiga, aun los que la han visto mejor y buscado con mayor constancia y esfuerzo. Soldados de avanzada, los que siguen la bandera que Moreno Nieto siguió, saben que ántes de que suene en el curso de los tiempos la hora de penetrar en la ciudad de Dios, tendrán que colmar ellos,

cayendo sobre otros que les precedieron, con otros que en pos de ellos han de venir y sobre ellos han de caer, el ancho y hondo foso, el foso-abismo cavado por la ignorancia, por las preocupaciones y por las pasiones de los hombres.

Pero vale mas caer como bueno, a la vista de un noble aunque lejano ideal, que dejarse llevar por cualquiera corriente, sea o no turbia y corra a donde corra, con tal de que lleve.

Triste es morir así, pero glorioso; y mientras llega el dia de ver realizado en el mundo el feliz prodijio, bien pueden los que, contemplándolo con los ojos de la esperanza han sentido alguna vez el dulce influjo de sus atractivos descubrirse respetuosos ante la tumba de los egregios pensadores que dentro de sus pechos supieron levantarle altares y tributarle culto, así como el peregrino que visita en Roma el claustro de la Iglesia de San Gregorio en el monte Celino se descubre respetuoso ante cierta modesta tumba que allí se encuentra, al leer en la lápida que la cubre el siguiente sublime epitafio:

*“Aquí yace Roberto Pecham, inglés católico, que despues de la ruptura de Inglaterra con la Iglesia, dejó su patria por no poder vivir en ella sin su fé, y que, habiendo llegado a Roma, murió luego, no pudiendo vivir en ella sin su patria.”*

Santiago, junio 15 de 1885.

Z. RODRIGUEZ,

(Miembro correspondiente de la Real Academia Española.)



## A M O R

---

Quiso Dios cuando, al nacer  
De los tiempos la alborada  
Surgió el mundo de la nada,  
Soles y astros por do quier  
Despertando á su mirada,

Que una chispa desprendida  
De su infinita bondad,  
En luz de amor convertida,  
Fuese el bálsamo de vida  
Que alienta á la humanidad.

Y entre sus obras más bellas  
Y de más alto primor,  
Puso en los campos la flor,  
En el cielo las estrellas  
Y en las almas el amor.

---

Doquier su eterno destino,  
Como árbitro, ley y dueño,  
Con encanto peregrino  
Se refleja en lo divino,  
En lo grande, en lo pequeño;

Como el cielo, al albedrío  
De su Artista Soberano,  
Ya sereno, ya sombrío,  
En la gota de rocío  
Y en las ondas del oceano.

De los astros en la altura  
Es el tibio resplandor,  
Y es céfiro que murmura  
En el llano, en la espesura,  
En el nido y en la flor.

Ya es ilusión que se aleja  
Como el ave en rauda giro;  
Ya en los ojos se refleja,  
Un deseo y una queja  
Exhalando en un suspiro.

Y completan la hermosura  
Del himno inmenso de amor  
El éxtasis, la locura,  
El deleite, la tortura,  
El contento y el dolor. . . .

---

De algún recóndito anhelo  
Al impulso se dilata  
Mansamente el arroyuelo  
Y el límpido azul del cielo  
En sus ondas se retrata.

Mas luego el raudal creciente,  
Soberbio, se torna en río  
Y, en anchurosa corriente,  
Se precipita impaciente  
Hacia el ronco mar bravío.

Asi el amor, luz naciente  
Que despierta dulcemente  
Como nace el arrebol  
De la nube en occidente  
Al puro beso del sol,

En ciego incendio voraz  
Prende el alma do se anida,  
Y sin saciarse jamás,  
Más resiste y crece más  
Al calor que le da vida.

---

Amor, insondable arcano,  
Secreto soplo vital  
Que agita el linaje humano  
Como agita en el oceano  
Las ondas el temporal,

¿Qué corazón no ha latido  
A ese afán que lo enagena  
Y nunca sus ansias llena?  
¿Quién tu impulso ha resistido?  
¿Quién tus ímpetus refrena?

Cuando el ánimo mezquino  
Al misterioso poder  
De tu voz se siente arder,  
No sé qué aliento divino  
Agiganta nuestro ser;

Y en risueño panorama  
Que á mil deleites convida,  
Tu inquieta y fecunda llama  
Más que el sol lampos derrama  
Como en oleadas de vida! . . .

Tu regio favor implora  
Mi lira en pobres acentos . . . .  
¡Ven, amor, perenne aurora  
Del poeta, engendradora  
De los grandes pensamientos!

Y publiquen tu alabanza  
En los ámbitos la luz,  
El iris en la bonanza,  
En el dolor la esperanza  
Y en los sepulcros la cruz! . . .

CLAUDIO BARROS B.

Santiago, junio de 1885.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES

### SOBRE LA POESIA AMERICANA

---

El hombre, creado por Dios y esparcido por todas las rejiones del globo, tiene en cada clima caracteres que diversifican sus facciones ó su sensibilidad, y del propio modo la poesía, manifestación brillante del ingenio humano, recibe también la influencia del clima y de las pasiones del alma en cada rejión.

Es idea dominante la de que la poesía moderna, para cumplir su misión, debe participar de las luchas y pasiones de la época, cantar la naturaleza, que en todo tiempo ofrece manantial de fecunda inspiración, exaltar el alma y llamarla a las grandes conquistas de la civilización y de la libertad.

No necesitamos transportarnos a los tiempos de Grecia y de Roma antiguas, ni a los posteriores, llamados de oro, de las literaturas clásicas, para conocer que cada época de la historia ha impreso su carácter a la literatura. Natural es que el ingenio, halagado por la satisfacción propia y la grandeza patria, se entregue á todas las concepciones del arte, y es lójico también que en los dias de luto de los pueblos el ánimo decaiga á la manera que, á la caída de la nocturna sombra, naturaleza toda se oculta en el silencio y la quietud.

América, arrancada á la oscuridad por la mano del genio, reposa tranquilamente ahora, acariciada por el aura del progreso que vivifica todo con su soplo y recibiendo gozosa

los beneficios que día á día esparce la civilización por sus comarcas. El arte acompaña al trabajo en su obra de progreso, y pues cuanto en ella vive y florece ostenta los primores de la juventud al par que sus flaquezas, disculpables son los esfuerzos de todos los que, con títulos ó sin ellos, pretenden cooperar de cualquier manera al engrandecimiento común.

El siglo actual ofrece campo vastísimo á la acción del poeta: siglo de materialismo, de discordias, en que la noción utilitaria rápidamente se adueña de la sociedad y amenaza ejercer su maléfica influencia aún en la conciencia, en que las ideas primordiales que constituyen al hombre y le dirijen son combatidas por mal intencionados que pretenden alucinar y dominar á su antojo; el poeta puede y debe llevar la voz elocuente y seductora de sus cantos hasta los más apartados rincones de la sociedad, sacudir nuestras almas con su aliento benéfico que esparce la vida y la esperanza, infundir entusiasmo con la sabiduría de su enseñanza y el arrebató de su acento, guiar nuestros pasos por el camino del bien á la luz de su divina antorcha, y cantar cuanto hai de bello, noble y amable bajo el azulado cielo de América.

Mezquino seria el arte que solo cautivara la imaginación; debe hablar con voz elocuente al entendimiento ó preséntarnos la idea de algo noble ó bello que eleve nuestra vista de las miserias de la tierra á las magnificencias de lo ideal.

En los espacios de América el poeta puede ascender á todas las eminencias y bajar á todos los abismos: ni arriba ni abajo hai obras incommovibles, ni el bien ni el mal tienen aún profundas raíces. La raza americana, hija de la gran raza española, posee intelijencia, imaginación, brillantez, es decir, facultades para todas las ciencias, para todas las artes, para todos los progresos; y si convenimos en que los esplendores de la naturaleza exitan los ideales en el alma, en que la exhuberancia de la vejetación impregna de su lozanía el alma de quien á su sombra se cobija, en que la pureza de las ideas relijiosas ofrecen inmaculada túnica á las concepciones del arte, y en que la savia de la ciencia le vigoriza y dispone para concebir con fruto, llegamos á creer que la raza americana puede ventajosamente recorrer

el sendero del arte y conquistarse puesto bien honroso en no lejano tiempo.

Los pueblos americanos, nacidos al calor del heroísmo, presentan en sus fastos ejemplos de inmortal grandeza, caracteres dignos de profunda y apasionada gratitud y admiración: el vulgo ama aquellos hombres y admira aquella época, que apenas conoce: las enseñanzas de la cátedra, del periodismo ó de la historia se apagan antes de llegar hasta él, y ni el poeta, recordando aquellos tiempos y aquellos hombres, pone en sus labios himnos que los perpetúen, que con su mágico poder lleguen á donde quiera, que penetren en las almas sin el esfuerzo que precede a la instrucción y con la rapidez vertiginosa con que nuestra alma se apodera de las creaciones del arte.

Dirijamos la mirada al pueblo, la porción acaso más noble de la especie humana, que significa esfuerzo en los afanes que la paz permite y heroísmo en las luchas á que la guerra obliga, y contemplemos la noble sencillez de sus costumbres, la hidalguía que preside á todas sus acciones, la influencia de la fé relijiosa que les llama á buscar con honradez el pan diario y le promete venturanza eterna, como premio de su resignación cristiana, y veremos resplandecer sobre tal cuadro una aureola de luz que atrae y enciende la mente del poeta, que aviva en su alma los sentimientos del deber y del amor, que pone en sus labios himnos de bendición y de aliento merecidos por el trabajador jamás embriagado por el apetito de un lucro exesivo, siempre guiado y protegido por la creencia cristiana, que es en aquel espíritu luz que alumbrá el camino de la vida, temor que, señalándole sobrenatural castigo, le aparta del mal y esperanza que le promete un cielo.

Digno como ninguno de prolijo afán se nos muestra el hogar, santuario de las más nobles y puras afecciones del hombre, mansión donde su cuna, dulcemente movida por las brisas del materno amor, le depara un oasis, al cual se vuelven con llanto muchas veces los ojos, cuando se vejeta ó se vive en medio del desamparo ó combatido por las pasiones que sucesivamente ajitan al individuo desde la cuna al sepulcro. Cantad, poetas, á la immaculada madre cristiana, á la que recibe como mandato celestial el fruto del amor, le cría y le educa con santo cariño antes de que de su la-

do le aparten las locuras de la juventud, ó las contingencias de la vida. Ellas representan la Providencia Divina en los cuidados de la niñez y en los desvelos posteriores á que su santo ministerio las llama: la madre pura y amorosa aumenta siempre la propia dicha y calma con mágico bálsamo la dolencia propia.

Ningun ser más digno de la inspiración poética que la mujer: tesoro de cuanto grande y bello derramó Dios en el mundo y en el alma humana.

Muchos creen que el destino del hombre pende siempre de la voluntad de la mujer, y la guerra de Troya, provocada por una hermosa, deja de parecer á sus ojos bien combinada leyenda para ser una de tantas luchas como las que sucesivamente se han venido repitiendo y repetirán perennemente; la mujer, en sus débiles brazos, oprime al mundo, segun muchos creen, y si tan grande imperio se le reconoce, ¿cómo descuidar su educacion, cómo desentendernos del porvenir de esos seres de quienes somos obligados súbditos?

Uno de los más notables escritores españoles de nuestro siglo, don Juan Donoso Cortés, nos dice en su magnífico discurso sobre la Biblia, que tres son los mas fecundos manantiales de poesía que se ofrecen al ingenio: el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor á la patria. En el cielo, en el corazon femenino y en el suelo patrio se encuentran ciertamente los verdaderos goces del espíritu, la esperanza que nos muestra infinitos horizontes, consoladores aún en el mayor desconsuelo; el amor, lazo de oro que liga al hombre a las plantas de la mujer hermosa, que la Providencia le ofrece por compañera; y en los lares patrios, las infinitas afecciones que á él nos unen con amor irresistible.

La fuente mas noble de la poesía es el amor, sentimiento dulce que lleva á donde quiera suavísima paz y divino consuelo en los azares de la vida. Mientras ese sentimiento domina en el ser humano, sus acciones todas llevan el sello de lo justo y de lo bello, y cuando le abandona totalmente ¡ay! parece incapaz de ser bueno.

El amor á la patria constituye la felicidad pública: él hace grandes estadistas y educa en la grandeza al pueblo. La poesía que avive en el alma los sentimientos de lo justo, lo bueno y lo bello, que aumente ó despierte el amor

al trabajo, escuela en que se forman los caracteres y se fortalece la moral; que cante con voz inspirada los afectos que elevan nuestra alma al cielo, que nos hacen ver un santuario de santa felicidad en la mujer, y que nos atan con lazo fortísimo al suelo patrio; que fortalezca la fé en nuestros desmayados corazones y nos presente llena de inefables consuelos, como un oasis de primaverales olores y frescura, la senda de la vida y el campo del porvenir, esa poesía merecerá admiración por do quiera y sus sacerdotes los sentimientos de general, apasionada gratitud. De esta manera la poesía, acaso la más noble de las artes, contribuirá al mejoramiento individual y al bien jeneral; no será la vestal que mantenga el fuego sagrado en silencioso hogar, sino la Musa grandiosa y meritoria que llene el ambiente de América con sus inefables armonías y esparza donde quiera sentimientos que consuelen y fortalezcan en el presente y ayuden en la carrera del porvenir.

Ah! La poesía debe ser digna del teatro que le deparó la Providencia! Cuánta majestad en los Andes, sobre los cuales resplandece eternamente la corona de nieves colocada por la propia mano del Todopoderoso, en el Plata y el Amazonas, que parecen anhelar el dominio de cuanto les rodea, en el Tequendama, abismo en que el agua se precipita enfurecida como simbolizando la cólera de Dios que ante nada se detiene, en la frescura eternamente verde de las selvas seculares que parecen silenciosos santuario de misteriosa poesía que huye de los hombres y se oculta en los jardines de la naturaleza, en los valles sembrados de césped, en las montañas caprichosas, en los rios de sonora corriente, en tantas maravillas como llenan los espacios de América y ofrecen muestra palpable de la Divina Omnipotencia y exitan nuestra fantasía soñadora y pregonan con voz elocuentísima la grandeza y próspera generosidad del cielo, despertando á las Musas americanas y llamándolas al concierto que la Naturaleza entona agradecida á las dádivas copiosas del Señor!

LORENZO MONTT.



# REVISTA LITERARIA

---

Veladas líricas.—Poesías de Ambrosio Montt y Montt.—Un volumen en 8.<sup>o</sup>  
214 páj.—Montevideo.—Barreiro y Ramos Tipografía.

Para el público amante de las letras, y para el chileno que experimenta agradables emociones cuando alguno de nuestros compatriotas en extranjera y apartada playa obtiene un merecido triunfo en los torneos yá de las ciencias, yá de las artes ó yá de las letras, será causa de grata sorpresa el volumen, que el joven y entusiasta poeta don Ambrosio Montt y Montt ha dado á la luz pública en la hermosa Montevideo.

El autor de "Patria y Amor," no duerme sobre sus laureles, y, sus "Veladas Líricas," en limpia y donosa impresión le depararán triples salva de aplausos en Montevideo, en el Plata y en Chile.

A la verdad, es admirable y hermoso que un joven de pocos años como Ambrosio Montt y Montt, cuente en su carrera literaria con tan honrosos triunfos. La primera publicación fué acogida con benevolencia y hoy que el poeta se muestra más inspirado, con más bríos y con exelente corrección recibirá los ardorosos parabienes de sus amigos y las justas felicitaciones de los lectores que saborearán sus hermosos versos.

Para el autor, estamos seguros, bastará el brillante prólogo del insigne literato colombiano J. M. Samper, como una ovación á su ingenio y á su entusiasmo por la literatura. Pero nosotros, que siempre aguardamos con febril

impaciencia que nuestros jóvenes escritores muestren por medio de publicaciones sus talentos y su buen gusto, no podemos dejar de tributar un modesto homenaje de admiración al amigo y al poeta que enriquece nuestro pobre Parnaso, con un volumen de estrofas, vigorosas, ardientes e inspiradas al calor de un cariño que en el corazón del poeta aumenta de día en día, aunque se encuentre lejos de sus ideales, sus ensueños y sus amorosas aspiraciones.

María, ha hecho de Ambrosio Montt y Montt un poeta erótico y sus versos de amor son las flores que esparce su alma apasionada y los latidos de un corazón de veintitres años.

Las "Veladas Líricas," no son sino una joya depositada al pié de los altares del amor, por eso exclama el poeta!

"¡Que me importa el sarcasmo! Solo ansío  
Que lleguen mis cantares hasta aquella  
Esperanza dorada de mi vida,  
Que embarga mis sentidos y potencias;"

.....  
.....  
.....  
.....

"Que sepa que inflamó mi fantasía  
El casto resplandor de su belleza,  
Y que hizo descender al pecho mío  
Perfumes de virtud y de inocencia."

"Su nombre que es el ritmo de mi lira,  
Acaso en mis estrofas no se encuentra,  
Es que jamás para escribirlo un rayo  
Del almo sol arrebatara pudiera."

Acaso esta consagración única que de sus versos hace el poeta, le perjudique notablemente, y así al recorrer con avidez sus páginas notamos con dolor que la Patria, su

cielo, su mar, sus cordilleras, sus rios y sus flores no tienen un recuerdo siquiera de esos que aumentan con la ausencia y la distancia.

Nosotros, patriotas sinceros, no perdonamos al poeta esta falta bien punible, y habríamos deseado que el recuerdo de este cielo, azul sereno y límpido, del Bio-Bio y los festones de los bosques que sus riberas pueblan, del Aconcagua y sus viñedos, de su cuna en fin y su suelo, hubiéralo hecho arrancar á su sonora lira unos de sus mejores cantos y una de sus mejores melodías.

Pero, el poeta tiene este pecado capital y sus sentimientos patrióticos, no tienen otros poéticos desahogos que el canto al "21 de Mayo" y el soneto á "Prat" que en nuestro concepto no son suficientes para cumplir con el deber de dedicar á la Patria las primicias de su talento. En este soneto y en aquel canto, el poeta, enzalza el heroísmo y el heroísmo no tiene patria. Toda la humanidad entera tiene parte en estos triunfos debidos al empuje y al valor de un hombre que se inmola en aras del honor y del deber.

La Patria, está en los hogares, en las ciudades, en las leyes, en los progresos é industrias nacionales, en su atmósfera, en sus playas, en sus torrentes, en sus valles, en sus colinas y para Chile en el Andes y sus nevadas crestas. ¡Triste es decirlo! Ambrosio Montt y Montt todo esto lo ha olvidado!

El poeta, no puede excusarse con lo grande del asunto por no atreverse á cometerlo y no puede escudar su falta y su olvido por su poca inspiración; nó, el que en la "Misión del Poeta," muestra estrofas como estas:

"Vates de América, alzad  
 Vuestro canto vigoroso  
 Por lo grande, por lo hermoso,  
 Por progreso y libertad:  
 Al extraviado explicad  
 De Dios el profundo arcano,  
 Al que le niega profano,  
 Al que á la duda se aferra,  
 Mostradle grande en la tierra  
 Y en el pensamiento humano."

.....  
 .....  
 .....  
 .....

“Aguilas del pensamiento  
 Poetas del Nuevo Mundo,  
 Que surgió de lo profundo  
 Del piélago turbulento,  
 Vuestra lira vibre al viento  
 Cantando la Creación,  
 La libertad, la razón:  
 Por difundirlas acaso,  
 De los cielos un pedazo  
 Le entregó Dios á Colón.”

no puede quejarse de su musa ni atenuar un ápice siquiera su olvido y su falta de amor para con Chile su cuna y su patria.

Y ¿cómo podíamos excusarlo cuando en la oda á “Quintana,” el poeta tiende el vuelo con vigorosas alas y logra arrancar á su lira los más robustos acentos?



A más de este olvido que reprochamos al poeta, tenemos aún algo que decirle, y lo juzgamos necesario, para evitarle un escollo ante el cual estrellan sin notarlo casi todos los poetas jóvenes. Ambrosio Montt y Montt es entusiasta admirador del cantor de “La Duda,” Nuñez de Arce, y sin quererlo copia sus pensamientos y casi hasta sus versos.

Así la composición “Ven a tu patria” lo demuestra á las claras en su primera estrofa, en donde con ligeras variantes tiene dos o tres versos muy semejantes á otros tantos de la segunda estrofa del “Idilio.” En la tercera estrofa, el sexto verso, si mal no recordamos, pertenece al canto “Raimundo Lulio;” y, por último, en la que lleva por tí-

tulo "Ayer y hoy," número II, estrofa sexta, calca un pensamiento también de Nuñez de Arce quizá sin notarlo.

Estas faltas leves son dignas de ser consideradas por lo frecuentes. La admiración por un poeta, hace que con una sola lectura gravemos en nuestra memoria sus más sentimentales estrofas, y cuando se posee una memoria feliz como la de Ambrosio Montt y Montt, fácil es trasladar pensamientos que no son propios.

Nada diremos sobre la primera composición, cuya idea inspirada por la lectura del "William Shakespeare," de Víctor Hugo, evidentemente ha sido rimada en hermosísimas estrofas.

Notaremos también de paso, una contradicción manifiesta entre su poesía escéptica, de la escuela de Espronceda, y su profesión religiosa y cristiana cuando señala la "Misión del poeta."

Hay veces que canta con mucha desesperación y acaso nos permitamos dudar de tamaño escepticismo y tan desconsolador hastío.

Concluimos con estas observaciones y diremos algunas palabras más sobre sus mejores composiciones. Como lo dice con justicia el ilustre literato señor Samper del joven poeta: "Tan joven es, que apenas si comienza á vivir. Su vida "es hasta ahora tan sólo una palpitación ardiente y una "esflorencia de fantasía: ha comenzado amando y cantando, y la belleza es su culto."

A este culto de la belleza debe sus mejores composiciones, y la "*Alborada*" que, a nuestro juicio, es una de las más preciosas piedras de su joyel, prueba que sus más inspirados versos brotan de su lira contemplando la bella imájen de María. Las estrofas de "*Alborada*" deslumbran con su ropaje casi oriental: es un canto primaveral del alma, en donde el artista ha deslumbrado con los colores, ha agotado casi sus pinceles, y en donde el poeta, con raro sentimiento, ha vertido á raudales sus más ardorosas y juveniles aspiraciones.

Es imposible unir á la poesía el ropaje luminoso y la expresión tan sentimental, que Ambrosio Montt y Montt ha conseguido aunar en las siguientes estrofas:

"Eres mi bella mi dulce primavera,  
 En tu boca la gracia y la hermosura  
 Se atropellan jugando; la primera  
 Luz del alba semeja la luz pura  
 De tus ojos; tu crespa cabellera  
 Cuando la ajita el aire con ternura,  
 Humilla de los astros los destellos,  
 Que es mas pura la luz de tus cabellos."

.....  
 .....  
 .....  
 .....

"La negra golondrina en los cristales  
 De tu balcón jugando está contigo,  
 Y por rosas tus labios de corales  
 Toma el astuto picaflor amigo;  
 Y la abeja dejando sus panales,  
 Llega humilde a tus plantas, cual mendigo  
 La miel te pide que tu boca llena,  
 Mas dulce que la miel de su colmena."

No seguiremos copiando todas las estrofas de esta bellísima composición; todo es allí tierno, dulce, conmovedor y sus versos son poesía para el alma y música para el oído.

*Noche de luna* y *A orillas del mar* tienen todo ese sentimiento casi vaporoso de una balada alemana. Hay en ellas algo de la inspiración de Heine y de la lira soñadora de Becquer.

Hay tres estrofas tan correctas, tan dulces, tan exactas, tan musicales y tan salpicadas de poesía que es imposible leerlas sin declarar que el poeta las ha trasladado al papel con toda su alma y en los mas felices momentos de arrobamientos cariñosos: leed la composición *En los jardines*, y veréis que el poeta es un eximio artista cuando esclama:

“¡Cuánto abandono y gracia en ese sueño! . . .  
 ¡Qué elegante su traje y qué sencillo! . . .  
 ¡El busto delicado! . . . el pié pequeño! . . .  
 ¡El cuello de una virgen de Murillo! . . .  
 Mi ideal de poeta realizado  
 Era aquella hermosura,  
 Tan cándida y tan pura,  
 Y sintiéndome de amor enagenado,  
 Besé el rostro más lindo que he besado! . . .

Ambrosio Montt y Montt, ama también con ese sentimiento sagrado que ennoblece y hace del corazón humano un santuario que alberga todos los pensamientos generosos y que en sus puras aspiraciones hay algo del perfume que espide un pebetero sobre el altar de los dioses. Este perfume de bondad que vuela del alma del poeta y del poeta cristiano, está encerrado en su soneto *Anjel caído*, que conmueve por la nobleza y por el amor á la mujer: esta bella mitad de la vida!

¡Cuán exacto es que un libro es el alma de su autor! El poeta en sus *Veladas líricas* se muestra tal cual es: á veces bueno, á veces soñador, á veces cristiano, á veces mui humano y á las veces casi libertino.

Tiene sonetos burlescos de los cuales es un modelo la *Oración matinal*; y en cuanto á los sonetos libertinos guardaremos silencio; no queremos que el poeta mezcle á sus horas de sentimiento algo como dejos de una orgía.

La bellísima composición *Mariposas* ha sido admirablemente elejida para dar fin y hermohear su volúmen, y aunque ya la conocíamos, viene á nuestras manos nuevamente ataviada y corregida con buen gusto.

Las estrofas son delicadas y acaso las mejores que ostenta en su hermoso libro. El artista y el poeta se muestran ahí á igual altura. Estos versos y la *Alborada* son prenda segura de buen éxito para el poeta, de lectura agradable para los aficionados á la buena poesía, y estamos seguros que el bello sexo ilustrado acogerá con entusiasmo el ramillete de versos que Ambrosio Montt y Montt lanza

---

á la publicidad desde las riberas del Plata con esta hermosa y poética exclamación:

“¡Oh! mujeres! Oh! vírjenes hermosas!  
Esquivas mariposas  
Esplendente ideal de los amores;  
Sois la esperanza en la existencia humana,  
Y . . . realidad cuán vana,  
Polvo en la mano, en el soñar fulgores!

ROBERTO ALONSO.

Junio de 1885.





# APUNTES DE VIAJE

(Continuacion.)

(VIDA EN DRESDEN. ALREDEDORES.)

## IX

Escribia estas pájinas solo sobre Dresden, y poco a poco me he visto arrastrado a dar un bosquejo de la Alemania artística moderna. Es cierto tambien que es imposible juzgar bien a una ciudad sin analizar siquiera de paso el pais a que ella pertenece.

Vuelvo, pues, a la capital Sajona.

Vivo en casa del baron von G. . . hombre mui reposado y conocedor de la historia y crónicas de la ciudad, y que por eso he elejido para que me las revele. No es súbdito sajón sino del ex-reino de Hanover, de cuyo último rei fué su padre ministro; pero habiendo residido ya muchos años en Dresden, me es tan útil como lo seria cualquiera de los hijos del lugar. Necesita paciencia para soportar todas las averiguaciones de un extranjero tan curioso; pero por fortuna esa es una virtud que los alemanes practican en grado eminente, sin tener para ello que molestarse y sin esfuerzo alguno: es una cualidad que bien podrian compartir un poco con nosotros los latinos, violentos e impacientes por naturaleza.

Que no asuste el distinguido título de "baron". En Alemania son increíblemente abundantes; y, como en ella, en toda la Europa central, hai cientos no de barones, sino de condes, duques o príncipes, cuyos haberes no están en proporecion a su rango. Todos los hermanos heredan el título del padre, pero no la fortuna que queda jeneralmente

en manos del mayorazgo; de allí que haya tantos nobles que apenas cuentan con lo preciso para vivir.

Este baron, mi amigo, es uno de ellos; y aunque es cierto que en su juventud conoció otras circunstancias, y que su familia era una de las primeras de Hanover, no tiene ahora mas que la escasísima entrada que le dejan los extranjeros, que, como yo, buscan siempre una de las muchas "pensiones" del barrio ingles.

Nuestras ideas de aristocracia son seguramente mas prácticas: como republicanos descuidamos los títulos, que al fin y al cabo bien poco significan; pero tenemos, sí, siempre presentes las condiciones de familia, de honorabilidad o de talento que aumentan el mérito del individuo, y mucho mas si ellas van apoyadas por las ventajas de la fortuna que le dan realce en sociedad.

En Alemania el culto por los títulos es insoportable: se lleva léjos en todos los países europeos, pero aquí vá incomparablemente mas allá. Costábame al principio hacer el ánimo a nombrar a los dueños de casa, "*Herr Baron*", y "*Frau Baronin*", cuando veía al primero haciendo el oficio de un verdadero criado que esperaba mis órdenes, y a la segunda ocupada en las tareas, prácticas sin duda, pero poco nobles, de la cocina; pero no hacer como los demas habria producido un escándalo, una verdadera injuria a los interesados.

No obstante puede esta costumbre disculparse cuando los títulos son de nobleza, y de lejítima nobleza. No sucede lo mismo con todos los demas civiles y militares con que se tropieza a cada momento en cada frase de una conversacion, porque entónces llegan a ser del todo ridículos, y mucho mas cuando, transformándolos en femeninos, se aplican a las mujeres de los titulados.

Nada es mas comun que el título de *geheim* (secreto) que a todos conceden las cortes alemanas; y de allí vienen los "*Herr geheimsrath*, y *Frau geheimsrätin*; *Herr geheimsinspector*, y *Frau geheimsinspectorin*. En el ejército, *Frau generalin*, *Frau Oberst*, (señora coronela) *Frau Hauptman*, (señora capitana), y otros títulos que como el de *Frau generalstabbärztin* (médico de Estado Mayor) ponen a prueba la lengua de los extranjeros.

Y peor todavía es el *Frau Apotheker*, (señora boticaria)

o el *Herr Hofleibzahnarzt*, (dentista de la corte), con que cada cual se dirige a estas distinguidas personas. Olvidar cualquiera de estos títulos es una ofensa para ellas, y en la escritura, sobre todo, hai que prestar particular atencion para no confundir el órden en que deben ir colocados, y el *wohlgeboren*, (bien nacido), o el *hochwohlgeboren* (mui bien nacido) en su caso.

Esto solo puede suceder en un país en que las diversas clases de la sociedad están perfectamente deslindadas, como en capas jeolójicas, unas sobre las otras; pero son tan excesivos su empleo e importancia que no puede ménos de presentarse como ridículo para el extranjero.

En estos mismos dias he visto una tarjeta en que una señora anuncia el compromiso de su hija con un "*Herrn Bergingenieur*" N. (Ingeniero de minas). Este señor no es alemán, sino chileno; y estoy seguro que en Chile no se le habria ocurrido anunciar su título profesional, mientras que aquí ha debido sujetarse a las costumbres establecidas. Las ventajas que esto trae en las naciones grandes es que cada uno presenta su título o su ocupacion como una credencial para todos los que no lo conocen, que sirve de garantía para los diversos tratos sociales.

Pero ¿cuál será la garantía de una "señora doctora", o de una "señora boticaria"? Difícil averiguarlo, a ménos que sea de buena salud, a que puede contribuir el cuidado científico de sus esposos. Nunca han podido sonarme bien estos títulos para las mujeres.

El baron hanoveriano es, con todo, hombre de mérito, y no por hallarse ahora en circunstancias desgraciadas deja de manifestarse en él su oríjen mas alto y todas las nociones de buena educacion; lo que no está sujeto a las eventualidades de la fortuna. Su modo de ser es tranquilo y apático, porque a las tendencias de la raza se juntan una edad avanzada y los sufrimientos que traen consigo la salud achacosa y los golpes morales que abaten el espíritu. Estos refléjanse siempre en el cuerpo comunicándole una especie de descuido o de soñolencia, de la cual difícilmente se puede despertar.

Mas de una vez, en las largas veladas de invierno que hemos pasado juntos, me ha referido los rasgos principales de su vida, y voi a recordar aquí algunas de sus palabras:

“Mi familia pertenece a la primera nobleza de Hanover; la rama mayor lleva el título de conde, y mi padre heredó el de baron, así como nosotros en seguida. El ocupó por mucho tiempo el puesto de ministro del rei Ernesto, y tenia un parentesco inmediato con el que es hoy príncipe Bismark y canciller del imperio. Mi madre era igualmente noble; y apesar de la época crítica por que atravesaba nuestro país en medio de una gran revolucion social, eco de las mas sangrientas de Francia, supo darnos a todos sus hijos una educacion severa que no fué perjudicada por el rango ni la fortuna.

“Nuestro castillo de familia, que junto con todo el mayorazgo ha pasado despues a propiedad de mi hermano mayor, estaba situado a corta distancia de Bremen; pero en él solo quedé los primeros años, porque mas tarde hube de seguir los cursos de filosofía de la universidad de Göttingen, y despues de un corto período de viajes, abrazar el servicio militar.

“Los viajes de entónces eran harto diversos de los de hoy: recorríase ménos distancia; pero se observaban mejor los países; podian estudiarse bien las costumbres de los pueblos, que por la falta de comunicaciones entre sí conservaban en toda su orijinalidad e interés, que hoy en mucha parte han perdido, porque se imitan unos a otros.

“Al dejar la casa de mis padres, no existia aun una sola línea de camino de hierro en Alemania;—recibí de ellos un saco de “thalers”, y acompañado de un criado me puse en movimiento en mi propio carruaje para recorrer los ducados de Turinjia, Sajonia, Prusia y demas Estados alemanes. Las jornadas eran mui cortas; pero los viajes no se emprendian por recorrer territorios sino por gozar con toda la novedad que a cada paso iba el camino proporcionando. Los alojamientos eran posadas rústicas pero agradables, donde a la vez que descanso hallábase compañía para pasar las horas de la noche.

“Ud. que conoce los años de viaje de Wilhelm Meister puede imaginarse bien cómo se llevaban a cabo esos viajes en Alemania; porque en los treinta años que mediaron entre los de aquel y los míos apenas habian cambiado las circunstancias. El viajero podia detenerse en todas partes: en cada casa hallaba hospitalidad cariñosa, y muchas ve-

ces esas *mädchen* de ojos azules daban motivo a los mas deliciosos idilios, que interrumpian quizás la marcha, pero que la llenaban de encanto. ¡Infeliz de aquel que como Meister no podia quedar mas de tres dias en cada sitio. Ahora se desconocen esos episodios; márchase de ordinario de una ciudad a otra, ignorándose que en ese intervalo han pasado inadvertidos los lugares que mayor placer proporcionan, talvez aquella choza a entradas del bosque o en la cima de la colina, o aquella insignificante aldea cuyo campanario apénas se divisa al pasar.

“Mi viaje por Alemania fué mui detenido, y mui interesante por cierto. Seguí despues a Italia, el país del arte y de los monumentos antiguos, y donde pude recojer una clase mui diversa de impresiones, quizás mas poderosas, pero no mas agradables que las de mi propia patria; porque aquí podia penetrar a todos los detalles íntimos, asimilarme completamente a la vida y manera de ser de los individuos, lo que en cualquier país extranjero es imposible. Italia es interesante por excelencia: allí el espíritu encuentra un mundo nuevo y en toda otra parte desconocido; pero las riberas del Rin en el otoño, los bosques de la Selva Negra, el Harz de Turinjia, o los valles rocosos de la Suiza Sajona, son para mí mucho mas agradables, mucho mas simpáticos.

“De vuelta otra vez a mi suelo natal entré al servicio del rey como oficial de un rejimiento de Húsares de la guardia, y pronto fuí elevado al cargo de Ayudante de S. M. en donde estuve algun tiempo; pudiendo conocer de cerca a ese soberano, cuya excentricidad de carácter ha sido talvez mal juzgada por sus compatriotas. En la corte estaban tambien algunos de los miembros de la actual real familia de Inglaterra, como los duques de Kent y Cambridge, este último hoi jeneralísimo del ejército ingles.

“En ese tiempo mal podiamos preveer el triste fin de nuestro monarca, y cómo el reino de Hanover estaba destinado a desaparecer de entre las naciones independientes.

“Cada uno de los Estados alemanes estaba en su interior tan revuelto que solo podia ocuparse de la mas urgente reorganizacion despues de la colosal guerra de los primeros años del siglo. Aquí y allá se promulgaban constituciones mas o

ménos liberales para responder a las exigencias de una opinion avanzada que amenazaba de otra suerte destruir todo el órden establecido. Austria estaba a la cabeza de los pueblos de oríjen jermánico, y la influencia de Prusia no alcanzaba a sentirse todavía, apesar de que su representante en la dieta de Frankfort, Bismark, hacia esfuerzos increíbles por obtenerla, esfuerzos cuyos resultados hemos podido juzgar mas tarde. Aunque los celos de Prusia por la preponderancia austriaca eran evidentes, no alcanzábamos a divisar todavía los pretextos para las anexiones de aquella, los ducados daneses, ni ménos que nuestro país iba a sufrir la misma suerte.

“Todos estos grandes acontecimientos históricos fueron realizándose poco a poco; y yo miéntras tanto en posesion de una fortuna, no considerable, pero sí suficiente para la familia que me habia formado, vivia en una propiedad, entre Bremen y Hamburgo, dedicado al trabajo de la agricultura.

“Al cabo de algunos años perdí mi esposa; y estando todos mis hijos ya grandes les distribuí cuanto tenia, reservándome únicamente lo justo para vivir. Los hombres están en el ejército, y una hija es casada ahora con un millonario de Silesia, en donde vive. Cada uno tiene hoi una posicion brillante.

“Despues de un tiempo largo de viudez y de abandono completo, sin tener un hogar donde pasar siquiera los últimos años de mi vida, resolví casarme en Sajonia con una viuda tambien y que tenia una hija ya crecida; y no siendo ella de mi posicion, este matrimonio fué considerado como una “*mésalliance*” por mi familia, lo que sirvió para aumentar la diferencia que entre ella y yo habia existido en el último tiempo.

“Mis recursos, de escasos que eran anteriormente, fueron agotados por completo al verme obligado, segun las leyes alemanas, a pagar las deudas que habia dejado al morir el primer marido de mi nueva esposa; y de esta suerte hemos vivido ya cinco años en Dresden, alejados de la sociedad y del mundo, y sin contar casi con otra entrada que lo poco que nos dejan los estranjeros que vienen a habitar con nosotros.

“De esta manera, yo, que comencé la vida en un castillo

señorial y en la corte de Hanover, he visto en su trascurso operarse muchos cambios, y tendré que terminarla, talvez nó en la miseria, pero tampoco léjos de ella.”

---

El baron von G. . . . me inspira una verdadera simpatía e interes; bástame para ello el conocer algunos detalles de su vida desgraciada, pero ademas ha sido conmigo excesivamente bondadoso, y estos buenos sentimientos no pueden ménos de compensarse.

Su mujer es ciertamente de un oríjen mui diverso, y no hai en ella nada que corresponda al título que ahora lleva; pero no por eso deja de esforzarse en servir con amabilidad a sus huéspedes, y yo ménos que nadie podria quejarme porque quizás debido a mi nacionalidad, que me hace aparecer ante ellos como un personaje extraordinario, soi objeto de las mayores atenciones y cariño.

La hija, una preciosa niña de 15 años, (lo que me ha hecho cambiar de idea de las alemanas a quienes ántes yo habria negado toda belleza) está aun en la escuela; pero ello no impide que haya podido ser mi agradable compañera de paseo en el parque, en las frescas tardes de otoño.

No hai en el mundo una nacion mas adelantada que Alemania en la instruccion pública, y en ella Sajonia marcha a la cabeza con sus 2,200 escuelas para dos millones de habitantes. Y sin embargo ¡cuán estraña educacion reciben en ellas las jóvenes segun ésta que yo he podido observar!

En ninguna parte se desarrollan tan temprano y con tal fuerza las ideas novelescas o románticas, y aquí se considera natural e inocente lo que en cualquiera otro pais talvez no seria aceptable. El director de esta escuela no tiene 30 años, y como puede suponerse, es excesivamente amable con sus alumnas, a quienes invita a menudo a largos paseos por el campo.

A las que estudian literatura recomiéndales lean todos los libros que encuentren a mano; y siguiendo este con-

sejo, encontré un día a Gabriela, que así se llama la niña de casa, devorando las ardientes páginas del "Werther;" otro, las estrofas profundísimas de "Faust," que mal podría ella comprender tan temprano.

Y esas mismas discípulas de tan distinguido curso de literatura ignoran la existencia de Cervantes y de todos los demas prohombres de las letras españolas: les han dicho que pueden contentarse con tener nociones de las inglesas, francesas e italianas, entre las extranjeras, y que las españolas son innecesarias.

Si en todas partes de Alemania permiten a las niñas de 15 años leer toda clase de libros por vía de estudio, no es extraño que el espíritu del romanticismo domine en ellas jeneralmente, porque se junta además la libertad de que gozan para salir solas a donde les plazca, al ménos en las familias no mui distinguidas o no de mui estrictas costumbres. La influencia de Goethe con sus obras sentimentales tiene que ser mui poderosa, y por cierto que esa influencia no va dirigida por buen camino sino por uno completamente utópico y especulativo, que casi siempre nos conduce a falsear las verdaderas circunstancias de la vida.

Aquí observó que hai en ella dos fases mui diversas: el amor, y el matrimonio. El primero es el ideal a que todos aspiran, y a que todos llegan al fin y al cabo; en él consiste la felicidad; es la realizacion de los sueños mas acariciados. El segundo ocupa para el alma un lugar secundario; es el comienzo de la vida material que se presenta bajo una nueva forma; en él terminan los ensueños y principian a sentirse solo el lado práctico y las necesidades reales de la existencia. Si aquel es la dicha mas pura, este es el mayor o menor bienestar que trae la avenencia mútua o la costumbre de union entre dos personas. En uno la mujer es un ideal casi divino; en el otro el oríjen de una familia, o la cuidadora de los menesteres domésticos.

En idéntica luz aparece Carlota: para Alberto una compañera agradable y que le estaba destinada; para Werther, el único tesoro que su corazon anhela, porque a ella sacrifica su felicidad y su vida.

Hé aquí un romanticismo que perjudica: el *Liebe* alemana llevado al principio un poco léjos, y quién sabe si termina una etapa ántes de lo que el verdadero romanticismo

aconseja. Estas materias son, sin embargo, difíciles para precisar.

La vida en Dresden es bien tranquila: tanto mejor para los que no buscan el bullicio ni desean distraerse en la actividad de las grandes ciudades. No es que falten tampoco los entretenimientos ni la animacion suficiente, porque al fin y al cabo la capital sajona no es una ciudad pequeña: es un término medio agradable con el cual el extranjero se acostumbra pronto, y, si no es mui descontentadizo, se satisface.

En ningun pais se conocen como en Alemania los cafés-jardines; son estos una institucion especial, donde la jente sentada al aire libre, sea de dia o de noche, consume unos tras otros los jarros de cerveza de Pilsen o de Baviera, casi siempre a corta distancia de una orquesta, porque la música es la vida de los alemanes. Estos cafés son en Dresden innumerables, y mas que en la ciudad misma en sus amenos alrededores, de los cuales las orillas del Elba ofrecen muestras verdaderamente deliciosas. Uno de estos últimos está en el pueblecillo "Blascurtz," a ménos de una legua de distancia, en el jardin en donde por mucho tiempo paseaba Schiller, y en donde escribió su drama "Don Carlos." Sobre el tronco de una viejísima encina, han colocado una inscripcion que esto recuerda, y a su lado se levanta un pequeño monumento al gran poeta. Dificilmente podria él haber elegido un sitio mas agradable, y allí podia vivir en una dulce tranquilidad despues de su agitada residencia en las ciudades, en la de Weimar sobretodo, donde el brillante protector de las letras, Carlos Augusto habia reunido a los corifeos de la literatura alemana, a Goethe, Schiller, Wieland, Herder y otros.

Desde el arriate de "Blascurtz" veía correr a sus piés el Elba, y al frente se levantaba una colina verde, entónces talvez solitaria, pero hoi sembrada de casitas pintorescas, aldeas risueñas que se destacan de entre los bosques, y uno que otro castillo, el mas hermoso de los cuales pertenece al príncipe Alberto de Prusia, hermano del emperador.

Aquí se inspiró Schiller en una de las páginas mas oscuras de la historia moderna, y quién sabe si su imaginacion de poeta hizole desviarse algo de la verdad, o siquiera dar

visos de realidad a acontecimientos cuya existencia no estaba clara entónces, y mucho ménos hoi, en que se han presentado al juicio del mundo argumentos para combatirlos. Probablemente su drama ha sido la causa de la creencia universal de que Felipe II hizo asesinar a su hijo don Carlos; él tomó como un hecho cierto las suposiciones y las sospechas, que hoi uno de los primeros historiadores del siglo, Cesar Cantú, se ha empeñado en desmentir. Ojalá que ese crimen no sea mas verídico que la existencia del marqués de Posa, para que tan enorme mancha pueda borrarse de la memoria del monarca bajo cuyo reino alcanzó España toda su grandeza.

Este jardín de Schiller es una de las localidades favoritas de reunion de los habitantes de Dresden, principalmente los domingos, en que miles de personas llenan los vapores que hacen el servicio del río y comunican con poquísimos costo los numerosos pueblos de sus orillas.

Pero, junto con el caer de las primeras hojas de otoño, y el viento frío de Octubre, terminan los conciertos y los jardines al aire libre, y la jente debe quedarse dentro de la ciudad, a no ser cuando aparece el hielo y la nieve, que despiertan el nuevo movimiento de trineos y patines, y entónces esos mismos cafés se llenan con todas las personas que vienen a refugiarse por un rato del frío.

Dresden y la "*Pragerstrasse*" son una misma cosa. Esa calle, que atraviesa toda la ciudad vieja, desde la estacion de Bohemia hasta los arcos del castillo que dan pasada al río y a la gran plaza del teatro, es el centro de todo el comercio, el tráfico de todos los vehículos, el *rendez-vous* de todos los extranjeros, de los oficiales y de las elegantes de Dresden (que no son mui numerosas). Cambia varias veces de nombre, y no léjos del castillo se forma en ella el "*Altmarkt*" o Mercado viejo, que ha sido siempre el corazón de la ciudad, con el ayuntamiento (Rathhaus) a un lado, y el monumento de la Germania, en conmemoracion de la última guerra, al centro. Esta es una de las plazas que tanto pintó Canaletto, y a que en otra ocasion me he referido ya.

En la calle de Praga es tal el movimiento a ciertas horas de la tarde que es difícil abrirse camino entre la multitud de individuos que admiran los objetos espuestos en

las ventanas de tantos elegantes almacenes; porque en ella están situadas las mejores tiendas de la ciudad, con los objetos de arte, las porcelanas, los libros y grabados de lujo, las fotografías de los artistas y familias reales, que son las que siempre atraen mas a los transeuntes ociosos, sobre todo por los trajes y posiciones académicas de las actrices, como la media docena de palomas blancas de San Márcos, que forman uno de los episodios mas graciosos de "Una Noche en Venecia," la preciosa opereta de Strauss.

Cada dia hai que admirar algo nuevo en esas ventanas, y cada una de las tiendas "proveedoras" de Sus Majestades, forma una pequeña exposicion de objetos artísticos e interesantes. Pero hai muchas otras cuyos objetos nada tienen de artísticos, y en tal cantidad que uno creeria a primera vista que constituían el principal comercio de Dresden. Mé refiero a las cigarrerías, y a las ventas de "salchichones" en todas formas y tamaños. Ambas cosas parecen del consumo predilecto de los almacenes, porque nadie deja de fumar cigarros "importados," o de fabricacion nacional en Bremen o Hamburgo, y cuyo precio no sube muchas veces de "2 marcos" (50 centavos) el 100.

En Chile llámariase "despacho" el lugar donde se venden las salchichas, o siquiera una sucia carnicería, a donde no se atreve a entrar una persona decente: aquí son preciosos locales mas limpios que un palacio, pulidos como un espejo, y cuyas vendedoras, blancas y robustas, parecen prosperar en esa atmósfera alimenticia y apetitosa. Es tal la demanda de "*Wurst*," (que así se llaman) que a ciertas horas un tropel de jente, criadas, hombres, y hasta señoras distinguidas, (o que lo parecen) se disputan la proximidad a sus mostradores; pero tan enorme es la oferta que no hai peligro alguno de que los parroquianos tengan que volver a sus casas chasqueados en sus comestibles para la cena.

Todo esto, como he dicho, tiene lugar en la calle de Praga donde al lado de una librería o de una tienda de modas hai una de salchichas; pero estas no se encuentran en menor abundancia en todas las demas calles de la ciudad, porque forman verdaderamente la parte mas esencial de su alimento, que a juzgar por los resultados no debe ser malsano.

Los sitios de reunion y de solaz para los habitantes de Dresden son los locales de cerveza, que alcanzan a un número sorprendente. Pero, qué pasatiempos aquellos! solo la paciencia jermánica puede tolerarlos; todos pasan allí horas tras horas sentados al rededor de una mesa; con una conversacion a menudo lánguida y sin atractivos (porque aquí no se conocen las entusiastas discusiones políticas de los cafés españoles) envueltos en una nube de humo de malísimos cigarros, que casi impide divisar las caras de un lado a otro. Yo tambien he debido participar muchas veces de esas reuniones nacionales, pero a no ser en los cafés mas distinguidos, al cabo de poco rato se hacen insoportables, y uno desea salir a respirar otra vez el aire puro de las calles. Por mi parte prefiero con mucho beber la cerveza en la soledad de mi habitacion que en aquellos locales concurridos.

Y, sin embargo, no es Dresden ni Sajonia el pais aleman donde se bebe mas cerveza: quien ha conocido alguna ciudad de Baviera, comenzando por Munich, debe encontrar aquí una moderacion extrema, porque en ellas la vida de tabernas (*kellers*) y de humo es incomparablemente peor, y hace un efecto mil veces mas desagradable. Y otro tanto sucede en los pueblos universitarios, en que el sinnúmero de estudiantes tienen por entretenimiento favorito sentarse de noche al rededor de las mesas del "*Bierhalle*," para hacer entre jarros de cerveza todos los comentarios del dia. Ello y la estraña costumbre de los duelos con que se dejan marcada para siempre la cara, son las fases mas curiosas y orijinales de la vida universitaria en Alemania; pero nada de esto se conoce en Dresden, puesto que la gran universidad sajona ha existido siempre en Leipzig, y la escuela de minas en Treiberg.

Si los hombres buscan los cafés y locales de cerveza para sus reuniones o la lectura de cuantos periódicos pueden desearse, las señoras no siempre tienen entrada permitida a ellos, porque no son bastante distinguidos; pero se desquitan con las pastelerías,—"*conditoreis*"—algunas de las cuales reunen en sus hermosos salones, en las horas de la tarde, todo lo que hai de elegante y de moda en Dresden. La aficion de las alemanas a los dulces y pasteles es increíble; pero no es solo ella lo que allí las conduce, sino

tambien la necesidad de encontrarse unas con otras, de conocer las crónicas del dia, y quién sabe cuántas veces aun la de juntarse, como de manera casual, con algunos de sus amigos.

La animacion de estas elegantes salas es grande, y curioso el espectáculo que ofrecen los pequeños círculos o parejas que las llenan en todas direcciones, sobresaliendo siempre los uniformes azules, u oscuros con bordes rojos de los oficiales, que siempre forman la parte mas distinguida de la sociedad masculina en toda reunion alemana. Las citas en las "*conditorei*" son evidentes aun para los ojos de un desconocido, y se comprende en el acto que esa señora, talvez una "*Frau geheimrätthin hochwohlgeborene*," necesita distraerse siquiera un rato de tarde y salir de "*le monde où l'on s'ennuie*," que parece haberse arraigado en su propia casa.

He dicho que las alemanas elegantes o bien vestidas son mui escasas; quién sabe si no seria exajeracion decir que no las habia; esto es seguro que un frances no titubearia para declararlo. De cualquier pais que se venga, nótese esta falta en el acto; parece que el buen gusto para vestirse está proscrito de Dresden; y si hablar de esta circunstancia con algun detalle no fuera incurrir en el tema de una revista de modas, me detendria mas en explicarla. Pero llevo a creer que la moda no ha penetrado nunca en estos lugares, o al ménos desde que el espíritu nacional cerró la puerta al gusto frances, es decir al de Paris, que en ello da la norma a todo el mundo, y los alemanes talvez no conocen la falta, y si pueden vivir sin el jenio frances en todos los otros ramos del arte o de la industria, harto le necesitan para el vestido.

Y de véras es lástima que las alemanas no tengan mejor gusto para arreglarse, porque en jeneral no les falta hermosura o siquiera esbeltez en el cuerpo, que recibe tanto mayor realce con la colocacion mas o ménos artística de los adornos; aunque el arte en esto va ahora llevado mucho mas allá de lo justo, y solo se le podrá atribuir ese nombre en cuanto transforma o se opone a la naturaleza. Pero hai siempre ciertas reglas de estética que aun en el vestido deben seguirse para que la figura no pierda nada de su hermosura. Esa estética, que nada tiene que ver

con la que empezó en Inglaterra no hace mucho, no ha alcanzado al dominio de la práctica de las alemanas.

Es mui laudable la sencillez con que ellas se visten, no solo de ordinario, sino para asistir a los espectáculos de noche, y la proscripcion de un lujo innecesario como el que nosotros tenemos en nuestra sociedad de Chile; pero la sencillez, léjos de estar reñida con la elegancia y el buen gusto, es la que puede hacerlos resaltar mejor y talvez la única que en el traje contribuye a aumentar la belleza o el agrado de la persona.

La diferencia que a este respecto existe entre las ciudades alemanas y Viena es enorme, y en esta última sí que mal podria hacerse este cargo, porque siempre ha sido notable en ella la elegancia de sus mujeres, y el aspecto distinguido de su sociedad, lo que tambien falta en las primeras, tanto en Berlin como en Munich o Dresden.

Refiriéndome principalmente a esta última, que por conocer mejor es la de que me ocupo, me ha costado siempre esplicarme esa grandísima escasez de jente distinguida, porque entre los jóvenes apenas hai otros que los oficiales; y como si fuese una capital de importancia, fuera de ciertas escepciones, son los extranjeros los que sobresalen, y no extranjeros millonarios como los que dan a Paris su fortuna, sino tantos que vienen aquí a instruirse o quizás a vivir con mayor economía que en sus propias ciudades. Son ellos, en efecto, los que llenan las calles, dan vida al comercio de tiendas, ocupan los sillones de los teatros y de los conciertos, donde muchas veces al escuchar en todas direcciones el idioma de Inglaterra, me figuro estar allá, en vez de hallarme en una de las capitales del imperio.

Si la calle de Praga es de ordinario un paseo agradable, y la vista halla en qué distraerse con los artículos de toda clase espuestos en las vidrieras de las tiendas, la animacion ha sido mucho mas notable durante todo el mes de Diciembre, en que tienen lugar los preparativos para la Pascua. Talvez en ningun pais tiene esta fiesta la importancia que en Alemania, porque en un mes entero no se oía hablar de otra cosa, como que es considerado el principal acontecimiento de todo el año. Todas las tiendas sacaban a luz sus objetos mas hermosos, las novedades de la estacion, los aguinaldos para todas las fortunas, desde los bronceos o las porce-

lanas mas costosas hasta los juguetes de Nuremberg, o los artículos mas variados de los bazares, en que ninguno sube de 50 *pfennige*.

Cuando el gran día se aproxima, comienzan tambien a aparecer los árboles de Pascua, pequeños pinos traídos de los bosques, sobre cuyas ramas colócanse toda clase de monadas que cuelgan, hilos de oro y de plata, y que en la noche del 24 hacen un gracioso efecto con las velillas de colores que los alumbran.

La Pascua es una fiesta en extremo simpática, porque en cada casa, tanto del rei como del último de los obreros, arden estos mismos árboles, y en su torno se reúne toda la familia en uno de esos círculos íntimos y estrechos que no tienen lugar en otra ocasion alguna; porque parece que los lazos de union se hicieran sentir entónces mas que nunca, miéntras se distribuyen entre sí los regalos mútuos y stenan las copas de "*punsch*" que, como es natural, producen mayor expansion y alegría entre los miembros de los pequeños grupos. En todos los corazones avívase en esos momentos el cariño o la simpatía; y al verse levantar las llamas de un fuego brillante en el hogar, nadie se acuerda del hielo de afuera y de que la nieve con sus blancos copos golpea a los vidrios de la ventana.

Yo deseaba conocer una Pascua en Dresden, y mas aun despues de sus preparativos de tanto tiempo.

Formé parte de uno de esos círculos de familia, y pude presenciar la escena cariñosa de que he estado hablando. Era yo completamente extraño a todos los otros; pero no por que uno esté solo o haya perdido la felicidad del hogar, que al fin y al cabo es la mayor que existe en el mundo, deja de gozar al ver contentos a los que lo rodean, porque lo contrario seria únicamente egoismo.

Pero es en esos momentos cuando se hace sentir con mas fuerza el peso del ostracismo, que harto duro es disimular para que una gota amarga no vaya a agriar ese conjunto armonioso y dulce que no parece tener mas preocupacion que la alegría del instante. Decia que debia gozarse con la felicidad de los demas; pero ese goce mas bien es un esfuerzo, una tendencia que nos impele a sentir como ellos; y no vá mas léjos, porque el goce íntimo del al-

ma que trae la satisfaccion de los deseos o un estado dado de felicidad es imposible.

Ostracismo es una palabra dura aplicada a una ausencia voluntaria; pero ¿qué otra cosa es el hecho si en esa ausencia hai como un agente invisible que nos aparta de todos, de la familia, de los amigos, y que aleja todos los agrados que talvez podrian compensar lo que se ha dejado tan léjos, siquiera por un período no mui largo?

¡Los encantos de los viajes! Yo diria mas bien las molestias y los sufrimientos. ¡Estranjero entre extranjeros, desconocido entre desconocidos, sin poderse comunicar con nadie de una manera íntima, ni poder comunicar las impresiones a una persona amiga sino a un pedazo de papel, que las recibe tan en silencio! Pero siempre adelante, hasta que haya terminado el período de aprendizaje! el provecho está ántes que el desagrado: tampoco se goza en la escuela y, sin embargo, tenemos que soportarla.

Todas estas ideas se agolpaban a mi mente cuando celebrábamos la fiesta de Pascua, miéntras brillaban las colgaduras del árbol a la luz de las velillas de colores, y con las copas en la mano cambiábamos entre nosotros los mutuos deseos de felicidad. Mi espíritu no podia quedar tranquilo en esa habitacion, ni en Alemania, ni en toda Europa, sino que volaba al otro hemisferio, a un rincon pequeño del mundo. Preguntábame en dónde estaria en la Pascua venidera, y si rodeado de estraños como en ésta; pero en vano, porque mi vista no podia presajiar el porvenir, y los ecos del viento no contestaron!

Todos los últimos dias de Diciembre son en Dresden, y por cierto, tambien en las demas ciudades alemanas, de gran agitacion, porque a las fiestas de Pascua se juntan las de Año Nuevo, que tienen no obstante una importancia secundaria. ¡Infelices empleados de correos! su tarea en esos dias se hace terriblemente penosa, y el aumento de trabajo es tal, que necesitan valerse de soldados para repartir la correspondencia, de soldados que andan averiguando de los transeuntes la situacion de las calles endonde tienen que distribuir las cartas. Los carros comunes de paquetes postales tampoco bastan, sino que necesitan tambien alquilar unos cuantos ómnibus que hagan con ellos el servicio de las encomiendas, que en estos dias se multipli-

can como por encanto. Pero no es raro, porque cada uno envía a sus relaciones en el país y en el extranjero algún recuerdo con sus buenos deseos para el año siguiente. Los mas comunes son las tarjetas de felicitacion, que se cruzan por miles, y entre las cuales las hai tan hermosas como expresivas. Tambien me tocó recibir algunas, pero una al ménos no participaba del primer carácter, pero sí del segundo: era una salchicha colosal y tan bien pintada, que llegaba a abrir el apetito; los versos impresos correspondian por lo jocosos. No se me habia podido ocurrir que hasta ahí hubiera de llegar el ingenio y la espiritualidad de los dibujantes o productores de tarjetas, pero no me pareció despues tan extraño al recordar el papel importante que el "*Wurst*" desempeña en la existencia alemana. Por la inversa, unos ramos de flores secas, que aplicadas a este objeto forman la última novedad, son preciosos y arreglados artísticamente se prestan para un agradable recuerdo de Pascua o Año Nuevo.

Las ferias que aquí y en Leipzig tienen lugar en esos mismos dias no alcanzan el desarrollo de las de otras épocas del año, aunque no dejan de ser pintorescas. Las famosas de la segunda ciudad, que se repiten desde hace varios siglos con un tráfico de muchos millones, tienen lugar en Pascua de Resurreccion; pero si ántes eran el sitio de reunion de los comerciantes de Europa y Asia, ahora con la facilidad de las comunicaciones y desarrollo del comercio, han tenido necesariamente que decaer. Es muy curioso en estas ferias observar el sinnúmero de lugareños que acuden de todos los campos y aldeas vecinas a hacer sus provisiones para la estacion.

En las escuelas de Alemania hai un ramo de enseñanza que se descuida de una manera deplorable,—la jeografía,—aunque no ménos que aquí en los demas países de Europa. En Dresden muchas de las personas que me han conocido han necesitado mucho tiempo para comprender que mi nacionalidad no era la española, porque no pueden hacer diferencia entre España y las naciones de Sud América, y tan desconocida les es una como las otras. A veces llega la ignorancia a tal extremo que uno no alcanza a darse cuenta de que sean personas educadas las que parecen hacer alarde de ella por medio de necias preguntas.

Estábamos en una ocasión sentados a la mesa, y además de las personas de la casa un Her von S. . . que me habían anunciado como hombre distinguido y de la primera sociedad. Sin duda él jamás debería haber tropezado con un chileno, porque manifestó desde el principio mucha sorpresa respecto de mí, y sin pérdida de tiempo entabló un diálogo, que por la originalidad de las preguntas vale la pena de recordarse: ellas se me grabaron de tal suerte que puedo transcribir precisamente sus palabras, y mis respuestas.

—Ignoro exactamente dónde está situada esa isla que se llama Chile, pero me figuro que estará en Asia; ¿no es verdad?

—En primer lugar Chile no es isla, y en segundo no está en Asia sino en el continente de América, en el cual ocupa la extremidad sur oeste.

—Segun eso Ud. para venir a Europa necesita pasar por San Francisco que es el puerto mas inmediato a Chile.

—¡Cerca de Chile! la distancia de Valparaiso a San Francisco no bajará talvez de 5000 *millas*, y apenas tenemos comunicacion con él. Las rutas para Europa mas espeditas y usuales son la del istmo de Panamá, para atravesar el cual hai que seguir toda la costa norte de América del Sur, o la del estrecho de Magallanes, que da la vuelta a todo el extremo del continente. Si tuviera a mano un mapa de esta parte del mundo, daria con gusto a Ud. una leccion de jeografía, que parece descuidarse tanto en Alemania, y que se estudia mucho mejor en mi país.

—Disculpe Ud. yo he tenido tan poca ocasion de ocuparme de aquellos paises, que en estos momentos nada recuerdo del suyo. Tengo solo una idea vaga de un gran rio Plata que lo atraviesa.

—(Los demas oyentes tan ignorantes como él no comprenden mi admiracion.) El rio Plata, que es uno de los mas caudalosos del mundo, cae en el Atlántico, y atraviesa no a Chile sino a la República Arjentina y otras naciones pequeñas del continente. Nuestro país está en el lado del Océano Pacífico, y es tan estrecho entre las montañas y el mar que rios de aquel tamaño no pueden tener cabida en él.

—¿Chile es un reino y el idioma nacional es el inglés?

Nuevas y largas explicaciones para hacerle entender nuestra forma de gobierno, nuestro estado de nacion libre, y oríjen español, cuyo idioma así como raza y costumbres teníamos todavía.

Ya perdía yo la paciencia con tanta necesidad cuando su última pregunta, si mi país era civilizado, acabó de hacerme perder, porque en ello manifestábase no solo ignorancia sino mala educacion. Vino inmediatamente una ruptura, y desde entónces cortáronse mis relaciones con Herr von S... que mas tarde, al ver las fotografías de Santiago, que con ese objeto hice venir de Inglaterra, tuvo que convencerse mejor de que tambien Chile era una "*civilisirtes Land*."

Si se llevara cuenta de todas las preguntas que muchos europeos nos hacen sobre Chile podria formarse una buena coleccion de imbecilidades. Pero ninguna como aquella de un mozo de hotel en Bruselas, que deseaba averiguar si tambien en Chile habia estrellas en el cielo: mereceria por lo notable colocarse a la cabeza.

Una prima de la "*Frau Baronin*" es casada con un ministro de la iglesia evangélica que tiene una interesante finca en uno de los pueblecillos de la Suiza Sajona, a un par de horas de Dresden, donde ejerce su ministerio religioso. Deseando yo conocer esa vida de campo alemana hícele anunciar mi visita; puesto que habia oído ademas que él era un hombre bastante instruido y que recibiria con interes noticias de paises lejanos, de que no tenia mucha ocasion de saber algo en el estrecho círculo de sus feligreses de aldea. El buen eclesiástico contestó en efecto con amabilidad, y espresando una gran curiosidad de tener en su casa a un *señor de Chile*. Parecia que ello iba a ser un acontecimiento notable; pero por desgracia no tuvo lugar, porque diversas circunstancias se opusieron en seguida a la realizacion de la visita, en que yo por lo ménos habíame prometido un rato de entretenimiento entre jentes que apénas tienen otro roce que el de los vecinos del valle y de la aldea.

He nombrado a la Suiza Sajona: he allí una comarca encantadora. Nada tiene que ver con la verdadera Suiza,

ni se le asemeja absolutamente; pero esto no quita que sea tambien mui hermosa, y talvez mas que bella agradable para las escursiones o residencia en verano.

En Sajonia todo es reducido, y aquella comarca naturalmente es pequeña, estendiéndose desde la frontera de Bohemia al sur hasta una hora de Dresden y de unas cuantas millas de ancho. El Elba la atraviesa de por medio, y se abre su curso entre montañas no altas, pero pintorescas, cubiertas de bosques y en partes de una formacion rocosa tan característica que el conjunto forma el principal atractivo la comarca. Numerosos pueblos se suceden a las orillas del rio, y de ellos el Schandau es considerable, y uno de los sitios predilectos de los sajones para pasar los meses de los grandes calores, que tambien fastidian en Dresden.

No hai en todo el país un punto mas popular y conocido que la "*Bastei*" (Bastilla): es el centro de la Suiza Sajona, y una de las mayores alturas, desde cuyo *Belvedere* sobre las rocas cortadas a pico y en formas jeométricas, se abraza un panorama precioso de los cerros y de los valles, y se divisa serpentear a los piés el rio, que estando mui cerca de su oríjen en las montañas de Bohemia, viene todavia pequeñito, y no parece ser el mismo que mas tarde forma el estenso puerto de Hamburgo a su desembocadura.

Casi al frente de la "*Bastei*", en uno de los varios cerros semejantes, se levanta la fortaleza de "*Königstein*", (piedra del rio) que desde varios siglos ha tenido gran importancia en la historia del Electorado y del reino, y que despues de muchos sitios no fué nunca rendida hasta las capitulaciones de paz.

Esas murallas han sido testigos de todas las devastaciones de los suecos y los austriacos en la guerra de 30 años, de Wallenstein, de Cárlos XII, de Federico el Grande de Prusia, y en ellas se han encerrado muchas veces el tesoro de los Electores y aun los cuadros de la galería para ponerlos a salvo de la codicia de los soldados. Despues de la última guerra en 1866, cuando Sajonia estaba del lado del Austria, tuvieron que entregarla al rei de Prusia, dejándola en su poder por varios años, hasta que no se cumplieran todas las condiciones de paz.

Los valles de la Suiza Sajona son estrechos y encerrados por montañas llenas de grandes bosques, que impiden

en algunos sitios el que penetren los rayos del sol; pero, segun he dicho, lo mas interesante de todo es la formacion de las rocas, porque da un carácter completamente peculiar a la comarca: las hai con las figuras mas grotescas, y que parecen colocadas allí artificialmente, muchas veces formando cuevas o gargantas al traves de las cuales es menester abrirse camino para continuar la marcha.

Nada es mas erróneo que la idea de que en Alemania no existen lugares pintorescos como en otros paises; por cierto que en jeneral sus paisajes presentan un aspecto triste e inatrayente, porque las inmensas llanuras de tierras plomizas sin mas variedad que los bosques de pino, que luego tambien llegan a hacerse terriblemente monótonos, fatigan la vista, que ha menester siempre de variedad y panorama agradable. Pero eso no impide que existan tambien y en número considerable las rejiones pintorescas, donde no hai que echar de ménos las de pais alguno. Acabo de hablar de una de ellas, y en otra ocasion he mencionado tambien la comarca del Rin, famosa en todo el mundo; la Selva Negra en Baden; los bosques y montañas de Harz en los ducados de Turingia; las montañas Gigantes de Silesia; y mas que todas las anteriores, las de los deslindes de Baviera con el archiducado de Austria, allí donde se encuentran Salzboung y el pueblecillo de Reichenkall. En cualquiera de estos sitios puede un artista inspirarse con los modelos mas espléndidos de la naturaleza, y encontrar el viajero interesantísimo campo para sus escursiones.

La antigua Prusia, es decir el margravado de Brandenburgo, es el mas triste y pobre de los paises de Alemania, y allí sí que será difícil encontrar otra cosa que esas llanuras grises y bosques de pinos interminables; pero por esta misma pobreza necesitaron sus soberanos lanzarse a conquistar otras tierras que les facilitaran mas el camino del engrandecimiento que tenian soñado. Esta falta de atractivos en la naturaleza perjudica grandemente a Berlin, que a mi juicio es, despues de Madrid, la capital de Europa con mas detestables alrededores, en cuya comparacion la campiña de Roma es un encanto, los antiguos pantanos del Neva y del Ladoga, una maravilla. Es menester llegar a Potsdan para divisar un paisaje algo risue-

ño, aunque en parte es solo artificial, por los parques y residencias reales.

Pero peor aun son los alrededores de Madrid, hasta que se llega por un lado a las tierras rojas de Toledo, y por otro a las grises del Escorial: eso llega a parecer un desierto.

Los de Dresden, al contrario, podrian difícilmente ser mas agradables, sin necesidad de avanzar tan léjos como la Suiza Sajona; porque a unos pocos minutos de distancia en cualquiera direccion uno se encuentra con los campos y los valles mas pintorescos, sobretodo por el lado del rio, de cuyos sitios y pueblos tuve ya ocasion de ocuparme.

Bajando por el Elba, en una hora se llega a Meissen, talvez la ciudad mas antigua del pais, y que interesa ahora no solo por su situacion pintoresca sino tambien por la vieja catedral y castillo, residencia de los duques ántes que Dresden, y por la fábrica de porcelana, que, siendo la mas antigua de Europa, funciona allí desde la invencion de Böttger en 1710.

Por el lado del occidente, y a las puertas mismas de la ciudad, comienza el hermoso y romántico valle de Plauen, con este pueblo, primero, y el pequeño castillo en la altura, en que Augusto el Fuerte mantuvo por mucho tiempo encerrada a una de las favoritas de su serrallo; en seguida Tharandt, con la escuela de guarda-bosques; y, algo mas léjos, la ciudad de Freiberg.

En estos valles he podido conocer dos paisajes mui diversos: el de otoño con los matices mas o ménos rubios de las hojas que caen, y el de invierno, cuando toda la tierra cubierta de nieve parece haberse transformado en plata. Sin duda el primero es mucho mas poético, o siquiera hai en él una poesía mas conmovedora y que toca mas los sentimientos del alma. Yo no podia recorrer nunca esos bosques que parecian aprontarse para el largo sueño del invierno, sin repetir maquinalmente aquellas estrofas tiernas de Heredia.

“De otoño el viento, la tierra  
Llenaba de hojas marchitas;  
Y en el valle solitario,  
Mudo el ruiseñor yacía.”

En el invierno organizamos a allí mismo un paseo en trineo. El paisaje no podia ser mas encantador con el reflejo blanco, y las ramas de los árboles, que con la nieve reciente se asemejaban mas bien a una finísima filigrana; pero para mí el frio era demasiado intenso, y destruia una parte considerable del gusto, porque la carne es débil, y muchas veces el espíritu, por vigoroso que sea, no alcanza a dominarla. Con todo, ¡qué sensacion tan deliciosa se experimenta al verse uno arrastrado como por encanto y sin el menor esfuerzo por el mas suave de los caminos, sin ningun choque, y sin mas ruido que el de las campanillas que llevan los caballos al cuello! ¡Si la vida pudiera resbalar con la dulzura de los trineos y no encontrar como ellos obstáculo alguno en su sendero! Pero no seria de desear que ese mismo frio nos acompañase siempre en ella, porque ¡qué seria entónces de nosotros y del mundo si los sentimientos nobles y jenerosos que necesitan calor, si las aspiraciones ardientes del alma quedasen confundidas entre las nieves o convertidas en un trozo de hielo? ¡Cuán frio y árido encontraríamos entónces el desastroso invierno de la vida, que aun ahora encontramos probablemente melancólico!

Una de las estátuas de Dresden me llamó desde el principio la atencion. Se levanta frente a un edificio gótico antiguo, que hoy sirve de escuela, y está rodeada de jardines en la plaza Jorge. Es un jóven de nobilísima figura que tiene en una mano la espada y en la otra un rollo de papeles, que son sus poemas; y se lee en el pedestal: THEODOR KÖRNER—“*Lira y espada.*”

Me interesó conocer algo de su historia, pero por desgracia he podido obtener de mi amigo el baron solo unas cuantas noticias de ese hombre, que es uno de los tipos mas interesantes y novelescos.

Todo lo que él pudo referirme fué lo siguiente:

“El padre de Teodoro Körner era un abogado distinguido, pero su nombre ha llegado mas bien hasta nosotros por haber sido el amigo íntimo de Schiller, a quien tuvo hospedado en su casa largo tiempo, primero en Dresden, y luego en su quinta de Blasewits, a las orillas del Elba. Quiso dedicar a su hijo Teodoro a la misma carrera del Derecho, enviándole a Leipzig; pero las inclinaciones de

éste no eran para estudios tan serios, sino que se dedicó desde muy niño con entusiasmo a las letras y a la poesía. Escribió en efecto numerosos poemas y comedias para un teatro de Viena, y había logrado hacerse uno de los poetas mas populares en Alemania.

“Pero en ese tiempo, que habia sido para el pais de tanto infortunio despues de la postracion inmensa traída por las victorias de Napoleon, y la desunion completa entre los paises alemanes, sonó de repente un grito de venganza, un eco, que teniendo su oríjen en Prusia fué estendiéndose poco a poco en todas las comarcas del “*Vaterland*,” desde los palacios de los príncipes hasta las chozas de los mas pobres aldeanos. Sonó el toque de guerra, de independencia, de estirpacion de los enemigos; y con razon se le ha llamado “Guerra de la independencia,” porque éramos entonces verdaderos esclavos. El rei de Prusia, Federico Guillermo III, y su esposa, la admirable reina Luisa, encabezaron el gran movimiento de defensa, y a ellos debemos la salvacion de Alemania.

“Körner era mas que poeta, y su alma entusiasta no pudo permanecer indiferente al llamamiento patriótico a que debían acudir todos los hijos del pais. De poeta se convirtió en héroe, y es ahora una de las glorias mas puras de Sajonia, y puede decirse de toda Alemania.

“Corrió a Silesia, donde el espíritu militar estaba mas vivo que en cualquiera otra parte, y en Breslau juntóse al famoso mayor Lützow, que acababa de formar un cuerpo de franco-tiradores, en el cual el jóven Körner recibió el grado de teniente.

“La historia de este cuerpo, que no pasó de 800 hombres, es sobremanera novelesca, y cada uno de ellos era un verdadero héroe porque despreciaban los peligros, corrían de una comarca a otra, siempre activos, siempre dañando a los franceses por todos los medios posibles, y siempre tratando de quitar la vida a Napoleon, como el medio mas efectivo de consumir su independencia.

“Dióseles el nombre de “*Corps der Rache*”—Cuerpo de la Venganza, y vestían un uniforme negro, cubierta la cabeza con un gorro con una calavera de plata y dos huesos cruzados, como para mostrar que ellos llevaban siempre delante de sí la muerte, pero que no la temían.

“En una ocasion estaba Napoleon asomado a una ventana en la ciudad de Liegnitz, en Silesia. Donde él estaba no podian faltar algunos de los valientes soldados del cuerpo de Lützow; divisólo uno, y en el momento en que se preparaba para disparar su fusil contra el emperador, éste se retiró del sitio en que de otra manera habria encontrado seguramente su muerte.

“Aunque los ejércitos enemigos no estuvieran al frente, los franco-tiradores no dejaban un solo dia sin tener algun combate, y Körner en los intervalos de reposo escribia sus poesías patrióticas, que hasta ahora entusiasman a todo pecho alemán.

“Hecho ayudante de Lützow pasó de Silesia a Turinja, y de allí a Mecklemburgo, donde una hora despues de haber compuesto la “Schwertlied”—“Cancion de la espada,—cayó traspasado por las balas enemigas.

“Le enterraron bajo una encina, y el duque de Mecklemburgo-Schwerin obsequió a la familia del héroe todo el terreno que rodeaba su tumba, donde se levantó mas tarde un monumento a su memoria.

“Así Körner que comenzó su carrera como uno de tantos poetas de teatro, vino a terminarla como el mas noble poeta de aquellos tiempos terribles, cuyo espíritu ideal, ardiente, valeroso, se manifiesta sobretodo en su poema “Lira y Espada;” y no solo como poeta, sino tambien como uno de los mas heroicos soldados que sacrificaron su vida por la independenciam de su patria.”

Mucho mas habria deseado conocer de la vida de ese jóven que tiene dos grandes títulos para la admiracion de la humanidad; pero la memoria del baron no estaba bastante fresca para recordar los detalles de algunos episodios que existirán seguramente, y que han de servir de tema para los cuentos patrióticos de la infancia. Tuve que contentarme con aquellos datos jenerales, cuando esperaba tambien tema para muchas pájinas sobre el simpático personaje cuya estatua tenia a la vista.

RAFAEL ERRÁZURIZ U.



## ALGO SOBRE ESTETICA

---

La máxima que constituye la esencia de la moderna escuela naturalista, es tan añeja como el paganismo, y por ende no debe ahijarse al desmedrado meollo de los filosofastros de nuestros días, que no son sinó menudos arqueólogos del error.

Los vocablos naturalismo y realismo difieren por todo extremo, puesto que algunos no echando de ver el matiz que entre ambos existe, los emplean sin distinción. El primero representa una escuela que nació para combatir á ótra imaginariamente enemiga del mundo objetivo, de la verdad humana. Me refiero al *idealismo*, que,—dicho sea de refilón,—nunca ha existido, sinó que es tal como los cueros de vino tinto que la imaginación enfermiza de *Don Quijote* convirtió en desaforados gigantes enemigos de la señora princesa *Micomicona*.—El realismo no es propiamente hablando una escuela artística, á ménos que álguien,—lo que se me hace recio de creer,—revoque á duda el principio de que el artista para producir obras vivideras debe empapar su fantasía en los espléndidos colores de que abunda la inmensa paleta de la naturaleza. Entre el realismo y el naturalismo hay la misma diferencia que entre el género y la especie. Todo naturalista es realista, pero no todo realista es naturalista.

Supuesto lo dicho, entremos en materia.

Lo primero, conviene hincar los ojos en una consideración y es ésta, que el naturalismo cuya doctrina se funda en la máxima de que *el arte es independiente de la moral*, se deriva del sensualismo. En efecto,—según la definición sensualista,—“belleza de una cosa es la perfección que los

sentidos perciben de ella." De donde se infiere legítimamente que no hay belleza en los seres espirituales y que no es la inteligencia la facultad concedora de lo bello. Y asaz de claro está que, si un objeto puede ser bello y juntamente inmoral, el arte no depende en manera alguna de la moral.—Pero la máxima fundamental del naturalismo no sólo es inadmisibile por derivarse de la doctrina sensualista, mas también porque es absurda intrínsecamente considerada. Para persuadirse á ello basta recogerse en considerar que el arte tiene por objeto la reproducción de la belleza y que los conceptos de verdad, bondad y belleza son harmónicos.—Argüiré usando de un silogismo: lo que no es verdadero y bueno no es bello; es así que lo inmoral no es verdadero ni bueno, luego lo inmoral no es bello. Esto no tiene vuelta de hojas. Diráseme acaso que el *Arte de amar*, por ejemplo, ese poema erótico que tan vigorosamente refleja el ingenio de Ovidio, es inmoral y á un mismo tiempo bello; y á eso replicaré yo que la belleza del poema dicho no está en lo impudente del fondo,—habida cuenta que lo impudente sólo causa asco,—sinó en la donosura del estilo, que sonrie y resplandece como una alborada de verano.

Pero nótese atentamente cómo, al sostener la proposición de que el arte no es de todo punto independiente de la moral, tomo la palabra moral en un sentido lato. Yo no sostengo que toda obra artística haya de tener un fin exclusivamente moral. Nó. Sostener eso vale tanto como confundir á el artista con el pedagogo, á el arte con la ciencia. Lo que sostengo es que toda obra artística no ha de tener un fin contráριο á la moral, que las ficciones de la imaginación deben ser, á la par que agradables, fecundas para el bien y estériles para el mal. No todo cuanto siente el hombre es lícito en el terreno del arte. El artista debe poner gran ahinco para que sus obras no revuelvan en el alma las heces de los apetites carnales, sinó que exciten ideas saludables y sentimientos elevados. No están en lo cierto los que dicen cómo para que una obra de imaginación sea perfecta basta que sea agradable. Es necesario además que palpite en ella el sentimiento moral.—Por otra parte, el escritor ha de tener personalidad propia, ha de escribir para afirmar sus ideas y defender sus convic-

ciones; no está llamado á desempeñar el papel de un instrumentista ó el de un juglar que sólo sirve de hacer reir. —El artista es un gigante de tez lívida que tiene el aliento cálido de un volcán y blande en sus manos una espada de fuego poderosa como el rayo; pero no puede volverla contra los altos fines de la naturaleza y está obligado á cumplir con una misión infinitamente sublime.—En este siglo en que sólo vive la musa de la análisis; en que los caminos de hierro,—según la expresión de Larra,—pesan sobre la imaginación como un apagador sobre una luz; en que la juventud desgastada por los placeres ha menester de medicamentos que la entonen y vigorizen, no deben escucharse las voces muelles y melosas de Petrarca y de Melendez, ni las roncas, sombrías y emponzoñadas de Espronceda, de Byron y Goethe.—Esparcir flores á los piés de los que vamos hollando las espinas del camino de la vida; alentar con los dulces rayos de la esperanza á esos corazones helados, nebulosos que viven envueltos entre las austeras sombras de una noche sin astros poblada de tristes rumores y con nubes de plomo cubierta; refrigerar á los que sufren las punzadoras angustias de la duda; dar combustible á la llama de los entusiasmos generosos en los pechos raquíuticos y pusilámines; mecer en sueños de amor diáfanos como el ambar y dulces como el rumor de un beso á los que han perdido las ilusiones que arrebolaron con celages de púrpura y de oro los días de su juventud; levantar hácia el cielo los ojos llorosos; hacer el bien por medio de la belleza:—hé ahí la misión del poeta.

Pero, en mi concepto, la doctrina de *el arte por el arte* no sólo es frívola, más también peligrosa. En efecto, la *Ética* demuestra con asaz de sencillas y poderosas razones cómo la moral no puede fundarse en el sentimiento. Las pasiones en sí mismas consideradas, esto es, como naturales movimientos del apetito sensitivo, no son ni buenas ni malas. Las pasiones sólo pueden calificarse de buenas ó de malas cuando están debajo del influjo de la razón y del libre-albedrío. Dios nos ha dado las pasiones como medios para acrecentar la actividad de nuestra naturaleza y dar á nuestras acciones más eficacia; sinó que tomarlas por guías de conducta es lo mismo que poner la razón y el libre-albedrío al servicio de la sensibilidad.—Las pasiones no son

infalibles. Un hombre que obedece ciegamente á los impulsos del corazón es tal como una hoja seca abandonada á merced del torbellino. "Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; también pudiera añadirse,—observa sesudamente Balmes,—que del corazón salen grandes errores, grandes extravagancias, grandes delirios, grandes crímenes. Del corazón sale todo: es un harpa soberbia que despide toda clase de sonidos, desde el horrendo estrépito de las cavernas infernales hasta la más delicada armonía de las regiones celestes." Por donde los escritores que teniendo mucha cuenta con el interés de sus obras, sólo tienden á excitar las pasiones agradables del corazón y no se ocupan en comunicar ideas de razón y de moral, olvidan la naturaleza del hombre y causan un mal de inmensa trascendencia.

Pero suele objetarse con gazmoñería que el escritor, al pintar con vigorosas tintas las pasiones agradables del corazón, no se propone excitarlas, y que, si las excita, ello es sólo por casualidad ó por accidente.—De esta objeción no hay que decir sinó que es ridícula; porque, estemos á cuentas, no es ageno de la naturaleza de una obra aquello que constituye el designio de su autor. Ahora bien: el primer principio á que debe ajustar sus obras el escritor es,—según los maestros de la doctrina de *el arte por el arte*,—que se ha de excitar vivamente el interés del lector. Y si el escritor no quiere ó no sabe dar impulso á las más dulces cuerdas del alma, ¿no es verdad que el lector bostezará de sueño y de fastidio y que por ende las reglas del arte quedarán frustradas? Y si, por el contrario, el escritor logra dar á su acento ese vigor sombrío y eléctrico que hiere la sensibilidad y produce en el alma ese murmullo sonoro de las pasiones que amenazan exhalarse á borbollones hirvientes, ¿no es de todo en todo manifiesto que sus obras serán engendradoras de mal, como la abeja que brinda con miel y clava con su lanceta?

Pero podría instarse diciendo que de lo que hemos dicho se deduce que el interés no es una cualidad esencial de las obras de imaginación.—Negamos que tal deducción sea legítima. No cabe duda en que el interés de una obra de imaginación depende principalmente de la fuerza con que el

artista sacuda los sentimientos del corazón. Pero esos afectos no son unos mismos: los hay delicados, pero los hay también groseros. “El hombre,—dice un filósofo,—no es un Dios en quien todo se santifique por solo hallarse en él; las impresiones que recibe son modificaciones de su naturaleza que en nada alteran las leyes eternas; una cosa justa no pierde la justicia por serle desagradable; una cosa injusta, por serle agradable, no se lava de la injusticia.”—El cristianismo ha introducido la tiente en el abismo del corazón, ha registrado sus oscuros pliegues y descubierto hasta los más finos matices de las pasiones; sinó que ha encontrado algunas que requieren media luz y perspectiva y ha prohibido á el artista descorrer con mano torpe el misterioso velo que las encubre. Excitando estas pasiones, que son las más intensas y azotan nuestro corazón con la aspereza y el estruendo del vendaval, el escritor, puesto que da muchísimo interés á las ficciones de su imaginación, las convierte en atizadores y fuelles de la concupiscencia, y hé aquí precisamente por qué la doctrina de *arte por el arte* es peligrosa.—El escritor que sólo tiende á embriagar con febriles caricias la sensibilidad, pintando con los colores más risueños de su paleta rasgos de pasiones cálidas y vehementes, si impuras y bestiales, tal parece que es como cruel sirena que con sus cantos adormece, ó como aquel traidor de Joab que, abrazando al que saludaba como amigo, le metió secretamente la espada por el cuerpo.

A lo que á mí se me alcanza, tienen una idea equivocada del arte los que dicen que este nada puede hacer en beneficio de la ilustración y de la moral, habida cuenta que la belleza, objeto del arte, es un vívido reflejo de Dios en la creatura, un crisol mágico en que el corazón humano arroja la negra i tenaz espuma de los desordenados apetitos; pero el arte cumple con su misión docente y moralizadora mediante procedimientos que por todo extremo difieren de los de la ciencia. Yo detesto con muchas veras de esos noveladores soporíferos que, como Fernán Caballero, ponen sentencias y máximas en boca de los personajes, parecen echar ménos la palmeta del pedagogo y acaso sienten comezón de copiar sin quitar ni poner tilde la *Suma* de Santo Tomás de Aquino ó la *Economía Política* de Say.

Pero quizás alguno osará echarnos en rostro que ignoramos de todo en todo los dogmas de la moderna escuela naturalista y alegará para cohonestar su reproche que la doctrina de esta escuela no se funda en la máxima de que “el arte es independiente de la moral.”—Pues que padecen una grande equivocación los que tal hacen, no sería dificultoso de probar. A la cuenta, demás de que eso que se llama moderna escuela naturalista no es indubitadamente otra cosa que la doctrina de Epicuro aplicada á el arte y á la categoría de escuela por Emilio Zola levantada, lo mismo son sangrías que ventosas y,—si bien se considera,—allá se van y son para en unõ el principio de que “el arte es independiente de la moral” y esótro de que “el arte es la naturaleza vista al través del temperamento del artista,” porque es palabra mui vaga y que huele á sensualismo ésa de *temperamento*. Algunos no alcanzarán cómo puede ser peligrosa una escuela que impone á el artista la misión de curar las llagas sociales, mas verdaderamente ello es así. Porque esa misión podrá ser mui noble,—de eso no discuto,—sinó que los recursos de que el naturalista debe echar mano para cumplir con esa misión, son inmorales. Demás de que el artista no es un cirujano ni mucho ménos un pinche de cocina, menester es no echar en olvido que el fuego no está bien cabe las estopas. Hay problemas morales escurridizos que es peligroso proponer. Hay vicios vergonzosos que el artista no puede pintar, mas que ponga gran conato para darles un colorido tético, sin que dejen de presentarse á nuestra imaginación enaltecidos y con fascinadoras galas ataviados. El que se arrima á un pellejo de miel es imposible de toda imposibilidad que no se embadurne. Y, por otra parte, ¿tienen acaso los libros discernimiento para escoger sus lectores? ¿No es acaecederõ que una novela, por ejemplo, que abunda de escenas lascivas, en que se representan artísticamente y con extremos de crudeza pasiones torpes,—so-prettexto de clavarlas en la picota,—éntre al hogar de una honesta familia y vaya á ensuciar con la sombra de un pensamiento libidinoso el alma blanca y transparente de una doncella?—Ya lo hemos dicho que no todo cuanto siente el hombre es lícito en el terreno del arte y que la verdad no excluye el pudor. Para que una pintura sea moral no basta,—como

decía Barbey d'Aureville, —que sea *trágica* y que *inspire horror á las cosas que reproduce*; lo primero, porque el fin no justifica los medios, y lo segundo, porque el arte y mayormente el drama y la novela, —emplearé una frase de Manuel de la Revilla, —“moralizan con gran dificultad, pero desmoralizan con facilidad maravillosa.”

Por excusado tengo ocuparme con mucha intensión en demostrar cómo son funestos los efectos de una obra inmoral; porque para persuadirse á esta verdad de suyo patente y manifiesta, ni siquiera es necesario discurrir sobre el hecho de que en Rusia y Alemania está prohibida la publicación de las novelas de Zola; basta contemplar el amargo espectáculo que ofrece la juventud de nuestros días, escéptica, delirante, seca para el bien, agena de todo sentimiento generoso y revolcándose con estúpido frenesí en el hedendo légamo de los vicios. —Porque, á la cuenta, es en la novela principalmente donde bebe el joven con doloroso desencanto la idea cruelmente absurda de que el corazón humano no goza de una constante y tibia primavera, sinó que tiene su pálido invierno como la naturaleza; y que el amor, esta sublime niñada, que embellece con suaves luces y cándidas sonrisas los días amargos de nuestra existencia, es efímero como las hojas de los árboles que caen al suelo lánguidas y descoloridas al soplo helado de las primeras ráfagas del otoño! Es en la novela naturalista donde aprende el joven que es necesario apresurarse á gozar de la mañana de la vida y que es necio el que se presenta á el ara de Himeneo con el alma tersa y limpia y sin haber manchado nunca sus labios con el beso febril de la lujuria. Los noveladores naturalistas que, alcanzados de hambre y á truco de medrar, profanan el arca santa de los sacerdotes de lo bello, tienen la culpa de la locura de muchos jóvenes que, —como dice Bossuet, —“envidian la suerte de las aves y de las bestias á quienes nada turba en sus pasiones y reniegan de la razón y del pudor tan importunos y majaderos.” A la literatura de nuestros días se debe principalmente que haya tantos jóvenes que se jactan de corrompidos y hablan en sus vicios con la frente erguida y sin que el rubor enrojezca sus mejillas. La literatura moderna tiene la culpa de que la lujuria haya quitado á muchos la frescura de la juventud, embotado la

agudeza del entendimiento y hecho perder al cuerpo la robustez. De la literatura moderna toma ocasión, en fin, la desgracia de tantos que, cansados de vivir en la ardiente embriaguez de los placeres y despues de arrastrar una existencia lánguida y enfermiza, caen á la tumba consumidos por helada y lóbrega melancolía!

El arte es la verdad escogida, ó—como dice Balzac—“espiritualizada.” Decir que la misión del artista es copiar con servilismo, á la manera de una máquina fotográfica, el mundo sensible, equivale á negar que éste contiene la belleza, pero no es la belleza. Cierto, el artista no puede despreciarse de pintar nada que sea verdadero y humano, debe pedir sus enseñanzas á lo real, debe espresar las simpatías hondas é inefablemente misteriosas del alma humana con la naturaleza, ha de tener el color cambiante de las aguas del océano, que toman su tinte de las azuladas y diáfanas sombras del crepúsculo ó de los esplendores magníficos del dia; pero, eso sí, no á poner nunca en olvido que es el miniaturista de las obras de Dios y que por ende no le es lícito manejar la brocha del albañil. “El arte—dice Tamayo y Baus,—debe elejir con detenido examen de entre los elementos que juntos y mezclados aparecen en la realidad, tan sólo aquéllos que sean dignos de figurar en él; elementos cuya forma visible despojará de rasgos imperfectos é inútiles, y de cuya invisible esencia reproducirá únicamente lo íntimo y precioso, á fin de que resplandezca á traves de aquella forma como luz atizada á traves de fanal sin mancha alguna. Crisol ha de ser en que el oro esté exento de escoria, abeja que extraiga la miel de las flores, cristal en cuyo foco reconcentrado abrasen los rayos del sol. Consistirá su mayor gloria en hacer ver la naturaleza por su lado más espiritual y significativo; en ofrecer á el alma un espectáculo siempre sublime de sí misma, en imágenes siempre claras y vigorosas, condensando y depurando la realidad sin alterarla ni desfigurarla y amalgamando lo bello con lo verdadero.”—El novelador no ha de llevar la análisis de los sentimientos humanos hasta las fronteras de la exajeración ni ha de refocilarse en hacer estudios del fango. La novela es la lectura de las almas soñadoras y ávidas de emociones.—En las horas de angustioso vértigo; cuando un recuerdo melancólico dobla

nuestra frente y llena de lágrimas nuestros ojos; cuando la duda áspera y dolorosa desgarrar con ceñuda tenacidad nuestro pecho; cuando estamos obligados á devorar en silencio una amarga cuita; cuando el tedio de la existencia pesa sobre nosotros como una inmensa montaña de hielo; deseamos soñar con el afán vigoroso con que las flores aman la luz y la frescura de la mañana, buscamos en la poesía y en la novela un anestésico que embote nuestra sensibilidad y aturda este anhelo sordo y obscuro que eternamente nos punza. Y ¡oh burla cruel! La poesía y la novela, en vez de rodear de luz este algo inmortal que gime y desfallece bajo del peso de los sentidos, nos sumerge en una noche profunda de lóbregos misterios llena; en vez de embriagarnos con esos cándidos sueños de la juventud ricos de imágenes risueñas y voluptuosas, abundan con mano cruda nuestras heridas; en vez de mostrarnos ménos árida y sombría la existencia, se complacen en arrancar las pocas flores y verduras que adornan la orilla del camino de la vida!—Es menester persuadirse firmemente á que, — como dice Nuñez de Arce,—“no se forman ni educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente y para las prácticas de la libertad, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío; negando el valor y la finalidad moral de las acciones humanas; sometiéndola vida en el orden superior, á leyes ciegas é inexorables; lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza. Así podrán formarse generaciones de fieras ó de siervos; pero jamás se formarán generaciones de hombres ni de ciudadanos.”

Me parece haber dicho ya más cosas que para refutar el naturalismo eran menester; porque éste no es indubitablemente otra cosa que un conjunto de sofismas inventados para dar visos de justicia al extravío de un hombre que quiso hacer del arte un recurso.—Emilio Zola, escritor de entendimiento no muy despejado,—según dice Emilia Pardo Bazán,—viendo que sus libros no producian dinero y que estiradamente tenía para comer, dió en la flor de explotar un género semejante al que Balzac había cultivado en su inmortal *Comedia humana*. Convencido de que para *pane*

*lucrando* era un medio eficazísimo aguijonear con manjares picantes el paladar corrompido de la sociedad parisiense, dió en buscar asuntos para sus novelas en las inmundicias de las letrinas y publicó una série de obras en que lo impudente del fondo se las apuesta á lo crudo de la expresión.—Pensar que Emilio Zola se ha grangeado méritamente su reputación literaria y que se debe á su ingenio el éxito, si decimos, *pecuniario* de sus novelas, sólo puede caber en la mente de aquellos que ignoren cuánto se complace el género explotado por Zola con el seco materialismo de nuestro siglo. En efecto, “las únicas novelas de Zola que han alcanzado verdadero éxito de librería,—dice Menendez Pelayo,—son las que más ó ménos están cargadas de escenas libidinosas. Si esceptuamos *Nana*, *Pot-Bouille* y el *Assommoir*, todas las demás novelas duermen el sueño de los justos en los estantes de los libreros.”

Podría decir muchas más cosas en esta interesante materia, que apenas si he alcanzado á desflorar; y ganosamente me ocuparía en las trazas que debe dar el Gobierno para impedir que invada nuestro suelo el oleaje de la sensualidad y el escepticismo; sinó que ya este artículo va demasiado largo y no es razón pue abuse de la generosa hospitalidad que en esta Revista se me ha concedido.

Junio de 1885.

ALFONSO GUMUCIO L.

---

## ¿POR QUÉ NO CANTO?

---

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma,  
Que cuando asoma en el Oriente el sol,  
Con tierno arrullo su canción levanta,  
Y alegre canta  
La dulce aurora de su dulce amor?

¿Y no la has visto cuando el sol se avanza  
Y ardiente lanza rayos del cenit,  
Que fatigada tiende silenciosa  
Ala amorosa  
Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera  
Cuando hechicera nos sonríe esa edad,  
Y publicamos necios, indiscretos,  
Muchos secretos  
Que nuestro pecho debería guardar.

Cuando al encuentro del placer salimos,  
Cuando sentimos el primer amor,  
Entusiasmados de placer cantamos  
Y evaporamos  
Nuestra dicha al comp as de una canción!

Pero después . . . nuestro placer guardamos,  
 Como ocultamos el mayor pesar;  
 Porque es mejor en soledad el llanto,  
     ¡Y crece tanto  
 Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro retirado asilo  
 Puede tranquilo el corazón gozar;  
 Sólo en secreto sus favores presta,  
     Siempre modesta  
 La que el hombre llamó felicidad.

¿Conoces tú la flor de ~~X~~ batatilla, (1)  
 La flor sencilla, la modesta flor?  
 Así es la dicha que mi labio nombra;  
     Crece á la sombra,  
 Mas se marchita con la luz del sol!

Debe cantar el que en su pecho siente  
 Que brota ardiente su primer amor;  
 Debe cantar el corazón que herido  
     Llora afligido  
 Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira en cuyo pie grabado  
 Un nombre amado por nosotros fué,  
 Debe á los cielos levantar sus notas,  
     O hacer que rotas  
 Todas sus cuerdas para siempre estén.

(1) El convólulo azul que despliegan sus pétalos de las seis á las nueve de la mañana tan sólo, y que los ingleses llaman *morning glory*. /u

Pero cantar cuando insegura y muerta  
La voz incierta triste sonará! . . . .  
Pero cantar cuando jamás se eleva  
Y el aire lleva,  
Perdida la canción, triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado  
De enamorado travador la voz!  
¡Triste es cantar cuando impotente vemos  
Que no podemos  
Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento  
Al sentimiento más nobleza das;  
Tus versos pueden, fáciles y tiernos  
Hacer eternos  
Tu nombre y tu laud . . . . ¡Debes cantar!

Canta y arrulle tu canción sabrosa  
Mi silenciosa, humilde oscuridad!  
Canta, que es sólo á los aplausos dado  
Con eco prolongado  
Tu voz interrumpir . . . . ¡Debes cantar!

Pero no puedes, como yo he podido,  
En el olvido sepultarte tú;  
Que sin cesar y por do quier resuena,  
Y el aire llena  
La dulce vibración de tu laud.

No hay sombras para tí. Como el cocuyo,  
El genio tuyo ostenta su fanal;  
Y huyendo de la luz, la luz llevando,  
    Sigue alumbrando  
Las mismas sombras que buscando va.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.



# ANALES DE LA PRENSA BOLIVIANA

## “EL JUICIO PÚBLICO” (\*)

(Continuación)

SUMARIO.—¿Escribió Achá á Yáñez?—Escaso interés histórico del punto.—Inmoralidad política.—Mal discernimiento de la opinión.—Barruntos sobre si Achá se dirigió por epístola al asesino.—Un documento que vale por una aprobación con muestras de confianza.—Carta confidencial satisfactoria.—La grita sobre complicidad se vuelve contra Achá.—Escena nocturna con el hijo de Yáñez.—Acusación ante el congreso.—Rechazo.—Desmedida reacción sobre la inocencia del presidente.—¿Es admisible su absoluta inculpabilidad política?—Achá no quiso jamás pesquisar las matanzas.—Peligrosísima situación del presidente.—Cartas retrospectivas sobre el particular.—La discordia moraba en el seno del gobierno.—Un ministro insignificante en un gobierno pretoriano.—Doblez del presidente para ponerse á cubierto de los traidores.—Combate del 23 de noviembre en La Paz.—Lynchamiento de Yáñez.—Un anterior banquete oficial en Potosí y otros antecedentes.—Achá y Morales entregando á Belzu al universal oprobio.—Achá contribuyó al fasilamiento de Laguna por servir á Belzu en 1850.—Opiniones de Fernández sobre la política que seguía el presidente antes del 23 de octubre.—Por temor de culparle en demasía debe ser oído mucho Fernández.—Aberraciones que sirven de solaz.

### IV

1861

Cuando la prensa denunció las cartas de Fernández, la segunda sobre todo, tan reveladora del espíritu y conducta del ministro, todos preguntábanse naturalmente: “Y Achá ¿también ha escrito á Yáñez? Si le ha escrito ¿cuál ha sido el tenor de esa carta del presidente?”

(\*) Véase esta *Revista*, tomo I, página 615.

A decir verdad, después del acuerdo de gabinete que sancionó la impunidad y ratificó la prepotencia de Yáñez en el lugar mismo de su crimen, el punto es de limitadísimo interés histórico. Para lo que es juzgar sobre la moral política del gobierno de Achá en aquella ocasión solemne, basta y sobra con que esté bien establecida la verdad de aquel acuerdo. Y que por él se rechazó la remoción y el juzgamiento inmediatos que la prensa proponía, es un hecho notorio que no puede hoy ser revocado á duda.

¿No contenía ya aquel acuerdo todo cuanto podía apeteer la arrogancia del criminal? Una cartita del presidente ¿era necesaria aún más?

El odio setembrista se había dado aquella noche el placer de los dioses con la sangre donde hervía el odio belcista. La persona de Achá se presentaba á trasmano del suceso. El presidente aparecía como si dijéramos colocado en la sombra que la persona de Fernández proyectaba, al ser bañada por el siniestro resplandor de la matanza de La Paz. El interés del presidente estaba á las resultas ruinosas de la contienda entre esos dos bandos, cada uno de los cuales tenía su caudillo, que precisamente no era Achá.

Y era tal en la sociedad la perturbación del criterio público, que con sólo no retirar de su gracia á los empleados belcistas y á los empleados setembristas, logró esquivar esos días el presidente buena parte de la odiosa responsabilidad, desviándola hacia la persona de Fernández. El discernimiento sobre la responsabilidad de todos los miembros del gobierno que apadrinó á Yáñez, no se presentó á los ánimos sino confusamente, ó si decimos mancomunado con las inculpaciones generales contra Fernández. Por eso es que el presidente pudo decir en actitud ecuestre y trágica: "Yáñez ha muerto y su instigador vive todavía."

Pero, según aparece de algunas insinuaciones de la prensa, el hecho concreto y enteramente personal, de haber escrito el presidente al asesino como si tal cosa, comenzó á asomar su feo semblante algunos meses después en las aseveraciones de la oposición contra Achá.

—Carta presidencial, decían, hay sin duda ninguna. Achá ha visto ante todo en este asunto el interés de su ambición personal, que es mantener en la fidelidad á Yáñez y no suscitar con su silencio los temores ó resentimientos de éste.

Si los periódicos ministeriales propalan las cartas de Fernández para más perder al rebelde en el concepto público, omiten de seguro el publicar las de Achá para no perjudicar, ante ese mismo concepto, al gobernante que costea esos periódicos. Unas y otras cartas han debido de estar en poder del servidor del gobierno que sacó á luz solamente las cartas de Fernández.—

Menos impetuoso é infinitamente más astuto que su ministro, el presidente ha dejado, entre los alto-peruanos mismos, fama de artista consumado en la ciencia de fingir. La presunción no era por eso infundada. Por aquel entonces Achá rayaba ya muy alto en su fama de artero y de hipócrita. Según eso, era muy capaz de haber salido del paso sin descontentar á Yáñez, escribiéndole una carta perfectamente dorada y cabalística á la vez.

La verdad es que, en esta especie de estilo, la boliviana labia política ha modulado verdaderos primores del arte, muy superiores, en mi entender, á esos dechados que nos marabillan al recorrer los diez y ocho volúmenes de Muratori, que se titulan *Annali d' Italia*.

No faltaban algunos que creyesen que Achá, como la pitonisa de Delfos algunas veces, había preferido prudentísimamente callar, aunque arrostrando las alarmas de Yáñez.

En estas y otras suposiciones estaban los ánimos cuando la prensa, esta formidable vocinglera, entregó al público el siguiente documento:

“Señor Dr. Dn. . . . .—La Paz y noviembre 27 de 1861.—Mi querido . . . . . Como supongo que la noticia de los últimos sucesos llegue á esa desfigurada, te daré una ligera idea de ellos. Ya sabes los inuaditos asesinatos que el coronel Yáñez cometió el 23 del pasado con el general Córdoba etc.—El pueblo todo esperaba impaciente el condigno castigo de tan insigne malhechor; mas cuál fué su indignación cuando, habiendo llegado á esta ciudad el general Avila”—(ministro de la guerra)—“el 21 de éste por la tarde, el 22 por la mañana todos los presos restantes de la horrible catástrofe fueron puestos en libertad, y Yáñez destinado á hacerse cargo del batallón Tercero y brigada de artillería que mandaba el coronel Balsa, quien

*debía quedar de comandante general de esta plaza . . .* (Firmado).—GERÓNIMO.”

Ruperto Fernández, defendiéndose contra Achá, fué quien hizo valer esta prueba de la alta confianza, que el asesino del 23 de octubre hubo de merecer al presidente de la república, tan luego de conocerse el crimen por dicho presidente. Una rebelión se anticipó á la medida oficial, ó sea al cumplimiento de la medida oficial, y el hecho quedó por un momento desconocido.

La siguiente nota es de Fernández:

“Entre varias cartas que existen sobre este hecho he escogido la de don Gerónimo Tobar, porque siendo empleado de la administración de Achá, y uno de los protestantes contra mí, merecerá más crédito.”

Ni el hecho ni la autenticidad de esta carta han sido contradichos por medio de la prensa. El opúsculo defensivo de Achá guardó silencio. El protestante Tobar enmudeció.

Llegaba aquí en estos apuntes, cuando cansado de buscar luz precisa sobre este particular en el cúmulo de gacetas, sueltos y folletos del tiempo, me encuentro casualmente, entre los papeles salvados del incendio que todos conocen, con esta antigua nota marginal de un escribiente mío. “Se copia la carta de Achá á Yáñez después de la mantaza.”

Carta existía. No he parado desde entónces hasta no dar con ella. Hé aquí con sorpresa esa carta. Muchas veces se me había deslizado de las manos, oculta en el cuerpo de documentos de cierta publicación de 1865 destinada, entre otras cosas análogas, á probar ¡quién lo creyera! la reprobación que Achá no fué dueño de dar por causa de las intrigas que le rodeaban:

“Señor coronel Plácido Yáñez.—Sucre, noviembre 10 de 1861.—Mi tan querido amigo:—A fin de que no le falten mis comunicaciones, y éntre usted en cuidados, le dirijo ésta dejando mi carta en el correo; porque, como le tengo insinuado, salgo mañana de aquí con el deseo de darle pronto un abrazo.—Me tienen sin vida en este momento y mi cabeza es un volcán con tanta pretensión, solicitudes y etiquetas.—En Bolivia la presidencia es un suplicio.—Adiós, amigo.—Suyo.—*José María de Achá.*”

Los que se devanaban los sesos barruntando sobre si

Achá había escrito ó no á Yáñez, ¿qué pensaron al leer esta epístola cordial y solícita? Aquellos que sostenían, que la prudencia del magistrado no había podido menos que dejar en inquietud al asesino, no escribiéndole, ¿qué dijeron al ver que dicho magistrado corría á dar un abrazo á su tan querido amigo?

Esos que llegaron á imaginarse, que la habilidad oratoria del presidente había sabido filtrar, en el ánimo del reo, algún beleño, á fin de contentar al subalterno mas sin soltarle prendas sobre la aprobación del superior; esos tales, ¿qué confesaron cuando vieron que, no obstante que el presidente partía junto ó antes del correo, escribió á Yáñez, tan sólo para que ni por una sola vez falten á éste sus cartas, y á fin de que no éntre por ello en cuidados?

Pero no duró, no, muchos días la ventaja de esta colocación en segundo término. Achá tenía antagonistas políticos y enemigos personales. Una vez que Fernández cayó de hecho y quedó fuera de la escena, la figura de Achá se destacó sola ante la imaginación popular. Se destacó así como tendiendo la mano con gesto de inteligencia al asesino. El presidente oyó desde ese día zumbar á sus oídos el nombre de Yáñez como una sangrienta acusación.

Porque conviene saber que la grito de émulos y opositores, antes que el verdadero clamor de la conciencia pública, ofuscada por las discordias del tiempo, hacía sin descanso recaer la odiosidad del crimen sobre el presidente, acusándole de una participación más ó menos directa, y aun señalándole al aborrecimiento público como á instigador encubierto de Yáñez.

Vano fué que la ausencia de ninguna prueba concluyente y que las publicaciones de la prensa gobiernista desmintiesen la inculpación. El espíritu de partido es infatigable y no cejó. Mantuvo constantemente vivas las vacilaciones de la opinión, derramando para ello en la prensa, los clubs y la tribuna referencias, alusiones y toda suerte de amaños incidiosos.

La tormenta iba condensando sus nublados y nubarrones. El presidente se había limitado al principio á responder provocando la investigación judicial. Después hizo dar á la prensa algunos documentos que conservaba en su poder. Cosa es muy sabida que Achá sabía tener calma, y que

su dominio sobre los demás comenzaba eficazísimamente por el dominio de sí mismo. Jamás la prensa había dispuesto allá de mayor suma de libertad. Nunca se ha desbocado tanto para decir lo que se le antojase contra el jefe del Estado. Los anales del periodismo en Bolivia deben á Achá, por su gran tolerancia un testimonio de simpatía. Tanta magnanimidad acreditó en el hombre un temple superior.

A dar consistencia á la sospecha vinieron los dichos del hijo de Yáñez y de Leandro Fernández. Según éstos, el comandante general había procedido á los fusilamientos á virtud de instrucciones comunicadas por el gobierno. Y aunque el hijo estaba interesado en remover el aprobio que había recaído sobre su nombre, y el seide Fernández estaba manchado hasta los codos con la sangre de los asesinatos, se concibe fácilmente que sus asertos, propalados en país agitadoísimo, suministrasen ancha tela á la maledicencia contra Achá.

Tres años trascurrieron de esta manera. No se puede decir que era ya brecha la que la oposición tenía abierta por este lado contra el presidente; pero sí que el flaco era ocasionado á cómodas cargas de caballería ligera y disparos de guerrilla. Porque aquella áspera sonaja, odiosa y sangrienta, tendía á poner en fila las aprehensiones y sospechas hasta de los ánimos más imparciales y menos prevenidos.

Hacia el mes de setiembre de 1864 era cosa válida que papeles auténticos existían, según los cuales quedaba indemne, si cabe, la responsabilidad de Yáñez por las matanzas. Entre esos papeles estaba la orden dada por el presidente para que, al primer tiro sedicioso que en La Paz se oyera, procediese Yáñez á fusilar á cuantos creyese comprometidos en el conato, dando cuenta con lo obrado. Esos papeles contenían también las felicitaciones que Achá y todos los que le rodeaban dirigieran al autor del 23 de octubre. Le daban las gracias por haber en tal coyuntura salvado al país de una horrenda catástrofe.

Por fin el asunto fué llevado á la asamblea legislativa, reunida por aquel entonces en Cochabamba. Acusado el presidente ante este cuerpo por infracciones de la constitución, uno de los cargos formulados contra la persona del

mandatario, fué el de haber tenido parte en los sucesos del 23 de octubre.

En términos más concretos se decía, que no había sido extraño á la preparación de esos sucesos, á los cuales, según se agregaba, había más tarde otorgado amplio asentimiento.

Era jefe de la oposición parlamentaria Adolfo Ballivián, coconocido en Bolivia por su callar benévolo, y cuya moralidad pública infundía, con su rigidez, respeto aún á sus mismos adversarios. La expectación era muy grande, así por esta circunstancia, como porque era creencia aceptada que él estaba en posesión de esos terribles documentos. Parecía confirmar esta creencia el hecho de haber ido recientemente á La Paz, y vuelto con celeridad, Darío Yáñez. Este aseguraba que había traído consigo á Cochabamba los papeles de su padre.

¿Qué había de positivo en todo esto?

La verdad es que hubo momento en que la oposición creyó, que había sonado la hora de descargar sobre Achá un golpe postrero y mortal. Darío Yáñez acababa de ofrecer á Ballivián la famosa orden original. Habiendo éste creído en tal ofrecimiento, dió tregua al debate contra el gobierno, en tanto se recobraba el gran documento de manos de Ramón Estruch, en cuyo poder estaba depositado, según decía Yáñez.

En realidad de verdad tal documento no existía. Pero, como dice un memorialista coetáneo, sea depravación moral, sea un deseo extraviado de lavar la memoria paterna de aquella mancha de sangre, el hecho es que el joven concibió el proyecto de borrar un crimen con otro crimen: determinó falsificar una orden de fusilamiento. Contaba para ello con obtener el auxilio de su amigo y protector Estruch, excelente calígrafo y dibujante.

Reconvenido éste para que restituyera los documentos depositados, entregó algunas cartas; mas no la que los opositores reclamaban con vehemencia. Con respecto á ella rechazó como falso el aserto de Darío Yáñez, sobre que éste se la había dejado á guardar. Para convencer de ello á Ballivián y á sus amigos, se dispuso que dos de éstos, ocultos en un aposento contiguo á la habitación en

que habían de tener una entrevista Darío Yáñez y Ramón Estruch, escuchasen y juzgasen.

De noche y á la hora convenida Néstor Galindo y Genaro Palazuelos, jóvenes honorables y fidedignos, se constituyeron en una pieza oscura que comunicaba, por una puerta, con la habitación donde Estruch aguardaba al hijo de Plácido Yáñez. El joven entró. Escuchemos acerca de lo que pasó la declaración judicial de Palazuelos, que conteste con la de Estruch y con la de Galindo, es no obstante la más concreta al respecto de lo que nos interesa.

Dice así:

“Y después de las salutaciones le dirigió la palabra el señor Estruch, haciéndole cargos sobre cómo quería comprometer su reputación, asegurando á todos haber depositado en su poder los anteriormente referidos documentos, siendo así que ni los había visto. A lo que contestó Yáñez diciendo: que en manera alguna trataba de hacerle quedar mal, puesto que en último resultado estaba dispuesto á decir la verdad; con tal propósito aun estaba redactando una carta en ese mismo día. Que poco más ó menos, y en este mismo sentido, se siguieron otras varias explicaciones, que dieron el resultado de hacer conocer que las repetidas cartas jamás fueron puestas en manos de Estruch.

“En este estado tomó el señor Estruch la luz que había en su habitación y pasó, seguido de Yáñez, á la en que estábamos nosotros, y nos dijo: que si estábamos satisfechos de no ser él depositario de papel alguno, así como de la impostura de Yáñez. Quien á su vez, y dirigiéndose á nosotros, nos dijo: que puesto que el señor Estruch había querido vindicarse, él también lo quería, y declaraba, en ese momento, que si ofreció las tantas veces repetidas cartas, fué porque don Ramón Estruch le había ofrecido falsificar una carta, en el sentido de vindicar la memoria de su padre en cuanto á los acontecimientos del 23 de octubre.

“Al oír esto, don Ramón Estruch se alteró en términos que levantó demasiado la voz, y negó haciéndole el siguiente razonamiento: Que no estando él personalmente interesado en vindicar la memoria del finado coronel Yáñez, ¿cómo podía suponerse que se prestara, á hacer recaer la responsabilidad de los gravísimos hechos del 23 de oc-

tubre, sobre otras personas cuya culpabilidad no le constaba á él en manera alguna. En contestación á esto replicó Yáñez: que el hecho de la falsificación no importaba una calumnia, puesto que habían existido cartas que vindicaban la memoria de su padre, y que las había tomado en La Paz don Julio Méndez.

“En este estado y satisfecho el principal objeto, que consistía en comprobar la no existencia de tales cartas, cortámos la disputa don Néstor Galindo y yo, recanviniendo á Yáñez con una dureza que sólo podría disculpar la situación, sobre el perverso papel que había jugado engañando á unos y á otros, para hacer creer en la existencia de los papeles ya mencionados, y sobre el más que infame papel que había querido hacer representar á otros individuos, con documentos falsos, y sobre hechos de la más alta y grave responsabilidad. Cortada así la disputa y cuasi botado Yáñez de la casa, nos salímos después de él”.

Habiendo después de esto comparecido Darío Yáñez á la presencia judicial, negó bajo jnramento que la anterior conferencia hubiese tenido lugar, negó que había hablado con Estruch lo que ya sabemos, negó que hubiese allí visto á Galindo y á Palazuelos, y negó que éstos le hubiesen hecho reconvencción alguna.

En una de las cartas originales exhibidas, anterior á las matanzas, el presidente decía al comandante general Yáñez:

“Ha hecho usted bien de mandar á Darío á Lima, pues mi deseo es también que se forme ese joven; yo lo recomendaré al señor Bustamante.”

Ahora ya le tenemos perfectamente bien formado sin necesidad de haber ido á Lima. Tres años en su propio país han sido para ello suficientes á su tierna juventud.

Impuesto el presidente de lo ocurrido, mandó levantar acerca de aquella maraña y su desenredo una sumaria información, que, leída al día siguiente en la asamblea, produjo enojo improbatório en todos los bancos, y un sentimiento muy vivo en favor de la inocencia de Achá.

Bajo esta doble impresión fué votado el mismo día el proyecto de censura contra el poder ejecutivo, proyecto que había propuesto la comisión de constitución y policía judicial, y que venía discutiéndose con calor desde cua-

tro días atrás. En la noche del 18 de octubre de 1864 fué rechazado en todos sus puntos. Incluso entre ellos el cargo relativo á las matanzas.

Allá donde la presión atmosférica está sobrecargada de recriminaciones mutuas y de común exacerbamiento, es visto que no pueden funcionar las balanzas de precisión equitativa, con cuyo auxilio debiera distribuirse siempre la justicia. Sucedió que, á partir de este instante, la reacción en favor de Achá, sobre el asunto del 23 de octubre, no tuvo ya límites en Bolivia y aun fuera de Bolivia hasta el presente día. El discernimiento en busca del justo medio no apreció ni despreció, después de entonces, diferencias de onzas, ni de libras, ni de arrobas. Quintales habían sido puestos en el platillo del cargo, y se arrojaron toneladas en el del descargo. Brazo y fiel de la balanza se juntaron con violencia, y ya no hubo escala marcadora ni cuenta de grados posible.

Y tanto fué y ha sido, que años atrás un sensato y persuasivo historiador extranjero, impresionado con el brillo del voto parlamentario que se acaba de reseñar, ha ceñido también á su turno al presidente boliviano la cándida túnica de la inocencia radiosa. ¿Qué mucho, entonces, que las gacetas del tiempo, impelidas por la ventolera de una reacción reparadora, hubiesen proclamado á toda fuerza la ninguna responsabilidad del presidente? ¿Qué mucho, que plumas adictas al magistrado que ya pasó á mejor vida, en tocando el punto de Yáñez y el 23 de octubre, se entretengan llorosas en tejer á la memoria de Achá guirnaldas de azucenas y azahares?

Por eso ahora, á mi vez, invocando sereno la memoria aun no desagraviada de los víctimas, y puesto que no se trata sino de un fallo de verdadera apreciación política é histórica, opongo categóricamente una restricción al alcance que, á aquella vindicación, han querido dar los autores de los folletos 1292 y 2197 de la *Biblioteca Boliviana*, y el autor del interesante estudio histórico sobre la administración de Achá.

Porque, ciertamente, una cosa es ante el criterio histórico no salir uno manchado materialmente con la propia sangre de las víctimas, y otra cosa es tiznarse rostro y manos con la cordial intimidad del empolvorinado y todavía

humeante asesino; asesino y asesinos que estamos obligados nosotros mismos á poner en las garras de la justicia. Pero si hay diferencia entre estas cosas, la hay mucha más todavía entre una absoluta inculpabilidad en los sucesos de 23 de octubre, y el hecho de no haber ni tan siquiera improbado Achá como mandatario el proceder del perpetrador, con el mérito sólo de su aviso de octubre 24.

“Así tuvo lugar, dice el historiador Sotomayor Valdés, la segunda información sobre las matanzas del 23 de octubre de 1861, información que acabó de esclarecer la absoluta inculpabilidad del general Achá con respecto á aquellos sucesos.”

¡Absoluta inculpabilidad!

Es lo cierto que durante la administración de Achá, ni después, se ha mandado levantar especial información indagatoria sobre la verdad de lo ocurrido en aquella tremenda noche. Mucho menos se organizó en aquel entonces un proceso para un solemne juicio plenario. En otro capítulo se verá la suerte de no sé qué causas militares ó procesos comunes, con que se entretuvo á la opinión y que quedaron en nada. Eran contra los subalternos asesinos Cárdenas y Aparicio.

La información sumaria de 1861 y la de 1864, á que se refiere el párrafo citado, y que juntas constan de unas cuantas fojas, se contrajeron pura y exclusivamente á dejar establecido este hecho: es jactanciosa cuanto falsa la afirmación de que existían documentos que acreditaban, que el actual presidente de la república, José María de Achá, había dado orden escrita para que se ejecutasen los fusilamientos

¿Fusilamientos he dicho? En 1861, dos meses después, el secretario general de Estado ya los calificaba de asesinatos. “Leandro Fernández, decía él con fecha 23 de diciembre, ha esparcido la voz de que éste (Yáñez) cometió los asesinatos del 23 de octubre, en La Paz, por mandato del jefe supremo del Estado.”

Ciertamente, á Achá no se le probó que hubiese tenido la inaudita insensatez de ordenar, bajo su firma, asesinatos á granel con la fuerza pública. Lejos de eso, está probado que quien tal sostuvo es un impostor y un perjuro. Pero también, por otro lado, es cosa averiguada que el presi-

dente Achá no requirió jamás á las judicaturas, hasta obtener, como debía, el esclarecimiento de aquel crimen horrendo, y el castigo de los que lo cometieron á título de inmediatos delegados suyos aquella noche. Lejos de eso, confirmó su amistad cordial al asesino, estorbó su juzgamiento é intentó revestirlo con mayor fuerza bruta en el teatro de su brutal atentado.

Así es que, de aquella inculpabilidad relativa á la absoluta inculpabilidad del general Achá con respecto á aquellos sucesos, hay una enorme distancia. Dentro de esa distancia cabe una prudente reserva jurídica. La conducta subsiguiente de aquel magistrado bien equivale á un positivo amparo del reo. Lo equitativo sería que el tribunal de la historia, por esta sola causa, absolviese á Achá de la instancia, mas no de la acusación.

Tres son las pirámides expiatorias con que deudos y amigos han intentado, dentro de la enorme distancia ya señalada, exornar el túmulo de José María de Achá. Uno de los folletistas citados deriva, de todos estos antecedentes, las conclusiones verticales que siguen:

1º “Que los asesinatos de la noche del 23 de octubre fueron la obra exclusiva del coronel Yáñez;

2º “Que si algún cómplice hubo en ellos, perteneciente al gabinete, ese cómplice no fué sin duda el general Achá; y

3º “Que el general Achá nunca dió una amplia aprobación á esa hecatombe sangrienta, y que, si no la condenó y castigó como corespondía, fué porque su autoridad en aquella época se hallaba encadenada por las redes de la intriga, como lo revelará algún día la historia.”

Esta última excepción, fundada en las redes de la intriga, debe de referirse necesariamente á los meses inmediatos y posteriores á las matanzas.

Está fuera de toda duda que Achá rompió redes de intriga venciendo, en la primera mitad de diciembre, la rebelión setembrista de su ministro Fernández; y así mismo, es notorio que tornó á romper red de intrigas venciendo, en pocos días, la rebelión belcista en marzo inmediato. Ni después de la primera, ni después de la segunda victoria, su autoridad, ya afianzada y libre de intrigas, se ocupó en esclarecer y castigar la sangrienta hecatombe.

¿Hasta cuándo se pretendía que dicha autoridad siguiera rompiendo redes de intrigas, para por fin decir que ya no se sentía encadenado? De sobra tuvo, para bien establecer la sanción de la vindicta pública, con tres años subsiguientes de mando.

¿Qué hay de efectivo tocante à la red de intrigas? ¿Hay huellas de este hecho en los anales de la prensa? Hé aquí un punto interesante, que nos empuja lójicamente hacia los días de las matanzas de octubre 23 de 1861, de donde nos habíamos apartado un tanto.

Porque es menester, á fin de abarcar la verdad por todos sus lados, figurarse una idea cabal de la posición del presidente, situado entre pretorianos sin conciencia, como eran los cuerpos armados, y un miembro del gobierno que sobre esta base conspiraba contra el presidente. Es menester figurárselo sin auxilio para su autoridad en ninguna de esas prestaciones de civismo requeridas á los ciudadanos por todo régimen constitucional, y sin apoyo en la moral depravada del tiempo, que excusaba por costumbre la traición militar y la traición política.

Trabajos históricos han aclarado este punto. Por ellos se ha visto que encontró sus armas el presidente en el disimulo y la simulación, manejadas con serenidad y maestría inauditas. Pero estas dilucidaciones han sido posteriores, y aquí tratamos ante todo de conservar al semblante de la prensa su frescura nativa, y á su testimonio el timbre peculiar de aquello que suena actuando por sí mismo en los sucesos.

He tenido la costumbre de conservar, como otros tantos jirones de la realidad coetánea, las cartas remisivas de los papeles públicos de Bolivia. Sus informes é impresiones ilustran, á las veces, cuando uno quiere explicarse la razón del mentir ó del callar de la prensa.

Dos que voy á transcribir aquí no me fueron dirigidas á mí, sino á mi amigo el comerciante argentino Napoleón Peró, residente entonces y hoy en Valparaíso. El me las trasmitió en copia al remitirme del puerto mis paquetes de impresos por noviembre y diciembre de 1861. Las matanzas se supieron por el gobierno el 28 de octubre. Son procedentes dichas cartas de jefes mercantiles de casas extranjeras muy respetables de Bolivia.

Dice la primera, llegada en el primer vapor de noviembre y es de Sucre:

“El gobierno está muy dividido; los únicos amigos entre sí son Achá y Bustillo. Salinas es un ente enteramente insignificante, y Fernández es quien lo hace todo. No sabe Achá cómo desprenderse de Fernández, Flores y Balsa. Al salir de Potosí el gobierno para Sucre, el general Achá mandó un extraordinario al comandante general de Oruro para que, descuidando á Balsa, desarme el batallón que éste manda. Fernández lo supo en el Baño (cuatro leguas de Potosí), y mandó otro á Balsa para que tenga cuidado. El último llegó primero, y por consiguiente los proyectos de S. E. quedaron frustrados y el ministro triunfante. En Sucre, S. E. reunió á todos los jefes y oficiales sueltos de la plaza y á otros adictos á él, para que tomasen el cuartel cuando Flores hiciera salir su batallón”.—(En el cuartel quedan todos los pertrechos y las dotaciones de cápsulas.)—“Supo esto Flores, y desde entonces deja todos los días en el cuerpo de guardia cien hombres con bala dispuesta mientras salen los otros. Se habla mucho de un nuevo golpe de Estado. El partido de Linares se ha plegado á Fernández, el de Belzu á Bustillo.”

Diez años mas tarde este último, Bustillo, me confirmó aquí en Santiago estos hechos entre muchos del militarismo boliviano. Entró en desenvolvimientos que traspasan las sinuosidades de la prensa, penetrando en los dominios de la historia propiamente dicha. Baste, mientras tanto, con la anterior fotografía de aquel gobierno pretoriano, de pura estirpe bizantina ó medieval italiana.

El calificativo de “ente enteramente insignificante” no sé si se deba aplicar en rigor de verdad á Manuel Macedonio Salinas. Reflexione el lector, que allá donde un ministro previene con otros mas veloces los correos secretos del primer magistrado, y donde éste fragua motines de cuartel para subvenir al mantenimiento del orden legal, lord Chatham y Cavour, con toda su ciencia de gobernación reformista y regeneradora, pasarían también dentro de su gabinete por entes enteramente insignificantes.

En la segunda carta tenemos ya que Balsa, prevenido á tiempo por el ministro, se ha largado de cuenta propia á La Paz, se ha sublevado contra el presidente, y no ha podido

proclamar al ministro por causa de la ira popular, que aprovechó del desorden para ejecutar á Yáñez, á quien suponía instigado al crimen del 23 por el ministro. Es escrita el 24 de noviembre, en La Paz, al día siguiente de la ejecución, hecho que ha dejado paralizado á Balsa dentro de su mismo triunfo. Dice así:

“Muy señor mío: Para lo que pueda convenir, ó bien para que sepa usted la verdad de todos los sucesos, me tomo la franqueza de relatárselos:

“Con fecha 4 del corriente nos escriben de Sucre Achá y el ministro Fernández. Asegura el primero, que por los acontecimientos del 30 de setiembre y 23 de octubre últimos, se veía obligado á abandonar su política de fusión, para no aceptar más cooperación que la de setembristas, cuyo caudillo no podía ser otro que él. El señor Fernández nos dice con la misma fecha, que todo estaba arreglado con el general Achá, quien había convenido en un cambio de gabinete, por lo que Bustillo debía dejar la cartera etc. etc.

“Y ¡quién creyera que este hombre engañaba al señor Fernández y á todos sus amigos! Pues, en Pocoata (medio camino entre Sucre y Oruro) hace reconocer á Melgarejo por primer jefe del batallón Primero, aprovechando de que el coronel Flores quedó en Sucre para venirse con Fernández. El 16 al mismo tiempo retira del cuerpo dos capitanes y á cuantos eran amigos de don Ruperto y de Flores. También manda al general Avila con instrucciones para que haga igualmente en Húsares y para que desarme el batallón Tercero, del coronel Balsa. En fin, á dejar á Fernández fuera de todos sus amigos.

“El 22 se sospecha aquí algo de todo lo referido, y en esa noche se descubre que al día siguiente sería desarmado y disuelto el batallón de Balsa, quien inmediatamente pone el hecho en conocimiento de los demás jefes, oficiales y tropa; y todos unánimes resuelven batir al batallón Segundo y á la columna municipal (con los cuales iban á disolverlos), y á las cuatro y media de la mañana de ayer (un mes después de los fusilamientos de Yáñez), se lanzaron sobre la columna, la que tomaron sin resistencia, é inmediatamente sobre el batallón Segundo que mandaba el coronel Cortés. Han peleado ambos cuerpos en la calle á

quema-ropa, y los muertos pasan de ciento y en proporción los heridos. En el combate, que ha sido muy sangriento, ha muerto el coronel Cortés y otros muchos oficiales de ambos cuerpos. El coronel Balsa, herido en una pierna.

“Durante el combate no se ha vivado á nadie.

“El coronel Yáñez estaba en el palacio con cuarenta hombres y no quiso rendirse después de la toma del Segundo. El resultado ha sido que á viva fuerza abrieron la puerta, y la cholada, que se había plegado á Balsa, tomó á Yáñez y lo hicieron pedazos y arrastraron por la plaza, cometiendo mil barbaridades con el cadáver, lo mismo que con el de un comisario de policía.

“Nada sabemos del interior con certeza ni menos de don Ruperto; pero de seguro que el 22 debían hacer en Sucre y Potosí un pronunciamiento contra el general Achá, por cuanto éste traicionaba al ministro Fernández.

“De todo lo referido y según se ve hasta este momento, tendremos otro combate en ésta dentro de seis días, entre el general Achá que vendrá de Oruro y los de acá que no aflojan. Avila fugó ayer como á las siete de la mañana para Oruro.

“No tengo más tiempo y me repito etc. etc.”

“La prensa había dejado columbrar la hondura de la discordia, cuya esencia deletérea corroía ya las entrañas mismas del gobierno, preparando el estallido de estos disturbios sangrientos. El día de la llegada del gobierno á Potosí, el 4 de octubre si no me equivoco, tuvo lugar un banquete oficial en el palacio de la ciudad. Hé aquí la versión que de los brindis principales dió *El Telégrafo* del 22 de octubre en La Paz.

Esta versión no fué rectificada sino en cierto pasaje referente á Bustillo.

*El señor Fernández.*—“El momento es precioso y la actualidad me exige revelar una verdad que debió permanecer oculta. Sepa el mundo entero, que si me comprometí á dar el golpe de Estado, como lo hice, en el término de 24 horas, fué con la condición de hacer flamear incólume la bandera de Setiembre para sostener esa causa, esa causa santa, esa causa de Dios. Digo de Dios, señores, porque lo es de la humanidad, y todo lo que es de la humanidad es divino. Sean caprichos ó absurdos, si vienen del pueblo,

debemos respetarlos, y si sublimes, exaltarlos. . . . admirarlos. Señores: yo brindo porque fuí el autor de ese golpe de Estado que debía dar nueva vida á la gran revolución de Setiembre, y no el traidor, como se ha querido calificarme.

“¿Yo traidor al señor Linares? No lo he sido, señores. El señor Linares no quería comprender su difícil situación, y hubo necesidad de que llegara el tristísimo momento de obrar, como obré, posponiendo las afecciones que me ligaban á ese hombre, á quien debemos gratitud y respeto, á la patria. Este es el hecho. Si el general Achá obra contra los principios de Setiembre, se verá abandonado de todos los amigos que le rodean, del ejército, que es el vigía de setiembre, y . . . se verá obligado á descender del mando con ignominia etc. etc.” (*Bravo! Bravo!*).

*El señor Bustillo.* “Seis meses antes que dejara el mando el general Belzu, me retiré de su servicio, y desde entonces no conservo con él relación alguna; quiero, pues, poner un sello en mis labios para no tocar materias que exaltarían. . . O bien, señores, yo brindo, no por la causa de Setiembre, sino por la causa de la nación. . . de la humanidad. . .” (*Sensación*).

*El señor Morales, el doctor Fernández y el señor La Riva, le interrumpen y le interpelan.*

“No quise á propósito tocar semejante materia. . . . pero sépalo también el público, que me honro de haber sido ministro de Belzu, como otro día me honraré de haberlo sido del Ilustre General Achá. El señor Morales me ha injuriado, asegurando que yo conducía mal á S. E. el Ilustre Presidente: protesto contra tal insulto. (*Sonrisas, murmullos y toses*) ¿Yo conducir mal al hombre que más idolatro? Cuando al general Belzu le serví con lealtad y desprendimiento ¿qué será al muy más digno general Achá?”

*El señor Morales.* “¿Qué es eso de Belzu y Belzu? . . . Señores: así como otras veces le hice besar los cascos de mi caballo, así lo juro hacer mil veces siempre que pretenda volver á Bolivia. Señores, olvidemos y despreciemos á ese miserable, que es el borrón de nuestra patria; á ese hombre, por desgracia boliviano, que supo constituirse en jefe de bandoleros, conculcando los más sagrados dere-

chos del hombre, talando la propiedad é insultando á la humanidad entera.

“Belzu no vendrá, señores, no; si quiere expiar sus crímenes, que venga. (*Todos, “que venga! que venga!”*). Señores, brindemos por la santa causa de Setiembre que convirtió en cenizas el marcismo.” (*Bravo! bravo!*).

*S. E. el Presidente.* “Señores, yo brindo por la fusión, y porque á ese hombre de miserables recuerdos lo despreciemos; porque el enemigo del género humano lo es particularmente del hombre honrado. Belzu no imagino por un momento que piense en regresar á la patria que desoló, á la patria que llenó de afrenta y de ignominia. Belzu no volverá. Yo por mi parte, señores, lo único que ofrezco á mi patria es un buen corazón, que inteligencia no tengo; pero con los señores Fernández, Salinas y Bustillo, que me guiarán por la buena senda, espero alcanzar mi deseo de hacer á la patria todo el bien que ambiciono.”

*El señor La Riva.* “Señor presidente: envano invocáis la fusión. El motín proyectado en La Paz y los trabajos reaccionarios de los belcistas, son los resultados de esa fusión que invocáis. Es preciso decir la verdad de corazón: estoy contra vuestra fusión. Ha habido fusión, pues la habéis proclamado; y ¿se han aprovechado de ella para el orden? Con los saqueadores de marzo es imposible la fusión. Hay un abismo que nos separa de ellos, como lo hay entre el vicio y la virtud, entre la honradez y el latrocinio, entre el setembrista y el marcista.”

En cuanto á ciertas expresiones tocadas de bajeza suma, que se ponen en boca de Bustillo, ha de tenerse en cuenta que *El Telégrafo* era escrito por setembristas muy adversarios de aquel ministro. Quien le ha conocido en la intimidad puede asegurar una cosa. Bustillo no tenía corazón de esos como el mármol que antes se quiebran que doblarse, no; pero en su espíritu brillaban como potencias dos claridades, la sensatez y el talento. Lo que *El Telégrafo* le atribuye supone que carecía, aquel estadista, del conocimiento necesario para evitar el prosternarse públicamente ante un ídolo.

He conservado adrede las manecillas tipográficas de *El Telégrafo*.

Lo curioso es oír aquí á José María de Achá execran-

do á Belzu. Las gacetas gobiernistas elogiaron con tal motivo su enérgica y patriótica elocuencia.

Recuérdase mucho un dicho suyo: "En Bolivia no tienen memoria." Y así debe de ser. Porque, á la verdad, solamente en pueblos sordos por completo á los gritos del día de ayer, y donde el individuo olvida hasta lo que le es más personal, pudo haber un Achá que, ocho años más tarde, se presentase pintando con horror y detestación al mismo pretoriano, cuya tiranía militar sostuvo con las armas por más de cuatro ó cinco años.

Achá fué belceista. Se alzó por él contra la autoridad del congreso y del gobierno popular.

Achá fué, además, uno de los declarantes que en 1850, trasmitiendo á los jueces militares ciertas confidencias ó quejas de Belzu moribundo ó convaleciente, contribuyó con eficacia á llevar al patíbulo á Laguna para vengar á Belzu.

Ni se diga que el hecho quedó sepultado en los archivos. José Gabriel Telles, en el folleto 118 de mi catálogo impreso, publicó el año 1856, entre las más condenatorias, la declaración de Achá. Es ella tan terrible, que, para quien conoce la astucia de todos estos políticos hasta en la hora de la muerte, y particularmente la astucia y vengativa índole de Belzu, no puede menos que entender sino que Belzu quiso decir, por intermedio de Achá: "Fúsilenne á Laguna." Y Laguna fué fusilado.

Lo que en sus escritos Fernández aduce contra Achá, contribuye no poco á sugerirnos una idea del escabrosísimo terreno, del volcán quizá, sobre que pisaba el presidente cuando el atentado de La Paz vino á reclamar de él un pronto y ejemplar castigo. Fernández, que al derrocar á Linares había invocado la impopularidad que á su protector y jefe habían acarreado sus persecuciones arbitrarias, no podía conformarse con la política de fusión que pretendía implantar Achá. Su idea fija era que debía gobernarse con el apoyo exclusivo de los setembristas, poniéndose para ello á raya de su ruina ó exterminio al belcismo.

"Nadie ignora, dice, que la marcha del gobierno se había desviado completamente del sendero que le abrió el golpe de Estado; que las preferencias de Achá por el parti-

do belcista inquietaban seriamente á los setembristas; y que esa natural desconfianza é inquietud de unos y otros, imprimían un carácter incierto y agitado á la política del gabinete. A este tiempo el partido belcista, apoderándose por medio del ministro Bustillo de las pasiones del mandatario débil, preparaba sordamente la mina que debía estallar bajo los pies de un gobierno sin unidad de acción.

“Este partido conspiró al principio para derribar al ministro que representaba la causa de Setiembre, el cual le servía de obstáculo, á fin de hacer triunfar más tarde, en medio del desorden general, su causa personal, que el buen sentido público, la sana razón y, sobre todo, las tempestades revolucionarias, habían rechazado para siempre.

“Todos esos trabajos, dirigidos por espíritus turbulentos y peligrosos, cuyos elementos ordinarios son la chusma y la agitación, se removían tenebrosamente asechando la coyuntura de mostrarse á la luz del día.

“El general Achá, semejante á esos hombres de rostro risueño, de exterior pacífico, de maneras insinuantes, que ocultan en su seno el veneno de las pasiones y unos odios violentos, continuaba impasible azuzando á ambos partidos, al belcista y al serembrista, debilitando á éste y fortaleciendo á aquél, equilibrando sus fuerzas para la lucha en que más tarde debían despedazarse, para que, de entre sus ruinas y despojos, se alzase el partido achista, que nunca había existido fuera del círculo de su familia.

“En tal situación se proyectó la visita á los departamentos del sud, sin plan ni objeto de utilidad pública; y al mismo tiempo recibió Achá una denuncia fundada, de la conspiración que se tramaba por los belcistas, con motivo de haberse aproximado su caudillo, y que debía estallar á la salida del gobierno y de las tropas que guarnecían La Paz. No hizo caso del aviso, ni del clamor público (pues los principales vecinos de la ciudad le representaron los riesgos á que quedaban expuestas sus vidas y propiedades con una salida tan intempestiva), y abandonó La Paz sobreponiéndose á las instancias é inconvenientes que se le presentaron por uno de los ministros, que fuí yo.

“Existen muchas personas respetables de La Paz que atestiguan este hecho. De modo que Achá, con premeditación ó sin ella, dejó preparado el terreno que había de

producir tantos desastres. Su debilidad ó su falsía no le permitieron conjurar á tiempo los males que amenazaban al país, y que hubieran sido precabidos con sólo la presencia del gobierno y del ejército en La Paz. Por todo remedio llamó al coronel Yáñez, que estaba en Cochabamba; pues quería dejar la importante plaza de La Paz en manos de un amigo suyo que no tubiera compromisos políticos conmigo; y para tranquilizar á los paceños les dijo á su despedida: "Os dejo al valiente coronel Yáñez, que es el terror de los pajueleros y con quien no se jugaran los conspiradores;" y esa su previsión ha quedado cumplida en todas sus partes á costa de muchas víctimas.

"Pero aun no es todo. Descubierta la conspiración antes denunciada, Yáñez llamó á varios de los comprometidos, y les dijo: "que si persistían en perturbar el orden, *los fusilaria con la constitución en el pecho.*" Esta ocurrencia la participó al general Achá en carta particular, y éste la publicó en los salones de palacio, con aire risueño y satisfecho por su acertada elección, de comandante general, en la persona del coronel Yáñez.

"Posteriormente he encontrado la explicación de esta conducta, porque he visto una carta del general Achá al coronel don Agustín Morales, en la que le dice: *Los pajueleros me han pagado mal; es una canalla á la que es preciso exterminar.* Y si esto decía al jefe superior del sur, con quien no tenía buenas relaciones, la presunción está porque dijese lo mismo á Yáñez, jefe superior del norte, que era su amigo de íntima confianza.

"La carta original que contiene los conceptos copiados, existe en poder del coronel Morales, y no sólo se publicará oportunamente, sino que servirá para apoyar una acusación cuando se reuna la próxima asamblea nacional.

"Por complemento de esta conducta, cuando Achá pensó en separar al coronel Balsa del mando del batallón Tercero, premió la conducta de Yáñez eligiéndolo para reemplazar á Balsa. Así aparece de las órdenes que el ministro de la guerra Avila comunicó, en La Paz, la víspera del movimiento encabezado por Balsa. Tengo varias cartas de La Paz que revelan este hecho, y publico al final una de persona fidedigna."

Es la carta que arriba queda trascrita, cuando propuse

la presente tesis, sobre si Achá improbó ó se dispuso á castigar los asesinatos del 23 de octubre.

Prosigue un momento más Fernández, á quien es menester oír mucho ya que ha sido condenado en demasía.

“El general Achá y su ministro Salinas, con hipocrecia sin igual, parecieron asustados de la situación violenta del país, pronunciado abiertamente contra la *fusión*, tan mal entendida y peor realizada por ellos; y advertidos por mí del peligro que corría el orden público, y de la necesidad de un cambio en la política, tomaron el consejo imparcial de personas respetables de la capital Sucre. Fueron llamados los señores Hilarión Fernández, Andrés María Torrico y Gregorio Aníbarro; y de común acuerdo se resolvió verificar dicho cambio, *echándose el gobierno en brazos del partido setembrista para gobernar con él*, por ser el más preponderante en la nación y el único que proclamaba principios.

El general Achá contrajo este solemne compromiso por actos oficiales, á presencia de los altos funcionarios de la corte suprema, del consejo de Estado, del tribunal general de cuentas y de las corporaciones departamentales; y mandó publicar su nuevo programa en el número 4 de *El Constitucional*, periódico oficial. Veamos ahora cómo llenó sus ofrecimientos.”

Fernández refiere aquí las separaciones inesperadas de Morales en la jefatura superior del sud, de Flores y otros jefes y oficiales en el batallón Primero; el envío de Avila á La Paz para sacar á Balsa del batallón Tercero, y ello á fin de entregar el mando de dicho cuerpo al perpetrador de la carnicería de octubre 23, etc.

Cosa que no poco divertiría al lector es la santa indignación con que Fernández estalla contra la doblez y perfidia de Achá, y la sacratísima cólera de Achá por la traición y alevosía de Fernández. ¿No hemos oído poco há á Morales execrando á Belzu en los estrados de la moral universal, por causa de sus concusiones y porque con su depravación insultó á la humanidad; á Belzu que á lo menos no fué jamás rapaz mercader con los dineros públicos, y que, siguiendo ciego el natural instinto, veneró como cualquiera otro padre la virtud y el pudor de sus hijas?

Convenido si por estas y otras aberraciones se pinta entre los hombres á la justicia vendada. Pero sin duda ninguna los principios morales han de ser tan necesarios al hombre social, como los principios del aire á los seres que viven, cuando vemos que estos pretorianos sin ley saltan heridos en el alma por el pecado ajeno, y se duelen con elocuencia del mal que ellos no han tenido ocasi3n de cometer.

Dejémoslos que de esta suerte se mortifiquen unos á otros, en estas sus discordias por beneficiar sus pasiones con la sangre y el sudor del pueblo. Solacémonos con ver que, al menudearse sendos tajos y reveses de arbitrariedad y de perfidia, vayan alternativamente sintiendo todos en lo íntimo la tortura del desengaño, y aun más todavía que ninguno de ellos escape de paladear á sorbos la triunfadora impunidad del adversario. Y consolémonos de la expulsión del deber político, al ver que caen sin remedio en el abatimiento estos caudillos de la intriga y de la fuerza, que caen abriendo jadeantes las fauces, asfixiado cada uno á su turno, buscando hacia arriba resuello moral de sentimientos nobles y de buena fe y de respeto á las leyes.

(Continuará.)

G. RENÉ-MORENO.



## BIBLIOGRAFIA

---

ZOOTECNIA JENERAL POR ANDRÉS SANSÓN. (1)

---

La Zootecnia Jeneral de Andrés Sansón, extractada y adoptada á Chile por el señor Julio Besnard y publicada recientemente en castellano por la imprenta Cervantes, es uno de esos libros monumentales, por desgracia escasos en los tiempos que corremos, cuya aparición puede hacer época en el desarrollo científico é intelectual de un país. Obra verdaderamente majistral, profunda y concienzuda la Zootecnia Jeneral de Sansón ha barrido en Europa con el cúmulo de doctrinas empíricas y de teorías erróneas, fruto de la mala observación é interpretación de los hechos, que amenazaban echar por tierra y ahogar en su cuna los verdaderos conocimientos zootécnicos.

El vuelo atrevido que las empresas animales han tomado en Chile en los últimos diez años, hacía ya necesaria la aparición de un libro de la naturaleza del que va á ocuparnos un momento y que al menos, sino por su fondo por su forma, estuviese al alcance de todos los lectores.

Nosotros, sin títulos para ello, nos vamos á permitir hacer un lijero resumen de sus principales capítulos con el propósito de darlo á conocer á nuestros agricultores. Porque deseamos que de todos ellos sean conocidas las leyes que

(1) Traducida al castellano por Manuel A. Sanchez y extractada y adoptada á Chile por el señor Julio Besnard. 1 volúmen de 400 páginas.

rijen la producción animal, idénticas según el prólogo del libro en todos los países, y los métodos zootécnicos de reproducción, vamos á trazar estas líneas, rompiendo así el silencio incomprensible guardado por la prensa para con él y que en tantas ocasiones es benévola en exceso con publicaciones desprovistas de mérito.

Divídese la Zootecnia Jeneral en dos grandes secciones, la una que trata de las leyes naturales que rijen la producción animal y la otra que se ocupa de los métodos zootécnicos de reproducción.

Principiaremos desde luego por resumir los capítulos del libro en que, con gran acopio de incontrovertibles razones y de hechos bien determinados, se nos dan á conocer las primeras.

Las *leyes naturales* comprenden: las de la herencia, de la clasificación zoológica y de la extensión de las razas.

#### LEYES DE LA HERENCIA.

Herencia es el fenómeno en virtud del cual los ascendientes transmiten á los descendientes las propiedades que bajo cualquier título les pertenecen.

La aptitud para transmitir estas propiedades llámase potencia hereditaria, y existen la potencia hereditaria del individuo, herencia individual; la del sexo, herencia sexual; la del parentesco, consanguinidad; y la de la raza, por fin, designada con el nombre de atavismo.

La *herencia individual* es de todas las que acabamos de nombrar la mas importante después del atavismo. En virtud de ella aquel de los dos reproductores apareados cuya facultad de trasmisión sea mas pronunciada imprimirá al producto la mayor parte de sus propios caracteres, es decir que dominará en el estado fisiológico de la reproducción.

Solo se manifiesta esta herencia en la trasmisión de las

cualidades anatómicas y fisiológicas del individuo, que pueden ser naturales por cuanto están fuera de nuestro alcance ó artificiales por cuanto son el resultado de la aplicación de los métodos zootécnicos. De las últimas pocas se transmiten.

Es cosa dudosa que haya transmisión de los tumores óseos y es de inclinarse más á creer que lo que se hereda son sólo los vicios de conformación. Tampoco, apesar de lo que muchos creen, hai heredamiento de las mutilaciones, como las amputaciones de la cola etc., hechas en los individuos, sean intencionales ó accidentales.

En cambio, las lesiones traumáticas ó de las partes no esenciales del sistema nervioso parecen gozar de un alto poder hereditario.

El estado actual de la ciencia no permite decidirse ni en pro ni en contra de los hechos atribuidos á los *antojos*, que son las impresiones que puede recibir la madre durante la jstación, lo que no impide admitir que las fuertes impresiones mentales no puedan tener influencia sobre el desarrollo del feto.

La herencia individual, en fin, por las condiciones que la acompañan decide, sobre todo, la trasmisión de los atributos sexuales.

*Herencia sexual.* Es natural que haya llamado siempre la atención y se haya tratado de investigar á toda costa la ley que decide del sexo del individuo procreado. Existen á este respecto muchas reglas rutineras y muchas teorías falsas. Si preguntáis, por ejemplo, á muchos de nuestros campesinos os dirán que cuando la monta se ha efectuado en menguante de luna el producto será hembra y si en creciente macho, y que si al partir la hembra preñada saca primero su mano derecha es macho y si su izquierda hembra. Que la ley existe no cabe duda alguna en vista de los hechos observados, pero ¿podrán llegar alguna vez á formarlas las teorías de Thury, de Jinebra, que la hace depender de la madurez del huevo en el momento de su fecundación ó la de Landois que la esclaviza en la nutrición embrionaria? Pruébalo Sansón que nó á la vez que corrobora con hechos y admite con buenas razones la siguiente proposición de Girou de Buzareingues: "Aquel de los dos individuos apareados que en el momento de la cópula se

encuentra por su edad relativa ó por cualquier otro motivo en el estado constitucional más perfecto ó más vigoroso, transmite su sexo al producto." Sin embargo, esta proposición, capaz por su realidad de recibir el nombre de ley, no puede servirnos de gran cosa por lo complejo y poco perceptible que son á la simple vista en sus grados medios los fenómenos que constituyen el estado fisiológico de los animales.

Entra en seguida á combatir Sansón, en los párrafos que dedica á la *influencia respectiva de los sexos*, la errónea doctrina del inglés Stephens, formulada primero por Alejandro Walker y en seguida por Orton, según la cual el padre da al producto la conformación exterior y la madre las disposiciones interiores. Si así fuera, tendrían mucha razón los hipólogos puros para interesarse exclusivamente en sus operaciones de reproducción del padre ó padrón; pero numerosos hechos niegan la doctrina de Stephens, nacida de observaciones imparciales é incompletas hechas en los híbridos de los caballos y los asnos. Es de creer con los zootécnicos más autorizados que "los dos sexos tienen en general una influencia hereditaria igual sobre el producto de su cópula, respecto á la trasmisión de las formas exteriores y á las aptitudes que de estas formas se derivan."

Haciendo después un parangón el autor de las respectivas funciones del padre y de la madre, inclina la balanza en favor de la función de la última.

La *doctrina de la infección de la madre*, que consiste en creer que la hembra nueva fecundada por primera vez queda impregnada de tal suerte con dicha cópula que toda la descendencia ulterior se recibe de ella, cualesquiera que sean los machos de las nuevas fecundaciones, es falsa.

*Consanguinidad*.—Se atribuye á ésta, que no es otra cosa que el estado de próximo parentesco ó sea de comunidad de sangre, una influencia perjudicial en la constitución del producto fruto de ella. El rebaño de Carlos Colling, ó sea la variedad Durham de la raza de los Países Bajos, nos subministra pruebas concluyentes en contra. No se pueden negar los hechos que invocan los que tienen la opinión de la mala influencia de la consanguinidad, pero sí se puede decir que faltan datos estadísticos á este respecto, y también que la influencia de la consanguinidad no

es la única que puede explicarnos la manifestación de esos hechos. La consanguinidad no tiene el poder maléfico que algunos le han atribuido, ni es capaz, tampoco, de crear ó hacer nacer en el producto cualidades ventajosas que no tuviesen los padres ó ascendientes, sino “que eleva la herencia á su más alto poder.”

La doctrina de Buffon sobre la *renovación de la sangre*, que consiste en creer que hai absoluta necesidad de ir á buscar de cuando en cuando en otro rebaño ú otra familia un macho para aparearlo con las hembras ó madres que se poseen, á fin de que no dejeneren, no es verdadera. Se ha confundido la renovación de la sangre en este sentido, con la necesidad de escojer, cuando sea necesario, fuera del rebaño que se tiene, machos mejor conformados para mejorar las cualidades de dicho rebaño.

*Atavismo.*—Como hemos dicho, no es otra cosa que la herencia de la raza, la influencia colectiva de las jeneraciones manifestada exteriormente por la fijeza de los caracteres típicos. Por causa de él se ofrecen retrocesos ó degeneraciones accidentales en algunos individuos de una raza, asemejándolos á alguno de sus ascendientes. En los fenómenos de la herencia el individuo reproductor, cuando es un producto puro, obra, en virtud del atavismo, con el poder colectivo de toda la raza á que pertenece. La condición mas favorable y eficaz de la herencia es la que reúne la herencia individual y el atavismo y los hace obrar en la misma dirección; y para lograr tales condiciones no hai como el próximo parentezco en la raza y la consanguinidad en la familia.

Entra, en seguida, el autor á probar con hechos prácticos la verdad de la *lei de reversión*, que es el fenómeno en virtud del cuál un hijo reproduce los principales caracteres de alguno de sus antepasados; fenómeno, por cierto, tan frecuente en la producción de los animales como en las familias humanas. Los transformistas ingleses, franceses y alemanes, avanzándose sobre las opiniones del mismo Darwin, que dió repetidas muestras de prestar fe á la lei de reversión, consideran los fenómenos que en virtud de esta lei se producen como nueva formación de un tipo completamente fijo.

*Lei de los semejantes.*—No hai en la naturaleza dos indi-

viduos semejantes de una manera absoluta, pues difieren tanto por los caracteres que constituyen su individualidad, como por los atributos de la sexualidad; pero existe en cada especie un conjunto de caracteres ó atributos ya específicos, ya naturales, al cual se aplica la ley de que tratamos, formulada por Linneo del modo siguiente: "Los semejantes enjendran á sus semejantes." Y si esto es así, la aplicación de esta lei nos permite conocer de antemano los efectos de la herencia, y debe ser para nosotros la base fundamental de las operaciones de reproducción.

### LEYES DE LA CLASIFICACIÓN ZOOLOGICA.

Mui pocas palabras diremos sobre este capítulo, no porque creamos que carece de importancia, que por el contrario la tiene, y mui grande, bajo el punto de vista de la ciencia, sino porque consideramos que el que sigue, puede ser, y es en efecto, de interés práctico mayor para los agricultores, dado el movimiento que se opera en las importaciones animales á nuestro país.

Definido el individuo; expuestas claramente las diferencias sexuales que son independientes de los órganos respectivos, y que solo se hacen notar desde el momento en que el individuo entra a la pubertad; manifestada la importancia práctica de la individualidad; y dadas á conocer las variaciones que experimentan los individuos en las diferentes edades de la vida, pasa el autor á deducir de sencillas consideraciones las definiciones de la familia y de la raza, de la especie, de la variedad y del género.

La noción de la raza, que se puede definir exacta y brevemente diciendo que es la descendencia de una pareja primitiva, ha sido desnaturalizada por algunos naturalistas que la consideran nada más que como una variedad constante de la especie, á lo que responde el autor diciendo: que si una variedad está dotada de constancia, será calificada de constante, pero no por eso dejará de ser una variedad.

También la noción de la especie ha dado mucho que pensar á los zoólogos, y numerosos son los que han tratado de definirla inútilmente. Pero á los que el autor deja

mas mal parados son á Darwin y á sus partidarios, echándole en cara al primero que en vano se busca en su obra una definición del objeto de sus disertaciones, y á los segundos que de los hechos en que apoyan sus disertaciones, se deduce que su noción de la especie es tan vaga como no puede ser más.

Flammarión, por su parte, dice en una de sus obras mas importantes lo que sigue: "En cuanto á Carlos Darwin, en vano hemos buscado su opinión sobre el orijen mismo de las especies. Conténtase con explicar la variabilidad posible de cierto número de tipos primitivos, y es cosa singular, por lo menos, que en una obra voluminosa y rica sobre el orijen de los seres, ni aún siquiera se trate de este orijen! De suerte que en una obra que trata del *orijen* de las *especies*, el autor ni trata del *orijen* ni define *especie*."

Mucho alargariamos estas líneas si quisiéramos seguir pasa á paso al autor en sus consideraciones, por lo cual diremos solo que formula una definición de la especie, particularmente aplicable á los animales, diciendo: "La especie es el tipo según el cuál están constituidos todos los animales de una misma raza."

Mas la definición absoluta de la especie no se ha dado todavía, confundiendo algunos la especie con la raza y preguntándose otros si realmente existe en la naturaleza ó si es una simple abstracción de la intelijencia. ¡Tan cierto es que la ciencia tiene sus límites demarcados, según el padre Mir, no sólo por la imperfección de nuestras facultades, sino por la naturaleza de los objetos que nos rodean, y que cuando llega á ellos mui bella cosa es oírle decir sencillamente *no lo sé*, como contestaba Quatrefages á los que le preguntaban sobre el orijen de la especie humana!

En los párrafos que dedica á la característica de la especie en los vertebrados, declara el autor, como bien lo sabemos, que los vertebrados se encuentran caracterizados por la presencia de un eje nervioso cerebro-espinal, encerrado en un estuche óseo que lo protege y que está compuesto de vértebras, y demuestra que los esfuerzos hechos por los ganaderos con el objeto de modificarlos en vista de la utilidad social, si le han hecho sufrir amplificaciones ó reducciones, que siempre han sido absolutas, han dejado intacto el tipo natural de la especie; las modificaciones han

sido superficiales, nunca han afectado la característica, y esto ha sucedido en virtud de las leyes conocidas de la herencia, encargadas de la conservación de las especies.

Pero éstas varían, ya sea bajo influencias naturales ó artificiales, ó sea creadas por el hombre y de él conocidas. Consiste la variación en manifestar, en virtud del medio nuevo natural ó artificial, caracteres secundarios, diferentes de los de la jeneralidad de los individuos de su raza, conservando los caracteres típicos ó de su especie. Esta variabilidad de los caracteres exteriores tiene, sin embargo, sus límites, que Darwin y los partidarios de su doctrina han intentado sobrepasar. Define Sansón la variedad diciendo: "es una colección ó grupo de individuos de una misma raza, que tienen uno ó varios caracteres secundarios comunes."

Por último, el jénero está formado por el grupo de las especies de una misma clase, que tienen entre sí uno ó varios caracteres comunes, que son de un orden más jeneral que aquel á que pertenecen los caracteres específicos. El jénero se caracteriza por la forma de la cabeza, por la de los dientes y su número. La clasificación zoológica de Sansón tiene, en resumen: en primer término la ramificación de los vertebrados, en segundo la clase, en tercero el jénero, en cuarto la especie y en quinto la variedad. Prescinde de los dos primeros por ser todos los individuos que estudian la zootecnia de la misma clase y de la misma ramificación, y divide el jénero en especies, cada una de las cuales está representada, en nuestro caso, por su raza, que se divide á su vez en variedades y éstas en individuos.

#### LEYES DE LA EXTENSION DE LAS RAZAS

De los pocos capítulos de que consta la Zootecnia Jeneral, uno de los más interesantes y de mayor actualidad para los agricultores chilenos, es, sin duda, el que entramos á resumir, y que trata de las leyes de la extensión de las razas. Antes de aplicar las leyes de la herencia es preciso tener á la mano los elementos necesarios para una buena producción animal, es preciso tener reproductores

apropiados á las condiciones climatéricas del país, á sus necesidades sociales y á sus aptitudes agronómicas. En la jeneralidad de los casos estos reproductores hay que traerlos de fuera, irlos á buscar á su cuna, á la residencia especial en donde viven naturalmente abandonados á los solos recursos de sus instintos. Por lo que puede deducirse la necesidad que hay de determinar exactamente las condiciones de dicha residencia, para no infringir la ley de la extensión de las razas en nuestras combinaciones artificiales.

Es un hecho que los representantes de cada uno de los tipos específicos ocupan al estado natural en la superficie del globo terrestre cierto espacio, que se ha llamado el área jeográfica de su raza ó de su especie. Pues bien, la noción del área jeográfica ha hecho creer á algunos que hay una relación necesaria entre las formas específicas de aquéllos y la constitución del suelo que habitan, de modo que los seres organizados vendrían á ser un producto directo de éste. Pero, se presentan contra esta hipótesis objeciones graves que obligan á desecharla. Lo que se puede decir provisionalmente, según el estado actual de la ciencia, es que cada una de las especies animales conocidas pertenece á la fauna de la época jeológica en que comenzó á manifestarse su presencia, lo que nos ha sido posible saber merced al descubrimiento de sus restos fósiles, que han servido, por otra parte, para caracterizar dichos terrenos.

Hemos hablado antes de la *cuna* de una especie animal, y diremos ahora que entendemos por *cuna* de una especie el lugar de su aparición, su centro de difusión ó sea su origen étnico. En los párrafos que á éste último dedica el autor, plantea y resuelve las siguientes cuestiones: 1.º Cuando en la extensión del área jeográfica actual de una raza existen varias formaciones jeológicas, los primeros representantes de su especie, ¿dónde habrán aparecido? 2.º Cuando los representantes de la especie se encuentran en puntos del espacio apartados unos de otros y separados por poblaciones que pertenecen á otras razas, ¿dónde colocar el área jeográfica natural de esta especie? 3.º Cuando en uno de dichos puntos faltan los terrenos terciarios, ¿cuál será la solución? 4.º En el caso de la existencia á la vez en

los dos puntos apartados de la formación terciaria, ¿cuál será otra vez la solución? Y por último, ¿puede admitirse que una especie se extinga del todo, en caso de continuar viviendo sus conyéneres en el lugar de su orijen, donde encuentren las mejores condiciones de existencia? Para contestar á todas estas preguntas tendríamos que extendernos demasiado, por lo cual preferimos transcribir aquí el párrafo en que el autor resume sus ideas, diciendo:

“Puédese concluir, por consiguiente, sin peligro de incurrir en grave error, que la cuna de la raza, el punto radiante de su especie ó el lugar de la aparición de ésta, se halla situado en el mismo lugar en que actualmente encuentran sus representantes las condiciones naturales de vida ó de existencia más completas. Si se trata, por ejemplo, de una especie caballar, será el lugar de la formación terciaria, pliocena ó post-pliocena, donde se producen los pastos naturales más abundantes y succulentos, al mismo tiempo que los menos húmedos; si de una especie bovina, la ribera de los lagos terciarios, cubiertos de una vejetación más ó menos pantanosa; si de una especie de porcunos, los suelos boscosos productores de bellotas, fabucos, raíces carnosas y tubérculos, al mismo tiempo que una población de pequeños roedores terrestres.”

Sabido ya lo que se entiende por área jeográfica, y averiguado el orijen étnico de las especies, tócanos, antes de dar á conocer las leyes de la extensión de las razas, decir algunas palabras sobre la formación de ésta.

Que los seres vivos se multiplican con el tiempo según cierta progresión, no cabe la menor duda en vista de las observaciones actuales, y de consideraciones biológicas de diversa naturaleza; y si dicha progresión es cierta, se deduce *á priori* que los grupos naturales han empezado por un número más reducido que el actual, y que, á menos que no haya decadencia en el grupo, representa un máximun. Por lo que toca á las especies que la Zootecnia estudia, no es posible dudar que cada una de ellas haya principiado por la pareja necesaria para constituir la familia primitiva. Mas la razon de la progresión jeométrica no puede ser siempre la misma, pues difiere entre las especies y aún entre los individuos de cada especie, por la sencilla razón de ser algunas especies uníparas y otras multíparas; por

haber parejas que no son capaces, por ejemplo, de producir más de 20 hijos en el curso de su existencia cuando otras pueden producir ciento; todos los individuos no son igualmente fécondos en el mismo espacio; de modo que el fenómeno no se presta á un cálculo riguroso, pudiendo errar en millones y millares de años los que pretenden conocer el tiempo que ha demorado, v. gr., una pareja humana para enjendrar la actual población del globo.

El número 2, en la jeneración biséxua, al multiplicarse según su ley de progresión, ha tenido que extenderse en virtud de la ley de impenetrabilidad de la materia, y así ha llegado á formar su raza, que, como hemos dicho, es la colección de individuos de una misma especie, que desciende de una pareja primitiva.

Mas no sólo la ley física de impenetrabilidad que acabamos de recordar ha obligado necesariamente á las especies á extenderse sobre la superficie del suelo, sino también el principio real é incontestable de la *lucha por la vida*, concebido por Darwin á inspiración de la ley natural, dada á conocer por Malthus, sobre la relación necesaria entre la población y las subsistencias, ó sea de la ley de población. El instinto de la conservación individual debe haber obligado á los primeros representantes de todas las razas á abandonar el lugar de su nacimiento desde el momento en que no encontraban en dicho punto lo necesario para subvenir á sus subsistencias; sin que dicha dispersión ó extensión pueda haber tenido más límites que las razas vecinas, extendidas en virtud de la misma ley, por un lado, y por otro la relación existente entre las aptitudes naturales y las condiciones exteriores de clima y de suelo.

Es natural, por lo que toca al primer punto, que en un momento dado las dos razas se hayan encontrado, empeñándose la lucha por la vida, lucha que debe haber concluido sólo con una especie de tratado de paz ó limitación de los territorios respectivos. Ahora, por lo que toca á la relación que debe existir entre las aptitudes naturales y las condiciones de medio, la cuestión es más compleja; pero se puede decir, en globo, que los individuos han podido resistir á las influencias diversas del medio, aunque solo hasta cierto límite, teniendo siempre mucho más que

padecer por los cambios de clima que por las variaciones de suelo.

Explotar los animales en un medio superior á aquel de donde vienen, será siempre para el agricultor una ventaja y una desventaja explotarlos en un medio inferior. Un individuo mejorado en la última circunstancia sería una máquina animal sin trabajo que se degradaría y al colocar un individuo común en un medio superior las materias primas quedarían sin empleo. Mas ya hemos dicho que las dificultades de adaptación al medio atmosférico son mucho mayores, y mayores perjuicios ocasionan; punto que deberían tener siempre muy presente los que se interesan en los problemas de importaciones de animales, es decir los que intenten llevar á término un cambio cualquiera de residencia en los individuos de una raza.

Las condiciones de adaptación de que acabamos de ocuparnos, llevan como de la mano al autor á tratar la importante cuestión del aclimatamiento de una raza y á preguntarse si hay posibilidad física del aclimatamiento; á lo que se contesta diciendo: que él no conoce hecho alguno que establezca dicha posibilidad más allá del grado determinado en la ley de adaptación, que para que la aclimatación se intente en zootecnia es preciso que además de ser posible, si lo es, sea útil, es decir que dé una ganancia ó beneficio; es preciso que la especie introducida ofrezca siquiera algunas aptitudes superiores á las que tiene la especie que se trata de reemplazar, ó que utilice sustancias alimenticias que sin ella hubiesen de quedar sin empleo. Solamente de este modo podemos legitimar, dice Sansón, los ensayos de aclimatación. Hay todavía en la extensión de las razas animales un punto de importancia que tratar, y es el de la formación de las variedades.

Son susceptibles de sufrir variaciones en los animales algunos atributos que pertenecen á la característica del individuo y *nó* á la del tipo específico, variaciones que son rejidas por la ley de adaptación. Ahora, cuando cierto número de individuos ha experimentado variación simultánea en un mismo sentido de estos atributos, que se han reproducido por herencia, dichos individuos representan una variedad de una raza. Por las variedades no se desvía ni dejenera el tipo específico, como han pretendido los

transformistas, porque, como acabamos de decirlo, los atributos que varían pertenecen solo á la característica del individuo. Pero estas variaciones de los atributos del individuo, como son la talla, el pelaje, la conformación de las partes exteriores blandas del cuerpo, la aptitud fisiológica, ¿de qué modo se operan? Hé aquí lo que el autor pasa enseguida á estudiar detenidamente. La observación y la experiencia, dice, manifiestan claramente que el desarrollo total del sistema óseo depende de la abundancia y de la calidad de la alimentación; que la herencia individual, por lo que toca al pelo, puede hacer predominar un color sobre otro, pudiendo invadir el primero en los descendientes toda la superficie de la piel, en caso de obrar sin interrupción la ley de semejantes; que las variaciones de talla en el sentido de la reducción tienen por corolario el desarrollo acentuado de las partes blandas del cuerpo, como pasa en los individuos precoces, y, por fin, que las variaciones que alcanzan las aptitudes fisiológicas, como el desarrollo de las ubres y la producción de la leche, se realizan tanto natural como artificialmente. La aptitud lechera será, por ejemplo, grande en las variedades ó individuos que gocen de un suelo fértil y de un clima suave y húmedo, y se perderá en medios secos, fríos, estériles ó ardientes, ó cuando se encuentren sometidos, sin cambiar de medio, al método apropiado para obtener una formación de grasa en las aréolas del tejido conjuntivo, de lo que son prueba cierta diversas familias de la variedad Durham.

Y con esto pone el autor remate á su largo é interesante capítulo sobre las leyes de la extensión de las razas, del cual no hemos podido dar aquí más que una pálida idea. Trabajo nos ha costado, ciertamente, resistir á la tentación de transcribir de él algunos de sus párrafos más interesantes; pero nos hemos consolado creyendo que no habrá agricultor progresista que estas líneas lea, que no desee, no digo hacer otro tanto, sino estudiar con atención profunda la obra clásica del sabio zootécnico francés, cuyo estudio ha venido á facilitar el señor Manuel A. Sanchez traduciéndola con cuidado á nuestro idioma y nuestro apreciado maestro el señor Besnard, extractándola y adoptándola á las condiciones de Chile.

## MÉTODOS ZOOTÉCNICOS.

Al dividir la Zootecnia Jeneral de Sansón, cuyas páginas recorreremos á la lijera con el propósito de darlas á conocer á los que á las especulaciones animales se dedican ó quieran dedicarse en el país, en dos partés diversas, no hemos procedido, como podria creerse, por simple capricho, sino en virtud de algunas consideraciones de interés, de las cuales la principal es la que sigue: ser los métodos zootécnicos, que ocupan la segunda mitad del libro, algo como la aplicación práctica escrita, si éste modo de decir se nos permite, de las leyes naturales que rijen la producción animal, expuestas y desarrolladas en la primera mitad de la obra y en la parte que antecede de estos lijeros apuntes.

Dichas leyes naturales se han deducido, como todas las leyes que en las diversas ramas de la ciencia se estudian, de la observación continua, atenta y minuciosa de los hechos, por lo cual es justo que sean ellas las que nos guíen, nos den luz y nos marquen el sendero que debemos seguir en cada caso determinado.

Los métodos de reproducción, por ejemplo, no serán sino la aplicación de las leyes de la herencia y de las leyes de la extensión de las razas, los de gimnástica funcional la aplicación de las leyes naturales de los fenómenos fisiológicos, etc.; desapareciendo de este modo, si desde un punto de vista mas elevado miramos las cosas, las divisiones que acabamos de hacer, que solo existen en nuestro espíritu y que para la claridad de nuestras ideas y ejecución de nuestros trabajos necesitamos, más no en la naturaleza donde por el contrario reina una perfecta unidad.

Hechas estas lijeras consideraciones sobre los métodos en jeneral, volvemos á la agradable y provechosa tarea que nos hemos impuesto de estudiar en la obra del maestro zootécnico francés las importantes cuestiones que plantea y resuelve.

Tienen por objeto los métodos zootécnicos en jeneral, tantas veces citados ya, imprimir á las aptitudes fisiolój-

cas ó naturales de los individuos dirigidas á su propia conservación y á la de su especie, modificaciones que puedan ponerlas, además, en caso de servir para la satisfacción de las necesidades sociales, ó sea, en una palabra, realizar lo que llamamos *mejoras*, creando los individuos mejorados.

Respetando el orden establecido en la obra, pasamos á dar una lijera idea de cada uno de dichos métodos.

#### MÉTODOS DE REPRODUCCIÓN.

Hai tres métodos para reproducir los animales que están bajo el dominio de la Zootecnia: el de *selección* que consiste en aparear individuos de una misma raza ó una misma especie; el de *cruzamiento*, que consiste en aparear individuos de especie ó razas diferentes; y el *mestizaje*, que es aquel en que los productos de la cruce se aparean entre sí.

La selección no es sino la aplicación plena y completa de la ley de semejantes. Bajo su influencia la trasmisión de las mejoras que la reproducción no puede crear, como sabemos, sino transmitir por herencia, es cierta é infalible; de aquí su valor. La selección que se hace teniendo en vista aquello que atestigua la pureza de una raza, ó sea sus caracteres específicos, se llama *selección zoológica*, y la que se dirige á las cualidades únicamente á que el individuo debe su poder productivo, *selección zootécnica*.

La primera no es sino la selección natural de Darwin que nos asegura la conservación intacta de las especies existentes en vez de contribuir, como pretende aquél, á la creación de especies nuevas por la transformación de las antiguas. Se practica libremente en las condiciones naturales cuando los individuos viven en libertad en su área jeográfica, y el guanaco de las cordilleras andinas, cuya uniformidad de caracteres conocemos, es una prueba evidente del hecho.

Mas no bastan para la buena selección zoológica los caracteres específicos solamente, es preciso también conocer la pureza de la sangre ú orijen. A satisfacer estas dos condiciones están llamados los registros jenealógicos imaji-

nados por los prácticos ingleses y que se designan con los nombres de *Stud book* y *Herd book*.

La *selección zootécnica* se practica, por el contrario, teniendo en vista, al escojer los individuos, sus formas, sus aptitudes y los colores del cuerpo.

Las bellezas de conformación exterior de los animales, ya se trate de juzgar los de cada categoría en los concursos de reproductores, ya de la selección de las vacas lecheras, animales de trabajo ó engorda servirán siempre de base en la selección que nos ocupa; al analizarlas justo es que demos á cada una de las partes del cuerpo su valor relativo, formando para el conjunto una escala de valores proporcionales del mismo modo que al clasificar las máquinas se practica con cada uno de sus órganos y en sus menores detalles de construcción. Esta apreciación debe tener por base la utilidad práctica, se hará bajo el punto de vista de las funciones económicas de cada categoría de animales, y en ella el máximun de puntos corresponderá á la mayor perfección. “El método de la escala de valores para la selección zootécnica que recomendamos”, dice Sansón, “es el único que con seguridad puede precavernos de los errores de apreciación, tan comunes en los jurados de los concursos animales.”

Por el contrario de la selección, el *cruzamiento* es el método de reproducción en el que los dos reproductores apareados no son de la misma especie. Ha existido la más completa uniformidad de pareceres entre los zootécnicos respecto á la significación teórica de la palabra cruzamiento y á la definición del método á que ha dado su nombre; pero no ha sucedido lo mismo en lo concerniente á la característica y á su valor práctico, lo que depende únicamente de la poca claridad que existe, como anteriormente dijimos sobre la característica de la especie. Para que haya cruzamiento para nosotros, es preciso, pues, que los individuos apareados no sean de la misma raza ni de la misma variedad, lo que acontece, por ejemplo, en los apareamientos de toros Durham, *bos taurus batávicus*, (raza de los Países Bajos) con los vacunos de nuestro país, que pertenecen á la variedad española del *bos taurus ibéricus* (raza Ibérica).—En este caso hai verdadero cruzamiento, como lo hai del mismo modo en el apareamiento de las ovejas

inglesas Southdown *ovis aries*, *hibérnica* (raza de las dunas) con las comunes que poseemos, descendientes de la variedad andaluza, *ovis aries africana* de la raza merino. Los individuos producidos en el caso del cruzamiento son híbridos ó meztizos, y cuando éste no tiene lugar aquellas se reproducen normalmente en el sentido exacto de la selección zoológica, perpetúan la especie natural, el tipo primitivo á que ambos pertenecen y cuya raza con sus uniones continúan.

Corresponde el término híbrido á la idea de esterilidad radical del apareamiento entre sí de los individuos á que se aplica y el de mestizo, por el contrario, á la idea de fecundidad más ó menos continua ó indefinida entre los individuos procreados de jeneración cruzada. Sansón dá el título de *primeros mestizos*, ó mestizos de primer grado, á lo que comunmente se llama media sangre, *segundo mestizos* á los de tres cuarto de sangre; y *terceros mestizos*, ó mestizos de tercer grado, á los siete octavos de sangre. El cruzamiento que no traspasa los límites de estas tres jeneraciones cruzadas, llamado *cruzamiento industrial*, tiene por objeto la fabricación de mestizos de diversos grados, atendido su valor comercial como individuos y nó como reproductores de su especie; el que, por la inversa, pasa mas allá es el *cruzamiento continuo*, que tiene por objeto reemplazar la raza cruzante á la cruzada.

Se presenta ahora en práctica del cruzamiento la siguiente cuestión: ¿Será preferible conse. ar. el ganado antiguo en su estado de pureza hasta el fin de la transformación del sistema de cultivo, para introducir de repente, una vez realizada ésta, el ganado perfeccionado, ó bien hacer marchar á la par la transformación del cultivo y del ganado mismo? Es evidente que el mayor provecho estará de parte de la segunda alternativa, pero para alcanzarlo necesario será ser un criador de primer orden, avezado en todas las prácticas del oficio.

Esto por lo que se refiere al cruzamiento continuo, que en cuanto al industrial diremos que el agricultor debe determinar el grado en que ha de detenerse su producción de mestizos, pura y simplemente por las consideraciones de medio, considerado bajo los diversos puntos de vista agrícola, económico ó comercial.

Llegamos ya, siguiendo el curso de las ideas y respetando las divisiones establecidas, al último método de reproducción, el *mestizaje*, que, como se recordará, es aquel en que los mestizos se reproducen entre sí. En él la madre puede ser pura ó mestiza, pero el macho siempre será mestizo. "En todo caso, pues," dice Sansón, "el mestizaje se realiza en conformidad con dos sistemas, de los cuales uno, el que solo consiste en el empleo de un macho mestizo (lo que comunmente se practica en Chile apareando un toro mestizo Durham con vacas del país) no es nunca necesario y el otro, aquel en que ambos reproductores son á la vez mestizos, se impone algunas veces en la práctica."

Es el mestizaje la más incierta, aleatoria y precaria de las operaciones de reproducción, porque en él se encuentran siempre en lucha la herencia individual y dos atavismos á lo menos, los de ambos reproductores, y, como estos luchan también entre sí, es imposible llegar á preveer el resultado del apareamiento. Por lo cual se concibe fácilmente que sea incapaz el mestizaje de formar un grupo de animales nuevos, homogéneos por su tipo morfológico, incapaz de formar una raza ó especie. Sin embargo, se puede llegar con él á restablecer una ú otra de las razas que hayan servido para formar los mestizos, en virtud de la ley de reversión.

El método de mestizaje según el primer procedimiento, el de tomar un macho mestizo como reproductor, lo condena y considera Sansón completamente inútil en vista de los hechos prácticos y las nociones teóricas expuestas principalmente en las leyes de la herencia. En un solo caso, dice, se puede poner en obra y es en el de la existencia de una numerosa población mestiza, constituida desde largo tiempo atrás, que abarque toda una rejión, que se reproduzca allí en estado de variación desordenada y que se quiera reducir á la uniformidad, haciéndola volver al uno ó al otro tipo natural que la formaron.

Explícase esto fácilmente cuando se conocen las leyes naturales que rijen la producción animal, especialmente las del atavismo y de la reversión; cuando se recuerda, como dijimos al tratar del asunto, que la condición mas favorable y eficaz de la herencia es la reunión bajo una dirección única de la herencia individual y del atavismo, ó sea la si-

multaneidad de caracteres y comunidad de origen; que para alcanzarlo no hai como la consaguinidad que eleva la herencia á su mas alto poder y que no enjendra, como vulgarmente se cree, las desviaciones del estado normal ó deformaciones sino que asegura, lo que es distinto, infaliblemente su transmisión y propagación, como asegura, por las mismas razones, las de las cualidades eminentes de los individuos apareados.

#### MÉTODO DE JIMNÁSTICA FUNCIONAL.

Los animales que estudia la Zootecnia tienen en su organismo vivo, como el hombre, actividades fisiológicas capaces de extenderse hasta cierto límite.

Pues bien, la gimnástica funcional tiene por objeto desarrollar esas actividades en el sentido de nuestra mayor utilidad, ó sea, realizar lo que conocemos con el nombre de mejoras. Y, en consecuencia, podemos decir definiéndola: es el ejercicio metódico ó regularizado en un sentido determinado, de toda función fisiológica.

Los métodos de gimnástica funcional son los que enjendran las mejoras, los de reproducción son los que las transmiten. Aquellos obran únicamente sobre los individuos y nada más considerados aisladamente.

Los métodos que estudiamos ocupan, en la jerarquía de los medios de progreso zootécnico, por su objeto propio, el primer lugar; su importancia prevalece sobre los demás; por su sola aplicación se realizan todas las mejoras de que es susceptible la explotación de los animales domésticos agrícolas.

La teoría fisiológica de los métodos de gimnástica se funda en dos leyes adquiridas por la fisiología y la higiene y confirmadas por la experiencia. La primera es relativa á la influencia de un ejercicio moderado en el desarrollo de las funciones orgánicas y en el desarrollo de los órganos que ejecutan estas funciones. La segunda es que si todos los aparatos de la economía viva son ejercitados igualmente á un tiempo, resulta un desarrollo total mas intenso de todos los órganos y de todas las funciones.

Uno de los efectos mas notables de la aplicación de la gimnástica funcional es lo que llamamos precocidad. Los individuos que de ella gozan alcanzan su madurez antes del tiempo normal, madurez que se llama estado adulto, llegando en un minimum de tiempo á la talla que no podrán ya traspasar.

Debemos confesar aquí que nos encontramos sumamente embarazados para dar una idea del importantísimo artículo que dedica Sansón á la precocidad. Una série de hechos observados y de consideraciones de un orden diverso, expuestos para servir de base á una teoría científica, no es fácil reducir á tres ó cuatro líneas sin caer en la confusión de las ideas, cuando precisamente lo que se desea es darlas á conocer claramente.

Haremos, sin embargo, todo lo posible para salir del paso con brevedad, no dando á este trabajo dimensiones mucho más exajeradas aún de las que tiene, no abusando de la paciencia del lector, y con la sencillez que la claridad de nuestras ideas nos permitan.

Después de manifestar Sansón en qué consiste fisiológicamente la precocidad, de analizar las condiciones normales en que se desarrollan los animales nuevos en plena libertad y de exponer prolijamente y en detalle las condiciones de alimentación que producen la precocidad, entra á combatir, con la historia de la formación de la variedad precoz Durham, la preocupación errónea que consiste en creer que la precocidad necesita para su realización un tiempo mui largo y una gran perseverancia en la aplicación del método de alimentación de los animales nuevos.

Explica en seguida la diferencia que existe en el modo de desarrollo de los animales comestibles, de esqueleto reducido, y de los animales motores, de esqueleto amplificado, para pasar inmediatamente á la práctica de la gimnástica funcional.

Tres clases de aptitudes, dice el autor, se pueden desarrollar por la gimnástica de las funciones fisiológicas: 1ª la aptitud para la madurez precoz; 2ª la aptitud para la producción del trabajo mecánico; y 3ª la aptitud para la secreción de la leche; siendo la primera compatible con las dos segundas y el método que permite alcanzarla, el mas esencial de todos en razón de la jeneralidad de su aplicación.

Expónese á continuación el método que hai que seguir para alcanzar en la práctica estas diversas aptitudes ó sea la aplicación de la gimnástica funcional á los diversos órganos que aseguran la precocidad, el trabajo y la producción de la leche.

No necesitamos decir que las pájinas que á estas cuestiones dedica M. Sansón, son altamente interesantes y están llenas de nociones, sino desconocidas, en su mayor parte olvidadas ó descuidadas por nuestros hacendados, con grave perjuicio de sus propios intereses. Los invitamos cortesmente á leerlas en sus ratos de descanso, en las horas en que las tareas ordinarias cesan, se apaga el bullicio y vuelve al espíritu la tranquilidad perdida, haciendo más fructíferos los trabajos de la inteligencia.

#### MÉTODO DE EXPLOTACIÓN.

Señala en este capítulo Sansón el objeto de lo explotación, que es producir las materias animales con el menor gasto, en las mejores condiciones de salida, realizando los mayores beneficios posibles; dá á conocer la verdadera noción del progreso zootécnico, enumera los métodos que son: producción de los animales nuevos, crianza de ellos y explotación de animales adultos; y hace, en seguida, consideraciones importantes y jenerales sobre cada uno de ellos.

Resumiendo brevemente sus ideas nos dice: "El buen éxito de toda empresa zootécnica depende principalmente de las tres condiciones que acabamos de examinar. La primera es la exacta apropiación de los animales explotados á la clase de materias alimenticias suministradas por el sistema de cultivo. La segunda es también la exacta apropiación de los productos de transformación de estas materias alimenticias á las condiciones del mercado. La tercera, que asegura la eficacia completa de las otras dos, consiste en las cualidades personales, en las aptitudes del empresario, en virtud de las cuales aprecia exactamente los casos de su aplicación y ejecuta las operaciones correspon-

dientes, no engañándose ni dejándose engañar sino lo menos posible." "Mas esto no basta" añade en seguida "es preciso recordar que el rendimiento de la empresa está menos en relación con el número de individuos explotados, que con la alimentación de estos mismos individuos."

El capítulo que estudiamos concluye con la exposición de las ventajas de la producción de los animales nuevos y con algunas reglas útiles para la acertada explotación de los mismos.

#### MÉTODOS DE FOMENTO.

Tal es el título del capítulo VII, último que trata de los métodos zootécnicos, último para nosotros de la obra que hemos venido estudiando (por creer que hemos dicho ya lo bastante al tratar de las leyes de la clasificación zoológica sobre el asunto de los métodos de clasificación del capítulo VIII) y redactado por el señor Besnard, teniendo en vista especialmente el espíritu y las condiciones de la agricultura chilena.

Traza en el artículo de las consideraciones jenerales los límites dentro de los cuales, á su entender, debe moverse el Estado en la cuestión de los *fomentos*, ó sea, de las subvenciones recibidas de él por la agricultura para objetos determinados de antemano. La influencia del Estado puede ser benéfica, dice, en el porvenir de la producción del sueño, pero debe cesar y dejar obrar por sí sola á las sociedades agrícolas desde que éstas ofrezcan garantías suficientes y puedan sustituir su acción á la del Estado. Éste no debe imponer una tutela que la mayor parte de las veces sería inútil, y que llegaría á ser peligrosa desde que la iniciativa individual se encontrase bastante desarrollada para asegurar una buena marcha á la producción. La iniciativa individual hace á los pueblos fuertes, libres y ricos. Además, el Estado no debe favorecer á ciertas clases de la sociedad con detrimento de las demás; los auxilios concedidos en favor de ciertas producciones debían serlo en interés de todos.

Respecto á la enseñanza, cree, por el contrario, el señor Besnard, que solo el Estado se encuentra en aptitud de mantener esa enseñanza en grado superior; que solo él puede ofrecer bastantes garantías para la formación de un cuerpo de profesores que se encuentren á la altura de su misión y bastante retribuidos para hacer progresar la obra á que han de vivir enteramente consagrados. Por lo que toca á la enseñanza de segundo grado profesional ó práctica cree, por el contrario, que debe estar bajo la protección de las sociedades de agricultura.

El asunto no es tan sencillo como á primera vista aparece, y se presta indudablemente á reflexiones políticas y económicas, que por motivos de consideración callamos, ya que ellas habrían de disentir de las emitidas por el ilustre profesor. *“El Estado, se dice y con razón, no debe hacer concurrencia á los particulares y se propone, sin embargo, la enseñanza oficial gratuita, olvidándose por otra parte que se acaba de decir que “El Estado no debe favorecer á ciertas clases de la sociedad en detrimento de las demás.”* El gobierno, se dice enfin, debe ser justo, y se le convida á renglón seguido á invertir el dinero de todos los contribuyentes en beneficio de una clase determinada de ellos. La enseñanza oficial agrícola, puede disculparse, á pesar de todo, cuando se piensa que ella vá dirigida á mejorar mui especialmente la suerte de las clases necesitadas. Pero dejemos ya de un lado esta cuestión y digamos, para concluir, algunas palabras sobre el artículo de los concursos ó exhibiciones animales.

Nadie ha negado hasta ahora la influencia benéfica que los concursos ejercen en el progreso de las empresas zootécnicas sentando la reputación de los criaderos, facilitando las relaciones comerciales, y permitiendo, en fin, la adquisición de reproductores escojidos; pero es presiso que se extiendan á todo el país, que en ellos se hagan apreciar todas las razas que existen en la circunscripción de dicho concurso, que se guarde ciertas reglas de clasificación etc. y que por último en la formación de los jurados, que el señor Bernard como M. Sansón desearia que fuesen compuestos de tres miembros, solo se elijesen personas de la mayor competencia. Cree, por último, que ha llegado el caso de asignar también en los concursos un lugar aparte

y recompensas proporcionales á los animales gordos y vacas lecheras, como se hace con los reproductores, y termina formulando á la Sociedad hípica de Santiago el deseo de que establezca un concurso de caballos de silla y tiro así como lo hace con los de carrera. No necesitamos decir que ese sería al mismo tiempo nuestro deseo y que nos eztrañamos verdaderamente que no se haya realizado dicho progreso hasta la fecha.

---

Concluida aquí nuestra tarea deberíamos poner punto final á estas líneas quizás demasiado áridas, numerosas más de lo conveniente, y escasas en extremo de valor propio, si no deseáramos nosotros también formular un deseo, manifestado ya en diversas ocaciones unas veces de viva voz y otras por escrito; y es: que sigan cuanto antes á este tercer volumen de la Zootecnia los otros que faltan de la Zootecnia Especial, importantes como éste, sino más, por las materias que habrían de tratar, y necesarios, de todo punto indispensables para que la enseñanza que se dá en los salones del Instituto Agrícola sea fácil, sólida y, en su teoría, lo mas breve posible.

Otro tanto deseamos para todos los demás ramos que allí se estudiam y que constituyen la enseñanza teórica del curso superior de agricultura. Y mientras no salgan á luz dichas publicaciones preferiríamos ciertamente que se hiciesen los estudios por obras extranjeras explicadas á obligar á los alumnos á copiar, con lastimosa pérdida de tiempo, volumenes enteros mal manuscritos y llenos muchas veces de planos y figuras inintelijibles que en vez de aclarar confunden las ideas.

Nuestra última palabra queremos que sea de aplauso para el ilustre y respetado maestro del Instituto Agrícola, señor J. Besnard, que acaba de añadir con la publicación de la Zootecnia Jeneral, un título más de reconocimiento público á los muchos que lleva conquistados por poner sus luces y buena voluntad al servicio de los que se dedican á las explotaciones animales en Chile.

---

Hacemos votos por su buena salud y deseáramos que se supiesen aprovechar debidamente por sus alumnos y nuestros agricultores, su ejemplo, sus lecciones, sus consejos y los escritos de su pluma.

Mayo 27 de 1885.

S. R. R.



# RECUERDOS DE LA NIÑEZ

---

## MIS PRIMEROS LIBROS

Aquellos eran otros tiempos,—tiempos en que la niñez, exenta de prematuros pesares, y de esos aires filosóficos que los producen,—vivía feliz y bulliciosa en todas las esferas sociales.

Yo recuerdo que entonces, los niños corrían a toda piedad, saltaban como unos gamos, y se reían a carcajadas.

Hoy es otra cosa: afectan con languidez el desengaño, y se complacen en imponerle al semblante las huellas del hastío y de la suficiencia.

Una carrera los degrada, el salto de una acequia los envilece, y la menor espontaneidad los coloca en la disyuntiva, o de exhibir su fé de bautismo, o de corromper el pacto con la moda.

Terrible disyuntiva, porque la cuna es el torcedor de los niños precoces, así como la moda es su madrastra.

Huyen de ella, como los viejos de los sepulcros.

\*  
\* \*

Permitidme ocultar el año de esta historia. Fué un año como todos los demás, en que junto con las primeras sombras de la noche, la consigna y el cansancio me empujaban al dormitorio.

Iba contento y como pocas veces satisfecho, porque ha-

bia injeniado el medio mas inofensivo de encontrar entretenimiento gratis, a expensas de los que trafican por la vereda.

Habia descubierto un procedimiento por el cual, todos perseguian a palos o a patadas, un raton de paño que con ser inmortal, escapaba de las persecuciones, atravesando la calle de dos o tres brincos.

El colmo de mi dicha consistia en la ansiedad con que los mas encarnizados enemigos del inocente roedor, lo lanzeaban con la punta del baston, por la rendija de la misma puerta, donde me encontraba oculto, gobernando la maniobra.

Acababa de cerrar el dormitorio, cuando mi hermana E. . . . sin mas preámbulos y con la voz ajitada por la ansiedad, me gritó desde afuera:—dice mi mamá que no te acuestes, porque no hai quien nos acompañe a la tertulia de. . . . y tu vas a ir con el frac de. . . .

\* \* \*

¡A una tertulia, yo, que tenia un raton en la cabeza y cuando menos podia esperarlo!

El hecho, sin embargo, se presentaba de una manera inevitable.

Era preciso que fuese al baile y era preciso, que ni lo pensara siquiera.

En Inglaterra, los segundones nacen destinados exclusivamente para el servicio de la marina.

En Chile, desempeñan todas las comisiones de *in promptu*.

No habia remedio, y a las nueve y media de la noche ya me encontraba adentro de los salones del señor. . . .

\* \* \*

La música ejerce en las naturalezas nerviosas una influencia extraordinaria. Parece que a sus acentos fueran

obedeciendo todos los músculos del cuerpo humano, hasta el punto de llegar a depender de la batuta de un director de orquesta.

Desde que Moisés colocó solemnemente el Arca del Testamento en el Templo, hasta ese momento de mi vida ¿qué no había hecho la música?

Caliope descendía del cielo a las invocaciones de Horacio, para aplacar con las melodías de su cítara, las olas embravecidas del mar.

¡Y la marsellesa!—esa especie de *calacuerda* que pone en movimiento todas las guillotinas y las navajas de los franceses!

¡Y las melodías alemanas, que hicieron de la filosofía germánica una *shugrute* insoportable de materialismo y de cerveza, de amor y de sueño!

\*  
\*\* \*

Se tocaba un *vals* cadencioso de no sé que autor, pero con notas tan amables y tan seductoras, que me sentí conmovido.

Parecía aconsejarme dulcemente, que no tuviera miedo, que me acercase a las niñas.

Parecía decirme, que todas las edades se confundían en las melodías embriagadoras de un *vals*, y que las mujeres no atinarian jamás a pensar, ni en que yo era el empresario del ratón, ni en que mi frac era ajeno.

Yo ya había hecho mi composición de lugar, pero ¿que importaba en esos momentos seductores, un voto de abstención!

¡Que importaba aun, cualquier accidente, entre el ruido de una orquesta y el tumulto febril de los danzantes!

¿Pero a quien dirigirme?

Hé aquí la primera dificultad práctica, a que tuve que dedicar los mayores esfuerzos de la inventiva.

Una niña joven, bonita y por esos dos capítulos solicitada, inevitablemente me habría desairado. Las chiquillasodian a muerte a los chiquillos.

Una *mancona*, habría agotado luego el arsenal de mis

conocimientos, a la sazón bien escasos y sobre todo en hacientes de requiebro.

¡Que hacer!

\*  
\* \*

Habia en el salón en que yo me encontraba una inglesa, como de cuarenta y cinco años.

Era suficientemente madura para evitar la competencia, y no tan mal parecida, que comprometiera del todo la ilusión.

En la resignación de su actitud,—que yo seguía con la escrupulosidad que emplean los zorros, cuando observan las ramas de un llorón de gallinero,—no encontraba señales adversas.

Ella miraba hacia el lugar donde yo me encontraba, pero con cierta indecisión que dejaba algo que desear.

Ese algo no es de fácil explicación, porque ni se vé, ni se palpa, ni se oye.

Sin embargo vino al fin, y vino envuelto en una mirada de fuego que me abrasó de pies a cabeza.

Una fuerza de atracción, mucho más poderosa que la del imán, me colocó en el borde del abismo.

—¿Querria Ud. señorita, bailar este vals conmigo?

—Con mucho gusto, señor.

\*  
\* \*

Yo, que habia estado saboreando durante dos horas la amargura de la privación, y que no habia sido honrado, ni con los saludos de estricta etiqueta, me encontraba ya en el gran mundo, con un pié puesto en la gruta de Calipso y teniendo asida con el brazo derecho a una Lidia cuarentona.

La influencia del primer éxito es decisiva.

Habia recibido el bautismo de rosas, que introduce a la vida de las grandes emociones.

Era todo un hombre, consagrado por un hecho de alta y respetable notoriedad.

Nadie en ese momento supremo, me habria impuesto silencio, y solo una sombra—la del raton—pasaba por debajo de mis ojos.

\* \* \*

Me encontraba en el momento solemne de la prueba; cuando la conversacion podia descorrer el velo que ocultaba mi insuficiencia.

Lo sabia demasiado bien, y por eso, todo mi conato se dirijia a mantener el diálogo en el terreno de lo conocido y de lo trivial.

Saliendo de él, corria un gravísimo peligro, porque mi repertorio literario era escasísimo.

Dos años de Goldfinsh, uno de San Luis y tres de internado, Walter Scott, Saint Pierre, Lord Chesterfield y dos o tres autores mas.

Esto constituia el lastre, que en cuanto a lo demas, solo poseia a don Juan Tenorio, héroe que reservaba para echarla de hombre en los momentos de apuro.

Ella debia ser instruida, pues con terminar los coloquios obligados de los danzantes, comenzó a dirijir las ideas a puntos en que yo no veia sino oscuridad, peligros y los presentimientos mas siniestros.

—Para nosotras las mujeres, los bailes son mui agradables, es cierto, pero todo lo que es poético, como la música, como la amistad, tanto es del dominio de Uds. los hombres, como nuestro.

—Indudablemente señorita, pero la verdad es que mui difícilmente alcanzan los hombres a realizar el ideal de las niñas, mientras que Uds. . .

Noté en su fisonomía el jesto de una mala impresion.

\* \* \*

Despues de una lijera pausa, ella prosiguió.

—¿Ud. es mui aficionado a la lectura?

—Señorita sí, y tambien le podia decir que nó, porque me apasiono demasiado de ciertas obras y no las dejo por otras . . .

—¿Y con cual priva Ud. en el momento?

Eludir la pregunta habria sido imposible, contestarla con el nombre de Lord Chestertield habria sido desdoroso para un galan.

Por otro lado, cualquiera vacilacion seria acusadora.

Yo miré a la inglesa, y con un sentimentalismo mas hijo del miedo que de otra cosa le dije:

—Con don Juan Tenorio.

\*  
\* \*

El descalabro no pudo ser mayor.

Abandonado en medio del salon, y presa de un aturdimiento inexplicable, solo discurría a buscar puertas o ventanas por donde escapar. Ella se habia dirigido sola a su asiento y los dansantes me obstruian todas las avenidas de salvacion.

Enclavado como un estafermo, expié en cinco minutos de tortura el atrevimiento o la bestialidad de que habia sido víctima.

Nunca sufrió mas mi amor propio y nunca vislumbré mas claramente la necesidad de almacenar en la cabeza las provisiones que ha menester el hombre para hacer la jornada de la vida.

El baile debió terminar esa noche, pero yo no lo recuerdo. Era un naufrago desatentado.

\*  
\* \*

Al dia siguiente, me encontraba instalado en la librería Morél, escojiendo bajo la direccion de este, que es hoy una de las figuras salientes del instituto de San Ignacio de Loyola, las primeras obras de mi biblioteca.

En honor de la verdad sea dicho, que casi todas ellas

trascendian a Volterianas, pero entonces me las recomenendaba por interés material quien poco despues, se encargaria de refutarlas con el mas sublime de los ejemplos;—con el ejemplo del sacrificio, en obsequio de esa enseñanza que eleva al hombre a la altura de sus destinos inmortales.

Por lo demas, puedo hacer una declaracion solemne.

Aprendí a odiar al Volterianismo en la fetidez ascosa de sus propias y principales obras.

A. SUBERCASEAUX.



## FE DE ERRATAS

---

Por haberse publicado con muchos y mui graves errores tipográficos los artículos del señor Rodríguez, sobre los *Problemas Contemporáneos* del señor Cánovas del Castillo, damos en seguida una lista de los mas notables, en la confianza de que el lector por sí solo corregirá los de ménos cuenta.

### TOMO I.

Páj.	Línea.	Dice.	Debe decir.
531	11	desconocida	desconocido
"	21	resuelvan	se resuelvan
534	14	discutida forma	no discutida fama
541	23	encercando el ideal	acercando al ideal
542	37	el exámen	al exámen

### TOMO II.

Páj.	Línea.	Dice.	Debe decir.
4	19	aquel	Aquél
"	21	tu	Tú
"	24	este	éste
"	34	quien	quién
"	37	y	(suprímase)
6	11	podian	podrian
"	23	juzgarla	juzgarlos
7	35	alcanza	alcanza"
"	36	Fuerza	"Fuerza
8	12	plieguez	pliegues
9	4	ajentes	adherentes
"	8	ordenada	adecuada
"	33	buscamos	buscan
10	7	<i>de Madrid</i>	de Madrid
"	22	mercantil	<i>mercantil</i>
"	24	i cuantos	i de cuantos
"	25	concretas	recetas

Páj.	Línea.	Dice.	Debe decir.
"	28	secretas	escuetas
"	"	muerte—se	muerte, se
11	9	REINOS	<i>reinos</i>
"	19	lisonjeros pretendian	lisonjeros que pretendian
"	34	progresistas	arbitristas
12	38	perros, cuatro	perros, habia cuatro
13	11 i 12	<i>Háse de pedir en cortes</i>	Háse de pedir en cortes
"	26	alhalvas	alholvas
"	28	a echados	aechados
"	39	en la coleccion titulada	en el opúsculo titulado
14	6	<i>arbitristas</i>	<i>arbitristas</i>
"	19	a dar a mis	a daca mis
15	14	Llamábase	Llamábanse
"	"	hídarbitristas	hídearbitristas
16	5	personas	persona
"	21	testamento	Testamento
"	33	puro	para
"	38	de quita	le quitan
17	18	habrian	habian
"	"	los perros	los dos perros filósofos
"	22	Julio	Subi,
"	28	datiles y castañas	dátiles, castañas
"	última	convencion	consecucion
18	7	que poner	que pues
19	32	los	estos
20	2	tomándose a	tomándose ahora a
"	3	ahora sus	sus
"	"	se atrevian	se atavian
"	9	ambaje	ambajes
"	11	viven	vivan
"	26	Economía	Económica
"	28	acertado	asestado
"	29	añaradas	uñaradas
"	33	católica	caótica
"	35	acabarla	acabalarla
"	última	de la fuerza	del poder
21	9	conocimiento	convencimiento
"	15	solo	sola
"	21	conveniencia	consecuencia
"	32	historia	<i>Historia</i>
22	1	Ouen	Owen
"	12	la peor	lo peor

## TOMO III.

Páj.	Línea	Dice.	Debe decir.
384	37	aguijeaba	aguijaba
385	31	aonsciente e	consciente o
386	14	garantía	garantias
388	25	autropolojista	antropolojista
390	18	superficialmente	superficialmente"
"	37	Sancho gana	Sancho sana
391	11	inmediatamente	irremediamente
392	18	Batiat	Bastiat
393	15	Soliolojía	Sociolojía

# REVISTA DE ARTES Y LETRAS

## INDICE DEL TOMO III

### **Alonso Roberto**

Revista Literaria.....	Páj. 555
------------------------	----------

### **Barros Mendez Luis**

Carta ad-efesios.....	356
-----------------------	-----

### **Barros B. Claudio**

Recuerdos (Poesía).....	52
Amor (Poesía).....	546

### **Concha Castillo Francisco**

Elegía a la palabra (Poesía). .....	209
-------------------------------------	-----

### **Covarrubias Luis**

La Biblioteca Chilena.....	214
Id. id. ....	364

### **Dávila Boza R.**

Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires, por el doctor Rawson .....	495
--	-----

### **Escobar Arcesio**

A los Andes (Poesía).....	11
---------------------------	----

**Errázuriz U. Rafael**

Apuntes de viaje.....	149
Id. id. ....	244
Id. id. ....	481
Id. id: .....	563

**Espiñeira Antonio**

Mal por bien (Drama).....	69
Id. id. id. ....	181
Id. id. id. ....	295
Id. id. id. ....	429
Id. id. id. ....	509

**Gutierrez M. José Ramón**

Mi vida de pensionista.....	55
-----------------------------	----

**Gutierrez Gonzalez Gregorio**

¿Por qué no canto?.....	598
-------------------------	-----

**González E. Nicolás**

Federación.....	259
-----------------	-----

**Gumucio Alfonso**

Algo sobre estética.....	588
--------------------------	-----

**Huneus Gana Jorge**

Revista Literaria.....	465
------------------------	-----

**Jamin J.**

Dirección de los globos.....	26
Id. id. ....	93

**Larrain Z. José J.**

Una cuestión nueva.....	3
-------------------------	---

**Lira Pedro**

Bastien Lepage.....	202
---------------------	-----

**Larrain Irarrázaval Javier**

Son de ella misma.....	371
------------------------	-----

**Montt Lorenzo**

Algunas consideraciones sobre la Poesía Americana.....	550
--	-----

Pájs.

**Munizaga Pedro**

El cometa luminoso de 1882..... 454

**Palacio Manuel del**

A la señorita Elvira Montt (Poesía)..... 113

**René-Moreno Gabriel**

Nicomedes Antelo..... 313  
 Anales de la Prensa Boliviana..... 602

**R. R. S.**

Zootecnia Jeneral por R. Sanson..... 625

**Rodriguez Zorobabel**

Problemas contemporáneos..... 382  
 Id. id. .... 527

**Rozas Ramón R.**

La Real Cédula de 26 de Diciembre de 1804..... 458

**Sans Fray Rafael**

Excursión a las islas de Titicaca y Coatí en Bolivia..... 162  
 Id. id. id. id. id. .... 221

**Silva de la Fuente Alejandro**

Las fotografías de Isidorita..... 444

**Solar Avaria Bernardo**

Rimas ..... 22  
 En secreto (Poesía)..... 355

**Subercaseaux A.**

Recuerdos de la niñez..... 650

**Vicuña Mackenna Benjamin**

La contabilidad del cadalso de los Carreras en Mendoza..... 117  
 Las perturbaciones del Mundo Moderno..... 272  
 El castellano como lengua nueva..... 397